

José Campos Giles,
Pbro.



*El Obispo del Sagrario
abandonado*⁰

(Contraportada)

“Fue sin duda D. Manuel González García
un hombre endiosado,
quiero decir,
un hombre imantado hacia Dios.
Si comparamos a Dios
con el sol y la creación entera
a un sistema planetario,
D. Manuel fue un planeta
cuya órbita fue
no una circunferencia o una elipse,
sino una espiral cuyo radio
era cada vez más corto, más corto,
hasta acabar incidiendo
en el mismo sol central,
pero esto con tal vehemencia
que en los millares y millares de vueltas
que la vida humana debe dar
en torno a Dios,
fin último del hombre,
se diría que D. Manuel
se precipitaba vertiginosamente
hacia el abismo divino e infinito
de la luz y del amor.”

† ANTONIO GARCÍA
Arzobispo de Valladolid
23-3-1950

J. Campos Giles, Pbro.

“... El Obispo del Sagrario abandonado

EXCMO. Y RVDMO. SEÑOR DOCTOR DON

Manuel González García

Obispo de Palencia, antes de Málaga

1983



Nota del editor:

D. Manuel Fernández García fue beatificado el 29 de abril de 2001, por el papa Juan Pablo II.



*Última fotografía del Veerado Prelado,
dos meses antes de su muerte*

DECLARACION

En conformidad con los Decretos do S. S. el Papa Urbano VIII, declaramos que no hay frase ni concepto en esta historia con los que, al calificar al ilustre biografiado, se pretenda anticiparse al juicio de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, al que rendidamente nos sometemos, como hijos amantísimos.

“NIHIL OBSTAT”

Lic. **Zacarías Gama**

Canonicus Censor

Imprimatur

† JOSEPHUS, Episcopus

Palentiae, 25 Martii 1950

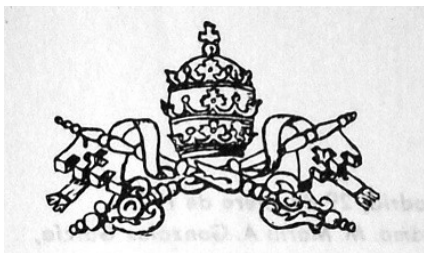
ÍNDICE

PRÓLOGO.....	13
CRONOLOGÍA DE SU VIDA.....	19
ANTES DE QUE A LEER EMPIECES.....	22
CAPÍTULO I.....	24
UN NIÑO DE CONTRABANDO. — SEISE DE LA CATEDRAL.....	24
Alrededor de su hogar y de su cuna.....	25
Historia de un pequeño seise.....	36
CAPÍTULO II.....	43
CUANDO LLAMA EL AMO.....	43
Los primeros pasos del seminarista.....	44
Por la defensa de su vocación.....	59
CAPÍTULO III.....	67
DE CAPELLÁN DE ASILO A ARCIPRESTE DE HUELVA.....	67
En los comienzos de su vida sacerdotal.....	68
En el Asilo de las Hermanitas.....	77
Los primeros Reparadores del Sagrario abandonado.....	84
En Huelva le esperan el Sagrario y la cruz.....	93
Labrando su parcela en la viña del Señor.....	98
El capítulo de sus tentaciones.....	103
CAPÍTULO IV.....	106
LO QUE PUEDE UN CURA HOY Y MAÑANA Y SIEMPRE.....	106
Sueños no, realidades.....	107
¡Por el alma de los niños!.....	114
Buscando las ovejas que están fuera del aprisco.....	121
CAPÍTULO V.....	136
PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS.....	136
¿Cura o maestro? ¡Las dos cosas!.....	137
Ya tienen escuelas sus niños.....	145
Descubriendo a D. Manuel Siurot.....	153
CAPÍTULO VI.....	159
A LA CONQUISTA DE SUS POLVORINEROS.....	159
Por el barrio del Polvorín.....	160

Lo Colonia del Polvorín.....	167
Pensando en el porvenir de sus escuelas.....	175
CAPÍTULO VII.....	182
ESTOS SON MI MADRE Y MIS HERMANOS.....	182
El apóstol de los pobres.....	183
Los compañeros del camino.....	191
En el piso del Paseo del “Chocolate”.....	200
CAPÍTULO VIII.....	205
LAS MARÍAS DE LOS SAGRARIOS.....	205
Nacimiento y bautizo de la Obra.....	206
El dedo de Dios está aquí.....	210
La reparación con alas.....	219
CAPÍTULO IX.....	239
ESCRITOR Y PEREGRINO DEL SAGRARIO.....	239
El secreto de su pluma.....	240
Al calor de sus pisadas.....	249
Rutas Eucarísticas.....	260
CAPÍTULO X.....	271
OBISPO DE OLIMPO Y AUXILIAR DE MÁLAGA.....	271
Los ocultos caminos del Señor.....	272
La hora amarga de las despedidas.....	282
La plenitud del Espíritu Santo.....	287
CAPÍTULO XI.....	293
LOS PRIMEROS PASOS DE SU MINISTERIO PASTORAL.....	293
A conocer a sus ovejas.....	294
Palpando las llagas da Málaga.....	306
El Administrador Apostólico ya es Obispo propio.....	312
Mirando hacia atrás.....	317
CAPÍTULO XII.....	322
“ME DA COMPASIÓN DE ESTE PUEBLO”.....	322
El apóstol del pueblo.....	323
Pan y Catecismo.....	331
Durante la campaña de Melilla.....	342
CAPÍTULO XIII.....	351
POR EL SAGRARIO SIN PUEBLO Y POR EL PUEBLO SIN SAGRARIO.....	351
Algunas facetas de su acción eucarística.....	352
Expansión de sus obras eucarísticas.....	363

Las Marías Nazarenas.....	375
CAPÍTULO XIV.....	388
UN SUEÑO PASTORAL: ¡MI SEMINARIO!.....	388
Cómo se formó el cuerpo del Seminario.....	389
En marcha.....	401
El alma del Seminario.....	412
CAPÍTULO XV.....	437
DEL CENÁCULO AL CALVARIO.....	437
El incendio del Palacio Episcopal.....	438
Del campo al destierro.....	451
Diario de un desterrado.....	457
Otra vez entre los suyos.....	475
CAPÍTULO XVI.....	484
EN UN PISO DE LA CALLE DE D. ^a BLANCA DE NAVARRA.....	484
En aquel portalico de Belén.....	485
Viudo sí, segundas nupcias no.....	499
CAPÍTULO XVII.....	513
TE HE TRAÍDO A PALENCIA PARA HACERTE SANTO.....	513
Hacia la tierra de Jorge Manrique.....	514
Adentrándose en el alma de Castilla.....	525
La tragedia de España.....	535
CAPÍTULO XVIII.....	546
POR TIERRAS DEL ROMANCERO.....	546
Cada día quiero más a mis Sacerdotes.....	547
Recorriendo sus pueblos.....	556
Por la eucaristización de su diócesis.....	562
Aprovechando aquel remanso de paz.....	571
CAPÍTULO XIX.....	578
SU ALMA AL DESNUDO.....	578
Enamorado de la Eucaristía.....	580
De su alegre vida interior.....	597
Así amaba a El.....	612
Así amaba a las almas.....	628
CAPÍTULO XX.....	640
EL ÚLTIMO VUELO.....	640
Vivía ya más en el Cielo que en la tierra.....	641
Aguardando al Esposo.....	660

Buscando un Sagrario para el último sueño.....	677
EPÍLOGO.....	689
A P É N D I C E S.....	693
Apéndice núm. 1.....	694
Apéndice núm. 2.....	695
Apéndice núm. 3.....	696
Apéndice núm. 4.....	699
Apéndice núm. 5.....	701
Apéndice núm. 6.....	703
Apéndice núm. 7.....	705
Apéndice núm. 8.....	707
Apéndice núm. 9.....	713



SEGRETERARÍA DI STATO
DI SUA SANTITÀ

N. 245668

Dal Vaticano, li 22 de Enero 1951

Reverenda Superiora General:

El Augusto Pontífice ha acogido con particular benevolencia el obsequio que vuestro Reverencia le ha hecho del libro... “el Obispo del Sagrario abandonado” que es la biografía del Excelentísimo y Reverendísimo Mons. Manuel González García, Obispo de Palencia y Fundador de ese Instituto.

Ha sido un verdadero acierto la publicación de esta obra. Sus páginas, que servirán de gran edificación, dan a conocer, en completa síntesis, la vida y labor de aquel ilustre Prelado, apóstol de la devoción al Sagrado Corazón y a la Eucaristía, celoso propagador de las vocaciones eclesiásticas, padre de las almas consagradas a Dios, entregado totalmente a procurar el bien de sus fieles y purificado por la tribulación de sus últimos años. Sus virtudes, acompañadas de la santa alegría de que siempre disfrutó, aparecen aquí con todo su esplendor, así como la fecundidad de su pluma, movida sin otra mira que glorificar al Altísimo y proponer con el mayor atractivo los tesoros de la ascética cristiana.

Su Santidad agradece de todo corazón a Vuestra Reverencia este homenaje que manifiesta, no sólo sus piadosos sentimientos de amor a la Iglesia, sino también los de todo el Instituto de las Marías Nazarenas, que no pueden tener mejor recuerdo de su venerado Fundador que practicar aquellas elevadas enseñanzas de fervor eucarístico que dio y vivió.

Para que el Señor les conceda esta gracia, el Santo Padre otorga a Vuestra Reverencia, a todas las Hermanas y al autor de la obra la Bendición Apostólica.

Con las seguridades de mi devota consideración, soy de Vuestra Reverencia seguro servidor en Cristo,

*J. B. Montini
Sust.*

Rvdma. M. María A. González García
Superiora General de las HH. Marías Nazarenas.

PALENCIA

NUNCIATURA APOSTÓLICA
EN ESPAÑA

Prot., N. 16683

Madrid, 29 de enero de 1951.

Rvdma. M. María A. González García,
Superiora General de tos Hermanos
Nazarenas.

PALENCIA

Reverendísima Madre General:

Su Excelencia Monseñor Montini, Sustituto de la Secretaria del Estado de Su Santidad, me envía para hacerla llegar a manos de Vuestra Reverencia, la adjunta carta, en la que le expresa la complacencia con que el Santo Padre se ha dignado acoger el libro, que ese venerable Instituto le ha ofrendado, biografía del finado Prelado, hermano de V. R. y Fundador de las HH. Marías Nazarenos, de santa y grata recordación.

Al tener la satisfacción de cumplimentar aquel venerado encargo, me complazco también en felicitarlas por las elogiosas palabras de paternal benevolencia, con las cuales el Augusto Pontífice ha tenido o bien distinguirlas, honrándolas así de modo tan singular, seguro de que esa particular Bendición Apostólica que les otorga, habrá de ser prenda inequívoca de prosperidad y santidad de vida cada vez mayor de esa estimada Congregación y de cada una de sus componentes.

Aprovecho esta oportunidad para saludarlas y bendecirlas con sentimientos de afectuosa estima.

Cayetano Cicognani

“EL OBISPO DEL SAGRARIO ABANDONADO”

“Yo no quiero ser Obispo de la sabiduría, ni de la actividad, ni de los pobres, ni de los ricos; yo no quiero ser más que **el Obispo del Sagrario abandonado.**”

Prólogo

Hubiera yo querido leer muy despacio esta biografía del Exento, y Rvdmo. Sr. D. Manuel González García, Arcipreste que fue de Huelva y Obispo de Málaga y últimamente de Patencia. Lo deseaba con todo mi corazón para saborear todos y cada uno de sus capítulos, todas y cada una de sus páginas, todos y cada uno de sus párrafos, todas y cada una de sus líneas. Mis quehaceres aumentados esta última temporada y mis fuerzas disminuidas me lo han impedido; pero la he ojeado y algunas de sus partes las he recorrido con paso lento y ¡qué emociones he gozado allá en lo más hondo de mi espíritu! Tan hondas y tan dulces que más de una vez las lágrimas han subido de mi corazón a los ojos.

¿Que por qué? La respuesta es sencilla; porque lo relatado en esta biografía es muy hermoso y conmovedor y está relatado en forma hermosa, muy hermosa y conmovedora. Esta biografía es una joya preciosísima y su estuche es una obra artística en armonía con el valor preciosísimo de la obra.

Estoy seguro de que todos los que lean estas páginas tan luminosas, tan calientes de aroma tan exquisito, formularán el mismo juicio que yo he formulado y quizá lo exprese, no sólo con palabras, habladas o escritas, sino también con alguna o muchas, lágrimas, dimanadas de las emociones que su espíritu sienta como yo las he sentido al leer cosas y palabras, dichos y hechos de belleza tan divina, tan encantadora.

* * *

Que el Arcipreste de Huelva, el Obispo de Málaga, el Obispo de Patencia, D. Manuel González García, no tuvo una personalidad vulgar, corriente, del montón, nadie puede ponerlo en tela de juicio. Es una verdad indiscutible. Se podrá discutir, impugnar o propugnar, este hecho suyo o aquella frase suya, pero que el conjunto de su personalidad forma un todo extraordinario, muy sobresaliente, excelso... esta es verdad clara que se mete por los ojos.

Como es otra verdad de la misma evidencia, que las grandes líneas de su personalidad gigante, tienen tal grandeza y despiden tales fulgores que las torceduras o las sombras que acaso alguno pudiera señalar, quedan como anuladas por la maestría del trazo de las líneas principales y por los esplendores de las más relevantes cualidades de este personaje, bajo ciertos aspectos muy singular, en la historia contemporánea de la Iglesia.

Fue hombre, sujeto a dos leyes ineludibles de la persona humana: la defectibilidad intrínseca, de que habla el Doctor Angélico, y que se manifiesta muy frecuentemente en la esfera orgánica y en la esfera intelectual y en la esfera moral; y la ley del progreso y perfeccionamiento.

Yo conocí a D Manuel González García personalmente desde su elevación al Episcopado hasta su muerte y ¡cómo fui admirando las maravillas sucesivas, cada vez más fuertes, que la gracia divina... y la experiencia humana iban obrando en aquel espíritu, en aquella inteligencia, en aquel corazón!

* * *

Fue sin duda D. Manuel González García un hombre endiosado, quiero decir, un hombre imantado hacia Dios. Si comparamos a Dios con el sol y la creación entera a un sistema planetario. D. Manuel fue un planeta cuya órbita fue, no una circunferencia o una elipse sino una espiral cuyo radio era cada vez más corto, más corlo, hasta acabar incidiendo en el mismo sol central, pero esto con tal vehemencia que en los millares y millares de vueltas que la vida humana debe dar en torno a Dios, fin último del hambre, se diría que D Manuel se precipitaba vertiginosamente hacia el abismo divino e infinito de la luz y del amor.

* * *

Mas no sólo él, sino que por su celo pastoral y apostólico, era un planeta que ansiaba arrastrar simultáneamente con él a millares y millones de satélites: niños y ancianos, hombres y mujeres, seglares y sacerdotes y religiosos, ricos y pobres y obreros... todas las almas para las que Jesucristo se quedó en el Sagrario y se inmoló en el Altar; todas las almas para las que instituyó el Sacerdocio; todas las almas para las que Jesucristo es el Pastor bueno y dulce; todas las almas para las que predicó su doctrina; todas las almas ante las que puso como modelo sublime de modestia y de pudor, de fecundidad y de virginidad a su misma Madre, la Purísima, la Inmaculada, la Toda Hermosa, la Sin pecado, la Bendita entre

todas las mujeres, cuyo Fruto es Jesús, Jesús en el Calvario, Jesús en la Hostia Sacrosanta, Jesús en el Tabor, Jesús en el Cielo.

* * *

En lo escrito ya están indicadas las grandes líneas de la personalidad eminente del Arcipreste de Huelva, Obispo de Málaga y Obispo de Palencia.

Ante todo su Fe vivísima en la Eucaristía, en el Jesús del Altar y del Sagrario, en el Jesús de los Sagrarios-Calvarios, de los Sagrarios abandonados. He conocido almas privilegiadas a las que Dios Nuestro Señor condecoró con este privilegio, de la Fe vivísima en la Eucaristía, Fe tan viva que parecía dejaba de ser Fe y se convertía en visión, y una de estas almas lo fue sin duda el héroe de esta biografía. Floración y fructificación de esta Fe, semivisión, fue la Obra de las Marías y de los Discípulos de San Juan y de los Marías Nazarenas.

Los méritos y la gloria que estas Obras han conquistado para su Fundador, ¿quién puede contarlos o pesarlos o valorarlos? Sólo Dios. Son cúmulos inmensos, que exceden a toda humana medida. Mezclar con estos montones de granos de oro todas las imperfecciones que queráis... ¡oh grandeza y riqueza sublime del Enamorado, con divina compasión, de los Sagrarios abandonados!

Y ¡oh grandeza y riqueza sublime la del Catequista ingenioso y alegre, hecho niño con los niños, para llevarlos a la doble Comunión del Pan que es Jesús, comido sacramentalmente y comido doctrinalmente! Porque de estos dos modos quiere ser comido Nuestro Señor, el Pan del Cielo, y esta verdad con tal fuerza la sintió el Fundador de las Marías que necesariamente tuvo que ser también uno de los más insignes Catequistas que ha tenido España. Catequista de personalidad muy original y por lo mismo en gran parte inimitable. Esta nota de tanta actualidad no podía faltar en un alma tan apostólica cual era la de D. Manuel González, quien en todas las formas principales del apostolado tan a tono estuvo con las necesidades de nuestros días.

¡Cuánto pudiera escribirse de sus enseñanzas y trabajos sobre la Acción Católica y la Acción Social y sobre la orientación cristiana, profundamente cristiana y por lo tanto eucarística, que debe tener cualquier forma de apostolado!

* * *

Sagrario y Catequesis: ¿sin Sacerdotes? ¡Imposible en toda su plenitud y desarrollo! Desde hace muchos años ¡qué ardores en España para perfeccionar la vida de los Seminarios! Pero principalmente desde el año 1938. Antes en vanguardia San Antonio María Claret y Don Manuel Domingo y Sol, fundador de los operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, y también en vanguardia Don Manuel González García. Bien lo proclama el Seminario de Málaga, en el que horas tan deliciosas pasé yo desde el año 1924 hasta el 1929 en que siendo Penitenciario de Málaga fui elevado a la Dignidad Episcopal, ¡qué amores y qué dolores puso en aquel Seminario el creador de aquel edificio nuevo y el vivificador de todas aquellas actividades externas e internas que forman la vida íntegra de un Seminario Sacerdotal!

¡Cómo viene a mi memoria en este momento el día gloriosísimo en que el nuevo Seminario de Málaga fue consagrado al Corazón de Jesús y su Imagen entronizada sobre la fachada principal de su iglesia! Allí todos los Obispos de aquella Provincia Eclesiástica y allí todas las autoridades de Málaga y allí yo en el púlpito y después en la explanada delante de la puerta principal, el Acto de Consagración escrito para aquel día por el Rvdmo. Prelado... ¡qué emociones las de éste, qué nudos en la garganta, que lágrimas en sus ojos brillantes con los destellos del amor y del gozo, qué temblor en las manos que sostenían las cuartillas, temblor resonancia de otro temblor más íntimo, allá en el hondón del corazón que temblaba sacudido por el viento celestial de una devoción hirviente al Corazón Sacratísimo de Jesús, sin el que nada podemos... con el que todo lo podemos...!

* * *

Y esta es otra línea principalísima de la personalidad del Sr. Obispo D. Manuel González: su devoción al Corazón de Jesús. Me atrevo a hacer esta afirmación: uno de los gigantes más eminentes en devoción al Corazón de Jesús, fue D. Manuel González García. Penetró con su talento intuitivo el valor y eficacia de esta devoción y por decirlo así palpó con su corazón, de fibras tan sensibles y delicadas, las dulzuras y amarguras misteriosas de esta devoción, que todavía es para muchos, y gente de ciencia, devoción conocida solamente de un modo muy superficial. El protagonista de esta biografía vio y experimentó la trascendencia incalculable que encierra la devoción al Corazón Rey de todos los corazones, no sólo en el orden práctico de la vida cristiana ordinaria, ascética y mística, sino en el mismo orden teórico, científico teológico.

Lástima que todavía, después de las enseñanzas de los últimos Pontífices, haya tantos que no perciban esta trascendencia de la devoción al Corazón Sacratísimo del Rey Divino, de la que depende la realización plena de su Reinado venturoso. ¡Reinado de justicia y de amor y de paz!

La gran empresa de hoy es: meter en todos los pechos humanos al Corazón Divino, mediante la devoción que ha de ser practicada luminosamente y ardorosamente, en toda su trascendencia de amor purificante y cristianizante que transformará la vida cruel y brutal, en vida humana de verdad y vida divina enaltecedora de toda la vida terrena para empalmarla con la vida del Cielo, que es la verdadera vida en toda su plenitud definitiva y eterna.

* * *

Y al servicio de todos los ideales someramente esbozados, su oración y sacrificio, su buen ejemplo y su palabra ungida con la unción del Espíritu y la sal ingeniosa, festiva, alegre de Andalucía, de Sevilla: y también al servicio de aquellos ideales, su pluma, mojada tan primorosa y abundantemente en el Evangelio. Don Manuel González fue un escritor fecundísimo y de un atractivo tal que podía competir, y ganaba, con los escritores profanos más leídos. Era un don de Dios muy singular el arte naturalísimo y originalísimo de su pluma.

¿Cuántos millones de letras escribió? Si su Angel Custodio llevó la cuenta, él podría contestar, y todos esos millones de letras, todos escritos para enseñar e impulsar al amor de Dios, al amor de Jesús, al amor de la Eucaristía, al amor del Evangelio, al amor de la vida genuinamente cristiana... ¡Oh qué gloria y qué merecimientos para este escritor, de pluma, cuya tinta siempre era luz divina y amor divino!

* * *

Este prólogo crece y crece y ya llega el momento de terminarlo, porque lo dicho basta para la presentación de este libro: estuche y joya, cuyos primores quedan un tanto ponderados. El lector me dará la razón cuando acabe su lectura, si no me la da antes cuando lleve leídos unos cuantos capítulos y haya echado una ojeada sobre el índice.

Lector: para que no pierdas más tiempo en leer mi prólogo, voy a cerrarlo, diciéndote que leas esta biografía, toda ella, y verás lo que siente tu corazón y verás cuánto ganas poniéndote en contacto con la vida de Don Manuel González García, el insigne Arcipreste de Huelva, el preclarísimo

Obispo de Palencia, el Obispo mártir de Málaga... y mártir del Corazón Sacratísimo de Jesús en la Eucaristía.

La gran fuerza santificadora de D. Manuel González fue su devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús presente y vivísimo en la Eucaristía. Quien no penetre esta verdad, no ha penetrado en la esencia de la vida espiritual de D. Manuel. Nuestro Señor le dio lo más divino que podía darle en premio de su devoción interna y externa a su Corazón. Lo más divino fue divinizarle el corazón haciéndolo corazón-mártir con semejanza extraordinaria, sublime, supereminente con el Corazón-Mártir, Rey de todos los corazones.

Todas las torturas humanas y todas las torturas divinas que padeció el corazón de D. Manuel, todas, formaron el gran programa de santificación que realizó el Corazón Divino de su enamoradísimo siervo hasta lograr que fuese su corazón reproducción admirable del Corazón Divino, irradiaciones luminosísimas, llamas ardorosas, cruz entronizada sobre un corazón llagado y coronado de espinas, entre resplandores de gloria y llamas de ardentísima caridad. ¡Corazón martirizado amorosísimamente por el mismo Corazón del Pastor Divino, el Mártir por excelencia!

† Antonio García,

Arzobispo de Valladolid

Cronología de su vida

1877	25	Febrero	Sevilla	Nace en la casa núm. 22 de la calle del Vidrio.
"	28	"	"	Es bautizado en la Parroquia de San Bartolomé Apóstol.
1886	5	Diciembre	"	Recibe el Sacramento de la Confirmación en el Palacio Arzobispal, por manos del Emmo. Cardenal González, Arzobispo de Sevilla.
"	11	Mayo	"	Hace su primera Comunión en la iglesia de las Escuelas de San Luis.
1889		Octubre	"	Ingresa en el Seminario.
1894		Abril	"	Primer viaje a Roma, con la Peregrinación obrera, para el Jubileo Episcopal de Su Santidad León XIII.
1900	23	Septiembre	"	Recibe el Subdiaconado.
1901	11	Junio	"	Recibe el Diaconado.
"	5	Julio	"	Obtiene el Doctorado en Sagrada Teología.
"	21	Septiembre	"	Es ordenado Sacerdote, por el Eminentísimo Cardenal Spínola.
"	29	"	"	Primera Misa solemne.
1902		Febrero	"	En Palomares del Río (Sevilla) da una Misión y siente la vocación del Sagrario abandonado.
"	8	"	"	Es nombrado Capellán del Asilo de las Hermanitas de los Pobres.
1903	23	Septiembre	"	Obtiene el Grado de Licenciado en Derecho Canónico.
1905	1	Marzo	Huelva	Es nombrado Cura Economo de la Parroquia de San Pedro de Huelva.
"	10	Junio	"	Es nombrado Arcipreste de Huelva.
1906	17	Noviembre	"	Bendición de la Iglesia de San Francisco.
1907	8	"	"	Funda la Revista «El Granito de Arena.»
1908	25	Enero	"	Inaugura las nuevas Escuelas del Sagrado Corazón en el barrio de San Francisco.
"	10	Julio	"	Bendición de la Iglesia en el barrio del Polvorín, para las Escuelas provisionales.

	16	Noviembre	Huelva	Da su célebre conferencia en la 3.ª Semana Social de Sevilla.
1910	4	Marzo	•	Funda la Obra de las Tres Marías de los Sagrarios-Calvarios.
	•	•	•	Escribe su primer libro, «Lo que puede un Cura hoy.»
1911	1	Abril	•	Inauguración solemne de la nueva Iglesia y Colonia Escolar del Polvorín.
1912	2	Octubre	•	Funda para los niños los «Juanitos» del Sagrario.
	3	Diciembre	•	Visita en Roma a S. S. Pío X, que le concede el Privilegio de Altar portátil para los enfermos de su Obra.
1913			•	Es nombrado Camarero Secreto de S. S.
1913	27	Junio	•	Interviene en el Primer Congreso Catequístico de Valladolid.
	6	Diciembre	•	Es preconizado Obispo titular de Olimpo, Auxiliar de Málaga.
1915	9	Abril	•	Inauguración del Sagrario en su Oratorio particular, por concesión de S. S. Benedicto XV.
1916	16	Enero	Málaga	Consagración Episcopal en la Catedral de Sevilla.
	25	Febrero	•	Entrada en la diócesis.
1917	20	Enero	•	Es nombrado Administrador Apostólico de la diócesis de Málaga.
1918		Febrero	•	Fundación de los Misioneros Encarísticos Diocesanos.
	10	Marzo	•	Es elegido Senador del Reino por la Provincia eclesiástica de Granada.
1920	22	Abril	•	Nombramiento de Obispo propio de Málaga.
	16	Mayo	•	Primera piedra del nuevo Seminario.
1921	3	Mayo	•	Fundación de las HH. Marías Nazarenas.
1922	27	Octubre	•	Primera Visita ad Limina y audiencia de S. S. Pío XI.
1924	22	Agosto	•	Breve de S. S. Pío XI extendiendo a perpetuidad y a todos los países el Privilegio de Altar Portátil en favor de los enfermos de la Pía Unión de los Sagrarios-Calvarios.
	30	•	•	Concesión de la Medalla de oro Penitenciaria, por su meritoria labor moralizadora.
1926	11	Febrero	•	Visita de los Reyes de España SS. Majestades D. Alfonso XIII y D.ª Victoria, al nuevo Seminario.
	21	Abril	•	Inauguración de la Iglesia del Seminario.

1927	20	Noviembre	Málaga	Entronización del S. Corazón de Jesús en la diócesis sobre el nuevo Seminario.
1931	11	Mayo	"	Incendio del Palacio Episcopal por las turbas.
"	13	"	"	Se refugia en Gibraltar.
"	26	Diciembre	"	Vuelve a la Diócesis, residiendo en Ronda.
1932		Noviembre	Madrid	Por mandato de la Santa Sede fija su residencia en Madrid temporalmente.
1934	1	Enero	"	Funda la Reparación Infantil Eucarística.
"	29	Marzo	"	Quinto y último viaje a Roma, donde es recibido por S. S. Pío XI.
1935	4	"	"	Celebra las Bodas de plata de la Pía Unión de las Marías de los Sagrarios- Calvarios.
"	5	Agosto	Palencia	Es nombrado Obispo de la diócesis de Palencia.
"	12	Octubre	"	Entra solemnemente en su nueva Diócesis.
"	6	Noviembre	"	Conferencia en la Semana Pro Seminario de Toledo.
1937	1	Enero	"	Funda la revista infantil «RE-IN-E».
1940	4	"	Madrid	Muere santamente en el Sanatorio del Roserio, en Madrid.
"	7	"	Palencia	Entierro en la Capilla del Sagrario de la Catedral de Palencia.

Antes de que a leer empieces...

Lector, este libro que tienes en tus manos no es una obra definitiva ni abundó para ello el tiempo y mucho más el arte escaseó en la pluma.

La mies por estas tierras donde los segadores faltan, es tan espesa que apenas dejan un momento para soltar la hoz y emplear un rato en tan feliz tarea

Ni del arte te respondemos; porque encontrarás bien poco; ni de a perfección plena, porque se han quedado muchos hilos sueltos de lo trama.

Apenas hay una nota descriptiva de los lugares donde se centra la acción que se narra; apenas se mencionan los hombres que rodearon su figura; unos como un halo cariñoso de cooperación decidido, y otros con manojos de espinos en la cuesta de su Calvario...

Aquellos se sentirían heridos al tropezar con su retrato.

Estos podrían sentir leyéndonos el escozor de sus remordimientos y no queremos recrudecer llagas, que no se debieran cerrar con el silencio y el olvido, sino con la reparación.

Aún están calientes las cenizas de nuestro venerado biografiado; a ellos en parte les debe su cruz y su corona.

El, tan generoso para el perdón, como sensible para el sufrimiento, si estampáramos sus nombres, contemplaría nuestra obra con unos ojos doloridos como el último agravio que acabara de recibir en la tierra.

Para que lo vieras y oyeras más cerca de ti, le hacemos hablar a cada momento en nuestras páginas, que tienen por esto un vivo color auto biográfico, supliendo así la impericia del atrevido escritor.

Notarás también en estas páginas, a pesar del enojoso trabajo de ajuste y engarce, dos estilos, a las claras verás que anduvieron en él varias monos.

Aunque está todo él escrito con apasionado cariño, de lo veracidad de cada una de sus líneas podemos sinceramente certificar.

Díganlo por nosotros si no las abundantes notas de cada capítulo y otras muchas que omitimos, por no fatigarte la lectura.

Y nada más lector. Toma y lee que en esta vida hay mucho bueno que copiar.

Que repasando estas páginas de tal modo te enamores del Jesús de tu Sagrario, que a boca llena puedas decir con el biografiado:

*“Corazón de mi Jesús Sacramentado,
Cárcel y Carcelero de Amor,
préndeme... ¡y no me sueltes!”*

Así para ti y para sí lo desea

El AUTOR

Capítulo I

Un niño de contrabando. — Seise de la catedral

1.º.— *Alrededor de su hogar y de su cuna.*

Y en aquella Sevilla...

D. Martín y D.^a Antonia.

Aquí yacen los padres del Obispo.

El monumento de la familia cristiana.

Un niño de contrabando.

Lo que su madre le reza.

2.º.— *Historia de un pequeño seise.*

Su educación escolar.

Sus ilusiones de niño.

A los pies de la Virgen de la Alegría.

Entre los famosísimos seises.

Evocación...

I

Alrededor de su hogar y de su cuna

En la calle del Vidrio, de Sevilla, junto a la plaza de las *Mercenarias*, quiso Dios que naciera un domingo, 25 de febrero del 1877, a las cinco de la mañana, cuando las campanas repicaban a la Misa de) alba...

Tenía que ser así.

El que en toda su vida sería la conjunción plena de la sal andaluza con la gracia del Cielo, no podía nacer más que en la tierra de María Santísima y a la sombra de la Giralda...

El creador de una mística blanca de Eucaristía, alegre hasta la chifladura por el Amo, tenía que nacer allí donde el sol se viste de colores al filtrarse por las altas vidrieras para contemplar mudo de asombro la gracia de aquellos seises, pajecillos del Cielo, que trenzando sus danzas entre el revuelo de cintas de sus castañuelas, cantan la pureza de María ante la blancura divina de la Hostia Consagrada...

Y EN AQUELLA SEVILLA...

Nació en aquella ciudad de la gracia y de la luz.

En aquella Sevilla de fin de siglo tan distinta de la de hoy.

Era la Sevilla de los pregones, de los patios floridos, de las cruces de mayo, de las mujeres recatadas y hogareñas.

Aquella Sevilla con aires de pueblo grande, donde en cada barrio se conocían y trataban unos a otros como miembros de una misma familia.

Era entonces la vida menos dinámica que hoy, pero más apacible.

¡Aquellos paseos por la orilla del río...!

¡Aquellas sevillanas recatadas y sencillas, con su velo al rostro y su peina gentil...!

Todavía ni la demoledora piqueta había roto el secreto encanto de sus callejuelas estrechas, ni el brusco cambio de costumbres había maleado su recatada alegría.

La Sevilla de entonces era una y multiforme, con su Giralda y su Torre del Oro, y su Parque de claveles y rosales y su largo paseo junto al río y su Catedral tan grande como una hipérbole andaluza.

Conservaba ese sello maravilloso y único de elegancia y espiritualidad que hacían verdadero el célebre dicho:

Quien no ha visto Sevilla no ha visto maravilla...

En aquella Sevilla nació.



Sevilla, torre de la Giralda

D. MARTIN Y D.^a ANTONIA

Sus padres, D. Martín González Lara, y D.^a Antonia García Pérez, ambos naturales de Antequera (Málaga), se trasladaron a Sevilla por los años de 1875...

En Sevilla se instalaron en la casa número 22 de la calle del Vidrio, muy próxima a la cual, en la plaza de las “Mercenarias”, estableció don Martín dos años después un taller de carpintería y ebanistería.

Fruto de este cristiano matrimonio fueron cinco hijos, de los cuales el primero murió a poco de nacer, sobreviviendo los cuatro siguientes: Francisco, Martín, MANUEL y Antonia.

Era D. Martín un cristiano laborioso y honrado, exacto cumplidor de sus deberes religiosos. Su elevada estatura, robusta complexión y arrogante gesto contrastaban con un aire de bondadosa sencillez.

Doña Antonia era verdaderamente un ejemplar completo de la mujer fuerte de los Proverbios. De alma grande y generosa, ingenio agudo y fina perspicacia, de una rara discreción y gran talento práctico unido a un carácter vivo y enérgico, simpático y alegre, era el sol de su hogar.

La blancura de su rostro enmarcado por su cabello rubio, naturalmente ondulado, siempre recogido sin la menor afectación, sus finos labios, siempre prontos a sonreír, sus ojos de un penetrante y bondadoso mirar, le daban un encanto singularísimo.

¡Cuántas veces, personas eminentes por su virtud y ciencia, buscaban frecuentar su trato y escuchar sus consejos!

Entre otros se recuerda al insigne Siurot (q. e. p. d.), que no pocas veces llegaba a casa del Arcipreste de Huelva, diciendo: “Hoy no vengo a ver a D. Manuel, tengo que hablar con D.^a Antonia.” Y con ella charlaba largo y tendido, de su vida espiritual y de sus preocupaciones personales...

De su piedad habla elocuentemente el hecho harto significativo, de haber comulgado diariamente desde su primera juventud, costumbre rarísima en aquellos tiempos, como lo hizo durante toda su vida.

De esta madre modelo nadie nos puede hablar mejor y con más cariño que el mismo hijo más tarde, cuando a raíz de su muerte escribía como apéndice de su “Manual de las Marías”;

“Preparando este Manual, el Corazón de Jesús ha visitado mi casa para llevarse a mi madre. ¡Bendito sea!

Casi todas estas páginas las escribí teniéndola a ella sentada al lado de mi mesa, cuando ya sus achaques no le permitían intervenir con la actividad de siempre en el cuidado y gobierno de la casa.

¡Con qué gusto escribía yo estos y todos mis papeles, con el Corazón de Jesús enfrente y mi madre al lado!

¡Bendito sea el Corazón de Jesús que ha querido para gloria de mi madre y consuelo mío, que los renglones que el hijo escribía sean el eco de los besos, de las palabras, de los sacrificios, de los ejemplos cristianos de su madre y que por consiguiente el poco o mucho bien que aquellos rengloncillos hagan a las almas, se le deba después de Dios a ella...!”



Su padre



Su madre

AQUÍ YACEN LOS PADRES DEL OBISPO

Una honda huella dejó en él el recuerdo de sus piadosos padres. Muchos años después, siendo ya Obispo de Málaga, en una de sus primeras visitas pastorales a la ciudad de Antequera, busca en el archivo de la Parroquia de San Pedro la partida de casamiento de sus padres y en una nota marginal escribe con el orgullo santo de ser su hijo:

“Para gloria y honor de mis padres”

Manuel González García

Obispo de Málaga

(Rubricado)

Pero no es esto solo, sino que terminado su Seminario, a aquella sepultura que ha construido para él al pie del Sagrario, traerá los restos de sus padres para que duerman junto con los suyos el sueño de la muerte.

Y sobre aquella losa sepulcral, lisa y llana, sin emblemas ni blasones, esculpirá esta oración: *“Te pedimos, Corazón Eucarístico de Jesús, por medio de nuestra Madre Inmaculada, por las almas de los piadosos padres del Obispo fundador de este Seminario, que aquí duermen en tu esperanza.”*

Aquel epitafio tenía un eco lejano de aquellos de las Catacumbas, tan sencillo y tan íntimo...

Ni el nombre siquiera se grabó sobre la losa, ¿para qué?, si estaba grabado en el corazón del hijo y en el alma de todos los colegiales...

¿Para qué más nombre que aquél, lleno de sencilla nobleza, de “padres del Obispo”?

Aquel día del solemne funeral, su voz, esponjada de emoción y filial cariño, se arrancaba del alma con los más hondos acentos, hablando de sus padres.

Los restos de D. Martín desde el cementerio de San Miguel de Málaga, y los de D.^a Antonia desde el camposanto de Huelva, han venido a esta capilla del Seminario a recibir el póstumo homenaje de veneración y amor de su hijo... Era el 29 de noviembre de 1929.

Allí estaban en dos cajas sobre el negro catafalco al pie del altar... Allí en aquella capilla, presidida por el Pastorcito eucarístico, donde todo habla de El, desde las espigas que rebosan de las vidrieras hasta la blancura cegadora de los muros.

Allí están en dos cajas, ellos, los abuelos del Seminario, esperando esconderse a nuestra mirada en el surco de aquel abierto sepulcro...

Ha llegado el momento; pero el Sr. Obispo se adelanta desde su sitial, hace ademán de que esperen a los que se disponen a bajar los venerados restos y, haciendo un esfuerzo para sobreponerse, entrecortada su palabra por la emoción, explica el porqué de aquélla, al parecer extraña, resolución del traslado de los restos de sus padres al Seminario.

“Amadísimos hijos en el Corazón Santísimo de Jesús: Ya comprenderéis la emoción tan honda que embarga mi alma en estos momentos y la violencia tan grande que tengo que hacerme para hablaros.

* * *

Ahora puedo decir que estoy pagando a mis padres algo de lo mucho que les debo trayéndolos aquí a este bendito Seminario: ¡qué bien les voy a colocar ahí delante del Sagrario en donde recibirán el riego del agua bendita de lágrimas puras y el perfume del incienso de oraciones sentidas y el calor de corazones amantes!

Si, ¡qué bien pagados se sentirán mis padres de todos los sacrificios que por su hijo sacerdote hicieron, recibiendo ahora la cosecha de la buena semilla, de la que ellos en cierta manera han sido los productores!

Pero no sólo con esto pago, sino que cobro. Aunque no he sido yo quien he hecho el Seminario, porque ¿quién se atrevería a decir esto después de haber presenciado tantos prodigios de generosidad y misericordia del Corazón Eucarístico de Jesús como se han obrado aquí?

* * *

Pero si es verdad que yo no he hecho el Seminario, también es verdad que he puesto en él toda mi buena voluntad, mi pensamiento, toda mi actividad y constante preocupación; y si esto merecen paga, hoy vengo a cobrarlas, al tomar ese rinconcito para mis padres.

Ellos tuvieron el consuelo de exhalar el último aliento en los brazos de su hijo sacerdote y de estos brazos no han salido ni saldrán.

Ellos saben que están siempre presentes en la primera línea de mis oraciones y en el primer momento de mis Misas.

Mas el Corazón Santísimo de Jesús quiso poner también entre mis brazos ese bendito Seminario, a quien tanto amo, y como “donde está tu tesoro, allí está tu corazón”, yo venía aquí y no estaba tranquilo, porque mi corazón estaba dividido entre el Seminario, Huelva y el cementerio de esta ciudad.

Al traer aquí a mis padres y dejarlos en el huequecito que delante del Sagrario mandé abrir para ellos ya puedo descansar, porque mirando al Corazón Santísimo de Jesús, en donde tengo mi tesoro, puedo mirar al mismo tiempo al tesoro encerrado debajo de esa losa, mis padres y a mi querido Seminario.

* * *

Quiero deciros, además lo que significa el que se haya celebrado en este lugar el acto tan conmovedor, que todavía estamos celebrando.

¡Qué bien sienta al Seminario guardar en su seno los restos de unos padres sólidamente cristianos...! ¡La familia cristiana en el campo del gran Padre de familias!

EL MONUMENTO DE LA FAMILIA CRISTIANA

Hoy está muy en boga el monumento al soldado, al héroe desconocido, ¿por qué no hemos de tener aquí uno para la familia cristiana, que con su vida de abnegación y de trabajo ha sido productora de buena y fecunda semilla? ¡Qué falta hacen las familias cristianas...! ¡Qué grabadas se quedan en el alma las palabras de una madre...!

De mí se deciros que este Obispo no sabe rezar más oraciones por la mañana y por la noche y al dar gracias a Dios después de comer que las que me enseñó mi madre.

¡Cuántas veces he oído de esa boca ahora inmóvil, pero que volverá a hablar el día de la resurrección, estas palabras: “Hijo mío, mucho me gustaría que fueses sacerdote, pero si el Señor no te llama, no lo seas, mejor quiero que seas un buen cristiano, que un mal sacerdote!”

Así hablaba mi madre, porque amaba mucho a la Iglesia y a las almas.

¡Cómo condena esta conducta la de tantos padres que únicamente por lucro mandan al Seminario a sus hijos!

A todos mis seminaristas deseo que tengan padres, de los que no tengan que avergonzarse nunca, sino de los que su recuerdo lleva a desear ser un poquito más bueno y a sentir pena cuando no se es; así fueron los padres que el Señor me regaló, por eso quiero que escriban en esa losa que los cubre: “Aquí yacen los padres de un sacerdote”

He dicho que con este acto pago y cobro, pero además dejo cuenta abierta, porque desde ahora quedo en deuda con todos los que nieguen u ofrezcan algún sufragio por las almas de mis queridos padres.

¡Corazón Santísimo de Jesús, haz que cada vez que dirijan una oración por mis padres se levante la mano de este pobre Obispo para pagar con una bendición de hijo agradecido al que la ofrezca!”

UN NIÑO DE CONTRABANDO

Apenas nacido, fue bautizado, el 28 de febrero en la Parroquia de San Bartolomé Apóstol, imponiéndosele los nombres de Manuel Jesús de la Purísima Concepción, Antonio Félix de la Santísima Trinidad (¹).

Pero estaba en el mundo como de contrabando...

Doña Antonia no sabía dónde esconder su cuna y aquel angelito rechoncho que parecía arrancado de un retablo barroco, de pelillo rubio y de un azul intenso los ojos, le tenía puesta el alma en un vilo...

¿Qué hará para ocultarlo a ser posible, hasta a los ojos de Dios?.. Le aterraba la idea de que se le antojara un ángel más en el Cielo, y le dejara a ella el corazón desolado...

Su confesor (un buenísimo Padre exclaustrado) le encarecía mucho que antes de nacer sus hijos, y apenas nacidos les ofreciera a Dios diciéndole de todo corazón: “Señor, aquí lo tienes para tu servicio, dispón de él a tu antojo; si quieres que glorifique tu nombre sobre la tierra, amén, así sea; si quieres llevarlo contigo ahora mismo, *fiat voluntas tua*; tuyo es, tuyo y retuyo ahora y siempre.”

Ella, fervorosa y obediente, apenas se vio con su primer hijo en los brazos, se apresuró a cumplir el encargo del santo varón y a los pocos días vio con sorpresa que su niño, casi sin enfermedad, cogía el camino del Cielo...

Pero ahora esta madre salerosa y buena no quiere que el Señor le gaste bromas, y por eso (lo contaba ella con su inimitable gracejo andaluz) al nacerle este niño, su ofrecimiento a Dios se redujo a los términos de una tarjeta: “Señor, aquí tienes un nuevo servidor”, mientras escondía entre los pañales y arrebuja en su cuna aquel pedazo de su alma, que no quería tan pronto para el Cielo.

Extrañado un tanto el confesor de que no fuera a presentarle al nuevo infante, temiendo que se lo hubiera Dios llevado también, llegó muy azorado a informarse de su estado de salud y a preguntar si la madre había hecho el ofrecimiento de rúbricas entonces ella no pudo más y le contestó vivamente “No señor, ya está bueno lo bueno.”

Lo he ofrecido a Dios como por cumplimiento, porque yo no voy a engañar al Padre Eterno, pero ahí lo tengo como escondido para que no se acuerde de él.

¹ Véase la partida de Bautismo en Apéndice núm. t.

Ya yo he visto que su Divina Majestad no tiene quien le ofrezca tan de corazón sus críos y habrá creído que estoy yo aquí fastidiada con los míos, cuando no hay tal cosa.



Pila Bautismal de la Parroquia de San Bartolomé

Suyo es, si se lo quiere llevar que se lo lleve, pero que no pueda decir que yo he ido a metérselo por los ojos y a rogarle con él.

El Padre se enfadó, pero mi niño ha escapado con el pellejo y no me ha pesado. La Santísima Trinidad estará muy contenta teniendo por allá mi otro angelito, pero yo no estoy menos de haber resguardado a este *angelote*.

Si aquel le da allí mucha gloria, vamos... que éste aquí no se descuida y crean ustedes que cuando hace una de las suyas me alegro en el alma de haberme dedicado al *contrabando*” (2).

² “El Granito de Arena”; “Un Obispo de contrabando”, por María de Andalucía. 20 Febrero, 1918.

* * *

Mi buena y graciosa D.^a Antonia, *contrabandista* de Dios, duerme tranquila, porque de seguro, al llegar a los Cielos, en aquellas aduanas, no te cobrarían multas por este bendito contrabando, sino que por él merecerías tu mayor gloria y tu mejor corona...

No escondas la cuna, que Dios le quiere en la tierra para hacerle confidente de sus quejas más hondas...

No le hurtes a las miradas del Cielo, que antes de llevarlo a lo gloria Dios lo querrá crucificar en el Calvario de sus Sagrarios abandonados.

LO QUE SU MADRE LB REZA

¡Qué piadoso era aquel humilde hogar!

Con el rezo se santificaba el trabajo. Su madre, levantada antes que rompiera el alba, se entregaba a la dura jornada del día, después de haber comulgado en la vecina Parroquia de San Bartolomé, que está casi frente de su casa.

“Bendita sea la luz del día
y el Señor que nos la envía...”

Así alababan a Dios nuestros padres en aquellos tiempos de acendrada fe...

El “Bendita sea tu pureza...” apenas los labios balbucean las primeras palabras, ya lo estaban aprendiendo sus hijos...

Al vestirlos de limpio, mientras les iba poniendo las predecitas blancas y almidonadas, la madre va diciendo con ellos: “Bendito y alabado...”. Esa bellísima salutación de esta Andalucía, alegre y fervorosa, que no sabe alabar a Dios y dejarse atrás a su Madre, juntando siempre con la blancura Divina de la Hostia la pureza de la Reina Inmaculada...

Se reza en aquel hogar... y ¡qué oraciones tan ingenuas las que enseña aquella bendita madre!

Todavía gustaba el niño de hoy, en el ocaso de su vida de recitar, después de las comidas, aquella oración que, de pie junto a la mesa, rezaba con sus padres y hermanos:

“San Cayetano bendito,
que a tus devotos mantienes

por ser el Santo que tienes
en el Cielo tanta mano:
providencia, Santo mío,
y gracia para que a Dios sirvamos.”

La providencia y la Gracia de Dios eran los dones que se pedían y los que El otorgaba con soberana largueza.

Entre la calle del Vidrio y la plaza de las “Mercenarias”, donde don Martín ha puesto su taller de ebanistería, discurre Manolito en sus primeros años...

Ya de pequeño se advierte en él aquella agudeza y penetración en que tanto había de distinguirse más tarde; de rápida comprensión y finísimos sentimientos sabía enseguida el por qué de unas lágrimas furtivas o el misterio de una sonrisa que ocultaba un dolor.

Parece que el Señor le había dado el don de alegrar los corazones.

Pero un día, el niño tardaba más de lo acostumbrado en volver a su casa.

Su madre estaba impaciente.

Su hermano Francisco salió presuroso por los alrededores, y no hallándolo en los sitios acostumbrados, sospechó que podría estar en la procesión de la Virgen de Valvanera, que aquella tarde recorría las calles del Barrio de la Calzada. En efecto, después de breves averiguaciones, encontró al decidido personajillo entre las filas de hombres con su vela en la mano, en actitud y porte de “persona mayor.”

Al verlo se fue apresuradamente hacía él y, al intentar separarlo de la fila, Manolito que apenas tendría ocho años, con un ademán grave y severo, le dice muy serio a su hermano mayor, que tenía ya catorce: *“Retírate, retírate que el Sr. Cura no quiere niños en la procesión.”*

Apuntaba ya su gracia andaluza siempre alegre, como rocío de buena sal que hacía sabrosas las difíciles coyunturas en que nos pone la vida.

II

Historia de un pequeño seise

Por este tiempo, sus padres pensaron en atender a la educación literaria del niño y para ello le pusieron en una escuela de la Calle de Céspedes, cuyo maestro de párvulos se llamaba D. Faustino Alvarez.

Del Colegio de párvulos pasó al de D. Juan Naranjo, en la calle San José en el que pasó la mayor parte de su infancia; más tarde frecuentó la escuela de D. José Malpica, en la calle de la Soledad y al poco tiempo un pariente de su padre, el Canónigo D. Francisco García Sarmiento, Secretario de Cámara y Gobierno del Arzobispado de Sevilla, se interesó en que fuera al Colegio de San Luis, en la calle del mismo nombre.

SU EDUCACIÓN ESCOLAR

Su aprovechamiento intelectual era tan aventajado que, cuando tenía unos ocho años, el maestro que tenía a la sazón, llamó a su madre y le dijo que ya no tenía el niño nada que aprender en aquella escuela.

De estos maestros suyos hablaba después recordando anécdotas de su infancia.

Eran los tiempos de “la letra con sangre entra.”

¡Cuántas veces le oímos contar cómo le apenaba, y alguna vez también lo experimentó dolorosamente, que si algún niño no contestaba a la letra la lección como el maestro quería, la palmeta se empleaba en él sin compasión! “¡Pon las manos vueltas!” *Nosotros no nos atrevíamos a abrirlas del todo; poníamos tímidamente una y con la otra queríamos resguardarla de los palmetazos; luego, con coraje y sangre fría, iba contando el maestro los golpes que daba en las palmas, uno, dos, tres, y nos las dejaba tan ardientes que apenas terminaba la “faena” salíamos corriendo soplando en ellas, a ponerlas en el fresco zócalo de azulejos de la clase.*

En otra ocasión, escribía:

“No recuerdo que me hayan pegado, cuando niño, mis buenísimos padres que de Dios gocen. Un movimiento de cabeza o una simple mirada de disgusto, recuerdo que era la más eficaz corrección y el más sentido castigo. ¡Aún me escuecen!” ⁽³⁾.

Su espíritu, finamente observador, había recogido en su niñez y juventud impresiones y recuerdos que no se le borraron nunca; y aquellas experiencias infantiles ¡que bien supo utilizarlas más tarde para sus altos fines pedagógicos, en sus escuelas de Huelva, en su Seminario de Málaga, en sus Catequesis y apostolados...!

SUS ILUSIONES DE NIÑO

Aquel niño de sentimientos tan delicados, tenía también su mundillo de ilusiones. El que había de soñar tanto, y tanto habría de sufrir en la vida para ver realizados sus ensueños, nos ha contado estas sus ilusiones de niño.

Una de las mayores decía era tener una cartera para los libros cuando iba al colegio, para podérsela echar terciada con su correa al hombro, como la llevaban otros niños.

Cada vez que llegaba el cartero, brillaban sus ojos inocentes y decía a su madre: *“Mamá, dígale Vd. al cartero que le di su cartera para mí.”*

Pero este sueño dorado nunca se realizó; siempre había otra cosa más urgente que comprar que la soñada cartera.

Y por fin, otra de sus más vehementes aspiraciones infantiles fue la de tener un *borrico*.

¡Verse él cabalgando en un borriquillo *suyo*, qué felicidad!

Un día llegó radiante de alegría a su casa, por fin había encontrado el modo de realizar su sueño. *Mamá*, gritaba alborozado, *mamá*, en el “*boquete*” (una feria de ganado de inferior calidad), *¡se vende un burro por seis reales!*

Ante la ocasión de un negocio tan favorable se desvanecerían, sin duda, las dificultades para lograr su ilusión. Pero ¡ay! que también hubo de renunciar a ella.

Las reflexiones de su madre sobre el estado del pobre animalejo que daban tan barato, lo conformaron pronto para esperar mejor ocasión, que no llegó.

³ “La Gracia en la Educación”; 3.^a ed., p. 189.

¡Cuántas veces le hemos oído decir que daba gracias a Dios y se alegraba sobremanera de haber sabido por experiencia lo que son privaciones de gustos, porque además de darle esto un conocimiento más real de la vida, podía comprender mejor a los que las padecían, al mismo tiempo que sentía lástima de esos niños mimados que no llegan a disfrutar de nada por el hastío que les produce la abundancia de todo!

Por el contrario, decía él, la austeridad de vida hace que se disfrute mucho más de esos menudos e inocentes goces del hogar.

En él no faltan las preocupaciones, pero... a dos pasos estaban el Señor y la Virgen de la Alegría.

¡Estando ellos tan cerca no hay apuros que valgan...!

A LOS PIES DE LA VIRGEN DE LA ALEGRÍA

Días hubo en que el Señor cargaba la mano poniéndoles unas caras más pensativas y serias que de costumbre a aquellos fervorosos *cofrades* de la *Santa Alegría*.

El niño que acaba de entrar de la calle, lo ha notado.

—*Mamá ¿qué le pasa?*

—Nada, hijo mío... Esto no lo puede arreglar más que la Virgen. Anda, llévate a tus hermanitos, y cuéntale a la Virgen de la Alegría lo que me pasa.

Los cogió de la mano, penetró en el templo, los puso de rodillas a su lado, frente al altar de la Virgen, cruzó los brazos, clavó en la imagen aquellos ojos azules como su manto, y de esta manera habló:

—*“Madre mía. dice mi mamá que hoy tiene un apuro...”*

Y siguió contándoselo, para que se enterara bien aquella Virgen bonita del camarín, con sus ráfagas de plata y los dos pendientes largos colgando sobre la cara, como ascuas de luz...

Sus hermanitos cansados ya de estar de rodillas, poco a poco iban dejando caer el cuerpo sobre los sufridos tobillos...

Por fin acabó el relato de sus penas...

—*Ea, vamos, pero antes la despedida.*

Y todos comenzaron a rezar la oración que les había enseñado la madre:

Virgen Santísima,

Madre piadosa,
amparadme ahora
y en la hora de mi muerte. Amén.

Hubo de complacerle no poco a la celestial Señora aquella súplica ingenua de sus labios inocentes, pues al volver a la casa ya no había apuros... La Virgen de la Alegría se llevó con una sonrisa de sus labios todas las penas de la afligida Madre.



Ntra. Sra. de la Alegría

ENTRE LOS FAMOSÍSIMOS SEISES

¡Qué contento está Manolito! En el capítulo de sus ilusiones infantiles aún llevaba una que le hacía soñar despierto: ¡si yo fuera seise...!

No todas sus ilusiones iban a correr la triste suerte de la del borriquillo de la feria...

Y Manolito fue admitido en el Colegio de San Miguel, frente a la Catedral, en donde el Cabildo atendía a la formación de los niños de coro.

Tan pronto advirtieron los directores la gran afición a la música que tenía el aspirante, su fino oído y su dulce y vibrante voz, lo incluyeron en el número privilegiado de aquellos famosos seises de la Catedral sevillana.

El origen histórico de los “seises”, no está aún exactamente determinado. Algunos historiadores lo hacen remontar a los tiempos de la iniciación del rito hispalense a raíz de la reconquista de la ciudad. Sin embargo, no existe noticia definitiva sobre origen tan remoto, por lo que se tiene como más veraz la opinión que fecha su aparición en 1439. En 1532 se fundó el Colegio de San Isidoro, también llamado del Cardenal, y que posteriormente se denominó de San Miguel, en donde los niños de coro, en número de veinte, cursaban sus estudios. El número varió con los años, hasta que en 1565 se fijó el de diez.

Bailaban entonces los seises con ocasión del Corpus ante la Custodia y los Cabildos Eclesiásticos y Civil, y fuera del Templo, en la procesión del Santísimo, frente a la Audiencia, y en ocasiones ante la Iglesia del Salvador.

El baile es una especie de minué con características especiales.

La danza de hoy es la misma del siglo XVII.

Bailan haciendo múltiples figuras: eses, círculos y cruces, terminando cada figura al mismo tiempo que concluyen el villancico, y tañendo las castañuelas al momento de concluir el estribillo.

En ninguna ciudad del mundo que no fuera Sevilla pudo nacer la peregrina idea de que niños inocentes danzaran delante de la Custodia lanzando al altar sus coplas como una nube de incienso.

Sorprende y emociona ver a aquellos pequeños pajes del Santísimo evolucionar rítmicamente entre el repique de castañuelas sobre las mismas gradas del altar.

Así son las cosas de esta Sevilla que no sabe sentir en silencio, y canta y baila delante del Santísimo y de la Madre Inmaculada, con la ingenua desenvoltura del pequeñuelo que en brazos de su madre no sabe estarse quieto y pernea y sonríe y acaricia, y abraza y besa a la madre, para terminar después dormido acunándose en su regazo.

Hasta el 11 de mayo del 1931, en que fue devorado por las llamas el Palacio Episcopal de Málaga, se conservó un retrato suyo con el simpático traje de los seises sevillanos.

De nueve a diez años, alto, delgado, su cabello rubio y sus ojos intensamente azules, vestido de grana y oro en las solemnidades del Corpus Christi, y de azul y plata en las de la Inmaculada, los dos grandes amores de su corazón, Manolito cantaba y bailaba con todo el entusiasmo de su alma sencilla y ardiente las típicas danzas religiosas ante el Santísimo Sacramento al pie de las gradas del presbiterio de la Catedral de Sevilla...

El último día de la Inmaculada que pasó en la tierra aún recordaba aquellos cantos, y quiso entonar por última vez, olvidando por unos momentos los dolores de su enfermedad, en homenaje a la Señora, aquellas célebres coplas de Miguel del Cid que tanto cantó el pueblo sevillano:

Todo el mundo en general
a voces, Reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original.

Y su voz, a los 62 años, resonaba aquel día como la de un niño; ¡tanto había de ingenuidad y amor a la Madre Inmaculada!

* * *

EVOCACIÓN

Pajecillo de la Eucaristía, me parece verlo gracioso y blanco vestido de grana y oro, jubón y calzas de seda, blancos chapines bordados en sus pies diminutos, y enlazados entre sus dedos los palillos, repiqueteándolos, cantar con los ojos clavados en la Custodia...

Desde aquella primera mirada quedó enamorado de la Eucaristía... Desde entonces su alma le irá cantando por el mundo esta letrilla...

Sólo en esta miel espero,
por ser deleitoso abismo;
miel que es pan,
pan que es Dios mismo,
miel sabrosa de romero... ⁽⁴⁾.

Se encontraron la flor y la abeja, ¿quién las separará? Unidos vivirán hasta la muerte.

⁴ “El Colmenero Divino”, de Tirso de Molina.

Capítulo II

Cuando llama el Amo...

1.º.- *Los primeros pasos del seminarista.*

Otra vez de contrabando.

Su ingreso en el Seminario.

Su piedad infantil.

Le sale al paso la cruz.

Seminarista y romero.

Su plan de vacaciones.

Pasando unos días con el P. Pérez.

2.º.- *Por la defensa de su vocación.*

Se redime del servicio militar.

El periodista en ciernes.

Se va acercando al altar.

Sus ensueños pastorales.

Los primeros tropiezos con la realidad.

I

Los primeros pasos del seminarista

Adiós chambergo, con tu aironcillo de plumas, adiós castañuelas de mi pequeño seise; ni tú tocarás más su cabeza dejando al descubierto la frente, para que miren con desahogo a la Custodia sus ojos, ni vosotras os enredaréis más entre sus dedos, para acompañar con alegres repiqueteos las coplas del Sacramento.

Los alegres y polícromos terciopelos pronto se van a cambiar por los negros y austeros paños de una sotana.

Quizás en las Vísperas del Corpus de este año de 1889, cuando sus pies trenzaban en la Catedral sevillana con giros pausados la danza inocente, los dulces ojos de Cristo desde la Hostia blanca, se fijaron en él, y sorprendidos de tanta inocencia, le besaron el alma.

Como en la página evangélica le miró y le amó.

Aquellos ojos le estaban llamando enamorados. ¿Qué hacer?

Robarle la respuesta a Andrés y a Pedro sobre las arenas del lago.

OTRA VEZ DE CONTRABANDO

Ha cerrado la noche y Manolo no vuelve a la casa; ya son diez años los que ha cumplido, probó el Pan de la Eucaristía y recibió la Confirmación (⁵).

⁵ El día 11 de Mayo de 1886, a la edad de nueve años, algo más pronto de lo que en aquellos tiempos se acostumbraba, recibió la primera Comunión en la Iglesia de las Escuelas de San Luis, de manos de su tío, el canónigo don Francisco García Sarmiento.

Hasta el incendio del Palacio Episcopal de Málaga conservó en su dormitorio, junto a un cuadro con el recordatorio de su primera Misa, otro mayor con el de su primera Comunión.

El 5 de diciembre del mismo año recibió el Sacramento de la Confirmación, administrado por el Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal D. Ceferino González y Día-

El carácter del niño es extremadamente dócil, mil veces ante las amistadas había hecho exclamar a D^{ra} Antonia, rebosando de maternal orgullo: “Manolo nunca me ha dado un disgusto...” Pero ahora...

¡Pobre madre! Con un cabello se ahoga. Vive por esta fecha en la calle de la Alegría; pero esta noche el niño le ha hecho un rápido traspaso a la calle de la Amargura.

Por todas partes le anduvieron buscando. No dejó su hermano Martín iglesia, ni callejuelas ni plazas ni rincones del barrio, que no recorriera impaciente, pero... ¡en vano!

En la vecina Plaza de las Mercenarias sobre los tejados se muere el último rayo de sol, el farolero con la mecha en la punta de la caña va prendiendo su luz en las farolas, y el niño – ¡dichoso niño! – sin volver.

De pronto, sobre las piedras de la calle se oyen, atropellándose presurosas, las pisadas de alguien que más que correr vuela.

¡Ahí viene! es él...

—Pero Manolo, ¿qué horas son éstas?...

— ¡Papá, mamá! no se disgusten, no me riñan, lean lo que dice aquí!

— ¿Qué es esto? Su padre pasó rápidamente los ojos y cuál no sería su sorpresa cuando vio que se trataba de la papeleta de examen de ingreso en el Seminario.

— ¡Vengo del Seminario y esta es la papeleta del examen de ingreso y estoy aprobado!

— ¡Pero, chiquillo! ¿Cómo es esto?

— *Sí, ya está todo arreglado. Mamá, ahora tiene usted que ver al señor cura de San Bartolomé y darle el dinero de los papeles que he tenido que presentar.*

Y nerviosillo miraba a sus padres para ver en qué quedaba aquello; pero la riña se trocó en unas dulces y tiernas lagrimillas que se deslizaron furtivamente de los ojos de aquellos buenos padres que, llenos de silenciosa emoción, le abrazaban.

¡Límpiate las lágrimas, madrecita buena, no puedes reñirle, porque al niño se le han pegado tus mañas!

De contrabando le tenías escondido aquellos primeros días de su vida, y casi de contrabando, él, cuando menos lo esperabas, se te ha metido por las puertas del Seminario. Tan bien ha aprendido este gracioso y

peregrino ardid, que en su vida toda, casi de contrabando, con su eterna sonrisa, conquistará para el Amo las almas y robará los corazones...



Seminario de Sevilla

SU INGRESO BN BL SEMINARIO

Al comenzar el curso del 1889 al 90 ya nuestro pequeño seise se ha convertido en un seminarista.

De sus unos de Seminario pasados en aquel vetusto caserón triste y oscuro, prisión en otro tiempo de las Santas Justa y Rufina, conservó siempre recuerdos indelebles...

Allí sus ojos de niño contemplaron en la cripta del templo las cárceles lóbregas donde las dos santas hermanas recibieron sus tormentos. Aquellos muros fueron testigos de la muerte de Santa Justa, víctima de crueldad de Diogeniano.

Sus labios inocentes besaron en aquel pedazo de la columna donde fueron azotadas, la cruz que ellas grabaron con sus uñas, en medio de sus tormentos...

Todo en aquel Seminario Menor le hablaba de tormentos y de muerte, aceptados con el gozo inefable del martirio; por eso en la cruz que bien pronto le salió al encuentro él se supo clavar con toda la alegría de su niñez inocente...

Aquellas primeras noches del Seminario lejos de la madre buena, sin el calor del hogar, ¡cuánto le exigían de renuncia callada!

Las primeras noches, según lo confesaba él mismo a su madre cuando fue a verlo, pasó miedo.

Una sombra negra con una linternita daba vueltas por el dormitorio... Y él no sabía explicarse aquel misterio.

A la semana siguiente, cuando volvió a verlo su madre, ya no tenía susto: “Mamá, ese Padre que da vueltas por las noches es un santo, es el P. Espiritual.”

Era aquel santo sacerdote el P. Pérez Pastor, del que tan buenos recuerdos conservó siempre ⁽⁶⁾.

SU PIEDAD INFANTIL

Uno de sus profesores, D. Anselmo Bracho (q. e. p. d.), escribía: “Le conocí siendo él un niño; fue discípulo mío en el Seminario de Sevilla. Desde sus primeros años de seminarista se distinguió por su acendrada piedad y amor al estudio, singularmente por una ardiente devoción a la Sagrada Eucaristía y a la Inmaculada, amores que durante toda su vida brotaron siempre juntos de sus labios y de su pluma” ⁽⁷⁾.

Todos cuantos le conocieron íntimamente durante sus años de seminarista, afirman su amor a la vocación y su firmeza y decisión a ser sacerdote, sin que jamás la menor sombra de duda o de titubeo asomase a su alma. Diríase que Dios le regaló un alma sacerdotal. ¡Cuántas veces le oyeron repetir: *Si mil veces volviera a nacer, mil veces volvería a ser sacerdote!*

Entendió siempre el sacerdocio en toda su divina plenitud... Sacerdote hostia (que dirá después), sin otro anhelo que ofrecerse en cada momento en oblación perpetua —hostia humana— a la Hostia Divina del altar. ¡Hostia por Hostia! ¡Qué sublime ideal!

⁶ “Artes para ser apóstol como Dios manda”, 3.^a ed., p, 145.

⁷ Boletín “Las Marías”, núm. 310. Santander.

Cuentan de él esta frase que retrata su espíritu y su estilo y que solía decir a su madre cuando en sus visitas le contaba alguna pena: “Mama, *con tal que tengamos siempre el alma limpia, ¡vengan bombas!*”

Tenía, desde niño, los ojos del alma esponjados en la blancura de la Hostia...

¿Qué importan los sufrimientos cuando se tiene la conciencia tranquila?

Mas a la alegría y expansión de su piedad no le faltó una prueba: la de los escrúpulos.

Permitió el Señor que, aquel que más tarde había de ser tan experto director de almas, probase por sí mismo el peso de este sufrimiento.

No se prolongó la prueba, la Providencia le deparó pronto un confesor que supo llevar la paz a aquella alma destinada para grandes empresas.

Sus dotes de inteligencia le hicieron descollar entre sus condiscípulos; baste decir que obtuvo siempre las mejores calificaciones y los primeros premios en todos los cursos de su carrera.

Notando tan grandes condiciones de inteligencia y corazón, el rector de) Seminario, D. Modesto Abin y Pinedo, decía a su padre: “*el rubillo* como siga derecho va a ser una gran cosa, pero como se tuerza, es capaz de armar un cisma en la Iglesia de Dios.”

En sus años de Humanidades se daba frecuentemente el caso de que otros compañeros le pedían el *gran favor de sacarles los vocablos* de los autores latinos, a lo que él siempre accedía con gusto, y era gracioso ver cómo le manifestaban su gratitud, cediéndole en el comedor el plato extraordinario de que disfrutaban los pensionistas, llegando a veces ha encontrarse con nueve o diez *principios*, que él repartía generosamente entre sus compañeros menos favorecidos.

Baste decir que su capacidad intelectual, no menos que su constancia, lograron superar la enorme dificultad que supone la de no tener en propiedad todos los libros necesarios para sus estudios (⁸).

⁸ En su hoja de estudios no aparece ninguna nota inferior ala de “Meritissimus”, siendo siempre esta máxima calificación la que recibió en todas las asignaturas de *todos los cursos*, con premios y matriculas en todos ellos; los diplomas de los doce o catorce años de su carrera se conservaron en otros tantos cuadros hasta el incendio del Palacio Episcopal de Málaga. (Véase su certificado de estudios en Apéndice núm. 2).

“Monolito —decía el rector— hará todo lo que se proponga, si se cae la Giralda y él quiere levantarla, a los pocos días la levanta; todo lo que quiera lo consigue.”

Y es que a una gran capacidad intelectual, a una clarísima y rápida comprensión, a una imaginación viva y ardiente, a un corazón noble y delicado unía una voluntad firme como una roca.

RASGOS DE SU CARÁCTER

Sus compañeros de Seminario aseguran que jamás le veían triste, antes al contrario, su carácter alegre y risueño, salpicado de abundante sal de la tierra servía de animación a las reuniones recreativas. El mismo contaba más tarde muchas de las anécdotas de su vida de seminarista.

Durante una temporada ejerció el cargo de enfermero. Un seminarista más aprensivo que realmente enfermo venía hacía unos días quejándose de un dolor en la espalda, cuya causa no acertaba a averiguar el médico. Nuestro enfermero, encontró bien pronto un remedio decisivo.

Un día le llama a la enfermería y le dice: “*Mira, ya he encontrado una untura maravillosa que hará desaparecer definitivamente ese dolorcillo; esta noche me pasaré por tu camarilla y te la aplicaré antes de dormirte.*”

En efecto, según lo anunciado. Manolo se presentó con un *ungüento mágico*, que aplicó cuidadosamente a la parte dolorida. El “enfermo”, sin sospechar remotamente la procedencia de la medicina, le advirtió que aquella untura tenía un olor semejante al betún.

—*Nada de particular tiene* —contestó Manolo— *puesto que el betún contiene trementina, la cual precisamente es el principal componente de esta untura.*

No eran vanos los barruntos del paciente, pues el maravilloso ungüento no era otra cosa que una caja vulgar de betún para el calzado.

A la mañana siguiente, Manolo le preguntó cómo le había sentado la medicina.

El “enfermo” le respondió que el efecto había sido rápido y decisivo.

Claro, que el *complemento del remedio* tenía que ser el agua caliente y el jabón.

A su amabilidad y simpática alegría unía una gran seriedad y firmeza de carácter.

Sus compañeros de Seminario recuerdan a este propósito un hecho que habla muy alto de la entereza de su alma.

Sería de edad como de 18 años. Un profesor suyo se atrevió un día, desde la cátedra, a decir alguna frase poco delicada sobre el celibato eclesiástico.

Al punto el valiente seminarista se puso en pie y, con rostro indignado y actitud resuelta, le habló de esta manera: *“Es indigno que un profesor se atreva a hablar con tan poco respeto de esa delicada materia. No podemos consentir que se hable de esta manera a los que nos preparamos para sacerdotes. Yo protesto con toda mi alma.”*

El profesor se irritó al verse reprendido por un discípulo y la clase se terminó en un ambiente de tirantez.

Sus compañeros al salir, le aplaudieron su actitud decidida, diciendo: ¡Bien, te has portado como un valiente!

Después, el profesor rectificó su opinión en pleno clase y lamentando el hecho y reconociendo su falta rogó que le dispensaran.

LE SALE AL PASO LA CRUZ

No podía faltar el sello de la cruz que fuese la auténtica que probase la firmeza de su vocación y le diese una provechosísima experiencia para el mariano.

Era costumbre en el Seminario de entonces distribuir por turno, entre algunos seminaristas, distintos oficios, y uno de éstos era el de la *serenía* nocturna.

Por ello, las noches que le tocaba su turno, tenía que quedarse de *sereno*; le entregaban su farolito y quedaba encargado de la vigilancia de los vetustos y enormes tránsitos, galerías, dormitorios y camarillas.

Fue esto siempre tan duro para él y pasaba tan malas noches, que no logró acostumbrarse y siempre lo recordaba con tristeza.

Comprendía que esto era inadmisibile en un centro de jóvenes estudiantes ya que el pasar la noche en vela, a más de otros graves inconvenientes, impedía después el estudio.

Cuando tenía de 14 a 15 años contrajo unas fiebres tifoideas que pusieron en serio peligro su vida. Ni el médico del Seminario ni los Superiores advirtieron la gravedad del caso, hasta que su padre se decidió a llevárselo a su casa y se presentó un día con un coche para trasladarlo.

Llegó con tanta fiebre que no sabía donde se hallaba.

El médico de la familia lo encontró gravísimo y abiertamente dijo a sus padres que no se hicieran ilusiones, el estado del enfermo es alarmante.

El P. Espiritual del Seminario aseguraba: “Si Manolo se muere, se va derecho al Cielo, porque es un alma tan limpia que no ha perdido la gracia bautismal.”

Fácil es suponer la preocupación angustiosa de sus padres y hermanos, en torno del enfermo se multiplicaban las oraciones y los cuidados...

Al arreglarle su madre las ropas, advirtió algo extraño que tenía adherido a su cuerpo. Un cordón a raíz de la cintura.

Era el llamado cordón de Santo Tomás” que el piadoso seminarista llevaba siempre ceñido.

Tan bien anudado estaba que hubo necesidad de cortarlo poro evitar uno molestia más al enfermito durante aquellos días.

Quiso Dios, al fin, atendiendo los ruegos que por él se hacían, devolverle la salud; pero quedó muy débil y quebrantado.

A esto se añadió que a los 17 ó 18 años se le presentó una cefalalgia muy frecuente, que le duró casi hasta la muerte.

Eran tan fuertes y frecuentes esos dolores de cabeza, que le impedían seguir normalmente algunas temporadas el curso de sus estudios; estas forzosas vacaciones, más que los mismos dolores, constituían paro el un terrible sufrimiento.

¡Cuántas veces no pudiendo ni leer a causa del dolor, rogaba a algún compañero le leyese la lección que correspondía y seguidamente entraba en clase, dando tan perfectamente la lección que nadie hubiera podido sospechar su padecimiento!

Estas pruebas acrisolaron la virtud y probaron aún más la vocación de nuestro seminarista, que supo llevarlas con rostro alegre y ánimo esforzado.

SEMINARISTA Y ROMERO

En abril de 1894 se realizó una magna peregrinación obrera a Roma para sumarse al Jubileo Episcopal de S. S. León XIII y manifestar al Papa la gratitud de los obreros españoles por su carta magna del trabajo: la

encíclica “Rerum Novarum” que había publicado Su Santidad en mayo de 1891.

El Marqués de Comillas, Presidente de la Junta Nacional organizadora, tuvo, entre otros rasgos de su proverbial generosidad con la Iglesia, el de poner sus barcos de la Compañía Trasatlántica a disposición de la peregrinación, gratuitamente.

El número de inscripciones fue tan enorme, no ya sólo de obreros, sino de otras muchas personas de las diferentes clases sociales, que por razones de las circunstancias políticas de aquel tiempo, hubo de dividirse en dos expediciones, que formaron un total de 18.000 peregrinos.

En la primera expedición salieron los romeros de Castilla, Valencia y Andalucía, y en la segunda los del resto de España.

El Cardenal Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla, presidía a los numerosos peregrinos sevillanos.

El seminarista Manuel González, que amaba fervorosamente al Papa y que por devoción al Vicario de Cristo y a la Ciudad Eterna había aprendido la lengua italiana en los tiempos que sus estudios reglamentarios se lo permitían, se dedicó a poner los medios para lograr el pasaje, pensando, y con razón, que nunca se le presentaría mejor ocasión de ir a Roma de *balde*.

Obtuvo los permisos necesarios de sus superiores y se apresuró a inscribirse, reuniéndose gozoso con sus compañeros de viaje un día de abril señalado para emprender la marcha.

Llevaba por junto —como graciosamente comentaba él siendo ya Obispo— ¡25 pesetas!, para *gastos imprevistos*, que con bastante decepción suya se quedaron muy reducidas en el cambio de moneda.

Se comprende fácilmente los indecibles esfuerzos de parsimonia que tuvo que hacer para comprar algo de comer, con que completar un poco la exigua ración *a* que daba derecho el billete, y algunos recuerditos de Roma.

Pero a sus 17 años no había dificultades. El escaso equipaje lo acondicionó en un carterón grande y deslucido que no se sabe por donde había ido a parar a su casa y... ¡a Roma!

Acomodado en la *tercerola* del barco, como él decía, con una comida bastante deficiente, acompañada de unas galletas negras, que sustituían al pan, no podía resistir la estancia en la bodega del barco y se pasaba sobre cubierta no sólo el día, sino también la noche, con tal de respirar aire puro,

durmiendo en un sitio tan expuesto a caerse al agua, que no podía menos de asustarse de su atrevimiento cuando lo recordaba más tarde.

Aquel largo viaje estuvo lleno de múltiples y variados accidentes.

En Valencia una turba de desalmados, entre los que no faltaban mujeres, apedreaban a los peregrinos, mientras ellas, con largas agujas, intentaban herirlos.

Muchos resultaron lesionados, entre ellos el Obispo de Madrid, Excmo. Sr. D. José María de Cos.

La masonería quiere estorbar este maravilloso acto de fe de los obreros de España que se encaminan a Roma, pero no lo consigue.

Sobre la cubierta del “Montevideo”, donde iba el Primado de las Españas, Dr. Sancha, se celebra una Misa solemne, y por la tarde una procesión con el Santísimo.

La bandera española sirve de palio, los estandartes de todas las asociaciones piadosas se despliegan al viento y entre las salvas del buque, mientras el Prelado da la Bendición sobre los mares, se van perdiendo las coplas de los peregrinos.

La llegada a Roma fue indescriptible...

Cuando se abrieron las puertas del Vaticano los peregrinos invaden la Plaza de San Pedro con la atrevida desenvoltura del que se encuentra en su casa...

Y transcurren ante la admiración de Roma aquellas miradas triunfales.

León XIII, que para estar más cerca de los peregrinos de España no usó la alta silla gestatoria cuando se dirigía a celebrar la Misa Pontificia del 18 de abril, sino otra más baja que le acababa de regalar su Guardia Noble, cruzaba por entre aquellas apretadas filas, pálido el rostro y sonriente la mirada, recibiendo el homenaje entusiasta de los peregrinos.

Por ellos dispuso en estas fechas la beatificación de dos grandes españoles: Fray Diego José de Cádiz y el Venerable Maestro Juan de Avila.

Por amor a España no celebró la Misa en el altar papal, sino en el del Beato Avila, y allí fue donde le regalaron los oídos con melodías de la tierra los orfeones de las diversas regiones españolas.

Aquellos peregrinos le besaban las blancas vestiduras y sus labios tenían en la mañana gloriosa de Roma, pureza de cielo, que todos en número de 6.000, repartidos en veinte templos de la ciudad, habían

confesado para recibir en San Lorenzo, junto al sepulcro de Pío IX, la Sagrada Eucaristía.

La venerable figura del anciano Pontífice impresionó profundamente al Seminarista sevillano, y las emociones de la Roma cristiana dejaron una huella imborrable en su corazón...

Siempre recordaba aquel viaje hecho a sus diecisiete años, sin más arrimo que el tesoro de su alegría y sus escasos cuartos, como una piadosa *calaverada* de su juventud...

SU PLAN DE VACACIONES

De ellas pudiera decirse que no eran más que esto: *vacaciones de un seminarista*: y con esto estaría dicho todo.

La Misa y la Comunión diaria, la meditación y la visita al Santísimo eran sus actos principales.

Siempre madrugador, se levantaba muy temprano para asistir a la primera Misa y vacar mejor a la oración en las horas en que menos personas concurren al Templo.

Aún recuerda alguna de aquellas personas al seminarista madrugador:

“En la primera Misa nos congregábamos en la iglesia de San Isidoro un corto número de feligreses... Entre ellos apareció un día un joven de porte sencillo, que llegaba puntualmente unos minutos antes de comenzar aquélla; comulgaba al consumir el sacerdote y quedaba dando gracias con la vista fija en el Sagrario, abstraído por completo de cuanto a su alrededor pudiera ocurrir.

Grata impresión causaba su sencillez y fervor. Este joven es un santo —nos decíamos—: vamos a pedir al Corazón de Jesús que sea un católico de acción que defienda a la Iglesia de esta ola negra de impiedad que nos amenaza. Una agradable sorpresa nos esperaba: un día vimos al joven con ropa talar. ¡Era seminarista! Aquel día la Misa y Comunión fue de acción de gracias, porque habíamos de tener un sacerdote santo” (⁹).

Nunca se le veía ocioso, rezaba, leía, escribía, enseñaba o se entretenía en alguna ocupación manual. A veces con un cortaplumas hacía figuras de madera, una de éstas fue una preciosa capillita en pequeño.

⁹ Apuntes de M. S. Espinosa. Moguer, 1940.

¡Cuántas había de hacer más tarde en grande, en sus empresas de apostolado y cómo se gozaba en decir que su gusto era haber hecho muchas casas para Dios y ninguna para sí!

Siempre activo y diligente, se ocupaba también en repasar las lecciones a niños que no habían aprobado sus asignaturas en junio.

“Entre el calor de la canícula sevillana y de los sofocones que la frescura de algunos de aquellos estudiantes me propinaban ¡que veranos de fuego me venían!, escribirá más tarde en uno de sus libros ⁽¹⁰⁾.

Los paseos al campo también formaban parte de su programa veraniego.

Unas veces con sus hermanos y otras con sus compañeros de Seminario se daba buenas caminatas por sitios donde no paseara el público y otras llegaban a algunos pueblecitos cercanos y visitaban al Santísimo.

Le gustaba reunirse con los seminaristas mayores, con preferencia a los de su edad, escogiendo siempre los más fervorosos, y especialmente frecuentaba el trato con los mejores sacerdotes de su tiempo.

Al tratar de sus relaciones fuera del Seminario, no es posible dejar de consignar las que tuvo con los Padres Salesianos.

Quiso la Divina Providencia que, al llegar los primeros Salesianos a Sevilla en el 1892, la proximidad de vivienda fuese ocasión para que la familia González los conociera y tratara, estableciéndose en seguida una mutua corriente de simpatía y afecto que jamás se interrumpió.

No es extraño que aquel seminarista, que en su carácter y en su misión tantos puntos de contacto y de semejanza había de tener con San Juan Bosco, encontrase en el espíritu salesiano singular atractivo.

Especialmente afectuosas fueron sus relaciones con D. Pedro Ricaldone, que luego fue Rector Mayor de la Congregación. En el año de su llegada a Sevilla con los primeros salesianos, cantó en aquella ciudad su primera Misa, a la que asistió revestido de sobrepelliz nuestro seminarista.

Se complacía D. Ricaldone y aquellos PP. Salesianos en llamar a Doña Antonia “mamá *Margarita*”, como a la madre de Don Bosco. Y, en efecto, siempre acudían a ella para cualquiera de esos apuros caseros, que de mil amores ella se prestaba a resolverles.

¹⁰ “La Gracia en la Educación”, 3.^a ed., p. 16.

Al felicitarle en el año 1943, por sus Bodas de Oro de aquella primera Misa, contesta a la familia complaciéndose en recordar aquellos tiempos: “...Entonces su familia formaba una sola con la familia Salesiana, y por mi parte consideré a los suyos como parte integrante de nuestra Congregación.”

Refiriéndose a nuestro seminarista, añadía: “Su corazón apostólico estaba rebosando de la caridad de los santos.” La tierna devoción a María Auxiliadora que hasta el fin de sus días profesó, fue testimonio y sello indeleble de aquella amistad.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Sevilla, a la sazón el venerable D. Marcelo Spínola y Maestre, dispensaba siempre la más paternal acogida al seminarista Manuel González, estrechándose más estas relaciones con ocasión de fundarse en Sevilla el periódico católico “El Correo de Andalucía”, bajo los auspicios, del mismo Prelado.

En la propaganda y primeros trabajos periodísticos tomó parte muy activa nuestro biografiado en sus últimos tiempos de seminarista y primeros de sacerdote.

El Sr. Arzobispo le amaba, y gustaba de introducirle en sus habitaciones particulares recibéndolo con toda familiaridad; distinción que agradecía en el alma nuestro seminarista por poder así admirar más de cerca las grandes virtudes de aquel santo Prelado, al que tanto veneraba y quería ⁽¹¹⁾. Diríase que estas dos grandes almas se habían compenetrado.

PASANDO UNOS DÍAS CON EL P. PÉREZ

¿Cómo olvidar a su *Pae Pérez*? Así cariñosamente llamaban al R. P. Juan Pérez Pastor del que conservará siempre un gratísimo recuerdo.

El verano de 1897 pasó con él unos días de sus vacaciones y en aquella fecha ocurrió esta anécdota que él graciosamente nos relata:

¹¹ Este Santo Prelado, cuyo proceso de beatificación se está siguiendo, nació en San Fernando (Cádiz), el 14 de enero de 1835 y murió rigiendo la Archidiócesis de Sevilla el 18 de enero de 1906. Habla sido preconizado Obispo titular de Milo, Auxiliar de Sevilla en diciembre de 1880. En marzo de 1885 tomó posesión del Obispado de Coria y en septiembre del mismo año se hizo cargo de la Diócesis de Málaga. En febrero de 1869 pasó a la Archidiócesis de Sevilla. Fue creado Cardenal de la Santa Romana Iglesia por Su Santidad Pío X en el Consistorio del II de diciembre de 1905. Es fundador de la Congregación religiosa de Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón.

“Me invitó el Pae Pérez siendo yo seminarista, a pasar una temporada en un pueblecito a donde lo habían mandado de cura durante las vacaciones de verano, porque me escribía como tengo tan mala oreja, quisiera que enseñaras a este bendito sochantre el canto del “Asperges”, cosa que dice que en su vida ha podido cantar, y a los niños de mi catecismo unas coplitas que les están haciendo mucha falta...”

Allá fui y, cuando rendido de calor, que lo hacia bueno, y del viaje de todo el día empezaba a saborear el sueño, unos porrazos formidables, dados en mi ventana, que daba a la calle, me despertaron atolondrado.

— ¿Qué pasa? ¿quién es?

— ¡Pae Cura, Pae Cura!

Sin duda, dije yo, buscan la Extremaunción para un enfermo.

— ¡Ya va, ya va! —respondí yo—. ¿En dónde vive? ¿Está muy grave?

Nadie me respondía; y mientras los aporreadores charlaban, bromeaban, canturreaban, el cerrojo de nuestra puerta, suavemente descorrido, deja pasar sin duda al Pae Pérez; se oye un cambio de saludos de ¡muchachos! y ¡Pae Pérez!, y, perdiéndose todos los ruidos a lo largo de la calle, dan las dos de la noche...

Pae Pérez —le decía yo bromeando a la mañana siguiente—: ¿en dónde fue la fiesta anoche? ¿cuántas copitas cayeron?

— ¡Pobrecillos, pobrecillos!

No satisfecho con esta respuesta, pude satisfacer mi curiosidad, gracias al mal humor del padre del Pae Pérez.

“En todas partes y en todos los cargos del mundo, me decía el buen viejo, hay horas para cada cosa; pero para este hijo mío todas las horas son buenas para que lo fastidien.

¡Cuidado con la invención de ahora de casar a la media noche! ¿En dónde se ha visto eso?

El uno, porque está amancebado y le da vergüenza; y el otro, porque es viudo y le tiene miedo a las cencerradas; éste, porque no tiene traje nuevo para lucirlo en la iglesia; aquél, porque no quiere perder el jornal y cada uno por su estilo prefieren rebujarse a casarse como Dios manda.

Al bueno de mi hijo se le ha ocurrido que todo eso se arregla casándolos a media noche o de madrugada y aquí nos tiene en vela como un sereno siempre que se les ocurre a estos novios, y todo lo que se le

ocurre responder a los cargos que le hago, como su padre que soy, de que se va a matar, es que ¡pobrecillas las almas!” ⁽¹²⁾.

¹² “Artes para ser apóstol como Dios manda”, 3.^a ed. p. 150.

II

Por la defensa de su vocación

Llegaron las quintas de 1889 y Manuel decía a sus padres: “No sufran Vdes. que yo no iré al cuartel si salgo soldado...”

El había premeditado sus planes y estaba dispuesto a evitar por todos los medios posibles el peligro que pudiera correr su vocación.

Sin duda encomendó el asunto y lo puso en manos del Señor Sacramentado y de su Madre Inmaculada, disponiéndose a hacer de su parte lo que pudiese.

Llegó el día del sorteo y el mozo Manuel González García salió soldado. No se inquietó por ello, había puesto su confianza en el Corazón de Jesús y estaba seguro de que El bendeciría con el éxito el plan que había propuesto.

SE REDIME DEL SERVICIO MILITAR

El único medio de que se podía valer para redimirse del servicio era el que entonces se admitía: pagar mil quinientas pesetas. Así lo habían hecho sus padres con su hermano Martín, pero no queriendo el nuevo soldado ponerles en ese aprieto, sabiendo que no les era posible hacerlo en aquellas circunstancias, se fue al señor Rector del Seminario y le expuso su proyecto: haría una colecta para reunir la cantidad necesaria, si obtenía su permiso para visitar a algunas personas que pudieran ayudarle.

Muy gustoso le concedió su Rector la aprobación y el permiso solicitados, y Manuel puso en ejecución su proyecto.

Escribió e hizo imprimir una circular en la que exponía cuán laudable era la obra de ayudar a los que se preparaban para el sacerdocio.

A las personas que quisieran cooperar a tan hermoso fin, él les ofrecía esta ocasión de hacerlo, ayudando a un seminarista a conservar su vocación al evitarle los peligros que para éste supone la vida de cuartel,

evitándole también el retraso que con el servicio militar pudieran sufrir sus estudios.

Enterado el Sr. Arzobispo, quedó edificado del buen espíritu que demostraba en defender su vocación; lo llamó y, después de alabar su buen deseo, le aconsejó hiciera la colecta sólo entre algunas personas conocidas, añadiendo que él le completaría lo que faltase.

La circular corrió como el aire entre muy pocas, pero muy selectas personas.

Se recuerda que en las tertulias íntimas de amigos y familiares decían: ¿Vamos a ver quién reúne más dinero para nuestro seminarista?

Y lo más notable es que hasta S. A. R. la Infanta María Luisa Fernanda de Borbón, según afirma uno de sus condiscípulos, enterada del caso mostró deseos de conocer a aquel seminarista tan simpático y de ayudarle o completar su cuota.

Seguramente alguna de las circulares llegó a la redacción de un periódico católico madrileño, sin que se sepa quién la envió; y, sin que nadie lo solicitara abrió el periódico una suscripción cuyo importe enviaron al seminarista soldado, cuando ya tenía la cantidad necesaria.

Esta nueva colecta sirvió para redimir a otro seminarista del servicio y aún parece que tuvo que devolver dinero sobrante.

El Señor había bendecido copiosamente su confianza en El y su solicitud por llevar adelante el lema que solía repetir, según afirma un compañero suyo: *“Que yo no pierda mi vocación.”*

EL PERIODISTA EN CIERNES

El entonces Magistral de la Catedral de Sevilla, Dr. Roca y Ponsa, de tan relevante prestigio, fue uno de los fundadores del periódico “El Correo de Andalucía.”

Por ser profesor del Seminario conocía bien a su alumno de Teología dogmática, Manuel González, y vio en él un buen elemento para colaborar en la fundación y primeros pasos del nuevo periódico.

Se halló de la noche a la mañana nuestro seminarista convertido en “Gonzalo de Sevilla”, pseudónimo que adoptó.

Se ha hecho periodista.

Unas veces será colaborador redactando artículos, otras propagandista, o corrector de pruebas, y siempre entre aquel grupo de

sacerdotes entusiastas y celosos de la causa de Dios, pondrá su nota de sano y alegre optimismo ante las inminentes crisis económicas del “Correo” y frente a las murmuraciones e incomprensiones de los pusilánimes.

Por eso, al cumplirse los cuarenta años de la fundación del diario, siendo ya nuestro biografiado Obispo de Palencia, recuerda aquellos primeros tiempos en un artículo que le pidieran para el número extraordinario de cumpleaños:

“Al querido cuarentón” “El Correo de Andalucía.”

Has hecho muy bien y yo le lo agradezco con toda mi alma, en pedir unas cuartillas para festejar tus primeros cuarenta años al hoy Obispo de Palencia, ayer de Málaga, antes de ayer Arcipreste de Huelva y irás antes ayer en sus mocedades de seminarista, modesto redactor, sin renta, y propagandista tuyo por los pueblos.

No soy padre, ni tío, ni primo tuyo, pero niño sí, porque asistí a tu nacimiento y mecí tu cuna...”

SE VA ACERCANDO AL ALTAR

Se acercaba el tiempo de ser consagrado sacerdote. Recibido el subdiaconado, el 23 de septiembre de 1900 y en las Témporas de Pentecostés de 1901, día 11 de junio, el diaconado, el futuro Sacerdote intensificaba su fervorosa preparación para subir al altar de Dios.

Un rasgo que indica el elevado concepto que tenía de la vida sacerdotal, es que, según él mismo contaba, al ser ordenado de diácono juzgó que era más propio de su carácter sagrado abstenerse de un gusto en el que hasta entonces no había visto inconveniente y que le estaba permitido.

Nunca quiso, además, verse amarrado por afición alguna, y el temor de que un cigarrillo pudiera llegar alguna vez a dominarle, influyó mucho en él para renunciar a ese gusto.

Algún sacrificio debió de costarle; pero su voluntad fue siempre firme y decidida: le bastó ver lo más perfecto para hacerlo y cortar un día en seco para siempre.

No quería que tocasen al Señor sus dedos alguna vez tostados... por el humo del tabaco.

Terminada su vida de seminarista y en el relicario de sus recuerdos de profesores, superiores y condiscípulos diríase que sobresalieron toda su vida tres especialmente, con los que hasta la muerte de ellos conservó siempre cordialísimas relaciones.

Fueron estos el P. Pérez, el P. Vacas y el Sr. Magistral Roca y Ponsa.

Del Rvdo. P. Juan Pérez Pastor, de quien ya hemos hecho referencias, hace un resumen de su ejemplarísima vida en uno de sus libros, y añade:

“Penitente suyo en mis primeros años de Seminario, su discípulo en algunas asignaturas de Humanidades, admirador devoto de él toda mi vida de seminarista y de sacerdote, cumplo con un deber de gratitud a su memoria y creo hacer una obra de caridad esparciendo el buen olor de una vida llena, de Sacerdote cabal, porque eso era el Pae Pérez...” ⁽¹³⁾.

El P. Juan Crisóstomo Vacas, director espiritual del Seminario, “quinta esencia del espíritu sacerdotal y del buen trato”, ocupó siempre un lugar preferente en el cariño y en el recuerdo de su antiguo dirigido; y cuando se reunía siendo ya Obispo, con sus compañeros de Seminario, ¡cómo gozaba recordando con ellos frases, conceptos, modalidades, hechos del P. Pérez y del P. Vacas!

Era éste último un enamorado de las costumbres cristianas españolas, incansable en su apostolado de hacerlas conocer y apreciar.

De éste es aquella frase: “el pueblo andaluz era tan intensamente piadoso que en un puesto de verduras, en cinco minutos se hacían más invocaciones y jaculatorias a Dios que en un convento de religiosas extranjeras en un día entero”, y lo probaba cogiendo al azar un diálogo entre mujeres del pueblo, lleno de gracia.

“Y contraponía mi maestro a esta escena —dice D. Manuel— en esta o parecida forma repetida en las que el nombre de Dios y el recuerdo a Él y a los motivos sobrenaturales brotan a cada paso, escenas de sorpresas, sustos, admiraciones ocurridas en otros países y aún entre personas religiosas y lo más que obtenían de los sorprendidos y asustados y admirados eran un ¡oh! un ¡ah! o un ¡uf! más o menos prolongado y sostenido” ⁽¹⁴⁾.

“...El me enseñó a hacer oración y me aficionó al celo y me introdujo en el espíritu eucaristía).”

¹³ “Artes para ser apóstol como Dios manda”, p. 141.

¹⁴ “Apostolados menudos”, 3.^a ed., p. 128.

Y en cuanto al tercero de sus más recordados y apreciados profesores, el M. I. Sr. D. José Roca y Ponsa, el célebre y Vrdo. Magistral de Sevilla, lleno de ciencia y de virtud, enérgico, rectilíneo y contundente, batallador incansable en las batallas del Señor, tuvo parte muy importante y dejó huella muy honda en la formación de D. Manuel.

Fue primero su maestro, luego su amigo, y siempre su admirador.

Había entre ambos un mutuo flujo y reflujo de veneración y cariño que daba lugar a encantadoras escenas, cuando, ya Obispo, el antiguo discípulo invitaba a pasar algunos días en su Palacio de Málaga al venerado Maestro y, a cada paso se entablaban santas porfías en las muestras de reverencia recíproca.

SUS ENSUEÑOS PASTORALES

Y así, madurado al calor de estos santos sacerdotes, modelando su alma a la luz de la lámpara del Sagrario, se iba acercando al altar... El sería sacerdote cortado *a la medida del Corazón de Jesús* sin otra ambición que las almas, pero sobre todo las almas de los humildes aldeanos.

¡Cómo soñaba en ser algún día cura de aldea!

“Decir aldeano y al punto” surgir en mi imaginación un hombre robusto de cuerpo y de alma, bastote de formas y modales y sano de sentimientos era una misma cosa, para mí ese aldeano no tenía más que tres lugares: el campo donde lo veía entregado a su trabajo, reposado, alegre, comenzado con el canto del “Santo Dios” al despuntar el alba y terminado con el “Bendito” ; la casa, pobre pero limpia, cariñosa, en la que alternaban los besos y los gritos de alegría de los hijos con las Avemarías del Rosario rezado alrededor de la lumbre; y la iglesia, ¡ah! la iglesia.

¡Qué encanto tenían para mi imaginación las iglesias de los pueblos! Cuatro paredes muy blanquitas, un altarcito con unos manteles muy planchados, y una Virgen vestida como la más rica aldeana y adornada con las mejores flores de los campos, y un Sagrario muy limpio, frecuentado por los mozos al terminar las faenas del día y por las mozas antes de empezarlas y por los ancianos e impedidos del pueblo durante el día...

¿Y los domingos? La Misa del alba oída por toda la gente campesina; la Misa mayor con la plática de padre del Sr. Cura, con las amonestaciones de casamientos pendientes, oídas con tímida

complacencia por los interesados, con curioso interés por los demás, con su Catecismo bullicioso, con su salida de Misa en que ellas lucían sus mantones de flecos y pañuelos de seda y sus faldas rechinantes de almidón y plancha y ellos sus tornos y botas de domingo y las vistosas vueltas de la capa y los chillones colores de la faja comprada en la última feria.

¡Ah! ¡los pueblos!

¡Qué costumbres tan sanas! ¡Qué caracteres tan enteros!

* * *

¡Qué bien caía en mi alma después de estos sueños pastorales, la descripción que de sus pueblos montañoses hace Pereda y de sus vascongados Trueba y de sus andaluces Fernán Caballero!

¿Por qué el pueblo mío no había de ser como esos?

¿Por qué yo no había de ser el D. Sabas de mi pueblo?"

LOS PRIMBROS TROPIEZOS CON LA REALIDAD

Sonó en el reloj de la Divina Providencia la hora de levantar mis primeros vuelos en mi vida ministerial. Ordenado de subdiácono y diácono fui invitado repetidas veces a asistir a funciones religiosas en algunos pueblos cercanos a mi tierra.

Y, si he de decir la verdad, me supieron muy mal las primeras salidas. De ordinario tomaba a mi casa con una desilusión tan grande como mi alegría al tomar el tren el coche o la caballería que me llevaba al pueblo de mis funciones.

Ansioso yo por encontrar aquel pueblo sencillo, apacible y cristiano no acababa de ver más que a ciudades en pequeño, con todas las podredumbres de fondo de aquellos sin las buenas formas con que en la ciudad se cubre siquiera aquella repugnancia...

En un pueblo no pudo empezar la función hasta la una del día porque aún no había acabado de peinarse la mayordomo.

En otro pueblo el predicador no podía nombrar a la Virgen de los Dolores y sí sólo a la de las Angustias, porque el partido de los Dolores no era el que pagaba la función.

* * *

Bueno, me decía yo, estos serán unos pocos ignorantes a los que la buena fe los excusa,- pero aparte de esto habrá un núcleo piadoso que comulgará y dará al Señor el culto que Él quiere, modesto, fervoroso, recogido, pero...

—Señor Cura ¿cuántas Comuniones habrá habido en la Fiesta del Patrono?

—Dos, tres. ¡Ninguna!

— ¿Y en el cumplimiento de Iglesia?

— ¡Las mismas, poco más o menos!...

¡Dios mío!, si no comulgan ni tienen vida de fe ¿cómo andará la moral y la familia y la educación?"

¡Qué descabros tan recios iba llevando el mundo de mis "ilusiones pueblerinas" a medida que aumentaba el contacto con la realidad!

Verdad que no todo era desilusión y desencanto—, que también encontré costumbres de muy rancio cristianismo conservadas en toda su fuerza y preciosos ejemplares de fe sencilla, de corazones sanos, de costumbres patriarcales, de tipos parecidos a los soñados por mí... pero ni esos tipos eran todo el pueblo, ni todos los pueblos conservaban esos tipos.

Todavía, sin embargo, me resistía a despojarme de una ilusión tantos años acariciada...

Allá en el fondo de mi alma, seguía en pie la iglesia blanca, más limpia y más blanca que todas las casas del pueblo, y los sencillos habitantes de éste poniendo sus flores en el altar de su Virgen y ofreciendo sus adoraciones y dando parte de sus penas y de sus alegrías al Corazón de Jesús humilde y bueno de su Sagrario.

Todavía, a pesar de las quejas que a los amigos curas de esos pueblos había oído, yo seguía con mi vocación decidida de don Sabas..."
(¹⁵).

* * *

Pobre D. Sabas, no sospechabas que tu vida sacerdotal sería como aquel Pastorcito de tu Seminario, una eterna sonrisa de Dios, ¡sí!, pero clavada en una cruz, negra, muy negra, en cuyos brazos comenzabas a escribir con letras de oro, aquel lema u oración (de ambas cosas tiene)

¹⁵ "Aunque todos... yo no", ed., p. 18.

(Pastor bone: Fac nos bonos pastores, Animas pro ovibus, Ponere promptos (¹⁶); que en romance paladino no quiere decir más que esto: “Pastorcito bueno, clávame en la cruz de mi eterno sacerdocio”).

¹⁶ Se alude al retablo del Pastor Eucarístico del Seminario de Málaga, que no es más que una gran cruz, en cuyos brazos se lee esta inscripción latina que traducimos: “Pastor bueno, haznos buenos pastores, dispuestos a dar la vida por las ovejas.”

Capítulo III

De capellán de asilo a arcipreste de Huelva

1.º.- *En los comienzos de su vida sacerdotal.*

Hostia por Hostia. ¡Sacerdote!
¡En Palomares del Río!
“Mi primer Sagrario abandonado.”

2.º.- *En el Asilo de las Hermanitas.*

El primer Sonfóleo.
Su predicación callejera.
Las píldoras “milagrosas.”
Receta contra los malos olores.

3.º.- *Los primeros reparadores del Sagrario abandonado.*

La adoración de los ancianitos.
La conquista del Judío y Aniceto.
Un sermón de campanillos.

4.º.- *En Huelva le esperan el Sagrario y la Cruz.*

Su nombramiento.
La despedida del Asilo.

5.º.- *Labrando su parcela.*

En Huelva.
Las primeras impresiones.
¡Corazón de Jesús!, ¿por dónde empiezo?

6.º.- *El capítulo de sus tentaciones.*

En León no, en Huelva.

I

En los comienzos de su vida sacerdotal

Han pasado once años y lo que parecía que nunca había de llegar, ya como fruta madura, se le viene a las manos: ¡el Sacerdocio!

Aquel curso del 1900 1901 ha señalado el final de su brillante carrera eclesiástica (¹⁷). En el mes de septiembre de este mismo año entraba en Ejercicios espirituales, para prepararse a recibir el santo Presbiterado.

De aquel cenáculo va a salir lleno del celo de Dios.

En estos días de trato íntimo con el Amo divino, su vida encontrará su derrotero definitivo: el Sagrario.

La brújula de su corazón ya no señalará otro norte.

HOSTIA POR HOSTIA ¡SACERDOTE!

Amaneció por fin el venturoso día 21 de septiembre de 1901, fiesta del apóstol San Mateo y. en unión de otros ordenandos, se trasladó a la devota y preciosa Capilla del Palacio Arzobispal.

Allí estaban entre los familiares de los ordenandos, los padres y hermanos del nuestro, embargados de emoción.

El Excmo. Sr. Arzobispo D. Marcelo Spínola y Maestre, celebró la Santa Misa y confirió las Sagradas órdenes.

¡Con qué afecto paternal ungió las manos e impuso las suyas venerables sobre la cabeza de aquel elegido del Señor a quien tanto amaba ya el santo Prelado y de quien tanto esperaba!

Radiante de felicidad, al terminar la Sagrada ceremonia, el nuevo Sacerdote abraza a sus padres y a sus hermanos.

¹⁷ Obtuvo el grado de doctor en Sagrada Teología “nemine discrepante”, el 21 de julio de 1901. En 23 de Septiembre de 1903, alcanzó también “nemine discrepante” el grado de licenciado en Derecho Canónico. Obtuvo la “Licenciatura de honor”, en ambas facultades por oposición, (apéndice nº 2).

Había triunfado: ¡Ya era sacerdote para siempre, hasta la eternidad!

Ahora a pensar en la primera Misa solemne, a preparar la gran fiesta. Se señaló el día del Arcángel San Miguel, 29 de septiembre.

Unos artísticos tarjetones con la imagen de María Auxiliadora en un ángulo, fueron distribuidos entre las amistades invitándolas al acto.

Decía así:

“El nuevo Presbítero D. Manuel González y García celebrará por primera vez el augusto Sacrificio de la Misa en la iglesia de la Santísima Trinidad, el 29 de septiembre a las nueve de la mañana ⁽¹⁸⁾.

El Celebrante, padres, hermanos y padrino, Dr. D. Ramón Ibarra y González, invitan a Vd. a tan solemne acto religioso en el que expondrá las excelencias del sacerdocio católico el M. I. Sr. D. José Roca y Ponsa, Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia Metropolitana. Septiembre 1901.”

El hermoso templo lucía sus mejores galas; lo llenaban las numerosas amistades del Misacantano, que gozaba de muchas simpatías.

María Auxiliadora, como Reina y Madre, presidía la fiesta. En lugar preferente estaban sus padres y hermanos en el colmo de su dicha.

Fueron padrinos de capa los Rvdos. Padres Salesianos D. Pedro Ricaldone que había de ser más tarde Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana, y D. Segundo Álvarez Arteta, Pbro. ecuatoriano. Como diácono y subdiácono le asistieron los Rvdos. Sres. D. Francisco Casado Ramos, y D. José Álvarez de Luna.

Después de la Misa y del besamanos, los abrazos, las efusiones, el gozo desbordante...

Entregado al saboreo de su *espiritual luna de miel*, como él la llama, pasaron unos meses en los que su celo apostólico empezó a desplegarse.

Mientras la Divina Providencia le señalaba por medio de su Prelado el lugar donde quería ejerciera su sagrado ministerio, se ocupaba

¹⁸ La iglesia de la Santísima Trinidad, que perteneció al Seminario Menor, donde el nuevo presbítero había comenzado sus estudios, era ya entonces de los RR. PP. Salesianos, que en aquel edificio establecieron sus primeras escuelas en Sevilla.

El Seminario Mayor y el Menor pasaron en el año 1900 al antiguo Palacio de San Telmo, cedido por S. A. R. la Serenísima Sra. D.^a M.^a Luisa Fernanda de Borbón, viuda de Montpensier.

principalmente en el apostolado de la predicación y de la prensa, colaborando en los trabajos del periódico católico.

Felizmente pudo salvarse del incendio del Palacio Episcopal de Málaga un libro de notas que abrió D. Manuel el mismo día 21 de septiembre de 1901, en que recibió la ordenación sacerdotal.



Iglesia de la Santísima Trinidad

En él, después de señalar esta fecha y la de su primera Misa, va anotando las intenciones de sus Misas siguientes y las iglesias donde las celebraba, hasta que fue nombrado Capellán de las Hermanitas de los Pobres.

Gracias a él podemos seguir sus primeros pasos de vida sacerdotal.

Predicó por primera vez en las Reparadoras de Sevilla el día de la Virgen del Pilar.

Iba a cumplir sus 25 años y aún no hacía cinco meses que era sacerdote, cuando en febrero de 1902 dio por primera vez unos Ejercicios espirituales de diez días a las señoras de la Parroquia del Sagrario, en la Iglesia del Convento de la Encarnación.

Durante los tres años y medio que siguieron a su Ordenación sacerdotal, no sólo predicaba en muchas iglesias de Sevilla, sino también en los pueblos de la Diócesis.

Apunta ya el Apóstol con la inquietud divina de las almas, que como no hay momento que perder, no entiende de lisonjeros ocios, ni de cobardes *prudencias humanas*.

Trabajar, siempre trabajar, hasta que se apague el último rayo de luz y la noche le sorprenda sobre los surcos abiertos.



D. Manuel a los 25 años

¡EN PALOMARES DEL RÍO!

Le hemos visto ya desde el Seminario soñar con las almas y los pueblos, se ha esbozado la figura del incipiente apóstol de la palabra y de la pluma, pero todo esto se ha de fundir en una vocación especial dentro de su vocación.

Su apostolado será, si, múltiple, pero ha de tener una dirección única, una unidad de principio y de fin, desde este momento decisivo de su vida hasta el término de ella.

El golpe que había de cincelar de una vez para siempre la figura espiritual de D. Manuel González, la *gracia especial*, que iba a imprimir carácter a toda su vida, le esperaba en un pueblo: ¡Palomares del Río!

El mismo nos ha dejado consignado el hecho y nos abre de par en par su alma y los sentimientos de su corazón. Oigámosle:

“Me ordené de Sacerdote y pasado el primer cuarto de aquella espiritualmente sabrosa luna de miel, me mandaron los Superiores a dar una misión a un pueblecito.

Hice mis provisiones de escapularios, medallas, estampas y demás género de pro pagando de los Misioneros y ¡con qué alegría tomé asiento en el vaporcito que había de dejar en la ribera próxima al pueblo de mi apostolado, y con qué presteza monté en el burro que me tenía preparado el sacristán para recorrer la hora de camino que separaba al pueblo del río! ¡Qué planes tan risueños los que iba formando por el camino! ¡Cómo me lisonjeaba de ver ya en mi apresurada imaginación el templo rebosando fieles oyendo mis sermones, el Rosario de la Aurora, cantado por las calles, la Comunión general, muy general, de todo el pueblo, y el gozo de mi Prelado cuando, al terminarse la misión, fuese a administrar la Confirmación y viese tan abundante cosecha!..

—Vamos a ver, amigo sacristán, ¿está muy entusiasmada la gente con la misión? ¿Es muy grande la iglesia? ¿Cabrán mucha gente?... y tras de esas, un chaparrón de preguntas encaminadas a enterarme bien de las condiciones y puntos flacos del pueblo de mis presuntos frutos apostólicos.

—La iglesia —empezó a responder con frialdad y lentitud mi acompañante—, la iglesia, si le he de decir la verdad, no es iglesia; o por mejor decir, ya sí es iglesia; gracias al señor Antonio el vaquero que se empeñó con tós los ricos de Sevilla y con el Sr. Arzobispo y hasta con la Reina de Madrid y ha buscado dinero para echarle un techo en lugar del que se cayó hará unos nueve o diez años y el suelo y el altar mayor y la torre y...

—Pero oiga Vd. ¿a la iglesia antigua qué le quedaba? —le interrumpí yo extrañado.

—Pues nada, como el otro que dijo. Aquello era una grillera; por todas partes en” traba el viento y el agua; yo ya no cerraba la puerta ni de día ni de noche; ¿para qué? si todo eran puertas y agujeros.

Pero, en fin, ya hoy hay iglesia; ahora que lo que pasa es que la gente se ha acostumbrado a no ir y me parece que poca va a ir a la misión; ¿cómo no fuera la misión en el casino o en la taberna!

Y a este tenor fue el hombre aquel echando sobre el fuego de mis entusiasmos más agua fría, que yo acababa de cruzar en el vaporcillo...

Sin embargo, hay que dar la misión. Dios lo quiere y Él me ayudará... Dimos vista al pueblo y, contra lo que yo esperaba, sin el indispensable grupo de chiquillos que recibieran al Padre Misionero.

Nos apeamos de nuestros jumentos y dejándolos ir por delante de nosotros, seguí el interrogatorio con mi acompañante.

—Diga Vd. ¿en este pueblo no hay chiquillos?

—Sí, pero ahora están en el campo...

Y mire Vd., aunque estén no les da por ir a la iglesia, porque el Sr. Cura por sus años, sus achaques y por lo que aquí pasa y como no viene del otro pueblo que tiene a su cargo más que los Domingos, la verdad ¡no quiere ver a un chiquillo ni pintado! ¡alborotan tanto!...

Y ¡como los padres tampoco vienen...!

—Entonces ¿quién viene a Misa en este pueblo?

—Mire Vd., como venir no vienen, digo, vienen los que tienen que casarse o bautizar a algún niño y señó Antonio y yo cuando no tengo que ir al campo...

—Y ¿comulgan?

—¿Comulgar?, también comulgan algunas veces los que vienen a casarse...

—¿Nadie más?

—Que yo me acuerde, nadie más.

—Bueno, pero los enfermos por lo menos recibirán los Santos Sacramentos ¿no es eso?

—No, no, ¿qué van a recibir? Si dicen que esas cosas son de mal agüero y de susto: todo lo más que reciben es el santolio cuando ya han perdido el sentido.

* * *

— ¡Usted no sabe cómo están los pueblos!... terminó enfáticamente mi sacristán al tiempo que llegábamos a las puertas del templo parroquial, sin haber conseguido atraer ni un solo vecino, grande o chico.

¡Verdad que no sabia cómo estaban los pueblos!

* * *

MI PRIMBR SAGRARIO ABANDONADO

Fuime derecho al Sagrario de la restaurada iglesia en busca de alas a mis casi caídos entusiasmos... y ¡qué Sagrario!

¡Qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no volver a tomar el burro que aún estaba amarrado a los aldabones de la puerta de la iglesia y salir corriendo para mi casa!

Pero no hui. Allí me quedé un rato largo y allí encontré mi plan de Misión y alientos para llevarlo a cabo: pero sobre todo encontré...

Allí de rodillas ante aquel montón de harapos y suciedades, mi fe veía a través de aquella puertecilla apolillada, a un Jesús tan callado, tan paciente, tan desairado, tan bueno, que me miraba...

Parecíame que después de recorrer con su vista aquel desierto de almas, posaba su mirada entre triste y suplicante, que me decía mucho y me pedía más... una mirada en la que se reflejaba todo lo triste del Evangelio: lo triste del “no había para ellos posada en Belén”, lo triste de aquellas palabras del Maestro: “y vosotros ¿no queréis también dejarme?”; lo triste del mendigo Lázaro pidiendo las migajas sobrantes de la mesa del Epulón, lo triste de la traición de Judas, de la negación de Pedro, de la bofetada del soldado, de los salivazos del pretorio, del abandono de todos... ¿Verdad que la mirada de Jesucristo en esos Sagrarios, es una mirada que se clava en el alma y que no se olvida nunca?

De mí se deciros que aquella tarde, en aquel rato de Sagrario, yo entreví para mi sacerdocio una ocupación en la que antes no había soñado.

Ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo, emplear mi sacerdocio en cuidar a Jesucristo en las necesidades, que su vida de Sagrario le ha creado, alimentarlo con mi amor, calentarlo con mi presencia, entretenerlo con mi conversación, defenderlo contra el abandono y la ingratitud, proporcionar desahogos a su corazón con mis santos sacrificios.

Servirle de pies para ¡llevarlo a donde lo deseen, de manos para dar limosna en su nombre aún a los que no lo quieren, de boca para hablar de El y consolar por El y gritar a favor de El cuando se empeñen en no oírlo... hasta que lo oigan y lo sigan... ¡qué hermoso sacerdocio!

¿Y si se obstinan en no quererlo? ¿y si no quieren ni mi amistad porque los lleva a El, ni mi dinero porque en su nombre lo doy y me cierran todas las puertas?

¡No importa!

Siempre a Jesús y a mí nos quedará el consuelo de tener una por lo menos abierta:

El la de mi corazón y yo la del suyo...

Embebido en estos pensamientos y dulcemente entristecido el corazón con los sentimientos que éstos excitaban se dio la Misión.

Al caso no hace describir las peripecias de ella, que no fueron pocas como entre otras, el tener que dormir el misionero en la cuadra del señor Antonio para que no le molestasen los chiquillos de la casa y en un catre en constante protesta y amenaza contra la humanidad de aquél, ni los frutos que no fueron escasos, ni las ganas que a mí me quedaron de quedarme de pastor de aquellas pobrecillas ovejas, ni del sentimiento con que me separé de ellas.

Para el interés de mi historia baste decir que la impresión de aquel tristísimo Sagrario de tal modo hicieron mella en mi alma que no solamente no se me ha borrado ni se me borrará en la vida, sino que vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal de otra manera, no se si llamarla menos poética o más seria.

Al poema pastoril de mis ensueños apostólicos del Seminario había sucedido de pronto la visión de una tragedia. Sobre aquel cuadro todo luz, todo expansión, todo alegría de los pueblos que yo creía cristianos y que por tanto tiempo había embelesado mi alma,

acababa de caer una mancha roja, como de sangre, que quitaba toda la alegría del cuadro y apagaba toda la luz.

¡Ay! ¡abandono del Sagrario, cómo te quedaste pegado a mi alma! ¡Ay! ¡qué claro me hiciste ver todo el mal que de ahí salía y todo el bien que por él dejaba de recibirse!

¡Ay! ¡Qué bien me diste a entender la definición de mi sacerdocio haciéndome ver que un sacerdote no es ni más ni menos que un hombre elegido y consagrado por Dios para pelear contra el abandono del Sagrario...!” (19).

* * *

Cuando esto escribía, después de catorce años de aquella misión, aún conservaba viva y como reciente la impresión de aquella mirada, de las luces y de los sentimientos de aquel rato de Sagrario, decisivo en su vida sacerdotal.

La visión de su futuro ministerio había cambiado para él; ante el Sagrario de Palomares había encontrado *su* vocación especial, personalísima (20).

¹⁹ “Aunque todos... yo no”, 6.ª ed., p. 25.

²⁰ En recuerdo de esto, las “Marías” sevillanas colocaron una lápida en la capilla del Sagrario de Palomares del Río, que fue bendecida y descubierta por el Entino, y Rvdmo. Sr. Cardenal Segura. Arzobispo de Sevilla, el 4 de marzo de 1941, XXXI aniversario de la fundación de la Obra de las Marías de los Sagrarios-Calvarios.

II

En el Asilo de las Hermanitas

Seguí diciendo Misa en el Sagrario (Parroquia) hasta el día ti de febrero en que comencé a decirla en las Hermanitas de los Pobres, como capellán; fui nombrado el día 8 de febrero de 1902 y en ese día recibí las licencias generales.

Así escribe en el libro de sus notas de Misas y sermones.

El día de la Virgen de Lourdes inauguró, pues, su capellanía. Esta contaba con casa para el capellán y allí se trasladó con su familia.

¡Cuánto gozó en aquel primer campo que la Providencia confiara a su celo de novel sacerdote!

Siempre recordaba con gusto aquellas primicias de su apostolado, y dos meses medio antes de su muerte, el 15 de octubre de 1939, asistiendo en Valladolid a las fiestas jubilares de la fundación del Instituto de las Hermanitas, en donde fue invitado a predicar, les decía:

“Yo daría con gusto mi anillo pastoral y mi cruz pectoral por ser nuevamente el capellán de las Hermanitas. Los tres mejores años de mi vida han sido los que pasé en vuestra casa de Sevilla.” ⁽²¹⁾

El mismo nos va a contar su vida de capellán del Asilo, y entre las graciosas anécdotas que recuerda, podremos observar el ingenioso celo de su caridad, que sabe hacerse todo para todos.

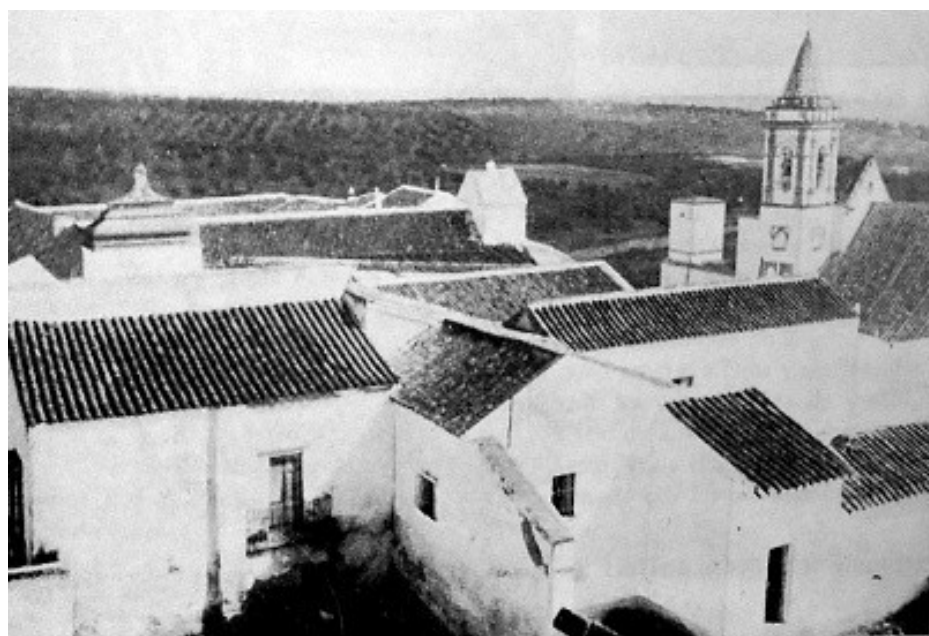
Si más tarde había de hacerse niño con los niños, ahora supo hacerse anciano con los ancianos, niños en cierto modo también.

Los escuchaba sin prisa, les preguntaba con interés su historia, les sufría sus impertinencias, les tiraba algún pellizco en la barba, y a cada cual le buscaba su *flaco*.

A los más duros en rendirse a la gracia les hacía su *tratamiento* especial para irlos acercando, y así se los ganaba para Cristo Sacramentado.

²¹ Boletín de las Hermanitas de los Pobres, 1939.

Ese apostolado de su caridad tan fina y graciosamente adaptable y paciente, terminaba siempre en el Sagrario, en la Eucaristía conocida, comida y desagraviada.



Asilo de las Hermanitas de los Pobres de Sevilla. Palomares del Río.

EL PRIMER SANTÓLEO

Se estrenó en su ministerio con el siguiente caso que tan amenamente describe en su “Anecdótico pastoral.”

Dice así:

Sin acabar de saludar y presentarme a la Superiora del Asilo para el que había sido nombrado capellán, llega con paso acelerado una religiosa y con voz entrecortada por la carrera, exclama:

—Madre, que se nos muere una ancianita.

Detrás de ella, con la oportunidad y previsión de la que está acostumbrada a acudir a estos menesteres de urgencia, otra religiosa, la sacristana sin duda, y un anciano, que luego supe era el sacristán, que me presenta un limpio roquete, la estola morada y la cajita con los Santos Oleos.

La Superiora en tono suplicante, me mira como diciéndome: ¿Quiere Vd. estrenarse?

Revistóme al punto de aquellos ornamentos, tomo la cajita y, ¡a subir escaleras en busca de la moribunda!

Y casi jadeante llegué a la cabecera de la enferma, una viejecita con una cara entre verde y amarillenta, casi perdidos la vista y el oído.

Entre la impresión triste de aquella visión y la prisa del caso y mi indignación creciente por no saber qué hacer, ni qué ni cómo hablar a aquella casi muerta ni por dónde empezar, el Ángel de mi Guarda se entendió sin duda con el de la buena Hermanita que velaba a la enferma y entre ellos y ella me sacaron del apuro.

—Señá Fulanita —comenzó a decir en voz fuerte y a la par dulce al oído de la moribunda-i ya tiene usted aquí a nuestro P. Capellán, que viene a abrirle las puertas del Cielo.

Diga Vd. como pueda: Corazón de Jesús, yo me arrepiento de todo lo malo de mi vida, porque no me quiero ir al infierno, porque quiero que me lleves al cielo, porque te quiero más que a nadie, sobre todas las cosas.

Te quiero mucho, mucho, y no quiero pecar nunca más, todo lo que estoy sufriendo y mi vida por mis pecados.

Te quiero mucho, me da mucha pena de haber pecado... ¿verdad que si?

Con un ligerísimo movimiento o contracción del rostro parecía responder que si, y levantando la Hermanita la cabeza me mira como diciéndome:

—Ahora le toca a Vd.

Y repitiendo a la enferma el acto de contrición tan cabal que le había hecho la religiosa, di mi primera absolución y, dichas en alta voz algunas jaculatorias que le sirvieran como penitencia, miro a mi lado al buen anciano con el ritual abierto y con su porrudo índice señalándome la oración que tenía que recitar y, con cruces en el aire sobre la moribunda, las unciones que había de hacerle.

Administré la primera Extremaunción y digo la verdad, más muerto de vergüenza y confusión que la misma moribunda por sus años y enfermedad.

A mis quince años de estudios eclesiásticos y con mis borlas de doctor, ¡una modesta religiosa y un modestísimo asilado me dieron da primera clase” de Teología Pastoral “práctica”...! (22).

Al dedicarse con todo entusiasmo a trabajar por aquellas almas comenzó por ganarse su confianza y su cariño y los frutos no se hicieron esperar.

SU PREDICACIÓN CALLEIERA

Sin tenerlo de reglamento ni de obligación —nos dice—y a más de las dos catequesis semanales, daba mi paseo diario por la tarde visitando, de pie para evitar la exagerada familiaridad, a todos los grupos de abuelos y abuelas, platicando amistosamente con ellos sobre los trascendentales temas que discutían.

La llegada del P. Capellán era acogida por los ancianos con un “venga Vd. con Dios efusivo y alegre y con una disminución del tono en que estuviese la discusión del tema pendiente.

—A propósito —decían casi siempre los cuestionadores—, el Padre Capellán va a decir quién lleva razón. Constituido en juez de campo de aquellas peliagudas cuestiones, nunca faltaba una solución que dejara contentos a los de uno y otro bando y una reflexioncita sobre algún punto religioso, y el paso del P. Capellán iba dejando una estela de bienestar y alegría.

A más de ese fruto de dejar alegría en aquellas almas ayunas de instrucción religiosa, este contacto constante con mis fieles me servía a

²² Anecdótico Pastoral. “El Granito de Arena”, 1940; p. 157.

las mil maravillas para prepararlos a una buena confesión, e iniciarlos en una vida piadosa de comunión hasta diaria...

Lo cierto es que en los tres años que estuve con mis queridos ancianos raro era el que no comulgaba diariamente y diariamente visitara por propio impulso al Santísimo Sacramento ⁽²³⁾.

LAS PÍLDORAS “MILAGROSAS”

Un día llegó en su visita al lado de un ancianito que padecía mucho con la tos, y como se lamentara con él de que por esta causa no podía dormir, D. Manuel le dice con el más amistoso tono:

—*“Pues ya verá Vd. cómo se le quita esa tos con una medicina que yo le voy a dar.*

Hizo unas pildorillas de miga de pan con azúcar y se las llevó. Al día siguiente, el anciano estaba deseando que llegara el P. Capellán:

—*¡Vamos a ver, Sr. Manuel! ¿Cómo está usted? ¿Cómo ha pasado la noche?*

—*¡Ay! Don Manué de mi alma, ¡qué bien me ha sentao la medicina! He pasas toa la noche mu bien, sin tose ni ná. ¿No tendría usted más pildoritas de esas?*

A éste y a otros enfermos cuando se quejaban de sus males, les decía algunas veces:

—*“Bueno, pues ya eso se va a acabar con un remedio que yo le voy a poner...”*

Y si llevaba en la mano algún sobre, le cortaba el filo engomado y se lo pegaba en el pecho. Ellos se quedaban tan orondos y satisfechos con la *medicina*, y asegurando que les sentaba tan bien y les calmaba sus dolores y achaques. Y es que el consuelo de verse así mimados les hacía la ilusión de sentir el alivio hasta en su cuerpo.

RECETA CONTRA LOS MALOS OLORES

Una molestísima dificultad tuvo que sufrir en los principios de su apostolado entre los ancianos. En sus dos catequesis semanales, en sus visitas de enfermos sobre todo en el confesonario ¡cuánto le costó acostumbrarse el olorcillo *sui géneris* que, a pesar de la extremada

²³ Id., Id. 1944; p. 63.

limpieza que reinaba en el Asilo, percibía él por tener un olfato en extremo sensible y delicado! Toda su vida fue esto causa de no pocas molestias para él en sus ministerios. El primer Viático que administró fue a una cancerosa y ¡qué vencimiento hubo de hacerse para sufrir el hedor de la pobre anciana!

Constituyó para D. Manuel una verdadera prueba en aquellos principios, pues, según él decía, ese olor se le pegaba de tal modo que todo el día lo tenía presente.

Tanto es así que este recuerdo lo dejó consignado en su “Anecdótico pastoral”, donde lo cuenta de este modo:

¡Qué buena lección me ha dado hoy el Sr. Magistral, antiguo profesor mío!

A su pregunta de cómo me va en mi nuevo cargo de Capellán del Asilo, le respondí con toda ingenuidad:

—Contentísimo, pero...

— ¡También tiene “peros” su contento!

—Si... no... porque apenas llega a “perillo” verde... No es más que cuestión de aquí (señalando la nariz) y es que tengo la suerte o la desgracia de poseer un olfato finísimo y no obstante la limpieza perfecta del Asilo, se me pega todo el día a la nariz y a la ropa un olorillo especial, sobre todo, de los enfermos y enfermas crónicos, que a veces me produce náuseas y hasta vómitos.

El Sr. Magistral, que me había estado escuchando con una sonrisa, se me puso serio y me dijo: —A los padres nunca huelen mal sus hijos.

¡Buena lección, repito, que pido al Corazón de Jesús no se me olvide jamás!

Propósito que entonces saqué: ¡Se acabó el quejarme ni lo más mínimo de si mis feligreses o hijos espirituales son así o son “asao”!

Y para dar al punto forma práctica al propósito, me proveí de unas bolitas de alcanfor, y cuando tenía que confesar enfermos o enfermas de olor no de ámbar, ponía con disimulo en cada ventana de la nariz una bolita y ¡se acabó la “maña” que iba tomando de que a cada dos o tres minutos de estar inclinado sobre el enfermo escuchándolo, aconsejándolo o confesándolo, tenía que correr al balcón para vomitar!

Sr. Magistral, Dios pague a Vd. en el Cielo su magnífica receta pastoral del año 1905: “A los padres nunca huelen mal sus hijos” (²⁴).

¡Con cuánta razón llamaba años más tarde D. Manuel “*su Noviciado*” al tiempo de su Capellanía!

Se complacía de haber aprendido mucho entre aquellos ancianos y aquellas buenas Hermanitas, y entre aquellas enseñanzas destacaba dos que especialmente aprendió: lo que eran las tristezas del corazón y cuánto valía confiar en la Providencia para todo (²⁵).

²⁴ Anecdótico Pastoral. “El Granito de Arena”, 1941; p. 43.

²⁵ “El Granito de Arena”, 5 agosto 1913; p. 3.

III

Los primeros Reparadores del Sagrario abandonado

Esas tristezas de los abandonados de la vida, al hallar eco en su corazón compasivo, se encontraron con otra tristeza que él llevaba clavada en el alma desde aquel pueblecito de Palomares: la tristeza del gran Abandonado del Sagrario.

Entonces concibió la idea de que aquéllos unieran su soledad con la de éste y reparándole con su compañía se sintieran acompañados y consolados por El.

La semilla que en aquel rato de oración ante el Sagrario de Palomares había arrojado el Corazón de Jesús en su alma iba germinando... El califica este apostolado eucarístico en el Asilo como un paso más en la Obra que unos años más tarde fundara en su Parroquia de Huelva.

LA ADORACION DE LOS ANCIANITOS

“Las Casas de las Hermanitas, más que asilos pudieran llamarse palacios del abandono. Ni el dinero, ni las mercedes, ni la gracia del rey más poderoso de la tierra pudieron poner en tomo de sus validos tanto cariño fino, tanta abundancia de remedios como las Hermanitas ponen en tomo de sus ancianos abandonados.

Con el fin de cooperar a la obra de las Hermanitas y llenar el deber de mi sacerdocio, fijo siempre mi pensamiento en el Sagrario abandona lo de aquel pueblecito y de tantos como aquél, me propuse formar y formé, mediante la reorganización del Apostolado de la Oración, una especie de Hermandad de Abandonados para hacer compañía al Gran Abandonado.

Y, ¡con qué asiduidad iban mis ancianitos y ancianitas a hacer su Comunión reparadora y pasar su hora o su media hora de compañía al Sagrario!

¡Con qué gozo los veía yo arrodillados en sendos reclinatorios acompañando a su gran Amigo de abandonos con el rezo de su Rosario,

con la lectura de su libro de oraciones en letra gorda y... hasta con sus cabezadillas de sueño furtivo!

Puedo asegurar en honor de la verdad y de aquellos mis inolvidables abuelitos que en los tres años que estuve entre ellos no vi casi nunca la capilla del todo sola.

Tan amable se les hizo que voy a citar un caso que, en medio de su aparente desedificación, comprueba el gusto que tenían mis arrugados feligreses en pasarse un ratito en la iglesia.

De vuelta a mi visita a los enfermos, me encuentro un día a un ancianito sentado en un banco del coro alto, pierna sobre pierna en una actitud de suprema satisfacción dando los últimos tirones a una humeante colilla.

¡Señó fulanito! ¿Fumando aquí?

—No se enfade Vd. parecito mío, que aquí no hay naide ahora que se ofenda.

—Pero, ¿y el Señor?..

— ¿El Señó? ¿Vd. cree que se va a enfaá porque esté aquí uno tan a gusto echando esta colita...?

Ancianitos queridos de las Hermanitas, ya habréis muerto casi todos y habréis visto qué espléndidamente paga en el Cielo aquellas horas de compañía el Jesús del Sagrario de aquella capilla (26).

La figura del apóstol de los Sagrarios abandonados iba delineándose más y más a medida que iba desarrollando su celo eucarístico.

LA CONQUISTA DEL JUDÍO Y ANICETO

Pero no todo eran fáciles triunfos entre aquellos ancianitos. De mano maestra nos ha pintado en sus notas, los retratos de dos ancianos que por algunos días ensombrecieron aquellas horas felices que pasó en el Asilo. Eran éstos el “Judío” y Aniceto. Oigámosle:

“A pesar de las buenas caras y de la buena “madera” y de la frecuencia de Sacramentos de mis ancianos, no todos eran triunfos; tenía

²⁶ “Aunque todos... yo no”; 6.ª ed., p. 57.

que pasar por la pena de ver a algunos, muy pocos, refractarios a todo procedimiento de atracción.

Uno de éstos era de carácter reservado, oscuro de alma como de cara, huraño, molesto y quejumbroso siempre con la Hermanita que le servía, y por cierto, con una mansedumbre y paciencia admirable.

Un día le vi arrojar a la cara de ésta el líquido con que le lavaba una llaga cancerosa de la oreja.

La Hermanita se contentó con sonreír. Conmigo nunca se descompuso; sin llegar a la amabilidad y expansión con que sus compañeros me solían recibir, siempre se mantuvo respetuoso y casi agradecido a mi interés por su salud muy quebrantada por cierto.

Pero de confesión, ¡nada!, a las indirectas sobre el particular quede cuándo en cuándo le hacía, me respondía con un dejo de severidad y esquivez, como diciendo: “No toque Vd. ahí.”

Llegaban fiestas y solemnidades y el mismo cumplimiento pascual, en que todos se confesaban, y él impertérrito las dejaba pasar.

Sólo pude conseguir de todos mis trasteos apostólicos con él que me recibiera el escapulario del Carmen y lo llevara siempre colgado.

No me quedaba otra esperanza que ésta y las oraciones de la buena Hermanita.

En los otros ancianos creo que su conducta ya no causaba escándalo, pues con ellos era también huraño y mal encarado y por su irreligiosidad y mal carácter se había ganado el nombre de “el Judío.”

Un buen día recibo aviso urgente de la Superiora para que fuera al Asilo, porque un ancianito se había tirado por las escaleras.

Pensando en el “Judío” y temiendo a la par que fuera él, me puse volando al pie de la escalera, en la que temía encontrar el cuerpo del suicida.

Abajo no encuentro a nadie y miro hacia arriba, al último piso, y allí veo un grupo de Hermanitas y ancianos tirando de un hombre amarrado por la cintura y colgado sobre el hueco de la escalera.

¿Qué había pasado?

Efectivamente era el “Judío” que, en un arranque de desesperación, aprovechando la ausencia de Hermanitas y ancianos, y saltando la baranda, se tiró desde la parte más alta de la escalera; pero, ¡oh prodigio!, al ir a soltar la mano con la que se sostenía cogido a la

baranda y ya todo el cuerpo en el aire, se sale el cordón debilísimo del escapulario y, como si fuera una cadena, se enreda entre sus dedos y muñeca, y formando un círculo con el brazo alrededor de uno de los hierros de la baranda, lo deja colgado.

A los gritos que la violencia de la postura y quizás el arrepentimiento le arrancaron, acudieron sobrecogidos de espanto ante la atrocidad del anciano y de admiración y gratitud ante el prodigio patente de su celestial protectora.

No hay que decir que el “Judío” dejó de serlo, y el poco tiempo que después vivió fue un buen cristiano.

Aniceto: Así se llamaba otra de mis “duras” ovejas.

Norteño de origen, comerciante de profesión, “indiano” y enriquecido en In días y arruinado a su regreso a España, vino Aniceto a parar a nuestro Asilo.

Alto y delgado, fino de modales y corto de palabras, gustaba más de pasear solo que de conversar con sus compañeros; en esos paseos me hacia el encontradizo con él.

Os confieso que pocos hombres encontré tan herméticamente cerrados como este hombre.

Le veía disfrazar con sus finos modales la amargura y la desilusión en que estaba sumergida su alma y, a mis preguntas sobre sus cuentas con Dios, siempre me respondía con una sonrisa de tolerancia: “Sí, sí, ya hablaremos de eso otro día.

Pero el día no llegaba y mi Aniceto era uno de los que nunca confesaba ni comulgaba.

Hermanita, decía yo repetidas veces a la de su sala, a Aniceto no se le conquista con discursos, sino con oraciones.

Cayó enfermo sin que el médico conociera la enfermedad y, una larga temporada, guardó cama.

Mis visitas más repetidas y mis invitaciones al ajuste de cuentas no le arrancaban más que la consabida sonrisa.

Un día llama a la Hermanita y en tono serio le dice: “He decidido irme al Hospital, a ver si allí me entienden y curan; tráigame mi ropa y que me lleven al Hospital.”

Ruegos, lágrimas, preguntas de la Hermanita no consiguieron hacerle cambiar de propósito.

Le lleva su ropa de calle y manda preparar el coche para que lo trasladen. Cuando estuvo vestido, llama a la Hermanita y parte; pero, al salir muy erguido de la sala a la galería, sin escalón en donde tropezar ni obstáculo alguno, cae al suelo cuan largo era.

Acude la Hermanita y algunos ancianos a levantarle y a la pregunta de si se había hecho daño alguno, responde: No, nada, nada... ¡Quiero acostarme y que inmediatamente llamen al Capellán!

Me avisan, acudo al punto y, con un gesto a los que rodean la cama para que se retirasen, me dice cuando nos quedamos solos: — ¿Me quiere Vd. confesar? Quiero ajustar cuentas con Dios que no quiero que me salgan mal como con los hombres.

Terminada la confesión, me dice sonriente y moviendo la mano derecha, como metiendo prisa: Y ahora todo lo demás, todo.

Le administré el Santo Viático, la Sagrada Extremaunción, le hice la recomendación del alma, y sonriendo, pero no ya con sonrisa de amargado, sino de paz, me dice: Adiós, adiós, y con la misma sonrisa quedó el rostro de su cadáver.

La Hermanita lloraba y sonreía; sin duda aquellas lágrimas tenían el secreto de la rápida conversión de duro en blando del corazón de nuestro Aniceto” (27).

¡Las lágrimas de la Hermanita! dice —D. Manuel— ¿nada más que esto?.. ¿Qué duda cabe que también las oraciones y el celo del Capellán?

El secreto de su apostolado era esa admirable unión de las dos gracias, la sobrenatural y la natural.

Se hallaban tan abundantemente derramadas sobre él y tan deliciosamente mezcladas que daban un peculiar atractivo a su apostolado. Su celo ingenioso sabía adaptarse a todas las circunstancias y sacar partido de todo para el bien de las almas.

Es la *adaptabilidad* de carácter la gran condición del conquistador de corazones.

“Adaptabilidad es —según escribiera él más tarde— darse sin entregarse, es poner en la cara y en el gesto y en la palabra y en la obra lo que naturalmente no se tiene ganas de poner.

²⁷ Anecdótico Pastoral. “El Granito de Arena”. 1941; p. 59.

Es tirar la red al agua y a uno mismo, si es preciso, sin ahogarse, es tratar a cada cual no por los méritos propios, ni por la simpatía que nos inspire, ni por las ventajas que traiga, sino solo por lo que representa.

Es meterse en el fango, si hace falta, y no mancharse; es enfadarse si es necesario, y no pecar es tragar mucha saliva y mucha hiel y poner la cara del que paladea miel... (28).

He aquí un caso típico de adaptabilidad apostólica en la que Don Manuel se muestra ya maestro en los albores de su ministerio con las almas.

UN SERMÓN DE CAMPANILLAS

Fue invitado a predicar una novena a la Virgen del Carmen, del 1 al 9 de septiembre de 1902 en Villalva del Alcor (Huelva) y él mismo recordando el caso en sus últimos años, lo cuenta en su “Anecdótico Pastoral”:

“Fui invitado a predicar la novena de Nuestra Señora del Carmen.

Sin ser Patrono del pueblo era tratada y querida como si lo fuera.

Me recibieron, como es uso y costumbre, los primates de la Hermandad y destacándose de entre ellos un viejecito flaco, de ojos brillantes y vivos, cabellos blancos y atusados, de nariz afilada en competencia con la nuez que podía pasar por otra nariz, y de aire de tribuno.

—Esta novena —me dice el buen señor, que después supe era el secretario del Juzgado—, esta novena, es una novena ¿me entiende Vd.? una novena de... ¡vamos! de historia y de fama...

Por nuestro pulpito han desfilado los primeros espadas (ya calculará el lector que estamos en Andalucía) de la oratoria... ¿Me entiende Vd.? Calpena, González Francés, Rubio Contreras, Arbolí, etc., etcétera, ¡lo mejor de su tiempo!, me ¿entiende Vd.?

El asentimiento que con la cabeza, los ojos y las manos prestaban los demás dirigentes de la Hermandad me daba a entender dos cosas: una, lo llenos que estaban de la sublimidad de sus oradores, y otra, el chasco que se estaban viendo venir al encontrarse con un “predicadorcete” novel, de dos años de vida sacerdotal y de unos 26 de

²⁸ “Granitos de sal”, 2ª serie; 4”. ed. p. 94.

vida total ⁽²⁹⁾ —Porque —prosigue lentamente el tribuno municipal, después de hacer subir y bajar su nuez unas seis veces—, porque le he de decir a usted ¿Vd. me entiende? que aquí lo que más gusta a todos, ¡vamos! a los que estamos ilustrados, lo que nos gusta con delirio, ¿me entiende Vd.? es el filosofismo.

Los sermones de filosofía, porque ya Vd. comprenderá que esos sermones de Doctrina Cristiana y de vidas de Santos y de purgatorio y de infierno están bien para cierta clase de gente, ¡vamos! para la plebe, pero la gente elevada ¿me entiende Vd...?

¡Vamos! que ya Vd. se hará cargo de que los tiempos han cambiado, y hoy por hoy, señor mío, la filosofía manda.”

Nos despedimos hasta la noche, recelosos ellos de mi juventud y más receloso yo de su ignorante petulancia, que podía dar al traste con los planes apostólicos que llevaba para aquella novena.

En busca de solución, pregunto al Sr. Cura que cómo no se anuncia en la convocatoria de la novena, la Comunión general con que suelen terminar todas.

—Ni nombrarlo —me respondió—; se han acostumbrado a acudir a estos cultos, gentes que en el resto del año no aparecen por la iglesia, para oír cosas bonitas y rimbombantes que no entienden.

Sólo hablar de confesión y comunión sería bastante para que se espantaran tomándolo por cosa vulgar.

—Entonces ¿tengo que resignarme a que no se abra el Sagrario durante la novena?

—Si quiere Vd. que vengan a oírlo, así tiene que ser.

— ¡Jesús mío! —me decía yo en el más amargo desconsuelo—, ¿Nueve días, diez sermones sin hablar de Ti, ni llevarte al Sagrario un alma? ¡Madre mía del Carmen, enséñame a entrar por la de ellos y a salir con la mía que es la tuya y la de Jesús!

Y después de mil vueltas y cavilaciones, terminé coa un ¡bueno! de satisfacción de solución encontrada.

¿Diez sermones? Uno ininteligible, al estilo de estos pobres petulantes de “filosofismo”, para ganarme el grupo “intelectual” y los otros nueve al estilo... tuyo, Jesús mío, al de los Apóstoles.

²⁹ Según sus notas del libio de sermones fue a predicar esa novena (que parece ha de ser la misma a que se refiere en el Anecdótico), en septiembre de 1902, por la que sólo contaba con 2a años de edad y uno de vida sacerdotal.

Y llegó la noche, y ante la iglesia rebosante de fieles, principalmente de hombres, prediqué, mejor diría, “tiré” mi primer sermón...

Que si el positivismo, que si el monismo, que si la enciclopedia, que si el analfabetismo, que si el átomo y la molécula, y la nebulosa y el infinitesimal y el caos...

¿Te acuerdas, Madre mía, cómo en mis adentros te pedía perdón mientras hablaba de lo que no entendían mis oyentes y casi tampoco yo?

— ¡Exitazo! Fue la palabra con que al llegar a la sacristía me acogió en un abrazo el viejecito de la nuez.

¡Eso es filosofía de la pura!, repetía pasando la mirada por entre los señores de la Hermandad.

— ¡Es verdad, es verdad!, respondían a coro estirando las frentes y abriendo desmesuradamente los ojos.

Si digo que aquellos plácemes me causaban más remordimiento y vergüenza que satisfacción, no miento.

La mía.

¿Que cómo salí con la mía?

Me dediqué a buscar títulos de “filosofismo” a temas de Misión popular:

Título general: “Biología sobrenatural.” Títulos especiales: el principio de la vida: Dios.

Fin de la vida: La gloria de Dios.

Camino de la vida: Los Mandamientos.

Obstáculos de la vida: El pecado.

Auxiliares de la vida: La Gracia por los Sacramentos, la Oración y las virtudes.

Alimento esencial de la vida: La Comunión...

Es decir, que a la tercera noche estaba yo tan campante hablando a mi masa de hombres (los filósofos y la plebe), del pecado mortal y del infierno para los que lo cometen y no se arrepienten.

En otra de las noches (previo acuerdo con el Sr. Cura) propuse una visita al cementerio para pedir a sus muertos noticias de la otra vida, y con el pueblo entero fuimos al cementerio, cantando el Santo Rosario y con el estribillo:

“Ten cristiano en la memoria

muerte, juicio, infierno y gloria.”

Y cuando en pie sobre una de aquellas sepulturas me puse a hacer un examen de conciencia, preguntando a los muertos en dónde y cómo vivían, si estaban contentos de haber vivido bien o mal en la tierra, si tenían que echar en cara algo a sus hijos y familiares allí presentes, las gentes lloraban y me hacían llorar.

Ya no pude decirles más que esto: Si deseáis vivir la vida verdadera, la que no se acaba, la que se gozará eternamente, ¡al confesonario, a quitar los obstáculos de la vida; al Sagrario; a comer el pan de vida eterna!

Cuando se hubo terminado la novena con una comunión verdaderamente general y tomábamos, cansados de dar absoluciones y comuniones, el Sr. Cura, varios sacerdotes y yo una tacita de café, con que aquél nos convidaba, decía socarronamente aludiendo al buen secretario del Juzgado: ¡Esta sí que es filosofía!” (30).

³⁰ Anecdótico Pastoral. “El Granito de Arena”, 1940; p. 170.

IV

En Huelva le esperan el Sagrario y la cruz

Entre las amargas preocupaciones pastorales del venerable Arzobispo de Sevilla había una predominante por aquel entonces: el deplorable estado espiritual y moral de la ciudad de Huelva.

¿Quién sería el nuevo Cura de Ars que conquistara para Cristo no un pueblecito rural, sino aquella capital de provincia, en su mayoría dominada por el ateísmo, la ignorancia y el odio a la religión socavada y minada por la propaganda protestante y organizaciones políticas de extrema izquierda?

SU NOMBRAMIENTO

En la mente del Arzobispo se fija persistente la idea: Don Manuel González le salvaría a Huelva.

Conocía su alma ardiente y entregada por completo al amor de Jesucristo, y a la conquista de las almas para Él.

El venerable Prelado veía que aquel sacerdote de mente ágil y de ferviente y abnegado corazón era el que Huelva necesitaba.

Quizás le hicieron titubear un tanto sus pocos años...

¡Era aún tan joven para un cargo tan elevado por una parte y tan difícil por todas!

Y además, ¿no suscitada las quejas de algunos de los que se creyeran con más derecho?

En todo caso le propondría su deseo, dejándole siempre las puertas abiertas para que no se extrañara si fracasaba en su misión.

Era muy pesada la cruz, pero veía en él fortaleza de alma para llevarla.

De todos modos, ¿por qué no probar?

Y el Prelado se decide. Manda llamar a D. Manuel, que por aquellos días iba a cumplir sus 28 años y le propone sus deseos.

Mas dejemos a éste la palabra, que en pocas y expresivas líneas, nos describe con todo el colorido de la realidad cómo fue su ida a Huelva, el estado en que ésta se hallaba y los frutos de su actuación.

“Después de los días plácidos de verdadera luna de miel de mi sacerdocio que pasé con mis ancianitos de Sevilla, ¡qué selva espesa y qué nube negra me esperaba en Huelva!

Huelva, pueblecito andaluz, y como todos ellos sencillo, noble y cristiano, quedóse absorbido y desfigurado con las personas y cosas que le trajo la capitalidad otorgada en tiempos aciagos, nada menos que los del morrión miliciano y del degüello de los frailes.

Nació, como capital de provincia, en pecado.

Desaparecieron tradiciones de religión y de familia y sencillez de costumbres y cayó sobre ella una nube de exploradores de minas extranjeros y nacionales y, a costa del mineral abundante que por su flamante puerto salía, masas de obreros de todas las procedencias e ideas no buenas.

Con los ingleses protestantes vinieron las escuelas y capillas protestantes; con los obreros sin fe y sin amor al suelo en que vivían, los clubs” republicanos, verdaderos antros del comunismo que ya se preparaba, y sus sociedades secretas antisacramentarias, y sus entierros civiles y sus casamientos y bautizos civiles y sus escuelas laicas subvencionadas por el Ayuntamiento, formado en su mayoría por obreros de esta catadura.

La impresión que se recibía al entrar y vivir por aquel entonces en Huelva era muy parecida a la que producían nuestros pueblos y ciudades días y meses antes de la explosión rojo-comunista.”

Así de endurecida y cubierta de malezas estaba la parcela de la viña del Señor que se quería encomendar a su celo. Con mucho tesón habrá que labrarla para sembrar y no perder del todo la cosecha.

Grandes arrestos de paciente labrador ha de tener el que se encargue de ella...

Ante tamaña dificultad ¿no se arredrará el preconizado arcipreste?

Sigue leyendo, que él mismo te contará sus propósitos.

“Llamado una mañana por mi santo Arzobispo, D. Marcelo Spínola, Pastor a lo Buen Pastor, y a fuer de tal, de una delicadeza suma en todos sus procederes, me dice sonriente: — ¿Quiere Vd. ir a Huelva?

Yo voy volando a donde me mande mi Prelado.

—No; yo no le mando ir a Huelva, está aquello tan mal, y lo que es peor, tan dividido entre los pocos buenos... Estoy tan harto de probar procedimientos para mejorarlo sin obtenerlo, que me he acordado de Vd. como última tentativa; al fin y al cabo Vd. es joven y, si se estrella en Huelva, como lo temo, el mismo que lo lleva lo puede traer. Pero, repito, esto no es un mandato, sino un deseo.

—Señor, los deseos de mi Prelado son para mi órdenes, ¿cuándo quiere que me vaya?

—No, no—, ahora se va Vd. a su casa y, durante tres días y con completa reserva de esta conversación, madure este deseo mío delante de su Sagrario y vuelva después con su decisión.

—Espero con la gracia de Dios, que dentro de tres días vendré aquí a decir a V. E. lo mismo que ahora le digo.

Me despedí, y ¡qué tres días pasé! ¡sin apenas dormir ni comer y con esfuerzos sobrehumanos para conservar la buena cara y el buen humor!

¡Había oído hablar en todos los años de mis estudios tan mal de la situación religiosa de Huelva!..”

“Llegado el tercer día, me presenté de nuevo al Sr. Arzobispo.

—Señor, aquí me tiene para repetirle lo que le dije el otro día; ¿cuándo quiere que me vaya a Huelva?

—Pero, ¿así? ¿tan decidido?

—Si, señor; completamente decidido. Ahora, que, como a mi Prelado le debo hablar como al Jesús de mi Sagrario, debo decirle que me voy a Huelva tan decidido en mi voluntad como contrariado en mi gusto.

— ¿Cómo? ¿Es que no va a gusto?

Voy obedeciendo los deseos de V.E., con toda mi voluntad; pero contra todo mi gusto.

—Me lo explico y no me extraña; espero que ese desprecio de su gusto, para abrazarse a la voluntad del Prelado le ayudará mucho en su misión de Huelva.

El Prelado le despidió cariñosamente.

“Sé que es Ud. muy joven para un Arciprestazgo tan importante y para lo malo que está aquello; yo he vivido allí y lo conozco, pero ¡no importa!

Vaya, pruebe y si no le va bien, se viene.

Las puertas de este Palacio siempre estarán abiertas para Vd.; y en mí siempre tiene un Padre a quien le puede contar todo, que lo recibirá con los brazos abiertos.”

“Y allá me fui —concluye— y allí estuve por espacio de once años largos, y si en algo y en “algos” por mi pobre gestión se reformó aquello y ce acabaron las divisiones y, por medio de escuelas netamente cristianas y cristianizadoras, se comenzó a formar una ciudad nueva, debo lealmente confesar que hay que atribuirlo a estas cuatro cosas o causas:

1.^a Que estuve donde Dios me puso y no mi gusto.

2.^a Que a pesar de mis muchas flaquezas, puse toda mi confianza en el Corazón de Jesús.

3.^a Que abrí todos los días las puertas de mi parroquia a las cinco y media le más tarde, y que a esa hora estábamos mi coadjutor y yo sentados en el confesonario con penitentes y sin ellos.

4.^a Que practiqué la predicación callejera “ad laudes et per horas”, sin miedos ni respetos humanos.

LA DESPEDIDA DEL ASILO

La despedida de los ancianitos, cuyo *decano* contaba ciento tres años, fue en extremo emocionante. El día de la salida del Sr. Capellán parecía un día de luto en el Asilo. ¡Cómo lloraban aquellos ancianos!

“¡Era mucho Don Manué pa nosotros!”

“¡Esto tan bueno no podía durá”

“¡Don Manué exclamaban otros temblándoles la barbilla de pena y de indignación se va porque nosotros no sernos naide, que si no... cualquiera nos le quitaba! ¡Nos empeñaríamos con quien fuera menester pa que no se lo llevaran!”

Y lloraban como chiquillos aquellos conquistados para el Corazón de Jesús en su Sagrario del Asilo, por el cariño y el celo paciente de D. Manuel. Desahogándose en estas y otras frases pintorescas que les salían del corazón, no dejaban de hacer buena mella sus lamentos en el corazón

del que tan de veras se había consagrado a ellos, durante aquellos tres años...

Labrando su parcela en la viña del Señor

Sucedía esto a fines de febrero y primeros de marzo de 1905. *“El de marzo de 1905 anota él mismo—, fui nombrado Cura Ecónomo de San Pedro de Huelva—, tomé posesión el día 9 del mismo. El 16 de junio del mismo año fui nombrado Arcipreste.”* Fue su nombramiento como Ecónomo o Regente, porque aún vivía el Cura propio de la Parroquia, D. Manuel García Viejo, ya muy anciano y achacoso, el cual se trasladó de Huelva al poco tiempo de haberse encargado D. Manuel de la Parroquia.

EN HUELVA

Salió para Huelva el día de San Juan de Dios, 8 de marzo, y al día siguiente, como él anota, tomó posesión de la Parroquia.

Allí permaneció durante una temporada, hospedado en el Convento que los PP. Agustinos tenían en la ciudad, dedicado a conocer un poco su nuevo campo de acción, y a buscar casa para trasladarse con su familia definitivamente.

Negocio difícil resultó el encomiarla, pues aunque la Parroquia tenía vivienda para el Cura, estaba en tan pésimas condiciones que no era posible habitarla.

“¡La vivienda! dos o tres meses de buscar escribe él me costó encontrar un modesto piso en que vivir con mis ancianos padres. ¡Cuántas dificultades y, sobre todo, cuántos celos para alquilar a un cura!”

Al fin pudo instalarse en la calle Ginés Martín, de la que se trasladó casi al año a un piso del tranquilo paseo de Santa Fe, núm. 12. en donde vivió mientras estuvo en Huelva.

Triste, en verdad, era el panorama que se le había presentado al ponerse en contacto con su nueva feligresía. Algo podemos entrever por las siguientes páginas de su “Anecdótico pastoral.”



**Parroquia de
S. Pedro de Huelva**

LAS PRIMERAS IMPRESIONES

“¡Cómo conservo grabadas, y creo que en lo que me queda de vida no se borrarán, las primeras impresiones de mi estancia en Huelva!

¡Qué contraste entre las caras humedecidas por las lágrimas de la pena de la separación de mis ancianitos y ancianas y las agrias y duras de mis nuevos feligreses!

En lugar de las palabras tan de abuelo y abuela que allá en el Asilo me dejaba, aquí me topo con el Salú o Zalú respondiendo a mis más cariñosos saludos a todo el que me encontraba.

Lo que más me dolía, era la verdadera agresión de los niños, que, al ver pasar al sacerdote, gritaban: ¡Mala pata! ¡Cuervo!, y no contentos con las palabras, durante siete u ocho días consecutivos, me apedreaban.

—Y ¿qué hace Vd.? —me preguntaba mi Sr. Arzobispo cuando le visité para darle cuenta de mis primeras impresiones de Huelva—, ¿qué hace Vd. cuando le tiran piedras?

—Pues, sencillamente, torearlas.

Me vuelvo hacia mis apedreadores y ando hacia atrás y así puedo ir hurtando el cuerpo y sobre todo la cabeza a las almendras con que me regalan mis nuevos y menudos feligreses.

Me presento en mi nueva Parroquia a la hora en que acostumbraba a ir a la Iglesia de mi Asilo; a las cinco y media de la mañana, para celebrar la Santa Misa a las seis, y en la media hora anterior oír confesiones a los que querían reconciliarse.

¡Cómo me sorprendió encontrarme mi Iglesia cerrada a las cinco y media, a las seis, y a las siete y, allá a las ocho, ver llegar lentamente al buen sacristán que, al enterarse del tiempo que llevaba de espera, me contesta sonriéndose de lástima!:

— ¡Cómo se conoce que es Vd. novicio! Aquí la gente no madruga, y los de la iglesia, ¿para qué vamos a madrugar?

Mi respuesta fue pedirle la llave y decirle que yo me encargaría de abrirla.

Se toca a Misa, y no sé si pasarían de tres mujeres las que oían las dos que salieron a la par. ¿Comunionen? Cero...

—Acá —me decía muy tranquilo el sacristán—, se acostumbra poco eso.

¡Dios mío! ¡Una Parroquia de 20.000 almas sin una comunión diaria!

CORAZÓN DE IBSÚS, ¿POR DÓNDE EMPIEZO?

En aquel hermoso templo mudéjar, ¡qué pobre papel representaba el Sagrario!

¡Qué tristeza me producía, cuando desde mi desvencijado confesonario, que puse mirando al Sagrario, lo contemplaba en las horas primeras de la mañana sin otra compañía que algún que otro ratoncillo que salía de las bolsas de papel del zócalo o de los agujeros del viejo retablo!

¡Qué días aquellos de mis primeros tiempos de Huelva!

Yo no puedo pasar al papel la inmensa desolación en que mi alma estaba sumergida.

— ¿Por dónde empiezo, Corazón de mi Jesús? —me decía muchas veces delante de la preciosa imagen que sobre el retablo del Sagrario se veneraba— ¿por dónde? Y me echaba a la calle a hablar con el que me encontraba y el “zalú” y el “mala pata” me salían al encuentro, recibía en el archivo a los que venían a contratar los precios de sus casamientos:

—Quiero casarme y venía a ver lo que me iba Vd. a llevar... porque si no, me caso por lo civil o me ajunto...

Asistía a las juntas oficiales por razón del cargo de Arcipreste, y ¡qué ausencia de sentido cristiano y de respeto al sacerdote!

¡Qué empeño por parte de autoridades y componentes en facilitar la creación y la conservación de escuelas laicas en Huelva, y en todo el distrito minero, y en hacerlo todo para halagar a las masas republicanas, y más que republicanas, anarquistas, comunistas, del diablo!

Visitaba a los enfermos, los pocos que llegaban a mis noticias, y ¡qué batallas había que librar!, con los maridos, los padres, los hijos, los vecinos, obstinados en no dejarme llegar al enfermo.

Y, si a fuerza de paciencia y habilidad lo conseguía, ¡qué escenas más violentas cuando se presentaba el padre, el marido, el hombre o mejor la fiera de la casa a decirme con cara de tal y con todas sus letras!:

—A Vd., ¿quién lo ha llamado aquí?

—Pues, ¡a la calle!

Y ¡cómo se quedaba uno sin color en la cara ni saliva en la boca para contestar, y sin acertar a retirarse en silencio dejando morir como a un perro a aquel moribundo, o a cortar por la calle de en medio respondiendo en fiera a la fiera, con un rotundo: no me da la gana de irme, porque estoy cumpliendo con mi deber...!

¡Corazón de Jesús!, ¿por dónde empiezo? ¿por dónde?

Embargado por aquellas primeras impresiones tan desoladoras llegó a Sevilla, para pasar los últimos días que ya iba a vivir en ella y volverse con su familia a Huelva.

En seguida se dirigió al Palacio Arzobispal para saludar al venerable Prelado y darle cuenta de sus primeros pasos e impresiones recogidas en el campo que le había señalado. A pesar de que los primeros encuentros con la realidad le habían confirmado en el juicio que de aquella difícil situación se había formado, y aun superaba la realidad a sus temores, él seguía dispuesto a todo, puesta su confianza en el Corazón de Jesús.

Quizás ya le propuso sus planes, para las primeras conquistas... y el santo

Prelado, conmovido, resumió sus impresiones en esta frase: “Sí, ya sabía yo que no me equivocaba al mandar a Vd. allí.”

Y al dar cuenta el Arzobispo a unos católicos onubenses del nombramiento que acababa de hacer, les dijo: “Envío a Vdes, una alhajita”⁽³¹⁾.

Pero antes de ver al nuevo Cura entregado a sus ministerios, escuchemos de sus labios una confidencia en que se nos abre su alma de par en par.

³¹ Citado Por Don Enrique Díaz en su artículo “Deuda de gratitud”, en la prensa de Huelva, 1916.

El capítulo de sus tentaciones

Así titula D. Manuel una de las páginas más interesantes de su “Anecdótico pastoral.” Escuchemos su confidencia.

“Pocas veces, por tío decir ninguna vez, me encontré en la situación de ánimo que en mis comienzos de vida pastoral en Huelva.

Mi repetida pregunta al Corazón de Jesús de mi Sagrario y a mí mismo: — ¿Por dónde empiezo? en medio de aquella selva de odios, indiferencias, aislamientos, y peligros de la vida del cuerpo y del alma, no acababa de obtener respuesta decisiva y clara. La angustia de mi espíritu, forcejeando al parecer, en vano, aumentaba de día en día, trataba de deprimirme y tirar por tierra los alientos de mis 28 años, y los proyectos de celo conquistador con que fui a Huelva.

¡Con qué insistencia venían a mi memoria y martilleaban mi cabeza las palabras de mi Prelado al enviarme: —No le extrañe que se estrelle en Huelva— ¡cuente con ello como yo cuento...!

¡Cómo aprovechaba mi amor propio aquel insistente recuerdo para justificar mis recientes desalientos!

En mi oído resonaban alternando un “vete” de vencido, y un “quédate de confiado en el Corazón de Jesús y en la obediencia a mi Prelado.

Me decidí a empezar por lo más fácil, esto es, por acercar más al Sagrario a los que estaban menos lejos y, aprovechando la celebración de los “Siete Domingos de San José”, que traía a la parroquia un grupito de mujeres de toda edad a comulgar, les anuncié unos Ejercicios Espirituales, a los que acudieron unas quince.

Aspiraba a sacar algunas comuniones diarias y algunas catequistas para cuando los niños quisieran venir a la Catequesis, a la que los llamaba entonces en vano.

Buscaba formar el primer núcleo vital o la primera célula, que dirían los comunistas.

En los comienzos de los Ejercicios me andaba, cuando recibo carta de un antiguo profesor mío del Seminario, recién preconizado Obispo ⁽³²⁾, proponiéndome con una bondad que nunca agradeceré bastante, la Secretaría de Cámara y Gobierno y una canonjía en su diócesis.

Unos diez días tardé en contestar esta carta y otra del que iba a ser Vicario General, extrañado de mi silencio.

¡Qué diez días de perplejidades, cavilaciones y “vete” y “quédate”!

Yo no sé si sería la causa el halago de lo que se me proponía o las ganas de huir del horror de lo que padecía; pero es lo cierto que lo que me ataba a Huelva y me impedía contestar con mi aceptación decidida al bondadoso Sr. Obispo, era el gesto de mi Sr. Arzobispo diciéndome cariñosamente; —Yo no mando a Vd. a Huelva, porque aquello ya no es de lo que se puede mandar, sino deseo hacer esta última prueba...

— ¿Cómo —me decía yo— correspondo a la delicadeza exquisita y a las miras tan deferentes de ese deseo, yéndome de Huelva a las primeras contrariedades?

Me decidí, por fin, después de muchos ratos de Sagrario, a contestar a mi presunto Sr. Obispo futuro diciéndole, después de mis agradecimientos más efusivos, que aunque naturalmente me halagaba mucho más lo que él me proponía, sobrenaturalmente, prefería Huelva, y que sólo aceptaría el gusto y el honor de seguirlo, si conseguía que la misma boca que me dijo; Vete a Huelva, me dijera: Vete a León.

Copia de la carta del Sr. Obispo y de mi contestación, mandé al mismo tiempo a mi Sr. Arzobispo, pidiéndole que él se dignara contestar por mi al Sr. Obispo, y que, gustosísimamente, yo no quería más que cumplir, no sólo sus órdenes, sino sus más insignificantes deseos.

EN LEÓN NO, EN HUELVA

La contestación no se hizo esperar.

Contra lo que el Sr. Obispo esperaba y no obstante el gran cariño y la alta estima con que era tratado por mi Sr. Arzobispo, aquella fue negativa.

³² Se refiere al Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Manuel Sanz y Sarabia, que fue consagrado Obispo en Julio de 1905 en la Catedral de Sevilla.

A mí me decía en carta que conservé como reliquia con otras suyas, hasta los incendios del 31: —Me ha visitado el Sr. Obispo de León para decirme deje a usted irse con él de secretario...

Le he dicho que no; él espera vencer mi resistencia pero será en balde.

Yo sé muy bien que Vd. no se ha ordenado de sacerdote para hacer carrera, ni para ganar ciudades y fortalezas sino almas y aunque sea doloroso para mí corlar a un joven lo que el mundo llamaría una carrera brillante, sé que el bien de las almas de esa pobre Huelva sobre las que Vd. conoce y va ejecutando mis planes, alivia a Vd. y a mí de ese dolor.

Su sitio, pues, ahora es Huelva—, en él lo quiere a usted el Sagrado Corazón y su Prelado.”

¡Bendita eficacia la de la obediencia sacerdotal!

La confirmación de mi amadísimo Prelado en mi cargo de Huelva, borró todas mis perplejidades y el horror a las contrariedades de cada día y puso en mi alma y en mis alientos, en lugar del “vete” de mis huidas pastorales, un tranquilísimo y confortador “quédate.”

¡Cuántas veces tuve ocasión de comprobar que gran parte del secreto de mis buenos éxitos allá, estuvo en haberme quedado en —el sitio en que me querían el Sagrado Corazón y mi Prelado!” (33).

³³ Los datos autobiográficos de este capítulo son de su “Anecdotario Pastoral” (“El Granito de Arena”, año 1942. (Páginas 50 y 142.)

Capítulo IV

Lo que puede un cura hoy y mañana y siempre

1.º.- *Sueños no, realidades.*

Al derrumbarse el castillo de sus sueños.

Predicando a todas horas.

El primer casamiento.

2.º.- *¡Por el alma de los niños!*

El secreto de unas miradas cariñosas.

Se hizo niño con los niños.

Casos y cosas de niños.

Flores de aquellos Catecismos.

3.º.- *Buscando las ovejas que están fuera del aprisco.*

Sermones de coyuntura.

Los ángeles de la Parroquia.

“Que Madre nuestra es...”

Una asociación de dolientes.

Anecdotario macabro.

Sueños no, realidades

Soñaba con ser un humilde cura de aldea y cuando menos lo esperaba (¡adiós sueños del Seminario!) se encuentra con una parroquia de 20.000 almas, de obreros de minas en su mayoría, pobres y desamparados.

AL DERRUMBARSE EL CASTILLO DE SUS SUEÑOS

¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar?

“*En tu nombre echaré la red*” (Luc. 5, 5) dijo en su primer sermón el párroco de San Pedro, y en el nombre del Amo bendito —aquel Corazón de Jesús de sus amores—, tiró las redes al mar, y no se hizo esperar la pesca milagrosa.

Con El todo, sin El nada... Con El omnipotentes, sin El sarmientos sin jugo y sin vida arrancados de la Cepa.

Desde el primer momento de su vida parroquial él hará en las manos del Amo una entrega generosa de todo lo suyo, vivirá de fe viviendo en su amor, y esta confianza única y total en el Jesús de su Sagrario hará el milagro de la resurrección de aquellos Lázaros y la multiplicación de los panes entre sus niños hambrientos, y vendrá, vendrá el triunfo de Cristo, ¿por qué? porque él vivirá entre los suyos al estilo de Dios...

Un día él pondrá en los labios de Cristo en uno de sus más bellos libros estas palabras que eran la médula de su intensa vida interior... “*El día en que mis sacerdotes fueran Evangelios vivos, andando por las calles, te aseguro que apenas quedaría ni un incrédulo, ni un hereje*” (34).

Eso será él, un *Evangelio vivo* andando por aquellas callejuelas estrechas y enmarañadas de sus barrios de Huelva, siempre expansivo y alegre, sabiendo ocultar sus horas de Getsemaní y de Calvario con el villancico de su eterna sonrisa y su cara de Nochebuena...

³⁴ “El Corazón de Jesús al corazón del Sacerdote”; p. 15.

Un Evangelio vivo donde para que no faltara el *crucificado* él lo será de buena gana, clavándose cada momento en su cruz, para ser redentor de aquellas almas...

Empezó por restaurar la Capilla del Sagrario, que propiamente no era capilla, sino un altar al fondo de la nave del Evangelio, con una barandilla muy pobre que servía de comulgatorio, separando aquel trozo del resto de la nave, hizo poner una artística verja de hierro y la formó,

Abrió en ella un hermoso ventanal, colocó un elevado zócalo de madera; la pintura sustituyó al papel encamado de las paredes; el suelo se entarimó, se colocó delante del altar una preciosa alfombra y en lugar de la barandilla de hierro un comulgatorio tallado.

El altar y el sagrario quedaron muy bien decorados y en la hornacina de la capilla una magnífica y atrayente imagen del Amo mostraba a todos sobre el pecho desnudo el remanso divino de su Corazón.

Enfrente, fuera de la capilla, para cruzar muchas veces su mirada con él y madurar allí al sol del Sagrario sus planes de conquista, puso su confesonario.

¿Quién podrá contar las resurrecciones y las transformaciones de almas que se obraron en aquél?

Allí en el rinconcito de aquel confesonario, esperando a las almas, forzando con su heroica constancia al Corazón de Dios, todos los días le sorprendía el alba...

“Un Cura nos dirá él sentado en su confesonario desde antes que salga el sol, dispuesto a no cansarse... no tardará mucho en ver llegar a samaritanas y samaritanos que vengan a pedirle el agua que salta hasta la vida eterna” ⁽³⁵⁾.

Abiertas de par en par las puertas de la Casa de Dios antes que ninguna otra casa del pueblo, para que todo el que por allí pasara, se diera cuenta de que los brazos abiertos del Corazón de Dios allí le estaban esperando.

Y de que éste fue remedio eficaz para ahuyentar la soledad de su Sagrario él mismo certificará más tarde cuando escribe, hablando de sí en tercera persona;

“La Parroquia para la que fue nombrado, se abría de siete y media a ocho de la mañana, y como consecuencia, a pesar de ser muy numerosa la feligresía, no habla ninguna Comunión diaria, llegando a dos o tres tas

³⁵ “Lo que puede un Cura hoy”; 8.^a ed., p. 64.

personas que la recibían con alguna frecuencia. Pues este Cura, con sólo la constancia de sentarse en el confesonario diariamente a las cinco y media en el invierno y a las cinco en el verano y no salir de él más que para celebrar la Santa Misa o cuando se había ido el último fiel, sólo con esa constancia imitada por sus coadjutores, ha tenido el consuelo de ver que en unos dos años pasaban de setenta las comuniones diarias y de doscientas las de los domingos y primeros viernes de mes” (id.).

Aunque en la Parroquia abierta estaba él desde muy temprano, decía la primera Misa a las seis y media en invierno, a las seis en verano y a las cinco y media los domingos.

Y llegó *a ser* tan gustoso para los fieles este culto temprano, que era muy frecuente celebrar Misas solemnes cantadas por el pueblo y Comuniones generales de asociaciones a las seis y media de la mañana, a pesar de que, por estar la Parroquia enclavada en un “cabezo” y por una de sus puertas a una altura considerable sobre el suelo, con cuarenta y tres escalones de subida, resultaba siempre incómodo el acceso...

PREDICANDO A TODAS HORAS

Había llegado a Huelva en plena Cuaresma, y aprovechando la oportunidad del tiempo litúrgico, comenzó por predicar tres días en semana, comentando la carta pastoral escrita por el Prelado.

Predicó el quinario de la Soledad y los sermones de Pasión y Semana Santa.

En seguida llegó el Mes de María y el del Sagrado Corazón y en esos cultos sencillos y fervorosos tenía diariamente junto con el ejercicio propio del mes, una breve y jugosa plática que iba formando en una sólida piedad aquel primer grupo de personas buenas que, con hambre espiritual atrasada, bendecían al Señor por el nuevo Pastor que les había enviado y acudían solícitas a recibir el alimento del alma.

Estableció la costumbre de celebrar un acto eucarístico por la tarde todos los domingos y días festivos, sin que faltara en él la predicación, además de la que ya en la Misa había tenido.

Los Primeros Viernes los dedicó al culto del Sagrado Corazón de Jesús desde por la mañana hasta por la noche; y quiso también señalar este día para dar todos los meses retiro espiritual al grupo selecto que iba formando y, especialmente, para las sodas del Apostolado de la Oración, obra a cuyo fomento y restauración en la parroquia dedicó especial

cuidado, por estar tan convencido de la eficacia de la devoción al Corazón de Jesús y de los frutos de esta Asociación bien entendida y practicada, según sus propios fines y espíritu.



El Arcipreste de Huelva

Desde el primer año que estuvo en Huelva no faltó ninguno la práctica de los Ejercicios Espirituales para el grupo selecto, además de las Misiones que quiso dar para todos los feligreses.

Convencido de su afirmación de que *“es más político y más estratégico preocuparse primero de ganar del todo a esas almas casi de Cristo y que están más cerca y ya después, de los que están más lejos”* se dedicó a la tarea que él llamaba *“pulimento de almas”*, o sea, *hacer de las almas entreveradas almas buenas, almas santas*” o como dice en otro lugar *“buscaba formar el primer núcleo vital.”*

Así, con una intensa vida de oración, con aquel culto tempranero que ejercía una dulce violencia sobre los corazones y con una paciencia inagotable en el trato de las almas, iba el buen cura de San Pedro, bien de prisa por cierto, avanzando en su obra de reconquista.

Una muestra de este trato exquisito con aquellos feligreses del barrio, rudos y envenenados, nos ha dejado en este gracioso relato de sus primeros años, en que tan sencillamente confiesa el apuro en que le puso su falta de práctica parroquial:

EL PRIMER CASAMIENTO

Al primero o segundo día de hacerme cargo de la Parroquia, se me presenta en la sacristía un individuo mal encarado, seco de facciones, y

más seco y agrio de expresión y de palabras, que me espeta el siguiente saludo:

— ¿Usted es el cura de aquí?

—Para servir a Dios y a Vd. —responde rebosando amabilidad el preguntado—. ¿En qué puedo servirlo?

—Pos venia a que me casara usted, digo a que me dijera usted qué papeles me hacen falta y qué me va usted a llevar, y si en dos o tres días podía estar todo eso arreglado porque... si no me casa usted pronto y barato... nos vamos a lo sivi.

Un doble movimiento de pena y de indignación sugería respuestas variadas al novel Cura.

¡Qué grosería! ¡cuánta ignorancia! ¡qué agresividad! ¡qué atropello a la dignidad del Sacramento y del Sacerdote!

En estas y parecidas frases se revolvía mi mente agitada en un largo minuto de respuesta en silencio, cuando de pronto sobre aquel oleaje, salta una ola más pujante que aplaca las demás. ¡Toma!, me digo a mí mismo, ¡si yo soy más ignorante que este pobre hombre...! ¡Si yo tampoco sé qué documentos necesita para casarse ni qué derechos marca el arancel parroquial, ni qué procedimientos hay que seguir para la rápida obtención de dispensa de proclamas, ni para borrar de esta cabeza la atracción y la amenaza del matrimonio civil...!

—Bueno, bueno —respondo con el buen humor que pude recoger de las grandes reservas de que el Corazón de Jesús me regaló al nacer—, con que Vd. quiere casarse pronto y bien ¿no es eso?

Meneo afirmativo de cabeza del prójimo dialogante.

—Pues lleva Vd. muchísima razón, si señor, muchísima razón, y yo pondré d mi parte todo lo que pueda...; ahora, que le voy a dar un consejo para que le salga bien—

Como el Sacramento del Matrimonio es la unión de un hombre con una mujer para toda la vida, sin poderse ya separar, hay que pensarlo mucho, como que es uno de los pasos más importantes de la vida... ¡nunca se arrepentirá Vd. ni la que va a ser su mujer de haberlo pensado y de haber pedido a Dios luces...! Así es que usted va a dedicar dos días a pensar y después se viene usted por aquí, y ¡todo se arreglará!

Y con una palmadita en la espalda, empujándolo cariñosamente hacia la puerta, y un hasta dentro de dos días, si Dios quiere”, muy

afectuoso, corté el camino a un “no me da la gana” que se veía venir por la mirada avinagrada del visitante.

Ni que decir tiene que me dediqué urgentemente a pedir a un capellancito corto de estudios y largo de prácticas, una clase de Teología pastoral sobre lo que hay que hacer para casarse como la Santa Madre Iglesia manda.

Y cuenta (y así termina la narración del diario), que acababa de graduarme en Derecho Canónico...” (36).

—Uno de los síntomas de fe débil —escribía él mismo en su “Anecdótico Pastoral”— es la aspiración de no pocos creyentes y aún practicantes, de cumplir con el precepto dominical oyendo una Misita corta, la más corta de toda la feligresía.

Y ¡qué apuros pasa el pobre Cura que se empeña en que no pasen por las Misas, la mayor y las rezadas, de su Parroquia los fieles sin oír la palabra de Dios...!

PROCEDIMIENTO

En la Misa primera que a las cinco y media de la mañana tenía en mi Parroquia de Huelva, los días festivos, puse la brevísima homilía en distintas partes de la misma; después del primer Evangelio, antes del último, después de las Avemarías. Todo tenía su pero y dificultad, hasta que me decidí por un sistema mixto y caritativamente agresivo, a saber:

1.º “Nada de parte fija; unas veces al principio, otras al final de la Misa.

2.º Solía aprovechar preferentemente la última vuelta de cara al pueblo, o sea, la última bendición, que es el momento en que los y las impacientes se levantan para irse y (aquí viene lo de agresivo) cuando veía que alguno o alguna, a pesar de mi predicación, seguía en dirección a la pila del agua bendita, les decía en el mismo tono de la plática: esperen un momento esos que están junto a la pila, que les voy a contar en que paró tal escena, o tal milagro de Nuestro Señor Jesucristo, y ante aquella indirecta, se detenían, algunos por cierto con la mano metida ya en el agua, y en esa actitud recibían la píldora o la lección comprimida de Evangelio que les daba.

³⁶ “El Granito de Arena”; 1942, p. 109.

El resultado fue que pronto se acostumbraron a quedarse hasta el final sin impaciencia ni prisa.

Otro procedimiento era el del día de difuntos.

Como este es el día en que acuden a Misa más cristianos, aún los que no la oyen nunca, nos daba lástima verlos tan cerca y dejarlos pasar sin decirles una palabra buena, algo del Evangelio, de sus almas, de la otra vida, siquiera una vez al año.

A las cuatro de la mañana en que ya estaba la espaciosa iglesia llena de fieles (más o menos infieles), y en que empezaba la primera Misa, ya estábamos uno de mis coadjutores o yo, rezando partes del Rosario por las ánimas benditas y metiendo en el comentario de cada misterio lo más importante del Dogma y la Moral en la forma más apropiada para aquella masa tan heterogénea atraída, más que por el culto a Dios, por el de sus muertos (³⁷).

³⁷ El Granito de Arena"; 1943, p. 64.

II

¡Por el alma de los niños!

Pero en aquellos lentos atardeceres al pie de su Sagrario, en la soledad de la Parroquia, llegan a sus oídos turbándole la paz del alma, los gritos y las blasfemias de aquellos niños desaharrapados, sin escuela y sin Dios...

Ayer le apedrearon cuando pasaba por el Polvorín; hoy, camino de San Pedro, lo han insultado, y uno más atrevido le ha arañado las manos con una penca espinosa que arrancó de las chumberas del valladar cercano.

Otro día ¡cómo sangraba su corazón! un rapazuelo de aquellos, salvaje y montaraz, sin poder sospechar siquiera toda la inmensa malicia de su sacrilegio, arrojó una piedra hacia el altar en la capilla de las Agustinas, que rebotó sobre el viril de la custodia.

¡Pobres niños envenenados!... Sus gritos y sus blasfemias le apuñalaban el alma...

En aquellas horas de oración angustiosa y confiada ante su Sagrario, siempre les tenía, a aquellos rapazuelos descreídos y procaces, a flor de labios...

Hay que conquistar para Dios esos corazones que han perdido la inocencia. Hay que cultivar aquellas parcelas, las más hermosas de la viña del Señor...

A fuerza de pisotearlas con sus malos ejemplos unos y otros... ¡se han endurecido tanto!

Labrador, ¡qué difícil será tu siembra!...

“¡Ay de las tierras contagiadas de malas semillas y plagadas de malas hierbas!

¿Quién las limpiará? ¿Quién las volverá a su estado original, a su inocencia?” ⁽³⁸⁾.

³⁸ Sembrando granitos de mostaza”; 3.ª ed. p. 14.

Tarea difícil, pero el Amo está contigo. Manos a la obra. *“Salvemos las almas de los niños.”*

EL SECRETO DE UNAS MIRADAS CARIÑOSAS

El no podrá decir como el Divino Maestro: “Dejad que los niños se acerquen o mí” (Luc. 18. 16), porque los niños no se le acercan, sino que le huyen, sin saber lo que hacen, le aborrecen...

¿Dónde aprenderá el secreto de atraerlos?... ¡Donde lo aprendía él todo, al pie de su Sagrario! ¡en las páginas del Evangelio!

“¿Cómo atraía el Maestro Jesús a las muchedumbres de los niños, que en tal cantidad y alboroto debían cercarlo y oprimirlo que llegaban a provocar las protestas y hasta la ira de sus apóstoles!

Para mí más que la sabiduría de sus sermones y el brillo de sus milagros, lo que atraía y arrastraba a los niños en torno de Jesús eran sus miradas... Presentarse Jesús en un pueblo y verse seguido y aclamado de todos los niños era una misma cosa. ¿Cómo miraría Jesús a los niños...! (39).

Y en seguida aprendió el secreto de aquellas dulces miradas de Cristo...

Salió a la calle, volvieron a apedrearle y él se paró en la primera esquina, se volvió hacia la turba de golfillos astrosos que seguían con los puños cerrados apretando las últimas piedras y comenzó a mirarlos, uno a uno, sonriéndoles *“como si le cayera en gracia la faena...”*

Aquella mirada y aquella sonrisa los ha vencido... Se va acercando hacia ellos, los acaricia, ¡ya son suyos!

“La mirada nos dirá él ha vencido a mis apedreadores que, o se han ido retirando avergonzados o se han entregado a discreción...” (40).

Para atraer a los niños, no hay más que un secreto —escribirá más tarde—, ¡amarlos!; y él los amaba con cariño de madre...

³⁹ “Cartilla del catequista cabal”; 2.^a ed., p. 31.

⁴⁰ “Cartilla del catequista cabal”; 2.^a ed., p. 32

SE HIZO NIÑO CON LOS NIÑOS

Ya todas las tardes se saldrá a la puerta de su iglesia para jugar con sus niños, y entre un breve descanso del juego, sembrar en sus almas la semilla de Dios...

¡Qué catecismos aquellos! ¡Los niños rezaban, se movían, dramatizaban las páginas del Evangelio, haciendo cada cual el papel que les caía en suerte, y Don Manuel, con un lenguaje claro y sencillo, como un chorro de agua, iba vaciando sobre sus almas raudales de doctrina cristiana hecha vida y calor y atracción divina hacia el Amo bendito, que iba convirtiendo poco a poco aquellos lobeznos en ingenuos corderillos!

Todos terminaban a los pies del Sagrario con una jaculatoria fervorosa y una salva sonora de besos, que resbalaban sobre la puertecilla dorada de la Prisión eucarística; como una delicada canción de aquellas almas, que comenzaban a darse cuenta del tesoro de amor que se encerraba dentro.

Y a la salida, otra vez a reír y a jugar con los niños, haciéndose niño con los niños para llevarlos a Cristo...

Uno de sus antiguos alumnos escribe ⁽⁴¹⁾:

“Con los niños le hemos visto reír y llorar, rezar y jugar; jugar muchas veces en los porches mismos de su Parroquia a los pilares, a las prendas...”

—Pero, señor Arcipreste, ¿qué es eso? ¿No ve Vd. que los niños le van a perder el respeto?

—Don Manuel, ¡por Dios! ¿Vd. a sus años jugando con los niños?

—¿Se le ha olvidado a Vd. corriendo por estas calles, que es el señor Vicario?

Así y de mil modos con caras de extrañeza cariñosamente le amonestaban unos y otros y él siempre sabía responder con la mejor de sus sonrisas:

—*Pero, señores, ¿en qué canon se les manda a los curas el tener cara de juez?*

Ellos no le comprendían, como no comprendieron nunca los sesudos varones de Becchi o de Turín las infantiles travesuras de D. Bosco, haciendo títeres delante de los niños...

⁴¹ Notas de D. Gómez.— Huelva, 1940.

Pero estas incomprensiones no le arredaban; él seguirá año tras año en la puerta de su Parroquia o en la plaza más próxima jugando a la rueda con las primeras niñas que se le acercan, y formando batallones con los primeros niños que llegan, poniéndolos en marcha hacia el Catecismo.



**Imagen del «Amo» que
presidía las Escuelas
del Sagrado Corazón**

“La gritería que se armaba y el espectáculo del Cura marchando al paso con el batallón o dando vueltas a la rueda era de mucho más efecto que un repique general de campanas” (42).

Sí, él tenía mucha prisa por meter en el alma de los niños a Dios, antes que el diablo robándoles la inocencia se aproximara a ellos, y por eso, ¡a recoger también a los pequeñuelos y enseñarles a amar al Corazón de Jesús!

En medio de aquella turba diminuta de chiquillos de cinco a siete años y aún de menos edad, nuestro Arcipreste, alegre y juguetón más que docto catequista, parecía un complacido niño.

Por cierto, que cuando pudo recogerlos en aquellas barracas donde luego edificó sus escuelas, cuenta uno de sus compañeros de Seminario, esta bellísima escena que presenciaron sus ojos (43):

—Pero, Manuel, es inútil querer enseñar a estos niños tan pequeños.

Esto le decía el buen sacerdote, al ver a aquellos muñequillos acabando de lamer el plato de comida que les daba su “Pae Vicario” y preparándose para recibir su otra buena ración de Catecismo.

— Nada, no te hagas ilusiones. Sus madres te los mandan para quitárselos de encima... ¿qué pueden aprender con esta edad?

—*Te equivocas... espera un momento y verás cómo me entienden.*

Se dirige a ellos y les pregunta:

—Niños, ¿dónde está el Corazón de Jesús?

Señalando con sus manecillas pringosas el cuadro del Corazón de Jesús que presidía la barraca, contestaron sin dejar de mordisquear el pan: ¡Ahí!

—*Pues, ahora, tiradle un beso.*

Los niños, apretando sus labios para que sonara más, y arrancándose de la boca con los deditos fuertemente apretados de su mano derecha una explosión de besos, los enojaron como un manojillo de flores, tendiendo la mano hacia el cuadro, sobre el Corazón del Amo bendito, que de seguro desde el cielo sonreía...

— ¿Ves? decía D. Manuel, volviéndose triunfador hacia su escéptico amigo—; *ya estoy bien pagado. Por sólo este acto de amor iría con ellos hasta el fin del mundo...*”

⁴² “Cartilla del catequista cabal”; 2.^a ed., p. 33.

⁴³ Don Manuel González Macías, Canónigo. Santiago de Compostela, 1940.

Así eran sus Catecismos, un acercar desde el primer día el corazón del niño al Sagrario para enamorarlo de Jesús.

CASOS Y COSAS DE NIÑOS

De que el Corazón de Jesús iba adueñándose de aquellas almas dan fe estas escenas de intenso fervor eucarístico:

Una tarde, un grupo de niños entraba y salía con frecuencia en la iglesia. Más que jugar parecían que estaban ganando el jubileo.

— *¿Qué hacéis, chiquillos, entrando y saliendo tanto en la iglesia?*

— *Estamos haciéndole al Corazón de Jesús unas cuantas de visitas para que le duren toda la noche* ⁽⁴⁴⁾.

¿Habéis oído de labios de los niños frases de más delicado amor que esas?

Oíd otro caso.

Don Manuel se pasea por el atrio de la Parroquia; dos niños de sus escuelas del Sagrado Corazón se le acercan. Ni el uno ni el otro se atreven a hablar; ¿que traerán entre manos? Don Manuel se dirige al mayor de los dos:

— *¿Qué traéis con ese aire de parlamentarios?*

— *Que queríamos que nos diera Vd. permiso para pasar toda la noche en el Sagrario...*

— *Chiquillos, ¡toda la noche!*

— *Sí, señor, ya tenemos permiso de nuestras madres y traemos aquí en el bolsillo pan y queso para comérmolos antes de las doce...*

Y vendrán con nosotros Fulano y Zutano... hasta nueve...

No hubo más remedio que ceder. Allí se quedaron en vela de amor junto al Sagrario de su escuela ¡toda la noche!, y con ellos algunos de sus maestros.

Los golfillos se iban convirtiendo en ángeles adoradores de la Eucaristía.

A mi no me lo ha dicho nadie —escribía Don Manuel—; pero se me figura que el Corazón de Jesús debió pasar una noche deliciosa entre

⁴⁴ “Partiendo et pan a los pequeñuelos”; 6.ª ed., p. 231

aquellos adoradores de alpargatas, blusitas de codos rotos y corazón de oro... ¿verdad que sí? (45)

Para hacerles sentir la divina intimidad con el Jesús callado de la Hostia, en las vísperas del día grande para su Parroquia, ¡el día del Sagrado Corazón de Jesús! ¡el Amo!, les hacía escribir a sus niños cartas de felicitación...

Aquellas tierras de las almas infantiles tan pisoteadas antes y tan llenas de maleza, a fuerza de aquel constante y gracioso laboreo llegó a cubrirse de flores.

¿Quién diría que de entre aquellos pilluelos montaraces que apedreaban al Cura, saldrían en fecha no lejana maestros y sacerdotes?... Y así fue.

“¡De aquellos barrios misérrimos, surgieron a los pocos años vocaciones religiosas y cuatro muchachos en la adolescencia morían como podrían morir los ángeles si estuvieran sujetos a la muerte!...” (46).

¡Benditos Catecismos del Cura de San Pedro!

⁴⁵ “Partiendo el pan a los pequeñuelos”; 6.ª ed., p. 231.

⁴⁶ “Partiendo el pan a los pequeñuelos”; 6.ª ed., p. 380.

III

Buscando las ovejas que están fuera del aprisco

El mandato apostólico “Id...” (Mc. 16, 15), aguijoneaba constantemente su alma sacerdotal. Había que ir a buscar las ovejas que no venían, después de tener bien atendidas a las poquitas que estaban en el aprisco... había que “salir de la sacristía y del templo.”

Pero... ¿por dónde empezar?, se pregunta; y responde: Por lo más fácil”. Y ¿hay algo más fácil que el “apostolado del saludo” o esos que un buen Cura llamaba sermones de coyuntura, por supuesto breves, oportunos, y condimentados con algunos granitos de sal?” ⁽⁴⁷⁾

SERMONES DE COYUNTURA

Apostolado fácil lo hemos llamado, pero que no dejó de costarle en muchas ocasiones vencimientos y humillaciones en “*aquella ciudad por aquel entonces agria como sus ríos mineralizados.*”

Otro medio que supo utilizar para sus fines de penetración apostólica fue el de las visitas, que puede calificarse en tres: las eventuales que por razón de su cargo debía hacer tanto a las autoridades como a los particulares; las que como Párroco tenía obligación de practicar a las escuelas de su feligresía y las que tenían por objeto hacer el padrón parroquial.

Todas ellas con celo incansable procuraba aprovecharlas para establecer contactos y aproximaciones tan necesarias, como, en no pocos casos, difíciles.

Dio mucha importancia desde el principio de su ministerio parroquial a la visita de enfermos y ya se sabía que el Padre Vicario (como llamaban al Arcipreste de Huelva) no se le encontrarían ni en la Parroquia ni en su casa en las primeras horas de la tarde.

⁴⁷ “Lo que puede un Cura hoy”; 2.^a ed., p. 129.

Eran las que dedicaba diariamente a la visita de los enfermos, no sólo a los graves de muerte, sino a todos los que llevaban algún tiempo de enfermedad, sin distinguir entre ricos y pobres. ¡Cuántas ocasiones encontrará de atraer almas al Sagrado Corazón de Jesús!

“Es muy buena cátedra la cabecera de un enfermo y son muy buena recomendación la amabilidad y dulzura con que se le trate.”

Pero ¡cuántas amarguras tuvo que gustar en este ministerio, tan consolador cuando se ejerce en pueblos y familias cristianas!

“Cuando consigue uno escribe después de mil tretas e industrias llegar hasta ellos y hablarles de confesión, no pocas veces se hiela la sangre al oír salir de aquellos labios cárdenos ya por la agonía estas palabras: ¡No se canse Vd. yo no tengo que confesar porque no he hecho mal ninguno! o estas otras que no pocas veces he tenido la pena de oír: ¡Arrepentirme! ¿de qué? ¡De haber sido bueno! ¡Sí se viviera dos veces yo le juro a Vd. que no iba a serlo tanto...!

Y no rara vez esta palabra horrible: ¿Viene Vd. a matarme? ¡Fuera de aquí! y otras más que suponen una ausencia total de fe, de remordimiento y una insensibilidad moral que asusta” (48).

Todos estos misterios que, aunque se practican fuera de la Parroquia son inherentes al cargo pastoral de un Párroco, no son siempre suficientes para las necesidades de las almas y de los pueblos.

El celo de un sacerdote, en aquellas circunstancias y condiciones, no podía contentarse con esto.

LOS ÁNGELES DE LA PARROQUIA

El buen pastor no es el que se queda en el aprisco solazándose en el cariño de las ovejas fieles; sino aquel que dejando las noventa y nueve sale de noche sin temor al frío y a la ventisca al encuentro de aquella que se le perdió.

Habrá que traerla a fuerza de cariño, no a golpes de cayada.

El apóstol no es el que empuja a su ganado detrás de él con perros y con gritos, sino el zagal que va delante llamando a las ovejas con silbidos y caricias...

En el mundo de las almas, como en el mundo de los astros, hay que hacer el bien no *forzando* sino *atrayendo*.

⁴⁸ “Lo que puede un Cura hoy”; 8.^a ed., p. 129.

Y ¡qué hermosa atracción la de estos nuevos apóstoles que acaba de lanzar el Arcipreste por las calles de Huelva...!

Son los ángeles de la Parroquia, pero no invisibles sino humanos.

El nos contará cómo y para qué nacieron:

“Decía yo, siendo Arcipreste de Huelva, en la plática del retiro espiritual del primar Viernes de agosto de 1911 a las Marías:

¡Qué contento estaría yo si llegara a contar en cada calle de mi Parroquia con dos ángeles custodios de carne, hueso y alma grande, que en compañía de los ángeles invisibles de los vecinos de aquella calle tomaran a pechos el cooperar cerca de esos vecinos a la obra de los ángeles y de su Cura!

Estos ángeles de la calle, proseguía yo, tendrían a su cuidado el velar por los enfermos de la misma calle, de cuya alma nadie se acuerda, por los pequeñuelos no bautizados por abandono de sus padres, por los niños sin escuela o en escuelas malas, por los viejecitos y doncellas sin amparo, por los descuidados en el cumplimiento pascual y de los días festivos, por los aficionados a lecturas peligrosas o malas y por todos los que de alguna manera están alejados de la Parroquia y de los Sacramentos.

La obra de estos ángeles de la calle ha de ser obra de atracción a la Parroquia.

* * *

Nosotros, los que estamos al frente de las parroquias populosas, sabemos por triste experiencia toda la espantosa verdad de ese abismo que hay entre innumerables feligreses y su parroquia.

Yo llevo al frente de mi Parroquia cerca de diez años, cruzo a pie mi feligresía en todas direcciones con bastante frecuencia, entro en donde me dejan, saludo a todo el que me mira, hablo con todo el que me encuentro, tengo en las escuelas del Sagrado Corazón cerca de mil chiquillos que se renuevan incesantemente y, predico dentro y fuera de mi Parroquia y a pesar de todos estos medios de promulgación, todavía de entre mis cerca de veinte mil feligreses tengo algunos que no saben como me llamo y que me preguntan por el Cura de la Parroquia y, sin que se tome a andaluzada, no son pocos los que se llegan a las puertas de mi casa preguntando a mi padre si él es el Arcipreste de Huelva... y cuenta que

entre otras insignias arciprestales, ostenta mi padre unos hermosísimos bigotes.

Y es lo que me digo—, si estas gentes no conocen a su Cura, ¿qué interés van a tener en llamarlo a sus casas cuando estén enfermos y en asistir a las funciones y sermones de su Parroquia y qué medios le quedan al párroco de enterarse de sus enfermedades y apuros?

Y así van corriendo los tiempos y los acontecimientos, dejando cada vez más sólo al Cura en su Parroquia y cada vez más apartados de él a sus feligreses. Y esta incomunicación ¡es tan funesta!

¿Cómo salvar ese abismo entre las Parroquias y sus parroquianos? ¿Quién o qué tenderá el puente por el que el Cura vaya a sus feligreses y los feligreses a su Cura?

A eso va la obra de los ángeles de la calle ⁽⁴⁹⁾.

Y organizó su coro angélico; amador él hasta la *chifladura* del Corazón de Jesús, de cuya devoción ha sido uno de los más fervorosos apóstoles en estos últimos tiempos, el programa de acción de sus ángeles no sería otro que abrasar en el fuego de aquel divino Corazón todos los hogares de su Parroquia, hasta los más fríos.

Estas fueron las instrucciones...

1.^a *Que, formando pareja fueran cada una de estas en las calles de su custodia de casa en casa y de piso en piso, invitando a sus vecinos a que entronizaran en sus hogares el Sagrado Corazón de Jesús.*

2.^a *Con el fin de que esta entronización fuera real y no aparente o meramente oficial, que trabajaran porque a la entronización precediera la confesión y Comunión de toda o la mayor parte de la familia.*

3.^a *Que para salir al encuentro de dificultades, los ángeles se ofrecerían a tener y cuidar los niños pequeños de las madres pobres mientras iban al templo, a preparar, a los que alegaran ignorancia, el examen de conciencia y demás disposiciones para la buena recepción de los Santos Sacramentos.*

4.^a *Que el Banco del Amo regalaría los cuadros de la entronización con marco cristal y todo a los que no pudiesen comprarlos.*

5.^a *Que se contentaran con proponer, invitar y suplicar y que evitasen a todo trance las discusiones con los vecinos visitados.*

⁴⁹ “Apostolados menudos”, 1.^a serie; 3.^a ed., p. 859

6.^a *Que de camino preguntasen con discreción sobre el bautismo de los pequeñuelos y el casamiento de los padres.*

y 7.^a *Que no perdieran de vista que sacaran o no fruto visible, siempre ganarían, por lo menos haber dado gusto al Corazón de Jesús y cooperado con El a la salvación de las almas”* (⁵⁰).

Tenía nuestro Arcipreste un espíritu aventurero confiadamente decidido y animoso en sus empresas.

Lanzar por las calles de Huelva en aquellos tiempos de irreligión, de sorda lucha social, cuando la piedad no tenía este espíritu impulsivo de hoy hacia la acción, sino muy cómoda postura de rosarios y novenas no parece más que empresa de locos.

La tradicional piedad de su madre hogareña y recatada fue la primera en quedar sorprendida.

Su hija era uno de los ángeles callejeros.

—Manolo, esa niña... por esas calles... (⁵¹).

—Mamá, no le pasa nada; ella debe ser la primera en dar ejemplo. Si ella no se lanza ¿cómo lo van a hacer las demás?...

—Pero, hijo mío, las mujeres donde han estado siempre es en sus casas y en la iglesia.

⁵⁰ “Apostolados menudos”, 1.^a serie; 3.^a ed., p. 99.

⁵¹ M.^a Antonia, la más pequeña de los hermanos, nació el 26 de Noviembre de 1883. Desde la ordenación sacerdotal de su hermano, le acompañó siempre en todos sus ideales y estuvo Identificada con él, secundando todas sus empresas apostólicas.

Más tarde, siendo Obispo de Málaga, al realizar la idea, acariciada ya por ambos hermanos, de fundar la Congregación de hermanas Marías Nazarenas, encontró en su hermana la más fiel colaboración, siendo Cofundadora con él de dicha Congregación, en 1921.

Hasta la muerte del Vrdo. Prelado vivió en su compañía, no sin mantener una asistencia solícita y maternal con sus hijas de Nazaret, secundando y alentando en ellas las iniciativas del Vrdo. Fundador.

Después de la muerte del Prelado, se consagró totalmente al Instituto y siguió con su Impulso y su ejemplo, dando pleno desarrollo ala vida pujante que el Sr. Obispo infundiera en su instituto, hasta conseguir de Roma las aprobaciones necesarias y por último la Aprobación Pontificia definitiva de las Constituciones y del Instituto elevándolo a Congregación religiosa de votos públicos simples en el año 1960.

Murió santamente en la Casa Generalicia de Palencia, el 14 de Abril de 1964. Fue la primera Superiora General, hasta ocho meses antes de morir. Al no poder ser reelegida nuevamente, según las normas de la Santa Sede, le concedieron en Roma como privilegio especial, que desligada del Gobierno de la Congregación, continuara como Superiora General honoraria vitalicia.

—Bien está, pero de camino que van a su casa y a la iglesia que hagan algo por las almas.

—Bueno, bueno, cuando tú lo dices tus razones tendrás, comentaba la madre cerrando los labios, pero sin acabar de convencerse de la oportunidad de aquel apostolado extraño que lanzaba a las jóvenes por esas calles de Dios.

¡Buenos están los tiempos para predicarles a aquellos descreídos!...
¿Qué irán a sacar en limpio?...

¿No llevaría rozón la madre del Sr. Arcipreste?...

Seguid leyendo:

“¡Vaya si van siendo duraderos los frutos de este nuevo apostolado angélico parroquial!

En la tierra, a pesar de todas sus malezas y espinas, de sus durezas y sus hielos, no hay semilla más fecunda que el sacrificio.

Y más fecunda cuanto esos sacrificios están más llenos de amor santo y puro del Corazón de Jesús.

Y como sacrificio, y de este bueno, bueno, es el que van sembrando estos ángeles, no hay que extrañar que el fruto se venga a las manos copioso y duradero.

Aparte del fruto interior de cada cual, que de cierto solo ve Dios y por conjeturas ya vamos viendo los demás, y aparte de las trescientas Entronizaciones con su correlativo número de confesiones y comuniones que van obtenidas hasta la fecha, puedo anotar como fruto cierto de la siembra de los ángeles de mi parroquia:

El número de niños bastante crecidos rezagados que van siendo bautizados.

1.º El aumento muy considerable, me atrevería a decir, de un ciento por ciento, de asistencia a la Misa de precepto y a los cultos de la Parroquia.

2.º Las novenas celebradas desde que está funcionando la obra de los ángeles y entre ellas la de la Patrono, se han visto concurridas como nunca.

3º La frecuencia de Sacramentos de gentes que hacía veinte y más años que no los recibían.

4.º Y este es un fruto muy estimable; el apostolado que empiezan a ejercer los mismos atraídos por los ángeles entre sus vecinos y conocidos.

¡Qué claro estoy viendo estos días porque el Maestro mandaba con tanta insistencia a sus apóstoles ir “Euntes ergo docete”, (Mt. 28, 19) enseñad, pero no esperando que vengan, sino yendo a que oigan!...

Aquellos apóstoles callejeros cumplían el más hermoso programa de acción católica en aquellos turbulentos años de lamentables desorientaciones partidistas.

Eran ellos los hilos sutiles e invisibles de la red del Pescador, y Dios premiaba su afanosa tarea como en el lago de Tiberiades ¡con más de una pesca milagrosa...!

Mas no por eso el apóstol descansará en sus laureles. No puede descansar una madre mientras quede del hogar algún hijo extraviado. El irá en su búsqueda y si el hijo se determina como un pródigo a volver a la Casa de Dios, él sabrá recibirlo con los brazos abiertos...

Leed esta bella anécdota...

“QUE MADRE NUESTRA ES...”

“Fue una noche del mes de mayo.

Entraba yo en la sacristía de mi parroquia después de predicar una platiquita en los cultos del Mes de María, y casi a la par entra conmigo un feligrés al que conocía solo de encontrármelo por la calle, y por su familia formada por buenos cristianos.

Más que con la palabra, con sus inquietos ademanes y con la cara descompuesta me pide hablar a solas conmigo.

Nos entramos en un despachito próximo a la sacristía y apenas hubo entrado, se dirige a la puerta, echa el cerrojo y la llave y, guardándosela en el bolsillo de la chaqueta, se tira más que se sienta, sobre una silla que junto a la mesa había.

Con el codo apoyado sobre la mesa y la mano acuella tapándose la cara y con la otra revolviendo nerviosamente no sé que objeto en el bolsillo de su chaqueta mi raro visitante, por todo saludo o exposición del objeto de su visita, me regala con un repetido rechinar de dientes, verdaderamente escalofriante.

Un tanto repuesto de mí, no sé si llamar susto o extrañeza de aquel exordio tan exabrupto.

—Serénese —le digo—, reanímese, mi buen amigo y hableme con toda confianza, que hay Providencia en nuestro Padre Dios y corazón debajo de esta negra solana.

— ¡Imposible! ¡imposible! —me responde después de otro rato de música de dientes—; esto no tiene remedio, ¡esto se acabó!

—No lo crea, cuando los hombres han agotado los remedios humanos, empieza Dios... Confíe, hableme, cuénteme sus apuros y verá cómo nos entendemos. Y así seguí insistiendo con toda clase de argumentos e insinuaciones cariñosas y con ratos de silencio sin obtener de respuesta más que meneos violentos de cabeza, chasquidos de los dientes, bramidos con la boca cerrada y fuertes taconazos que me daban motivos, a veces, para pensar y temer que me las había con un endemoniado, hasta que, por último, mesándose la negra barba y con voz enronquecida por la rabia, me dice—.

—Si, señor; hay una solución, una sola, ¡ésta! —y, acompañando el ademán a la palabra, se resuelve a sacar la mano (que si digo la verdad, ya me tenía bastante intrigado), del bolsillo, empuñando una cajita que rápidamente abre sobre la mesa, dejando ver una pistola y una porción de cápsulas.

—En eso he empleado las últimas pesetas que me quedaban.

— ¡Qué lástima de empleo! —le repliqué yo, afectando una sonrisa de serenidad ante aquella escena de tragedia—, ¿no cree Vd., amigo mío, que hubieran estado mejor empleadas en un papelón de pescado frito, unas rosquitas y unas aceitunas con que cenaran usted, su señora y sus hijos?

— ¡Mi mujer, mis hijos! A eso precisamente venía a ver a usted, a que, como esta noche estoy decidido a dejar esta vida que las cesantías y las deudas me hacen imposible e insoportable, mañana fuera usted a mi casa y los preparara para recibir la noticia de mi muerte y hacer por ellos lo que pudiera. ¿Me lo promete? ¿Me lo jura usted, señor Vicario? Si, sí, usted es bueno., usted lo hará... adiós... Y extiende la mano temblorosa para volver a tomar la pistola de sobre la mesa en actitud de levantarse.

—Espere, espere un poco, y déjeme responderle, y guarde esa arma en ese cajón mientras le abría el de la mesa, que a mí me gusta hablar en paz y no bajo amenazas... Usted, usted mismo guarde eso ahí.

Aseguro que se me iba secando la lengua y me iban faltando las palabras; se siguió un momento de silencio en el que mi atormentado

interlocutor temblaba, se agitaba, tendía la mano para guardar el arma y obedecerme y la retiraba.

Yo aprovechaba el silencio para encomendar la solución con toda mi alma a la Madre Inmaculada. ¡Qué contraste entre el eco de los cantos con que las Hijas de María la honraban desde la iglesia y el respirar reseco de mi pobre visitante!

De pronto, como si en la misma puerta de mi despacho lo cantaran, se deja oír el final del tradicional estribillo del mes de mayo:

...Con flores a María que Madre nuestra es.

— ¿Lo oye usted? ¿Lo recuerda de cuando lo cantaba de niño? ¡Madre nuestra es! ¡Madre! ¡Madre!

Aquel hombre, por primera vez, abre los ojos, apretados hasta entonces, me mira, rompe en sollozos, se postra abrazado a mis rodillas y, cuando puede dominarse, exclama:

—Si, lo que Ella quiera, lo que usted mande... Guarde usted eso, tírelo...

Después, un rato de rodillas el fiel y el sacerdote ante el altar de la Virgen, vacío ya el templo, un abrazo de despedida y satisfacción, y una promesa seria de volver al orden, mediante una buena confesión y comunión, y... ya, solo yo, una llamada al coadjutor para que recogiera con cuidado en el cajón de la mesa la flor de aquel día...” (52).

También su celo sabrá poner flores de caridad impetuosa sobre los ataúdes de sus hijos que quieren arrebatárselos aquellas asociaciones antisacramentales de mineros...

UNA ASOCIACIÓN DE DOLIENTES

“Cuando tomé posesión del curato de Huelva, uno de los hechos que más contristaron mi corazón fue el odio de la masa obrera contra el entierro cristiano y la sepultura eclesiástica.

El ataque estaba perfectamente organizado (53).

Al morir un obrero, pariente, vecino o amigo del obrero asociado, una comisión de la asociación se presentaba en la casa del muerto, proponiendo que si el entierro no llevaba curas, y se hacía en el

⁵² “El Granito de Arena”, 1943; p. 85.

⁵³ Formaban una sociedad de juramentados para no recibir los últimos Sacramentos ni sepultura eclesiástica.

Cementerio civil, la sociedad se comprometía a pagar el ataúd, regalar para los lutos cien pesetas y proporcionar un numeroso acompañamiento.

La tentación no podía ser más halagadora y, sobre todo, para gentes de poca fe y en momentos en que se piensa tan poco y aunque es verdad que las cien pesetas prometidas no aparecían casi nunca, el ataúd y el acompañamiento de cuatrocientos o quinientos obreros, eso sí parecía.

¿El remedio? Yo no disponía de masas para duelos, ni tampoco de fondos para contrarrestar las ofertas contrarias.

La autoridad tampoco se atrevía a arrostrar el conflicto.

El remedio que me sugirió la divina Providencia fue oponer a la cantidad la calidad.

Me explicaré.

Asistía a un moribundo o se moría algún feligrés cuya familia veía yo en peligro de caer en la tentación, y me anticipaba a los de la comisión proponiéndoles hacer un entierro como de pago y llevarle un acompañamiento de señoritos.

Desde luego contaba con la buena voluntad de quince o veinte amigos abogados, comerciantes y propietarios, que asistían al entierro hasta de chistera y no sé si porque les moviese el buen ejemplo o porque les picara la vanidad que, aunque parezca mentira, en uno de los actos de la vida en que más asoma la cabeza es en la muerte, lo cierto es que el espectáculo de aquellos entierros de desconocidos obreros o de ignoradas viejecitas y acompañados de tantos caballeros y presididos por el Cura y aquellas vueltas del Cementerio a la casa mortuoria a dar la cabezada y a dejar lo que se podía, produjo tan buen efecto que, al poco tiempo no era raro ver llegar a las puertas de mi casa alguna vecina entre sollozos: ¡Ay! Padre Cura, venga usted corriendo con los señoritos a mi casa, que hay un muerto que se lo quieren llevar los tiznaos...”⁽⁵⁴⁾.

“Uno de los más estimados empeños de aquellos mis queridos fieles; o mejor infieles, de Huelva, era la secularización de la muerte.

Cada muerto de la clase obrera ¡cuántas luchas y malos ratos nos proporcionaba a mis buenos coadjutores y a mí! ¡Con qué caras se presentaban en el archivo de la parroquia los dos o tres comisionados por el club, que sustituían a los familiares del difunto, a pedir la necesaria papeleta para el Juzgado y con qué insolencia tan agresiva decían: Este muerto no lleva curas y va al Cementerio civil...!

⁵⁴ “Lo que puede un Cura hoy”, 8.^a ed., p.133.

¡Qué difícil se hacía hacer reflexiones y hasta poner buena cara a aquellos pobres diablos...! ¡Y se nos hacía tan duro dejar ir al Cementerio civil y conducidos en manifestación librepensadora de cientos de obreros, con el ataúd envuelto en la bandera roja, cadáveres de niños recién bautizados, de ancianitos y jóvenes buenos cristianos...!

En cada caso nos veíamos precisados mi coadjutor y yo a librar verdaderas batallas para defender a nuestros muertos de la profanación laica.

¡Qué ratos más amargos y qué apuros más difíciles nos hacían pasar los entierros laicos... los robos de muertos!

ANECDOTARIO MACABRO

Hasta esto llegaban a veces: a robarme los muertos en plena calle.

Llevaba una tarde, citaré este caso entre otros muchos, el cadáver de una buena mujer, esposa por lo visto, de uno de la sociedad.

Por el procedimiento de tomar la delantera al acompañamiento de tiznados (así iban todos, como recién salidos de los talleres en donde trabajaban), saqué el cadáver tranquilamente y tranquilamente cantábamos los preciosos salmos con que la Madre Iglesia acompaña a sus hijos a la tumba.

Como la mitad del camino llevaríamos, cuando me sorprende viendo en una de las bocacalles que daba a la recta que nos llevaba al Cementerio, el consabido y temido acompañamiento de tiznados que con una maestría sin duda ensayada y estudiada, se apoderan violentamente del ataúd al grito de ¡que no nos pillen! y echan a correr calle arriba hacia el Cementerio.

¡Espectáculo macabro! Unos forajidos corriendo con un cadáver y detrás corriendo a la par de ellos, el crucero de la Parroquia, los monaguillos con sus ciriales, el sochantre y el Cura con sus ornamentos negros, y detrás de éstos, gritando, o mejor diría, aullando, la masa de tiznados.

Cuando yo llegué al cementerio, vi a los ladrones del cadáver abriendo a toda prisa la fosa para enterrarlo, sin duda, antes de que yo llegara.

El Corazón de Jesús, a quien acudía en todos estos casos apurados, me regaló una gran calma y una magnífica serenidad de espíritu y,

despreocupado, aparentemente al menos, de la gritería de ¡afuera! ¡entiérrala! ¡mala pata! y demás manifestaciones de la furia popular, con el Ritual en la mano izquierda y en la derecha el hisopo de bronce (buena arma defensiva y ofensiva por cierto), recé tranquilamente el Oficio de sepultura y eché buenos rociones de aquella agua bendita a la muerta y a los vivos (buena falta les hacía como agua y como bendita) y cuando terminé el último “Requiescat in pace”, dije serenamente a los dos sepultureros, únicos descubiertos de entre todos aquellos cientos de hombres: ¡ahora! ¡entiérrenla!

¡Qué regreso! Como hasta las mismas puertas del Cementerio de entonces llegaba la calle, al regresar por ella, las vecinas de las casas y el chiquillerío todo, esperaban en sus puertas y en las aceras ver en qué terminaba aquella verdadera danza de la muerte y al contemplar rebujadas las sobrepellices y sotanas con las blusas y las caras mohínas de los vencidos, gritaban en son de trágala triunfal:

*¿No queríais curas?
¡Pos hasta la sepultura!*

De este tiempo es también esta anécdota que él titulara después en su diario La conquista de una muerta.

“En una casa de vecinos de la misma calle en que a duras penas pude encontrar vivienda, cae gravemente enferma una ancianita. Me di trazas para visitarla y para seguir visitándola y auxiliarla espiritual y corporalmente.

¡Qué buenas cristianas eran ella y la hija que con ella vivía y la sostenía con su modesto jornal de costurera!

Tenía un hijo obrero del puerto y de ideas avanzadísimas que apenas la visitaba. En toda la enfermedad de la madre ni una vez la visitó.

Muere la enferma santamente, haciéndome éste último encargo: ¡Padre!, que si se empeñan los del partido de mi pobre hijo enterrarme como a los perros, no los deje Vd... ¡que me entierren como cristiana...! Dios se lo pagará...

Con lágrimas le contesté que muriera tranquila, que yo cumpliría su encargo.

Todavía caliente el cuerpo y mientras rezábamos por su alma, como traído por el mismo diablo, se presenta en la reducida habitación el hijo... ¡Qué facciones! ¡Qué ademanes! ¡qué miradas de odio reconcentrado!

Con la gorra encasquetada hasta los ojos y sin mirarme, se acerca al cadáver de su madre y tirándole violentamente de la mano, como si tratara de llevársela, dice con voz cavernosa: Esta muerta es mía y me la llevo a donde me dé la gana, y Vd. sin atreverse a mirarme) ya se está poniendo de patas en la calle... pero ¡ya mismo! ¡ya...!

La hija y dos o tres vecinas compasivas, que lloraban, nos miran aterradas, sin osar decir una palabra.

Las palabras de la moribunda constituyéndome defensor de su debilidad y de su fe y la procacidad del hijo inhumano me enardecieron, y con enérgica serenidad le dije: ¿Y Vd. quién es? ¿se puede saber?

— ¿Yo, yo? Quien a Vd. no le importa... Yo mando aquí, porque soy el hijo de esta mujer y Vd. no es nadie y se va ahora mismo, y si no...

— ¡Qué va Vd. a ser el hijo de esta santa mujer! —respondí yo afectando desprecio de su aire matón.

Si Vd. fuera hijo, no se hubiera visto obligado el Cura a dar alimentos y medicinas a la pobre enferma e impedir que pasara hambre... ¿Vd. hijo? ¿y no tiene una lágrima para ese cadáver? ¡Una fiera sin entrañas, eso es Vd.!

El desgraciado me respondía rechinando los dientes, como un condenado, y repitiéndome: — ¡Que se vaya Vd. de aquí! ¡y esta muerta me la llevo yo al Cementerio civil con toa mi gente!

—Esta muerta irá a donde ella ha pedido ir y yo le he prometido: al Cementerio de los católicos, como ella lo era.

Como la cosa se presentaba un poco trágica, acudo al Gobernador, le cuento el caso y, como buen Poncio liberal, me responde: Usted lleva toda la razón y le asiste la ley; pero... yo tengo el deber de velar por el orden público y, si defiendiendo el derecho de Vd. me enfrento con la masa y ¡un conflicto!

No sé cuántas cosas dije para demostrar a aquel señor que el dar razón a los que gritan y amenazan y pisotean el derecho no es gobernar, sino cobardía y desgobierno; ¡en balde! a todo me decía que sí, pero que el orden público y que la masa.

Terminé diciéndole con toda la gallardía de mis veintiocho años:

—Le hago saber, Sr. Gobernador que, si oye decir que han enterrado esta tarde un cadáver en el Cementerio civil, esté cierto de que han pasado por encima de otro cadáver, el del Cura, que le está ahora hablando. ¡Adiós!

Aviso a los funerarios para que llevaran el ataúd, y a mis amigos los buenísimos señoritos que formaban la sociedad de enterradores, tres abogados y un ingeniero, para que con chistera y levita acudieran aquella tarde al servicio que teníamos media hora antes de la salida de los obreros y vuelvo a la casa mortuoria a empezar la función de la tarde.

Habían vestido a la muerta con su mejor saya, y sobre una manta tendida en el suelo la habían colocado, porque el diablo del hijo, que seguía allí sentado con la cabeza entre las manos crispadas, como un buitre acechando la carne muerta, no había permitido que se metiera en el ataúd que yo mandé, al que había arrancado la cruz y echado y guardado la llave para que no se pudieran llevar el cadáver hasta que él quisiera.

Persuadido de que por las buenas ya no se adelantaba nada con aquel monstruo y que lo que pretendía era dar tiempo a que viniera su gente, le pregunto por la llave del ataúd. — ¡No me da la gana!

No describiré la escena por lo macabra y si solo que tuve que acudir a la violencia sujetando con mi mano derecha y la rodilla las dos suyas y sus piemos y registrándole con la izquierda todos los bolsillos hasta que di con la llave en un repliego del cinturón,

A toda prisa aviso a la Parroquia y a mis señoritos que esperaban en mi casa; colocamos con toda veneración el cadáver en la caja y sobre la cubierta coloqué mi rosario para que llevara signo de cristiano y... — ¿Fulano de tal?— pregunta desde la puerta un policía.

— ¿Qué pasa? yo soy —dice el desdichado que aún se retorció de rabia en un rincón de la sala.

—Véngase conmigo que lo llama el Sr. Gobernador...

Un grito blasfemo y un crujir de dientes y desapareció.

En santa paz hicimos el entierro, con todas las de la ley, de la buena ancianita y, cuando regresábamos a la casa mortuoria a dar la cabezada según la costumbre, mis cuatro señoritos, algún que otro vecino y yo, nos encontramos con toda la masa de los tiznados esperando el entierro.

Tranquilamente nos colocamos en el zaguán, rezamos el Padrenuestro de costumbre por la difunta y. quedándome yo de cabecera de duelo, comienzan a desfilar los pocos que conmigo venían y ¡oh asombro! también la muchedumbre de los pobres obreros en perfecto orden y respeto.

La presente historia no termina aquí; tiene una conclusión muy bonita.

A los dos o tres meses de lo narrado, me avisan los monaguillos y algunos amigos, que el tío aquel que quería enterrar a su madre como un perro andaba dando vueltas alrededor de la Parroquia y de mi casa.

Un poco, en verdad, me puso en cuidado la noticia; ¿de qué no sería capaz el que tan mal se portó con su propia madre?

Una tarde, entre dos luces, cerca ya de mi casa, se me presenta de improviso el amigo... Su cara de odio feroz se había cambiado en cara extenuada de hambre. ¿Me deja Vd. hablarle una palabra?

—Sí, hombre, y veinte y las que Vd. quiera decirme.

—Es que yo, yo, vamos, que yo he sido un sinvergüenza y un mal hijo, y Vd. tiene razón para escupirme a la cara.

—No, no, yo no escupo a nadie, que eso es cosa de judíos y, si usted está arrepentido, Dios lo perdona y yo también.

—Es que los compañeros le vuelven a uno loco... y yo, vamos que... como un loco me porté... Después me echaron del trabajo y no encuentro un pedazo de pan para mi mujer y mis hijos y... aunque no lo merezco, le pido por la memoria de aquella santa mujer que me perdone y me busque en dónde ganar un pedazo de pan... Y lloraba.

¡Bendita venganza de la buena madre desde el cielo!, me decía a mí mismo emocionado; y respondí a aquel pródigo como tenía que responder un padre de almas ¡vengándome! también a lo padre cristiano” (55).

Sublime venganza aquella que aconseja San Pablo: “No quieras ser vencido por el mal, sino vence al mal con el bien.” (Rom. 12, 21).

Con un diluvio de amor iba el Arcipreste venciendo el mal...

⁵⁵ “El Granito de Arena”, 1943; páginas 128 y 148.

La cuestión de los entierros hubo de ser objeto de resolución ministerial a favor de los derechos de la Iglesia en Huelva. (“El Granito Arena”; 5 de agosto 1909; p. 9).

Capítulo V

Partiendo el pan a los pequeñuelos

1.º.- *¿Cura o maestro? - ¡Las dos cosas!*

Historia de una pedrada.

El Banco de la Providencia.

Unas escuelas, “que chorrean almíbar.”

La fiesta de la inauguración.

2.º.- *Ya tienen escuelas sus niños.*

El primer día de clase.

Una dificultad.

la obra de las vocaciones.

El Patronato de Aprendices.

La Granja Agrícola.

Las bandas de música.

3.º.- *Descubriendo a D. Manuel Siurot.*

Su encuentro con Siurot.

Un viaje a Granada y un sobre cerrado.

Bendición de las escuelas y apertura del sobre.

La cosecha de aquella siembra.

¿Cura o maestro? ¡Las dos cosas!

Don Manuel no está solo. Dios ha puesto a su lado a un gran corazón sacerdote donde encuentran eco todos sus afanes apostólicos y colaboración decidida y entusiasta todas sus empresas pastorales. No podemos seguir adelante sin mencionarle: D. Manuel González Serna (⁵⁶).

Iguales en sus nombres y en sus anhelos; toda la vida aquellos dos corazones latieron al unísono tras de un mismo divino ideal.

Los dos sevillanos, los dos llenos de juventud y de celo, los dos puestos por la Providencia en una misma obra de recristianización de aquellas almas de Huelva.

Al mismo tiempo que a nuestro biografiado se le nombra Arcipreste de Huelva a él se le confiere el cargo de segundo Cura de la iglesia de San Pedro...

¡Qué buenos regalos hace el Señor a los suyos!

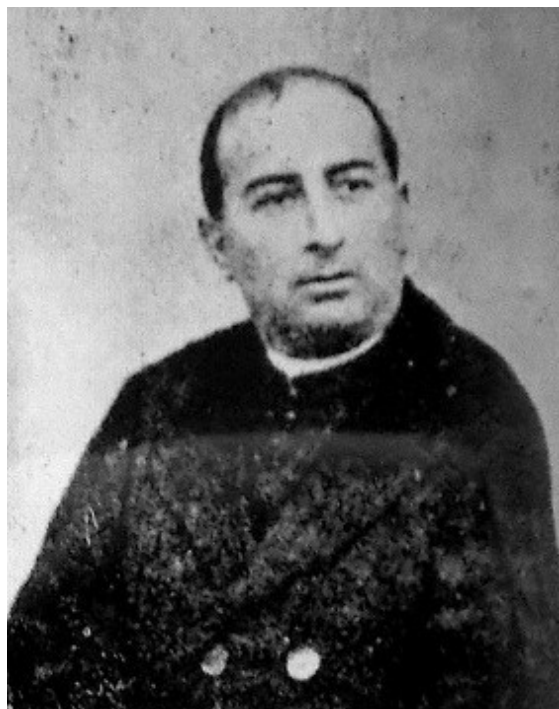
Identificado con su rector, ardiendo en sus mismas ansias, inflamado en su mismo espíritu va siguiendo sus huellas sin cansancio, infatigable jornalero de la Viña del Padre Celestial.

La visita a los enfermos, la catequesis por los barrios, la prensa, la adoración nocturna, le ocuparán las horas de aquel sacerdocio fecundo, al lado de su Arcipreste, contagiado desde el primer momento por aquel mismo cariño hasta la locura por el Amo bendito del Sagrario...

⁵⁶ Nació este preclaro sacerdote en Sevilla, en mayo de 1880. Cursó el *bachillerato* en el Instituto, obteniendo el título a los 15 años. Pasó a la Universidad, donde estudió la casi totalidad de la carrera de Filosofía y Letras. Sintiendo con vocación eclesiástica, pasó al Seminario Pontificio y fue ordenado de Sacerdote, *celebrando* su primera Misa a los 22 años el 12 de octubre de 1902.

Ofreció heroicamente su vida al Señor, siendo Cura Arcipreste de Constantina (Sevilla), donde fue asesinado por los rojos dentro de su misma iglesia en 1936, después de horribles sufrimientos, el 23 de junio.

Para El fue su juventud apostólica y para El la sangre de sus venas,
muriendo un día asesinado en su propia iglesia...



D. Manuel González Serna

HISTORIA DE UNA PEDRADA...

Conducía D. Manuel González Serna una tarde del mes de marzo de 1906 al Santísimo Sacramento por la calle de Enmedio del barrio de San Francisco.

Acaban de salir de una escuela los niños y es tal el alboroto de la chiquillería que el buen sacerdote, parando la comitiva, se vuelve hacia ellos, insistiéndoles que se pongan de rodillas, porque pasa el Señor.

Con un descaro impropio de la edad, ríen a carcajadas, le increpan con burlas y denuestos: ¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Mala pata! ¡Mala pata!

Y comienza la desbandada: una turba de chiquillos corriendo de acá para allá, sin el menor respeto al Santísimo, y sin impresionarles nada aquella fila de devotos acompañantes con sus velas encendidas...

Pero no paró aquí todo, en aquel momento uno de ellos desde el interior de la escuela, instigado por su maestro, arroja con violencia una piedra que le da en la cabeza a D. Manuel hiriéndolo...

A la entrada de aquella escuela se leía esta inscripción: Escuela laica.

Aquella noche se encontraron junto al Sagrario los dos curas de S. Pedro (⁵⁷).

Aquello fue un aguijón más para su celo. Era una necesidad urgente, inaplazable la educación cristiana de los niños en escuelas netamente católicas: era, en frase del Arcipreste, “*una necesidad muy grande y muy triste.*”

“*Había —escribe éste—, en el mismo barrio donde se han hecho nuestras escuelas unas protestantes de niños y niñas (más de doscientos) y otras laicas de niños, con buen número. Unos quinientos niños en escuelas enemigas de Jesucristo y de la Virgen.*

Para contrarrestar esa enseñanza se contaba con la enorme cantidad de cuatro escuelas municipales, para una población de ¡treinta mil almas!

El espectáculo de centenares de niños arrojados al arroyo, porque no había escuelas de balde para ellos, o enseñados en escuelas enemigas de Dios y de la Virgen nos echó a la calle a hacer unas escuelas muy grandes, muy buenas, muy cristianas, y absolutamente de balde para los niños pobres” (⁵⁸).

El modo para comenzar la obra, lo trazó la divina Providencia, como iremos viendo.

Era el 20 de enero de 1906, fiesta del Patrón de Huelva, San Sebastián.

Llegado a la ciudad en marzo del año anterior, era la primera vez que asistís el Arcipreste a la procesión del Santo, que se celebraba de noche, saliendo desde la ermita donde se veneraba la imagen hasta la parroquia de San Pedro.

Eran los habitantes del barrio de la ermita, por aquel entonces, gente inculta y grosera, que aclamaba el paso del Santo con expresiones irreverentes y ofensivas, demostrando el estado de irreligión en que se hallaban.

Apenadísimo D. Manuel ante aquel espectáculo iba en la procesión lamentando interiormente la miseria moral de aquellas pobres almas, cuando de pronto brilló en su mente la idea clara, luminosa, concreta; al mismo tiempo que sentía una fuerza impulsora y decisiva: ¡hay que hacer enseguida unas escuelas católicas para los niños pobres!

⁵⁷ Así lo cuenta Monge y Bernal en “Siurot”, página 68.—Cerón, Cádiz, 1942.

⁵⁸ “Lo que puede un Cura hoy.”

Era una fuerte persuasión de que Dios la quería y de que El daría los medios necesarios, algo así, según él mismo refería, como un *empujón* del AMO que le decía: ¡Anda ya! Fue tan vivo ese impulso que nunca se le olvidó, y todos los años, al llegar el día de San Sebastián, no podía menos de recordarlo.

Desde aquel momento la idea le absorbió por completo.

El Catecismo Parroquial y sus visitas a las escuelas del Estado no bastaban: había que abordar el problema en su totalidad y atacar el mal en su raíz.

Después de tratar el asunto con el Amo en muchos ratos de Sagrario durante dos meses largos y consultar con su Sr. Arzobispo (⁵⁹), tenía ya madurado el proyecto.

Convocó para el día 2 de abril la “primera reunión de *“accionistas”*”, como él les llama jocosamente, comenzando la junta de aquellos respetables señores en el archivo de su Parroquia y terminando en la capilla del Sagrario para dar gracias al Sagrado Corazón por las 5.500 pesetas reunidas en aquella misma junta.

Muy cerca del lugar donde se hallaba la escuela laica a que se alude antes, habla una iglesia, que solo se utilizaba para la Misa dominical.

Dicha iglesia, llamada de San Francisco, tenía varias capillas, en estado ruinoso. El proyecto de D. Manuel consistió, al principio, de acuerdo con el Prelado, en restaurar aquella iglesia, poner el Reservado y abrirla al culto, prescindiendo de aquellas capillas, en cuyos solares una vez derribadas, podrían edificarse las escuelas, o por lo menos, empezar por ahí...

En efecto, el 2 de mayo de 1906 comenzaron, de acuerdo con este pñen, las obras de restauración de la iglesia y el 17 de noviembre del mismo año se bendijo y se trasladó a ella solemnemente el Santísimo desde la Parroquia de San Pedro. Precedieron a esta bendición unos días misionales, por dos Padres de la Compañía de Jesús, en la iglesia restaurada, que terminaron con cuatro mil comuniones, número verdaderamente sorprendente en aquel tiempo y en aquel ambiente.

⁵⁹ Era entonces Arzobispo de Sevilla et Excmo. y Rvmo. Sr. O. Enrique Almaraz y Santos, que de la diócesis de Palencia fue trasladado a la hispalense, haciendo su entrada el 15 de octubre de 1907. Como su antecesor, el Vble. Cardenal Spínola, distinguió siempre a D. Manuel con su más paternal afecto y confianza.

Es de notar un caso curioso. El primer presupuesto de las obras para edificar las escuelas en el sitio que ocupaban las capillas ruinosas, ascendía a doce mil pesetas.

Pero... ¿cómo no hacer un buen patio?

¡Ah, si se pudiera comprar aquella casita que está junto a la iglesia!..

Pues hay que intentarlo con el favor de Dios: El dará.

Y la casita se compró. Pero es que no bastaba. Hacía falta más sitio para las clases y estorbaba la otra casita de más allá...

¡Adelante! y el Corazón de Jesús dará lo necesario. Y se compró también la segunda casa.

El Amo iba moviendo los corazones y las limosnas iban llegando. El Sr. Arcipreste, convencido de que “*es mejor esperar andando*” y seguro de que la divina Providencia no faltaría, mandó se empezase a mediados de julio de 1907 el derribo de las casas y de las capillas que tenía la iglesia, antes de ser restaurada, sobre cuyo solar se comenzó la construcción de las escuelas el 2 de agosto, primer viernes de mes.

He aquí cómo D. Manuel hace en resumen la historia de la obra de las escuelas.

EL BANCO DE LA PROVIDENCIA

Capital inicial para la obra: cero en metálico; en fe, confianza en el Sagrado Corazón y amor a los niños abandonados, millones.

No faltaba más que una conversión de valores: cambiar la fe, la confianza y el amor en pesetas, y la obra estaba hecha,

Y se hizo la conversión y hubo pesetas.

¿Los medios? —Han sido varios: 1.º La limosna pedida de palabra y por escrito en español, francés, portugués, inglés y en todos los idiomas conocidos.

2.º La suscripción por medio de coros, formado cada uno por doce personas que se comprometían a dar diez céntimos semanales, por un año.

3.º La venta de dulces, prendas, retratos, perfumería, aceitunas, estampas, encojes, etc., elaborados por señoras y señoritas que quieren mucho al Sagrado Corazón.

4.º Rifas particulares de cuadros, mantones, placas, etc.

5.º *Las suscripciones a El Granito de Arena*” que, a pesar de ser tan chico, yo ha dado bastantes pesetas a las escuelas y espera darle más.

6.º *Y sobre todo muchas oraciones, comuniones y sacrificios.*

Nota importante: “No ha habido fiestas de caridad.”

El mismo Arcipreste, aun arrostrando humillaciones y repulsas, pidió de casa en casa por toda Huelva limosnas para las escuelas, ayudado por aquel grupo incondicionales a los que había logrado *chiflar*, como él decía, por el Corazón de Jesús.

Su esforzado celo supo emplear todos los medios a su alcance, sin arredrarse por dificultades, para interesar al mayor número de personas y crear ambiente en favor de las escuelas, bendiciendo el Señor sus trabajos y propagandas.

UNAS ESCUELAS QUE CHORREAN ALMÍBAR

Si la petición de limosnas daba lugar en ocasiones a no pocos sacrificios y sonrojos, la “*Confitería* del Corazón de Jesús” en que también se trabajaba con verdadera abnegación de tiempo y de fuerzas físicas, daba lugar a escenas muy simpáticas.

En la acogedora casa de alguna *veterana* del grupo piadoso de la Parroquia, se reunían alegres y unidas por el afán de trabajar por las escuelas de el Amo las *confiteras* improvisadas que, pertrechadas de los utensilios necesarios, preparaban exquisitos alfajores, “suspiros”, tortas, bizcochos, yemas, “lágrimas de San Pedro”, y todas las golosinas y refrescos que cada cual sabía hacer, mientras otras los empapelaban en blancos cartuchos y envolturas.

Grandes canastas aguardaban con limpísimos paños, donde todo quedaba primorosamente colocado, cuando aparecía la *seña* Pepa muy repeinada, con sus brazos en jarra dispuesta a cargar con las cestas y vender cuanto antes la mercancía, mientras por otro lado hacía otro tanto Miguel, el viejo sacristán de la Parroquia de San Pedro, sin que se le olvidara calarse su inseparable “bombín...”

¡Cuántas veces solía decir D. Manuel: “Si se estrujaran las paredes de las escuela *chorrearían almíbar!*” (60).

⁶⁰ Una simpática feligresa, con dos sobrinas suyas, pusieron un taller de caridad para hacer ropas que vendían luego a los comercios, quedando las ganancias para las obras de las escuelas. Asimismo preparaban aceitunas y las vendían. Llegaron hasta a elaborar un Ron-quina muy bien presentado y precintado con su correspondiente

La propaganda en favor de éstas se hizo fuera de Huelva, no sólo por la revista “El Granito de Arena”, que al inaugurarse aquellas primeras escuelas hacía sólo dos meses que había nacido, sino también por los viajes del Arcipreste.

Recordando esta temporada contaba humorísticamente D. Manuel su viaje a Jerez de la Frontera. *“Los Sres. de Domecq pusieron a mi disposición un landó de dos caballos, dando al cochero el encargo de que se parase a la puerta de varios señores ricos que podían ayudar bien a la Obra... Y... ¡qué husmo tienen los perros para darse cuenta de quiénes son los que van a pedir a las casas! ¡todos los perros me ladraban! ¡Como que dentro de aquel coche tan elegante iba un pobre sablista!”*

Sin embargo, la táctica de pedir directamente para sus obras la sustituyó muy pronto *por la de* contentarse con exponer en general las necesidades, sin dirigirse personalmente a nadie.

Hablando de esta propaganda, contaba cómo sintiéndose inclinado a no pedir ya más directamente, quiso hacer una prueba, y pensó en uno de sus viajes dirigirse a los dos señores más ricos de la población, si después de exponerles sus proyectos y solicitar su ayuda le daban una exigua cantidad, ya no pedía más, pero si le daban una buena limosna seguiría pidiendo.

“Fui (dice bromeando) y después de echarles un discurso que valía cada uno dos mil pesetas, me dieron cincuenta; ya desde entonces pensé no pedir a nadie más, directamente, sino al Corazón de Jesús, contentándome solo con exponer las necesidades.”

Siguió esta norma en adelante para todas sus obras.

En sus viajes de propaganda, daba conferencias, y después de agradecer los aplausos, solía decir: *“Yo no pido nada para mí, ni quiero nada, no tengo casa propia sino alquilada, pero si me queréis dar algo para las obras del Amo, para mis niños pobres, para las escuelas gratuitas del Sagrado Corazón que se sostienen solo de caridad, El os lo pagará y yo y mis niños pobres os lo agradeceremos mucho y pagaremos con nuestras oraciones.”*

Y tomando su sombrero, iba por las filas recogiendo en él las limosnas que le echaban.

Dos años habían transcurrido desde aquel día de San Sebastián de 1906 hasta el día de la conversión de San Pablo, 25 de enero de 1908 en

que D. Manuel y sus colaboradores tuvieron el grandísimo gozo de ver las escuelas terminadas y bendecidas por el Excmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo de Sevilla, D. Enrique Almaraz y Santos.

II

Ya tienen escuelas sus niños

Lo cuenta el mismo D. Manuel: *A medida que se acercaba el día, sentíamos los que tanto habíamos soñado ver centenares de niños en escuelas nuestras, una emoción mezcla de alegría y temor...*

Dieron las nueve de la mañana del día 1º de febrero y se abrieron de par en par las puertas y más de trescientos niños invadieron el patio, y como quien entra en casa propia y de antiguo conocida, se pusieron a jugar, sin extrañar a nadie ni nada; ¡hermoso privilegio de las obras de la caridad!

Y llegó el instante deseado y tantas veces imaginado ¡la primera clase! ¿Cómo había de empezar? Como había empezado la obra: en el Sagrario y ante la imagen del Sagrado Corazón.

Así se hizo; formados los niños con el orden que podía esperarse en aquellos elementos tan heterogéneos, fueron llevados a la iglesia por los maestros, y de rodillas ante el Tabernáculo, rezaron y repitieron las preces que iba recitando el Arcipreste, oraciones que al ser balbuceadas por aquellos niños descalzitos, muchos de los cuales no habían pronunciado el santo nombre de Dios, tenían un acento tan grato y de efecto tal que casi, casi hacían saltar las lágrimas.

Y después de recibir la bendición que desde el mismo altar les dio el Sr. Arcipreste, la dar clase in nomine Domini!

“Y ¿con qué van Vds. a sostener esas escuelas? Porque necesitarán costear seis u ocho maestros y el abundante material que una escuela tan numerosa exige; y ¿cómo siendo escuelas completamente gratuitas van Vds. a cubrir un presupuesto de 10.000 pts. anuales?

A esa dificultad que parece grande, responderemos lo que a una pregunta parecida sobre el porvenir de las escuelas nos respondía el Vrdo. D. Andrés Manjón: “Mientras en nuestras escuelas se enseñe bien y de balde y se recen Avemarías, no faltará el dinero.”

Nosotros procuraremos salvar aquella dificultad, aplicándonos el cuento. “Es infinitamente rica, escribe el mismo D. Andrés, la institución que sirve a Dios y a los hombres de balde.”

Así respondía la confianza del Arcipreste en el Corazón de Jesús; estaba seguro de que El que había dado tan providencialmente las setenta y seis mil pesetas del coste de la obra, que con el valor de lo cedido por el Arzobispo ascendía a cien mil pesetas, daría para pagar el déficit de siete mil que aún quedaba y lo necesario para el sostenimiento ⁽⁶¹⁾.

“Lo cierto es escribía D. Manuel a los dos años de la inauguración que la escuela se acabó, que lleva más de dos años de vida pagando ocho maestros, material, reparaciones; que se le han unido después algunas otras cosas de valor... y que, sin tomar un céntimo de los niños, todo lo va pagando y no deja de derramar a manos llenas los beneficios de una educación cristiana, sólida, acabada y perfeccionada con todos los adelantos que en la escuela de más fuste se enseña.

¿Hay o no motivos para alabar al Sagrado Corazón de Jesús?” ⁽⁶²⁾.

Esas “otras cosas de valor” que se unieron a la obra educadora de las escuelas o que fueron su complemento y fruto eran entre otras, la Escuela de Aprendices, la Obra de las Vocaciones, La Granja escolar, las bandas de música de la escuela...

El celo que ardía en aquel corazón apostólico nunca se hallaba satisfecho.

LA OBRA DE LAS VOCACIONES

¡Obtener sacerdotes de entre los niños de sus escuelas, era su mayor ilusión! Al describir esta obra, decía D. Manuel: *“En una Escuela a la que asisten cuatrocientos niños por término medio, tiene que haber niños muy listos y muy buenos, regulares o del montón, y malos, muy malos.*

Y se pregunta uno en presencia de esos chiquillos de mirada inteligente, de corazón bien inclinado, con una prodigiosa virtud asimilativa de todas las enseñanzas de la escuela, cariñosos, agradecidos, y por otra parte pobremente vestidos, como pueden vestir los hijos de un

⁶¹ Los datos sobre la fundación de las escuelas están tomadas de “El Granito de Arena, donde el mismo D. Manuel escribía sobre ellos en los números del 8 de enero y del 5 de febrero de 1908. Véase también “Lo que puede un Cura hoy”, 8.^a ed., p. 155.

⁶² “Lo que puede un Cura hoy”, 8.^a ed., p. 161.

obrero que gana escaso jornal; se pregunta uno, repito, en presencia de esos niños: ¿no serían estos niños alguna cosa?.. Si pudieran ser sacerdotes o maestros, o las dos cosas a la vez, ¡qué bien para ellos, y para sus paisanos, y qué alegría para la escuela!

...Y se observa y se indaga y se prueba, y efectivamente, allí hay sujetos de los que se puede sacar algo y aún algos.

Esto quiere decir que ha sonado la hora de empezar otra nueva obra, la de las vocaciones.

Se hace la selección, y por primera providencia se separan cinco y se confían de un modo especial a uno de los profesores de la escuela que los prepare para el examen de ingreso, y ya tienen ustedes el Seminario en puertas, y libros, y matrículas, y pensiones, y en una palabra, un cargo más para nuestra cuenta del “Banco de la Divina Providencia.

Ah, pero es que para eso bautizó D. Manuel esta Obra, con el nombre de Obra de Vocaciones del SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS; y... los cheques que llevan auténticamente esta firma, siempre son abonados en aquel *Banco*.

Desde entonces, Huelva, que en aquella época sólo tenía *dos seminaristas*, es decir, el uno por quince mil de sus habitantes, ¡terrible síntoma!, tuvo un grupo de seminaristas, de los cuales han salido ya fervorosos y apostólicos sacerdotes, que recuerdan a D. Manuel con la máxima veneración y gratitud.

¿Y el local...? No hay que apurarse, ya se le buscará un sitio, donde estén más recogidos; y lejos del bullicio de las clases puedan recibir la preparación necesaria para ingresar en el Seminario.

Y como no se disponía de otro mejor que el cuarto de las campanas de la Parroquia de San Pedro, el cuarto de las campanas, por arte de aquel celo ingenioso, ha quedado convertido en *Seminario Menor*.

Para las cosas grandes, la nimiedad de las cosas más pequeñas, ¡el estilo de Dios! El pesebre para salvarnos, los dos palos de una cruz para redimimos y la blancura mínima y redonda de una hostia para alimentarnos.

Y ese era el estilo de nuestro Arcipreste, al que le atraía el *misterio* de lo chico.

Dulces y perras gordas para construir unas escuelas junto a una Iglesia en ruinas y para un seminario de vocaciones el cuarto de las campanas de una torre de su Parroquia... Y para futuros ministros del

Altísimo, aquellos golfillos desarraigados que hace unos meses apedreaban al Cura...

EL PATRONATO OE APRENDICES

En el curso del año 1909, o sea, al siguiente de estar funcionando las escuelas del Sagrado Corazón, estableció en ellas esta obra, en la que sin pretensiones de algo grande, sencillamente, trataba D. Manuel de tender una mano a los alumnos, que al salir de la escuela y pasar al taller o profesión, encontraban tantas ocasiones de que, malográndose la semilla que la educación cristiana había depositado en sus almas, no diera ésta los resultados apetecidos.

A esta obra llamaba D. Manuel *mi ojito derecho*.

Allí, junto con las clases que ampliaban sus conocimientos y podían serles más útiles para su profesión, se conservaban *cogidos* por el ambiente cristiano de la escuela y el cariño de Sacerdotes y maestros y se formaban para hacer frente a la lucha que les aguardaba para poder conservarse en su vida cristiana, y aún más, ser apóstoles entre sus compañeros.

De esta escuela de aprendices, escribía en “El Granito” del 20 de diciembre de 1914:

“Es una clase esa, la de aprendices, que me hace gozar y sufrir al mismo tiempo. Gozar, porque siguen viniendo y sufrir, porque ¡qué huellas, qué transformaciones va poniendo en sus caras y en sus ojos, de ángeles hasta hace muy poco tiempo, no sé si el trabajo rudo, si la miseria del mal comer y dormir, si el estrago del vicio prematuro o si todo eso junto...!”

* * *

Pero en fin, gozo viéndolos, porque vienen, y, viniendo tengo esperanzas de que la escuela irá echándoles fuera lo malo del mundo o neutralizándolo al menos.

“Lo que hace sufrir y sufrir sin consuelo, es verlos ir y no volver...”

LA GRANJA AGRÍCOLA

Fue otra de las obras de D. Manuel en favor de los niños pobres.

“Soñaba con dar a nuestros niños —escribe— un campo para ellos en donde sin temor a municipales que los apunten, ni a malos ejemplos que los perviertan, saltaran, corrieran, hicieran la instrucción, dieran clase, aprendieran a labrar la tierra...

Pero me objetaba yo mismo: ¡si yo no sé una palabra de agricultura; si no tengo una peseta libre; si es muy difícil encontrar un huerto cerca de la ciudad...! si... y seguía echándome una letanía de dificultades con el sano propósito de despertarme de mi ambicioso sueño. Y no pudiéndolo conseguir, me limitaba a esperar y a recomendar a nuestros niños que pidieran por su huerto...

El primer viernes (de octubre de 19081, (¡primer viernes tenía que ser!) se me presenta un amigo, proponiéndome el arrendamiento de un huerto de unas siete fanegas, lo más próximo a Huelva que podía esperar.

Oír al amigo, ver el huerto en compañía de los chiflados, y hacer en firme el contrato de arrendamiento, fue cosa de poquísimo tiempo.

Y como gracias a Dios ninguna de nuestras obras es mora, antes que en ninguna otra cosa se pensó en el bautismo de la criatura.

¿El nombre? Ni que decir tiene, dadas nuestras cordiales relaciones con el AMO: GRANJA AGRÍCOLA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS...

La noticia de la adquisición del huerto, más que correr, había volado por todos los ámbitos de nuestra población escolar y no se visitaba una clase o grupo de escolares en los que no se oyera ésta o parecida pregunta: ¿Verdá usté que ya tenemos el huerto? y a las afirmativas del interrogado sucedían saltos, gritos de alegría, frotación de manos y un sin número de planes de lo que cada cual iba a hacer, expuestos y desarrollados en medio minuto, y más que con palabras, con las demostraciones de los ojos, de las manos, de los pies y de todo el cuerpo.

No era posible retrasar el ansiado instante de que los nuevos labradores vieran su huerto y tomaran posesión de él, y el sábado, 24 de octubre, se fijó la siguiente orden del día en cada una de nuestras cinco escuelas:

“Mañana, bendición de la Granja del Sagrado Corazón. A las dos de la tarde, todos estarán en el patio de la escuela central.”

¡Y cualquiera faltaba! A las dos y media tenían que ver las calles de Colón, Fuente, San Pedro, San Sebastián; dos interminables filas de niños y niñas de nuestras escuelas diurnas y del Catecismo y de mocitos y

mocitas de nuestras escuelas de adultos y adultas, llevando por cabeza las bandas de cometas y tambores, por pies la música de nuestra escuela, en medio un carrillo cargado con ocho arrobas de peros de la sierra, dos fanegas de castañas y dos arrobas de higos, y a los lados, grupos de maestros, maestras, familias y amigos y por balcones y puertas, un sin número de caras asomadas entre extrañadas y alegres, al contemplar aquella inesperada y simpática procesión.

** * **

Dado el toque por el cornetín de órdenes, reuniéronse ante la fachada de la casita del huerto.

¡Iba a descubrirse la imagen del Amo! y en medio de la muchedumbre entusiasmada, de vivas y gritos ensordecedores y de los acordes de la Marcha Real, ejecutada por las tres bandas, y de los resplandores del sol de medio día y de las esplendideces de un hermoso día otoñal, apareció una gran placa de esmalte con la imagen dulcísima y querida del Amo nuestro.

Recitadas las oraciones de ritual, fue el sacerdote rociando con agua bendita y con los innumerables ¡vivas! de los niños, aquellos prados...

Después del bautismo, el remojón; ¿pero quién le ponía los cascabeles al gato? o ¿quién era el valiente que se atrevía a hacer un reparto equitativo entre aquella muchedumbre inquieta, desperdigada y bulliciosa?

Gracias a Dios hubo para todos y aún hubo que guardar las sobras como en el milagro del Evangelio.

Mientras tanto, la banda infantil se despachaba a su gusto, tocando y retocando las piezas de su aún escaso repertorio.

¡Qué cuadro tan pintoresco y animado...!

Y terminó nuestra fiesta como terminan y empiezan nuestras obras; en ti Sagrario. A él fuimos y ante Su Divina Majestad manifiesto rezamos agradecidos y de El recibimos la bendición que alienta y conforta.

LAS BANDAS DE MÚSICA

El elemento pedagógico de la música no podía faltar en aquellas escuelas ni el corazón alegre y optimista de D. Manuel podía dejar de soñar con dar este medio educativo a sus niños.

He aquí cómo lo cuenta él mismo: “... *Nuestra escuela del Sagrado Corazón acabada de construir hará unos meses, con un superávit negativo (vulgo trampas) de siete mil y pico pesetas... cuenta en el momento histórico presente con tres bandas de música para solaz e instrucción de nuestros quinientos niños pobres y alegría de sus bienhechores y amigos.*

Cuando los chiflados de la escuela (y aunque aquí hable D. Manuel en plural, habla más bien de sí mismo) nos recreábamos in mente en verla funcionar, siempre la

imaginábamos rebosando de chiquillos, todo lo pobre que queráis, pero muy limpios, muy alegres y armando mucho ruido, y por medio de metamorfosis mentales presentíamos ese ruido, al principio selvático, armonizado después y convertido en cánticos y acordes musicales; es decir, que siempre soñábamos con el Orfeón y la Banda de Música.

El Orfeón no costaba dinero y se organizó enseguida.

La Banda, ¡Dios mío! ¿quién pensaba en Banda, teniendo que sostener una escuela con ocho maestros, y pagar el pico y no contando más que con las buenas voluntades de bienhechores, muchas veces desconocidos e inesperados?

Y sin embargo, la Banda vino, o mejor, las bandas vinieron.”

El modo tan original como fueron llegando los instrumentos lo cuenta con todo color el Arcipreste en su libro “Lo que puede un Cura hoy.”

“*De mi digo concluye D. Manuel, que cuando voy con los niños a la Misa parroquial (aún lo recordamos muchos de los que le vimos marchar aquellos domingos al paso de sus chiquillos por las calles de Huelva, desde la escuela a la parroquia), o a paseos escolares o a alguna fiesta, casi no quepo en la sotana de satisfacción, y lo que a mi me pasa sé que le pasa a más de cuatro y a más de cinco. Es mucho lo que entusiasmo aquella turba de musiquillos con su pito debajo del brazo y su “Corazón de Jesús” sobre la visera de sus gorras y en el marco del ¡bombo! ¡Hasta a los mismos indiferentes llegan los chispazos de entusiasmo!*

Muchas veces he podido comprobar el efecto buenísimo que aún entre la gente recalcitrante obra nuestra musiquilla.”

Otro de los fines apostólicos que tenía la banda era la de promulgar la Catequesis y la Misa parroquial.

“*A las nueve en punto de la mañana salen los centenares de niños de las escuelas en correcta formación, con las caras limpias y los trapitos*

de cristianar, *precedidos de su brillante banda de música en dirección a la Parroquia de San Pedro, echando al aire las*

alegres sonos de un pasodoble y presentando a los ojos de los vecinos, que, extrañados, salen a las puertas y ventanas, un estandarte en que, con letras de a palmo se lee: CRISTIANOS, A MISA, LO MANDA DIOS.

Y ¡claro, se oye la música con alegría, se ve a los niños con gusto, se lee con curiosidad el letrero, y muy duro se ha de tener el corazón para no tocarse el pañuelo ellas, o calarse el sombrero ellos y echarse a la calle a acompañar a los niños y recoger aquella invitación hecha tan simpáticamente en nombre de Dios...!” ⁽⁶³⁾

⁶³ “Lo que puede un Cura hoy 8.^a ed., págs. 185-215.

III

Descubriendo a D. Manuel Siurot

Está tan unido el nombre de Siurot a las escuelas del Sagrado Corazón de Huelva, que, aunque brevemente, es necesario hacer un poco de historia al llegar a esta parte de la vida de D. Manuel González.

Es demasiado conocido, no sólo en España sino en el extranjero el nombre de Siurot para que nos detengamos en dar a conocer a este hombre insigne, cuya interesante biografía ya ha sido publicada ⁽⁶⁴⁾.

Nos limitaremos, por esto, solamente a recordar sus relaciones con el Arcipreste de Huelva y con las escuelas del Sagrado Corazón.

La Providencia unió a estas dos almas. Al conocer a D. Manuel, quedó Siurot conquistado por el influjo personal de aquél. Y a su vez el Arcipreste, que veía las excepcionales dotes de Siurot y la gloria que podía dar al Corazón de Jesús poniéndolas a su servicio, lo hizo colaborador suyo en las obras de acción social católica que emprendiera en Huelva, al mismo tiempo que iba conduciendo su alma hacia las alturas de la vida sobrenatural.

SU ENCUENTRO CON SIUROT

Las simpatías personales de ambos, sus corazones ardientes, sus imaginaciones tan vivas, sus inteligencias tan vastas y hasta su gracejo andaluz establecían tantos puntos de semejanzas que parecían destinados a refundir sus dotes excepcionales para una empresa tan providencial como la que el Señor les tenía reservada.

⁶⁴ “Siurot, por J. Monge y Bernal. Establecimientos Cerón, Cádiz, 1942. Nació D. Manuel Siurot Rodríguez el 1 de diciembre de 1872, en La Palma del Condado (Huelva). Murió en Sevilla el 57 de febrero de 1940, en la paz del Señor.

Empresa a la que se entregó D. Manuel Siurot tan por completo, que llegó a renunciar al ejercicio de su brillante carrera para hacerse maestro de niños pobres por amor al Corazón de Jesús.



S. Manuel Siurot

He aquí cómo el Arcipreste, en el prólogo que puso al libro de Siurot “Cada Maestrillo”, habla de la entrega del joven abogado a las escuelas—, *“El ha dado a loa escuelas de niños pobres su diaria asistencia personal a la clase, como si fuera un maestro de plantilla, y con esa asistencia ha dado y da a sus niños toda su inteligencia de genio (y ahora que se fastidie su modestia y se ejercite en acciones de gracias a Dios) todo su corazón, y me consta que lo tiene grande de verdad, toda su imaginación de poeta delicado y creador, toda la paciencia de su alma, naturalmente impaciente, junto con todas las fuerzas de sus pulmones, que no poca se necesita; y hasta todo el gracejo de su carácter andaluz..*

Esa era una de las cosas que yo quería que se supiera por muchos que se consumen en una lamentable ociosidad espiritual, sin saber qué hacer con el talento, con el corazón, con el dinero, con las fuerzas, con los recursos que Dios les ha dado.

Yo tenía mucho interés en presentar a tanto señorito aburrido como anda desperezándose por esos casinos, y dedicados a la triste tarea de matar el tiempo, el ejemplo de otro señorito que supo en buena hora cambiar las ociosidades enervantes del casino por la actividad provechosa de la escuela de los niños abandonados y la triste tarea de matar el don precioso de Dios, el tiempo, en la gloriosa de aprovecharlo para preparar a su religión y a su patria hombres buenos y cabales...

Siurot dio a la escuela del Corazón de Jesús su alma con todas sus facultades y entusiasmos, y su cuerpo con toda su energía; y el Corazón de Jesús ha hecho del alma y del cuerpo de Siurot un pedagogo cristiano de una vez. Así, de una vez.

Veamos ahora cómo cuenta Siurot su vocación en el libro citado.

UN VIAJE A GRANADA Y UN SOBRE CERRADO

Estaba terminando el Arcipreste de Huelva la construcción de las primeras escuelas del Sagrado Corazón en el barrio de San Francisco de la ciudad onubense, y nos dijo un día a todos los que le ayudábamos en su obra: en Granada se celebra una gran asamblea de Acción Social Católica... ¿Quién viene?... La Alhambra, el Generalife, la Vega, Sierra Nevada, la sugestión moruna, Manjón, la asamblea... ¡A Granada!

Allá fuimos un puñado de católicos (⁶⁵).

Desde Sevilla acompañamos al Sr. Obispo, D. Enrique Almaraz, y, como suele decirse, en amor y compañía, hicimos, sevillanos y onubenses, un delicioso y fraternal viaje.

Una tarde, en la asamblea, dijo el Arzobispo de Granada: mañana visita a las escuelas del Ave María.

Al día siguiente estábamos en las escuelas del Sacro Monte todos los asambleístas. Oficiaba la Misa el P. Manjón. Oíanla mil niños y niñas que entonaban cada cual con su papel en la mano preciosas canciones religiosas. Pero, ¡qué afinación, qué buen gusto! Aquello era la civilización, la cultura de todos los niños pobres de Granada.

No sé qué secretas amonestaciones tocáronme en el alma.

Cuando el venerable celebrante llegó al Evangelio, volvióse al concurso y reuniendo en una sola expresión humana al sacerdote del altar con el Maestro de la Vida, al escogido para realizar el incruento Sacrificio, con el llamado para iluminar almas, preguntó a los niños: de la ciencia y de la religión, de la lección evangélica del día y de la unidad aritmética para explicar la unidad de Dios...

El lenguaje era... el de los pequeñuelos... no podía dejar de pensarse que aquél hombre, aquel viejecito lo había hecho todo. De Canónigo se

⁶⁵ Esa Asamblea de Corporaciones Católicas se celebró en diciembre de 1907, con asistencia de varios Prelados y de las más destacadas personalidades especializadas en estas cuestiones sociales.

hizo maestro, de rico se hizo pobre, sí, pobre, hasta no tener qué comer muchos días, y todo por los niños, todo por la ardiente caridad del Crucificado que en Manjón había tomado aquella forma.

Dinero, carrera, prestigio, voluntad, todo lo había dado, todo lo tenía gastado menos el corazón, que era inconmensurable y lo tenía entero...

Se acabó la lección y continuó la Misa. Los niños saludaron a la Virgen con el *Salve, Señora... Salve, Señora*:

Luego nos enseñaron aquellas escuelas, aquellos gráficos, aquellos jardines, aquel sol, aquella luz, aquel amor... Y la Alhambra allí enfrente, testificando todo...

El Arcipreste me pregunta: ¿Qué tiene Vd.?... Y yo le dije: Estoy muy preocupado, D. Manuel.

Y tan preocupado como estaba. Aquella noche la excitación me robaba el sueño. La campana de la vela me dice, de cuando en cuando que el tiempo pasa...

Luego, ya tarde, muy tarde pierdo poco a poco la conciencia y me duermo... Sueño que el P. Manjón, sonriente y con tono dulcemente imperativo, me dice, poniéndome en las manos un sobre cerrado: “No puede Vd. leer lo que va dentro hasta que no se acaben las escuelas que hace ahora en Huelva su Arcipreste.”

A poco el P. Manjón se va... luego, nada.

BENDICIÓN DE LAS ESCUELAS Y APERTURA DEL SOBRE

La Obra admirable de cuya génesis ha sido cronista original y lleno de gracia “El Granito de Arena”, estaba concluida: si hablara con entera propiedad, diría mejor que aún no estaba empezada; pero, en fin, he dicho concluida, refiriéndome a la construcción material del edificio-escuela del Sagrado Corazón, en el barrio de San Francisco (continúa Siurot).

La construcción de maestros y el dinero para sostener las escuelas estaba entonces en el periodo de lo futuro *contingente*. En ese futuro que el Arcipreste había de convertir en presente, estaba entonces escondida la *fama mundial* del Vicario de Huelva...

No hay nada en las calles contiguas a las escuelas que no padezca escándalo en aquella tarde de la bendición de las mismas. Las vecinas parloteaban de lo lindo, que si le han *mandao* el dinero de la Habana; que si los Jesuitas; que si *tó* es trampa (esta versión se *quemaba* por estar muy

cerca de la verdad), que si una vieja *loca* riquísima se lo había *dejao tó*, y qué sé yo...

Cuando llega el Arzobispo suena la muchedumbre como un trueno: ¡Ahí va, ahí va... el Obispo, el Obispo! ¡qué escándalo! ¡qué griterío, qué empujarse para ver... qué ver para chillar!... Estos pobres ignoran por completo que el silencio es una bella arte, que el silencio es el fondo donde se escriben las ideas. ¡qué van ellos á saber...! Ya lo sabrán cuando la obra prospere...

El Arcipreste va y viene con su eterna sonrisa en los labios, pero yo sé que lo fríen por dentro aquel lío y aquella algarabía... Sobre todo las mujeres... Yo he visto en Italia un cuadro que no sé si llaman *Las Brujas o las Arpías*... “D. Manué, que me apunte Vd. ar niño.” “Don Vicario, oiga Vd., que mi Celipito no está apuntao...”

El beso del anillo pastoral produjo aquella tarde más de cien diálogos de pelea, más de cien mil empujones y más de cien millones de ahullidos.

El Arzobispo a fuerza de gritar y enronquecer pudo hacer un mediano silencio. La palabra paternal, cariñosa llena de luz, nos prometía el triunfo, y nos habló el lenguaje de los gladiadores de las luchas del Señor...

Cuando aquella famosa bendición hubo terminado, encontróme al Arcipreste solo en la Iglesia de la escuela y me dijo: “Hermano, esto es horrible. Esa barbarie hay que matarla con maestros que se entreguen con alma, vida y corazón.

¿Dónde están los maestros, Dios mío? ¿Qué sabe Vd. de maestro?”

Conmovióme aquello; miré a la Virgen que está en el altar mayor, hice una breve plegaria y tuve la visión cierta de que se había abierto el famoso sobre, y que decía allí dentro. ¡Los niños pobres te esperan!

En el fondo de mi corazón dije a la Virgen: “Por ti, Madre mía”, y abrazándome al cuello del Vicario, le dije: ¿Me quiere Vd. aceptar por maestro?...

He aquí cómo pasé a ser maestro de escuela siendo abogado, y cómo empecé a conocer la vida conociendo íntimamente sus desgracias y sus proezas. ¿Hice mal? ¿Hice bien? Ya solo sé decir, que los niños pobres me han enseñado el tesoro de la vida, porque Cristo, único tesoro, vive con ellos” (⁶⁶).

⁶⁶ “Cada maestrillo...”, por M. Siurot, p. 17.

LA COSECHA DE AQUELLA SIEMBRA

“Son ya varias las generaciones que han desfilado por aquellas escuelas. En Huelva suman millares los padres de familia, dice un antiguo alumno, que dejaron de ser analfabetos en ellas; muchos les deben su carrera de maestro estudiada en el “Seminario Gratuito de Maestros de la Milagrosa”, que fundó Siurot en el mismo.

“De las escuelas de San Francisco salieron seminaristas que son hoy santos sacerdotes, otros aprendieron a ser buenos telegrafistas adiestrándose en los aparatos Morse, instalados en las clases superiores; no falta quienes son excelentes profesores de la Banda Municipal de Música, por proceder de la Banda de las escuelas de aquella Banda que arrastraba todos los domingos tras de si al vecindario de San Francisco a la Misa mayor de la parroquia de San Pedro. Finalmente, constituyen legión los que figuran como competentes empleados de Compañías Ferroviarias, Bancos, etc., y descuellan en el artesanado y en oficios fabriles” (⁶⁷).

Se acabaron por consunción en Huelva las escuelas laicas y protestantes, ya que sus alumnos pasaron espontáneamente a las escuelas del Sagrado Corazón.

Pero el celo es como el fuego, todo inquietud e impaciencia. No está contento. Queda mucho que hacer. Por aquellos otros barrios del Polvorín ¡hay tantas almas por las que Dios derramó su sangre y a las que no ha llegado ni una salpicadura siquiera de su Corazón!...

El viento de su amor sopla y agiganta las llamas... ¡por los barrios del Polvo

rín tocan a fuego!

⁶⁷ Apuntes de D. Gómez. Huelva. 1940.

Capítulo VI

A la conquista de sus polvorineros

1.º.- *“Por el Barrio del Polvorín.*

Una huelga de novios.

Una cruz sobre el polvo.

La primera noche de Sagrario.

2.º.- *La Colonia del Polvorín.*

¿Y el terreno?

Pagando con Avemarías a un ingeniero protestante.

Un penco que salió trotón.

Ya se acabaron las obras... ¡y los sábados!

3.º.- *Pensando en el porvenir de sus escuelas.*

Religiosas en el Polvorín.

Un apuro y una alegría.

El taller de costura.

“Han llegado las pesetas”

Por el barrio del Polvorín

Y como todo, lector amable, se contagia, no es extraño, que allí, junto al Monasterio de la Rábida, teniendo a la vista el mar de los conquistadores, y el Puerto de Palos de donde zarparon las famosas Carabelas, se llene la fantasía de empresas animosas.

Y nuestro buen Arcipreste soñó con ser también conquistador de aquellas Indias del Polvorín, que hace años descubriera.

¡El Polvorín! ¡El Polvorín! ese nombre le apuñalaba el alma, y era como una herida abierta en su corazón de apóstol... Pero no se podía hacer todo de una vez, había que atender también a las niñas y a las jóvenes obreras que vivían en igual desamparo.

Ya antes de inaugurarse las Escuelas de San Francisco, logró establecer una modesta escuelita en el Santuario de Ntra. Sra. de la Cinta, Patrona de Huelva, a dos kilómetros de la ciudad.

En ella se recogían los niños y las niñas más pobres de aquellos lugares, bajo las miradas y protección del Corazón Divino de Jesús y de la Madre Inmaculada, a los que estaban consagradas las escuelas...

Pero... ¿y sus obreras?... Aquellas jóvenes, expuestas a todos los peligros, sin el peso interior de la conciencia ni el freno de la educación cristiana, del que carecían, juntando a la inexperiencia de los años y al fuego de la sangre, aquel ambiente de corrupción, ¿no le estaban pidiendo a voces que les prestara su ayuda?... ¿Y podía él cerrar sus oídos a estas insistentes llamadas? No.

Un día se dirigió a sus feligresas de Comunión diaria y les dijo. “*El Corazón de Jesús os pide un favor; quiere que toda la que sepa leer su devocionario y escribir una caria y, sobre todo, la que sepa amar a Dios y a la Virgen Inmaculada, se dedique a enseñar a leer, escribir y amar, a muchas jovencitas que no saben nada de eso.*”

Y resultaron unas cuarenta maestras.

Preparado el local en un amplio salón de las nuevas escuelas, presentes las maestras con un poquillo de cortedad, pero con mucha confianza en el auxilio del *Maestro principal*, el Sagrado Corazón, y con la asistencia de un centenar de jóvenes, modistas, criadas, obreras, etc., de más de catorce años, se dio comienzo a la obra, no sin que antes el Sr. Arcipreste hubiera dicho dos palabritas al Sagrado Corazón, Amo y Director de las obras en que él anda, otras dos a las maestras y otras tantas a las alumnas (⁶⁸).

La parte de Dios se había hecho, faltaba la parte del demonio: que no podía faltar en una obra tan *beneficiosa* para él.

UNA HUELGA DE NOVIOS

“Y ocurrió, escribe D. Manuel, que la mayor parte de las alumnas, tenía su correspondiente alumno, y que al llegar cada uno al domicilio de sus presuntas consortes para dedicarse a la tarea de pelar la consabida pava, era saludado con la poco agradable sorpresa de que la pava había volado, ¿a dónde? ¡horror de los horrores!, a la escuela de los curas. ¡No era nada!

Ellos tan guapos, tan libres, tan republicanos, ¡aguantar que una escuela puesta por curas les quitara sus novias! ¡Vamos! ¡Eso era el colmo de los colmos!, y lo bonitos que eran ellos para no pasar por ahí. ¡A la escuela!, y como almas que lleva el diablo y como movidos por una consigna, aparecen rodeando a la escuela varios grupos de mocitos desairados, capaces de hacer cualquier cosa.

Los unos en actitud reservada se mantenían en la acera de enfrente, otros más atrevidos penetraban en el patio de la escuela, y aplicando el oído al agujero de la llave, trataban de indagar lo que dirían los curas y las beatas, no faltando algunos más agresivos que propusieron el entrar a saco en la clase y armar bronca.

Se terminó la clase, se abrieron de par en par las puertas y salieron ellas. Gritos de unos, quejas de otros, cara avinagrada de éstos, o desdeñosa de aquéllos, ese fue el recibimiento.

La escena tenoril se repitió cuatro o cinco noches más, hasta que por el testimonio de ellas y por sus propios ojos, se convencieron de que

⁶⁸ Se inauguró la escuela nocturna de adultas el 7 de enero de 1907 en un salón de las Escuelas del Sagrado Corazón, entonces aún en construcción, en el barrio de San Francisco (v. “Lo que pus de un Cura hoy”, 8.^a ed., p. 167).

aquellas beatas (el cura no aparecía más que una vez a la semana para dar una conferencia general de Religión) habían tomado en serio el hacer felices a sus futuras consortes y que ellos resultaban tan favorecidos como ellas.

Y desaparecieron los huelguistas, y ya se ha dado el caso, de algunos que van o suplicar a las señoras que admitan a una muchacha que ellos conocen.”

El fruto de esta Escuela a la que asistían un centenar de jóvenes por término medio, fueron no pocos; para las alumnas, además del conocimiento de las nociones de instrucción primaria, el conocimiento más valioso de todos, el de Dios y su santa Doctrina. Muchas de esas obreras no hablan hecho su primera Comunión, no pocas desconocían hasta la señal de la Cruz; a los dos meses de escuela comulgaron todas; efecto de esta Comunión, *bien preparada y bien digerida*, fue la transformación del carácter de aquellas jóvenes; la alegría de sus caras indicaban que ya eran de Cristo.

Muchas perseveraron y no pocas llegaron a ser de Comunión diaria.

Para las maestras no fue tampoco escaso el fruto, pues este entrenamiento en una obra de apostolado que hasta entonces no habían practicado, dio solidez a su piedad, haciéndola *activa y difusiva*.

Ahora ya llegó el momento de soltar las amarras de la carabela de su impaciencia... Desde el puerto del Sagrario ¡a conquistar para Cristo las tierras *lejanas* del Polvorín!

UNA CRUZ SOBRE EL POLVO

“Hay en Huelva escribía dos barrios apartados del centro de la población, barrios que, por el estado de prosperidad de aquella, cada vez se hacen más populosos; pues bien, en esos barrios, Las Colonias uno, y el Polvorín otro, no hay iglesia ni escuela; se conoce que aquello pertenece al mundo civilizado, porque están establecidos allí dos puestos de la Guardia Civil.”

¡Qué honda pena debió producirle aquel abandono material y espiritual de aquellos sus humildes feligreses!

Una tarde, cuando contemplaba las miserables casuchas agazapadas en la tierra o arrebuajadas sobre las cuevas terrosas de “los cabezos”, sus

ojos llenos de indecible congoja, sorprendieron que de entre aquel montón de miseria no se elevaba a los Cielos ni una torre ni una cruz.

Se le nubló la mirada y, poniéndose casi de rodillas; trazó con su mano una cruz en el suelo y volviendo hacia ella los ojos exclamó; *Corazón de mi Jesús, que no cese yo de trabajar un momento hasta que esta cruz se vea...*

El viento, las pisadas del primer viandante, borraron aquella cruz, quizás en la misma tarde en que fue trazada. Pero pronto se alzaron cruces y torres sobre aquellas miserias del Polvorín. Cruces con los brazos abiertos como los del Amo bendito y su Arcipreste, para abrazar a aquellos humildes que también eran sus hijos...

Y comenzó lo que él llamaba *“la penetración apostólica del barrio”*, enviando Por allí en febrero de 1908 a un grupo de jóvenes piadosas de su parroquia. *“Cargados sus bolsos de medallas, escapularios, placas del Sagrado Corazón y cartillas para enseñar a leer, y llenos sus corazones de ganas de hacer amar al Sdo. Corazón a todos los vecinos del populoso barrio, tomaron posiciones en la habitación que una amable vecina les prestara, colocando en lo alto del portón una placa del Corazón de Jesús y recorrieron las calles y las casas preguntando a todo el que encontraban, grande o chico: ¿quiere usted aprender a leer?”*

¿Qué tenía este hombre de Dios, que sabía poner en movimiento las almas, devorándolas en las llamas de su celo inquieto y ardiente? Ya tiene catequistas, ya tiene *iglesia-escuela improvisada*: unas habitaciones que una buena vecina prestara a aquellas heroicas maestras. Allí se deletrea la cartilla, se reza y se canta. Hombres, mujeres y niños rebosaban por las salas, el zaguán y hasta el corral de la casa... Y siempre a la despedida, aquel grito de sus almas hambrientas, ¡que vuelvan pronto!... Ya no caben, no hay donde colocar más gente... Entonces D. Manuel escribe:

“Decidme, ¿no es verdad que debe sufrir mucho un pescador que tiene que tirarla pesca abundante de su red porque no tiene donde guardarla?”

¿No es verdad que debe sufrir mucho un labrador, que por no tener graneros tuviera que abandonar el fruto de una abundante cosecha?

Deben sufrir mucho, ¿verdad? Pues mucho más sufre un alma que quiere de veras al Corazón de Jesús cuando no tiene un granero o un rincón en donde poder ir recogiendo las almas que Aquél le va preparando en su era o echando en su red.

Sí, se sufre mucho viendo aplicadas aquellas palabras de la escritura: “Los pequeñuelos pidieron pan y no había quien se lo partiera.” (Thren 4, 4) Y suena entonces la hora de hacer locuras.

Y se presenta uno a un señor que tiene una casa bastante grande y desalquilada en el Polvorín y le dice: ¿me arrienda usted por ahora sus almacenes del Polvorín?

El dueño presenta buena cara, entra en negociaciones, se plantea un arreglo de la casa para el fin a que se destina, se ultima el trato y se manda albañiles para que hagan de aquélla dos salones de escuela de unos setentas metros cuadrados cada uno, una capilla de una extensión aproximadamente igual y que puede ampliarse cuando convenga con los salones anteriores, unas cuantas habitaciones para el capellán y los maestros y un patio regular, y tenemos en planta ya las tan deseadas escuelas e iglesia del Polvorín

—Padre, decían a unos sacerdotes que visitaban las obras de reparación de la nueva casa, unas muchachas del barrio, —Padre, dígales usted a los albañiles que acaben pronto, que tenemos prisa.

No solamente esas muchachas, sino la mayoría del barrio (y este deseo de escuela e iglesia puede decirse que fue el primer don de Dios), tenían prisa Por ver concluida la casa.

Con estas disposiciones por parte del barrio y con las que siempre tenían aquellos “chiflados” pera toda empresa en que entrara el Amo, fácil es suponer cómo fueron las fiestas de la inauguración... ¡Imposible resultaba para el Arcipreste y sus coadjutores encauzar aquel desbordamiento de entusiasmo y de amor...! (⁶⁹).

En esas escuelas estableció además D. Manuel una clase dominical para las muchachas del barrio y una nocturna para obreros, a la que asistían unos ochenta muchachos.

En aquel edificio, estilo misión, y por un procedimiento que sólo el Corazón de Jesús conoce —escribía D. Manuel tres años más tarde, en 1911, cuando ya aquella Obra había tomado mayores proporciones aún—, durante dos años y pico se reunieron todos los meses unos setenta duros, que hadan falta para pagar maestros material y alquiler, y esos duros se fueron convirtiendo en semilla de educación cristiana para unos cien niños y niñas, y de enseñanza y recuerdos cristianos para aquellos pobres vecinos tan incomunicados hasta entonces con Dios y su Iglesia.

⁶⁹ Véase cómo lo cuenta él mismo en “Lo que puede un Cura hoy”, 8.^a ed., pág. 172.



Escuelas del Sagrado Corazón y del Polvorín

¿Que cómo y con qué se hizo aquella obra?...

Es el mismo D. Manuel quien responde:

“¿Los con qué nuestros? Son muy conocidos y muy acreditados también; por parte de las obras: la oportunidad o necesidad de las mismas; por parte de nosotros, una confianza, sin límites, en el Amo, el Sagrado Corazón de Jesús y por parte de El: una misericordia especial que está ahora manifestando en favor de Huelva.

Júntense esos ingredientes y dará peor resultado el descubrimiento de la deseada piedra filosofal, oro, plata, billetes de Banco, cobre, bancos y carteles para las escuelas, cálices, casullas, misales, imágenes, campanas, sagrario y todo lo necesario para la Iglesia.

Nuestros amigos lo han ido viendo: nos propusimos hacer esta obra sin pedir; íbamos a contentarnos con exponer; expusimos a los que las tuvieran de más una lista de cosas que teníamos de menos, para la iglesia y para las escuetas; y hoy un cáliz, mañana una casulla, al otro día unos

carteles, unas veces de Madrid, otras de Sevilla, de Huelva y hasta de puntos ignorados y enviados las más de las veces por personas desconocidas, por espacio de tres meses hemos ido recibiendo el don y los dones de Dios, y al abrir sus puertas la nueva Casa de Dios y de los niños pobres se presenta a los ojos de todos amueblada y ataviada con pobreza si, pero con decoro y casi sin carecer de nada, quedando sin duda ese casi para que no falte ejercicio a nuestra fe.

Esa es nuestra Obra, o mejor, la nueva obra del Sagrado Corazón de Jesús en el barrio del Polvorín y esa es su historia hasta el día, y esos los medios con que se ha fundado y se sostendrá.

II

Lo Colonia del Polvorín

¿Podía ya descansar tranquilo D. Manuel...?

Dos años han pasado de la inauguración de aquella iglesia y aquellas escuelas, pero su celo no está satisfecho. Por eso, dice:

“El celo es un poquito o un pocazo ambicioso y aun en este caso creo que no era una gran ambición desear para nuestro Señor una casa mayor y no arrendada y para los niños pobres que estaban y los que por falta de sitio no podían estar unas escuelas amplias, ventiladas, con mucho campo, mucho aire y mucha alegría.

Pero... esas ambicioncillas costarían unas cien mil pesetas por lo menos, y sumar esto a los setenta y tantos duros del mes de la otra casa y a los ciento cincuenta de las escuelas del Sagrado Corazón del barrio de San Francisco y a los que cuestan la escuela de la Virgen de la Cinta y la obra de las Vocaciones y la Granja Agrícola Escolar, y las escuelas nocturnas y la propaganda de todos los etcéteras que bajo el patronato y por obra y gracia del Corazón de Jesús vienen funcionando aquí, vamos, aquello no era ya un caso de indigestión, sino un cólico miserere... ¡Cien mil pesetas, Corazón Santo! ¿De dónde, por dónde, en dónde, a dónde...?

Y mientras tanto los maestros que no dejaban de decir al Cura de marras: Mire Vd. que allí no caben tantos niños, que no sabemos qué hacer con tanto niño que pide entrar... Por otra parte el Padre Capellán: Mire Vd. que en aquella iglesia no se puede estar con recogimiento, ni se puede predicar, ni se pueden oír confesiones: como está separada de las clases solo por paredes de lienzo y está tan a flor de la calle, el ruido de los niños de dentro y de la gente que pasa producen una algarabía insoportable.

PAGANDO CON AVE MARÍAS A UN INGENIERO PROTESTANTE

Lo ha contado el mismo Sr. Merry del Val.

“Un día, me dijo D Manuel: *Mire. D. Pedro, yo quisiera que fuera Vd. mi intérprete con el ingeniero jefe (inglés y protestante) a ver si quiere cedernos unos terrenos para hacer unas escuelas que están haciendo aquí falta.*

—Bien —le contesté— ¿y cuántas pesetas le ofrezco por el metro cuadrado?

—Mire: *Vd. le hace ver la necesidad de las escuelas, la obra social que supone... y puede llegar a ofrecerle... unas quinientas u ochocientas Ave Marías... ¡Vaya! ¡hasta mil puede Vd. llegar...!*

No pude disimular la admiración y la risa ante tal salida, presintiendo la derrota y temiendo el momento de verme con semejante proposición ante un inglés protestante y nada menos que queriéndole canjear pesetas por Ave Marías...

Llegó el día. Le hice la proposición del negocio, lo más parecido al deseo de D. Manuel, y cuando le salí con la moneda de pego, soltó una gran carcajada y me dijo: Hecho. ¿Cuántos metros necesita? Y regaló cuantos le pidieron ⁽⁷⁰⁾.

Terminada la conversación, marchó de mi casa. Yo no salía de mi asombro y me temía que al pensarlo se arrepintiera, por lo que dije a mi familia: Yo no veo a ese señor hasta que no se haga la escritura; si pregunta por mí, digan que no estoy.

Al momento suena el timbre. Era el ingeniero. Nos echamos a temblar... Pero él, muy sereno, dice a la criada: “Perdone, se me olvidaba el bastón.”

* * *

Ya tiene los terrenos.

Y ahora se preguntaban todos ¿de dónde saldrá el dinero para edificar esas escuelas? ¡Este hombre está loco! Sí, loco, no se equivocaban, pero estos sublimes locos de amor, son los que han acometido y llevado a cabo las más grandes empresas... ¿El dinero? ¡El Banco del Amo lo facilitará con creces!

Cuando se vive de fe se hacen milagros, que el Evangelio nunca falta: “Si tuviereis fe, como un granito de mostaza podréis decir a ese monte: trasládase de aquí a allá y se trasladará y nada os será imposible” (Mt. 17, 19).

⁷⁰ Diez mil metros de terreno propios de la “Compañía de Minas de Ríotinto.”

Y como su fe era más grande que un granito de mostaza le dijo a aquellos llanos estériles y desnudos: Cubríos de cruces y torres, y palios alegres, y pabellones amplios, blancos de col y de sol para que mis niños pobres jueguen y canten y tocen... Y Lis marismas le obedecieron... y por un milagro de fe y amor florecieron de blancas escuelas...

Tenemos tierra ¡a trabajar! que ya vendrá el dinero, ¿de dónde? ¡nos sobra cielo...! y comenzaron las obras...

Tenía razón D. Manuel cuando decía:

“Si solo con haber empezado a meterse en la obra y escrito unas pocas de cartas y, hecho unas pocas de visitas, el Corazón de Jesús manda la mitad del importe de la obra, haciendo que unos protestantes den el terreno ¿será temeridad mandar trabajar a los albañiles, contando con lo que El vaya mandando cada semana? ¿No sería una tontería y una cobardía insigne no meterse en una obra que se empieza con un empujón de cincuenta mil pesetas?”

Y se pusieron a trabajar unos cincuenta operarios y empezó otro periodo de esta crónica que podía titulan: “Historia de unos sábados.”

Porque ¡valientes sábados, o mejor dicho, valientes mañanas las que precedieron a esos sábados!

Para los primeros hubo cuerda larga; un abnegado señor de Madrid, entonces desconocido para nosotros, fue elegido por el Sagrado Corazón para ofrecer las primicias de esta Obra, y mandó espontáneamente cuatro mil setecientas cincuenta pesetas primero, y varios picos de importancia después...

Con estas pesetas se respiró un poco fuerte los primeros sábados; pero se acabaron ¡ay! bien presto y después, después... sólo el Sagrado Corazón de Jesús sabe lo que se le ha pedido y los resortes que El mismo ha tocado para que esas semanas de pasión tuvieran por remate unos verdaderos sábados de gloria.

Poco más o menos así ha sido cada sábado.

Por la mañana: una visita a la caja, un recuento al céntimo de sus existencias y un suspiro hondo que significaba: ¡faltan trescientas pesetas, cuatrocientas, casi todo!

A continuación: un paseíto por la calle a ver si la presencia de uno levantaba en el corazón de algún olvidadizo un buen deseo; esperar el correo, darse una vuelta por la escuela y decir a los niños que recen para que venga lo que hace falta...

Después: *Un encuentro.* — ¿Vd. es el Sr. tal? —El mismo. —*Esa carta es para Vd.* — ¿De quién? —No lo sé. *Se abre la carta, y se lee escrito en letra de máquina—. El Sagrado Corazón de Jesús no le olvida en sus apuros de sábados, y le envía parte de lo que le falta para terminar la obra del polvorín... textual) y adjunto un billete de quinientas pts.*

Otras veces en vez de la carta anónima ha venido el regalo de un amigo, el precio de libros vendidos de “Lo que puede un Cura hoy” o de productos de pequeñas industrias o de rifas. Pero ni un solo sábado se ha dejado ir al maestro de obras con el bolsillo vacío.”

“El Granito de Arena” se encargaba de exponer las cosas que hacían falta para las nuevas escuelas e iglesias y el Corazón de Jesús se encargaba de mover las voluntades para que mandaran los lectores los objetos o las pesetas necesarias...

UN PENCO QUE SALIÓ TROTÓN

Por cierto que en una de estas listas de “*cosas que hacen falta*” apareció esta nota: “*Como el barrio en donde se proyectan esas iglesias y escuelas está bastante retirado, nos convendría mucho para trasladar maestros, propagandistas y demás personal afecto a las mismas, una tartana o cochecito con su modesto penco; ¿tendrían algunos de nuestros amigos algunas de esas cosas de sobra?*

¡Qué bien nos vendría!”

Al año aproximadamente llegó *el modesto penco* y ya antes había llegado también el cochecito, *pero no vayan Vds. a creer que se ha concedido como se pedía* —escribía D. Manuel—, *que excede en mucho a nuestras modestísimas pretensiones: como que aquello ni es modesto, ni es penco, que es un soberbio caballo fuerte, noble y la mar de apañado para lo que hacía falta.”*

Lo que no sabía entonces el Sr. Arcipreste y ya después solía contar con mucha gracia, es que el deseado animal, resultó que había trabajado en un circo, y estaba tan resabiado que, camino del Polvorín le daba por lucir sus habilidades y hacer piruetas y saltos, con lo que se hizo imposible destinarle al fin propuesto y algún tiempo después hubo que venderlo... y volver a utilizar para llegar al alejado barrio “*el coche de San Fernando*”, a pesar de las molestias y escasez de tiempo y sobra de ocupaciones...

He aquí otro gracioso reclamo de “El Granito de Arena” cuando se hallaba empeñado en estas obras Don Manuel:

...Faltan todavía... así como unas veinte mil pesetas, es decir, unas cuantas libras y arrobas de metal...

Y ¡pensar que hay tanto metal mohoso por ahí de no servir...!

Nota: Nos ofrecemos completamente de balde a quitar el moho a toda clase de metales acuñados, y disponemos de cajas de caudales en donde ni la polilla ni el moho ni los ladrones pueden tocar.

Para informes, el Santo Evangelio.”

Del Santo Evangelio sacaba D. Manuel las *recetas* que tan buenos resultados le dieron para hallar los medios con que hacer sus obras.

Las respuestas del Corazón de Jesús a esta ilimitada confianza de Don Manuel daban ocasión a verdaderas sorpresas, que más bien diríase milagros de su providencia, que si bien se gozaba en poner a prueba su fe en mil ocasiones, luego, como tantas veces pudieron comprobar los que le rodeaban, se lucía dando en el momento oportuno el remedio necesario.

He aquí uno de los innumerables casos en que esto ocurrió.

Era el 31 de octubre de 1911. Se hallaba el Arcipreste escribiendo un precioso artículo para “El Granito” sobre su teoría de la confianza en el Corazón de Jesús y como prueba de lo que decía sobre ella, añade; “...San las diez y media de la mañana y para las cinco de la tarde habré debido pagar a los maestros de los grupos escolares que el Sagrado Corazón sostiene aquí en Huelva; he mirado la caja, ¡qué desastre Dios mío! ¡qué soledad tan espantosa la de su interior!

He contado unas cuantas veces los cuartos que por allí andan y todavía me fallan unas quinientas pesetas, ¿qué hacer para pagar los diecisiete sueldos de esta tarde?

¡Dejarse ir, que ya el Amo de las escuelas vendrá a pagar a sus maestros! ¿quién puede creer que El tan formal y tan bueno, va a quedar por tramposo?

¡Qué sacrilegio!

¿Por dónde va a venir el dinero?..

¿A mí qué me importa con tal de que venga? A mí lo que me toca hoy es contar con que viene y con que pagaré. Ni más ni meno; si lo demás le toca a El.

Acabo de escribir estos renglones y llama a la puerta el cartero.

A pesar de mis propósitos de abandono al dejarme ir, ni he podido reprimir esta pregunta a mi mismo: ¿Vendrá ahí? Sí, señores y amigos

míos, ahí está el dinero que faltaba, ahí está el Amo con el jornal de sus trabajadores ¡ahí está El!

¡Viva el Corazón de Jesús! Un amigo de Sevilla, D. Juan Espina, para que otro no pierda, me escribe, poniendo a disposición de las escuelas las quinientas pesetas.

Y a pesar de que este hecho se ha repetido en esta obra más de mil veces, ¿qué queréis que os diga?, cuando se repite una vez más se aflojan los dedos y apenas puedo escribir y me dan unas ganas de llorar de gratitud y de salir gritando por esas calles diciendo cosas de El y no parar mientras me quede lengua...

Y hago punto aquí, porque con lo dicho y la prueba tan a punto conque lo ha confirmado el Corazón de Jesús creo que basta para demostrar que la confianza en el Corazón de Jesús es el gran tesoro de la acción católica.

¡Y el que dude que haga la prueba!

YA SE ACABARON LAS OBRAS... ¡Y LOS SÁBADOS!

Con unas fiestas inolvidables, fervorosas, de esas que sabía preparar D. Manuel, tan a su estilo, se celebró la inauguración y bendición de la Colonia por el Sr. Arzobispo de Sevilla, en los días 1 y 2 de abril de 1911.

“El Polvorín contaba ya como escribe el Arcipreste con su iglesia de 18 metros de larga por 10 de ancha... con sus cinco amplias clases ventiladas... con sus patios espaciosos para niños y niñas, con sus mapas de alto relieve, con su pozo de agua dulce de diecisiete metros y medio de profundidad y cuarenta y cinco galerías, con su molino de viento para extraer y distribuir el agua, con su azotea de cuarenta metros, con sus viviendas para Capellán y maestros, con su gran campo para sembrar árboles, verduras y flores los mismos niños y un conjunto y un ambiente de alegría, de satisfacción, de esperanzas risueñas que meten al más indiferente unas ganas atroces de hincarse de rodillos en cualquier rincón de aquéllos y decir con el corazón y los ojos rebosando lágrimas—. ¡Bendito, bendito mil veces sea el Amo de esta casa!”

“Los que no han acabado son los sábados célebres con todos sus gajes.”

Enumera a continuación D. Manuel algunas de las cosas que aún no se habían pagado y que se habían tomado “sobre el crédito que goza el

Banco de que se surte el Cura de mi historia —y añade—: el que quiera pagar algunas de estas cosas recibirá el premio del Corazón de Jesús y dará un alegrón al Arcipreste de Huelva.

“Un reparo le han hecho no pocos amigos al Cura en cuestión, en esta o parecida forma:

Y ¿no apretaría Vd. más a la gente, para que diera el dinero que falta dejando paradas las obras? Porque al verla concluida a nadie se le ocurrirá que aquello no está pagado.

Y el interrogado ha respondido invariablemente: “A la gente se le apretaría más dejando esto a medio hacer; pero ¿no les parece a ustedes que al Amo de la obra se le aprieta más terminándola del todo y contando con El y poniéndola desde luego en explotación?

¿No les parece que debe mover más una obra con centenares de niños alabándole y pidiéndole, que con los palos de andamio a medio quitar...?”

“Mi caja de caudales —decía en otra ocasión— por obra de las buenas almas y gracia del Sagrado Corazón, se convierte los sábados por la tarde, después de pagar, en una adivinanza a cuyo pie pudiera ponerse este letrero: La caja; ¿Y el caudal? La solución, el sábado que viene.”

Este espíritu sobrenatural de D. Manuel, esa confianza sin límites en el Corazón de Jesús, no podían quedar defraudados.

La obra terminó y aquellas partidas que aún estarán sin pegar se fueron pagando; y en dinero, en objetos para la Colonia escolar y hasta en animales productivos fueron llegando auxilios para aquella empresa en favor de las cuatro mil almas abandonadas en aquellos polvorineros.

Don Manuel por su parte no perdonó sacrificio ni esfuerzo, por medio de su palabra, de su pluma, de la venta de sus libros y hasta del ofrecimiento del estipendio de sus Misas, para allegar cuanto podía, sin mirar en sacrificios.

En aquel mismo año de 1911 escribía él que le lisonjeaba la esperanza de permitirse, para gloria del Amo y satisfacción de los amigos, el gustazo de poner con letras muy gordas y muy llamativas este versito:

¡¡¡Se acabaron felizmente

Los sábados del Arcipreste!!!

Y por fin, en diciembre de aquel mismo año publicó un artículo chispeante de ingenio anunciando: *¡Una gran noticia! El Polvorín y la*

muerte de unos picaros. Estos picaros eran “los famosísimos sábados del Polvorín que por lo que habían dado que hacer merecían ese título, y al mismo tiempo tan interesantes por el curioso espectáculo que se daba en cada uno de ellos de nacer las pesetas como por generación espontánea del fondo árido de una caja, que pudiera servir de máquina neumática por el vacío tan absoluto de su interior.”

¿Cómo se acabó con ellos? “Esta obra —continúa Don Manuel— se ha hecho sin pedir, ni molestar a nadie, más que al Sagrado Corazón de Jesús, y así quiero acabarla, contando con El ⁽⁷¹⁾.

“Y ahora permitid al cronista que corone sus desahogos cantando el versillo que prometió cantar para cuando perecieran los célebres sábados, y que añada:

*Se acabaron felizmente
Los sábados del Arcipreste,
Confiando noche y día
En el Amo solamente.*

⁷¹ Entre otros donativos con los que se pudo acabar el importe de las obras, menciona el Arcipreste el simpático rasgo de D. Manuel Siurot, que le ofreció el original de su libro “Cada Maestrito...” más el del que estaba escribiendo entonces, “Cosas de niños”, para que dedicara el impute de su venta a pagar el *pico* del Polvorín.

III

Pensando en el porvenir de sus escuelas

Las fiestas de inauguración de la Colonia fueron celebradas el 1 y el 2 de abril de 1911 con asistencia del Prelado de la Archidiócesis.

Un mes después, escribía así el Sr. Arcipreste: *“Gracias al Amo y Padre de la Colonia puedo dar a los amigos unas cuantas noticias.*

El lleno: los chiquillos que han acudido a las nuevas escuelas han sido una bendición de Dios.

Al día siguiente de la apertura de la matrícula un lleno rebosante ocupaba las listas y las clases.

Y ¡qué familia, Dios mío, la que nos ha entrado por las puertas!

A excepción de los niños de la escuelita que tuvimos antes arrendada en el Polvorín, la mayor parte es completamente analfabeta, de todo ¿eh? de lo divino y de lo humano tenemos niños sin bautizar y otros bautizados por los protestantes, los tenemos de la orden de los calzados y de los descalzos, estos en buen número; la habilidad en que muchos de ellos sobresalen es manejar la honda y descalabrar cabezas de transeúntes; también se hace sentir la necesidad de una buena alberca de agua donde se despojen de las costras del hombre viejo y de donde salgan con la limpieza del hombre nuevo. El otro día declaraba uno ingenuamente al Director que no se lavaba más que cuando tenía que ir a Huelva y cuenta que va de tarde en tarde.

Gracias a Dios hay buen fondo, y la disciplina escolar se ha impuesto sin violencias; los niños de la Colonia han tomado ya la marcha de nuestras escuelas. Saludan al entrar y al salir con un “Ave María”, besan la mano del sacerdote, se descubren al paso del maestro por la calle, y los tejados de las casas y de los vecinos no se han visto amenazados con la visita de las piedras.

Prueba de lo que llevo dicho, es el mes de María celebrado en la Colonia. Es un cuadro por demás consolador y simpático ver tanta fila de niños y niñas en tomo del altar de la Inmaculada, que más parece monte

de flores por la abundancia de ellas que ellos mismos le traen, y cómo rezan, los que saben, y cómo le cantan el “Venid y vamos todos” y cómo le dicen sus versitos y diálogos las niñas vestidas de angelitos (no muy auténticos que digamos) y cómo los padres y las madres van cambiando su extrañeza de los primeros días en lágrimas de gozo al oír a sus niños y niñas cosas tan bonitas y cómo la imagen del Divino Maestro que preside este cuadro parece que sonríe y bendice...

Si, señores, la obra de la Colonia escolar del Polvorín da muchas esperanzas.”

RELIGIOSAS EN EL POLVORÍN

A los tres años de funcionamiento de la Colonia del Polvorín, queriendo D. Manuel asegurar mejor el porvenir de aquella hermosa obra de educación cristiana que allí venía realizando, pensó encomendarla a una comunidad religiosa, y providencialmente conoció a las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús (⁷²).

“En aquellas monjitas, mitad maestras, mitad misioneras, y locas por entero de amor al Corazón de Jesús y a los niños pobres”, como él decía encontró las cooperadoras que tanta falta le estaban haciendo para aquel Polvorín tan necesitado. Aceptada por ellas la propuesta de D. Manuel, les preparó éste su fundación en la Colonia polvorinera.

A principios del año 1914, *“un ejército de albañiles, carpinteros, pintores, cristaleros y herreros gastando municiones de la sufrida caja del Amo escribía el Arcipreste ha pasado por allí y junto a las escuelas e iglesia de antes, han construido el pequeño aunque cabal monasterio para las Hijas de Santa Teresa”,* que allí llegaron el 15 de septiembre del mismo año, comenzando su apostólica labor con el nuevo curso que abrieron el día de San Miguel Arcángel.

Decía D. Manuel que el cielo es un poco o un pocazo ambicioso. ¿Quedaría ya esta obra marchando sin dar nuevas preocupaciones y sin los apuros de aquellos famosos sábados... de gloria?

De ningún modo. Aquella obra tenía mucha vida y esto bien lo demostraba su crecimiento. El cielo de aquellas buenas religiosas,

⁷² Las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, fundada por el siervo de Dios D. Enrique de Osó y Cervelló, fueron conocidas por D. Manuel en uno de sus viajes de propaganda, y habiendo ido algunas de ellas a Huelva, a observar los procedimientos del Sr. Siurot, conocieron el Polvorín y aquellas Escuelas.

bendecido por el Corazón de Jesús, iba trayendo y conquistando más y más almas y... había que pensar en otra nueva ampliación.

Y como agradará al lector saborear una vez más el gracejo con que D. Manuel lo cuenta y el espíritu apostólico y sobrenatural que refleja, preferimos sea él quien nos lo diga, y descubra una vez más su alma sacerdotal.

UN APURO Y UNA ALEGRÍA

“El apuro: ¡Que ya no vamos cabiendo! Fue casi la última palabra que me dijo la Madre Superiora del Polvorín cuando me despedía de ella para mi reciente largo viaje por tierras de Marías.

¡Que no cabemos ya! ha sido la primera palabra con que me ha recibido a mi regreso. ¡Que son tantos los vecinos del barrio que están viniendo a nuestra Misa y a nuestros pobres cultos y tantos los que van recibiendo los Santos Sacramentos por vez primera o después de largos años que no caben en la iglesia!

¡Que son tantos los niños y niñas que acuden a nuestras clases que no caben en la escuela! ¡Que son tantas las niñas mayores que nos piden un tallercito en donde hagan el aprendizaje de costura y bordado y eviten así la perversión de sus almas y el malogro y explotación de su juventud, que hace falta, que es urgente poner un taller! ¡Que hacen falta más religiosas que atiendan a él y a las nuevas clases! ¡Que hacen falta utensilios para el taller y que hay que agrandar la iglesia y las clases!

Qué... ¿os parece menudo el apuro en que nos ponen nuestras revolucionarias Teresianas del Polvorín? Más local, más personal, más herramientas... es decir, más dinero.

¡Y la guerra por ahí y por aquí el hambre de los que no tienen, y los desmayos a consecuencia de todo esto de mi caja...!

¿Verdad que el apurito de ese pobre Cura es de los que cortan el hipo?

La alegría: No vayan Vds. a creerse que esta alegría proviene de que me haya tocado el premio gordo o la herencia de algún tío en In días; no, que mi alegría es del todo espiritual.

Es que me he puesto a filosofar un poquito sobre mi presunto apuro y he descubierto ¡oh virtud de la filosofía de los necesitados! que esto en vez de apurarme debe alegrarme y con júbilo extraordinario.

¿Sabes, me decía al oído mi musa filosófica, lo que significa, supone, vale y hace esperar ese no caber la gente ni en la iglesia ni en la escuela? Acuérdate de las veces que te has lamentado ante las “Marías” de esos mundos de Dios, de lo llenas que están en los pueblos las tabernas y lo vacíos que están los templos y los Sagrarios.

Acuérdate de los empujones que tienes que dar a tus feligreses mismos de San Pedro para que te llenen la Parroquia y de lo que te hacen sufrir, porque todavía no te la han llenado.

Acuérdate de las lágrimas que te ha costado ver aquel populoso barrio del Polvorín sin una iglesia, sin una escuela y a sus vecinos tan... satisfechos de no tenerla y tan sin echar cuenta de Dios, ni de su alma, ni de su elevación moral... Acuérdate de aquellos chiquillos que te apedreaban, de aquellas vecinas que se reían de ti, de aquellos vecinos que te miraban con malos ojos y míralos ahora después de seis años de siembra callada en nombre y por amor del Corazón de Jesús, míralos, ahora aquellos hombres y aquellas mujeres y aquellos niños meterse en aquella iglesita y en aquellas escuelas tantos que... ¡ya no caben! ¿Apurarte? ¿Apurarte? ¿De qué? ¿De que han venido...? ¡No! ¿De las pesetas que tienen que venir para ensanchar la casa? ¿Pero crees tú que es más difícil traer pesetas que almas y que el que te ha traído lo más, que son las almas, no te va a traer lo menos que son los miserables ochavos?

Tal me dijo mi musa, o mejor, mi sentido cristiano y tanto me holgué de sus razonamientos que, abriendo de par en par las puertas de mi alma a la alegría más optimista me he puesto a tratar con arquitectos y albañiles y embarcado en la nueva obra de ampliación del Polvorín.

EL TALLER DE COSTURA

Por lo pronto yo, firme en mi propósito de pedir sólo a El y de exponer más que pedir a los hombres, empiezo por exponer la lista de cosas que hacen falta para el nuevo taller de costura del Polvorín” (Pone a continuación una lista de objetos necesarios para esto y termina así): “¿Sobrarán algunas de estas cosas por ahí? Pues ya saben en dónde hacen falta.

Para lo demás, o sea para ladrillos, mezclas, maderas, hierros, jornales, etc., tampoco pido ni molesto a nadie en particular. A nuestros amigos que quieran y puedan les basta saber lo que necesitamos. El Amo y su caridad les harán responder.

Fray ejemplo que dicen que es el mejor predicador quiere también meter su cuarto a espadas en esta obra.

Me han regalado un riquísimo reloj de bolsillo, de oro, de doble tapa, cincelado, de máquina alemana inmejorable.

Como me han dejado en libertad para dedicarlo a lo que quiera y a mí no me pega llevar reloj de oro, y, más que horas, lo que necesito que me den son cuartos, me he resuelto a rifar el reloj y convertir su producto en los referidos ladrillos, maderas, hierros de mi en breve ampliado Polvorín.

Añadiré como segundo, tercero y cuarto premio un colgante de cadena formado por una moneda de oro de 25 pesetas, una pitillera de plata de ley y una pulsera de idem que me acaban de regalar.

He pensado poner la papeleta a peseta con opción a cuatro números y estoy seguro que con las pesetillas de papeletas que saquen los amigos y amigas de “El Granito” entre los suyos y las que vengan de fuera de serie vamos a poner nuestro Polvorín en condiciones de que por bastantes años no vuelvan a decirme el “no caben” de mis apures y de mis alegrías. ¡A que sí!

El Arcipreste de Huelva.”

¿HAN LLEGADO LAS PESETAS?

A los quince días escribió lo que sigue:

“Han llegado... ¿Las pesetas esperadas? No, no, los albañiles con sus palanquetas y sus carros de ladrillos y de arena, cal, yeso, etc., y allí andan echando abajo la pared del templo, para hacerlo más grande, y los herreros levantando una armadura para cubrir un patio de veintisiete metros de largo por diez de ancho, y los rapazuelos y rapazuelas de estricta descalcez rodeando a D. Manué Vicario y cada cual en su tono preguntándole entre limpión de nariz con el revés de la manga y bocado al mendrugo de tumor—, Di usted ¿verdad usted que van a poné aquí ahora una Catreá de Seviya con Girarda y tó..? ¡Iosú, y no lo van a poné bonito ni ná er Porvorín.!

Dise esta niña que usted está podriíto de rico, ¿verdad usted? Pos yo digo que Do Manué no está rico, sino que el Amo le larga la lú.

Por eso dise la Madre que comurguemo mucho pa que venga guita... — ¡Pa qué? — ¡Pos pa este lío...!

¡En plena Obra! O lo que es lo mismo: en plena semana de pasión y esperando de nuevo la repetición de los famosos sábados de gloria.

El primer viernes cuando ajusté ya la obra con el contratista., y llegamos a la cuestión del pago, me dice aquél con una sonrisa muy significativa: Bueno, como la otra vez, los sábados... me daré una vueltecita por su casa... Así es que ya ven Vds. si espero ser favorecido semanalmente.

...Y nada más. Que hay tela cortada para rato con este Polvorín de mis soñadas y en breve realizadas ampliaciones.

La Compañía de minas de Río Tinto, lució de nuevo su generosidad con aquellas escuelas, concediéndoles unos quinientos metros cuadrados de terreno que hacían falta para la ampliación realizada y el dinero necesario para cercar con una tapia los terrenos cedidos.

Y ya en octubre de 1915, en la ampliada iglesia y escuelas, completados por un gran salón taller para la hermosa obra post escolar de preservación de tantas almas expuestas a mil peligros al salir de la escuela, se celebró la fiesta de Santa Teresa con la inauguración, entre otros actos, de un Patronato de Obreras del Sagrado Corazón de Jesús, para proporcionar gratuitamente enseñanza doméstica y de oficios varios a las alumnas procedentes de las escuelas católicas de Huelva que hubiesen cumplido catorce años.

El Amo se había encargado de mover algunos corazones y las cuarenta oficiales primeras ya contaban con sus siete máquinas de coser y de punto, utensilios y materiales de labores y oficios para no sólo aprender, sino poder trabajar y ganar el sustento...

Aquel mismo día quedó fundada también una Caja Dotal para las obreras y una Mutualidad escolar, con sus estatutos respectivos. ¡Admirable floración de aquella obra comenzada hacía siete años en un portal prestado del barrio del Polvorín!

Con la inteligente y abnegada dirección de las religiosas, aquel plantel de jóvenes, dio preciosos frutos.

Hoy, ya son innumerables las familias cristianas formadas por aquellas jóvenes de las que no sólo salieron madres cristianas, sino hasta fervorósísimas religiosas.

Y todo se hizo abriendo un crédito de confianza y abandono inmenso en el Banco de las añadiduras, ¡el Banco del Amo, que nunca quiebra!

¿Verdad que llevaba razón el Arcipreste?

Capítulo VII

Estos son mi madre y mis hermanos

1.º.- *El apóstol de los pobres.*

En las cuevas del Carnicero.
Pidiendo limosna por amor de Dios.
Después de la huelga.
Amortajando a un virulento.
Acogedor de perseguidos.

2.º.- *Los compañeros del camino...*

Historia de una pasionaria.
D. Fernando Díaz de Gelo.
El Maestros D. Andrés Manjón.
Su puesto en lo vida oficial de la ciudad.
La conquista de un brindis.
A pesar del Gobernador.

3.º.- *En el piso del “Paseo del chocolate.”*

¿Qué es de nuestra D.^a Antonia?
La casa de todos ¡hasta de la seña Pepa!
Muerte de su madre.
¡El Corazón de Jesús se la llevó!

El apóstol de los pobres

Pobrecillos los pobres, ¡despiertan tan poco interés a su paso por el mundo!..” ⁽⁷³⁾. Con esta frase sencilla y hermosa condensaba todo el tesoro de compasión que encerraba su alma para los pobres.

Donde quiera que se anidara la pobreza, allá le estaba su compasión empujando. Unas veces será el lecho de un enfermo, otras un niño ojeroso y hambriento que se tropieza en la calle, o un pobre obrero lanzado por manos criminales a una huelga que se lleva la paz del hogar y el pan de los hijos...

Y como al amor no hay quien le ponga barrera, hasta a las cuevas de los gitanos caminará compasivo... ¡También ellos caben dentro de su corazón!

EN LAS CUEVAS DEL CARNICERO

Pensativo y triste andaba cierto día. Algo que le preocupaba en extremo, le había arrancado de los labios la sonrisa. Aquella tarde al salir de su parroquia de San Pedro, su corazón late con más violencia y sus pasos más ligeros que de ordinario se pierden por las calles como si tuviera más prisa que nunca por llegar...

¿A dónde? En la falda de los “cabezos”, aquellos montículos que dominan a Huelva, está la Cuesta del Carnicero, un grupo de cuevas excavadas en la tierra donde moran los gitanos.

Ha llegado a las puertas. Va solo. Los gitanos, sorprendidos por aquella visita extraña, se esconden en el fondo de sus hórridas viviendas. Y por más que D. Manuel se esfuerza por atraerlos con frases de cariño y campechanía, la prevención y extrañeza de los gitanos no desaparece. Ni el entendía aquel lenguaje, ni ellos las palabras del ingenioso apóstol. Aquella tarde fracasó; había que repetir la visita y ganar palmo a palmo su

⁷³ “Apostolados Menudos”, 1.ª serie; 3,ª ed., p. 88.

confianza. El Arcipreste se dedicó a buscar en el *léxico faraónico* las palabras que mejor pudieran entender aquellos pobres gitanos y bien pronto, aprendidas y asimiladas, volvió a las cuevas con golosinas para los “churumbelillos”, y limosnas para los necesitados.

Atraídos por las chucherías y por la sonrisa del Padre Cura, iban saliendo de sus guaridas; y como la visita se repitió diariamente durante una temporada, acabaron por salir todos de los escondrijos, donde se agazapaban los primeros días, tan pronto como veían asomar la sotana.

Establecida ya la corriente de simpatía, no tardó en conquistarse la confianza y el cariño de sus catequizandos.

El resultado de estas visitas pastorales fue que los gitanos en su gran parte adultos, recibieran las aguas del bautismo, que se casaran como Dios manda, que aprendieran a rezar y a querer al Corazón de Jesús, que fueran a Misa todos los domingos y no pocos llegaron a frecuentar el camino del Sagrario.

El Sr. Arcipreste tenía prisa por bautizar y casar a aquellos infelices para que vivieran en gracia Je Dios, y cuando los juzgó convenientemente dispuestos les ofreció no cobrarles los derechos del arancel, si lo hacían dentro de un tiempo prudencial que él les señaló, ya que por otra parte casi todos eran pobres de solemnidad.

Muchos, se acogieron a la generosidad de D. Manuel; pero había un herrero de oficio, que no bautizaba a su hijo, no obstante ser ya éste tan crecido que podría ir por sus pies a la iglesia. El herrero se excusaba siempre con que tenía mucha faena y no podía dejar el trabajo.

Don Manuel le reconvenía paternalmente su conducta hasta que un día se valió de una traza ingeniosa para que el bautizo se celebrara, en ocasión de llamar él al herrero gitano, para confiarle un chapuz de su oficio.

Buscados los padrinos, gitanos también, se le hizo un bautizo de *rango* y aquellos se permitieron el lujo de “echarle capa y órgano.”

Terminado el acto, pasaron a la sacristía donde abonaron los derechos: treinta reales, que fueron contados en ochavos. Don Manuel los recogió, los guardó cuidadosamente en un sobre, y a los pocos días entregó el sobre con los treinta reales al padre del nuevo cristiano, cuando le terminó el trabajo encargado, no sin abonarle además el importe del chapucillo (⁷⁴).

⁷⁴ Apuntes de D. Gómez. - 1940. Huelva.

Ni que decir tiene que el herrero ya no olvidaría a aquel Padre Cura *todo* caridad, que supo mansamente, llevar un rayo de luz divina a su alma y el calor de su cariño al corazón.

Ahora es otra angustia la que le oprime su alma, que haciendo propias las miserias ajenas, siempre está en cruz sufriendo con todos los que sufren.

Pero esta pena es más honda. Son sus niños pobres expuestos al horror del hambre...

PIDIENDO LIMOSNA POR AMOR DE DIOS

Están en huelga los mineros de Ríotinto. Con las copiosas lluvias de aquel invierno espantoso de 1913 se han inundado los campos, y el Odiel y el Tinto (aquellos dos ríos que en Huelva se abrazan antes de morir en el mar), rompiendo los cauces, con sus agujas rojas de mineral han cubierto las marismas en un diluvio, que parece de sangre... Todo se ha juntado: la ira del cielo y la mutua incompreensión de los hombres para recargar de tintas negras aquel cuadro trágico...

Paralizadas las minas, entregado a un forzado ocio, tenso de ocultos rencores el innumerable ejército del trabajo, en luchas encontradas los intereses, soliviantada la opinión, alarmadas las autoridades, era de temer un choque rudo y bárbaro de lamentables consecuencias.

Pronto, cegadas las fuentes de la riqueza, la miseria hizo presa en la ciudad y se vio el horrible espectáculo de miles de niños expuestos o morirse de hambre.

Aquello era terrible como una pesadilla dantesca. Cuadrillas de obreros por las calles, torva la mirada y arrugado el ceño, en un silencio meditativo y rencoroso; pléyades de mujeres pidiendo, y un hormiguero de niños por todas partes, tristes, con la huella del hambre en sus caritas de cera...

¡Diecinueve mil obreros sin llevar un jornal a su casa durante cuatro meses! ¡Qué cuatro meses de huelga!

Nuestro Arcipreste, hondamente conmovido al ver pálidos los rostros de los niños, sin alegría y sin pan, tomó la pluma y en unas líneas que parecen escritas con lágrimas hizo un llamamiento al corazón caritativo de la ciudad.

“El hambre en Huelva”: Así titulaba aquel grito de alarma: “Con síntomas horribles amenaza a nuestra ciudad una gran hambre.

Ciudad eminentemente obrera, ve cegadas sus fuentes de vida con la ya larga huelga de Ríotinto, las inundaciones de sus campos y el enojoso pleito con los portugueses sobre la pesca.

Ante situación tan precaria, que está llevando la desolación a tantos hogares, y sin prejuzgar cuestiones sumamente delicadas y que exigen serenidad y prudencia exquisitas, creo de mi deber excitar, aunque creo que no lo necesitan, la caridad y el celo de los reverendos sacerdotes y buenos católicos de Huelva en favor de tanto hogar triste y desvalido.

Por lo pronto y atendiendo a lo que me ha parecido más urgente, he autorizado a los directores de nuestras Escuelas del Sagrado Corazón, pobladas por niños obreros, para que den vales de comida a todos los niños de quienes sepan que pasan hambre en sus casas ⁽⁷⁵⁾.

La divina Providencia, acudirá como siempre, en auxilio de mi pobreza.

Que el Corazón de Jesús, Padre de ricos y pobres y Autor de todo acierto, lo ponga en las soluciones de los llamados a resolver estos problemas, y destierre todo apasionamiento que retrase el reino de la paz y de la justicia.”

Y se abrieron de par en par para los niños hambrientos los comedores de sus Escuelas. Para todos sin excepción, que de todos se sentía él padre y los padres no guardan preferencia en la hora de acercarlos a la mesa, con ninguno de sus hijos...

Pero la gran caridad no es solo el dar, es más difícil el *darse*, el entregarse en alma y cuerpo al servicio de los pobres y D. Manuel se entregó de lleno. Venciendo la repugnancia interior que supone el ir pordioseando de puerta en puerta, se lanzó a la calle y acompañado de unos caballeros recorrió la ciudad como un mendigo pidiendo limosna para aquellas víctimas inocentes.

Hasta en aquellos obreros envenenados, víctimas también de los ocultos manejos de inicuos explotadores, encontró un eco aquella voz dolorida...

⁷⁵ En la Cocina Económica a cargo de las Hijas de la Caridad se servían las comidas y llenaban los pucheros que llevaban para los que preferían comer en sus casas.

Un día llegó a sus manos ¡el gran donativo! Dejemos que él mismo nos cuente este bello rasgo de heroico desprendimiento: *“Los obreros de la Compañía de Ferrocarriles de Zafra a Huelva me han entregado para los niños hambrientos ciento setenta y cinco pesetas y ofrecido setenta y cinco más reunidas espontáneamente a real y a dos reales entre todos.*

Os aseguro que al tocar mis manos aquel dinero que ofrecía el sacrificio de la pobreza abnegada al hambre de la inocencia por manos del sacerdote, sentí estremecerse mi alma con una de las emociones más intensas de mi vida.

¡Qué cristiano, qué bello, qué intensamente social es ese quitarse el pan de cada día para darlo a los niños que no tienen pan ninguno y ese buscar la paternidad espiritual del sacerdote para que sea él quien distribuya el pan para el cuerpo como distribuye el pan del cariño y de la educación del alma!”⁽⁷⁶⁾.

Hasta que pudo respirar un poco de aquel penoso agobio... Al final del lógico mes de noviembre la Compañía de Ríotinto, comprensiva con las justas reclamaciones de sus mineros, llegó a un acuerdo con ellos y terminó la huelga. Pero el problema, aunque no en tan grandes proporciones, seguía en pie.

A causa de aquellos meses inactivos, de las inundaciones, de los enormes desperfectos causados en los hornos de la fundición y en los vapores del transporte, los obreros no pudieron en su totalidad ser admitidos de nuevo al trabajo.

¿Qué suerte correrán ahora los hijos de estos mineros en huelga forzada de brazos caídos?

Don Manuel, con una valentía heroica y una confianza ciega en aquel Dios que viste de hermosura a los lirios del campo, y da de comer a las avecillas del cielo, aborda el problema y de nuevo plantea su rápida solución...

DESPUÉS DE LA HUELGA

Toma de nuevo la pluma y escribe: *“¿Qué queda? Una calamidad no tan extensa en el número de víctimas pero sí más intensa en los estragos.*

⁷⁶ “El Granito de Arena”. - 1913; números del 5 y 20 de noviembre y 5 de diciembre.

He dicho que no han entrado a trabajar todos los obreros. Y añado que más de la mitad quedan todavía sin entrar.

Y ahora la situación es peor, después de dos meses sin ganar jornal, ya no hay tienda de comestibles que les fíe, ya no hay prendas que empeñar, ya no hay vecinos que suplan.

¡Pobre mes de diciembre el que espera a estas pobres familias!

¡Qué caras de madres veo todas las noches y todas las mañanas desfilar por la sacristía de mi parroquia!

Mujeres de color terroso, de ojos hundidos, de voz apagada, ¡cómo se ve asomar la tisis por aquellas pobres caras!

Y traen muchas en brazos sus niños pequeñitos que lloran cansados ya de buscar en vano el jugo para sus vidas en aquellos pechos secos... no traen mantón ¡lo han empeñado! y todas ¡qué cosas cuentan, Dios mío!

¿Qué hacer? Pues darles comida para sus hijos y para ellas... ¿Hasta cuándo?

A los que me han hecho esa pregunta les he respondido, después de hacerles ver este cuadro. ¿Vd. cree que el Corazón de Jesús puede querer eso? ¡Con lo que El quiere a los niños y a los pobres!

¿Puede un sacerdote o cristiano, sentarse tranquilo a comer sabiendo que hay niños colgados de pechos enjutos por el hambre?

¿Verdad que no?

Pues entonces que sigan viniendo.

¡Que el Corazón de Jesús que tengo vivo en mi Sagrario ya me irá dando!"

Y le dio, y le seguirá dando, que en generosidad no hay quien le iguale. Cuando un alma se abandona en los brazos de su Providencia, El queda obligado a todo ¡hasta a hacer milagros!

Y con milagros de caridad se salvaron aquellos niños de Huelva.

Pero no sólo esto, sino que sus padres, aquellos obreros que unos años antes volvían la cara a otro lado cuando encontraban en la calle al Cura, ahora lo buscan agradecidos.

Regresaba D. Manuel del Polvorín por el camino que cruza por la estación. Un tren está llegando. Es el primer tren de Ríotinto, que circula después de la huelga, y viene abarrotado de obreros.

Ver ellos al Arcipreste y correr a su encuentro, apenas se para el tren, fue todo uno.

Le rodean, quisieran decirle tanto...

“Don Manuel, ¡es Vd. el hombre más grande!...”

Y aquellas voces roncadas de los mineros se anudan en sus gargantas.

Estrechan las manos del Arcipreste... se las besan... ellos, los que no podían ver al Cura, los padres de aquellos niños salvados del hambre por la caridad del Sacerdote de Cristo...

Después de los niños, eran los enfermos los mimados de su caridad. Todos los días dedicaba las primeras horas de la tarde a visitarlos; los socorría, les llevaba el consuelo de la resignación cristiana y entre sonrisas y palabras de aliento, procuraba conquistar para Dios aquellas almas que estaban tocando los dinteles de la eternidad...

Como una madre, no rehúsa prestarles los más heroicos y repugnantes servicios.

AMORTAJANDO A UN VIRULENTO

Acaba de entrar de la calle D. Manuel, viene tan impresionado, que apenas él tan bromista, ha despegado aquella mañana los labios.

Tome Vd. —le ha dicho a su madre—, y cuelgue esta sotana en la azotea al aire y al sol.

Su madre querida la tomó entre sus manos, no sin antes preguntarle:

—Pero ¿qué te ha pasado, hijo?

—*Nada, no es nada...* Y no hubo quien le arrancara el secreto de aquella muda repentina de ropa, hasta que muchos días después se enteraron de este hermoso acto de caridad.

De madrugada le habían llamado para asistir a un moribundo. Era éste un militar atacado de viruelas. Tan grave y contagioso era su estado, que sus familiares, abandonándolo, le habían dejado solo con su asistente.

El buen párroco, a pesar del mayor peligro de contagio por haberse vacunado él aquel mismo día, al ver este cuadro horrible no se limitó a sólo administrarle los Santos Sacramentos, sino que se quedó allí acompañando en su lastimosa soledad al pobre abandonado...

Después de una larga y penosa agonía expiró y ayudado de su asistente amortajó el cadáver, le acompañó al cementerio y no regresó a la casa hasta que le hubo dado cristiana sepultura.

Era una de aquellas tristes y famosas revueltas de Portugal, tan frecuentes en el segundo decenio de este siglo, antes de que la Madre de Dios apareciese en medio de aquella nación para salvarla.

Leyes sectarias y persecutorias de la Iglesia arrojan del suelo portugués a obispos y sacerdotes...

Por Villa Real de San Antonio, fronteriza con la provincia onubense, han llegado a Huelva varios sacerdotes portugueses que piden hospitalidad mientras se despeja la situación en su patria... El Arcipreste los recibe con las puertas de su corazón de par en par. El será su padre, su hermano...

Pero el gobernador manda llamar a D. Manuel por medio de un oficio, en que le manifiesta su disconformidad con la estancia en Huelva de aquellos sacerdotes.

—Sr. Arcipreste, Vd. comprenderá que no es oportuno recibir aquí a esos fugitivos; no está la situación para buscarse complicaciones y yo no puedo consentir que se dé ocasión a cualquier conflicto... Por tanto, es preciso que inmediatamente salgan de Huelva esos sacerdotes portugueses.

—*Señor Gobernador, sobre todas las leyes está la de la caridad, y ésta es precisamente la hora de ejercerla con esos pobres perseguidos. Yo no puedo consentir que se les arroje de aquí y se les cierren las puertas.*

— ¡Si Vd. responde de ellos y de cualquier consecuencia que esto pueda traernos...!

—*Sí, señor—, yo estoy aquí para lo que ocurra; ¡pero los sacerdotes portugueses no se irán!*

Y no se fueron. Al calor de aquel corazón que supo rodearlos de delicadezas para endulzarles su destierro, estuvieron todo el tiempo que quisieron.

¿Verdad, lector, que de los niños, de los pobres, de los desamparados y de los enfermos pudo él decir como Cristo: éstos son mi madre y mis hermanos? Una madre ¿los podía con más delicadeza amar?

II

Los compañeros del camino

Llagamos ahora aquí (ya que de sus amores hablamos), un largo paréntesis para honor de aquellos que en sus empresas apostólicas estuvieron siempre a su lado, que si en ellas no le faltaron espinas, tampoco Dios le privó del consuelo de almas que supieran comprender la suya y mitigar las heridas que le causaban tantas incomprensiones y malévolos desvíos (aun entre aquellos que, por militar bajo la misma bandera, debieron prestarle siempre su colaboración más entusiasta).

Pero Dios le tenía predestinado para El y por eso le quería como El, ¡en la cruz!

Por cierto, que no vendrá mal referir de paso la historia de una rosa de pasión, que él conservó con respetuoso cariño siempre tras el cristal de un cuadro del Corazón de Jesús, muy cerca de sus miradas...

HISTORIA DE UNA PASIONARIA

Apenas tiene importancia; pero yo veo en ella un símbolo de su vida...

Cruzaba por las calles de Huelva la solemne procesión del Corpus. El llevaba la Custodia... al paso del Santísimo, entre nubes de incienso, desde los balcones caía sobre el palio una lluvia temblorosa de flores y he aquí que una rosa de pasión con su cerquillo morado y sus tres largos pistilos oscuros como los clavos del madero, quedó sobre los hombros del Arcipreste, prendida entre las arrugas de la capa.

Allí permaneció durante toda la procesión, en la dulce vecindad de la Hostia consagrada, como queriendo recoger en la parvedad de su corola toda la muda adoración de la naturaleza...

Cuando al llegar al templo se despojó de la capa cayó la humilde pasionaria sobre la mesa de la sacristía; D. Manuel, sonriendo, la recoge y

la guardó en su casa bajo un cristal a los pies del cuadro del Corazón de Jesús...

Su alma rendida siempre a los pies del Amo, era como esa humilde florecilla, sufrida sin parecerlo, ocultando siempre las flaquezas de su salud y las congojas del espíritu con un rostro alegre y una boca siempre abierta a la risa y al donaire...

Vivió crucificado y tuvo el secreto de los santos; saber revestir su íntimo calvario con resplandores alegres de Tabor ⁽⁷⁷⁾.

Aunque muchos no le comprendan, tendrá a su lado un “pusillus gregx” de almas selectas, incondicionales, abrasadas por el mismo fuego, y encendidas en la misma llama ⁽⁷⁸⁾. ¿Quién no recuerda a su querido don Carlitos, el director espiritual de sus escuelas, siempre acogedor y afable, todo sencillez, como si debajo de la sotana no hubiera más que un niño grande? Lo conoció en un veraneo en Sanlúcar de Barrameda, cuando hacía próximamente un año que era D. Carlos sacerdote” lo invitó a irse con él a Huelva” allá le siguió y entregado a los niños pobres pasó su vida ⁽⁷⁹⁾.

⁷⁷ Se conservó esa pasionaria hasta el año 1931 en que se incendió el Palacio Episcopal de Málaga.

⁷⁸ Entre los seglares que formaban aquel grupo de “chiflados” por el Corazón de Jesús, siempre en activo, estaban, por citar sólo algunos de los que más se distinguieron por su ejemplaridad, “flor de la gente buena de aquella tierra”, en frase de D. Manuel, y que ya descansan en el Señor, además de D. Manuel Siurot, el joven abogado D. Andrés Mora Batanero, D. Juan Cádiz Serrano y Don Antonio Oliveira Hierro.

Su fervor eucarístico y sus virtudes, no sólo en el orden de su vida privada, sino social y profesional, revestían en algunos rasgos heroicos y nada comunes. A cada uno de ellos podrían aplicarse aquellas palabras de la S. Escritura: “Amado de Dios y de los hombres, su memoria se conserva en bendición.” (Eccl. 45).

⁷⁹ D. Carlos Sánchez Fernández nació en 1885 en Fuenteheridos (Huelva). En el Colegio de los PP. Salesianos de Sevilla cursó los estudios eclesiásticos, siendo ordenado Sacerdote en 1909. Empezó su laboren las Escuelas de Huelva en marzo de 1900 y desde entonces se” entregó a ellas por completo. En 1918 se hace cargo con D. Manuel Siurot del Seminario de Maestros, fundado por éste en las mismas Escuelas, en las que vivió hasta que fueron asaltadas por los rolos en 1936.

El 14 de noviembre de 1936, a consecuencia de un accidente automovilista ocurrido en la carretera de La Palma del Condado, murió en Huelva, en la paz de Dios.

DON FERNANDO DÍAZ DE GELO

Y ¿cómo olvidar a D. Fernando, el inseparable amigo que le seguirá con su sombra a todas partes, desde Huelva a Palencia, para vivir con él y morir de pena detrás de él sin poder soportar el dolor de su ausencia?

Don Fernando Díaz de Gelo ⁽⁸⁰⁾ tenía un alma tan enamorada de su sacerdocio que se cita de él como caso curiosísimo que las primeras palabras que dijo cuando comenzó a balbucear fueron estas. “¡Quiero ser sacerdote!”

Y eso fue, el *sacerdote cabal* entregado plenamente a las almas... Por eso los dos enamorados del sacerdocio se compenetraron tan bien, que el uno parecía para el otro parte integrante de su ser.

Desde que se conocieron se unieron en una intimidad tan estrecho de anhelos apostólicos que aquel lazo tan fuertemente anudado no lo rompió más que la muerte.

Don Fernando será el confidente de todos sus secretos. Todas las semanas se postrará Don Manuel de rodillas a sus pies durante toda su vida y en su corazón depositará todas las confidencias el suyo. El será desde entonces hasta su muerte su único confesor ⁽⁸¹⁾.

⁸⁰ Nació el 9 de noviembre de 1878 en Albaida del Aljarafe (Sevilla). Fue ordenado Sacerdote en Sevilla el 19 de diciembre de 1901. Desempeñó los cargos de Capellán de las Carmelitas Descalzas de Sanlúcar la Mayor, atendiendo al mismo tiempo la cortijada de Benasusa. Encargado de la Parroquia de las minas de Sotiel Coronada hubo de regresar a Sanlúcar para hacerse cargo, como cura regente, de la Parroquia de San Pedro y San Eustaquio. De aquí pasó a Huelva y ya siguió a D. Manuel sin separarse de él. Murió en Palencia, de cuya Catedral fue Canónigo, el 17 de junio de 1941. (V. “El Granito de Arena; 1941, pág. 125).

⁸¹ Entre los compañeros del camino no queremos dejar atrás al anciano Párroco de la Concepción, el incansable batallador D. Pedro Román Clavero, a quien Huelva debe también su gratitud por las muchas obras buenas con que la favoreció.

Nació en Benamargosa(Málaga), el 8 de marzo de 1848. Celebró su primera Misa el 13 de Junio de 1871 y fue coadjutor de la Iglesia de San Pedro en Málaga, durante un año. Pasó a la Diócesis de Sevilla en la que fue cura de Salteras dos años; después diez años en la Parroquia de San Pedro de Huelva; cuatro años en Cazalla de la Sierra, dos en Osuna y dos en Lora del Río, volviendo a Huelva después, a la Parroquia de la Concepción. Murió siendo Arcipreste de Huelva el 17 de junio de 1932.

De mucha más edad que D. Manuel, se hallaba al frente de la otra Parroquia (sólo había dos entonces en Huelva) cuando llegó a la ciudad el nuevo cura de San Pedro.

¡Con qué gusto y edificación veían los feligreses de ambas Parroquias en las grandes solemnidades de la de San Pedro, y en especial en la fiesta del santo Apóstol

“EL MAESTRO” DON ANDRÉS MANJÓN

Lejos de Huelva, junto a los cármenes del Darro granadino, asediado de los chiquillos que viven por las cuevas de Albaicín, tiene él un gran amigo y un gran maestro: es *D. Andrés Manjón*, el fundador de las Escuelas del Ave María.

Castellano él y andaluz nuestro Arcipreste, admira su mutua compenetración de ideales y hasta de léxico. No en vano D. Andrés se pasa las horas entre los gitanillos que han dado al traste con su seriedad norteña. Se inicia entre los dos, desde el año 1907 en que se conocieron, una ininterrumpida correspondencia...

¡Qué ánimos sabia dar D. Andrés a nuestro joven apóstol! Leed esos retazos de sus cartas...

“¿Que le escriba muchas cosas que vea le convienen? Pues le conviene no emprender muchas obras si no tiene muchos operarios: le conviene no desistir de lo comenzado y, por tanto, no caer en desmayos; le conviene que no todo le salga bien, para que no se engría; le conviene que los diablos *le acuernéen* y los malos le persigan, y los buenos se cansen para que siendo probado y humillado se vea ensalzado.

Pero no le conviene separarse del Señor ni desconfiar de El por fuertes que sean los vendavales” (Lanjarón, 13-IX-1907).

“Lo de las Marías”, le dice en otra, “me parece muy bien, y si hace *marianos* a los curas, mucho mejor; porque la culpa del frío que hace, está en que los que habían de arder no se acercan al fuego... (Granada, 3-XI-1913).

Esta tan graciosa como íntima correspondencia seguirá hasta que Don Andrés muera,

No sólo fueron cartas; se multiplicaron mutuamente las visitas.

Una de estas visitas inolvidables al Arcipreste y a sus escuelas fue en los días 15, 16 y 17 de diciembre de 1913, acompañado de varios sacerdotes y otros señores. El recibimiento que le preparó el Arcipreste fue

al Cura de la Concepción invitado por D. Manuel, celebrarlos actos principales del culto rodé: do de los afectuosos homenajes del Párroco más joven! Y ¡cómo comentaban luego la feliz desaparición de aquellas desavenencias de antaño entre la Parroquia de arriba y la de abajo!..

¡Qué unidos estaban sus curas y qué milagros hace la caridad de buena ley! Esa caridad paciente, benigna, que todo lo sufre y todo lo soporta de que tan lleno estaba D. Manuel...

lucidísimo; clero, autoridades, directores de organismos oficiales, catedráticos, diputa los, hombres de carrera, propietarios, comerciantes, etc., sin olvidar la banda de música de la Escuela del Sagrado Corazón, gozosos todos de poder manifestar su admiración y cariño al gran bienhechor de los niños...

Este, benévolo, sonriente, casi resignado con aquella explosión de cariño, *riñó* amablemente al Arcipreste por creerle cómplice de aquel *bochorno* en que lo había puesto.

La estancia, aunque breve, fue bastante llena; se ocupó con visitas a las Escuelas del Sagrado Corazón y demás obras de Acción Social Católica.

Las dos conferencias de D. Manuel Siurot dejaron entusiasmadísimo al gran Maestro. Función matinal en la iglesia de la Colonia del Sagrado Corazón, con Misa celebrada por D. Andrés y cantada por los niños, inauguración de la Obra de los Juanitos y de las Marías en aquellas Escuelas y expedición marítima al monumento de la Rábida.

¡Qué cosillas tan graciosas decían los chiquillos al que trataban con cariño de toda la vida, y qué cosas tan interesantes las que D. Andrés unas veces en serio y llorando, y otras riendo, decía a chicos y grandes!

Don Andrés dejó grabado en una máquina copiadora “Fix”, que le presentaron, el recuerdo de la impresión que le produjo la visita a las escuelas, diciendo:

“Los días 16 y 17 de diciembre de 1913, visité las Escuelas del Sagrado Corazón establecidas en Huelva por el Sr. Arcipreste D. Manuel González, mi antiguo y muy querido compañero y amigo.

En ellas vi mucho orden, gran piedad, buena educación y una no común ilustración, mostrando D. Manuel Siurot sus aptitudes especiales para la enseñanza singularmente de los niños pobres, para lo cual tiene una vocación manifiesta.

Este señor, mostró los procedimientos que él usa en Geografía, Historia, Matemáticas y en filosofía e Higiene, en las cuales se vale del gráfico y la representación, haciendo maravillas con la tiza y con los niños con quienes representa lo que pinta y refiere. Es claro, sencillo e ingenioso y es cristiano, domina y atrae a los niños y hace con ellos cuanto quiere. Es un verdadero Maestro y yo espero que. Dios mediante, estos procedimientos formarán escuela, para lo cual sería conveniente que encarnaran en una institución docente a la cual yo llamaría Seminario de

Maestros Católicos, que tanta falta están haciendo. Dios haga que así suceda. —Andrés Manjón” (⁸²).

SU PUESTO EN LA VIDA OFICIAL DE LA CIUDAD

Así era él dentro del círculo de sus amistades y de sus obras, en lo que pudiéramos llamar su vida privada y su actuación parroquial. Pero nos queda una faceta interesante de su actuación en aquellos tiempos difíciles en Huelva; su vida oficial. Huelva tenía su gobernador civil, su Ayuntamiento más o menos indiferente u hostil a sus obras según el turno del partido reinante, había un grupo de intelectuales, abogados, hombres de carrera y, sobre todo, ingenieros extranjeros en su mayoría y protestantes, con los que habrá de alternar nuestro Arcipreste en actos oficiales.

Había que llenar el sitio de la iglesia en aquella artificiosa vida oficial, vacío hacía ya tiempo, por los achaques de su anciano antecesor.

Este sitio quedó lleno desde el primer momento por completo.

Introducir al Corazón de Jesús y a la Iglesia en aquel ambiente oficial laicizante fue una obra titánica a la que dedicó sus mejores esfuerzos.

Por eso, si se trataba, por ejemplo, de celebrar las fiestas colombinas, ponía en seguida en ellas la nota cristiana.

Con motivo de la celebración centenaria del 2 de Mayo se vale de la Junta de A. S. C. para dar carácter cristiano a los actos. Hace que se organicen solemnes honras fúnebres por las almas de los héroes, con oración fúnebre por un orador celebrado, y con cántico colectivo de la Misa de Réquiem gregoriana. En las escuelas organiza un festival y en el Centro obrero una solemne velada patriótica con elocuentes oradores de dentro y fuera de Huelva. Al final de todos habla él, y pone la nota cristiana, práctica, llena de gracia y de interés.

En 1909 organiza un gran mitin católico en el Teatro; en él intervienen, entre otros oradores, el que más tarde había de ser sucesor suyo en la sede de Málaga, D. Angel Herrera Oria, alma de aquel famoso grupo de Propagandistas Católicos.

Como demostración práctica de apostólica ingeniosidad en sacar partido de su presencia en actos y reuniones oficiales, copiamos de su anecdotario pastoral la que él llama

⁸² “Et Granito de Arena, 5 de enero, 1914, pág. 6.

LA CONQUISTA DE UN BRINDIS Y UN BRINDIS DE CONQUISTA

“Encontrábame de Arcipreste dice en una ciudad por aquel entonces, más laica que cristiana, más agria que dulce... Allá por los años del 5 al 10 de este siglo se ensayaba en aquellas tierras la vida laica, y más que laica, antirreligiosa, y semicomunista que en los años 31 al 39 hemos disfrutado en no pocas zonas de España.

Fue el caso que se acordó por los intelectuales ofrecer un lunch en honor de un telefonista o telegrafista hijo de la provincia, por no me acuerdo ya qué invento o mejora que había introducido en la telefonía que comenzaba a hacer pinitos.

Se escogió el Casino más pomposo de la ciudad, se invitó a todas las autoridades provinciales y locales y a las fuerzas vivas y, para evitar conflictos y piques se señalaron de antemano los próceros que habían de brindar: gobernador, director del Instituto y un par de intelectuales de los indispensables.

El Arcipreste, a quien le hervían en la sangre los fuegos de 28 abril y en su alma sacerdotal el propósito de no dejar escapar ocasión de predicar a Cristo, y singularmente a su Corazón, a sus despegados feligreses, ve allí una ocasión preciosa de cumplir su designio y, con la más tranquila de sus caras (trabajillo le costaba ponerla) se levanta, cuando hubo terminado el último orador, y esparciendo su mirada de derecha a izquierda por aquel amplio y abarrotado patio-salón, dice el consabido: Pido la palabra. Y sin dar tiempo a que tomaran cuerpo unos siseos de protesta y unas miradas de estupefacción de unos cuantos, prosigue: Y pido y espero con razón el permiso para hablar, porque aquí donde han hablado la Autoridad, la Ciencia, la Elocuencia y el paisanaje para homenajear al inventor paisano, es de justicia que se levante y se deje oír la voz de la familia profesional del Sr. Balsera (así se llamaba el homenajeador) y yo, señores, vestido de esta negra sotana y por paño de pulpito estos blancos manteles, os digo que soy, tiempo ha, compañero de profesión del Sr. Balsera.

Sí, telefonista él y telefonista yo; él transmitiendo y recibiendo palabras al través de alambres, de hondas y de mecanismos maravillosos y yo, desde una gran Central que hace 20 siglos se instaló en el monte más alto de la Historia y que se llama el Corazón de Jesús ofreciéndose en el Calvario en sacrificio por la salvación del mundo.

Yo, y como yo todos los sacerdotes católicos, desde aquella gran cumbre o desde sus sucursales, que son los Sagrarios de la tierra,

transmitimos, no al través de los alambres de metal ni de hondas de éter, sino de hilos misteriosos de Gracia de Dios, lumbres inextinguibles de Fe, fuegos abrasadores de caridad y aromas exquisitos de civilización y fraternidad cristianas, y recibimos ecos de angustias de náufragos, gemidos de arrepentidos, himnos de salvados, sonrisas de inocentes, gritos de luchadores y todos los acentos del alma indigente y peregrina que busca en la verdad y en el bien su felicidad y su descanso.

Tras un brevísimo comentario a esa idea, tomó la copa y levantándola en alto, exclamó: Brindo por usted compañero Balsera...

Como pudo caer mal aquel sermón sin paño o con manteles, quiso el Corazón de Jesús que cayera bien, a juzgar por los aplausos tan calurosos que lo coronaron y por esta feliz consecuencia.

Me retiraba de la mesa y se me acerca un grupo de ingenieros de minas de los que partieron los siseos iniciales, y tomando uno la palabra por todos, dice en el más confiado y humilde de los tonos: Sr. Arcipreste, tenemos que pedirle perdón.

— ¿Perdón, a mí? ¿de qué?

—Sí señor, de nuestras groserías; nos molestó enormemente la vista de un Cura aquí y por añadidura sermoneador y ¡la verdad! le hemos siseado para que se callara... Estamos arrepentidos, ¿nos perdona?

Un abrazo efusivo a cada uno de los del grupo por la nobleza de su confesión, fue mi respuesta.

—Muchas gracias, muchas gracias, repetían emocionados.

—Pero ahora falta la penitencia —y metiendo la mano en el bolsillo del chaleco y sacando cuantas monedas contenía:

— ¿Me permite Vd. aplicar esas pesetas a las escuelas para los niños pobres que está levantando?

¡Y estas mías! y ¡éstas...! replicaron todos los del grupo imitando al compañero.

Y aquí terminó la conquista del brindis y por el brindis” (83).

A PESAR DEL GOBERNADOR

Las autoridades locales, sobre todo a los principios, lejos de prestarle apoyo en su ímproba tarea de recristianización y civilización de Huelva, se

⁸³ “El Granito de Arena”; 1943, pág. 204.

cruzaban de brazos y le retiraban no pocas veces la ayuda que estaban obligados a ofrecerle. Caso típico de esto se ofreció con motivo del traslado del Santísimo desde su Parroquia a la iglesia de San Francisco que restauró y abrió al culto, como queda dicho en capítulos anteriores.

Un grupo de revoltosos se había propuesto impedir la procesión y corrían rumores cada vez más amenazadores para impedirla. El señor Arcipreste se presenta al Gobernador, le expone la situación, las razones por qué aquella procesión no debía impedirse y su derecho al apoyo de la autoridad; a lo que el Gobernador le responde que le asistía la razón y la ley, pero que él no podía contener la oposición que hacía aquel grupo amenazador y que lo más prudente sería que la procesión se suspendiera.

Entonces D. Manuel se yergue y le dice: *Sr. Gobernador, si usted no pone a mi disposición la fuerza pública que contenga con su presencia a los alborotadores, Vd. responderá de lo que ocurra, pero la procesión saldrá y el Copón que yo he consagrado esta mañana quedará esta tarde en el Sagrario de San Francisco, si no cuento con la autoridad yo me la tomaré.*

Y la procesión se celebró. Delante iban las señoras para imponer respeto, y después D. Manuel que llevaba el Santísimo; todo se hizo con el mayor orden, mientras los revoltosos, acobardados, no daban la cara.

III

En el piso del Paseo del “Chocolate”

Así con sus altas y bajas de alegrías y dolores iban transcurriendo en Huelva sus días en aquel modesto pisito del *Paseo del Chocolate* en la paz de Dios, a la sombra de aquella madre bendita... ⁽⁸⁴⁾.

¿QUÉ ES DE NUESTRA D.^a ANTONIA?

Antes que apunte el alba, al romper el día, ya la veréis despacito subiendo los penosos escalones de San Pedro, para comulgar.

Como ya está achacosa (que no en vano pasan los años), de vez en cuando descansa por aquellas penosas escaleras que nunca acaban. Oye su Misa y a la casa, que allí siempre tiene que hacer. Don Martín, más tranquilo, toma la vida con más calma, va a Misa y comulga también a diario, se da sus paseítos, charla con sus amigos bajo la sombra de las palmeras del paseo, o en el porche de la Parroquia, visita a diario al mejor Amigo y vive despreocupado, marinero en paz en aquella nave donde no hay peligro de naufragar porque lleva la esposa buena el timón...

Se acuesta bien temprano, pues dicen malas lenguas, que aquellas siestas que con frecuencia echa en el sillón, no le suplen, y sus hijos bromeaban con él como si fuera el abuelo. ¡Cuántas veces sus hermosísimos bigotes han sido lema de risa en la mesa al meterse con ellos Don Manuel!

En aquella casa a todas horas se ríe; que la alegría es el tesoro de las almas buenas.

A veces un pobre obrero que entra se dirige a D. Martín, preguntándole: ¿es Vd. *er* Vicario? y le besa respetuoso la mano. Ni que decir tiene que estos graciosos incidentes son los granitos de sal que condimentan las horas de aquel tranquilo hogar.

⁸⁴ Se llamaba vulgarmente Paseo del Chocolate, al Paseo de Santa Fe por la forma del pavimento formando cuadritos como las llamadas “onzas de chocolate”.

Se vive en gracia de Dios y por eso en aquella casita humilde rebosa por todas partes la paz...

Y sentado junto al balcón, muy cerca de la mesa del despacho, doña Antonia, moviendo su cabeza y comiéndose con los ojos a su hijo, oye la lectura de aquellas cuartillas que acaba de escribir D. Manuel.

Su madre es la única que le hace la crítica; sin su “nihil obstat” el hijo no escribe ni una letra.

Y ¡cómo se embebe la ancianita oyéndole!., me parece verla mediana de cuerpo, blanca y rubia, de un verde claro los ojos, arrugada la frente, la mirada tranquila y limpia como su conciencia, la aguja quieta en el aire sobre unos calcetines, suspender la labor para decirle al hijo emocionada, sorbiéndose las lágrimas ¡qué bonito está eso, hijo mío!

LA CASA DE TODOS ¡HASTA DE LA SEÑA PEPA!

Aquella casa era la casa de todos, para nadie tenía las puertas cerradas; lo mismo entraban aquellos *señoritos* de la famosa *asociación de enterradores*, que Miguel, el sacristán, calado hasta las narices su clásico bombín, y la *señá* Pepa, aquella salada viejecita “muy *limpia y repeinada*” que vendía los dulces para las escuelas.

En tanta estima la tenía el Arcipreste, que en una escapadilla que hizo en julio de 1912 a Santander, en una conferencia trazó de la misma este acabado retrato: “*Señá Pepa, es una mujer del pueblo, de pocas letras, con más arrugas que un papel de estraza, pero con un corazón todo amor, que recorre las casas pidiendo limosnas para los niños pobres y para sus escuelas, y ha llegado a contar céntimo a céntimo cuarenta duros mensuales... ¡Qué admirable mujer! y... ¡no sabe economía política!..*”⁽⁸⁵⁾.

Y como Miguel y *señá* Pepa, el obrero que se ha quedado cesante, la madre que quiere que le *armitan* a su niño en las escuelas, el desvalido que implora la caridad, la pobre viuda que padece estrecheces económicas, todos los que tienen algo que pedir o alguna pena que contar, suben aquellas escaleras decididos, con la confianza del que sabe que aquella es su casa...

Pero se acercaban horas de dolor para aquel hogar tan alegre.

⁸⁵ “El Granito de Arena”, 20 julio, 1912.

MUERTE DE SU MADRE

En la tarde del 16 de enero de 1914, D. Manuel, como de costumbre había salido un poco, después de comer, a su visita de enfermos.

A poco de salir tuvo el presentimiento de que algo grave ocurría en su casa. Al momento dejó la visita y como impulsado por una fuerza interior irresistible vuelve inmediatamente a la casa. Poco antes de llegar, se encuentra con los que iban a buscarle y se lo imagina todo.

En efecto, sube precipitadamente y se encuentra a su madre exhalando su último aliento.

Un rato antes, se había sentido indispuesta, se despide de D. Manuel Siurot con quien estaba conversando agradablemente, y, ayudada de su hija se echa en la cama. A los pocos momentos un fallo del corazón marca la huella de la muerte en su rostro y queda como dormida, mientras apresuradamente salen a buscar a su hijo y a procurar todos los auxilios espirituales y corporales.

El alma de aquella santa mujer ya estaba en las manos de Dios.

* * *

Respetando el inmenso dolor de aquel hijo y de aquella familia, oigamos a D. Manuel Siurot que escribía:

“¡Qué madre aquella!”

Era como el Arcipreste, afable, como él, modesta, piadosa con solidez, de un criterio y un sentido cristiano admirables, andaluza, enamorada en firme del Corazón de Jesús y de comunión diaria hace ya muchos años.

Creíamos que la indisposición de la madre del Arcipreste era cosa pasajera.

Bromeábamos cariñosamente con ella... pero la muerte vino y vino en unos segundos. Otro cualquiera, ante lo inesperado se hubiera aturdido; mi Arcipreste, no. Con la rodilla en tierra y, abrazado al cuerpo de su madre, le daba la última absolución y le encomendaba el alma con una serenidad tan de Dios que, a pesar de todos los requerimientos de la naturaleza, el sacerdote, con las alas de la gracia, pudo officiar su ministerio sin que durante la administración de los Santos Oleos ni durante todo el tiempo de las continuas oraciones que se aplicaron por su muerte, se perturbara en él, ni lo más mínimo, la augusta y cristiana dignidad de las funciones sacerdotales. Todos lloraban, el sacerdote rezaba. Todos rendían

tributo a la tierra; el sacerdote andaba por el cielo ofreciendo a Dios oraciones para su madrecita que estaba en aquellos momentos en las manos de Dios.

En el entierro aprendimos mucho. Era el clamor entero de un pueblo el que se oía. ¡Cuántas bendiciones por ella, por su hijo...! ¡cuánto obrero!

Aquellos obreros que odiaban al Cura ¿dónde estaban?, los obreros de la compañía Zafra-Huelva han pedido espontáneamente permiso para asistir al entierro de la madre del Vicario... ¡Cuántos respetos humanos tiene que vencer cada uno de aquellos innumerables trabajadores para asistir a un acto que era única y exclusivamente pública manifestación de afecto a un sacerdote de Cristo!

Es que la semilla abundantísima de la siembra hecha empieza a tomar la forma del cariño. Hemos pasado en diez años por el odio, luego la indiferencia aparente, después el silencio convenido, más tarde amaneció el respeto, principia ahora el cariño...

¡Dios mío, que no se malogre esto!

¡Sagrado Corazón de Jesús, salva a Huelva! ¡Hermanos! ¡una oración por aquella madre!” M. Siurot (⁸⁶).

¡EL CORAZÓN DE JESÚS SE LA LLEVÓ!

“El Corazón de Jesús se ha llevado a mi madre. El viernes 16, a las tres de la tarde, se durmió en el amor del Sagrado Corazón en el que siempre vivió... ¡Bendito ato El que me la dio tan buena! ¡Bendito sea El que me la ha trasladado a vida mejor!..”

Con estas sencillas y cristianísimas palabras comunicaba D. Manuel la muerte de su madre. Pero la serenidad y la paz de su alma no impedían que su corazón y su espíritu estuviesen anegados en un mar sin fondo, de dolor, y aquella herida de vivir sin madre, de no ver ya a su madre cuando volvía de su Parroquia y de sus ministerios para contarle sus afanes de cada día. el no sentirla sentada al lado de su mesa de trabajo mientras escribía... aquel vacío terrible, aquella pena sin nombre a la que él procuraba sobreponerse fue una llaga viva que nunca se le acabó de cerrar...

⁸⁶ “El Granito de Arena”, 20 enero, 1914.

Pero el generosísimo Corazón de Jesús, a quien tantos consuelos había prodigado su elegido, le preparaba en aquella pena, entre otros consuelos, uno que colmaba todas sus aspiraciones.

“El Corazón de Jesús, Padre mío y Amo de todas mis cosas, ha sido tan bueno, tan singular y delicadamente bueno conmigo en esta ocasión que, a pesar de lo fuerte que me ha herido, de tal modo se ha dejado ver y sentir misericordioso y bueno en la muerte de mi madre, que tanto yo como los míos hemos tenido que decir a cada golpe que recibíamos y a cada gota de sangre que derramaba el corazón herido: ¡gracias, bendito seas!” ⁽⁸⁷⁾.

* * *

Metida en el ataúd, con tu rostro sereno y apacible, si despertaras de pronto, noble anciana, verías cuánto te quieren en Huelva...

Sacerdotes, obreros, compasivas mujeres, a todos se les ve rodear el cadáver y rezar conmovidos...

Los niños y las niñas de las escuelas en grupos de seis u ocho, limpiándose las lágrimas, sin que nadie los mandara, de rodillas delante de la muerta van rezando sus rosarios...

* * *

A la tarde siguiente después del entierro ¡qué sola y qué triste estaba la casa! ¡qué vacío tan grade había dejado la madrecita buena...!

⁸⁷ “El Granito de Arena”, 5 Febrero, 1914.

Capítulo VIII

Las Marías de los Sagrarios

1.º.- *Nacimiento y bautizo de la Obra.*

¡Aquel primer viernes de marzo de 1910..!

Calvarios sin Marías.

¿Qué son las Marías?...

El abandono del Sagrario.

2.º.- *El dedo de Dios está aquí.*

Rápido propagación de la Obra.

Fundador y Moderador General.

El puesto de San Juan.

A los pies de Pío X.

El Gran Privilegio.

3.º.- *La reparación con alas.*

El primer viaje de Marías.

Los Discípulos de San Juan.

Los niños de sus escuelas.

Extracto de balance.

La Casa Sagrario.

Esclavo de María.

Nacimiento y bautizo de la Obra

Palomares del Río, tu nombre, con sangre de sus venas y lágrimas de sus ojos se quedó grabado para siempre en su corazón.

El abandono de aquel Sagrario imprimió carácter en su espíritu y, desde aquel día lejano, su vida entera va girando alrededor del Tabernáculo.

Allí el Amo depositó en su corazón la semilla de su gran Obra.

Oíd estos gemidos de su corazón, que parecen un eco de los soliloquios agustinianos:

“Quiso la divina Providencia que el nombre que más fuerte y dolorosamente hiriera mis oídos en los comienzos de mi vida sacerdotal, fuera el nombre de Abandonado, y que la visión de mis ministerios y la orientación y la convicción de mi eficacia en ellos la obtuviera al través de un pueblo. Palomares, que por tener su Sagrario, no en abandono sino en desuso, agonizaba en su vida cristiana y diría racional y humana, y que palpara y probara los fracasos y las pérdidas de tiempo, dinero y fuerzas de hombres y obras obstinados en conservar sarmientos vivos sin vid, porque miraban con recelo y hasta con miedo el poner al Sagrario como punto de partida y de llegada para toda acción católica y social y que, como consecuencia de todo eso, se me formara la persuasión íntima, indestructible de que mientras se pudiera poner el adjetivo abandono al sustantivo Sagrario, había que ponérselo, o mejor dicho, había que leerlo, quisiéramos o no, puesto a continuación de muchas cosas buenas, como pureza, humildad, generosidad, laboriosidad, fecundidad apostólica, etc., etc., ¡Todo eso está abandonado, cuando Jesús lo está en sus Sagrarios!

Quiso, repito, la Divina providencia, que entre todas las miradas de Jesús en su Evangelio, las que más grabadas se me quedaran fueran las tres que, a mi juicio, revelan los desaires que le esperaban en la tierra, a saber: la mirada triste con que ve que es recibido su primer anuncio de la Eucaristías Unos en pos de otros se iban, diciendo “Duro es este lenguaje,

¿quién puede oírlo?” (Jn. 6, 61); y la mirada de desconsolada interrogación a sus íntimos apóstoles, dormidos mientras El agonizaba de dolor (Lc. 22, 43-46); y la mirada de infinita angustia cuando, dejándose besar del traidor judas y amarrar de las turbas, se vio abandonado de los suyos que huían... (Mc. 14, 50).

Desaires y abandonos de Jesús mortal, de ¡cuántos desaires y abandonos de Jesús Sacramentado erais presagio y principio!

* * *

Como la gruta de Covadonga, era en aquella tarde del 4 de marzo de 1910 la capilla del Sagrario de la Parroquia de San Pedro... Pronto se oirán en ella voces de reconquista.

El Arcipreste está dirigiendo el retiro mensual del grupo piadoso. Hay en la capilla un silencio tan íntimo que parece que se perciben los latidos del Corazón Divino prisionero...

Don Manuel se ha vuelto de espaldas al altar y está tan cerca del Sagrario que el corazón se le ha abrasado en sus llamas y comienza a hablan

Una situación muy triste. Muy triste, sí; pero con todo el color negro y el sabor amargo que queráis poner a esa tristeza; es la situación en que se encuentra en muchísimos Sagrarios Jesucristo Sacramentado.

Vais a permitirme, señoras, que yo que invoco muchas veces la solicitud de vuestra caridad en favor de los niños pobres y de todos los pobres abandonados, invoque hoy vuestra atención primero y vuestra cooperación después en favor del más abandonado de todos los pobres: El Santísimo Sacramento.

Abandonado y pobre le he llamado; que no se alarme vuestra piedad, voy a explicarme.

Abandonado, digo, y vais a ver hasta qué punto y en qué medida.

Hoy pueblos, y no creáis que allá entre los salvajes, hay pueblos en España en los que se pasan semanas, meses, sin que se abra el Sagrario, y otros en los que no comulga nadie ni nadie visita a! Santísimo Sacramento; y en muchísimos si se abre es para que comulgue alguna viejecita del tiempo antiguo.

En esos pueblos, muchos de sus habitantes ni saben ya que hay Sagrario, ni qué es comulgar, y llegan al fin de su vida sin haber hecho su primera comunión.

Si a esos desgraciados les preguntaseis por la casa de Jesucristo en aquel pueblo, no sabrían qué responderos.

¡Abandonado! y ¿qué mayor abandono que estar solo desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana?

Así; completamente solo está Jesucristo en muchísimos Sagrarios, y por consiguiente ¡pobre! no ya con pobreza material, que esa, hay Sagrarios que en nada se diferencian del primer Sagrario de Belén sino con pobreza de calor, d oración, de virtudes, compañía...”

Su voz empapada en la tristeza punzaba el corazón como la corona de espinas... Se presentía en el ambiente el frío de Belén, el desamparo de Getsemaní, y el abandono total del Calvario—

Aquellas palabras ponían en la boca el amargo paladeo de la hiel y el vinagre de la Cruz... Y seguía hablando...

¡El, pidiendo desde su Tabernáculo a cada uno de sus moradores de aquel pueblo un poquito de cada una de esas cosas, no recibe nada!

En torno de esos Sagrarios no hay ni calor de corazones amantes, ni lágrimas de ruego, ni suspiros de arrepentimiento, ni ayes de necesitados, ni gratitud de reconocidos, ni rodillas dobladas, ni cabezas inclinadas, ni ojos que miran, ni bocas que piden, ni corazones que se ofrecen... ¡Nada!

* * *

¿Jesucristo en el Calvario, abandonado de Dios y de los hombres por quienes se inmolaba, no se parece mucho al Jesucristo del Sagrario abandonado, no de Dios, que lo impide su estado glorioso, pero sí de los hombres por quienes se inmola constantemente! Si hay alguna diferencia es desfavorable para su vida de Sagrario.

En el Calvario, siquiera, había unas Marías que lloraban y consolaban, en esos Sagrarios de que os he hablado, ¡ni eso hay!

CALVARIOS SIN MARÍAS

Eso son muchos de nuestros Sagrarios.

Y he aquí, hermanas mías, para lo que os pedía la cooperación de vuestra caridad.

Yo no os pido ahora dinero para niños pobres, ni auxilio para los enfermos, ni trabajo para los cesantes, ni consuelo para los afligidos; yo os pido una limosna de cariño para Jesucristo Sacramentado, un poco de

calor para esos Sagrarios tan abandonados; yo os pido por el amor de María Inmaculada, Madre de ese Hijo tan despreciado, y por el amor de ese Corazón tan mal correspondido, que os hagáis las Marías de esos Sagrarios abandonados.

¿Cómo?

Para eso es la “Obra de las Tres Marías.”

Su fin, ya lo habéis oído: proveer de Marías adoradoras los Sagrarios desiertos, convertidos hoy en Calvarios por la ingratitud y el abandono de los cristianos.

La Obra se dedicará, pues, como a su objeto esencial y necesario, a procurar que no haya Tabernáculo sin sus tres Marías que trabajen porque se abra el Sagrario y se visite al Santísimo diariamente.

Y ahora, almas amantes del Corazón Eucarístico de Jesús, corazones a quienes punzan las espinas suyas y que palpitan al unísono con El, ¡al Calvario con Jesucristo abandonado! ¡Marías adoradoras, ante los ojos de los fariseos modernos y las ingratitudes del pueblo que fue cristiano, y la cobardía y pereza de los discípulos, ocupad vuestro puesto: “Juxta crucem cum Maria Matre Eius...!”⁽⁸⁸⁾.

* * *

En el silencio de la Capilla del Sagrario quedaron sonando los últimos ecos de las palabras del Arcipreste, del que era ya el *Fundador de las Marías*, mientras aquel grupo de almas, conmovidas hasta lo más profundo de su ser se ofrecían al Divino abandonado para ser las Marías de sus Sagrarios Calvarios...

En la sacristía de la Parroquia, terminado el acto, fueron presentándose las decididas a ocupar el puesto *juxta crucem*, las generosas para dar las limosnas de cariño para Jesucristo que su Párroco les había pedido... Iban sencillamente para recibir órdenes y decirle cada una al Fundador: “Cuenta conmigo”.

Nacieron las Marías. Ya alrededor de cada Sagrario, habrá almas reparadoras...

El grito angustioso de Cristo: “Busqué quien me consolara y no lo hallé”, encontrará un eco amoroso en millares de corazones, que lloran su soledad y reparan su abandono.

⁸⁸ “Aunque todos... yo no”, 8.ª ed., págs. 78-1.

II

El dedo de Dios está aquí

RÁPIDA PROPAGACIÓN DE LA OBRA

Asombra y admira la rapidez con que se propaga la Obra. Acaba de nacer, “El Granito de Arena”, aquel periodiquillo incendiario, ha llevado por toda la península su partida de bautismo, y apenas nacida ya se siente con bríos, suelta los pañales y comienza su vida de gloriosa andariega...

¿Qué es esto? Que el Arcipreste, acaba de romper sobre los pies del Divino abandonado, como el vaso de la Magdalena, su Obra de reparación eucarística y el perfume de nardos de aquel ungüento precioso ha invadido la casa...

Y avanza solo en alas del viento como el aroma de Cristo, que no necesita quien le dé la mano, para extenderse y derramarse por el mundo...

Las principales revistas católicas de España y algunas de Portugal y Francia dan a conocer la Obra recién aparecida, con delicados elogios...

Por todas las Diócesis se van estableciendo centros, y van surgiendo Marías: ya en el año 1913 comienza a extenderse por América, siendo Cuba la primera nación americana donde se fundan.

FUNDADOR Y MODERADOR GENERAL

Fácil es suponer el consuelo que recibiría D. Manuel viendo aquella bendición de Dios sobre sus siembras a voleo. Así escribía: *“En medio de las amarguras que no tiene más remedio que traer consigo mi vida parroquial y las diversas clases de asuntos y obras y apuros con que el Corazón de Jesús ha querido adornármela, me sirven d dulcísimo consuelo las noticias que de la Obra de las Tres Marías, de los Sagrarios solitarios estoy recibiendo.*

Todo lo que escuecen y duelen la ingratitud, la inconstancia y la indiferencia de las almas sobre quienes se trabaja incesantemente,

endulzan y animan la delicada fidelidad y el amoroso ingenio y el celo ardiente de las almas amantes del Corazón de Jesús.

¡Bendito sea El que ha querido valerse de esta Obra para quitarse de encima algo del mucho abandono con que le oprimen los hombres! (89).

Sobre todo, según él mismo declaraba, cuando vio toda la magnitud de la Obra que el Señor le había confiado y toda su importancia en la Iglesia de Dios, fue al recibir las palabras de aprobación de su Prelado, el señor Arzobispo de Sevilla (90).

Al leerlas, descubrió todo el horizonte como si descorriese un velo ante sus ojos.

Vio que esa Obra la necesitaba no sólo su arciprestazgo, sino otros muchísimos arciprestazgos y diócesis. Así se lo estaban confirmando además los hechos.

Por un instinto sobrenaturalmente natural se esforzaba en trabajar cuanto pudiera, pero de forma que su acción personal no pudiera ahogar, empequeñecer o estropear aquella Obra en que se sentía latir el poder y la complacencia del Corazón de Jesús. Su delicadeza en este punto era extremada.

En su deseo *“de servir con desinterés y sin personalismos, de la mejor manera, a la Obra* —son sus palabras— *no se quiso reservar la dirección general de ella, “limitándose como dice, a ser su propagador, voceador y pregonero”.*

Fue Su Santidad Pío XI en su Breve de 22 de agosto de 1924 quien establece la necesidad de un Moderador General.

Y a propósito de esto escribe D. Manuel, a la sazón Obispo de Málaga:

“El Breve de Pío XI ahora, y la experiencia también de catorce años de difusión intensa y extensa ha demostrado no sólo la conveniencia, sino la necesidad de cierta unidad de dirección para la conservación de la unidad del espíritu de la Obra”...

⁸⁹ “El Granito de Arena”, 20 septiembre, 1911.

⁹⁰ “Desea el Rvdmo. Prelado que los Sres. Curas Párrocos acojan el pensamiento de la “Obra de las Tres Marías”, del Sr. Arcipreste de Huelva; pues con ser tan sencilla y de tan fácil ejecución, es un medio eficacísimo para estimular la piedad y hacer que los pueblos vivan del espíritu de fe, acompañando al Divino Prisionero que se ha quedado en los Sagrarios por amor de los hombres (“Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Sevilla”, abril 1910).

“Una organización que sin perder el carácter de diocesana, o de sumisión completa y absoluta en cada Diócesis al Pastor propio, goce de las ventajas y seguridades de una dirección común.

Trabajo me cuesta decirlo, como trabajo me ha costado llegar a convencerme. Hoy por hoy no veo otra forma de dirección común para nuestra amadísima Obra que aceptar el cargo de Moderador General de la misma a que el Breve de S. S. alude, con todas sus consecuencias y con todos los deberes y derechos que el Código de Derecho Canónico señala a los Moderadores o Directores Generales de las Pías Uniones.

EL PUESTO DE SAN JUAN

Al mismo tiempo que iba el Arcipreste de Huelva propagando el ideal y el espíritu de la Obra, encendiendo la llama de la compasión al Divino Abandonado en los corazones, iba también delineando cada vez con más precisión los contornos de su organización según la práctica y las necesidades se lo iban aconsejando.

Pero aquella Obra de sus amores, ¿solamente había de ser empresa de mujeres? ¿no tendrán en ella un puesto reservado los hombres?... De momento el Fundador no pensó más que en las Marías, pero al mes de haber anunciado su Obra, he aquí que nuestro Arcipreste recibe una carta de un novicio benedictino.

En ella reclama un puesto para los hombres en los Sagrarios-Calvarios:

“Hay que buscar, escribe, las tres Marías de los Sagrarios-Calvarios. ¿Más acaso estaban allí las tres Marías solamente? ¿No estaba allí también el Discípulo Amado? ¿Y no es este el modelo de los novicios por su pureza? Pues ¿por qué no hemos de ser nosotros los “*San Juan*” de esos Calvarios...?”

En resumen, que puede contar con veintidós entre novicios escolásticos, que llenos de entusiasmo, nos comprometemos a ser el “*San Juan*” del Sagrario que se nos designe, comulgando y haciendo una visita diariamente al Santísimo Sacramento con la intención de comulgar y visitarlo en dicho Sagrario.

Mande, pues, una lista con veintidós nombres de pueblos cuyos Sagrarios estén abandonados, que, nosotros nos los distribuiremos, para ocupar en él nuestro puesto al lodo río Marín nuestra Madre” (⁹¹).

Se ha completado la Obra. Aquel día nacieron los Juanes de los Sagrarios Calvarios: ellos, además de los oficios reparadores de sus hermanas las Marías, tendrán el noble oficio de adoraciones nocturnas ambulantes en los Sagrarios de los pueblos, y propagar en mítines y conferencias la atracción de los hombres al Sagrario.

Y en aquellos tiempos de cobardías vergonzosas, una pléyade de hombres, se levantan en pueblos y en ciudades para defender los derechos de Jesucristo y de su Iglesia, profesar a los cuatro vientos lo vitalidad de su fe en la Eucaristía y cantar en las noches silenciosas bajo las bóvedas de los templos aldeanos al Amor de los amores (⁹²).

A los PIES DE PÍO X

El Obispo de la Eucaristía, como se le ha llamado por muchos, es con respecto al Papa de la Eucaristía, algo así como el eco con respecto a la palabra.

Aquel movimiento eucarístico iniciado por el Santo Papa Pío X en el primer decenio de este siglo, y que tan necesario y urgente era, halló en el Arcipreste de Huelva uno de los más eficaces instrumentos, con sus escritos, sus obras y, en especial, con la fundación de las Marías de los Sagrarios.

Quiso el Corazón de Jesús que aquellas dos almas enamoradas de la Sagrada Eucaristía se conocieran y se hablaran, y que la dulce impresión de aquella mirada con que le envolvió el Papa párroco, mientras le decía: “Adiós, Párroco mío”, quedara para siempre grabada en el alma de D. Manuel...

Mas veamos cómo él mismo nos lo describe:

“En mayo del año que acaba de pasar, 1912, de camino que iba a Montilla a dar una conferencia a los sacerdotes cordobeses en peregrinación ante el sepulcro del glorioso Apóstol de Andalucía Beato Juan de Avila, me llegué a Madrid con el exclusivo objeto de dar un

⁹¹ “El Granito de Arena”, 20 abril, 1910.

⁹² La llama de aquel cielo reparador prendió pronto en las almas sacerdotales y la Obra tuvo la hermosísima prolongación de Juanes Sacerdotales y Juanes Seminaristas, además de los seglares.

vistazo a aquellas Martas, de las que tantas buenas hazañas me contaban y escribían constantemente...

Celebramos una fiesta de familia en la iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús y en presencia de Jesús Sacramentado hablé a muchos cientos de Marías.

Y como aquella era hora de contar intimidades, les anuncié mi aspiración de que la Obra fuera a Roma, a que el Papa de la Eucaristía la conociera y le pusiera el sello y sobre todo, a que la completara...

Decía yo a las Marías que me preguntaban qué le faltaba a la Obra: Hasta ahora son las Marías las que van a visitar al Corazón de Jesús abandonado y pobre...

La Obra estará completa cuando ese Jesús tan agradecido y tan bueno sea el que vaya a visitar a sus Marías cuando a éstas les toque estar enclavadas en la cruz de la enfermedad sobre el calvario del dolor... y que las visite del modo más bonito y fino que tiene El de visitar, es decir, en forma de Misa.

¡Qué consuelo para las Marías en su calvario ver alzarse en su misma habitación el calvario místico de Jesús! ¡Qué gozo ver calvario frente a calvario y olvidar el uno la cruz propia para sentir el peso de la cruz del otro y cambiar clavo por clavo, espinas por espinas, cruz por cruz, sangre por sangre, dolor por dolor y hasta muerte por muerte...! ¡Si el Papa quisiera! ¡Si el Corazón de Jesús dijera que sí!...

Un grupo de Marías vino a verme después de aquella reunión y me dijo: Tiene Vd. que ir a Roma enseguida; esa gracia es menester alcanzarla; el Santo Padre tiene que conocer a las Marías...

* * *

Fui a Roma a fines de noviembre del año 1912 con mucha confianza en las oraciones de las Marías de toda España, tan interesadas como yo en el buen éxito del viaje y ¿por qué no decirlo? con mi poquito de miedo a un no. ¡Era tan grande y tan amplia la gracia que le pedía! (⁹³).

Apenas llegado visité a los Emmos. Sres. Cardenales Vives Tutó, y Merry del Val en quienes por su condición de españoles, por conocer ya la

⁹³ Acompañando al Emmo. Cardenal Almaraz y Santos, Arzobispo de Sevilla, que iba a recibir el capelo cardenalicio de manos de S. S., realizó este viaje bajo los paternales auspicios de su Prelado, en quien siempre encontró la Obra la más decidida protección.

Obra de las Marías y por su fama de patrocinadores decididos de las causas buenas de España, esperaba yo encontrar buenos intercesores cerca del Santo Padre.

Y la verdad es que no se engañó mi esperanza.

El día 27 de noviembre me anunciaba mi Sr. Cardenal una gran noticia ¡me iba a presentar al Santo Padre en la audiencia que tenía concedida para el día siguiente!

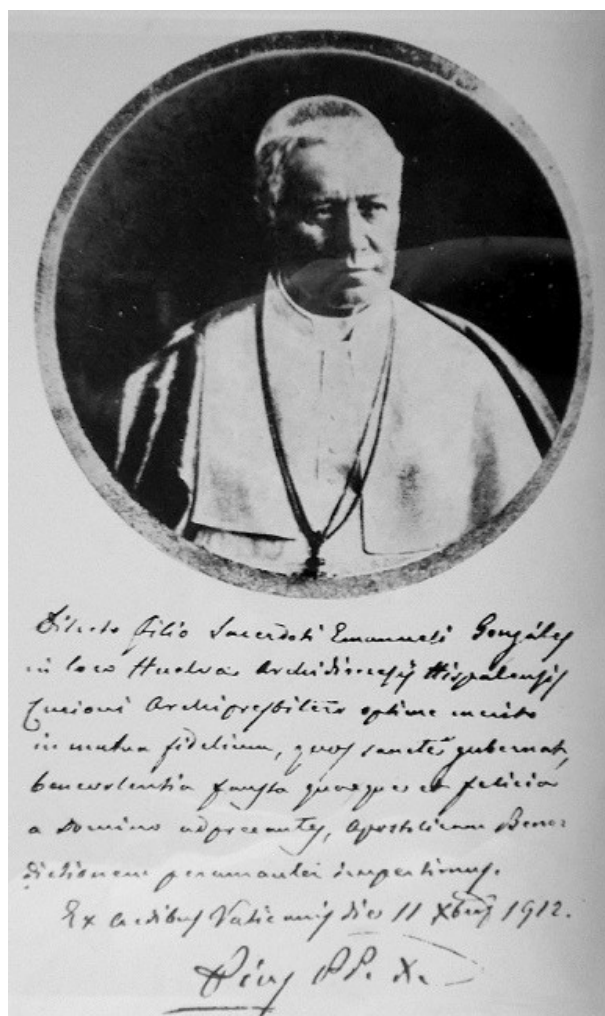
Santísimo Padre, dijo mi Cardenal terminada la conversación que a solas tuvo con su Santidad y después de haber presentado a su Provisor y Secretario, Santísimo Padre ¡el Arcipreste de Huelva! y como refiriéndose a la conversación antes tenida, ¡el apóstol de la Eucaristía...!

Entre tanto yo hacía delante de Su Santidad las tres genuflexiones de rúbrica y besaba su mano, ya que humildemente rehusaba dar a besar el pie.

El Santo Padre con su mano derecha que yo besaba y estrechaba hizo ademán de que me levantara y bañándome con una mirada penetrante y muy de Padre y con rostro sonriente empezó a preguntarme por mis niños pobres, ¡niños míos, cuánto gocé al veros en la boca y en el corazón del Papa! Siguió hablándome de... ¿queréis que os diga la verdad?, yo perdí en aquellos momentos la noción de la palabra humana, a pesar de los ensayos hechos por mí en la lengua italiana con el exclusivo objeto de entender y hablar al Papa, yo os aseguro que en aquel momento de emociones supremas, olvidé lo poco de italiano que sabía y creo que hasta el castellano; el Santo Padre, con una dulzura y un interés cuyo solo recuerdo me conmueve, seguía preguntándome y hablándome y yo, pobre de mí, no sabía sino que mi cara y mis orejas echaban fuego y que el corazón parecía iba a saltar en pedazos de tan ligero y fuerte como latía, y que las piernas no respondían del todo de seguir cumpliendo su oficio de sostenedoras de mi humanidad. ¡Vaya un mensajero que habían mandado las Marías al Papa! ¡Vaya si estuvo elocuente!

Gracias a la oportuna intervención del buenísimo Rector del Colegio Español D. Luis Albert que nos acompañaba, el Santo Padre pudo saber algo de lo que me preguntaba y que le dio motivo para decirme sonriendo: Ah, Párroco pícaro...

Nos bendijo a todos así como a nuestras familias y personas confiadas a nuestro cuidado, y, besándole de nuevo el anillo me despidió con un cariñosísimo adiós. Párroco roto, que aún parece que estoy oyendo...



EL GRAN PRIVILEGIO

El día 3 de diciembre, fiesta del gran Apóstol español, San Francisco Javier, me dice muy temprano el Sr. Cardenal Vives: esta tarde tengo que despachar con el Santo Padre; tráigame las preces y pídale a los señores Cardenales Almaraz y de Cos que pongan al pie su recomendación.

¡Qué día aquel y, sobre todo, qué tarde aquella!

* * *

A las siete, un aviso de mi Sr. Cardenal, más que corriendo, volando acudí a su despacho y veo en sus manos el mismo documento que yo había mandado hojas antes la Papa, pero a continuación de la firma de los Cardenales ¡Dios mío! ¡letra del Papa! ¡su firma!

Como antes, cuando vi al Santo Padre, no supe hablar, ahora no sabía leer... sin embargo mi espíritu leía, allí decía un sí muy grande y muy solemne, muy del Corazón de Jesús.

De rodillas recibí en mis manos aquel papel sobre el que acababa de poner su mano ¿quién? Jesucristo mismo.

Corazón de mi Jesús, paga, paga Tú, que ni tus Marías, ni yo sabemos pagar aquel sí de tu Vicario. Paga aquellas intercesiones de tus tres Cardenales y paga aquella lágrima de emoción y triunfo que asomaba a los ojos de mi Prelado cuando ponía en manos del último de sus Sacerdotes la voluntad del Papa (⁹⁴).

Un encargo. El mismo que me hizo el bondadosísimo Cardenal Vives cuando fui a darle las gracias por su eficaz participación en nuestro asunto: Yo no quiero gracias, me dijo, Dios es el que las merece; lo único que quiero es que el Arcipreste de Huelva, las Marías y los Juanes españoles se encarguen con sus campañas de demostrar al Santo Padre que yo no lo he engañado.

Yo deseo, prosiguió el Cardenal, y así se lo he prometido al Papa, que esta Obra sea la red que envuelva a los pueblos, hoy en naufragio de fe y caridad, y los arrastre a las playas del Sagrario.

E insistiendo en la misma idea me dijo al despedirme de él a mi regreso: Que raí señale un Sagrario, que yo quiero ser Juan de un Sagrario-Calvario y que no se olvide de la red...

Marías y Juanes amadísimos, ya lo sabéis; se nos piden obras, obras de reparación eucarística, de atracción al Sagrario, de, y permitidme la palabra, eucaristización del mundo.

Conceda el Corazón bendito de Jesús a su santo Vicario y al venerable “Juan” de nuestros Sagrarios-Calvarios, el gran consuelo de que pronto se haga preciso al diccionario de nuestra lengua esta palabra: Eucaristizar: La acción de volver a un pueblo loco de amor por el Corazón Eucarístico de Jesús.

¡Dios mío, Dios mío, que las Marías y los Juanes hagan conjugar pronto ese verbo a toda España y a todo el mundo!” (⁹⁵).

* * *

Y aquella voz del Fundador, lanzada como una bandera de guerra santa contra el abandono del Sagrario, llevada en alas de los cuatro vientos, surcaba los ámbitos de la patria y hasta se perdía, haciéndole eco las olas, por los mares lejanos.

⁹⁴ Puede verse el texto del autógrafo en apéndices n. 4.

⁹⁵ Ver “Aunque todos... yo no”, 6.^a ed. págs. 137-157.

Y eran estas sus palabras, valientes como un reto y amargas... ¡como la hiel de la Cruz!: *“Que cuando el dardo del abandono venga a clavarse en el Sagrario, se vea impelido a una de estas dos cosas: o a retroceder, porque vosotros no la dejáis pasar, o si esto no podéis... ¡a llegar al Sagrario goteando sangre de vuestros corazones, lágrimas de vuestros ojos y esencia de vuestras vidas!*

¡Que un mismo dardo atraviese dos corazones!” (⁹⁶).

⁹⁶ “El abandono de los Sagrarios acompañados”, 3.^a ed., p. 131.

III

La reparación con alas

Yo quiero ver las Marías por entre breñas y montañas, sorteando barrancos y vadean” do ríos, jadeantes y polvorientas postrarse ante el montón de ruinas morales y materiales del pueblecito que no reza, ni ama a su Dueño, y llegar de puerta en puerta pidiendo una limosna de cariño para El” (97).

“Ante el abandono que pone frío de muerte y polvo de ruina y tristeza de desolación en el Sagrario de Jesús, reparación, no con pies, sino con alas que vuelen a través de montes y collados de dificultades y molestias a llevar a Jesús triste, consuelo, al Sagrario frío, calor, y a los oídos y corazones de sus vecinos, gritos de alarma de que ¡Jesús está solo y no debe estar solo!” (98).

Se había declarado la guerra al abandono y ésta era la consigna, al primer toque de clarín: ¡Reparación con alas!

El viento se estremeció de coplas;

“Mensajeras del Sagrario
hemos de ser las Marías,
nido de nuestros amores
ha de ser la Eucaristía...”

Y levantaron en bandadas, como palomas heridas de amor, su dolorido vuelo hacia el Sagrario... y, como para el amor no hay distancias, el camino se hizo vuelo...

“Por los pueblos y ciudades
volaremos a buscar
corazones que se rindan
a Jesús en el altar...”

⁹⁷ “Florecillas de Sagrario”, 2.^a serie, p. 93.

⁹⁸ “Florecillas de Sagrario”, 2.^a serie, p. 44.

Con sencillez de Evangelio y grandeza de gesta escondida, comienza la historia de las Marías. El primer Sagrario a) que tienden su vuelo será Palos de Moguer...

EL PRIMER VIAJE DE MARÍAS

Mercedes López (⁹⁹) es la primera en lanzarse, al día siguiente de haber oído la llamada de Dios, hecha por el Arcipreste en aquel Primer Viernes de marzo.

En Palos de Moguer, junto al mar sobre cuyas olas se mecieron las tres carabelas de los conquistadores, comienza la obra reparadora.

También como aquellos marinos iban las Marías a la conquista de lejanas tierras, pero ¡qué diferencia entre unos y otras!

Aquellos caminaban hacia un mundo ignorado, que había que conquistar por vez primera, ellas hacían la reconquista del Sagrario abandonado...

¿Qué hizo allí?... Visitó su Sagrario, le adornó con flores, llevó a Jesús el consuelo de su presencia, habló a mujeres y a niños de aquel abandono en que se encontraba Jesús, y pregonera incansable del Amor olvidado, recorrió el pueblo buscándole compañía...

⁹⁹ De ella escribió el Vrd. Fundador: “Adherida a poco de mi llegada a Huelva a aquel famoso coro de *chiflados y chifladas* por el Corazón de Jesús, que tantas empresas de gloria para El y de provecho para Huelva llevaron a cabo, no dejó un memento de exhibirse y trabajar y sacrificarse como tal *chiflada*.”

En los libros de caja de aquel famoso *Banco de la Providencia*, que como preciado tesoro conservo, ¡cuántas veces y en cuántas hojas aparece el nombre de Mercedes López precediendo cifras, unas veces chicas, otras veces grandes, producto de limosnas por ella pedidas de puerta en puerta o de venta de libros míos, u objetos por ella elaborados a beneficio de aquellas Escuelas del Amo! Y ¡cómo olvidar entre otras muchas hazañas de su gran corazón, el día que, viéndome sin maestras para la naciente escuela del Polvorín, se me ofreció a serlo por sólo amor del Amo todo el tiempo que fuera menester! y ¡cómo a pesar de lo largo del camino de cada día y de lo delicado de su salud lo ejecutó por espacio de muchos meses!”

Mercedes López Prieto falleció piadosamente en junio de 1916.

(Ver “El Granito de Arena”, 1918, p, 308).

Fácil es imaginarse la extrañeza de todos al ver a aquella mujer, que venciendo su natural timidez femenina, les hablaba con una palabra sencilla pero plena de entusiasmo, un extraño lenguaje que nunca oyeron...

¿Cuál fue la cosecha? Dos comuniones semanales y un Viático. ¡Qué reducida en número resulta la frase; pero qué rica por lo que encierra!

Pobre Sagrario de Palos, ¡con qué alegría debió contemplar Jesús aquellas dos almas que se le acercaban compasivas! ¡Con qué gozo al abrirse las puertas de su prisión, marcharía a la casa de aquel hijo enfermo para llevarle el consuelo de su presencia y el tesoro de sus gracias! ¡Y con qué cariño miraría Jesús a aquella primera María, que venía a traerle el calor de su compasión, y a levantar en aquel pueblo la bandera de la rebeldía contra el abandono!

Cuando volvió a Huelva, regresó como las Marías del Sepulcro, clamando: ¡He visto al Señor! Ellas le vieron, pero el sepulcro estaba vacío. En aquella iglesia el Sagrario tenía soledad y frío de sepulcro, pero un sepulcro rebosando de vida, y abandonado como si fuera la morada de un muerto.

Las Marías han aprendido su camino, desde aquella hora nadie detendrá sus pasos.

* * *

La María del Sagrario, como la insigne monja castellano, hízose también *andariega* para proporcionar consuelo y llevar almas al Señor...

Ellas conocen los caminos y las carreteras, las trochas y los senderos, y saben de las inclemencias del tiempo y de las fatigas del largo caminar.

Y ¡qué sencillamente y qué sin ruido hacen su apostolado! Con lo sencillez de aquellas mujeres del Evangelio que seguían a Jesús, y sin que nadie se enterara, con finas delicadezas de amor le aderezaban los manjares y le preparaban lugar para el descanso...

Mas no siempre es el silencio compañero inseparable de los viajes de aquellas Marías primeras. Los hay también santamente ruidosos, como uno, entre otros, de las de Valverde del Camino en la provincia de Huelva, hecho a las Minas de Sotiel Coronada.

En aquellas minas había, sí, una capilla, pero nunca habían tenido Sagrario, y estaban aquellas almas como plantas sin sol. Por eso, las Marías, que no sólo se afanarán por llevar los pueblos al Santísimo

Sacramento sino también el Santísimo Sacramento, a los pueblos se dijeron! ¡Hay que poner un Sagrario en las minas!

“¡Un nuevo Sagrario! ¡Mucho chispearán los ojos del Arcipreste de Huelva al leer este epígrafe escribió María de Andalucía al contar la fiesta —, pero más chispeantes están los corazones de las Marías que tuvimos la dicha de asistir a la apertura de ese nuevo Faro que iluminará suavemente las oscuridades espirituales de una insondable mina!

La del alba sería cuando estos nuevos *Quijotes* con faldas que se llaman Marías de los Sagrarios abandonados, salieron a romper lanzas por su dueño y señor el Corazón de Jesús Sacramentado, diez eran ellas, Marías activas de otros tantos Sagrarios, y metían tanta bulla que parecían un ejército. Siete caballeros de la Adoración Nocturna, tres de ellos Discípulos de San Juan le formaban escolta y dos sacerdotes...

El camino es de lo menos favorable, pero aunque hubiera sido un alambra tendido sobre el Niágara lo cruza lleno de fe aquella caravana. Esta era de lo m pintoresco. Un carro pesado y rechinante para las personas de respeto y... kilos... varios burros de la clase de respingones, burras tan autoinmóviles que no las movía ni la electricidad acumulada en el corazón de las jinetas, potros, etc., etc.

El excesivo cuidado que llevábamos con las cabalgaduras no nos impedía dar salida al júbilo que llenaba los corazones y que se traslucía en continuos y fervorosos cánticos que ensordecían el aire y eran repetidos por mil ecos...

Cerca de las nueve llegamos a la cadena de montañas que oculta el lugar donde iba a alojarse por primera vez el Divino Huésped ¡a los veinte siglos! de su permanencia sobre la tierra. No sabemos cómo latiría el corazón de San Francisco Javier a la vista de las murallas de la China, pero el nuestro rompió en un “allegro vivace” al ver que por fin nuestra fe iba a salvar todos los obstáculos.

Todo en aquella linda mañana conmovía nuestro ánimo.

Nos parecía que de cualquier repliegue del camino iba a surgir la figura del Amado que tan de mañana buscábamos, y como a la Magdalena iba a llamarnos por nuestros nombres, diciéndonos: No me elegisteis vosotras a Mí, os elegí Yo...

Con estos pensamientos llegamos a la mina, siendo recibidas por el fervoroso capellán y numeroso público... Una vez llegados el clero y fieles de Calañas, se celebró la Misa y comunión general muy numerosa,

viéndose en ella, dado el vecindario cosmopolita que constituyen las minas, fieles de muy diversos países alimentándose en una misma Mesa, participando de un mismo espíritu y un solo corazón...

Más tarde la Misa solemne, el sermón, que conmueve al auditorio haciéndole ver y sentir la gratitud y la correspondencia que exigía el Don de Dios que iban a disfrutar con tener ya Sagrario..., y luego, la procesión.

Salió el Señor bajo palio, y no cabiendo la enorme multitud en la estrecha garganta por donde serpentea el camino que lleva a una ermita próxima, van muchos trepando por riscos y veredas de cabras, para no perder de vista la Custodia, y por trochas y vericuetos cantos y más cantos y lágrimas que corrían arrollando el polvo del camino...

Cuántas veces, después de sorbernos las lágrimas, dijimos: ¡Si estuviera aquí D. Manuel! No, no estaba allí D. Manuel, pero su espíritu animaba y daba vida a la obra. No estaba allí D. Manuel, pero al calor de su devoción había germinado aquella plantación augusta. No estaba allí, pero su presencia se sentía hasta en el aire que respirábamos.

Por la tarde siguieron las fiestas eucarísticas y los cánticos y los sermones y el entusiasmo...

Aquello estaba muy bueno, pero había que pensar en desandar los kilómetros de marras y no había forma de sacar a las Marías del Sagrario; allí se estaban canta que te canta como si no tuvieran otra cosa que hacer. Las canciones se enredaban como las cerezas, y la última era la más bonita...

Antes de salir recibimos el homenaje de una anciana, ancianísima, que, llorando protestaba que en treinta años que vivía en aquella mina, era el primer día de gozo que había tenido... Era casi otro cántico del “Nunc dimittis...”

Y... volvimos sanas y salvas. Ya entre sueño y vigilia, aún nos parece oír el continuo gritar del conductor del carro que hostiga las caballerías a las voces de ¡Pajarito! ¡Pajarito! Sí, pajaritos quisiéramos ser para volar hasta el nuevo Sagrario donde pernocta por primera vez el Corazón de Jesús...”⁽¹⁰⁰⁾.

Pero no es sólo por la provincia de Huelva; por todas las de España habían comenzado a salir Martas en busca de Sagrarios solitarios... Andaluzas y castellanas viejas y nuevas, catalanas y montañesas se lanzan de las primeras a la campaña eucarística allá por los años del diez al doce.

¹⁰⁰ “El Granito de Arena”, 20 octubre 1912.

Después... son ya Marías de todas las regiones y provincias las que cruzan todos los caminos de nuestra patria en una misión eucarística hasta entonces desconocida... Y los pueblos se conmueven al oír aquella buena nueva, que, sin embargo era tan antigua; “En medio de vosotros está Aquel a quien no conocéis. Venid y adorémosle.” El convite está preparado venid a comer el Pan de vida. ¿Por qué dejáis a Jesucristo abandonado en la soledad de su Sagrario...?”

Pasma el contemplar (lo que parecía sueño o locura) estas legiones de mujeres heroicas, que, contra la extrañeza de unos y las incomprensiones de muchos, se lanzan decididas por todos los caminos de España en busca de Sagrarios abandonados, en aquellos tiempos de recatada vida hogareña, cuando la mujer no habla perdido el instintivo encanto de su timidez femenina.

¿Cómo pudo caber tamaña locura en la mente de aquel soñador? Locuras se han llamado siempre a las empresas de Dios, y locos a los que han pisado la tierra mirando al Cielo.

Ellas evangelizan, ellas adornan los altares, ellas enseñan el canto litúrgico; confundidas con los misioneros, hasta en las más apartadas aldeas ponen sus manos sin cansancio en la red, fundan roperos eucarísticos, organizan catequesis, y vinculan su vida al servicio del Sagrario; ¡que no haya Sagrario sin pueblo ni pueblo sin Sagrario!

Y como nota singular y característica de su apostolado, una admirable adaptabilidad... Ellas son el puente tendido entre la ciudad y los pueblos, por el que pasan a éstos elementos y obras de regeneración espiritual, y su acción es verdaderamente católica, universalista.

Por medio de las Marías se fundan o se restauran en las parroquias pueblerinas obras, hermandades y asociaciones las más diversas, con una imparcialidad admirable y siempre a las órdenes del representante de Cristo, del Sacerdote...

Se adelanta este hombre de Dios a su siglo y crea y organiza una verdadera Acción Católica, toda espíritu y vida, toda sacrificio y entrega...

Las Marías son lo primera avanzadilla de futuras legiones que vendrán después.

¿Y los Juanes? también participaron de aquel celo impetuoso.

En aquellos años de lamentable desorganización, cuando tan enojoso era para el respeto humano dar la cara por Cristo, ellos emprenden una campaña (y es lo original del caso) no católico-social, sino eminentemente

eucarística. La primera podía tener más o menos matiz político y ésta sólo un matiz eucarístico profundo.

¿Tendría alicientes esta obra callada para llenar de entusiasmo a aquellos apóstoles sociales, tan amigos de la acción ruidosa de la tribuna y de la prensa?

Sí, la tuvo. Se dieron cuenta muchos de aquellos espíritus selectos de que, insensiblemente, no pocas de las obras católicas, a fuerza de humanas, iban dejando de ser divinas. En este reducido cenáculo la obra encontró una fervorosa acogida.

También ellos se lanzarán por pueblos y ciudades, nuevos cruzados de Dios, a una propaganda extraña. Aquellos hombres no hablarán de Sindicatos, de Cajas de Ahorros, de Granjas Agrícolas. No. Hablarán un lenguaje de cielo, hablarán de Sagrario, del abandono de Jesús, de la reparación eucarística y del alejamiento de los hombres de la Eucaristía...

¿Qué efectos producía la presencia de estos aventurados apóstoles entre aquellos cristianos tibios, en su mayoría indiferentes, cuando no abiertamente hostiles?

De mano maestra nos lo describe uno de aquellos aventureros, Siurot, en este bello relato;

LA PRIMERA EXPEDICIÓN DE LOS DISCÍPULOS DE SAN JUAN

Salimos de Huelva nueve Juanes, uno de ellos Sacerdote, en pos de las huellas de una pareja de Marías, que estaba realizando dulces trabajos de amor cerca del Sagrario de un pueblecito, que visto desde el Odiel, asentado en una loma recortando el cielo azul con sus casas modestas y alegres, parece una copla llena de luz y alegría...

El Sr. Cura, recién llegado allí, comienza lleno de celo evangélico su misión. Cuando nos íbamos acercando al pueblo, grupos numerosos de niños nos recibieron con simpatía... — ¿A dónde vais?

— ¡A esperarlos!

Yo pienso; He aquí que no vienen los padres ni las madres, pero vienen los niños. Un niño es una flor del árbol de la vida. Le digo a uno de los Juanes: Buen comienzo, nos obsequian con estas florecillas humanas. Bendito sea el pueblo...

— ¿A qué vienen por aquí? Nos dice uno.

— ¡A comulgar!

— ¿A comulgar?

—Sí, hombre... A estar con Jesucristo toda la noche en el Sagrario...

— ¡Cosa más rara...! ¡aquí no se gasta eso...! ⁽¹⁰¹⁾.

—Pues, para que se gaste.

— ¿Pero, Vd. no sabe que aquí no van a la iglesia más que dos o tres mujeres?

— ¡Ah, si fueran los hombres y las mujeres y los niños, entonces Jesús no se estaría *muriendo* de tristeza en el Sagrario de vuestros abuelos; sino que estaría muy alegre y no vendríamos nosotros a consolarlo!

— ¿De modo que Vds. creen que nos van a hacer a nosotros comulgar?

—No señor. Yo no creo tal cosa: No hemos venido para hacerles a Vds. comulgar, sino para que nos *vean* ustedes comulgar; para que sepan Vds. que esa lo hacen todos los hombres de Cristo que andan por esos mundos de Dios...

—Oiga Vd.: ¿Es verdad que viene con ustedes Don Fulano de Tal ⁽¹⁰²⁾, que echa discursos en todas partes...?

—Sí, señor.

—Pues si D. Fulano de Tal hablara, le llenábamos la iglesia de hombres esta noche.

Y en efecto, D. Fulano, después de la presentación del Sr. Cura y de unas sencillas palabras del Juan Sacerdote que iba con nosotros, subió al presbiterio y desde allí habló largo y tendido.

“Vuestros padres venían a la iglesia, y vosotros no venís, eso no tiene más explicación que ésta: Vuestros padres eran mucho mejores que vosotros.

¿Por qué no venís? Pues porque os da vergüenza. ¿Os da vergüenza y no sentís rubor de ir al teatro, a los toros, a la taberna, al casinillo, a los lugares de perdición?...

Mirad, en aquellos viejos bancos de encina se sentaban vuestros abuelos; en aquel altar se casaron vuestros padres, en aquella pila os bautizaron allí en aquel rinconcito hicisteis la primera confesión, allí comulgasteis en la lejana edad de vuestros tiernos años, y allí, dentro de aquel altar de oro viejo está el Jesús de todos los tiempos, el Jesús eterno,

¹⁰¹ Modismo andaluz, que equivale a “aquí no se usa o acostumbra eso.”

¹⁰² Don Manuel Siurot, el célebre pedagogo que nos narra esta escena.

el Jesús a quien habéis cambiado por un artículo de periódico, por una bailarina, por un vaso de vino...

¡Hermanos míos, despertad de vuestra locura, que viene la muerte!

En la cabecera de vuestro lecho está la ciencia y la ciencia no os sirve de nada porque va a llegar la muerte y los médicos ¿qué saben de esto?...

¿No os sirve la ciencia? Pues salvaos con vuestras riquezas...
¡Tampoco!

¿No os sirven las riquezas? Apoyaos en vuestros honores...

¿No os sirven?... Pues entonces que os salven esos cariños tan legítimos que os rodean... que os salve la esposa, el hijo, el padre, el amigo... ¡ah no pueden, estáis solos... solos... en el desamparo formidable de la partida final!...

Bien, pues en nombre de Dios os digo que allí, en aquella soledad inmensa, no hay más que Jesús, que os pide vuestra alma, si vuestra alma ha sido cristiana) y está también ¿por qué no decirlo? Luzbel, el eterno dolor: que tiene un perfecto derecho sobre vosotros, si habéis sido suyos, es decir, anticristianos...”

El orador se fue calentando y mostró a los oyentes lo que es la vida, lo que es el placer, lo que es el sensualismo y lo que es el Sagrario.

Concluyó así: No os pido que seáis adoradores nocturnos que eso fuera empezar la carrera de las armas por el generalato; no os pido siquiera que comulguéis. Es tal vuestro abandono y apartamiento, que os voy a pedir solo que vengáis a Misa, que no dejéis crecer la hierba en la puerta de vuestro templo, y si hay alguno de vosotros a quien el espectáculo del Amor de los Amores, que es Jesús en el Sacramento, ha hecho reverdecer viejas ideas y dulces sentimientos, si hay alguno que no haya perdido del todo la fe y sienta sólo un rayo de la bendita caridad de Jesús, que se ponga de rodillas ante el Sacerdote y lave sus culpas, y luego alargue la lengua en el Sagrario para que el Sol de la Eucaristía vuelva a alumbrar los misterios de su vida y de su alma...

Después se fueron todos, sólo nos quedamos los siete Juanes dándole guardia de amor a Jesús Sacramentado, que nos expuso el Párroco.

A la mañana siguiente, hubo cincuenta comuniones de mujeres y niños. ¿Hombres? Ninguno. Entonces ¿se ha perdido el viaje? No señor, ha sido muy fecundo.

Casi todos los hombres del pueblo se han enterado y han visto con sus ojos cómo Jesucristo sigue siendo el Rey del Amor, de los hombres puros y buenos y han apuntado que eso de comulgar se usa todavía. Es una ola que hemos levantado en el mar muerto de sus almas” (¹⁰³).

LOS NIÑOS DE LAS ESCUELAS

Los niños también han sentido el abandono de Cristo en sus Sagrarios, ellos reclamaban con los hombres el puesto de San Juan, y el Arcipreste, no atreviéndose a llamarles Juanes, les achica el nombre y los bautiza con el diminutivo gracioso de Juanitos.

Ni que decir tiene que aquellos primeros Juanitos serán los niños de las escuelas del Sagrado Corazón.

En ellas se respira el amor al Amo bendito que vive en el Sagrario: a El se acude siempre en todas las penas y las alegrías de la casa. ¿No va a hacer mella en ellos ese abandono de aquél al que quieren con locura?

Como prueba de este trato íntimo y familiar que los niños tienen con Jesús en el Sagrario, déjame que te refiera esta delicada y graciosa anécdota de los musiquillos de la banda...

Necesito una banda de música. Así escribía el Arcipreste, *porque la que tengo está pidiendo a gritos un Asilo de las Hermanitas de los pobres; lo digo por lo viejos que están los instrumentos.*

Como que no exagero si digo que algunos de ellos remontan su fecha al tiempo de ¡Túbal! primer instrumentista de metal conocido.

Como que visitar nuestra clase de música equivale a visitar un museo de historia del arte musical o una enfermería de plaza de toros después de una mala corrida.

¡Tan vendados están los pitos!

Y es lo que me dice el paciente maestro de música: ¡Que los niños más tienen que aprender a curar instrumentos que a tocarlos!

* * *

¿No es verdad que sería una buenísima obra sustituir los arqueológicos pitos de la Banda actual por unos nuevos? (¹⁰⁴).

¹⁰³ “Obra de los Discípulos de San Juan”, 2.^a ed., p. 18.

¹⁰⁴ “El Granito de Arena”, 5 abril, 1910, p. 4.

Y llegó la banda; tiene mucha mano nuestro Arcipreste con e) Amo bendito, y en el Banco de su Providencia todavía no le han retirado el crédito ni le han devuelto una letra.

Ya esta el cajón de los instrumentos en las Escuelas y ya está aquel enjambre de niños alrededor esperando se abra.

¡A la iglesia!

Sí, a presentar los instrumentos nuevos a El que los había dado, a darle las gradas a pedirle bendiciones y alegría para los niños ricos que los habían dado en su Nombre, o decirle una vez más que por eso y por lo otro y por todo se le quería y se le amaba con toda el alma y con todas las ganas.

Y se expuso a S. D. M. y se rezó y se cantó, y cuando el Sacerdote dio con el Santísimo la bendición, los instrumentos nuevos, con los viejos aún servibles, rompieron en una hermosísima y oportuna marcha real al Rey, al Padre, al Amo, al Todo de aquella Escuela y aquellos niños...

Y mientras los niños tocaban su marcha real, con los pitos nuevos yo sé que con lágrimas y corazones conmovidos le tocaron muchas marchas por lo bajito los amigos y maestros que presenciaron la escena..."

* * *

Por eso ¿qué de extrañar tiene que la Obra, como fuego en rastrojo seco, prendiera en el alma de aquellos inocentes, que estaban educados ya en aquella encantadora familiaridad con el Sagrario? ⁽¹⁰⁵⁾.

¹⁰⁵ La sección Infantil de la Obra tuvo su origen en aquellas Escuelas, donde se constituyó el 2 de octubre de 1912, con el nombre de "Juanitos" de los Sagrarios-Calvarios. Aquellos reparadores no sólo ofrecían sus desagravios haciendo cada día sus turnos de adoración ante el Sagrario de su Escuela y otros actos de piedad eucarística, sino realizando viajes a los Sagrarios de los pueblos cercanos y ejerciendo el apostolado entre sus familiares y amigos.

Esta Obra "eucaristizadora" de los "Juanitos", que se extendió por otras diócesis de Espada, fue más tarde modificada, ampliada y organizada en forma más universal, por el mismo Fundador, que al comienzo del año 1934 la promulgó con el nombre de "Niños Reparadores" "de los Sagrarios sin niños y de los niños sin Sagrario", incluyendo en ella también a las niñas. Estos niños y niñas Reparadores, con su insignia, su bandera y su revista propios, se cuentan por miles y se hallan organizados en casi todas las diócesis españolas y algunas del extranjero, dando en las parroquias y colegios donde se establece la Reparación Infantil Eucarística excelentes resultados, a) par que es un plantel apretadísimo para la Pía Unión de los Sagrarios-Calvarios.

EUCARISTIZAR LA PARROQUIA

La eucaristización de su Parroquia y de sus escuelas había de ser la característica de su apostolado, el gran medio de renovar las almas que el Señor le había encomendado y el mejor resorte pedagógico para la formación de los niños.

¡Bendita fecundidad la de las almas unidas a Jesucristo Sacramentado!

Su acción eucaristizadora, iba ensanchando cada vez más el radio de sus benéficos influjos, no sólo en la Parroquia de San Pedro, sino en todo el ambiente espiritual de Huelva.

Baste citar este solo dato que el mismo D. Manuel apuntes: “... *Hoy puedo decir —escribía en 1913— con satisfacción inmensa y con sentimientos de dulce gratitud al Amo y a las almas buenas, que de diez Sagrarios que tiene Huelva, siete están acompañados todo el día, los de San Pedro y la Concepción (Parroquia) por los Marías, los de San Francisco y el Sagrado Corazón (Escuelas) por los Juanitos, y los del Santo Angel y la Milagrosa y Hermanas de la Cruz, por niñas aspirantes a Marías* ⁽¹⁰⁶⁾”.

Las Marías renuevan su turno cada hora, y los niños y niñas cada media hora.

Y los otros Sagrarios que aún no tienen establecida la Adoración diurna perpetua, como radican en iglesias de fervorosas religiosas, puede decirse que están también todo el día acompañados.

Pocos días antes de su santa muerte el mismo Vrdo. Fundador aprobó la sección de Aspirantes Menores de la Obra para los menores de 18 años y mayores de 14, que también tiene su organización y su insignia.

¹⁰⁶ La Adoración diurna perpetua ante el Sagrario de San Pedro, donde había nacido la Obra de las Marías, la estableció D. Manuel como obsequio especial al Corazón de Jesús durante el mes de junio de 1912, para pedir por la conversión de los pecadores de Huelva y por la santificación de los convertidos. (Véase “El Granito de Arena”, 5 de julio 1912 p. 6).

Viendo el resultado espiritual tan halagüeño obtenido por este medio organizó definitivamente la Adoración e hizo imprimir aquella hoja tan propagada “La hora ante el Sagrario” para las “Marías”, a las que en muchos de sus escritos da el título de “adoradoras de los Sagrarios-Calvarios. Su ideal era establecer la Adoración diurna perpetua en todos los Sagrarios, y así se lo propone a las “Marías” en el “Plan de campaña” que las dejó en su Manual.

¿Verdad que consuela ver todo el día el Sagrario acompañado y saber que siempre tiene el Corazón Eucarístico de Jesús ojos que le miren, bocas que le hablen y corazones que se le rindan!

¡Y cómo alegra y esperanza al alma saber que los niños y niñas inocentes son los fieles acompañantes del Corazón bendito que mora en el Sagrario!

Almas que conocéis y amáis lo bueno del Sagrario, ¿verdad que todo esto os sabe muy bien?” (¹⁰⁷).

¡Qué interesante, sencillo y conmovedor resultaba ver aquellos niños pobres del Barrio del Polvorín o del de San Francisco de rodillas ante el Sagrario de su Escuela, ante el Maestro que tan dulcemente los atraía y se los iba metiendo en el alma...! Cada media hora bajaban a la iglesia tres Juanitos y con sus medallas al cuello, de rodillas, rezaban la estación, la oración para ofrecer la visita por los Sagrarios abandonados y la comunión espiritual, volviendo una vez terminada su visita a reanudar su clase. ¡Benditas Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús!

Y si ver así adorado y amado a su Amo y Señor en los Sagrarios onubenses tanto complacía el corazón del Arcipreste, por demás está decir con qué gusto veía crecer el número de Comuniones en la ciudad. Esto era el *termómetro* de la recristianización de aquel pueblo que él se había empeñado en ganar para Cristo.

Gustaba de hacer un balance del *movimiento apostólico* a fin de año, y en él no podía faltar el número de Comuniones. Véase por ejemplo el del año 1914 que tiene especial interés por recopilar el número de las Comuniones de años anteriores y poderse apreciar el aumento anual de ellas.

EXTRACTO DE BALANCE

“Acostumbro por este tiempo, acomodándome a los usos comerciales, a hacer el balance de nuestras obras de Acción Católica en Huelva.

¹⁰⁷ “Obra de los Juanitos”, 1913.

Revolviendo datos y comparando cifras, me encuentro con un número tan elocuente, tan avasalladoramente elocuente, que he hecho alto en mi búsqueda de datos y me limito a recrearme y a invitar a los amigos a que se recreen conmigo en la contemplación de ese número. El sólo es todo un balance, o si queréis un extracto de balance.

El gran número:

El de las Comuniones recibidas en Huelva durante el año 1914. Cada mes ponemos al frente de la lista de las comuniones en él recibidas estas palabras: EL SECRETO DE LA ACCIÓN.

Estamos convencidos y persuadidos por repetidas experiencias de que si la Acción Católica ha de ser acción y por consiguiente, obras, sacrificios, celo que ni se canse ni se engría, y católica, y, como tal, sobrenatural en sus principios, medios y fines, tiene que ser en todo y sobre todo eucarística, y por consiguiente, que a más comuniones y vida de Sagrario de los que trabajan, corresponde más acción y más católica.

Verdad que es ésta tan cierta, tan fecunda, tan comprobada siempre que se quiera, que es lástima, mucha lástima que no se haga más uso de ella. En Huelva adelantamos, no se puede negar ni aún por los mismos adversarios.

¿El secreto?

A eso iba y para eso he escrito esta perspectiva, hoy halagüeña, a pesar de las nubecillas y nubarrones que todavía la oscurecen, para que se vea en todo su relieve el secreto que viene produciéndola.

El secreto de esos adelantos está en que en Huelva se va comulgando mucho y cada vez más.

¿Sabéis a que número han subido las comuniones del año 1914?

191.747

Comparad esa cifra con la de aquel tiempo en que según nos decía el Vrdo. Cardenal Spínola, no comulgaba diariamente más que una señora y él que, todavía seglar, pasaba a la sazón aquí una temporada. Comparadla con la cifra de años más próximos, con la de 1908, por ejemplo, y veréis un aumento de comuniones de 82.312.

Mirad qué escala ascendente tan alentadora de los últimos años:

El año 1908 hubo 109.425 comuniones

“ “ 1909 “ 121.204 “

“	“	1910	“	128.481	“
“	“	1911	“	143.743	“
“	“	1912	“	167.138	“
“	“	1913	“	167.771	“
“	“	1914	“	191.747	“

Después de estos números ¿qué más se puede decir, sino alabar al Corazón di Jesús que ha querido que acertemos con su secreto, su gran secreto?

¡Bendito El!, y que ni nosotros ni nuestros hermanos lo olvidemos”
(¹⁰⁸).

LA CASA SAGRARIO

En premio de esa magna obra eucaristizadora ¿qué le regalará el Amo?

Verdad es que no trabaja a sueldo, que los enamorados de balde se entregan y de balde se inmolan, y él era ¡un enamorado hasta la locura, del Sagrario!

Pero el Corazón de Jesús tan delicado, tan agradecido, que no olvida ni el vaso de agua que se dé en su nombre ¿no le mostrará de algún modo su complacida gratitud? Sí, del modo más delicado y divino... “Zaqueo dijo un día, prepárame tu casa que quiero hospedarme contigo...” (Luc. 19, 5).

Aquella recatada alcoba en que murió su madre se ha convertido en oratorio, ese vacío que dejó ella lo ha venido a llenar El. Leed cómo lo cuenta él mismo en estos renglones henchidos de emoción.

“Yo no sé que en la tierra haya una pena más grande, después de la de perder a Dios, que perder la madre.

El día 16 de enero del año pasado, visitó el Corazón de Jesús mi casa y se llevé a mi madre...

Los que han pasado por esa pena conocen esa impresión de vacío, que crece, se mete en el alma, y yo diría que imprime carácter.

* * *

¹⁰⁸ “El Granito de Arena”, 5 abril, 1910, p. 4.

Para llenar ese vacío, usando del Privilegio que me concedió el Santo Pío X, cuando lo visité, convertí en oratorio la habitación en donde ella dormía y desde donde voló al cielo.

¡Qué dulces me sabían las Misas celebradas en el mismo sitio donde yo le administré los últimos Sacramentos y le di el último beso...!

Mientras duraban aquellas Misas yo no sentía el vacío atormentador de siempre.

¡Dios mío cuántas veces me decía a mi mismo después de esas Misas, si tú quisieras venirte aquí con nosotros para siempre... si tú quisieras vivir en donde vivía mi madre...!

¡Era mucho pulir, sí, quizás una locura..., pero como se lo decía y se lo pedía a El solo, que es tan Padre y entiende tan bien estas locuras de cariños de los hijos...!

Mi oración constante era la contraria del Centurión; éste le pedía que no entrara en su casa porque no era digno..., yo menos humilde o más atrevido que el Centurión, le decía: Aunque no soy digno, entra y quédate en mi casa...

Y hermanos y amigos míos, alegraos, agradeced por mí, que todo es poco para favor tan grande.

Una mañanita de la Semana de Resurrección, el 9 de abril, el Amo bendito, el que se llevó a mi madre, bajó al altar que yo había puesto en el cuarto de ella, y... ya no se fue, se ha quedado a vivir con nosotros en un Sagrario chiquito que le hemos puesto sobre el altar...

¡Se acabó, o mejor, se llenó el vacío de mi casa!

Por la misericordia de Dios, yo siempre he creído en la presencia real de Ntro. Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía; pero os puedo asegurar que desde que vive en mi casa, digo mal, en nuestra casa, casi he perdido la fe... nosotros casi no creemos en El, porque lo sentimos tan cerca, tan nuestro, tan Madre, que más que creerlo es casi verlo y oírlo...

Os confieso que nunca había experimentado tan sensiblemente la verdad de su presencia real como ahora.

Seguramente os interesará saber el cómo de este favor, de esta locura de favor.

Yo os lo contaré y sirva esta visita de consuelo, y motivo de gratitud a las Marías: Un grupo de éstas, inspiradas sin duda por el Amo, se han dado tan buenas trazas de conspirar a espaldas mías, que tomando la voz de las 50.000 Marías españolas, y contando con la bondadosísima

complicidad de *mi querido Sr. Cardenal que puso encarecida recomendación, dirigió preces a S. S. Benedicto XV, pidiéndole para el Fundador de la Obra de las Tres Marías y de los Discípulos de San Juan*, facultad de tener reservado el Santísimo Sacramento en su oratorio privado, como delicada correspondencia del Corazón de Jesús al cielo y trabajos eucarísticos y apostólicos del dicho Fundador...

Y el Papa, con una generosidad y delicadeza de Padre que nunca sabré pagar, puso al pie de las preces con su propia mano;

BENIGNE ANNUIMUS SECUNDUM PRECES

Benedictus P. P. XV

Y ahora ya no sé proseguir...

Que los que hayan leído, cuando estén delante de esas grandes penas de la vida, se acuerden de mi Sagrario y busquen y pidan la gran alegría en donde yo la hallé...

¡Hace cosas tan buenas el Corazón de Jesús en el Sagrario!...” (109)

La casa estaba llena de Dios. ¡Que alegría para todos saber que entre ello?, como en Betania, como en Nazaret, participando de sus penas y de sus alegrías está el Amo Bendito!...

Aquella saladísima narradora María de Andalucía, escribe por aquella fecha las impresiones de la primera visita a la Casa-oratorio...

“...Apenas toqué a la puerta, me sobrecogió el silencio de la casa.

Parecía que con la gracia de poseer la Reserva Eucarística habían conferido a todos sus habitantes el don de *sutileza*, al timbre el don de *claridad*, pues, en vez de sonar estrepitosamente, enciende una luz que avisa en silencio la llamada; y a Antonia hermana y coadjutora del Arcipreste, el don de *agilidad* que da unas zapatillas de lona y cáñamo; ésta abrió quedamente y con los ojos nos señaló el lugar del Sagrario.

Sobre el altar existe un montuoso Calvario y enclavado entre sus riscos un lindo tabernáculo conteniendo al Amor no amado.

Arriba, Jesús Crucificado con el Corazón descubierto, María Mater Eius, y demás Marías; abajo el Fundador de las Marías que oraba sin respirar. Todo era allí amor y misterio, no llegaban al altar los ruidos del exterior y hasta la luz ardía sin chisporretear... Oramos brevemente y

¹⁰⁹ “El Granito de Arena”, 5 junio, 1915.

mímicamente nos invitaron a salir del Sagrario; lo hicimos de puntillas, y ya fuera, todos hablaban suavemente.

El Arcipreste, estimulado por nuestras preguntas, hablaba del gozo que le habían proporcionado las Marías, obteniéndole del Pontífice la concesión de un Sagrario para su oratorio y nos mostraba el bello pergamino que usaron para la petición, hablaba de su vida, de sus correrías por tierras de las Marías, de sus alegrías al ver el bien que hacen, hablaba de sus escuelas en las que funda para el porvenir las esperanzas de una raza fuerte y cristiana, de sus obras de propaganda y sus obras de albañilería. De su ilusión y de su preferido sueño de ver, merced a las obras de las Marías, el culto eucarístico restituido a su antiguo esplendor; de sus deseos de conocer una agrupación de Sacerdotes dedicados en cuerpo y alma al servicio de los Sagrarios abandonados haciendo que el Corazón de Jesús sea amado y conocido..

Hablaba, hablaba, comiéndose como buen andaluz, la mitad de las palabras, apenas enunciando los proyectos, dejando a flor de oídos las ideas; los míos le oían sin chistar, tocados por las alas del ángel del silencio, pensando que Dios estaba allí, y que aquella casa parecida por su tamaño a una caja de cigarros, estaba llena de Dios, y que Sagrario era allí el escritorio, Sagrario el comedor, Sagrario el vestíbulo. Sagrario el dormitorio, cristal y tabique por medio con el oratorio, y, allí hasta durmiendo, latirán los corazones al unísono del Corazón de Jesús. Y pensaba que en aquella casa era de Dios el trabajo y el descanso, de Dios la literatura, la pedagogía y todo lo que se fraguaba y que Dios se había complacido en ella diciendo a su dueño: Quiero descansar en tu casa, quiero buscar una morada tranquila, por tantos Sagrarios alborotados por la guerra, quiero pagar tus trabajos eucarísticos *eucaristizándole* hasta la respiración...”⁽¹¹⁰⁾.

* * *

La casita del Arcipreste tenía el calor del regazo materno, y en ella ¡cuántos apostólicos proyectos iban madurando!

ESCLAVO DE MARÍA

D. Manuel se había entregado todo él y todo lo suyo al Corazón de Jesús, por medio de la Madre Inmaculada. Bien sabía el Hijo de la Virgen

¹¹⁰ “El Granito de Arena”, 5 de junio, 1915.

que nada más grande podía pedirle que la entrega de su madre a la que amaba con locura. ¿No sería una providencial preparación para esa entrega desgarradora, la Consagración plena, total, sin condiciones a María, que había hecho solemnemente dos años antes de morírsele aquélla?

Fue al final de unos Ejercicios espirituales, practicados por los Sacerdotes de la Unión Apostólica de Sevilla, en aquel Seminario. Todos habían acordado consagrarse como esclavos de María Inmaculada Reina de los Sacerdotes. Y nuestro Arcipreste, ardiendo en fervor mariano, quiso comunicar este acto a sus amigos de El Granito de Arena, en un artículo dei que son los párrafos siguientes, que bien merecería la pena publicarse íntegro, si los límites impuestos a la extensión de esta biografía lo permitiesen.

“¡Esclavos de la Inmaculada, o mejor del Corazón de Jesús por la Inmaculada! ¡Con qué gusto nos disponíamos a recibir esas dulces cadenas!

Nuestro Sr. Cardenal se apresuró a manifestarnos que él quería también ligarse con aquellas cadenas, y que vendría al Seminario a firmar con nosotros la Carta de esclavitud a la Inmaculada Reina.

No se me olvidará nunca aquella tarde del 17 de enero (1912), aquella capillita oscura, apenas iluminada por la luz de la lámpara y las dos velas del Sagrario, aquella voz augusta de Príncipe de la Iglesia, cariñosa e insinuante como de Padre, afligida unas veces, esperanzada otras, que nos hablaba...

* * *

Yo no sé qué dirían los Pontífices a los cristianos congregados en las catacumbas en las vísperas de Circo; pero me figuro que debía parecerse mucho a lo que el Pontífice hispalense decía a sus Sacerdotes aquella tarde; y lo que aquellos cristianos sentirían en sus corazones tampoco debía estar muy lejos de lo que sentía aquel puñado de Sacerdotes oyendo a su Prelado...

Después, todos de rodillas y de rodillas también el venerable Cardenal, que al pie del Sagrario lee con voz reposada y firme la fórmula de consagración:

“Os escojo hoy, ¡oh María!, en presencia de toda la corte celestial, por mi Madre y Señora. Os entrego y consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras, otorgándoos entero y pleno

derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, a vuestro agrado, a la mayor gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad...”

Y luego aquel amén solemne, unánime, pronunciado más con el corazón que con la boca, que debió repercutir con eco agradable en el Corazón de la Reina y en el Corazón del Rey de aquellos nuevos esclavos, y que venía a ser como la rúbrica con que cada una de aquellas almas sellaba la carta de su esclavitud...

REINA MÍA

Que no te olvides Tú nunca de la rúbrica que puso y que está siempre dispuesto a renovar aunque sea con sangre de sus venas,

Tu esclavo, el Arcipreste de Huelva.”

(Publicado en “El Granito de Arena”, 5 de febrero de 1912)

Capítulo IX

Escritor y peregrino del sagrario

1.º.- *El secreto de su pluma.*

La transparencia de su estilo.
Su sorprendente originalidad.
La gracia andaluza.

2.º.- *Al calor de sus pisadas.*

La Sociología del Evangelio.
La Acción Social según un Cura.
La solución del Evangelio.
Una anécdota de aquella Semana.
“Lo que puede un Cura hoy.”

3.º.- *Rutas Eucarísticas.*

¡A Valladolid!
Lección práctica de Catecismo.
Peregrino del Sagrario.
La Campaña del Canto Gregoriano.

El secreto de su pluma

¡Pobre Arcipreste! cuando le veo sobre la mesa de su sacristía, la pluma en la mano, sobre las cuartillas que se pierden entre facturas de carpinteros y albañiles, minutarios-sacramentales y cartas, se me viene a las mentes el recuerdo de la Santa de Avila. ¿Es posible escribir de esa manera? ¡Cuántas veces tendría que interrumpir, la monja escritora, aquellos deliciosos coloquios de las Moradas para anotar sobre el mismo papel la cuenta del recadero, ajustar el precio de una campana, o contestar de prisa una carta, porque el mozo de muías esperaba a la puerta, y con más impaciencia le esperaban sus hijas de Beas o de Toledo...!

A través de los siglos ¡cómo se parecen los dos...!

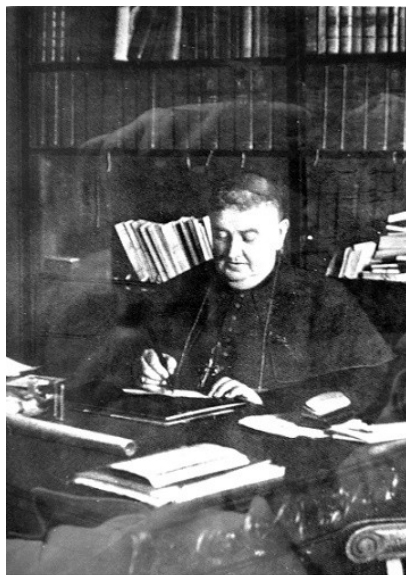
Dulce tarea es escribir, cuando el tiempo no apremia y la tranquilidad del espíritu remansa y aclara el pensamiento; pero escribir, cuando a cada momento el trajín de una vida vertiginosa de celo, rompe el hilo de las ideas, y lanza con brusquedad la imaginación por otros senderos que nada se parecen a aquellos, por los que con deleite discurría, si no es un imposible, es por lo menos una inquietante tortura.

Por eso, por aquellas interrupciones violentas en que le ponía su vida de monja fundadora, cortándole el vuelo a su pluma la primera nimiedad a que hubiera de atender, el estilo de Teresa a veces se extravía vagabundo, y unas ideas atropellan a otras y cuando logra coger otra vez el sendero se disculpa graciosamente con aquello de *“perdonen mis hijas que muy mucho me he divertido.”*

A nuestro Arcipreste le ocurre igual, ha de escribir de prisa y corriendo.

Su letra se adelgaza como un hilillo que no quisiera romperse, se precipitan los conceptos y sin embargo, a pesar de esta inquietud con que escribe, ¡qué serenidad de espíritu reflejan sus páginas! ¡qué claridad de conceptos! y casi siempre no hace más que esbozar las ideas.

Apenas le da tiempo de leer; por eso en sus escritos no abundan las citas pretenciosas y tiene la originalidad de una cosa tan propia, que difícilmente se le encuentra otra filiación literaria, que no sea la suya.



Escritor fecundo

Su estilo es sencillo, y más que sencillo transparente, las ideas en él se ven, se palpan, toman relieve y forma, y aunque lleno de un saleroso gracejo andaluz sabe siempre torcer a lo divino lo que de suyo pararía en cómico o jocoso.

No descansa en la risa: hace de ella peldaño para sus ascensiones.

Su puro humorismo no se desparrama por la tierra, es un surtidor que se lanza a los cielos.

En él campean estas cuatro notas que le hacen inimitable y único: transparencia de ideas, originalidad suma, abundante y fina sal andaluza y una graciosa unción que deleita y cautiva desde el primer momento.

LA TRANSPARENCIA DE SU ESTILO

Ved cómo los grandes misterios, en él se hacen tan claros, que llegan a penetrar fácilmente en las inteligencias menos cultivadas... ¡Con qué belleza de expresión nos habla del gozo del Sacerdote de Jesús en darse...!

¡Cuánto debe gozar el corazón del Sacerdote en vivir sólo para dar a Jesús y darse con El a las almas! Por la consagración sacerdotal el Sacerdote ha dejado místicamente de ser un hombre para empezar a ser un Jesús. Una especie de transubstanciación se ha operado en él: las apariencias son del hombre, la sustancia es de Jesús: tiene lengua, ojos, manos, pies, corazón como los demás hombres; pero desde que ha sido

consagrado, todos esos órganos e instrumentos no son del hombre, sino de Jesús.

Su lengua es para hacer Carne y Sangre de Jesús de la substancia del pan y del vino, para hacer vivir a Jesús en las almas por medio de los sacramentos y de la predicación sagrada.

Sus ojos son para mirar y compadecer y atraer en lugar y al modo de Jesús, que ha querido quedar oculto y como ciego en el Sagrario.

Sus manos son para dar bendiciones a hijos, direcciones a caminantes, apoyos a débiles, pan a los hambrientos, abrigo a los desnudos, medicina a los enfermos en nombre y virtud de Jesús.

Sus pies son para ir siempre en seguimiento de ovejas fieles o en busca de las descarriadas.

Su corazón es para amar, y perdonar, y agradecer y volverse loco a lo Jesús.

Su cabeza para pensar en Jesús y con criterio de Jesús conocerlo y darlo a conocer cada vez más y mejor y, como El, no aspirar en la tierra más que a una corona de espinas...

Madre Inmaculada, que este Sacerdote tuyo, por donde quiera que pase, dé siempre y sólo a Jesús, envuelto en su palabra, en su mirada, en su gesto, hasta en su aliento” (111).

Y cuando su pluma corre al vuelo sobre algún hondo misterio de la Eucaristía, sorprende aquél su lenguaje tan claro que parece un rayo de sol perdido, en aquel abismo de amor.

Ante el silencio de la hostia se admira extático y escribe;

“...Ese Maestro eterno y esa Palabra viva de Dios que se hace boca de carne para que los hombres oigan hablar a Dios y directamente por El sean enseñados a conocerlo, a amarlo y a poseerlo, ese Maestro-Dios y esa Palabra-Dios decretan enseñar a los hombres treinta y tres años hablando, y siglos y siglos callando. ¡Jesús-Maestro callado! ¡Jesús—Palabra eterna de Dios callada!

Y ¡con qué silencio!

En tomo de esa Hostia se oyen alabanzas y blasfemias, se consuman adoraciones y sacrificios, se sienten amores, odios y abandonos...

¡Si la Hostia hablara! ¡Una sola palabra de aprobación, de queja, de reprobación...!

¹¹¹ “El Rosario Sacerdotal”, págs., 37-38.

¡Un ¡ay! siquiera!

¡El Maestro calla!

¡La Hostia callada!

¡Qué bien se adivina por ese tesón de callar que la lección de que más necesita el hombre es la del silencio de su amor propio! ¡La de aprender a callar!” ⁽¹¹²⁾.

“Se ha pasado la vida”, nos dirá el prologuista de uno de sus más bellos libros “como el discípulo predilecto, reclinado sobre el pecho del Amado, e iba contando una a una en la hora silenciosa del amor las palpitaciones del Corazón de Cristo. Se las sabía de memoria” ⁽¹¹³⁾.

SU SORPRENDENTE ORIGINALIDAD

La originalidad de los místicos, que sólo hacen trasladar al papel las íntimas experiencias de su alma. Enamorado de la Eucaristía ha calado en los repliegues más escondidos del Corazón de Cristo, por rutas inexploradas ha llegado a penetrar el misterio de su abandono y de su silencio. Nadie antes de él ha hablado de las renunciaciones de Cristo, al penetrar en el alma del comulgante, con ese saboreo amargo de *confidencia* angustiosa: ¡Renuncia hasta la vida! Oídselo a él, que yo no quiero empañar con mi pluma la grandeza y hermosura de estos bellos pensamientos.

“Madre Inmaculada... tu Hijo va a entrar en mi boca, y al tocar mi lengua El hará de su libertad y de su virtud, ¡qué misterio!, lo que yo quiera o lo que le deje hacer, ¡aunque llegara a exigirle la renuncia de ellas...!

Y cuando pase de mi lengua, y las especies sacramentales, bajo las que se oculta y entra disfrazado se disuelvan, dejará de existir sacramentalmente, se morirá místicamente en mí... ¿Quieres, Madre querida, enseñarme a pensar, a asistir, a apreciar, a agradecer esa muerte o renuncia de su vida de tu Jesús Sacramentado...?

Jesús de mi comunión: ¿Por qué, siendo Tú el Señor de la vida, has querido someterte a la ley que has impuesto a los seres que viven de la vida que tú les das?

¡La vida por la muerte!

¹¹² “Oremos en el Sagrario...”, págs. 111-113, 3.^a ed.

¹¹³ J. M. González Ruíz en el Prólogo de “Así ama El.”

Tú, que has dispuesto que sólo del grano muerto y podrido surja el tallo de la nueva vida y que has mandado que sólo del hombre muerto a sí mismo surja el hombre de la vida nueva tuya, ¿no has demostrado bastante tu poder y abatido nuestro orgullo, con ese surgir la vida de la muerte, con ese trueque de la corrupción de un ser con la generación de otro?

¿Tenías necesidad de hacerte grano caído y muerto en el surco de nuestra alma para que de tu muerte surgiera nuestra vida?

No fue necesidad, fue amor. Y este lo llevó a someterse a la misteriosa ley de la vida por la muerte; a la muerte real de la cruz para dar vida a los que se la labraron y a ella lo llevaron; a la muerte mística del altar para ser la Vida de los que le sacrifican; y el amor también lo trae a mi boca ya mi corazón para que su muerte sacramental sea la vida mía...

Señor, ¿por qué ha llegado a tanto tu amor...? ¿Tanto vale mi vida que des por ella la tuya? ¿Y que inventes modos de vivir, sólo para tenerlos de morir por mí? ¿Qué traza es esta de morir viviendo y no querer vivir más que para morir por los que amas?

¡La muerte sin vida!

Y al llegar aquí, y cuando toda la admiración y todo el asombro de mi alma se recogen para acompañarte por esos caminos tan oscuros, una nueva luz me los ensancha ante mis ojos y me los hace más incomprensibles e inefables.

Esa luz me hace conocer esta idea:

Morir para dar vida al que se ama es muy grande, muy hermoso, muy heroico; pero también muy dulce morir.

Si a la semilla muerta en su surco le fuera dado asomarse a la superficie de la tierra que la cubre y ver el tronco que de ella salió, y el ramaje que lo adorna, y los frutos que le cuelgan, ¡con qué gusto volvería a caer dentro de su tumba...!

Pero ¿y si la semilla cae en el surco, se muere y se queda sola porque la dureza o sequedad de la tierra no la dejan brotar?

No sentirá nada porque no tiene corazón; pero Tú, Jesús mío Sacramentado, grano sepultado en mi pecho, que tienes corazón y lo tienes tan blando y tan grande, ¿qué sientes en él cuando te dejo morir solo, es decir, sin que te deje brotar, ni darme vida?

¿Con qué palabras se pueden contar el dolor, la violencia, la opresión, la tristeza infinita de esta escena: Jesús, ansioso de morir por hacer vivir, consumiendo su vida Sacramental dentro de un alma dura y seca, obstinada en no vivir...?

Este morir sí que es duro morir y exclusivamente propio de un amante loco o divino, o las dos cosas a la par.

¡Semilla divina, sembrada en las almas-vergeles, mi corazón te adora y te canta!

¡Semilla divina, sepultada en las almas-desiertos, mi corazón te adora en el silencio de su asombro y te compadece!” ⁽¹¹⁴⁾.

¿No recuerdan esa claridad de ideas, esa galanura de estilo, ese dulce coloquio con el Amado, la serena belleza de nuestros místicos del siglo de oro?

Ese andar siempre sobre el pecho de Jesús Hostia, auscultando los latidos de su corazón, le dan a sus escritos la originalidad de cosa propia saboreada y paladeada en el silencio de la oración.

LA GRACIA ANDALUZA

Pero hay otra fuente de donde dimana su originalidad: además de la Gracia del Cielo, la gracia bendita de la tierra de Andalucía. El había escrito:

“Cuando se encuentran en una misma persona la Gracia del Cielo y la gracia de la tierra, surgen esas grandes figuras de la historia, centros universales de irresistibles atracciones, pródigos de fecundidad espiritual y de influencias tan dulces como avasalladoras” ⁽¹¹⁵⁾. Hizo sin pretenderlo su autorretrato... Sus páginas estarán por eso sembradas de granitos de sal, y aliñadas con un saborcillo acre de mostaza y de pimienta...

Y nos dirá que hay “*almas borregos*”, porque no acaban de separar el ¡me! ¡me! de todos los verbos con que se expresan, *almas en huelga perpetua de brazos caídos*, porque no oran, o porque se entregaron al desaliento que es la *filoxera* del cielo, y así toda una riquísima gama de graciosas comparaciones caseras que ponen de bulto sus ideas.

Leed sino aquel ingenioso capítulo de sus “Granitos de sal”, titulado: *De Zoología espiritual*; ante vuestros ojos agradablemente sorprendidos

¹¹⁴ “Mi Comunión de María”, págs. 123-126, 8.ª ed.

¹¹⁵ “La Gracia en la Educación”, 16, 3.ª ed.

irán pasándolas *almas camaleones*, las *almas liebres*, las *almas murciélagos* y las *almas águilas*, y viéndolas desfilas no sabréis que hacer, si llorar o reír, porque cada sonrisa de aquellas trae una triste realidad de la vida...

Cuando narra o describe escenas de chiquillos, su estilo es de un realismo tan sorprendente, que sus cuadros parecen fotografías del natural.

Oíd este diálogo con un monaguillo:

Ocupábame al salir de visitar a nuestro Señor en el Jubileo de las XL horas, en examinar las obras de restauración recién hechas en el viejo atrio de la Iglesia, siguiéndome a respetuosa distancia, como en escolta de honor el monacillo, al parecer, de la misma.

Y digo al parecer, por la sotanilla roja y el respingón y almidonado roquete que lo envolvían, aunque en realidad más cara y postura tenía de uno de esos innumerables Niños Jesús de las Iglesias de Monjas, revestido con las indumentarias más al gusto y al estilo de la que lo cuida y guarda.

Esto era en realidad mi silencioso y respetuoso acompañante: un niño gordito y rechoncho, de carrillos tan colorados como su sotana y de cara tan tranquila como si acabaran de sacarlo de una urna.

Al acabar mi inspección, reparo en él y trato de entablar diálogo.

—Oye, ¿tú eres el monacillo de aquí?

Silencio de mi interrogado y mirada un si es no es desdeñosa que equivale, o a mí me lo parece, a esta respuesta: — ¡Qué disparate!

—Y tú ¿por qué estás tan gordo?

Nueva mirada en la que, sin perder la serenidad, se apunta una ligera sonrisa de dignación.

—Oye, ¿y a ti te gustaría ser Obispo?

Sin dignarse aun contestar ni aun mirarme, mi hombrecillo se cruza las manos a la espalda y avanza lentamente delante de mí. Intrigado yo con la actitud tan impropia de los cuatro o cinco años de mi pretendido interlocutor, le insto.—Pero qué ¿tú no querías ser Obispo y llevar una capa como ésta y una cruz...?

— ¡Obispo! responde al fin mi olímpico personajillo en tono ídem, ¡Obispo! y... ¡yo ya he salió Cardená!

— ¿Cardenal?

—Si zeñó pa que se entere usté, Cardená y hasta Papa he sío yo.

— ¡Chiquillo! ¿Papa tú?

— *¿Que no? Pregúnteselo usted a lo Salesiano si no man sacao a mi de Papa en la procesión de María Auxiliadora.*

— *¡Ya, ya, ya! Bueno, pues ¡adiós, Padre Santo! Mientras que en son de cariñosa despedida le hago reverencia.*

Y con la solemnidad y soltura de un Papa de verdad y de toda su vida, responde a mi reverencia en broma con una bendición con dos dedos de su mano derecha y un muy serio y reposado:

— *¡Adió, hijo!... ”* ⁽¹¹⁶⁾.

Todo lo suyo está lleno de una graciosa unción, hasta para hablar con Dios, tiene la travesura de un niño y la gracia ingenua de esta Andalucía, que no concibe a los ángeles quietos y serios adorando al Señor, y los pinta como Murillo, en racimos juguetones a los pies de la Inmaculada, o sonriéndole desde las nubes.

Por eso la mística de este escritor andaluz tiene siempre a flor de labios una delicada sonrisa.

“¡Señor, que cuando te pregunten por mí, te sonrías...!”

Jaculatoria que parece como esta otra un villancico: *“Corazón de mi Jesús, acostado en la cuna de mi corazón, que cuanto quiera, diga y haga hoy te abrigue, te mezca y te recree...”*.

Con la misma delicada ternura y traviesa confianza habla con la celestial Señora...

“Madre Inmaculada, guarda a Jesús en el Sagrario de mi corazón y que ni el demonio ni yo sepamos dónde tienes la llave...”.

Y a veces su palabra tiene delicadezas de amor como San Francisco de Sales y apasionados arranques como el Obispo de Hipona.

“Madre generosa, si con un beso fue entregado a la muerte tu Hijo, que es la Vi” da, que por el beso de mi Comunión yo que soy muerte, me acabe de entregar a la vida” ⁽¹¹⁷⁾

Razón tenía Ricardo León cuando le decía: *“¡Cuánto envidio su estilo! ¡Qué no daría yo por tener esa sencillez inimitable con que escribe!”*

Si apenas leía, si no tenía quietud ni reposo para entregarse al trabajo de la escritura ¿quién movía su pluma? ¿Cuál era la fuente de su inspiración...? ¿Cuál...? ¡El Amor!

¹¹⁶ “Sembrando granitos de mostaza”, p. 91, 3.^a ed.

¹¹⁷ “Mi Comunión de Marías, p. 179, 8.^a ed.

Tres eran los libros en los que él leía de memoria: el Sagrario, el Evangelio y las almas, y cuando de ellos escribía le volaba la pluma sobre las cuartillas y se apretujaban aquellos—renglones do letras menuditas que a fuerza de correr, perdían la curvatura de los signos y casi no eran más que trazos rápidos, como flechas que se escaparan todas a la vez del mismo arco (¹¹⁸).

Y escribía con la estilográfica que le bendijo el Papa, y como fácilmente la descargaba, solía tener otra dispuesta sobre la mesa para no perder tiempo en volver a Henar la pluma.

En el año 1907 comienza sus tareas de escritor y ya no las abandonará hasta momentos antes de expirar, cuando la muerte le arranque la pluma de la mano el 1940. ¡Treinta y dos años escribiendo, sin agotarse, sin repetirse, sin perder el sello inconfundible de su estilo personalísimo, y ameno siempre y nuevo siempre, a pesar de que su tema invariablemente será la Eucaristía...! (¹¹⁹).

¹¹⁸ Dos meses antes de morir les decía en una conferencia a las Marías de Zaragoza, que. mando se ponía a escribir del Sagrario y del Evangelio, corría la pluma sin parar, pero si tenía que hacerlo de asuntos oficiales ya estaba mucho más premioso.

¹¹⁹ En noviembre de 1907 comenzó a publicar la revista “El Granito de Arena” como órgano de la Acción Social Católica del Arciprestazgo de Huelva. Al ser elevado a la dignidad episcopal siguió publicándola en Málaga y después en Palencia, como órgano oficial de la Pía Unión de las Tres Marías y los Discípulos de San Juan de los Sagra, los Calvarios.

Apenas nacida se propagó rápidamente por todas las provincias de España y por América española. Era la simpática revistilla el portavoz del apóstol, el índice de sus obras, vocero de sus ideas y de sus afanes y heraldo de su celo apostólico. De ella escribía el Vble. D. Andrés Manjón: “Está escrita en cristiano y en andaluz, con mucha gracia y mucha claridad y sustancia”. En sus páginas palpitaba la personalidad de su director y esa vida que él comunicaba a sus originalísimos escritos. De ahí el interés que despertaban y la compenetración de sus lectores con las ideas y las obras de D. Manuel, llegando éstos a formar como una familia espiritual, que hasta se asimilaban el mismo estilo y lenguaje para tratar de los intereses del “AMO”.

En las bodas de plata de “El Granito” escribía D. Manuel, recordando su historia: *“Como hijo dócil y sin pretensiones, ha seguido la suerte y vicisitudes del Padre que Dios te dio... Ha ido diciendo a la buena de Dios lo que él te ha dictado... y con él ha llorado el abandono de los niños pobres y de los pobres niños y ha hecho llover el dinero para hacerles escuelas; ha llorado y llora sobre el Sacerdote y el Sagrario abandonados, y se levanta sobre tos montes de Málaga su gallardo Seminario, y se pueblan de Marías y Discípulos de San Juan los Sagrarios abandonados y se seca la hierba de los caminos de los templos y el ejército de la compañía reparadora del Sagrario-Calvario invade el mundo... y cientos de miles de bocas y de corazones hablan, tratan y quieren al Corazón de Jesús al estilo que les va enseñando y*

II

Al calor de sus pisadas

Con la misma velocidad que se mueve su pluma se mueven sus pies.

Es que nadie como el cristiano ha sabido supervalorizar el tiempo. Lo que para el pagano no es más que un río que se escapa de prisa, y hay que gozar también de prisa, antes de que se hunda para siempre en los mares, para el cristiano (sin dejar de ser río), cobra en su fugitivo fluir un paradójico sentido de perennidad.

Con lo transitorio labramos y logramos lo que permanece: “Que el tiempo es semilla de eternidad” (San Agustín).

De ahí aquel consejo magnífico de San Pablo que a la par que lo dignifica aguijonea nuestra alma con el afán desmedido de su aprovechamiento: Lo que el hombre sembrare eso recogerá..., por eso mientras que el tiempo sea nuestro ¡obremos el bien! (Gálat. VI, 7-10).

El tiempo ya tiene un alto sentido espiritual.es... la sementera para la eternidad.

Mas cuando a este valor de eternidad, se le añade aquel otro valor de redención que cobra empleándolo en el bien de los demás, no es extraño que surjan esos avaros del tiempo que se llaman los santos, los apóstoles...

Será Pablo, Teresa, Javier... la llama del cielo los devora, la tierra para ellos no tendrá fin, ni habrá aquí abajo descanso para su apasionada tarea.

Entonces la vida que en el fondo íntimo de sus almas sigue teniendo divina quietud de remanso, se exterioriza en un vertiginoso correr de torrentera.

Así le ocurrió a nuestro Arcipreste.

sugiriendo el pobrecillo “Granito de Arena”.

La revista sigue publicándose con sus hijuelas “RE-N-E” para los “Niños Reparadores” “ATRAENOS” para Aspirantes Menores de la Obra de los Sagrarios-Calvarios.

Es sorprendente verlo cruzar de un extremo a otro toda la Península, reclamada su presencia en innumerables ambientes, pendientes todos los oídos de sus lecciones magistrales sobre su ingente obra de reparación eucarística, tácticas de apostolado, orientación catequística, formación de Sacerdotes., . Sería imposible narrar detalladamente todas sus excursiones y viajes, solamente extractaremos de su diario los relatos más interesantes que él mismo nos ha dejado escritos con la magia de su brillante pluma.

Su nombre se deja oír por primera vez en Sevilla en la III Semana Social,

Produce en ella su conferencia una impresión tan profunda que desde aquel día su nombre se hace popular en toda España.

SOCIOLOGÍA DEL EVANGELIO

La “Rerum Novarum” de León XIII había despertado un interés creciente en los medios católicos por el pavoroso problema social.

En España el avance se manifestó con caracteres salientes: un nuevo dinamismo activo y generoso removi6 la opini6n cat6lica. Para muchos espa6oles, dej6 de serla vida lo que seg6n Maura, hab6a sido para la generalidad: “Un espect6culo que se presenciaba con tanta mayor comodidad y m6s exquisita fruici6n, cuanto menos se interven6a en 6l.”

La preocupaci6n social se hizo imprescindible en todas las empresas cat6licas y una fiebre de estudios sociales se apoder6 de muchos esp6ritus selectos y de una gran parte del clero.

Los Obispos comentan en sus pastorales las doctrinas de la “Rerum Novarum” y antes de ella Espa6a era tierra abonada.

Estaba en pleno vigor el movimiento de los Congresos Cat6licos, iniciado con el de Madrid en 1889 y seguido del de Zaragoza en 1890; un ardiente ap6stol, el Padre Antonio Vicent, S. J., el “Pedro el Ermita6o espa6ol de la Cruzada Social” como se le ha llamado, recorr6a incansable desde hac6a seis a6os la Pen6nsula y la dispon6a para la sementera que la palabra del Pont6fice habr6a de hacer a6n m6s abundante. Aquel Marqu6s de Comillas, cuyo proceso de beatificaci6n est6 incoado, era el padre de todos sus obreros y hab6a cristianizado todas sus empresas.

Por toda Espa6a hab6a ya un ansia latente de renovaci6n social...

La “Rerum Novarum” se6ala una ruta segura a estos ap6stoles y una nueva era social se inicia con aquel primer comentario de la Enc6clica.” El

socialismo y el anarquismo”, escrito en 1893 por el mismo P. Vicent (¹²⁰), el apóstol de los obreros y “La Cuestión Social” del Primado de Toledo, Cardenal Sancha. Bajo su Pontificado se inician las célebres Semanas Sociales; la primera en Madrid en 1906, a la que siguen Zaragoza en 1907 y Sevilla en 1908.

A ésta acudió D. Manuel invitado cariñosamente por su Prelado el Cardenal Almaraz.

Gran expectación había despertado esta Semana: el Sr. Arzobispo de Granada, los Obispos de Guadix y Ciudad Rodrigo, Vich y Coria, realzaban con su asistencia aquellas solemnes y fructuosas jornadas.

Tomaban parte en ellas el veterano apóstol Padre Vicent, S. I, y el celoso Párroco de Olite (Navarra), don Victoriano Flamarique, nuestro Arcipreste y del campo seglar el culto publicista sevillano don José Monje y Bemol y el infatigable organizador de las Cajas Rurales de Extremadura, D. León Leal Ramos.

Los actos se celebraban en el salón llamado de Santo Tomás, en la planta baja del hermoso Palacio Arzobispal.

La conferencia de nuestro Arcipreste fue en la tarde del lunes, día 16 de noviembre. Presidía el Excmo. Sr. Arzobispo de Granada.

Acababa de disertar magistralmente el Padre Vicent sobre el municipio cristiano en la edad media; su erudita y brillante conferencia ha sido premiada con una atronadora salva de aplausos.

Sencillo y sonriente aparece después en la tribuna D. Manuel, y subyugada la numerosa concurrencia le saluda con nuevos aplausos.

“Ni esos aplausos tan cariñosos me quitan el miedo”, dice el Arcipreste; se inicia en el auditorio una leve sonrisa y comienza a hablar... Después de aquella disertación del Padre Vicent, llena de sabiduría, recargada de citas y alusiones históricas, este lenguaje sencillo y chispeante de D. Manuel cautiva y sorprende —Mi tema es la Acción Social del Párroco”, dice. Mas por las exigencias de las circunstancias y por dirigirme a seglares, yo lo reformo así.

¹²⁰ Se difundió esta obra con extraordinaria rapidez. Se hicieron en poco tiempo dos ediciones y se repartieron más de 50.000 ejemplares. Fue durante mucho tiempo —ha escrito Aznar— el único texto por cuyas páginas se asomaron los católicos a ese terrorífico nuevo paisaje abierto por la cuestión social de los pueblos modernos.”

LA ACCIÓN SOCIAL SEGÚN UN CURA...”

Su palabra clara, llena de gracia andaluza y de unción evangélica iba prendiendo en sus redes a aquel culto y sorprendido auditorio... Aquel era un lenguaje extraño, hablaba del Banco de la Providencia, del Amo, del Sagrario, del laicismo en las obras de celo, y salpicaba de anécdotas su charla rebotante de amenidad y colorido...

¡Qué peregrina definición de la Acción Social la suya, y qué olvidada a fuerza de preocuparse en demasía de la parte humana!

“La Acción Social Católica es un viaje de ida y vuelta, que empieza el de ida en Cristo y termina en el pueblo, y empieza en el pueblo el de vuelta y termina en Cristo.”

Su voz se llena de entusiasmo y de unción cuando habla de ese pueblo que paga y pega cuando se cansa de pagar” y que por desgracia está a una distancia infinita de Cristo...

“He estado muchas veces entre obreros y he conseguido estrechar sus manos con las mías, meter mi mirada en sus ojos, mi pan en su estómago y hasta mi cariño en su corazón) pero ¡qué pena he sentido al ver que no podía meter a Cristo en su inteligencia ni en su corazón!... “Pobrecillos, no tienen ellos toda la culpa ni la mayor parte siquiera... ¿Cómo se educan los niños pobres?

El niño pobre no encuentra en su camino más que puntas de pie amenazadoras, la punta del pie del casero porque deteriora las paredes, la punta del pie de ¡su padre! que paga en la inocente criatura rencores ajenos; la punta del pie del guarda del paseo, del municipal de la calle, del maestro a palo seco, del capataz de su fábrica, y cuando sea mayor no serán puntas de pie las que vea sino puntas de plumas que chorrean veneno... Cada golpe que recibe es un callo en su corazón; cuando llegue a ser hombre, ese corazón no es de carne, sino de piedra, si no es que los vicios no la han convertido antes en una gusanera.”

¿Soluciones...? Enumera las soluciones que dan a este grave problema de llevar al pueblo a Cristo los sociólogos. Unos el dinero, otros la influencia y ascendiente personal, otros la ciencia sociológica. De todo eso harto se había hablado ya en aquella Semana.

¿Qué solución presenta él?... Una solución bastante olvidada, oídle: *“Sin negar el valor de cada uno de esos elementos y reconociendo que algo de todo eso hace falta, creo que pararse ahí no es enfocar la cuestión*

“Cuando estudiábamos lógica en el Seminario nos enseñaron que entre la potencia y el acto, los medios y el fin, debía haber proporción, y digo yo: Si la Acción Social Católica es una acción puramente natural, bien, muy bien está que se procuren esos medios naturales y de tejas abajo; pero si la Acción Social Católica es además, una obra o serie de obras sobrenaturales por razón de su principio o de su fin, si no es solo una acción inspirada en la simpatía, en la compasión, en el negocio, en una repugnancia puramente natural a la injusticia, entonces hay que levantar los ojos más arriba, hay que mirar más alto, hay que buscar también medios de tejas arriba, en una palabra, hay que contar con Dios más de lo que se cuenta.”

LA SOLUCIÓN DEL EVANGELIO

“Y allá va mi teoría. Que no es mía, sino del Evangelio, en donde la he aprendido.” Expone a grandes rasgos la vida de un pobre Sacerdote en medio de un pueblo apartado de Cristo, donde los niños le apedrean y hasta los muertos se los arrebatan (sus primeros años en Huelva) y cuando ha terminado este trágico relato, mirando al auditorio que con una emoción incontinida le ha ido siguiendo, lleno de entusiasmo lanza esta pregunta: “¿Qué hará?...” Todos aguardan impacientes la respuesta, hay en el salón un silencio mezcla de curiosidad y expectación...

¡Magnífica respuesta de un sociólogo lleno de Dios! *“Yo creo que si ese Cura tiene sangre cristiana en sus venas, no tiene otro recurso que irse al Sagrario y hartarse de llorar, contando sus desolaciones a su Compañero de abandono; a Jesucristo solo y despreciado, y repetir esa faena una y muchas veces, y yo os aseguro, señores, que es una amenaza terrible para un pueblo impío un Cura llorando ante un Sagrario desierto.”*

Brillante triunfo de lo sobrenatural por encima de todas las soluciones humanas. El Evangelio tantas veces olvidado. Los pescadores de Galilea, pobres, pero multimillonarios de la Gracia de Dios, ignorantes pero caldeados de la llama de Pentecostés, que arrastran el mundo hacia la Cruz.

“Ahí, es donde yo creo, que ha de empezar ese Cura para su Acción Social Católica: Mirando mucho a Cristo y llenándose de aquella mirada dulcemente triste que busca en quien descansar y no halla; llorando con Cristo que llora, acompañando a Cristo abandonado, poniendo su

corazón muy cerca del Corazón de Cristo, muy cerca, hasta que se punce con las espinas que coronan a Este, hasta que pasen al suyo algo de las hieles amargas que en Este rebosan, estableciéndose así un flujo y reflujo de penas y amores, él el adorador, el amante, la victima, por toda su pobre Parroquia...

Y lleno de Cristo que se lance al pueblo, que vendrá el milagro de su regeneración..." "Que se echen a temblar todos los demonios de aquel pueblo, angélicos y humanos, que ya les queda que pasar; que tiemblen las escuelas laicas y los falsos apóstoles y los explotadores y los periódicos malos y todo lo malo, porque aquello ya no es Cura, que es un ciclón que les viene encima.

Ahí está su programa social, contar primero con Dios y después vengan escuelas, patronatos, cajas rurales, granjas, que todo llegará rebosante de vida."

Habla de Huelva, de sus escuelas, de sus niños pobres, de su barrio obrero... de sus cajas de ahorro..., todo eso nació de un amor ilimitado al Amo y de una fe ciega en el Banco de su Providencia que nunca quiebra.

Hay que darle lugar de preferencia a Cristo en les obras sociales... "¡Señores, que el pueblo no sólo tiene hambre de pan, que la tiene de muchas cosas que valen más que el pan! Tiene hambre de verdad, de cariño, de bienestar, de justicia, de cielo y, quizás, sin que se dé cuenta, de Dios; y si las lágrimas de sus ojos nos impulsan a movernos a su favor, ¿las lágrimas de su corazón, las desgarradoras de su alma, nos han de dejar en una neutralidad impasible?"

"No, no; hay que procurarle, junto o después del pan del cuerpo, el pan del alma; hay que imitar al Maestro, que, después de hartar de pan al pueblo, con un milagro, lo prepara para anunciarle el otro pan que da la vida eterna.

Hay que colocar el amor de Dios en todas nuestras obras, y porque se olvida eso del amor y se da lo principal a la ciencia y al dinero y a otros factores humanos, creo yo que se quedan mancas y cojas e inútiles muchas obras de Acción Social Católica... Dadme obras sociales sin amor y sin amor llevado hasta la chifladura, y me habréis entregado un montón de huesos, con los que podremos formar un buen esqueleto, pero sin nervios, sin músculos, y, sobre todo, sin alma, que podrá moverse por la electricidad o artificialmente.

Dadme obras sociales con un verdadero chiflado al frente, y a aquel esqueleto se pegarán los nervios y los músculos y vendrá el aliento de

Dios que da vida y vida fecunda, espléndida, inacabable, con frutos de bendición para la tierra y para el Cielo.”

En el patio de sus escuelas dice que quiere poner en una lápida con caracteres que se lean bien, este letrero: *“mientras aquí se ame al Corazón de Jesús y a los niños pobres... ¡habrá escuelas!”*

“Con eso, señores, creo que se deja un buen testamento...”

Aboga porque se nombren patronos de la Acción Social Católica al Corazón de Jesús y a la Madre Inmaculada, y ante los aplausos interminables de aprobación de aquel auditorio en su mayoría sacerdotal, puesto al rojo con su palabra de fuego, termina de esta graciosa manera: *“Señores es la hora de partir, el tren está formado! ¡Revisores, factores, a vuestro puesto! ¡Maquinistas al Sagrario! ¡Corazón de Jesús, encended el fuego...! Pueblo perseguido y explotado, ¡al tren! ¡que toquen la campana! y... ¡a marchar!”* ⁽¹²¹⁾.

En aquella charla amena, caldeada de amor a Dios y a los pobres, no se habían expuesto complicados programas de reformas sociales, no había ni una cita de Ketteler, o Toniolo, ni siquiera se había aportado una solución nueva, pero ¡con qué providencial oportunidad se había recordado el Evangelio y se centraba y colocaba la acción dentro de lo sobrenatural!

UNA ANÉCDOTA DE AQUELLA SEMANA

En aquella asamblea estaban contradictores de su obra. Sacerdotes venerables, que por incomprensión más que por malicia, desde sus periódicos habían censurado sus obras; para ellos no tuvo más que frases de cariño y de admiración... Allí se encontraba también un Prelado de gran prestigio y virtud, que mal informado sobre la actuación del ya célebre Arcipreste, estaba fuertemente prevenido contra él.

Don Manuel podía explicar al Rvdmo. Prelado lo infundado de su *actitud*, pero no; había que hacerlo a sus enmascarados enemigos y antes que empanar, aunque fuera con el leve vaho, la fama del prójimo, prefería callar y saborearen un dulce silencio aquellas humillaciones.

Cuando al entrar o al salir del Palacio se encontraba con él lo saludaba siempre con el mismo obsequioso interés que a los demás. Pero quiso Dios que aquello terminase.

¹²¹ Apéndice de “Lo que puede un Cura hoy.”

Salen del salón de Santo Tomás. Ha terminado aquella conferencia de D. Manuel que ha conmovido a todos; nuestro Sr. Obispo se hace el encontradizo con él.

—Bien, Sr. Arcipreste, que el Señor le premie tanto celo... y rápido en el más cariñoso de los tonos, continúa;

—¿Quiere usted acompañarme a mi habitación?

—*Con mucho gusto, Sr. Obispo.*

Han subido aprisa las escaleras. Se ha cerrado la puerta, los dos están frente a frente.

El Prelado, humildísimo, se ha postrado a los pies del Arcipreste, su pectoral de oro le está besando el ruedo de la sotana.

—Señor Arcipreste, perdóneme. Estaba engañado, he sido injusto con usted.

—*Por Dios, Sr. Obispo, levántese*, le decía el Arcipreste, extrañado de verle a sus pies.

—No, no me levanto, hasta que me perdone.

Se abrazaron los dos conmovidos y desde entonces los unió una amistad estrechísima.

“LO QUE PUEDE UN CURA HOY”

Así terminó en Sevilla aquella jornada gloriosa. Habrá que volver a su Huelva, donde le aguardaba el misterio gozoso de su Sagrario de San Pedro, y los misterios dolorosos de aquel Polvorín de sus amores que le traía tantas veces por la calle de la amargura.

Su conferencia de Sevilla allí estaba llena de ruido y de vida, en aquellas escuelas, en aquellos talleres, en aquellas iglesias rebosantes de niños y de mujeres y ¡hasta de obreros!

Allí su palabra lanzó la semilla de su programa de Acción Social, se necesitaba un libro donde aquellas ideas en embrión se desarrollaran y apareciera en toda su bella amplitud esa gloriosa resurrección del Evangelio, por la que él abogaba.

Y el libro se hizo, traía el mundo un título risueño y optimista, era el vivo retrato de su padre. *Lo que puede un Cura hoy*, se llamaba...

¿Cómo se escribió este libro? ⁽¹²²⁾

Como todo lo suyo: de prisa, de un tirón. Unas cuartillas sobre la mesa de la sacristía, otras, las más, en un rinconcito de su despacho, entre apretones de trabajo que agobian y en plena Cuaresma, cuando el celo incansable, no deja en quietud ni los pies ni la lengua.

“Era en la Cuaresma de 1910: ¡la misma Cuaresma en que vio la luz en el rinconcito del Sagrario de mi Parroquia la Obra de las Tres Marías de los Sagrarios-Calvarios!

El médico, por achaques de salud, me había prohibido ayunar, y para curarme el desasosiego del incumplimiento de la ley del ayuno, se me ocurrió entretener los ratos que la Parroquia me dejara libre con la composición de este librito.

Hijo de padre enfermo, debería salir por ley natural desmedrado y enteco. Pero qui infirma mundi elegit se dignó fijar sus ojos en este pobre fruto de mis desasosiegos de conciencia y de mis afanes de angustias de Cura y ¡se lució!” ⁽¹²³⁾.

Vaya si se lució Sr. Arcipreste, como que El te llevaba de la mano y emborronaba las cuartillas y hasta parece que te empujaba para que acabaras pronto porque se comía de impaciencia por terminar “*aquellas paginillas*” que tanto bien habían de hacer.

El libro fue su primer gran éxito editorial; se agotó rápidamente la primera edición. Se sucedieron sin interrupción muchas más, unas detrás de otras, rebasó pronto las fronteras, se tradujo al portugués, alemán, al italiano, al francés, al rumano y al inglés, y a pesar de los años transcurridos, ni ha perdido su interés ni su *actualidad*.

Lo que puede un Cura hoy es lo que puede hoy a los cuarenta y seis años de haberse escrito. Es un hoy que permanece a pesar de lo que en estos más de nueve lustros han cambiado las cosas y los procedimientos y se han transformado los valores morales y sociales.

¹²² A los 25 años de publicarlo, en una conversación familiar, se le hicieron al autor algunas preguntas sobre su primer libro: Tenía entonces 33 años, concibió el plan rápidamente; en unos diez días lo escribió y decía que fue cosa del Amo.

A éste siguieron otros libros y folletos: “La acción social del párroco”, 1906; “Granitos de sal”, 1.^a y 2.^a series.

“Obra de las Tres Marías” y “Obra de los Discípulos de San Juan”. 1913; “Obra de los Juanitos”, 1913; “Un granito más”, 1911; “Manual de las Marías”, 1914. Publicados en Huelva.

¹²³ “Lo que puede un Cura hoy”. Prólogo a la 4.^a edición.

Aquel libro era una valiente declaración de guerra al pesimismo. Era una respuesta llena de verdad y de vida a aquella pregunta angustiosa de los derrotados por el desaliento: ¿A qué trabajar tanto si se consigue tan poco?

En unos capítulos breves y jugosos, hace desfilar delante de sus sorprendidos lectores todo el inmenso y divino poder del Sacerdote Católico.

En aquel sencillamente maravilloso capítulo tercero, lanza este grito de aliento suave como caricia de auras que bajaran del cielo: *“¡Sacerdote de Cristo, no te acobardes, no estás solo! Está contigo toda la Iglesia con su inmenso poder; no eres huérfano; está contigo la Madre Inmaculada, con toda su infinita ternura, y está contigo el Corazón de Jesús vivo y real en tu Sagrario. ¡La omnipotencia de Dios entre tus manos!*

Jesucristo con su grandeza de Dios y sus ojos y su boca y sus manos y su corazón de Hombre..., con sus virtudes de Santo, con sus méritos de Redentor, con sus promesas de Padre, con su Sangre de Víctima, ¡tuyo es! Así, sin hipérboles ni exageraciones del lenguaje ¡tuyo es!

Y eso quiere decir que cuando te sientas débil ante el empuje de tus enemigos, tienes derecho a contar con su omnipotencia; que, cuando las ingratitudes de los hombres o los pecados tuyos te hagan llorar, tienes derecho a postrarte ante El y abrazarte a sus rodillas y pedirle que posando su mano bendita sobre tu cabeza, te perdone y los perdone a ellos: quiere decir que, cuando encuentres un corazón frío y duro como el mármol, que no quiera convertirse, tienes derecho a tomar un poco de aquel fuego de su Corazón y derretir aquella piedra; quiere decir, que cuando siembres y no recojas, cuando prediques y no te oigan, cuando bendigas y te maldigan, tienes derecho a pedirle milagros de paciencia, de humildad, de caridad, de celo... quiere decir, en suma que, cuando las amarguras te ahoguen, y tu mano no pueda levantarse para bendecir a tanto ingrato, y en tus ojos se sequen las lágrimas y las fuerzas te falten, y no quede parte sana en tu cuerpo de tantos golpes, ni fibra viva en tu corazón de tanto sufrir, tienes derecho a pedirle que te lleve... que te trasplante al Cielo para vivir con El siempre, siempre...

Dime, hermano mío, quien quiera que seas y sufras lo que sufras, ¿te atreverás a decir que estás solo?—

Aquel libro escrito a la luz de la lámpara del Sagrario, era como una llamarada que se escapó de su corazón; por donde quiera que pase irá incendiando almas sacerdotales...

¡Oh divina inquietud la de su corazón, la de su lengua, la de su pluma y la de su vida tan agitada como las llamas de Pentecostés...! Por donde quiera que pase, irá dejando un suave aroma de Sagrario.

Con una asombrosa facilidad irá llenando sus días de libros y de obras y todo lo hará con un aire de infantilidad tan sencillo que le reste importancia a su quehacer.

Todas sus obras no serán para él más que pobres granitos de arena que apenas merecen que se les preste atención, pero hacía siglos que había dicho Ir voz de un genio: “Recoge las cosas pequeñas y harás con ellas un inmenso montón, que pequeños son los granos de trigo, y con ellos se amasa el pan y se llenan los trojes” (¹²⁴).

Su vida ha tomado ya el rumbo inquieto de los primeros apóstoles, que no saben dejar en reposo ni el corazón, ni la lengua, ni los pies.

¹²⁴ Congere minuta et faciut ingentem acervum: nam et grana minuta sunt et tamen massam faciunt et horres implent. (San Agustín).

III

Rutas Eucarísticas

Recorre, peregrino incansable del Sagrario, las provincias de Cádiz y Sevilla asiste en Junio de 1911 al Congreso Internacional de Madrid, donde se da a conocer más su Obra; de Madrid emprende su marcha a Santander, Burgos y Avila, haciendo aquellas campañas *eucarístico-incendiarias* con reuniones de Marías, conferencias al Clero y “*diluvios de sermones*”, caldeando en el fuego de la Eucaristía a todos los que escuchan sus palabras...

¡A VALLADOID!

Pero el viaje principal del Arcipreste en el año 1913 fue al Congreso Catequístico Nacional de Valladolid en el mes de junio. De allí siguió a otros Centros de Castilla.

Volvemos de nuevo a dejarle la palabra.

...Y ocurrió, que durante mi estancia en Roma con mi amadísimo Sr. Cardenal para recibir el capelo él y en busca yo del gran Privilegio de las Marías que todos conocen, honrábame con el trato del Sr. Cardenal de Valladolid que había ido a Roma con idéntico motivo que el mío. En una de aquellas agradables sobremesas del Colegio Español donde nos hospedábamos, hubo de decirme, imitando el dejo de nuestra tierra: “Do Manué, que cuento con usted para la corrida catequística de Valladolid.”

Ante un empresario tan alto y tan amable y una contrata tan honrosa y gustos para mí, no hubo más que bajar la cabeza y cerrar el trato.

Pero como ya he dicho desde este mismo lugar que hace tiempo padezco diluvio universal de Marías que amenaza ahogarme, al intentar mi viaje a Valladolid, en donde por razón natural habrían de reunirse tantas Marías de todas las partes y tantos directores, pensé aprovechar esa común estancia para vernos, conocernos, hablarnos y entusiasrnarnos más de lo que estábamos.

Comuniqué mis deseos a todos los Directores de Centros Diocesanos de España y el resultado fue el anuncio de reunirnos cerca de treinta en Valladolid, en cuerpo y alma, y todos los cuarenta y cuatro que hoy ya sumamos, en espíritu.”

* * *

Y póngome de un salto en la estación del Norte de Madrid, dejándome atrás las horas de fuego y sudor transcurridas entre Huelva y Madrid.

— *¿Va usted a Valladolid?* —*Si, señor.*

— *¿Y usted, señora? También.*

— *Y ¿usted? y ¿usted? y...*

Total, que sin previo acuerdo, nos encontramos en la estación un buen grupo de Sacerdotes y otro mucho más numeroso de Marías. Y ¡qué Sacerdotes y qué Marías! (¹²⁵).

. Entre todos ocupamos uno de los largos coches del rápido y a los minutos de partir el tren, aquello no era un coche de viajeros, sino un hogar cristiano ambulante en el que todos rezaban, cantaban, reían y se solazaban por los mismos motivos y con idénticos sentimientos.

Y anda que anda, entre contar aventuras de viajes eucarísticos las unas, ensayando el himno del Congreso Catequístico los otros, entre echarle un remiendo a las fuerzas del cuerpo con la comida y ultimar el plan de campaña que cada cual proyectaba realizar en el Congreso, las cinco horas y pico de tren se nos pasaron como un sueño y casi sin percatarnos nos dimos de manos a boca con la ciudad que sirvió de cuna a Felipe II y que en estos días iba a servir también de cuna a tantos buenos pensamientos y a tantas fecundas empresas en pro de la enseñanza cristiana de los niños.

¡Valladolid, cinco minutos de parada!, gritaron desde la estación.

¹²⁵ Menciona el encuentro con los Sres. Don Enrique Reig, Asistente de la Unión Apostólica de Sacerdotes (que fue luego el Cardenal Primado); con D. Ramón Pérez, Rector de la Universidad Pontificia de Granada, después Obispo de Badajoz, de Cádiz luego y últimamente Patriarca de las Indias; con el Sr. Bermejo, excelente Párroco de Granada; con el Sr. Martín, director de las Marías de Málaga; con el Sr. Cura Párroco de San Jerónimo de Madrid; con el Sr. Santander, organizador de los Sindicatos femenino, y para corona de todos con el Sr. Arzobispo de Valencia, gran catequista y alentador de Marías.

* * *

Justo es que, ya que he venido a Valladolid para su Congreso Catequístico, os hable de él!

LAS LECCIONES PRÁCTICAS

—Fue este uno de los atractivos mayores del Congreso. Ver sobre la arena del combate a unos cuantos catequistas de fama, entendérselas con niños desconocidos, poner en juego todos sus resortes y recursos pedagógicos, y hacerles pasar una hora de Catecismo atendido y ameno.

¡Vaya si atraía eso!

¡Dar amenidad al Catecismo y cautivar la atención de los niños la hora que manda el Papa! ¡Vaya si hace sudar tinta eso a más de uno y de dos catequistas!

De mí confieso que, cuando se dio a conocer el proyecto de la Junta organizadora del Congreso, de incluir en el programa esos números de lecciones prácticas de Catecismo, me dije: es menester ir a Valladolid.

Mi gozo, sin embargo, cayó en el consabido pozo, cuando llegó a mis noticias que uno de esos maestros famosos iba a ser el maestro Ciruelas que suscribe.

¡Cuando yo digo que llamarse Arcipreste de Huelva es algo así como caer el gordo de la lotería!...

Resultado: que di mis lecciones como el Amo me dio a entender y los lectores colegirán de algunos retazos que quiero publicar, ya que la Junta sigue siendo tan amable conmigo que me las pide por escrito para la crónica y que me quedé sin ver explicar Catecismo al Maestro de los maestros y queridísimo amigo mío D. Andrés Manjón y a los veteranos maestros de catequística P. Urrutia, S. I., y R. P. Estévez, Garrigós y Alcantarilla, Escolapios y los Hermanos de la Doctrina Cristiana Arsenio Angel e Hilario Felipe.

Lo cual no deja de ser una gracia como otra cualquiera.

LECCIÓN PRÁCTICA DE CATECISMO

“¿Sabéis lo que acaba de pasarme?... Venía yo para esta Iglesia, y, como es natural, venía pensando en vosotros, cuando de pronto me topo

con un diablejo más tiznado que el cisco picón y con más cuernos que un venao, y sin más ni más me dice:

—Yo también voy al Catecismo de San Miguel.

—La falta que tú harás allí, que me la claven en la frente —le contesté yo.

—Yo también voy a todos los Catecismos y por cierto que no voy sólo, que llevo conmigo unos cuantos sobrinillos de mi real tiznada familia, que me sirven de cuadrilla.

—Y ¿cómo se llaman los sobrinitos de la cuadrilla? —le pregunté yo, con más ganas de echar a correr que de aguantar aquella indigesta compañía.

—Mira —me replica el tío de los cuernos—. Este se llama el demonio de la distracción, éste el de la bulla (y ¡que ruido venía armando!), ése de los malos pensamientos, y aquél el de la desobediencia; con esta gente me meto en cualquier Catecismo y ¡no es nada la que armo! Ningún niño atiende a las explicaciones, todos hablan y refriegan les pies por el suelo para armar ruido, se ponen a pensar maneras de hacer daño a los compañeros, y si el Cura manda que callen, ni le escuchan ni le hacen caso. ¡Vamos, sobrinitos míos, vamos de prisa a dar la corrida!

Eché a correr yo también para tomarle la delantera al tiznado y poneros en guardia contra él, cuando de manos a boca me encuentro con un grupito de ángeles, vestiditos de blanco, con las alitas y las manos muy limpias y una sonrisita más dulce y unos modos más agradables... Mirad, se parecían a esa chiquita que está junto a mí, con sus bracitos cruzados, oyéndome con mucha atención... esta niña... (mostrándola) así eran los ángeles que me encontré (todas miran con un palmo de ojos). Pues ¿sabéis a dónde iban aquellos angelitos tan bonitos? Aquí, al Catecismo de San Miguel, venían, según me decían, a darles una paliza a los diablejos aquellos y a defenderos a vosotros.

— ¿Sabéis cómo se llamaban?

Uno se llamaba el ángel de la atención, otro el ángel del silencio, otro el ángel de los buenos pensamientos y otro el ángel de la docilidad.

— ¡Vaya si eran bonitos!

Y como los demonios como los ángeles son espíritus y no se ven con los ojos de la cara aunque estén a dos dedos de uno, vais a representarlos

a lo vivo para que os enteréis bien de los amigos y de los enemigos invisibles que os están acompañando aquí.

Conque vamos a ver si hay entre los niños quien se atreva a hacer de diablillo, aunque no sea más que por cinco minutos.

— ¡Cuidado, que son diablillos de mentirijillas!

Serlo de verdad ¡ni un segundo, hijos míos!

¡Y hay tantos niños que son diablos! No un segundo, sino muchos segundos y muchos minutos, muchas horas y muchos días...

¡Maldito el pecado mortal que hace a los niños diablos!

Conque vengan cuatro diablillos de mentirijillas.

(Se me acercan los cuatro que señalo en medio de la expectación regocijada de todos los demás niños, y les distribuyo oficios).

Tú vas a ser el diablo de la distracción. Pones las manos atrás y meneas mucho la cabeza mirando a todas partes sin fijarte en ninguna.

Tú serás el diablo de la bulla. Tu oficio será refregar, arrastrar mucho los pies por el suelo, y hacer con la boca hueca: juum, juum, juum...

Tú el de los malos pensamientos: pones los dedos tiesos sobre la cabeza de los niños como si fueras a arañar.

Y Tú el de la desobediencia, vas con la cabeza muy levantada y de cuando en cuando subes la mano derecha con el dedo gordo tieso hasta el hombro diciendo: ¡Me importa un comino!

Y ahora: ¡cuatro ángeles! Digo a las niñas.

Y escojo a cuatro de las más chiquitas, vestidas de blanco y les doy su papel.

Tú el ángel del silencio; te pones el dedo sobre los labios.

Tú el ángel de los buenos pensamientos, pasas por entre los niños levantando las manos hacia el Cielo y bajándolas sobre las cabezas sin tocarlas.

Tú el ángel de la docilidad, vas con los bracitos cruzados y la cabecita baja como diciendo: Aquí hay que hacer lo que se mande.

Y tú el ángel de la atención, llevas los ojos muy abiertos y con las puntitas de los dedos te estiras las orejas.

Y ahora ¡en marcha!

Angeles del Señor, salid a acompañar a estos niños en esta hora de Catecismo, corred, corred mucho, que los demonios, vienen de camino a meter la pata y el cuerno en esta obra tan buena.

— ¿Qué regalos traes a estos niños?

—Yo ti silencio.

—Perfectamente; así no tendré que ponerme ronco de tanto gritar, como algunas veces.

—Yo los buenos pensamientos.

—Ajajajá: Mientras yo hablo por fuera, el Señor irá hablando por dentro.

—Yo la docilidad.

—Eso es, para obedecer fielmente todo lo que aquí se manda.

—Y yo la atención.

Muy bien, para que se enteren de todo lo que se les enseñe.

Mirad, mirad, niños, cuántas cosas buenas os traen los ángeles del Señor.

Ea; corred al Catecismo, que ya me está dando en la nariz el tufillo a azufre de los diablillos.

Bajan de la plataforma los ángeles improvisados e internándose por entre las filas de los niños van haciendo su papel, por cierto con naturalidad y gracia.

Los alumnos exteriorizan su alegría y su atención con sus sonrisas que me dicen que se van enterando...

¡Los diablillos! ¡que ya van! Mis diablillos, tan simpáticos como inquietos, tienen unas ganas atroces de entrar en faenas, y al grito mío intentan correr hacia sus víctimas dispuestos a hacer una... diablura.

Hijos míos, los diablos están al llegar y yo antes quiero enseñaros a matarlos...

¿Sabéis cómo se mata un mosquito?

A ver ¿cómo se mata un mosquito que anda silbando piiiinii alrededor de la cara?

Los niños que ya han entrado en el sistema de hacerlo todo a lo vivo, se dan sonoras palmadas en la cara que les hace reír a todo lo largo.

¿Y un toro? ¿Cómo se mata un toro? ¿Hay por aquí algún torero? y contra lo que yo esperaba de aquellos serios castellanitos, surgieron a

montones los discípulos de Cuchares brindándose a lucir sus conocimientos en el arte.

Di la alternativa al que me pareció que respiraba más aire taurómico y... ¡vamos a ver cómo se mata un toro!

Y con un desparpajo singular comenzó a dar pases altos, bajos y en todas direcciones al aire, hasta que a mi indicación se lió el capote hipotético y se arrancó a matar tan en serio que por poco no mete el puño que le servía de espada en la misma boca abierta de uno de los pequeños espectadores.

Después de una buena ración de bravos al precoz espada, vuelvo a mi cuento.

Bueno, ya veo que sabéis matar desde un mosquito hasta un toro a ver si sabéis matar al diablo que es un bicho con más cuernos y más mala intención que un toro de Miura.

¿Cómo se mata al demonio y se le deja patitieso?

Y con una unanimidad que honra a la instrucción de aquellos chicuelos me responden: ¡Haciendo la señal de la Cruz!

Muy bien, muy requetebién, con la señal de la Cruz se matan a todos los demonios habidos y por haber; pero que no se os olvide que tiene que ser con la Cruz bien hecha.

¿A qué no sabéis de cuántas maneras hace el cristiano la señal de la Cruz? Yo os lo voy a enseñar.

Hay cristianos que se persignan picando su cara: son esos que se persignan con el puño cerrado y el pulgar tieso y como pinchándose en la cara y el pecho.

Hay otros que se persignan pasándose de muleta: son los que con toda la mano abierta se hacen unos cuantos garabatos delante de la cara.

Y los hay que se persignan matando de verdad al bicho negro, que son los que se persignan como enseña la Doctrina.

Conque ¡preparen las armas! Que los diablos van para allá y hay que meterles el resuello para adentro.

(Empujo a los diablejos, y haciendo cada cual su papel, van a meterse entre las filas de los niños).

¡El enemigo está encima! ¡De pie todos! ¡Apunten! ¡Fuego!

Y todos los niños con voz enérgica, la mano colocada en la frente, la mirada radiante de triunfo, dicen a una:

Por la señal de la Santa Cruz...

En tanto que los diablillos caen redondos al suelo haciendo deliciosamente el papel de demonio vencido y muerto por la Santa Cruz...

Acto tan sencillamente ejecutado, emocionó tanto a los congresistas que no pudieron sustraerse a dar un aplauso cerrado a la victoria de la Santa Cruz sobre el demonio.

Cantóse una coplita al Corazón de Jesús para celebrar el triunfo, dar descanso y cambiar de ocupación” ⁽¹²⁶⁾.

Este Congreso fue uno de los hechos que más contribuyó a dar a conocer Arcipreste de Huelva, sobre todo como Catequista. Aún hoy lo recuerdan muchos, entre ellos Obispos y Sacerdotes que desde entonces le fueron siguiendo y en los que despertó el interés por él y por sus obras y escritos.

Desde esta fecha, será un peregrino incansable del Amor no amado.

PEREGRINO DEL SAGRARIO

Con ocasión de este viaje, como ya acaba de indicar D. Manuel, fueron muchas las peticiones que se le hicieron para que hablase en Centros de Marías y otros de Acción Social Católica.

La Asamblea de Marías y Directores que había convocado en Valladolid, le absorbió una buena parte de su tiempo allí. Era en junio del 1913.

Desde Valladolid va a Salamanca, Alba de Tormes y Avila para recoger entre sus murallas los latidos del corazón de la Santa Madre que latió como el suyo | al impulso de un mismo amor.

Allí en el corazón de Castilla, en aquellas moradas de Teresa, como ella hablara de sus fundaciones, él en su lenguaje andaluz lleno de donaires, les habla a las Marías de aquella aldeana de Teruel que lleva ya recorridos más de ochenta pueblos y de aquellas lugareñas de la montaña, que antes de romper el alba visitan sus Sagrarios y reciben a su Dios.

Y, sin poder olvidarse de su Andalucía, narra aquellas bellas escenas de sus niños del Polvorín que se ponen por la mañana para comulgar sus alpargatas limpias y las guardan después, condenándose a andar descalzos para poder al día siguiente comulgar con sus alpargatas nuevas...

¹²⁶ “El Granito de Arena”, números 138, 138, 140, 141, 142; 1913.

¡Sí, queremos, exclamaba en Avila, en un arrebató de entusiasmo, incendiar la tierra por los cuatro costados, pero queremos incendiarla con el fuego del amor que hita del Corazón de Cristo!”

Se le estaban contagiando las fiebres de la monja transverberada.

De vuelta a Andalucía reanuda de nuevo sus campañas eucarísticas.

Ahora es Sevilla, Cádiz y Jerez los que sienten a su paso su palabra de apóstol y de acá para allá, no dirige su lengua ni su pluma más que este divino ideal; ¡Buscar compañía al abandonado de los Sagrarios!

Y después, a correr de Norte a Sur por todos los caminos de España, sembrando de almas reparadoras todos los Sagrarios...

Aquel año del 1915, cuando hierva el mundo en los horrores de la guerra, él atraviesa España declarando la guerra santa al abandono del Sagrario... Sevilla, Madrid, Bilbao, San Sebastián y Barcelona van marcando la ruta de este Peregrino incansable.

Y acabó...este viaje en Huelva el día 11 de febrero del mismo año a don llega como él dice, “más flaco de cuerpo *de tanto correr*, más gordo de alma *de tanto gozar* y más largo de campanilla (*sin metáfora*) *de tanto menearla a gloria del Amo bendito de mi cuerpo, alma, campanilla y todo la mía* (¹²⁷).

* * *

“¡Quam speciosi pedes evangelizantium! Ya todos los caminos de España han sentido un estremecimiento de vida nueva, al sentir caer sobre los surcos abiertos la semilla del gran apóstol de la Eucaristía. Su palabra cálida y edificante ha encendido millares de corazones. Nadie puede escaparse al calor de ese fuego. Desde entonces el nombre del *Arcipreste de Huelva* entra en el patrimonio universal de la fama.

LA CAMPAÑA DEL CANTO GREGORIANO

En uno de sus viajes de este tan zarandeado año de 1915 tuvo en San Sebastián una entrevista con el entonces Nuncio Apostólico en España, Monseñor Ragonessi, que se hallaba pasando unos días en aquella ciudad.

“Con el cariño de un padre y con el interés de un apóstol hablóme de las Marías, preguntándome por su número, sus trabajos, sus

¹²⁷ “El Granito de Arena”, 20-2 y 5-3 de 1915.

conquistas, sus dificultades y poniendo a cada respuesta mía, con el gesto o la palabra un comentario de admiración, complacencia, esperanza.

— ¡Bravo por las 70.000 Marías españolas! —prorrumpió, por último, el augusto representante de S. S. Benedicto XV.

Y tomando un tono en el que iban mezclados el interés, la súplica y el mandato, me dice: Yo tengo un encargo, un gran encargo para las Marías españolas. Ellas hoy pueden prestar un gran servicio a la Iglesia, proporcionar un gran placer al Santo Padre y realizar una gran obra de aproximación y educación cristiana del pueblo.

—He recorrido gran parte de España, he asistido a fiestas religiosas de grandes ciudades y de reducidas aldeas y, salvo felices excepciones, he visto con pena al pueblo fiel callado en estas solemnidades sin tomar parte en el canto litúrgico de la Misa...

¡Ah! ¡de cuántos bienes privan al pueblo ese silencio y esa incomunicación con el espíritu de la Iglesia!

Y ese es mi encargo a las Marías.

Ellas están recorriendo todos los pueblos de España, encendiendo o reavivando en dios el juego de amor al Sagrario...

Ellas han comprendido muy bien que el secreto de la acción católica y de la restauración cristiana del pueblo, está en que el Sagrario sea frecuentado y querido... y ¿no será un poderoso medio de atracción y conservación del pueblo junto al Sagrario la participación del mismo en el canto litúrgico?

** * **

Yo me atrevo a asegurarlo: el día que se consiga que el pueblo cristiano vuelva a cantar sus Misas dominicales, se habrá ganado la victoria decisiva sobre la ignorancia religiosa, el desprecio del día del Señor y el abandono de los templos, enemigos hoy que tanto están dañando a las almas...

Marías ¿verdad que todas sin excepción, ponéis al pie de esas augustas palabras el fiat de vuestra decisión inquebrantable y el Amén de vuestra conformidad agradecida? ¡Manos a la obra!” (128).

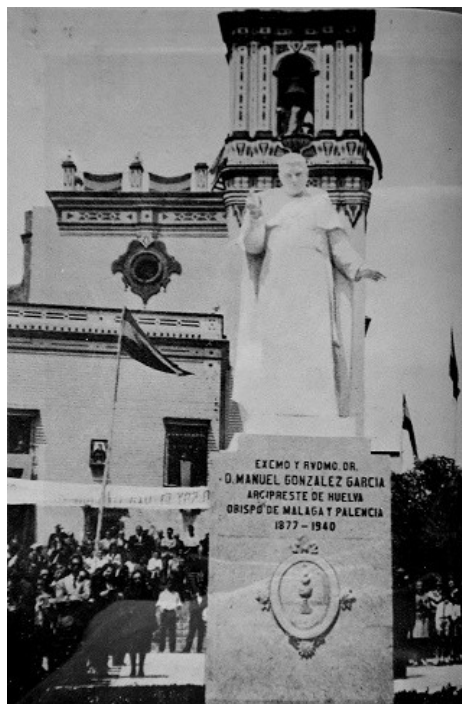
** * **

¹²⁸ “El Granito de Arena”, 20-IX-1915.

Son los años de la guerra europea, mientras por los campos desolados de Europa retumban los cañones y se estremecen los vientos con gritos de odio, este ejército de 70.000 Marías se desborda cantando por las ciudades y aldeas más remotas de la tierra bendita de España. Peregrinas del Amor abandonado llevan ahora una consigna: ¡Reparar cantando! Y los montes y los valles y las plazas y la paz silenciosa de los Sagrarios se van esponjando de coplas...

Aquella legión de trovadoras han hecho lema de sus romerías eucarísticas los dulces palabras de San Agustín: Como suelen cantar los caminantes en la oscuridad de la noche, canta; pero no te detengas. Endulza tu trabajo cantando, pero no te entregues a la pereza. ¡Canta y sigue tu camino!

Las golondrinas del Sagrario Calvario... ¡se han convertido en ruiseñores!



Monumento erigido en Huelva el año 1960

Capítulo X

Obispo de Olimpo y Auxiliar de Málaga

1.º.- *Los ocultos caminos del Señor.*

Un sobresalto en las Navas...

Entrevista con el Cardenal Almaraz.

La preconización.

El regreso a Huelva.

Adelantando noticias.

2.º.- *La hora amarga de las despedidas.*

¿Qué va a ser de las Escuelas?

¿Y las Marías?

“Yo no quiero ser más que el Obispo del Sagrario abandonado.”

3.º.- *La plenitud del Espíritu Santo.*

Nuestra Señora de Loreto.

La Consagración con crisma y con lágrimas.

El Obispo de Olimpo en Huelva.

Su entrada en Málaga.

Los ocultos caminos del Señor

Por aquellas tierras de Avila se andaba aquel verano del 1915, disfrutando de un breve y merecido descanso, y allí, con una carta, el Amo va a gastarle una broma que quitándole el sueño le meterá en la cama.

UN SOBRESALTO EN LAS NAVAS...

A las Navas del Marqués caminan una mitra y un báculo, que vienen desde Huelva buscando al Arcipreste. Escucha lector, esta peregrina historia: Acaba de entrar en la casa de los señores de Escribano, donde se hospeda (¹²⁹).

¹²⁹ Don Gabriel Escribano y su esposa doña Rosa del Pino, oriundos de la provincia de Córdoba (La Rambla), vivían en Madrid, y en su casa de la calle Hermosilla, y Goya 9, después, se hospedaba D. Manuel siempre que pasaba por la capital de España.

Una de las hijas, la Srta. Matilde Escribano, al tener noticia de la Conferencia del Arcipreste en la 3.^a Semana Social de Sevilla y de que la había publicado, le escribió, aunque sin conocerlo, manifestándole sus impresiones sobre ella y sus deseos de propagarla. (Puede verse esta carta en “Lo que puede un Cura hoy”, pág. 111, 8.^a edición).

Desde esa fecha (marzo de 1909) continuó la correspondencia entre ambos y ello dio ocasión para que tan piadosa y ejemplar familia conociese a D. Manuel y tuviese por singular honor que aceptase su invitación para hospedarse en su casa cuando en sus viajes de propaganda había de llegar a Madrid, invitándole asimismo a pasar algunos días de descanso en su residencia veraniega de Las Novas del Marqués (Avila).

El Arcipreste halló en la Srta. Matilde Escribano una fiel y constante colaboradora de sus propagandas y en especial de la Obra de las Marías. En su casa estableció D. Manuel provisionalmente el Secretariado General que desde 1916 a 1825 le ayudó en los trabajos de organización y difusión de la Obra, hasta que fundadas las Hermanas Marías Nazarenas se hicieron cargo del mismo, como tarea propia de sus fines.

Con este motivo obtuvo para la piadosa familia Escribano, cuyo bogar vino a ser un centro de irradiación eucarística, el privilegio de tener reservado al Santísimo Sacramento en su oratorio.

—Don Manuel, tome esta carta viene de San Sebastián reexpedida desde Huelva. (Bien cansada vendrá de tan largo viaje).

Don Manuel la abre, y comienza a leer, su rostro se torna amarillento, le tiemblan las manos.

—Don Manuel, ¿qué noticias le traen que se le ha trocado el color?

—Nada de particular, amigo.

Pero D. Manuel, aunque intenta reponerse de aquello terrible impresión, no lo consigue.

Unas fiebres altísimas dan con él aquella misma noche en la cama.

¡Oh, qué tremendo asalto al castillo de su humildad!

¿Qué nuevas le traía que así le ha rendido en el lecho?

La carta de Monseñor Ragonessi, Nuncio de su S. S. en España, le anunciaba que había sido propuesto para Obispo Auxiliar de la Diócesis de Málaga.

Pobre Arcipreste, siga leyendo aunque le tiemblen las manos y el corazón y las almenas de su castillo caigan por tierra como en un terremoto; “Le ruego encarecidamente que por el bien de aquellas almas, acepte tan honroso cargo.”

No, él no podía aceptar ¿y Huelva? ¿y los niños? y ¿quién era él para tan alta y penosa dignidad? Su humildad y su celo se rebelaron. ¿Qué hará...?

El Sr. Nuncio se encontraba veraneando en San Sebastián y Don Manuel decidió ir a entrevistarse con él y exponerle sus repugnancias, sus temores, sus razones para no aceptar el Episcopado. Allá se dirigió y llegó a entablarse una lucha entre su humildad y su espíritu de filial obediencia.

Con toda sumisión, pero con ruda firmeza el Arcipreste exponía sus puntos de vista... y no logró el Sr. Nuncio convencerle hasta que le expuso ser aquella la voluntad de Dios y la voluntad del Papa.

Ante esta intimación tan enérgica aceptó venciendo todas sus repugnancias. El temor a la carga que veía venir sobre sus hombros, el dejar aquel campo de Huelva regado con tantos trabajos y sacrificios, el porvenir incierto de aquellas obras por él fundadas y sostenidas, su

La señorita Matilde Escribano pasó a mejor vida el 19 de febrero de 1939. (V. “El Granito de Arena”, pág. 44. Año 1939).

repugnancia a los honores eran negras nubes de tormenta que descargaban sobre su alma la angustia y desolación del huerto de Getsemaní.

Ya cuando en noviembre del 908 intervino tan destacadamente D. Manuel en la III Semana Social celebrada en Sevilla, el entonces Nuncio de S. S. en España Monseñor Vico, que asistió a ella, al conocerlo y comprobar su prestigio y el efecto causado por aquella su famosa conferencia “La Acción Social del Párroco” pensó en él para Obispo, y parece debió indicar algo al Prelado de Sevilla; preguntó su edad y al saber que sólo tenía treinta y un años, exclamó; ¡Qué lástima sea tan joven; habrá que esperar un poco! (¹³⁰).

ENTREVISTA CON EL CARDENAL ALMARAZ

De vuelta de su visita al Sr. Nuncio en San Sebastián y terminado su descanso veraniego, regresó a Huelva, pasando antes a visitar al Sr. Cardenal, Arzobispo de Sevilla.

En su entrevista con el Sr. Cardenal ocurrió un caso, que evidenció de nuevo su repugnancia a aceptar el Episcopado.

¹³⁰ El entonces Ministro de Gracia y de Justicia Sr. Don Manuel Burgos Mazo, demostraba especial interés en *brindar protección* al Arcipreste, por ser aquél natural de la provincia de Huelva.

D. Manuel nunca buscó tal protección, antes más bien, se mostraba despegado, con esa santa libertad que da el no querer nada. En enero de 1914 asistió al entierro de la piadosa madre del Arcipreste y le dio a entender que se pensaba en él para Obispo; ya en otras ocasiones también le había insinuado no pararía hasta conseguirlo; pero si pensaba halagarle no lo conseguía, pues desviaba siempre la conversación sin darse por aludido.

—Señor Arcipreste —le decía—, pase por mi Ministerio cuando venga a Madrid. El contestaba con su gracia peculiar: — ¿Qué se me ha perdido a mí en el Ministerio, Sr. Ministro? Cuando lo necesite para mis niños pobres o para mis Escuelas, entonces iré.

Pasaba el Ministro largas temporadas de verano en Huelva, recibiendo visitas innumerables de amigos y correligionarios que le abrumaban con sus peticiones. Pero jamás D. Manuel, que le conocía desde antes de ser Ministro, le visitó cuando subió al poder. Más de una vez debió quejarse el Sr. Ministro a sus íntimos de lo que él llamaba un exceso de delicadeza del Sr. Vicario.

Y cuando fue nombrado Obispo sin ninguna intervención política y con la exclusiva de la Nunciatura, y se vio obligado a visitar al Sr. Burgos Mazo en su despacho oficial, oyó de él las siguientes palabras: Más de una vez he deseado que ocupase Vd. el cargo que tiene, pero Vd. no ha querido nada de la política y ha huido siempre de mí.

Cierta persona a quien debió sentarle muy mal la propuesta del Arcipreste de Huelva para el Episcopado, hizo mal ambiente en contra suya cerca del Cardenal Arzobispo. Al llegar el Arcipreste a tratar con él de todo, con la confianza y cariño con que siempre llegaba, lo encontró muy variado. Antes había demostrado muchos deseos de que fuera Obispo, y así se lo decía. Ahora ¡qué cambio tan repentino!

—Señor Arcipreste, que el Obispado es una cruz muy pesada, no se haga ilusiones (como si alguna vez las hubiese tenido).

Don Manuel no se explicaba aquellas advertencias. ¡El, que estaba pasando por las angustias de Getsemaní! ¡El, que más bien necesitaba alientos y consuelos por lo que le costaba aceptar la carga pastoral, sintió mucho aquel lenguaje de su Prelado a quien tanto quería y respetaba!

Hubo un momento de silencio. Los dos se miraban sin comprenderse. Sorprendido ante aquella dolorosa incomprensión, respondió con santa energía:

—*Eminencia, créame, siento y he sentido siempre un horror inmenso a todos los honores y más a esa tan alta dignidad.*

Si acepté fue porque el Sr. Nuncio me lo pedía en el nombre del Papa y en el nombre de Dios. Pero aún estamos a tiempo.

Cogió un pliego de papel, sacó su pluma y lo firmó en blanco.

—Pero... ¿qué hace Vd. Don Manuel? ¿qué es eso?

—*Mi renuncia* —contestó con sencilla entereza—. *Aquí la tiene Su Eminencia, redáctela como mejor le parezca.*

Pero hombre, si no es eso. Por Dios, no lo tome usted así.

—*No tengo ningún interés en ser Obispo, al contrario. Por obediencia he aceptada el serlo. Para mi S. E. es el representante de Dios, si cree que debo renunciar, obedezco y me quito de encima una carga enorme.*

El cambio fue repentino; bruscamente como el sol tras de una tormenta de verano, aquella incomprensiva frialdad se cambió en una cariñosa admiración.

Hasta entonces no vio toda la grandeza de alma de aquel sencillo Sacerdote...

Aquel que tenía ante sus ojos no era un vano buscador de glorias, que siempre, aunque al paso le salieran, las supo despreciar.

El báculo y la mitra no le cambiarán el corazón. Sera un Obispo tan sencillo y humilde que se parará en las calles a conversar con un niño o a bromear con una anciana y sabrá sonreír entre los damascos de la capa magna, bajando las escalinatas de su Catedral, a los colilleros de la plazuela que le besan el anillo y a los mendigos que invaden el portalón de su Palacio, ¡Igual que a los chicuelos desarrapados del Polvorín!..

Por eso los que le conocían se alegraron de aquella exaltación y le animaban a subir confiado a las cumbres episcopales.

Así le escribe el 29 de septiembre de 1915 el venerable maestro D. Andrés Manjón: "...Me parece bien lo de la mitra, y debe usted aceptarla... ¿Que sería más de su gusto el ser propagandista de *esto* y de lo *otro*?... Lo creo, pero, amigo, otros mandan y Vd. se somete y no es de los tozudos... No me extrañan sus miedos y honores y tedios, pero "cúmplase la voluntad de Dios" y El dará fuerzas y allanará las montañas, para que sea un Obispo de los que pide el tiempo y de *cuerpo* entero. Así se lo pedirá al Señor este s. s. s. y C. en J. C., Andrés Manjón."

LA PRECONIZACIÓN

El día 7 de diciembre de 1915 llegaba a la casa de D. Manuel un telegrama de Roma en el que se le comunicaba que el día 6 había sido preconizado por S. S. Benedicto XV, Obispo titular de Olimpo y auxiliar de Málaga.

El interesado se hallaba a la sazón en Sevilla, a donde le gustaba ir todos los años en esa fecha de vísperas de la Inmaculada.

"Me siento en un banco de la Catedral y allí —me decía él— me esponjo en baño de Inmaculada." Soy sevillano —escribía en una ocasión y a fueran siempre he creído, pensado y dicho, que Sevilla, el día de la Inmaculada, es la antesala del Cielo."

Antes de tomar el tren para Huelva, fue el electo Obispo a saludar a la Rvdma. Superiora General de las Esclavas Concepcionistas, la Madre San Marcelo, hermana del venerable Cardenal Spínola, que tanto le había distinguido siempre con su afecto, y a la que solía visitar cuando iba a Sevilla.

Como al llegar D. Manuel ya la Madre General sabía la noticia de su nombramiento, le tenía preparado un obsequio valiosísimo, no sólo por su valor material, sino por el recuerdo que encerraba. Era un pectoral de oro

con una cruz de rubíes que había usado su santo hermano, el cual sería para D. Manuel preciosa reliquia.

Después de esta afectuosa entrevista, se dirigió a la Catedral, con su estuche bajo el brazo, para asistir a la fiesta de la tarde en las Vísperas, y con mucha gracia contaba después las incidencias de esta memorable tarde.

Se colocó en un rinconcito bajo las amplias naves a disfrutar de la vista del Santísimo y de toda aquella solemnidad que terminaba con los bailes de los seises. Necesidad tenía de expansionarse con el Amo y su Madre Inmaculada y volcar en sus corazones toda la emoción que llenaba el suyo en aquellos momentos...

La Catedral se había puesto sus vestiduras de gala; de las altas columnas colgaban terciopelos azules; y sobre el altar bellísima la Madre Inmaculada sonreía como el arca viva de la esperanza flotando sobre un diluvio de flores y de luces.

El sol de la tarde que se filtraba por las ojivas vidriadas sobre el mármol del pavimento con reflejos morados y rojos bordaba una enmarañada alfombra de caprichosos arabescos.

Razón tenía D. Manuel; sí, aquello era un pedazo de cielo. Absorto ante tanta belleza, *esponjándose* de Inmaculada, estaba él de rodillas en un banco lejano, pero pronto le sacaron de su arrobó.

El Maestro de ceremonias que pasa, se detiene y le pregunta: ¿Don Manuel, es cierto lo de su nombramiento? D. Manuel en silencio sonreía, pero antes que abriera los labios, dos Canónigos (antiguos compañeros suyos) ⁽¹³¹⁾ haciéndole una profunda reverencia lo invitan a levantarse.

—Tenga la bondad el Sr. Obispo de pasar al Coro.

—*Vamos, déjense de bromas que está expuesto el Señor.*

—No podemos consentir que esté aquí S. E.

—*Déjenme tranquilo disfrutar pacíficamente de esta fiesta.*

Y como no se dan por vencidos y ya las devotas le miran curiosas, no hay más remedio que ceder y... ¡al Coro!

Cuando llegó la hora del baile de los seises, el Sr. Cardenal que presidía en Coro se levantó para ir, según costumbre, al Presbiterio. Los Sres. Canónigos le indican al preconizado Sr. Obispo que él vaya a la

¹³¹ Don Modesto Abín y Pinedo, que había sido profesor suyo y don Blas de la Oliva.

derecha de S. E. Su primer impulso de resistencia fue inmediatamente vencido por la indicación del Prelado; y ya en el altar le ponen un cojín junto al Sr. Cardenal, porque es costumbre estar de rodillas durante la graciosa ceremonia. *Por cierto comentaba él que pasé mis apuros para sostenerme sobre el cojín. Tan abultado y tieso era que sin tener en qué apoyarme me resbalaba que era un primor y aquí me tienen Vds. haciendo continuos equilibrios para no caerme, llevando debajo del brazo el estuche del pectoral.*

Realmente aquel rato de íntima expansión que él había echado cuentas de pasar en un rinconcito de la Catedral, desapercibido de todos, se le había convertido con las primicias de los honores episcopales en un rato mortificante para su humildad y hasta para su equilibrio...

Al recibirse en Huelva la noticia de su Preconización hubo un repique general de campanas y bien pronto la Parroquia y la casa del señor Arcipreste se vieron concurridísimas; personas de todas clases sociales pugnaban por exteriorizar su júbilo al anciano padre, no sin hacer ostensible el sentimiento que les causaba quedarse sin su Don Manuel.

EL REGRBSO A HUELVA

Toda la ciudad se hallaba en la estación esperándole. La banda de música de las Escuelas y el pueblo le acompañó hasta las del Sagrado Corazón de la calle de San Francisco, donde en el patio, adornado con farolillos a la veneciana, se tuvo la recepción popular...

Todos aquellos días los dedicó a preparar su próxima consagración y ordenar sus asuntos parroquiales, Escuelas y demás obras, a contestar las numerosas cartas de felicitaciones que recibía de toda España, atender a los que le visitaban y... consolar a los que se lamentaban de su marcha...

A propósito de esto escribía un antiguo alumno de las Escuelas: "... ¡Cuántas lágrimas se derramaron por aquel entonces en muchos hogares pobres de Huelva, tan conocidos por el Obispo preconizado, y en las Escuelas, donde más de una vez sorprendimos al virtuoso capellán D. Carlos Sánchez, consolando y aconsejando resignación a los maestros, a los niños mayores del grado quinto y a cuantos por allí se acercaban para "protestar" porque el Vicario se les iba! Y cuando Don Carlos se esforzaba en esto, volvía disimuladamente la cara, para limpiarse las lágrimas (goterones como puños), desprendidas de sus ojos. Fuimos más de una vez testigo® presenciales de este emocionante hecho. Pocos se avenían, nadie

se conformaba de buen grado con que *Don Manuel, Vicario*, se marchara definitivamente de Huelva, llegándose a pensar nada menos, y hasta proyectar públicamente en los periódicos locales, la erección por suscripción popular, de una Catedral en Huelva con su correspondiente Palacio Episcopal para residencia de su primer Obispo Sr. D. Manuel González. Así son las cosas del amor, cuando éste lo inspira la fe y lo sostiene la gratitud” (¹³²).

Uno de los más afectados por el traslado del Arcipreste era Don Manuel Siurot. Se estremeció, dice un Coadjutor de la Parroquia, al saber, que había sido designado para formar parte del glorioso episcopado español y que tenía que ausentarse de Huelva. La gran ilusión de Siurot era que el Arcipreste fuese nombrado Obispo auxiliar de Sevilla con residencia en Huelva, a fin de que continuara al frente de su obra verdaderamente gigantesca y original.

—Pero, decía Siurot, en aquella ocasión a un sacerdote de Huelva: ¡Mire Vd. que irse D. Manuel y quedarse estas Escuelas sin él! ¿Quién puede hacer lo que él hace? ¡Habría que cerrarlas y mandar la llave de honor a todos los señores que han contribuido a que Don Manuel se nos vaya! ¡Qué bien estaría de Obispo Auxiliar de Sevilla, pero con residencia en Huelva! Aquí le haríamos un Palacio Episcopal, y desde aquí podía ejercer su ministerio de Obispo, sin abandonar sus Escuelas. Y seguía haciendo consideraciones cada vez más vivas y más ingeniosas sugeridas por su cariño inmenso a las Escuelas, por su brillante imaginación y especialmente porque veía que sobre él había de recaer la dirección de aquellas obras. (¹³³).

ADELANTANDO NOTICIAS

Llegó el día en que tuvo que salir de Huelva y quedó Siurot totalmente en cargado de los destinos de las Escuelas. Antes de su entrada en Málaga fue el nuevo Obispo a cumplimentar a S. M. el Rey, como era de protocolo, y estando en la antecámara regia esperando la audiencia se le acercó a saludarle el Sr. López Monís, de Huelva, que se encontraba allí

¹³² Notas de D. Gómez.— Huelva, 1940.

¹³³ El nuevo Obispo de Olimpo pudo tranquilizar en algo los temores de Siurot respecto a la Parte económica, obteniendo para sus Escuelas, antes de marchar a Málaga, una subvención de la Diputación Provincial y otra del Ayuntamiento de Huelva. Además dejó a favor de las mismas todo el Producto de las suscripciones de su revista “El Granito de Arena.”

hablando con el entonces Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, D. Julio Burell. Cuando volvió el Sr. López con el Sr. Ministro, le pregunta éste: — ¿Quién es ese Obispo? El Auxiliar de Málaga, le contestó, el Arcipreste de Huelva. Al oír este nombre quiso que se lo presentara y apenas lo saludó, le pregunta por sus Escuelas y le dice con aquella ruda franqueza tan propia suya: —Bueno, Sr. Obispo, y ¿cuándo podemos vernos? —*Cuando el señor Ministro quiera.* —Quiero darle unas pesetas para sus Escuelas y para las del Padre Manjón, porque estoy hasta la coronilla de *esos...* (aquí una palabra fuerte) de la Institución libre de Enseñanza, que se llevan todo el dinero y no hacen nada, pero absolutamente nada de provecho. Y Vd. y el P. Manjón hacen obra positiva, educando a los niños y haciendo Patria.”

Lo citó para el día siguiente, y el Sr. Obispo se trasladó a la hora convenida al Ministerio de Instrucción Pública. Una vez en el despacho del Ministro, le contó D. Manuel cosas de sus niños pobres y de las escuelas, informándole de la labor que allí se realizaba y de cómo el insigne pedagogo D. Manuel Siurot quedaba el frente de toda aquella obra social católica.

El Ministro conmovido oyéndolo, sin querer dar paso a las lágrimas, le interrumpe: —Bien, aquí tengo unas pesetas y esas son para usted y el P. Manjón. Vd. va a hacer la distribución de ellas. —*Dios se lo pague, señor Ministro,* contestó conmovido el antiguo Arcipreste.

Llamó el Ministro a unos jefes de negociado y empezaron a rebuscar en las consignaciones para reunir alguna cantidad. Entre tanto le preguntó; ¿Y en Málaga, tiene también escuelas?

El le contestó: —*No sé nada de Málaga, pero como Obispo me creo obligado a procurarlas también para aquéllos.* Y recibió del Ministro tres mil pesetas que repartió entre los Salesianos y las Escuelas del Ave María.

En tanto, de aquí y de allá reunieron varios miles de pesetas. Tomó la pluma el Ministro; Señor Obispo dijo tengo aquí setenta y cinco mil pesetas. ¿Cuántas le ponemos al P. Manjón? Al momento, sin vacilar, responde.—*Póngale cincuenta mil.* Asombrado ante tanta generosidad, le manifestó su sorpresa: —Sr. Obispo, Sr. Obispo, Vd. pida primero para lo suyo ¿qué va a dejar para Huelva? —*Sr. Ministro ¿no ve Vd. que es el mismo negocio? Los dos trabajamos para la Santa Madre Iglesia y para los niños pobres. Sí, ponga cincuenta mil pesetas para D. Andrés Manjón, que su obra es mayor que la mía.*

— ¿Y paro Vd.?

—*Para mí lo que quede.*

Esta generosa delicadeza ganó de tal manera al Ministro, que se convirtió desde aquel día en admirador y amigo del nuevo Obispo y en bienhechor constante de las escuelas del Sagrado Corazón de Huelva y de las del Ave María de Granada.

—Las pesetas éstas —continuó el Ministro irán consignadas a su nombre y Vd. las entregará a D. Andrés Manjón y a D. Manuel Siurot.

Este rasgo de generosidad de D. Manuel en favor de su entrañable amigo y admirador el Fundador de las Escuelas del Ave María nos hace recordar estas graciosas frases de una carta de Don Andrés. Este, haciendo alusión a otra de D. Manuel a propósito del envío de unos libros, que no quiere le pague, le responde: “...*Cuando Vd. sea rico, yo dejaré de ser pobre.* Está bien. Y ¿cuando los dos seamos pobres? Repartiremos la pobreza. Esto es más factible que lo otro.”

Así se lo escribía D. Andrés en 18 de noviembre de 1908 y ocho años después, en el despacho de un Ministro de la Corona, D. Manuel hacía este simpático *reporto* con su venerado amigo.

No podía nunca olvidar aquellas escuelas en las que repartió entre sus niños pobres los años mejores de su vida, ¡qué amarga es para un padre la hora de las despedidas!

II

La hora amarga de las despedidas

Nadie mejor que el mismo recién preconizado Obispo, nos puede dar a conocer sus ideas y sentimientos en aquellos días en que iba a cambiar su vida parroquial por la episcopal. Así, con su espontaneidad característica, escribía:

“No es cosa ya de seguir callando, hay que hablar. Si, hay que hablar de eso que los periódicos, esos grandes indiscretos, vienen anunciando hace tiempo, y que multitud de amigos me preguntan con tanta curiosidad como cariño.

Ya lo sabéis, de mi Obispado y de sus consecuencias en estas obras de Huelva...

¡Huelva y Málaga! Estas son las dos playas entre las que andan ahora en incesante movimiento de flujo y reflujo de temores y esperanzas los afectos todos de mi alma.

Quiera el Amo que acierte a deciros cuanto deseo y debo para justa satisfacción de vuestro interés.

Con responder después de todo, a las preguntas que con rara unanimidad me dirigen en casi todas las cartas que en estos días he recibido, creo que dejo bien cumplido mi oficio de auto—informador.

¿QUÉ VAA SER DE LAS ESCUELAS?

Es una respuesta que a punto fijo no puedo daros, entre otras razones, por la de que no soy profeta.

Pero sí puedo deciros que algunos ratillos de sueño y algunos más de Sagrario juntos con otros de mesa y de pluma llevo ya gastados en buscar la ansiada respuesta.

Y tan en apuros me ha metido el no encontrarla todo lo cierta y halagüeña que yo desearía, que esta fue una de las razones que opuse con

respetuosa tenacidad a los Superiores jerárquicos para que apartaran de mí o aplazaran al menos, la cruz episcopal incompatible a mi parecer entonces con la amadísima cruz de los niños pobres.

Los vallados y chumberas de los caminos del Polvorín, son testigos de las caras de congoja y de los nudos de garganta con que desde ellos he mirado la torrecita de la humilde iglesia y las blanqueadas paredes de la Escuela cobijando a tanto niño desarropado Je cuerpo y de alma...

¿Y si se acaba esto?... ¡Dios mío! Tú sabes cuántas veces te lo he dicho más con lágrimas que con palabras y con cuánta firmeza concluía siempre: ¡ellos, mis niños pobres, antes que nada y que nadie!

Sabía yo y sé que en las obras de Dios no hay hombres necesarios, no se me ocultaba que las tres mil pesetas aproximadas que se venían gastando cada mes en estas obras, lo mismo las podrá mandar el Amo por el Arcipreste como por el monacillo: ¡estaba y estoy convencido y persuadido de que para que mande El esas pesetas no es menester otra ciencia ni otra virtud en el hombre que las dirige que dejarse llevar y alargar la mano para recibir con la misma prontitud que para dar, y en la obra sino que responda fielmente a su fin y razón de ser, conocía yo todo esto, pero también conocía que las trasplantes lo mismo en el orden natural que en el sobrenatural tienen sus riesgos... y no menudos, y el temor de estos ¡cuánto me hacia sufrir!

Los milagros de la obediencia; ¡vaya si los hace! Firme en mi teoría de dejarme llevar, desde que vi clara la voluntad del Amo sobre mi destino futuro, he esperado a que B respondiera a la pregunta que de tantos lados se me ha dirigido: ¿Qué será de las Escuelas?

Y ¡ya está respondiendo!; “Madrid: El Ministro de Instrucción Pública ha concedido a las Escuelas del Sagrado Corazón de Huelva, en concepto de subvención, la suma de cuatro mil quinientas pesetas por este año, ofreciendo aumentaría hasta diez mil pesetas para el próximo ejercicio.”

Enumera después otros auxilios con que personas caritativas le prometen seguir ayudando a las escuelas y transcribe la siguiente carta que hizo circular entre los católicos de Huelva por aquellos días:

“Sr. de todo mi afecto: Próximo a dejar a mi querida Huelva, en donde por espacio de diez años largos he ejercido mi ministerio con toda

la buena voluntad que me ha sido dado, siéntome obligado a decirle dos palabras de despedida.

La primera palabra me la inspira la gratitud a usted por el apoyo y la cooperación que siempre me ha prestado para mis obras en favor de los niños pobres; del fondo de mi corazón agradecido sale un “Dios se lo pague” para el querido bienhechor y amigo.

La segunda palabra la pone en mi boca y antes en mi alma la compasión a mis queridos niños pobres de las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús.

Mientras he vivido en Huelva trabajando incesantemente por ellos, pidiendo limosna y hasta quitándolo de mi comida y confiando en el Corazón de Jesús, esas Escuelas han levantado sus edificios, han sostenido sus maestros, han costeados carrera a no pocos de sus alumnos y a muchos han dado de comer y de vestir, gastando en todo ello seiscientas mil pesetas.

Pero como me voy a Málaga tan pobre como he vivido en Huelva, no puedo dejar 08 Escuelas de mis desvelos el dinero que necesitan para subsistir por muy grande y firme que sea mi propósito de seguir trabajando en favor de ellas. ¡Tendré allí también tantas cosas a que atender!

Puesto en este gran apuro y seguro de que a Vd. como a mi mueve a gran lástima la suerte de esos cerca de mil niños pobres, amenazados de verse privados de tantos beneficios, me permito llamar por última vez a las puertas de su caridad y en el tono más suplicante del más necesitado mendigo decirle.

¡Un poquito más de auxilio por amor de Dios para la educación de los niños pobres de Huelva!

¿Quiere Vd. señalarse cuota mensual o aumentar la señalada?

Que el Corazón de Jesús se lo pague con bendiciones largas y llenas para Vd. y su buena familia, como lo pedirán diariamente en sus oraciones los niños favorecidos y con ellos

Su agradecido S. A. y C.

EL ARCIPRESTE DE HUELVA

¿Y LAS MARÍAS?

¡Qué temerosas y desconfiadas han venido a mi mesa no pocas cartas de amigos de la amadísima Obra de las Marías!

— ¿Y ahora cómo va Vd. atener dinero? ¿No será Vd. más Obispo que Padreé las Marías? ¿Pasará a lugar secundario en la nueva aplicación de su actividad la Obra de sus amores? ¿Cómo vamos a continuar comunicando con Vd. con tanta confianza? Casi puedo asegurar que las cartas de felicitación de las Marías han venido más llenas de temores que de felicitaciones.

Mi respuesta podría ser un no rotundo, dicho primero con toda la fuerza de mis pulmones y escrito después con los trazos más fuertes de mi pluma, tan rotundo, digo, y firme que pudiera disipar de una vez todos los temores y desconfianzas.

No, Marías y Discípulos de San Juan, no temáis que os deje, que delante de Jesucristo Sacramentado, en cuya presencia escribo, os aseguro que mientras haya pulso en mi mano derecha para escribir y saliva en mi lengua para hablar y palpitaciones en mi corazón, mi pluma, mi lengua, mi corazón, mi Sacerdocio, mi Episcopado, mi vida todo para el Abandonado del Sagrario serán.

¡Para El, para El solo!

“YO NO QUIERO SER MÁS QUB BL OBISPO DEL SAGRARIO ABANDONADO”

Yo no quiero que en mi vida de Obispo, como antes en mi vida de Sacerdote, se acongoje mi alma más que por una sola pena que es la mayor de todas, el abandono del Sagrario, y se regocije más que con una sola alegría, el Sagrario acompañado.

Yo no quiero predicar a las gentes, ni catequizar a los niños, ni consolar a los tristes, ni socorrer a los pobres, ni visitar a los pueblos, ni atraer corazones, ni perdonar pecados contra Dios o injurias contra mí, más que para quitar al Corazón de Jesús Sacramentado la gran pesadumbre de su abandono y para llevarle el dulce regalo de la compañía de las almas.

Yo no quiero ser el Obispo de la sabiduría, ni de la actividad, ni de los pobres, ni de los ricos, yo no quiero ser más que el Obispo del Sagrario abandonado.

Para mis pasos yo no quiero más que un camino, el que lleva al Sagrario y yo sé que andando por ese camino encontraré hambrientos de muchas clases y los hartaré de todo pan, descubriré niños pobres y pobres niños y me sobrará el dinero y los auxilios para levantarles escuelas y refugios para remediarles sus pobreza, tropezaré con tristes sin consuelo, con ciegos, con sordos, con tullidos y hasta con muertos del alma o del cuerpo y haré descender sobre ellos la alegría de la vida y de la salud.

Yo no quiero, yo no ansío otra ocupación para mi vida de Obispo que la de abrirle muchas trochas a ese camino del Sagrario.

Trochas entre ese camino y los talleres y las fábricas de los obreros y las escuelas de los niños, y las oficinas de los hombres de negocios, y los museos y centros de los doctos, y los palacios de los ricos y los tugurios de los pobres.

¡Qué dichoso voy a ser cuando logre ver circular por esas trochas y senderos a mis conquistados para el Sagrario! ¡Qué soberanamente dichoso voy a ser cuando vea llegar los irradiaciones de la lampa: a del Sagrario sobre la frente sudorosa de los obreros, sobre la cara sonriente de los niños, sobre las mejillas de rosa de las doncellas, sobre los surcos y arrugas de los ancianos y afligidos!... A eso voy a Málaga y a donde quiera que me “anden, a ser el Obispo de los consuelos para los grandes desconsolados: el Sagrario y el pueblo. El Sagrario, porque se ha quedado sin pueblo; y el pueblo, porque se ha quedado sin Sagrario conocido, amado y frecuentado...” (134).

¹³⁴ “El Granito de Arena”, 20 diciembre 1815

III

La plenitud del Espíritu Santo

La fecha escogida por D. Manuel para su Consagración Episcopal, fue el 16 de enero del 1916, por cumplirse en ella el segundo aniversario de la muerte de su santa madre y día onomástico del venerable Cardenal Spínola, de quien había recibido las Sagradas Ordenes y al que guardaba tanta veneración y afecto.

NUESTRA SEÑORA DE LORETO

Después de dejar convenientemente ordenados en Huelva todos sus asuntos del Arciprestazgo, parroquia y escuela y demás obras por él fundadas o atendidas, el 2 de enero se trasladó, con el ejemplar Sacerdote que hasta entonces había sido coadjutor suyo en la Parroquia de San Pedro y que en adelante sería su Capellán y Secretario particular, el Rvdo. D. Fernando Díaz de Celo, al convento de Religiosos Franciscanos de Nuestra Señora de Loreto, a unos veinte kilómetros de Sevilla, lugar solitario y encantador, morada de paz en donde han vivido muchos varones eminentes en santidad. Allí, ante el Sagrario silencioso y bajo la dulce mirada de la peregrina imagen de la Santísima Virgen de Loreto, Madre y Reina de toda aquella feracísima comarca del Aljarafe, cuajada de viñas y olivares, se preparó el electo Obispo para recibir la plenitud del Sacerdocio, practicando los Santos Ejercicios espirituales con edificantísimo recogimiento y exquisita puntualidad en las múltiples distribuciones.

Terminados estos Ejercicios, emprendió su regreso a Huelva para ultimar los preparativos de la Consagración que había de tener lugar en la incomparable Catedral sevillana.

El día 15 de enero, víspera de la solemne ceremonia, se trasladó de Huelva a Sevilla.

Le acompañaban en el viaje el Sr. Obispo de Tuy, Dr. D. Leopoldo Eijo y Garay (¹³⁵) y con ellos iban sus respectivos capellanes, la familia del nuevo Prelado y un numeroso grupo de sacerdotes y amigos.

Además de este grupo de íntimos, fueron llegando a Sevilla las autoridades de Huelva y más de 300 personas, los maestros de las Escuelas del Sagrado Corazón, y una comisión de alumnos.

En la capital sevillana, patria chica del consagrando, donde era tan conocido y amado, se sentía vibrar la emoción y el regocijo.

Las campanas de la Giralda repicaban.

CONSAGRACIÓN CON CRISMA Y CON LÁGRIMAS

El programa invitación que se había repartido, contenía el indicador litúrgico, a fin de que todos los asistentes pudieran seguir completamente la ceremonia y comprender el significado.

Desde las primeras horas de la mañana la animación en las calles de Sevilla era extraordinaria; millares de personas se dirigieron a la Basílica para presenciar la ceremonia, tres horas antes de la cual ya era imposible coger un puesto en aquélla.

Había sido destinada una nave para los hombres y otra para las mujeres. A las Marías, que ostentaban su insignia, en grandísimo número, les había sido reservado sitio especial al lado de la Epístola.

Próximamente a las diez, terminado el rezo de Coro, el Cabildo Catedral en pleno se dirigió al Palacio Arzobispal a recoger a los Prelados.

Media hora después hacían su entrada en la Catedral en solemne procesión, mientras el órgano tocaba el himno triunfal.

Cubrían los ciclópeos arcos de las naves principales de la Basílica, grandes colgaduras de terciopelo encarnado galonadas de oro. La iluminación era espléndida (¹³⁶).

¹³⁵ Más tarde Obispo de Madrid-Alcalá y Patriarca de las Indias Occidentales. Había convivido unos días en Huelva con el Obispo preconizado a quien le unía una estrecha amistad desde sus años de seminarista en Sevilla, ya que fueron compañeros de estudio.

¹³⁶ Ocupaban sus tronos en el Presbiterio el Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, D. Enrique Almaraz y Santos, consagrante principal, y los Excmos. Sres. Obispo de Tuy, D. Leopoldo Eijo y Garay y Don Francisco J. de Irastorza y Loinaz, Obispo de Orihuela, que juntamente con el Prelado de Sevilla iban a ser los consagrantes. Es de notar que se habían reunido los Obispos más jóvenes de

En el Coro se hallaban todos los sacerdotes de Sevilla y las comisiones llegadas de fuera.

Los seminaristas de Huelva tuvieron el honor de servir como pajes en el Presbiterio, a petición de D. Manuel.

Apenas comenzó la grandiosa ceremonia, el nuevo Obispo, que se hallaba profundamente conmovido, no pudiendo contener las lágrimas, rompió en sollozos que apenas le era posible reprimir a pesar de sus esfuerzos.

El mismo Sr. Cardenal le increpaba: ¡Por Dios, D. Manuel, repóngase que va a dar el espectáculo! Pero él no cesaba de llorar, abrumado por el peso de la altísima dignidad que recibía.

Terminó la ceremonia con un solemne Tedeum, que entonó el Cardenal Almaraz. Las campanas de la Catedral repicaban alegres, mientras el nuevo Obispo, revestido de blancos ornamentos pontificales, y delatando la palidez de su rostro la emoción de su alma, daba al pueblo su primera bendición episcopal.

De pie, en las gradas de la Capilla Mayor veía acercársele el pueblo, deseoso de besar el pastoral anillo.

Miles y miles de personas desfilaron y a todos prodigó frases afectuosas.

Muchas lágrimas se derramaron durante aquel acto que hubo de ser interrumpido por lo avanzado de la hora.

entonces del episcopado español, quizás por ser D. Manuel el “Benjamín” de todos, ya que sólo contaba treinta y ocho años de edad al ser consagrado. Este ocupaba también su trono al lado de la Epístola y su porte irradiaba humildad, recogimiento y devoción profunda.

Además de los señores dignidades y los Canónigos mitrados asistentes al Pontifical, se hallaba en el Presbiterio el padrino del consagrando que lo fue el mismo de su primera Misa, el prestigioso re católico sevillano Don Ramón Ibarra y González, y abajo del Presbiterio el Padre y los hermanos del nuevo Obispo, con los alcaldes de Huelva, Málaga y Sevilla; el Gobernador de Sevilla, Presidente de la Diputación, Concejales y Diputados Provinciales, comisiones militares, varios Diputados a Cortes, representaciones del Claustro Universitario, de la Academia de San Fernando y la Maestranza.

Corrió la gente hacia las naves por donde el nuevo Obispo tenía que pasar, y las llenó, así como la puerta llamada de los Palos, plaza de la Giralda y los patios y escalera del Palacio Arzobispal.

La salida de los Prelados fue indescriptible.

El pueblo le rodeaba, disputándose besarle el anillo y recibir su bendición.

EL OBISPO DE OLIMPO EN HUELVA

Huelva reclamaba la presencia de su D. Manuel hecho Obispo para ofrecerle sus últimos homenajes de cariño y gratitud. El 20 de enero, fiesta del Patrón de Huelva, San Sebastián, regresó a ella. El recibimiento por parte del pueblo y de las autoridades fue un verdadero desbordamiento de cariño.

El comercio cerró sus puertas y las calles que había de recorrer se hallaban materialmente invadidas de público. La muchedumbre se interpuso ante el automóvil que conducía al Prelado, y éste, dando muestras de su agradecimiento, se apeó y bajo una lluvia de flores que sobre él caía desde los balcones, y las que le arrojaban los niños de las Escuelas que ocupaban las aceras, se dirigió con la comitiva a la Parroquia de San Pedro, donde se cantó un Tedeum.

Después el gentío vitoreando con verdadero frenesí a “Don Manué Vicario”, le llevó casi en volandas a su casa, para descansar de tan abrumadora jomada.

Ante la insistencia del pueblo hubo de salir a un balcón dirigiéndoles afectuosas palabras de gratitud y terminando con un ¡Viva Huelva! que fue contestado con otros vivas al nuevo Obispo.

Hasta el día 8 de febrero permaneció en Huelva; y ese día, de madrugada salió, o más gráficamente diríamos se *escapó* de aquella ciudad, pues no se encontraba con valor para resistir una despedida tan desconsoladora.

De Huelva pasó a Madrid para cumplimentar a los Reyes. Presidió con el Nuncio de S. S. y el Prelado de Tuy una junta magna de Marías madrileñas que a la sazón sumaban unas 4.000, y después de haber visitado en Toledo al Emmo. Cardenal Primado, emprendió el regreso a Andalucía para hacer su entrada en Málaga el 25 de febrero, día de su cumpleaños.

SU ENTRADA EN MÁLAGA

La fama de que iba precedido el Obispo Auxiliar de Málaga, su figura tan conocida por sus escritos y sus obras en Huelva, tenían en entusiasta expectación al pueblo malagueño.

Desde mucho antes de la llegada del expreso, los andenes se vieron completamente llenos de un gentío inmenso y en las calles el público llenaba las aceras, deseosos de saludar al Prelado.

Al aparecer el tren, las bandas de música entonaron la Marcha Real y atronando el espacio resonaban los vivas de la muchedumbre.

Durante su paso por los andenes, hasta la salida de la estación no cesaron los vítores y aplausos.

A la llegada al hermoso templo Catedral fue recibido el Prelado por la comisión del Cabildo y seguidamente se dirigió al Altar Mayor, donde oró unos momentos.

Una multitud compacta impedía el tránsito hacia el Palacio, cuidando del orden parejas del Cuerpo de Seguridad.

En dos filas se habían colocado en la entrada del Palacio Episcopal los semitistas que se extendían hasta el patio y tras de ellos infinidad de personas pertenecientes a asociaciones religiosas, que ostentaban sus insignias.

Allí le esperaban el venerable Prelado D. Juan Muñoz Herrera que se hallaba en el salón de recepciones, acompañado del Cabildo Catedral y de los Párrocos para recibir al nuevo Obispo Auxiliar.

Al entrar éste en el salón donde se hallaba el señor Muñoz Herrera, se dirigió a él a toda prisa, saludándole efusivamente. Quiso el anciano Obispo levantarse de su asiento pero se lo impidió D. Manuel, diciéndole: No se levante, yo me hincaré de rodillas para que Vd. me abrace.

Y así lo hizo; los dos Prelados se unieron en estrecho abrazo y el anciano dio la bienvenida al nuevo y le mostró su alegría.

Fue un momento interesante y de sincera emoción.

Inmediatamente comenzó el desfile y durante la recepción el señor Muñoz Herrera se mostraba muy satisfecho repitiendo: Muy bien, ya veo que no ha faltado nadie.

Con una comida íntima de los dos Prelados terminó aquella memorable jornada.

* * *

Ya estaba en Málaga. La bella ciudad mediterránea le acababa de recibir en un Domingo triunfal de Ramos. Si en aquellas gloriosas jornadas con las que se iniciaba su episcopado, Dios le hubiera descorrido el velo de su calvario futuro, quizás abrumado de tanto dolor antes de pisar el dintel de aquel Palacio del que saldría alumbrado por las llamaradas de las hogueras, hubiera exclamado como Cristo: Que pase de mí este cáliz.



Catedral de Málaga

¡Le dejaría tan pronto aquel Domingo de Ramos el paso libre a un prolongado Viernes Santo!... Junto a aquel anciano venerable trenzará las primeras espinas de su corona.

Pero no, él no tiembla; él quiere vivir como Cristo, siempre en cruz. Ayer en la cruz de su Sacerdocio, desde hoy... ¡clavado en la cruz de su pectoral!..

Capítulo XI

Los primeros pasos de su ministerio pastoral

1.º.- *A conocer a sus ovejas.*

En un rinconcito del Palacio.
A recorrer la Diócesis.
Administrador Apostólico.
Una toma de posesión emocionante.
Una distracción provechosa.
Trabajos y gozos pastorales.

2.º.- *Palpando las llagas de Málaga.*

Su programa concreto.
Escuelas y Catecismos parroquiales.
“Hablemos de Escuelas”
Antes que Obispo habla sido Párroco.

3.º.- *El Administrador Apostólico ya es Obispo propio.*

Nombramiento de Obispo propio.
Un banquete simpático.
La Diócesis para el Corazón Eucarístico de Jesús.

4.º.- *“Mirando hacia atrás.*

Otro “sablazo” episcopal para los niños de Huelva.
La primera visita a Huelva.
Huelva en Málaga.

A conocer a sus ovejas

Señó Bispo, me decía la otra tarde un chicuelo que por el olor y el color de la cara y de las manos y por las muestras que ostentaba detrás de cada oreja debía ser por lo menos sargento de colilleros; —Señó Bispo, ¿cómo vamos?

—Bien, hombre ¿y tú? —Pos yo la má de contento con osti... ¡Camará y qui Bispo mos ha caío!...

Y como ese no se cuántos me hablan, me preguntan, me acompañan y me dan su con Dios de despedida...” ⁽¹³⁷⁾.

Los niños fueron los primeros en darse cuenta del Obispo que Dios le regalaba a Málaga; otros... ¡cuánto le hicieron sufrir!

No es de esta biografía el entrar en detalles sobre la lamentable situación religiosa de Andalucía, en aquella fecha, y sobre todo en aquel bello recodo del Mediterráneo, donde se iba formando, como arrastre de aluvión, una gran ciudad, con todas las consecuencias, funestas para la fe y la moral, de estos precipitados ensanches urbanos.

Una repercusión inevitable de esta situación alcanzaba también al propio clero de la Diócesis, que empezaba ya desde entonces a decrecer notablemente en número y a carecer de instrumentos adecuados para la conveniente preparación de sus futuros miembros.

Y esa decadencia de la vida eclesiástica, a la que tanto contribuyeron las persecuciones repetidas de la segunda mitad del siglo XIX y las leyes desamortizadoras de Mendizábal, se dejaban sentir con síntomas más alarmantes en la Diócesis Halagüeña, por las circunstancias especiales que en ella concurrían.

El Prelado propio, ya en los años de su venerable ancianidad, podía derramar sobre su diócesis y sobre la parte más allegada de sus hijos,

¹³⁷ “El Granito de Arena”, 20-IV-1916, p. 20.

aquellas lágrimas amargas que un día derramó Jesucristo sobre su ciudad de Jerusalén.

Imagínese el lector qué dura y áspera no sería la roca de aquel Calvario que la Divina Providencia había señalado al joven Obispo Auxiliar.

UN RINCONCITO DE SU PALACIO

Vive humilde y recogido en la parte más modesta del Palacio...

¿No era él un siervo fiel de aquel Amo bendito, que ahora le quería subiendo la cuesta del Gólgota?

Junto a su dormitorio, separado por unas blancas cortinas, se ha colocado un pequeño altar y sobre él, en un modestísimo Sagrario, el divino Cirineo, sin cuyo auxilio hubiera sucumbido al peso de aquella cruz.

Todos los días visitaba a su Obispo, le consuela, recuerdan tiempos pasados y nombres familiares, ya que un Sacerdote, primo del anciano Prelado, en Antequera había casado a Don Martín y Doña Antonia, le ayuda en todo lo que puede, se le somete con toda humildad; pero, sin embargo, no faltaron quienes, valiéndose de las circunstancias y aprovechándose al mismo tiempo del cansancio de sus muchos años y achaques, intentaron sembrar la cizaña y la incomprensión en las mutuas relaciones entre ambos Obispos.

La cruz seguía proyectando su negra sombra sobre sus primeros pasos episcopales, y él amaba aquella cruz y se clavaba en ella en silencio y *sonriendo* para que nadie se apercibiera... Como lo supo vivir lo supo también escribir: *“¡La Cruz! Ella es también la que con el extremo que toca a la tierra va trazando el surco del sacrificio diario a cada Sacerdote de Jesús; con el que mira al Cielo le muestra su destino glorioso y en sus brazos abiertos lo llama a su puesto de honor, a su altar, que es el centro de su cruz. ¡Siempre en Misa como Jesús!”* ⁽¹³⁸⁾.

El Corazón de Jesús quiso, como lo quiere para sus predilectos, que probase el acíbar de la incomprensión, de las persecuciones más o menos veladas.

¿Por qué? Sencillamente, por la eterna lucha de la luz y las tinieblas.

¹³⁸ “El Rosario Sacerdotal”, p. 67.

Sale por las calles andando; saluda a cuantos con él se cruzan en el canino... Cuando más adelante le regalaron una “berlina” y aquél célebre caballo blanco “Africano”, aceptó el obsequio para poder ir todos los días al nuevo Seminario que está construyendo sobre un monte de las afueras.



El Obispo de Málaga

Habla por las calles con los obreros y los pobres, los trata cariñosamente, los socorre y consuela en sus necesidades, se interesa por los enfermos y desamparados... *“Habrá habido otros Obispos más santos,*

más elocuentes, más sabios, más... de lo que sea, pero más en contacto con el pueblo que yo en Málaga, creo que no. Así lo confesaba él ingenuamente hacia el fin de su vida, en un rato de expansión familiar.

Por su gusto hubiera usado cruz pectoral de madera; y ya que no podía, la que más frecuentemente solía ostentar era una que le regaló la Adoración Nocturna, sin piedras preciosas, dorada y calada, con un Corazón de Jesús en el centro, por ser la más sencilla y de menos adornos.

Las insignias episcopales le resultaban algo así como enojosas. “*Qué bien estaría yo con mi sotana negra*”, exclamaba muchas veces. No le gustaba usar guantes y sólo se los ponía cuando así lo requería el ceremonial o la etiqueta. Había que comprarle la ropa sin decírselo, porque si se enteraba, siempre decía: “*Tengo de sobra*”, ¡*Ay, nuestros padres San Pedro y San Pablo no tendrían estas cosas! ¡Qué manera de complicarle a uno la vida!*”, exclamaba con gracia al verse revestido con todas las vestiduras episcopales.

Antes de su consagración, entregó a su Capellán “la bolsa” y ya no volvió a llevar nunca consigo ni un céntimo; tanto que muchas veces, cuando salían de viaje, decía bromeando: “*Como se quede Don Fernando en alguna estación y tenga yo que seguir solo, apurado me voy a ver sin dinero y sin billete.*”

Y esta sencillez y humildad le acompañaron desde el principio hasta el final de su episcopado. Son innumerables las veces que él mismo salía a abrir la puerta cuando llamaban. Fácil es suponer la sorpresa de quien se encontrara con tan inesperado *portero*. Y cuando sus familiares al darse cuenta demostraban su disgusto, respondía tranquilo y sonriente: “*¿Y en qué canon se le prohíbe al Obispo que abra la puerta?*”

Otras veces, cuando llamaban por teléfono al preguntar: ¿Con quién hablo?, respondía él: “*Con un criado.*” Y decía después, al referirlo con toda naturalidad; ¡*Pues no soy yo eso! un criado del Amo.*” Y siempre poniendo en práctica con su resignación y su sonrisa aquello que después de ser consagrado le dijo al Capellán: “*Ya no tengo derecho a poner mala cara a nadie.*”

A RECORRER LA DIÓCESIS

A los 25 días de su llegada a Málaga inauguró su ministerio en la Diócesis con la Santa Visita Pastoral a las parroquias de la ciudad, el 20 de marzo.

Dedicó una semana a cada parroquia en esta forma:

Lunes por la tarde, visita Litúrgica, según las normas del Pontifical Romano. Presentación de todas las Hermandades y Asociaciones establecidas en la parroquia. Confesiones de niños por los sacerdotes designados.

Martes: Misa de Comunión de los niños de las escuelas públicas y privadas. Por la tarde, administración del Sacramento de la Confirmación a esos niños y personas mayores.

Miércoles: Por la tarde, confesiones de niñas.

Jueves: Misa de Comunión para todas las niñas de las escuelas públicas y privadas de la feligresía, celebrándose en la Parroquia actos piadosos por la mañana y tarde, como preparación para el domingo, en el que el mismo Sr. Obispo celebraba la Santa Misa, predicaba y repartía la Sagrada Comunión a todos los fieles. Por la tarde, del mismo día, visitaba el Catecismo parroquial.

En algunas Parroquias iba acompañado a la visita de las escuelas por el Delegado Regio e Inspector de Primera Enseñanza, así como del Director Diocesano de los Catecismos por él nombrado.

El total de Confirmaciones administradas en las tres primeras Parroquias que visitó fue de 1.602 y el de Comuniones 5.089, siendo el total en las nueve Parroquias de la capital visitadas en esta primera vez, 8.025 y más de 10.000 Comuniones.

Acabada la Santa Visita a las Parroquias de la ciudad, dedicando a algunas más de una semana, y la ardua tarea de visitar todas las escuelas públicas y privadas de la población, cuyo número era muy crecido, comenzó su Visita Pastoral a los pueblos, el día 4 de noviembre de aquel mismo año 1916. Empezó por el pueblecito de Benagalbón, cuya parroquia hacía más de 80 años que no había sido visitada por ningún Prelado, terminando este primer recorrido el 3 de diciembre, después de haber estado en 25 pueblos, algunos de ellos de los más grandes e importantes de la Diócesis y que llevaban también largos años sin la visita pastoral, por lo que es fácil suponer la tarea apostólica que en ellos tenía que desarrollar.

ADMINISTRADOR APOSTÓLICO

Iba a cumplirse el 25 de febrero de 1917 el primer aniversario de su llegada a Málaga y a cumplir él en este día sus 40 años, cuando recibió el nombramiento de Administrador Apostólico de la Diócesis.

El Nuncio de S.S., Monseñor Ragonesi, enterado de las dificultades que la impedían el necesario desenvolvimiento de su acción pastoral, le notificaba en nombre del Pontífice aquel nombramiento, firmado el 20 de enero de dicho año.

Con la plenitud de los poderes episcopales creció al mismo tiempo la responsabilidad del difícil y “delicado puesto que le había asignado la Providencia.

Tuvo que seguir sorteando las mismas dificultades que antes, y, si cabe, aumentadas de peso y volumen, por tener que ser todas soportadas por sus solas manos. Sin embargo, el pleno ejercicio de su autoridad episcopal le facilitaba, en medio de las dificultades y las incomprensiones, el poder seguir una línea de gobierno más derecha y más llena de eficacia en sus resultados prácticos.

El Sr. Obispo D. Juan Muñoz Herrera, invitado por la Santa Sede a gozar un merecido descanso, abandonó la capital y marchó a Antequera, su ciudad a pasar junto a los suyos los últimos días de su larga y laboriosa vida.

En seguida se derribó la pared que dividía las viviendas de los dos Prelados, quedando para D. Manuel y sus familiares todas las habitaciones del departamento episcopal.

UNA TOMA DE POSESIÓN EMOCIONANTE

En cama estaba D. Martín acobardado por una pulmonía, cuando llegó hasta el lecho su hijo, diciéndole: “*Papá, el Sr. Obispo nos ha dejado su Palacio. Yo quiero que usted sea el primero en verlo y en tomar posesión de él.*” Lo arropó en una manta, lo sentó en un sillón y ayudado de su hermana recorrió todos los salones con aquella dulce carga del padre enfermo.

—*Papá, todo esto es para que lo disfrute usted... si... para usted.*

Don Martín sin darse apenas cuenta de aquella cariñosa entrada triunfal que sus hijos le proporcionaban, enjugándose las lágrimas, y volviendo hacia ellos los ojos, después de vagar por los tapices y los

espejos y las arañas de aquellos salones no hacía más que decir, vivamente conmovido:

— ¿Para mí?... ¿Todo esto para mí?...

Pobre anciano, poco había de disfrutar aquel Palacio. En el cementerio de Huelva se quedó su esposa y dentro de unos días en el Camposanto de Málaga reposarían sus huesos.

* * *

Después que el Sr. Obispo hubo ordenado la distribución de las habitaciones del Palacio, reanudó el 5 de marzo de aquel mismo año la Santa Visita Pastoral. Por segunda vez la hará en las parroquias de la ciudad para administrar el Sacramento de la Confirmación.

Mas su actividad tuvo que sufrir una breve interrupción muy dolorosa.

Agotado su padre por aquella grave pulmonía, que durante casi tres meses, le dio ocasión de sufrir y merecer, llegó al trance de la muerte.

Don Martín, el anciano bondadoso de 78 años, comulgaba diariamente, aún dentro de aquella enfermedad; pero el día 29 de marzo, viendo el estado de suma gravedad en que se hallaba su padre, le administró su mismo hijo y Prelado, por última vez la Sagrada Comunión, a las tres y media de la madrugada.

A las cuatro y treinta celebró la Santa Misa en la habitación del enfermo usando del Privilegio concedido a los Discípulos de San Juan.

Durante todo aquel día el querido enfermo estuvo agonizando lentamente, hasta que a las ocho de la tarde, aquel mismo día 29 de marzo de 1917, Viernes de Dolores, entregó plácidamente su alma en manos de su Creador.

Fácil es suponer la herida que abriría en el corazón del cariñoso hijo, con quien siempre había convivido, la pérdida de aquel padre cristiano y ejemplar, que había tenido el consuelo de verse asistido hasta sus últimos momentos por un hijo del que siempre se había sentido santamente orgulloso.

Toda la ciudad de Málaga y su Diócesis testimonió al Sr. Obispo la expresión de su más sentido pesar y el afecto que le unía con él. Los sufragios numerosísimos no sólo de las personas mayores, sino de una gran cantidad de niños de los colegios y catequesis, fue un delicado consuelo para su pena.

Cuando volvía del entierro, un chaveíta malagueño, al contemplar la tristeza de aquel rostro donde se había apagado la sonrisa, comentó: “Hoy no se ríe el Señor Lobispo” ⁽¹³⁹⁾.

Sospechó el pequeñín el dolor que le cenaba los labios y le hacía enmudecer serio delante de los niños que eran siempre sus mejores amigos.

Lo que nunca quizás supo el simpático *chaveíta* es que aquel Obispo que sonreía tanto, las más de las veces lo hacía *sorbiéndose las lágrimas*.

Pero no era él aquel que ante el dolor se acobarda, no, pronto se rehacía de aquellos golpes y volvía de nuevo a su tarea con nuevos bríos apostólicos.

Al mes, otra vez vuelve a hacer la Santa Visita Pastoral, pero ahora serán los pueblos los que recibirán a su Pastor. Teniendo una gran parte de montañas y sierras la Diócesis de Málaga, en aquella época en que aún carecían muchos pueblos de carretera hubo de emplear frecuentemente caballerías para llegar a no pocos de ellos, situados algunos en lugares tan bellos para el recreo de los ojos, como peligrosos para el acceso.

A este propósito recordamos esta anécdota contada por el señor Obispo:

“Tenía y tengo a mi lado y solían acompañarme en mis visitas a los pueblos de esta montuosísima Diócesis, dos personas a las que bien se les podría dar el nombre de Capitán General de la Sierra, al uno y de la tierra ¡lana al otro, mi Secretario y mi Mayordomo.

Apenas divisábamos una altura o nos la empezábamos a comer paso a paso, surgía la nunca acabada cuestión: ¡Qué cosa más ideal! ¡qué panorama! ¡qué postal se sacaba de ahí! exclamaba beatíficamente desde lo alto del mulo el serranófilo; y haciéndole coro, o más bien contrapunto iba diciendo o murmurando el llanófilo: ¡Cuidado con el gusto! ¡Qué lástima de paliza se perdió el que puso este pueblo en medio de estos precipicios! ¿Y esto es ideal? ¡Sí, para irse al otro mundo sin médico y sin medicina!

A lo mejor, del coro se pasaba al diálogo: —Diga usted, ¿no es hermoso este paisaje? grita el uno, mientras nos ponemos en fila para perdernos por un desfiladero, o para bordear un picacho por una comisa de poco más de un palmo.

¹³⁹ “Sembrando granitos de mostaza”, p. 110, 3.ª ed.

— *¿Hermoso? Y tengo ya indigestión de peñascos negros y de batacazos más negro todavía, responde el otro con el humor más negro aún.*

— *¿Usted ha visto una cosa más monótona y más inaguantable que la tierra llana?*

¡Siempre el mismo horizonte, el mismo camino, el mismo...!

—*Yo, si señor, esta barbaridad de caminos que vamos andando por misericordia de Dios y lástima de estos animalejos... ¡Si aquí no hay otra cosa que hacer que el acto de contrición!*

Y con jaculatorias parecidas y con argumentaciones, hasta teológicas, en pro y en contra, íbamos echando atrás cerros y más cerros, sin que hubiéramos conseguido llegar al término del debate.

Y la verdad es que yo veía difícil la aveniencia, porque uno y otro presentaban argumentos, casi, casi, insuperables que a mí mismo, hijo de la tierra llana y admirador ferviente de la montaña, me dejaban perplejo”⁽¹⁴⁰⁾.

Su llegada a los pueblos se esperaba con una impaciencia indescriptible.

Había hambre de Dios en aquellos pueblos abandonados, sin Sacerdote, muchos de ellos corrompidos por una antigua siembra de malos ejemplos, a los cuales hacía muchos años que no podía llegar el anciano pastor.

Su llegada era una explosión de franca y sana alegría.

Aquel Obispo no era un personaje serio al que no se le podía ni mirar la cara, era un Padre cariñoso, que hablaba con todos, y que por todos se interesaba.

En estas visitas pudo él palpar las llagas inmensas que la ignorancia y la inmoralidad habían causado en el alma de aquel pueblo sencillo que se le venía cariñoso a las manos.

Salpicadas de graciosas anécdotas de estas visitas están las páginas de sus libros.

Leamos algunas... Sea la primera este comentario de un corro de comadres y compadres de un pueblo sobre la persona del Obispo que hacía su Visita Pastoral.

¹⁴⁰ “Un sueño pastoral”, p. 98.

—“Pos no tié mucho paresio que digamo con el lotro que vino cuando yo era chico.

—No, paresio sí tiene arguno, en lo arto y en lo gordo. Ahora, lo que yo digo é que no debe sé hijo, sino nieto del lobispo aqué...

Aquellas pobres gentes estaban perfectamente persuadidas de que los Obispos eran una sola familia con transmisión de padres a hijos.

¡Casi, casi como si estuviéramos aún en el Antiguo Testamento!

Dios mío, Dios mío, a Ti, que eres invisible, ¿cómo te conocerán y qué sabrán de Ti? ⁽¹⁴¹⁾.

¡Cómo lamentaba los estragos que producía en los pueblos aquella escasez sacerdotes en su Diócesis! ¿A dónde irían a parar esas pobres almas?...

“Tres frases os representarán los escalones de un abismo.

—Zeñór Padre, me decían en un pueblo que por primera vez se quedaba sin cura suyo ¿cómo quíe osté que seamos, si acá estamos como los perros? ¿Sin un triste Padre Cura y sin Santísimo Sacramento? —Señó Obispo, insistía una buena mujer del pueblo, ¡que esa lamparita apagá nos tiene apagá la via! ¡Ese pueblo todavía creía y amaba!

Otra frase y otro escalón:

—Déjelo Vd., que aquí, después de todo, no hace falta eso, decían con desdén los vecinos de otro pueblo sin Cura al Sacerdote que mandé para que consumiera las Sagradas Formas y dejara vacío el Sagrario, ya mucho tiempo sin servir.

¡Allí no se creía ya!

Otro escalón:

Visito un pueblo de campo rico y sin vías de comunicación que llevaba ya más de treinta años sin Cura suyo:

¿Y la Iglesia?, pregunto.

— ¿La Iglesia?, me respondieron unos vecinos extrañados de mi pregunta y de mi presencia. ¿La Iglesia? ¡Como nos habían dicho que ya no se estilaba eso, cada uno se llevó lo que pudo y entre todos nos repartimos los materiales!

¡Allí se vivía ya a lo salvaje!

¹⁴¹ “Sembrando granitos de mostaza”, p. 62, 3.^a ed.

Ahí van llegando y llegarán tarde o temprano, los pueblos que se quedan sin Cura o sin contacto con él. ¡A pesar de sus luces eléctricas, sus telégrafos, sus radios, sus armamentos y su cultura! (¹⁴²).

Por eso él en aquellas visitas se multiplicaba, mandaba por delante Misioneros y Marías y el día de las Confirmaciones era una misión comprimida.

No tenía un momento de reposo. Los niños que instintivamente se dan cuenta de quién los quiere, no se apartaban de él y envuelto en aquella turba infantil caminaba de acá para allá, gozoso él de tan bullanguera compañía y orgullosos ellos de prestarle tan cariñosa escolta.

¡Y que no se daban pronto cuenta aquellos avispados niños andaluces con una sangre de fuego y una imaginación veloz como el relámpago, que aquel Obispo era suyo, el Padre de los chaveítas!

Por eso se sentían con derecho hasta a descargar sobre sus sufridos pies, pugnando por tenerlo más cerca, una lluvia de menudos pisotones.

UNA DISTRACCIÓN PROVCHOSA

“Terminaba la Visita Pastoral en uno de mis pueblos y, según costumbre, daba d último adiós al Jesús del Sagrario Parroquial.

¡Tiene un Obispo tantos encargos que dejar y tantas peticiones que hacer al Jesús de cada Sagrario que visita!

Según costumbre también, un turbión de niños y niñas, que desde la llegada hasta la salida del pueblo son los inseparables del Obispo, se hincan de rodillas conmigo delante del Sagrario con un silencio muy relativo y con una cantidad bastante alzada de empujones y protestas contra los que quieren estar más cerca del Sagrario y del Obispo.

Entorno los ojos y preparo los pies para recibir los menos pisotones posibles y, como puedo, comienzo mi oración de despedida.

En no pocos pueblos la actitud del Obispo impone suavemente recogimiento y silencio a los bulliciosos acompañantes, pero como nota encantadora de fe penetrante e ingenuidad deliciosa traslado el diálogo desarrollado en uno de estos pueblos en ese ratito de Sagrario.

—Oye, mía tú, dice en voz baja una chiquilla a su compañera, el Señolopispo saqueoao dormío.

—Pobrecico, estará ya errumbiao de tanto trajiná.

¹⁴² “El decrecimiento de las vocaciones sacerdotales y sus causas”, p. 7.

—Quitayá, interviene una tercera, si no está dormío, sino que se está haciendo el dormío...

— ¡Hasiéndose el dormío! ¡Por lole! míalo y tiene ya la cara de está hablando con los angelitos y tó.

—Pos yo digo que dormío no está.

—Entonse ¿por qué tiene los ojos tan serrao?

— ¡Toma! Porque asín ve mejón al Seño.

—Si, sí, porque tú quieras ¿de mó y manera que pá ve mejón a una persona se cierran los ojos?

— ¿En qué tierra ha visto tú eso?

— “¡Pos sí, pos sí, y pos sí! ¿Te entera? ¿Tú crees que el Seño se ve con los ojos de la cara como a toa la gente? Al Seño que está ahí no se ve má que con lo que tenemos aquí dentro...

— ¡Tenteras? ¡Por eso, cuando una comurga se quea con los ojos serroo! pa eso, pa veypa oi mejón al Seño que ha entao adentro de una...

Una nueva irrupción de público menudo cae sobre las disertantes y sobre mí, y, cortando el paladeo de aquellas mieles de doctrina excelsa sobre la oración, tengo que levantarme y partir” (¹⁴³)

¹⁴³ Pasados los grandes calores del estío, volvió en septiembre a reanudar la Santa visita yendo entre otros pueblos, por los de la Serranía de Ronda, en cuyo Arciprestazgo confirió 5.600 confirmaciones; en noviembre, visitó loa Arciprestazgos de Archidona y Torrón y en este pueblo hizo 1.791 confirmaciones.

II

Palpando las llagas da Málaga

Pero en medio de los cariñosos recibimientos, de los férridos entusiasmos y vivas tan propios de aquella tierra meridional ¡cuántas veces, como Jesús en su entrada triunfal tenía que llorar su corazón ante la miseria moral y espiritual de tantos pueblos...! ¡Ante tantas almas como rebaños de ovejas sin pastor, por la angustiosa escasez de clero, que ya desde entonces tanto se hacía sentir en aquella Diócesis...!

Da una idea del estado en que se encontraban algunos pueblos y algunas Parroquias de los barrios extremos el hecho de que en aquellas visitas pastorales tuvo que administrar el Sacramento del matrimonio a tandas de ochenta a doscientas parejas. Se dieron estas escenas: Delante del Presbiterio colocaba a las parejas convenientemente preparadas, de los que debían casarse; y el mismo Sr. Obispo les iba preguntando, dirigiéndose o señalando a cada uno y a cada una; ¿Usted quiere a ésta (señalando a la individua) por su mujer (o esposa)? y luego a ella: ¿Vd. quiere a éste (señalándolo) por su marido? Obtenido el consentimiento, les decía que se dieran las manos, y una vez terminado esto les echaba a todos las bendiciones nupciales. ¡A ese procedimiento tuvo que recurrir en algunas ocasiones!

SU PROGRAMA CONCRETO

Mas todo este programa de su ministerio lo concretaba en preocuparse inmediata y preferentemente de la formación y perfeccionamiento de estos tres sectores de almas; Los sacerdotes, los niños y las almas que aún conservaban la fe más o menos amortiguada, consecuente con su principio de que *“es más fácil, práctico y provechoso empezar a trabajar por el retorno a Jesucristo preparando el de los que están más cerca de El que el de los que están más lejos”*. Quería preparar *la levadura sin la cual no podría fermentar la masa*. A este plan obedecía su incesante labor por la santificación y mejoramiento, en todos los

órdenes, del Clero malacitano y de su Seminario, objeto principalísimo de sus predilecciones desde que empuñó el báculo pastoral. A ese mismo plan obedecía su deseo de crear escuelas parroquiales netamente eucarísticas y de urgir y fomentar las catequesis de niños y adultos en todas sus formas; y a ese mismo plan, por último, obedecía la institución de Misioneros Eucarísticos que recorriese los pueblos casi incesantemente para formar o conservar núcleos de almas selectas que fuesen la base y el sostén de la piedad y las obras de celo parroquiales, a las órdenes de sus respectivos párrocos.

Como otros capítulos se dedicarán a la obra del Seminario y de los Misioneros Eucarísticos, nos limitamos en este a decir algo de

LAS ESCUELAS Y CATECISMOS PARROQUIALES

Plenamente convencido por propia experiencia de la necesidad de crear a la sombra de la parroquia escuelas netamente cristianas, acariciaba el proyecto de establecerlas, bajo la inmediata y exclusiva dirección del Párroco.

En estas escuelas, que serían semilleros de buenos cristianos e hijos de la iglesia, en mal hora abandonada, recibirían los niños la educación y enseñanza del Sacerdote o de personas escogidas por él y aptas para esta misión transcendental.

Propuso la idea al Clero de la Diócesis y, amigo, en frase suya, de *“no esperar sentado sino andando”* se comprometió por primera providencia a subvencionar con pensiones mensuales toda Escuela Parroquial que creasen sus párrocos, preocupándose principalmente de establecerlas en los poblados más apartados de la Parroquia.

Honda preocupación y tristeza causaban en su paternal corazón el abandono espiritual en que se hallaban innumerables hijos suyos, ya que algunos de estos poblados comprendían más de mil almas en la más deplorable incomunicación.

Y no contento con ofrecer subvención a estas escuelas, para obviar dificultades que habían de surgir con la escasez de locales adecuados, concedió autorización para que pudiesen habilitar para escuelas, locales que fuesen propiedad de la Iglesia, incluso capillas y ermitas, que no quedarían profanados por darles tan hermoso destino.

El Sr. Obispo hizo un elenco de las condiciones en que se habían de crear y funcionar estas escuelas, y que, por revelar la perspicacia de su

genio organizador y el don difícil de hacerse cargo de las necesidades prácticas, no resistimos al deseo de insertarlas en uno de los apéndices al final de este libro.

Era tal el interés y el tesón que ponía en urgir estas disposiciones sobre escuelas y catecismos parroquiales, que en una junta celebrada con todos los directores de centros catequísticos de la ciudad, llegó a decirles, que era tan decidido Su empeño de proseguir esa obra que “de hoy para siempre debía saberse que hasta Pectoral y su anillo estaban a la disposición de los catecismos, pues prefería desprenderse de sus insignias episcopales antes que dejar morir a un solo catecismo por falta de recursos pecuniarios”.

Aquella labor pastoral del Sr. Obispo, tan urgente y al mismo tiempo tan difícil de realizar, se vio coronada con el éxito en muchos casos, no sin antes haber tenido que vencer serios y casi insuperables obstáculos.

Se establecieron no pocas escuelas, sobre todo, en poblados que carecían de ellas, y se comenzó una obra de recristianización que era inaplazable.

Pasamos por alto la catalogación detallada de toda la labor realizada en este sentido y solamente vamos a espigar un ejemplo o caso práctico, en que lo vemos a él moverse y actuar directamente en ese terreno, tan connatural a su celo pastoral (¹⁴⁴). Oigámosle de nuevo:

“HABLEMOS DE LAS ESCUELAS”

¡Y vaya si es fecundo el tema!

¡Como que ando yo buscando un cronista escolar que cuente con color, olor y sabor las no escasas peripecias a que van dando lugar estos planes y proyectos de Escuelas Parroquiales en toda la Diócesis de Málaga!

¡Como que en estos días mi mesa, más que de Obispo, parece la de un inspector de escuelas primarias!

LOS CURAS MAESTROS

Como dato consolador quiero registrar que ya hay varios Párrocos que han contestado a mi ofrecimiento de subvenciones para Escuelas

¹⁴⁴ “Boletín Oficial del Obispado de Málaga”, 1917, p.323.

Parroquiales, anunciándome que puesto que sus ministerios les dejan tiempo, ellos mismos están dispuestos para ser los maestros de sus Escuelas.

UNA VISITA AL BARRIO DE HUELIN”

Días pasados disfruté en la visita que hice a las Escuelas Parroquiales de niños una y de niñas otra, que se están preparando en el barrio de Huelin de aquí de Málaga.

Gracias a la mágica influencia de la escobilla de blanquear y a la buena ración de gráficos pedagógicos que van estampando en los blancos muros los improvisados pinceles que vi manejar al propio Párroco y al Maestro que será de las Escuelas el Presbítero Sr. Meco ayudados por el padre y el hermano de aquel y hasta el monacillo de la Parroquia, los desconchados y destartalados almacenes y el inculto corral, alquilados para Escuelas, van tomando aspecto y categoría de tales.

Verdad que con todos los arreglos y retoques de cara, las chinas del pavimento del patio y de la clase de niñas lo mismo pueden servir para herir las rodillas de un cristiano que para pertrechos de guerra en las pedreas famosas de nuestros chaveas, y que el sistema de conducción de aguas merece patente de invención, y que de cristales están allí tan escasos como abundantes de polvo, humo de fábrica y viento, pero... también es verdad que no son mejor acondicionadas las casas de los pobres vecinos ni aún la del Vecino mayor, el Jesús Sacramentado de la Parroquia, ¡Qué Parroquia! Y que lo que falta de comodidades y pulimentos arquitectónicos lo da el Corazón de Jesús con creces en aire, luz, sol y agua salada. ¡Como que tiene el mar a treinta metros!

Por cierto que una de las recomendaciones que más hice, al despedirme, al Párroco y al Maestro es que no dejaran entrar en las escuelas niños ni niñas que no hubiesen pasado antes por la acción de cinco minutos de caño libre de agua...

¡Qué caras y qué manos me rodeaban en súplicas de estampitas y medallas!

¡Y el mar tan cerca!

En suma, que dentro de unos días el gran letrero de la fachada “Escuelas Parroquiales del Corazón de Jesús” y en medio del patio la imagen del Amo, todo lo más grande y con los brazos abiertos, que se pueda encontrar, o mejor, que quieran regalar, cobijará a más de un

centenar de chiquillos y chiquillas peleando a brazo partido con la roña presente y futura del alma y del cuerpo” ⁽¹⁴⁵⁾.

ANTES QUE OBISPO HABIA SIDO PARROCO

Si no podían menos de acusarse en el Sr. Obispo los rasgos característicos del catequista, tampoco podían disimularse sus experiencias de párroco, como muy bien puede apreciarse en el tono de sus cartas pastorales, de sus órdenes y avisos al Clero de su Diócesis.

Una de las recomendaciones que más frecuentemente les hacía a los Párrocos, era la de que estuviesen sentados en sus confesionarios al amanecer, hubiese Penitentes o no, como medio de resurrección de una parroquia, cosa que él tenía bien experimentada con pruebas propias y ajenas.

Muy frecuentemente les urgía en este sentido. Véase una de ellas:

“Con todo encarecimiento y por el Corazón de Jesús pedimos a nuestros amados Aperadores en la cura de almas que, al menos en tiempo de cumplimiento pascual, abran, sus iglesias lo más temprano que puedan, lo más tarde, a las seis que esperen sentados en sus confesionarios, vengan o no vengan penitentes y que en nuestro nombre pidan y manden, si es preciso, a los sacerdotes a sus iglesias adscritos que se sienten diariamente en el confesionario.

Seguros estamos de que la experiencia de los beneficios que a las almas reportan estas facilidades del culto tempranero, les moverán a seguir todo el año imponiéndose este tan fecundo sacrificio.”

Ese mismo encargo lo repetía casi todos los años por Cuaresma, aparte de que constantemente lo encarecía.

El mismo daba el ejemplo cuando se hallaba de Santa Visita por los pueblos, sentándose diariamente en el confesionario; en gran número acudían los fieles que deseaban confesarse con el Prelado.

A su incesante labor pastoral, tanto en la ciudad como en los pueblos de la Diócesis, que visitaba frecuentemente, y a su plan más concreto de mejoramiento de la formación y de la vida del clero en todos sus aspectos, de la enseñanza del Catecismo y del fomento de la vida espiritual de los núcleos parroquiales de fieles, iba unido su trabajo incesante por la moralización de las costumbres populares y por las obras de beneficencia.

¹⁴⁵ “Boletín Oficial del Obispado” de Málaga, octubre, 1917.

Si bien, prefería emplear para la corrección de abusos los medios suaves y convincentes, no dejaba de utilizar también un saludable rigor cuando aquellos no bastaban. Como ejemplo puede citarse el caso de que, habiendo prohibido a las Hermandades que, con el fin de allegar recursos, organizaran festivales con bailes y diversiones inmorales, destituyó a la Junta de gobierno de una de esas Hermandades por haber contravenido esa disposición, y a otra castigó también por haber anunciado públicamente cierto festival en que se mezclaba la exhibición de la Santa Cruz con bailes y divertimientos profanos, vigilando para que las procesiones de la Semana Santa tuviesen el carácter de piedad que les corresponde y poniendo cuantos medios podía para evitar abusos o deformaciones de lo que deben ser estos actos.

III

El Administrador Apostólico ya es Obispo propio

El 26 de diciembre de 1919 moría en la paz del Señor, en su ciudad natal de Antequera, el ilustre Obispo de Málaga, Doctor D. Juan Muñoz Herrera, a la avanzada edad de 84 años.

El Sr. Obispo Administrador Apostólico, al anunciar la muerte del Prelado a sus diocesanos, les decía: “...*Cuando el Sumo Pontífice, deseoso de honrar al egregio finado, nos designó sin consultar nuestra voluntad para que le ayudáramos a llevar la carga que supone el ministerio pastoral, y luego para que Nos la lleváramos solo, fue motivo de aliento para nuestra alma la consideración de que trabajaríamos para que descansara el Prelado de quien tanto y tan bien habíamos oído hablar a nuestros padres; y en las angustias y sinsabores que forzosamente ha de traer consigo la gobernación de una diócesis como ésta, siempre hemos pensado que llevando en nuestros hombros el peso de esta cruz aligerábamos la que a tan preclaro varón correspondía.*”

El cadáver del venerable Prelado, hechas las honras prescritas por el ceremonial, fue llevado a Málaga e inhumado en la Capilla de nuestra Señora del Rosario, en la Santa Iglesia Catedral.

NOMBRAMIENTO DE OBISPO PROPIO

El día 22 de abril de 1920 en el Consistorio secreto, S. S. Benedicto XV, nombraba al Obispo de Olimpo y Administrador Apostólico de Málaga Obispo propio de la Diócesis e Iglesia malacitana.

Al recibirse la noticia se echaron a vuelo las campanas de la Catedral y desde ese momento fueron incontables los parabienes y felicitaciones que el Clero y Pueblo hicieron llegar al Sr. Obispo, a la sazón ausente.

De regreso de su viaje, el Clero pueblo malagueño le tributaron un entusiasta y cordial recibimiento acompañándole hasta la Catedral donde, después del solemnísimos Tedeum y demás actos prescritos por el

ceremonial, el Sr. Obispo dirigió a sus hijos un sentido saludo en que resplandeció su profunda humildad, su amor a sus ovejas y el programa de su episcopado.

Después, acompañado de los fieles se dirigió a la tumba de su venerable antecesor, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Juan Muñoz Herrera, en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, donde oró por el eterno descanso de su alma.

Con el nuevo lazo con que la Divina Providencia lo unía más fuertemente a la Iglesia malagueña, el celoso Pastor se sentía por nuevos títulos más obligado a intensificar, si fuera posible, sus desvelos y esfuerzos para regir con justicia y amor la numerosa grey confiada a su solicitud.

Quiso que la Virgen Santísima de la Victoria, Patrona de Málaga, fuese la Madrina de sus bodas con la Diócesis malacitana, y a fuer de hijo y *ahijado* tomó con verdadero empeño restaurar el culto de la Patrona e intensificar más la devoción del pueblo malagueño hacia su excelsa Madre.

El primer acto que presidió como Obispo propio fue una solemnísimá procesión de la Santísima Virgen de la Victoria que fue un renacer del fuego de la devoción a la Patrona.

En una espléndida función que hizo se celebrase en la Catedral, en honor de tan excelsa Patrona, declaró el Prelado que la tomaba por Madrina y se imponía la gratisíma obligación de asistir a la Salve que en su honor se cantaba todos los sábados en su templo.

Así continuó, incrementando por todos los medios el fervor por la Patrona, siendo secundado eficazmente por los fieles malagueños.

UN BANQUETE SIMPÁTICO

Para celebrar su toma de posesión de la sede malagueña como Obispo propio, quiso, con un rasgo característico suyo, que en vez de un banquete oficial a las autoridades, se diese un gran banquete a los niños pobres de la capital.

“No sabríamos, no podríamos —escribía— gozar en un banquete succulento y pomposo de un número reducido de ilustres comensales, sabiendo que la mayor parte de nuestros hijos no comen o comen mal. Y ved cómo se nos ocurre realizar este nuestro deseo. En vez de sentarnos

los de ese reducido número a la mesa, alargamos ésta cuanto más podamos, sentamos en esa mesa larga como nuestro cariño, a unos cuantos miles de niños pobres y que ellos se alegren comiendo y nosotros nos alegraremos y nos honraremos sirviéndoles...

Pero, antes de esa comida para el cuerpo, queremos darles otra comida para el alma ¡la Sagrada Comunión! ¡El mejor y más succulento banquete!

¿Lugar para ambos banquetes? Para el del alma la casa de nuestra Madre de la Victoria. Las alturas de nuestro Seminario... para la del cuerpo."

Y en efecto, el domingo, 17 de octubre, más de tres mil niños, en el templo de la Patrona asistían acompañados de sus maestros y familiares, a la Misa que celebraba su Obispo y recibían la Sagrada Comunión por manos de diez sacerdotes con el mayor orden y devoción, mientras centenares de voces infantiles cantaban al Señor...

Y conmovido ante aquél espectáculo el Sr. Obispo les hablaba con frases caldeadas por el entusiasmo, diciendo que las dificultades innumerables del gobierno de la diócesis no le amedrentaban, considerándose en aquellos momentos como reconquistador de la espiritualidad de Málaga a la manera de los Reyes Católicos sostenidos y alentados por la protección de la Virgen de la Victoria cuya imagen está íntimamente unida a la historia de la reconquista de Málaga y teniendo elementos de gobernación tan infaliblemente eficaces como el Sagrado Corazón de Jesús en la Eucaristía, la Virgen de la Victoria en su constante protección a la Diócesis y la inocencia de aquellos niños apretándose al Sagrario.

Después de nutridas las almas con el Pan Eucarístico, todos subieron al monte del Seminario presididos por su Prelado, autoridades y maestros.

Grandes postes sosteniendo cada uno una inscripción de la letanía Lauretana señalaban el lugar de los colegios.

Agrupados los niños con sus profesores allí se entregaron a las manifestaciones de la más franca alegría, gozando del cariño que su bondadoso Pastor les prodigaba.

La succulenta y abundante comida fue servida por el Sr. Obispo, el Gobernador, el Alcalde y demás autoridades, sacerdotes y seminaristas.

El espectáculo ante aquel panorama en que la naturaleza muestra tantas bellezas no podía ser más encantador.

Cuando los niños comieron hasta saciarse y cantaron y jugaron cuanto quisieron, la gratitud de maestros y discípulos no admitió esperas y atravesando la ciudad llegaron hasta el Palacio Episcopal desfilando, ante los balcones, desde donde el Sr. Obispo les bendecía sonriente...

LA DIÓCESIS, PARA EL CORAZÓN EUCARÍSTICO DE IESÚS

Fue una de aquellas fiestas triunfales que él gustaba de ofrecer al Rey Divino, ¡cómo ansiaba verlo reinar en cada uno de los corazones y de los pueblos!

Para que la entronización del Corazón de Jesús en la Diócesis no fuera una fórmula vacía, sino una realidad llena de vida, quiso preparar en los días precedentes a la fiesta, la entronización real de Jesús vivo en las almas con una Comunión general, no sólo en la capital de la Diócesis, sino en todos los pueblos, para lo cual ordenó a los párrocos y rectores de iglesias que tuviesen cinco o tres días de predicación enderezada a que los fieles se dieran buena cuenta del acto transcendental que se preparaba.

El día 20 de noviembre de 1927, sobre la fachada del Seminario de Málaga, en el punto más elevado de la ciudad y a la vista de todos sus moradores, del campo y del mar, y teniendo por pedestal, no un monumento insensible y muerto como son los de piedra, sino un monumento dinámico, con el fecundo y enérgico dinamismo de un Sagrario habitado por Jesús vivo y de un templo habitado por las almas que oran y se sacrifican y de un Seminario fabricado piedra a piedra y sostenido por las bendiciones que de El atraen la oración, la confianza y el trabajo, se entronizaba en la Diócesis el Corazón de Jesús.

Gran inquietud causaba a todos el estado del tiempo porque hacia cuarenta y ocho horas que llovía incesantemente y el estado atmosférico no daba señales de cambiar, por lo que se temía que la fiesta quedara deslucida a causa de la lluvia y del mal estado de los caminos.

A las once de la noche anterior cesó repentinamente de llover y sobrevino un viento tan fuerte y seco que a la mañana del día siguiente no quedaba ni humedad en las calles y sólo el viento norte preciso para sostener las nubes que esperaban arremolinadas la orden del Amo para volver, como volvieron terminado el acto.

El secreto de este inesperado cambio de tiempo fue que de vísperas y hasta bien entrada la noche, grupos de seminaristas ante el Santísimo expuesto en la Capilla del Seminario, repetían esta oración: “Padre nuestro

que estás en los Cielos, glorifica al Corazón de tu Hijo mandando ahora buen tiempo...”

Después de la Misa Pontifical celebrada por el Emmo. Sr. Cardenal Casanova, Arzobispo de Granada, en la capilla del Seminario, en la explanada del mismo, el Sr. Cardenal bendijo la hermosa imagen. Fue un momento emocionante; las bandas de música tocaban la Marcha Real, la batería que había sido colocada cerca del lugar disparó las salvas de ordenanza, todas las campanas de Málaga repicaban y la muchedumbre que presenciaba el acto prorrumpía en delirantes aclamaciones al Corazón de Jesús.

El Sr. Obispo hizo el Acto de Consagración de la Diócesis al Corazón Eucarístico (¹⁴⁶).

¡Que hermoso estaba El sobre el trono de su Seminario, mirando la ciudad recostada junto a las orillas del mar!...

Es el Corazón Eucarístico de Jesús; para que nadie olvide la sublime locura de su Amor le han colocado sobre el brazo izquierdo reclinada sobre el pecho la Cruz de Redención y en la mano derecha levantada sobre las cumbres le blancura de la Hostia.

Desde lejos, de noche, sobre la ciudad dormida, su imagen iluminada parece un faro de esperanza y el monte la cumbre del Tabor.

A los pies de la imagen una placa de mármol dice de esta manera:

“Sobre este trono del Seminario, labrado y sostenido por la oración y la confianza, colocó la Diócesis malacitana la imagen de su Rey, Maestro y Amo y renovó su consagración a El.”

Día 20 de noviembre de 1927.

Verdaderamente que aquel es nuestro *Jesús*, el Salvador de nuestras almas, el consolador de nuestras penas. ¡Cuántos ojos se levantan desde la ciudad a aquellas cumbres benditas para mirarlo!

¹⁴⁶ En la revolución de 1936, los rojos arrojaron de su trono la Imagen hermosísima. Liberada Málaga, el Excmo. Sr. Don Balbino Santos Olivera, a la sazón Obispo de la Diócesis, entronizó de nuevo al Corazón Divino, reponiendo la Imagen en su lugar y renovando la Consagración en un acto solemnísimos el 22 de Julio de 1939, fiesta del Corazón Eucarístico de Jesús.

IV

Mirando hacia atrás

Al llegar a estas alturas de la vida de D. Manuel, se nos ocurre una curiosa pregunta: ¿Y sus obras de Huelva? ¿Y sus escuelas de niños pobres?

No en vano había sido arrojada aquella semilla en el surco de Huelva. Llevaba en sí la fecundidad de Dios. Veamos el desarrollo de aquel germen y los puntos de contacto que las escuelas de Huelva siguieron teniendo con su Fundador.

Sobre los hombros de D. Manuel Siurot había caído todo el peso de aquellas escuelas del Sagrado Corazón; pero el Sr. Obispo no le dejará solo, desde Málaga seguirá siendo su Cirineo.

¿No se ha dejado en ellas la mitad de su corazón?

Su Polvorín, sus Escuelas de San Francisco, sus niños pobres de Huelva seguirán viviendo dentro de su alma de Obispo como cuando era Arcipreste.

OTRO “SABLAZO” EPISCOPAL PARA LOS NIÑOS DE HUELVA

Nunca pidió nada para él, sin embargo, cuando se presentaba ocasión la aprovechaba para implorar la caridad para sus niños.

Siendo ya Obispo, una de las veces que fue a Madrid, visitó al ya Sr. Ministro de Instrucción Pública, D. Julio Burell, que desde aquella primera entrevista en que conoció a D. Manuel sentía por éste una gran simpatía. En el despacho del Ministro se repitió la escena de la búsqueda de pesetas para las escuelas.

Fue llamando el Ministro uno a uno a los jefes de negociados. ¿Qué dinero le sobra a Vd. en su consignación?... Después de mirar: Veinte pesetas... Y así hasta que llegó al de Bellas Artes, que tenía seis u ocho mil.

El Ministro, para justificar, le preguntó a D. Manuel: ¿Hacen algo de Bellas Artes en sus escuelas? — ¡*Ya lo creo!* —le responde— ¡*Si viera Vd. los monigotes que pintan todos por las paredes!... Además ¿le parece a usted que hay arte más bello que de cambiar un golfillo por un hombre honrado?*

Y también aquella vez salió D. Manuel con dinero para sus niños pobres (¹⁴⁷).

No los podía olvidar. Recién venido a Málaga, uno de ellos, llamado *Camorrita*, le escribe al Sr. Obispo una graciosísima carta pidiéndole por favor que le buscara en Málaga un rinconcito para estar cerca de él, porque no podía vivir lejos de aquel que fue para él más que un padre.

La respuesta no se dejó esperar. *Camorrita* vino a Málaga y en el Colegio de San Bartolomé de los PP. Salesianos, encontró el suspirado *rinconcito*.

El Obispo que un día le recogió de la calle y lo albergó en sus escuelas, ahora en Málaga seguirá siendo con él su *padre*. “

Siente nostalgias de aquellas tierras regadas con sus sudores y con sus lágrimas y más de una vez no podrá resistir la tentación de emprender hacia ellas su marcha.

LA PRIMBRA VISITA A HUELVA

En noviembre de 1917 hizo su primer viaje.

Leed cómo lo describe con su natural viveza la pluma fácil y elegante del malogrado Siurot:

“Huelva entera está fuera de cauce. ¡que viene! ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién va a ser? ¡er Vicario, *Dor Manué* el Obispo! ¡Que viene! ¡que viene!...

Y vino. Fue una entrada triunfal. Fue el triunfo del amor. Fue la manifestación más espontánea, más sincera que se le ha hecho a nadie.

Militares, magistrados, jueces, gobernador, alcalde, marinos, el pueblo, las Marías, los niños de las escuelas se apiñaban en el andén de la

¹⁴⁷ Decía Burell que al único Obispo que besaba el anillo era al de Málaga. Aquel Ministro que no era ni mucho menos un buen cristiano practicante, sin duda, debido a las oraciones del Obispo agradecido, en su última enfermedad se vio confortado con los últimos Sacramentos. Se los administró el Superior Provincial de los Jesuitas, M. R. P. Varela.

estación. Cuando el Obispo, primero sonriente, después sonriente por fuera, pero llorando por dentro levantaba las manos para saludar y bendecir, la multitud descubierta prorrumpía en gritos y aclamaciones fervorosas, la banda de mi Colegio tocaba la Marcha Real, los chiquillos tiraban las gorras por lo alto, los hombres se estrujaban para llegar primero y había muchos pañuelos en el aire y muchas lágrimas en los ojos. ¡Bendito sea Dios!, qué hermoso era el momento y qué consolador el espectáculo, era a un Sacerdote, a un Obispo, a Jesucristo, a quien se hacía aquel homenaje, y te lo hacía el pueblo.

¡Míralo, eze es, eze, eze es! *Dor Manui, Dor Manui*, decía gritando una mujer con tales gritos que obligó al Sr. Obispo a fijarse en ella a pesar del estruendo. *¡Dor Manué, que malegro mucho de verlo a usté güeno!...*

* * *

En las calles ¡qué escándalo, qué ovaciones! y todo perfumado con el exquisito aroma de la espontaneidad. El Sr. Obispo iba en su coche contestando a todos por sus nombres, hasta por sus apodos algunas veces, con una familiaridad que nos traía el recuerdo de aquellos venturosos tiempos en que fue nuestro Pastor y nuestro Padre. Por eso, a los que hemos luchado en aquellos pasados días a sus órdenes, por su inspiración y bajo sus banderas, se nos manifestaba el Sr. Obispo de Olimpo entregado al pueblo, en la oleada del pueblo, como un Arcipreste de Huelva vestido de rojo y de morado con un pectoral de oro. Después de todo, al subir a la dignidad excelsa de obispo no ha hecho nuestro Arcipreste más que vestir por fuera lo que llevaba por dentro: rojo de su sangre generosa, morado de su pasión y sacrificios, oro de su corazón, porque su corazón es de oro.

Y lo que yo no puedo describir y no describo porque lloro como un tonto cuando me acuerdo, es la entrada en las Escuelas que él fundó y donde el cariño de todos le ha preparado alojamiento. Cuando yo vi aquel cuadro de amores tiernos, de efusiones paternas, y de exclamaciones inventadas por la inocencia de los niños, sentí deseos de volar hacia el mundo de los espíritus, donde se inundan las almas en el Sol de Dios, pero como el cuerpo me pesaba, como pesan la materia y el pecado, me contenté con levantar los ojos hacia arriba y allá sobre la puerta del colegio miré a la estatua del Sagrado Corazón proyectada sobre el azul de los cielos, y yo no sé si fue visión mía o realidad, pero sobre el Obispo y los niños cayeron flores, que el Jesús de los humildes arrancaba de los eternos jardines de su amor.

Bendito sea el que viene en nombre del Señor...” M. Siurot (¹⁴⁸).

Dos veces más volverá a Huelva, y en cada visita podrá contemplar emocionado que su labor no había sido inútil, que el fruto más copioso premiaba los afanes de su abundante sementera.

* * *

HUELVA EN MÁLAGA

No solamente era el Sr. Obispo el que visitaba su antiguo campo de apostolado, sino también los alumnos, presentes y pasados, de sus Escuelas le hicieron frecuentes visitas, que dejaban en su corazón paternal una emoción muy honda.

De una de aquellas visitas escribe el Sr. Obispo:

“Huelva en Málaga. Así he vivido unos días en que han estado a visitarme mis maestritos de Huelva, aquellos chiquitos de las Escuelas del Amo convertidos hoy por obra y gracia de las mismas y con arreglo a los métodos de ellas en maestros y estudiantes de maestros.

Sin dejar de vivir en Málaga, me parece que he vivido durante estos diez o doce Has en Huelva al verme entre los que allá constituyeron el fin de mis afanes, la ocupación y preocupación de mi ministerio y el más dulce de mis consuelos pastorales.

¡Qué historias se han contado, qué recuerdos se han reanudado, y cuánto hemos gozado ellos y yo! Ellos de verse en Málaga al lado de su Dó Mamué Vicario y tratados episcopalmente y yo al verlos crecer al par que en cuerpo, en bigotes, en sueldos y buenas colocaciones, en amor al Corazón de Jesús y a su Escuela.

Una de las impresiones más gratas que me han dejado es que casi todos son comulgantes diarios. ¡Cómo me enternece oírlos cantar en Misa y en la Comunión con voces de hombres las coplas que tantas veces les oí cantar con voces de niños...!”

En las Pascuas, en su día, se amontonaban todos los años postales de sus niños polvorineros sobre la mesa de su despacho.

Le llenaban de emoción aquellos versos ingenuos y sencillos, tan desprovistos de métrica como llenos de amor.

¹⁴⁸ “El Granito de Arena”, 5 diciembre, 1917. Volvió a visitar Huelva el 17 de febrero de 1920, según lo cuenta él mismo en “El Granito” del 5 de marzo de dicho año y en mayo de 1929 (“El Granito de Arena”, 20 junio 1929).

“Como las aves del aire
y las flores sin *oló*
están estos pobres niños
desde que Vd. se marchó.

Su parvulita, *Expectación García*

Otra inspirada y dulce poetisa le escribe esta almibarada copla.—

Yo le quisiera mandar
tres mil libras de turrón
pero como no las tengo
ahí le mando el corazón.

Juana Gutiérrez

Ni que decir tiene, Juanita, que si llega a Málaga un vagón con esa dulcísima carga, pronto el Obispo le hubiera buscado almacenes.

Por las cuestas del Seminario, las Casas de beneficencia y las Escuelitas de Huelín se hubieran perdido en un momento, como si les nacieran de pronto alas, las tres mil libras de tu soñado turrón.

En otra postal, con un Niñito Jesús rechoncho, coloradito y risueño, llevando sobre el pecho un corazón rojo como una fresa madura, un minúsculo e improvisado poeta escribió:

Don Manuel,
otros que no le conozcan
sus reliquias besarán,
y yo beso ahora sus manos
que me saben a *masapán*...

* * *

¿Tendría algo de profeta aquel golosillo polvorinero?

Capítulo XII

“Me da compasión de este pueblo”

1.º.- *El apóstol del pueblo.*

La predicación callejera.

Un caso entre mil.

Entre los pescadores de la Caleta.

El secreto de una abuela remozada.

2.º.- *Pan y Catecismo.*

En el coche del Obispo.

“Málaga apestá”...

Las Hermanitas de la Cruz.

El Sr. Obispo y Sor Angela.

El incendio de la Aduana.

3.º.- *Durante la campaña de Melilla.*

La voz del Prelado.

“Mi Noche Buena en Africa.”

El Sacerdote soldado.

El apóstol del pueblo

“¡Qué pena me da de este pueblo!” Así exclamaba el Maestro Divino asediado de aquellas multitudes de pescadores y de aldeanos que le seguían por las riberas del lago, a través de los desiertos, junto a los muros de la ciudad.

Penetraban luminosos sus ojos el hondo abismo de miserias de las almas y de los cuerpos, y el corazón rebotante de misericordia se volcaba sobre ellos: *Pertransit benefaciendo* (Act. 10, 38), pasaba derramando el bien..., derrochando su palabra de vida eterna para el hambre de sus almas, repartiendo la salud y la alegría y hasta el pan y los peces para el hambre y la miseria de los cuerpos.

Al recorrer los pueblos de su Diócesis y al perderse un día y otro por el laberinto enmarañado de aquellas callejuelas de los barrios bajos de Málaga este mismo grito compasivo de Cristo se escapaba de los labios y del corazón de nuestro Obispo: “Me da pena de este pueblo”, ..

Había penetrado en las casuchas miserables de los pobres, había visto la enfermedad y la miseria hacinadas en aquellas covachas infectas. En la tierra de la abundancia del sol y de la alegría contempló aquellas multitudes de obreros condenados a vivir en la obscuridad de sus miserables hogares, esclavos del hambre y del dolor, sumidos en la ignorancia, sin fe ni en Dios ni en los hombres, faltos de Pan y sobrados de vicios.

¡Cuántas veces no pudo reprimir su emoción, al salir de uno de aquellos miserables patios de vecinos donde se hacinaban las familias más pobres en una promiscuidad espantosa!

No podía callar. Una valiente y amarga protesta sale de su alma contra aqueje tremenda injusticia social... En el “Boletín del Obispado” de diciembre de 1918 apareció la siguiente *circular*:

“Una pena muy amarga, para la que aún no hemos encontrado consuelo, se ha apoderado de nuestro corazón, al recorrer en Santa visita los pueblos de esta dilatada y amadísima Diócesis.

La sórdida miseria en que viven sumidos centenares de humildes labriegos, víctimas de pasiones bastardas, que, lejos de recompensarles con generosidad la recia labor desplegada por ellos en el cultivo de la tierra, va sorbiendo gota a gota el sudor que brota de sus frentes ennoblecidas por el trabajo, es un baldón social, que no puede mirar indiferente ningún católico de acción, ni puede contemplar ningún Obispo sin que sienta transido de pena su corazón.

Hemos de ayudar al trabajador con todos los bríos de nuestra alma; hemos de proporcionar pan a sus cuerpos a fin de ganar sus almas, sobre las que se ciernen tormentosas tinieblas de socialismo.

Y como este movimiento social, que nada tiene de política, ha de ser esencialmente católico, queremos, que lo dirijan, cada uno en su demarcación, los reverendos señores curas párrocos. A fin de que se penetren de la suma transcendencia de este movimiento, se les remiten dentro de este Boletín dos hojas la primera explica la admirable organización de la CONFEDERACIÓN NACIONAL CATÓLICA-GRARIA que con tanto entusiasmo ha sido acogida en toda la Península; la segunda, contiene un cuestionario a cuyas preguntas deberán contestar todos los señores curas párrocos a la mayor brevedad posible, remitiendo los pliegos a nuestra Secretaria de Cámara.

¡Que el Corazón de Jesús prenda el fuego del entusiasmo por esta obra en todos los pechos católicos! ⁽¹⁴⁹⁾

LA PREDICACIÓN CALLEJERA

Había que ganarse el alma del pueblo, alejado de Dios, y habría que ganarlo más que todo con cariño. Como no supimos amarlo aprendió a odiar. El Sr. Obispo se acercará a ese pueblo, lo amará con toda la inmensa locura de un corazón enamorado del Pobrísimo Jesús, sus manos estarán siempre derramando consuelos, sus limosnas redimirán sus males, él visitará a los enfermos, acariciará a los niños, y con la sencillez de un hermano se mezclará entre los pobres, para compadecer sus miserias y aliviarlas en la medida de sus fuerzas.

¹⁴⁹ “Boletín del Obispado “de Málaga, 1908, p. 504.

Y como la gran limosna que el pueblo necesita es el cariño, el corazón, él se lo entregará a todos sin esperar nada, que no busca en ello, más que el hacerles bien y contentar a Dios.

A todos saluda, con todos habla, por todos se interesa. Se para en la calle con el obrero y con la ancianita, pasea llevando cogidos de su mano a los niños pobres y charla y ríe y juega con ellos, cuando el relato de sus desventuras no le nubla los ojos y le arranca las lágrimas.

Lo mismo que en Huelva, sigue siendo en Málaga un empedernido apóstol de la predicación callejera...

Por donde quiera que pasa va dejando una palabra, un consejo, una caricia, una sonrisa, un saludo. El mismo nos refiere el tono de sus sencillos sermones.

“Primer sermón: Topo con un grupo de niños que juegan o diablean en medio de la calle; estos suelen ser los más prontos y espontáneos amigos del sacerdote; y digo suelen porque en los tiempos laicos que hemos pasado no solían, antes al contrario, influenciados por el ambiente envenenado, disparaban contra el sacerdote que pasaba sus palabras más sucias, sus miradas más provocadoras y hasta sus piedras, y ¡cuántas veces he sido testigo y víctima!

Pero en fin, esto, gracias a Dios, pasó y los niños vuelven a ser los más prontos e ingenuos amigos del sacerdote que pasa junto a ellos.

Una mirada benévola, una sonrisa, una pregunta a cualquiera de ellos basta para atraer en masa a la chiquillería callejera, que se desborda pidiendo la mano para besarla, la medallita, la estampa, por lo menos la promesa de que si hoy no, mañana sí.

Y puestos ya en tomo mío, aprovecho la ocasión para preguntarles si han ido a Misa el último domingo, si rezan oraciones, qué parte del Catecismo saben mejor y hasta para proponerles algún pequeño caso relacionado con alguna de las partes del Catecismo.

Segundo sermón: Me encuentro con una buena mujer que vuelve canasto al brazo de la plaza de abastos o de la tienda de comestibles, y le regalo, sin detenerme, un “buenos días nos dé Dios” y un “Dios le dé el canasto lleno cada día.”

Tercer sermón: Al artesano que va o viene de su trabajo, un saludo cariñoso y una pregunta: ¿Mucho trabajo? Dios se lo dé abundante y con él el pan para sus hijos.

Cuarto sermón; *Al muchacho o al hombre que trae vendada la mano, el pie o que trabajosamente anda: ¿Qué es eso? ¿Una herida? ¿Mejora? ¿Le duele?, terminando con un “que el Corazón de Jesús lo ponga pronto bueno.”*

Quinto sermón: *Al viejecito o viejecita que toma el sol acurrucado en un rincón de su portal o en un poyo de la plaza. Un saludo, unas preguntitas de interés, una palmadita en el hombro y hasta, si el tiempo permite, un ratito sentado, de charla de las cosas de sus tiempos antiguos y de sus achaques actuales y de paso algo de su alma.*

Sexto y séptimo sermón y los que sean menester: *Ejercitar con todo el que me encuentre el apostolado de la santa curiosidad, curiosidad porque pregunto; santa, por el fin recto y sana intención de las preguntas; y apostolado, porque con ese procedimiento mantengo el contacto, (ley suprema de toda labor apostólica) con mis fieles.*

¿Que alguna vez me responden no respondiéndome, o con mala cara, con palabras destempladas o con insultos? Debo confesar que en la práctica, ya antigua, de este apostolado, lo más que he encontrado ha sido hacerse alguno el distraído o volver la cara a otro lado para no verse en la precisión de corresponder, y que aún éstos mismos, ante la persistencia de mis saludos, han terminado por rendirse.

UN CASO ENTRE MIL

Iba a pie por una de las calles de barrio más frecuentadas por obreros, a la hora de la salida del trabajo, en Málaga.

En dirección contraria a la mía venia a paso lento un numeroso grupo de ellos en traje de faena: al acercárseme, toco mi sombrero y con mi mejor cara les dirijo un vayan ustedes con Dios, señores, y que descansen.”

La mayor parte saludaron, tocándose sus gorras y con cara agradecida.

Lo lento del paso de ellos y mío me permitió oír este diálogo:

— ¡Oye!, y ustedes ¿saludáis al Obispo?

—Pos digo yo, respondió rápidamente otro, ¡cantará! ¿que va uno a hasé con un hombre que salúa primero y que se quita el sombrero pa salúa?”⁽¹⁵⁰⁾

¹⁵⁰ “El Granito de Arena”, 1944, p. 4.

Aquellos saludos cariñosos del Obispo ganaban las almas. No tenía él de su dignidad ese juicio de algo intangible, que sólo debe mostrarse sobre las alfombras del Palacio, bajo las naves de la Catedral y bien arropado entre los rojos damascos de las tunicelas y de la capa magna. No, el que todas las noches colgaba para entregarse al sueño su pectoral al cuello del Corazón de Jesús que presidía su dormitorio y colocaba en sus dedos el anillo, supo ser Obispo al estilo de Aquel, tan Majestad Divina bajo los pórticos del Templo o los arcos triunfales de las palmas, como en el taller del carpintero o en la arena del lago rodeado de pescadores.

Una piedra en el campo, la playa, la calle, cualquier lugar era bueno para buscar un alma. El pulpito de su Catedral él sabía colocarlo en un patio de vecinos o en las playas de la Caleta... ¡Cuánto le gustaba hablar con los pobres marengos!

Acompañado de D. Fernando Díaz de Gelo, su fiel capellán, visitaba las playas de San Andrés y del Palo y catequizaba como Cristo a los pobres pescadores que junto a sus redes y sus barcas escuchaban palabras de vida eterna de aquel Obispo sentado entre ellos sobre una roca de la playa.

Ricardo León le sorprendió así una tarde...

ENTRE LOS PESCADORES DE LA CALLE

“Estaba yo una tarde, ya muy remota en el tiempo, asomado al balcón mi estudio, frente al mar, en aquel paraíso malagueño del Valle de los Galanes, el más templado, luminoso y alegre de todos los paraísos de este mundo.

Casi al pie del balcón, sobre la playa enjuta y morena, se había sentado un numeroso y pintoresco tropel de aquellos rudos jabegotes que en las costas Sur y del Levante ganan su pan con penoso esfuerzo tirando horas y horas de redes para sacar el copo, según las artes primitivas de la jábega.

Sentado en medio del corro, un sacerdote platicaba con los marengos, al amor de la brisa levantina y del dulcísimo oleaje.

Ya era extraño ver en semejante actitud a gente de condición tan hosca, trabajadores incansables que rara vez se permitían ocios y charlas en la arena, y sobre todo con un Cura, pues aunque noblotes y sufridos, tenían fama los tales de ser los más incultos, irreverentes y blasfemos de todos aquellos berberiscos de la costa. Pero me sorprendieron mucho más el profundo silencio, la solicitud amorosa, la emoción inefable con que

oían al Sacerdote y se apretaban junto a él, todos suspensos y pendientes de su palabra.

Lo que me colmó de admiración fue que el Sacerdote, yo no lo veía bien pero le oía con perfecta claridad, les hablaba de Dios, del alma, de la vida eterna, pero de un modo tan llano y asequible a sus rudos entendimientos, con una gracia tan divina y tan humana a la vez, con una elocuencia natural y un entrañable sentimiento capaces de persuadir y conmover al más duro y bárbaro jabegote.

Aquel apóstol del Señor que de tal suerte hacía revivir junto al mor latino y español las escenas del Evangelio, a imitación de Cristo en el mar de Galilea, era —ya no en este mundo, sino en la paz de Dios— el Santo Obispo de Málaga, aquel bendito apóstol D. Manuel González que ha pocos años murió en olor de santidad...

¡Cómo sabía abrir el apetito de Dios, de la verdad y de la belleza al resplandor de aquellas marismas y paisajes andaluces!

Aquellos duros jabegotes le oían embelesados. De tal manera convirtió a muchos, que todos rehusaban el dinero aunque todos vivían con gran miseria y desnudez. En cambio, cuando les repartían unas medallas de la Virgen del Carmen, la Patrona del Mar, se las comían a besos.

Más de una vez, como en aquella tarde, las palabras “de D. Manué” como ellos le decían con santa y graciosa familiaridad, salpicaron de ardientes lagrimones las bronceadas mejillas de los pobres siervos de la jábega. ¡Les hablaba con tanto amor, les persuadía con tal fuego de fe, de esperanza y de caridad! Hombres oscuros, desamparados y miserables, allí donde todo es luz, fertilidad y alegría, nunca hasta entonces les habían hablado al alma, sino a la carne, al apetito inferior, al ansia de las satisfacciones materiales. Oían por primera vez hablar de algo muy dulce y apetecible, más sabroso que todos los manjares de la tierra, y sentían dentro de sí revelaciones de una necesidad más noble y más profunda que las otras, superior al hambre y a la sed. El pueblo aguarda siempre a sus apóstoles. Corazón sensible y religioso, responde a todos los que saben conmoverle. Necesita entregarse. Y como no distingue de espíritus, se entrega a los apóstoles del diablo cuando le faltan los de Dios” (¹⁵¹).

Conocía a las mil maravillas el secreto de aprovecharse de todo para llevar las almas a Dios y era el tipo perfecto del catequista cabal que no pierde ocasión para hablar, como decía San Pablo, *opportune, et*

¹⁵¹ Del artículo “Vanguardia de Cristiandad”, en el periódico “Signo”, Madrid.

importune de aquellas verdades que elevan el alma sobre las miserias de la vida.

Hermoso como una sencilla estampa franciscana era el espectáculo que ofrecía todas las tardes el portal del Palacio.

El coche estaba esperándole en la plaza junto a la fuente de las cadenas, el “Africano” (su caballo blanco) relinchaba al sentir sus pasos por las amplias escaleras y un enjambre de ancianitos al abrirse la cancela se agolpaban alrededor de su Obispo a besarle el anillo y a recibir su limosna.

El, sonriente y amable, los mandaba sentar sobre los bancos de piedra del portal, a un lado ellos y al otro lado las parlanchinas abuelas y con la íntima familiaridad de un padre (mejor vendría aquí decir de un nieto entre sus abuelos) comenzaba su gracioso catecismo. Y ¡qué de cosas observa y aprende en aquellas famosas “*tertulias del antiguo testamento*”! Vaya una anécdota entre las muchas que él mismo nos dejó escritas.

EL SECRETO DE UNA ABUELA REMOZADA

“Descuella entre nuestros ancianos contertulios del zaguán, una abuela tiesa como un espárrago y de moño empingorotado, reluciente y agudo como alcuza y siempre torcido hacia el lado izquierdo. Y no es solo el moño tan sobresaliente, hoy que no va quedando uno para muestra en el mundo de las elegantes peladas, el que da relieve a nuestra abuelita, sino lo garboso, castizo y chillón de su indumentaria.

Con frecuencia se presenta con faldas tan anchas de vuelo y almidonadas como abigarradas de colores.

—Pero esta abuelita, le decía una de las tardes al pasar, ¡cuidado si se emperejila! ¡si parece una mocita!

— ¡Ay!, responde con voz de lo más hondo de sus pulmones. ¡Ay! ¡taitas son penas! ¡Si Vd. supiera Padrecito mío!

— ¿Penas? ¡Pues bien las disimula Vd., abuela!

— ¿Y que va una a jase sino sorberse las lágrimas y echá al mal tiempo buena cara? Miosté, prosigue en tono de confidencia, yo he sío una criatura mú perseguía de los luto; lo mismito era estrená un vestío que ¡plum! me se moría uno de mi familia y ¡claro! el luto encima y el vestidito al arca...

Nuevo suspiro prolongado y un golpe de lágrimas secadas con el pico del delantal —

—Y miosté, padresito de mi arma, como ya samán acabao toito los míos y no ma queao naide que se puea morir, porque estoy ahora mismito como la Virgen de los Dolores al pie de la Crú, pos me dije: Arca ¿pa qué te quiero? y toas las nagüiya y to los trapiyo que tenía ayí una guardó van saliendo pa fuera y... ¡vamo, que no le cae a una mu má! ¿Verdá osté?

(Y mientras, con el garbo de mozuela de quince abriles se contoneaba y refrescaba con un pericón de la misma anchura y época de la falda).

—De modo, que Vd. parece que ha cambiado el refrán aquel de los duelos con pan son menos” con este otro “los duelos con tela son menos”, ¿verdad?

—Si, señó, que es mú verdá; que mientras tenga una su arma en pá y una nagüiya limpia y desenfila que ponerse ¿pa qué quiere una má en este mundo?

* * *

¡Alma andaluza, fina y penetrante, para sacar alegría sosegada de tus penas, satisfecha en tu austeridad, contenta en tu modestia, graciosa aun llorando, reina sobre tus harapos, qué bien representas la mujer fuerte cristiane! ⁽¹⁵²⁾. |

Nadie como él buceó en el fondo del alma andaluza y supo comprender la

grandeza sufrida de aquel bendito pueblo que se exalta por el amor de sus Dolorosas y Crucifijos, que viste de flores las cruces de Mayo, que reza cantando como las alondras en la madrugada el Santo Rosario y que si se apartó de Dios fue porque le faltaron pastores y le sobraron mercenarios.

¹⁵² “Sembrando granitos de arena”, p. 217, 3.^a ed.

II

Pan y Catecismo

EL repartirá con ese pueblo hambriento de Dios y sumido en la miseria su verdad y su pan: “*¡Qué pena me da de que los pobres no coman!*”, así decía él con frecuencia, sin poder reprimir el dolor de su alma.

Todo lo daba. Su caridad no tenía límites. Interrumpía su audiencia cuando llegaba un menesteroso y entrando en la despensa recogía lo que hallaba a mano. Y con los bolsillos de su sotana repletos volvía para socorrerlo. ¡Cuántas veces no quedó en sus bolsillos un céntimo porque se vaciaron en las manos de los pobres! Frecuentes eran en su casa estas escenas al salir para el hospital que solía visitar muy a menudo: Dejaba a su buen capellán en la puerta, se volvía a su hermana y la consabida pregunta:

— *¿Qué dinero tenemos?*

— Tres o cuatro duros.

Al oír esto se le escapaba un suspiro de sorpresa. No creía tan menguadas sus arcas episcopales.

— *Bueno, dáselos a D. Fernando, que vamos a visitar enfermos.*

Cuando regresaban del Hospital sin un céntimo, decía alborozado:

— *Ya tenemos hecho lo nuestro; ahora al Corazón de Jesús hará lo suyo, porque El ha dicho: “Dad y se os dará”* ⁽¹⁵³⁾.

Pero lo que más le lastimaba y le conmovía era la vista de los niños pobres.

Los acariciaba, los metía debajo de su manteo... En aquellas explanadas del nuevo Seminario a donde invitaba muchas veces a los huérfanos y a los asilados de la ciudad a pasar la tarde, después de obsequiarlos con peladillas y caramelos que él mismo repartía, los subía en

¹⁵³ En Málaga daba de limosna alrededor de 400.000 pesetas anuales, que recibía de manos de unos para dejar en manos de otros, según declaró él mismo.

las carretillas de los albañiles y más de una vez el Obispo las empujaba con sus manos paseándolos por aquellos campos.

Cuando llegaban las fiestas de Pascua y su onomástico, los dulces y regalos de su mesa se repartían siempre entre los porteros de Palacio y del Seminario, los pobres de su portal y los niños del barrio de Huelín.

¡Cómo le impresionaba el verlos descalzitos y rotos acudir a él por donde quiera que le veían, comiéndose a besos su mano y su anillo!... “*Así, así me quisiera yo ver en el Cielo*”, decía junto a la nueva capilla del Seminario teniendo abruzados a uno y otro lado dos niños pobres y ciegos, del colegio de sordomudos (¹⁵⁴).

Si los veía andando por las carreteras paraba su coche y los sentaba a su lado.

EN EL COCHE DEL OBISPO

—“*Allá en aquellos tiempos en que Dios quiso que fuera yo Obispo de Málaga, refería él en Patencia, iba una tarde en coche a mi ciudad amada. En el camino me hallé con un chiquillo, como de unos doce años que caminaba en la misma dirección, pero muy desarrapadito y a la vera de la carretera.*

—Niño, le pregunté, ¿a dónde vas?

Miróme el niño y me conoció por los colores y me contestó:

—Zeñó Obispo... a Málaga...

—¿A Málaga? ¿quieres venir conmigo?

—Zi zeñó.

—*Y el chaveita sin pizca de encogimiento se metió en el coche y le senté a mi lado... Aquello ya le impresionó demasiado y no se atrevía ni a hablar ni a mirarme; pero bastaba verlo para comprender que iba tan ricamente.*

—Dime, le interrogué para romper aquel silencio que era violento para los dos, ¿cómo vas?

—Zeñó Obispo, ¡qué bien ze va aquí dentro!

—Dime, ¿tú nunca has ido en coche?

—Zi zeñó, mucha vese, pero en la trasera y los latigasos que me han pegao por eso...

¹⁵⁴ Referido por la M. María del Santo Cáliz, religiosa de dicho Colegio.

Y comentaba después: todas estas cosas, coches, dulces, jamón, platos abundantes las han visto siempre los niños pobres en la trasera... Por detrás del cristal del escaparate o en las mesas de los que recibieron abundancias de bienes en la vida; y es preciso que las vean por dentro: en *sus mismas casas*.



Catequista empedernido

Málaga contempló el ejemplo admirable de ver a su Prelado pidiendo de Puerta en puerta.

El Guadalmedina rompió sus diques y los barrios de Málaga quedaron inundados.

El cuadro era calamitoso; los hogares invadidos por el agua, los pobres enseres arrastrados por la corriente y el hambre y el desamparo tendiendo sus negras alas sobre centenares de familias condenadas a la miseria.

El Sr. Obispo, acompañado de su Capellán, salió del Palacio y recorrió las calles implorando la caridad de sus malagueños. Pedía para sus obreros y sobre todo para aquellos “sus niñitos del alma” que apenas si tenían vestidos con que cubrir sus carnes ni pan que llevar a sus bocas.

La ciudad vibró de entusiasmo y todos conmovidos depositaban en aquellas manos del Obispo mendigo sus limosnas.

La caridad heroica del Prelado mitigó los dolores de aquella tragedia...

Como una herida sangrante siempre abierta llevaba en el alma aquella impresión dolorosa de los barrios de Málaga.

Cuando tenía ocasión protestaba de aquellas miserias y su voz se levantaba acusadora removiendo las conciencias dormidas.

“MÁLAGA APESTA”...

El viernes, 19 de septiembre del 1924, tuvo lugar en las Casas Consistoriales una magna reunión de todas las fuerzas vivas de la ciudad, para tratar de los grandes proyectos de reformas urbanas de Málaga.

Presidía el Sr Obispo teniendo a su derecha e izquierda a los Excelentísimos Sres. Gobernador Civil y Militar y Alcalde (¹⁵⁵).

Al terminar aquella sesión memorable se levanta, y valiente, con la santa independencia de su celo pastoral, propone ente el estupor de todos un magnifico programa de reconstrucción social, base indispensable y previa a toda reforma de tipo urbano.

“Dos motivos, comenzó diciendo, tengo para hablar, el primero: sentirme orgulloso de ser el sucesor del Obispo Molina Larios que dio agua a la Málaga sedienta: y el segundo: El que, a pesar de no ser yo ingeniero, sí me ingenio lo que puedo por la suerte de Málaga.

Cuando miro a todos, sobrecoídos por el influjo avasallador del genio de ese hombre bienhechor y grande que se llama el Conde de Guadalhorce (¹⁵⁶), vuela mi imaginación a una escena, que me parece reproducida ahora y que todos habéis leído en el Evangelio:

¹⁵⁵ El Excmo. Sr. General D. Enrique Cano Ortega ocupaba el cargo de Gobernador Militar y el de Gobernador Civil, y el ilustre malagueño Doctor D. José Gálvez Ginechero, el de Alcalde de Málaga.

¹⁵⁶ Excmo. Sr D. Rafael Benjumea, que fue después Ministro de Fomento, cuya magna obra del pantano del Chorro, entre otras, ha hecho célebre su nombre.

Ha marchado Jesús al sepulcro de Lázaro muerto. Los que le acompañan se lamentan de su tardanza: ya... ¿para qué?

Marta expone en estas palabras el lamentabilísimo estado de su hermano: Señor, ¡si ya apesta! (S. Juan 11, 39)

Después de oír al Conde de Guadalhorce y teniendo en cuenta la situación de nuestra capital es justo repetir aquellas palabras: Málaga apesta.

Hay que hablar con verdad, sin eufemismos. Málaga apesta en las casas de los pobres, donde duermen las personas hacinadas...

Apestan a muertos de cuerpo y de alma, que quedan sepultados en muladares. Es esa la causa de que sea excesivo el número de viejos prematuros en esta ciudad ⁽¹⁵⁷⁾

Las escuelas son miserables; cuartos pestilentes en los cuales enferman el maestro y los niños, esos niños que hasta cuando sonríen reflejan en sus ojos la maldita tuberculosis.

Sus pobrecitos niños, a los que puede llamarse angelitos destronados.

Hace falta conseguir que Málaga huela bien y por ello debemos recordar la frase del Maestro cuyo milagro fue lo último que decidió a sus enemigos para llevarle a la Cruz.

Vuestro hermano resucitará, dijo el Maestro a una de las hermanas de Lázaro, ¿lo crees? Y cuando contestó que sí, dando pruebas de fe, el milagro se hizo y Lázaro resucitó.

Hay que tener fe—, yo Sacerdote de Cristo, os pregunto: ¿Queréis que Málaga resucite, que sus niños no sean tuberculosos? Yo os afirmo: si queréis, lo será.

Esto es preciso, porque no es de cristianos no evitar el que se repita el caso ocurrido ya, de que de cuatrocientas personas asistidas en un dispensario parroquial hubiera más de doscientas tuberculosas.

Pueblo que no evita este mal, no puede ser pueblo de cristianos, es pueblo que se halla maldito de Dios.

El que huela a azahar puede ser obra de los buenos, para los cuales tengo mi bendición de Obispo. La resurrección de nuestra ciudad será completa si la de las almas se junta con la de los cuerpos. Habiendo fe,

¹⁵⁷ Hoy, gracias al celo de las Autoridades malagueñas, la ciudad tiene una nueva fisonomía. Se han urbanizado hasta los barrios extremos y este pavoroso problema se va rápidamente solucionando.

esperanza y caridad, todo puede hacerse. El ejemplo lo tenéis en mí. Me propuse dotar a Málaga, la tierra donde nació mi padre, un carpintero modesto, de un Seminario donde pudieran hacerse sacerdotes buenos y con salud. El milagro se ha hecho.

Las mejoras de Málaga cuyos proyectos hemos oído, se harán también como quedamos. Así Dios nos lo otorgue ⁽¹⁵⁸⁾.

Su voz paternal henchida de entusiasmo y velada por la emoción llegó a lo más Íntimo de aquellos caballerosos y nobles corazones.

Hubo lágrimas y aplausos y un propósito decidido de resolver cuanto antes aquellos pavorosos problemas.

El Sr. Obispo por su parte no descansaba. La miseria de los pobres era su martirio y su obsesión.

LAS HERMANTAS DE LA CRUZ

Para estar más en contacto con ellos, sobre todo con los enfermos, ya hacía años que venía solicitando de la venerable Fundadora de las Hermanitas de la Cruz una Casa en Málaga.

Sor Angela de la Cruz, la heroica sevillana, no podía atenderle, en parte por la escasez de personal y también porque no acababa de encontrar la casa donde fundar el convento.

Pasaron los días y el pensamiento de aquella ilusión frustrada le seguía atormentando. Por fin halló la solución. Los Obispos, se dijo, han albergado muchas veces en su Palacio a los pobres. Yo haré lo mismo, alojaré en mi Palacio a las Hermanitas, pues difícilmente se encontrarán pobres más pobres que ellas. El problema quedó resuelto: En la planta baja de su Palacio, independiente del resto del edificio y con salida a distinta calle, las Hermanitas de la Cruz ya tenían su Casa ⁽¹⁵⁹⁾.

Ya tenían los pobrecitos de sus barrios de Málaga unas madres abnegadas que se compadecieran de sus dolores y cuidaren a sus enfermos.

¡Con qué alegría bajaba él todos los domingos a conversar con las Hermanas y preguntarles por sus pobres!

¹⁵⁸ “Boletín del Obispado” de Málaga, 1924, p. 452.

¹⁵⁹ La Capilla de las Hermanas de la Cruz se inauguró el 25 de Febrero de 1931, cumpleaños del Sr. Obispo, que celebró la Santa Misa y predicó.

Se interesaba por los bautizos y casamientos que los Hermanitas arreglaban y les decía que por lo menos dos veces en el año él iría a visitarlos.

La Hermana Salvadora García, primera Superiora de la Casa, nos refiere que a sus expensas costeaba un *comedor de pobres vergonzantes*.

Allí acudían aquellas muchachas que fueron de buena posición y los azares de la vida dejaron en la miseria, y muchas madres pobres que estaban criando a sus hijos anémicos, faltos de salud y de pan.

Para no herir sus sentimientos ni humillarles, lo organizó de manera que nadie supiera a qué iban ni advirtiera que se las socorría.

—*Quiero que más parezca que van a socorrer a las Hermanas que a recibir de ellas esa caridad.*

A pesar del interés que se tomaba por esta obra, tuvo siempre la delicadeza de no bajar nunca al comedor y que todas las pobres muchachas conservaran su anónimo.

Por la misma razón se procuraba que unas a otras no se vieran, cambiando prudentemente las horas de las comidas (¹⁶⁰).

Una amistad íntima unió desde entonces el corazón de Sor Angela con el de nuestro Prelado.

¡Se parecían tanto! Los dos andaluces y sevillanos, los dos enamorados del Corazón de Jesús y apasionados por amarlo en sus pobres. Los dos viviendo siempre en su cruz y abnegados hasta el heroísmo por el bien de los demás, sin esperar nada del mundo, buscando solamente a Dios.

EL SB. OBISPO Y SOR ANGELA

Entre los dos se cruzaron cartas y visitas y en su última enfermedad tuvo Sor Angela el consuelo de verle en Sevilla a su lado.

Llevaba la madre de los pobres muchos días postrada en el lecho.

Estaba ya tan grave, que ni hablaba, ni daba señales de enterarse de nada ni apenas abría los ojos.

Subió a su celda el Sr. Obispo a visitarla, a mediados de febrero del año 1932, habló a las Hermanas de la alegría que debían tener por la

¹⁶⁰ “Se les daba buenos filetea de carne asada y leche, además de otros cosas.” (Relación e la H.^a Salvadora García, Superiora).

persecución que sufríamos por Dios y saludando a Sor Angela le animó con palabras cariñosas.

—Madre: diga muchas veces esta jaculatoria: “*Viva Jesús en su Cruz y las Hermanitas de la Cruz en ella hasta la muerte.*”

Y rápidamente añadió este gracioso comentario: Y la *que saque un pie fuera de la Cruz...* ¡que le dé un calambre!”

Sor Angela al oírlo le miró dulcemente y se sonrió.

No dejó esto de sorprender a las Hermanas, porque ya hacía muchos días que apenas daba señales de vida.

Aquella mirada y aquélla sonrisa eran el saludo cariñoso de aquella alma grande que vivía ya más en el Cielo que en la tierra (¹⁶¹).

Pero volvamos a Málaga y sigamos a nuestro Prelado en su paternal misión caridad con aquel pueblo que tanto amó.

EL INCENDIO DE LA ADUANA

Una de las ocasiones en que más brilló, con vivos contrastes, esta caridad paternal del Sr. Obispo para consolar en la hora del dolor y de la desgracia a su pueblo, fue con motivo del espantoso incendio que en la noche del 25 al 26 de mayo de 1922 devoró el grandioso edificio de la Aduana malagueña, en la que se albergaban las familias de los empleados.

Aquella misma mañana, al tener noticias el Sr. Obispo de la magnitud de la desgracia, se personó en el Hospital Noble.

Apenadísimo ante el espectáculo que ofrecían aquellos ennegrecidos y desfigurados miembros de hombres, mujeres y niños, después de orar fervorosamente por sus almas, ante el desconcierto y confusión propios de estos casos, en compañía del Sr. Alcalde ayudó a disponer la conducción al cementerio de San Miguel, de las ocho primeras víctimas extraídas de entre los escombros y las llames.

Seria poco después de las diez de la mañana, cuando acompañado del Sr. Alcalde y otras autoridades y sacerdotes, presidiendo una imponente muchedumbre, que engrosaba por momentos, detrás de las cajas fúnebres, pasaba por la calle del Marqués de Larios. Muchos se acercaban respetuosamente al Prelado pidiéndole permiso para ayudar a la conducción de los restos de aquellos pobrecitos: y ninguno, de los que

¹⁶¹ Murió en Sevilla, en olor de santidad, el 2 de marzo de 1932, “Boletín del Obispado” de Málaga, 1921, p. 340.

presenciaban aquel entierro podía contener las lágrimas, viendo llorar al Padre detrás de los féretros donde iban los cadáveres de sus amados hijos.

Desde el Cementerio se dirigió al Hospital Civil para consolar a los heridos que iban ingresando y repartir a sus familias los primeros socorros.

Al volver a Palacio cerca de la una mandó imprimir y repartir profusamente entre el clero y pueblo la siguiente circular:

“Venerables Hermanos y amados hijos: Oprimido nuestro corazón por tremenda y abrumadora angustia, queremos deciros una palabra de afectuosa exhortación, con motivo de la catástrofe hoy acaecida en nuestra ciudad, que tantas lágrimas ha arrancado de nuestros ojos y tan grande duelo ha dejado en nuestro pecho.

Súbita e impensadamente, el devorador fuego de insuperable incendio ha destruido en pocas horas los dos últimos pisos de la hermosa Aduana de esta capital y lo que “s más triste, envueltos en las llamas y entre los escombros de sus ruinas han muerto mucha de nuestros amados hijos, vuestros hermanos, pidiendo socorro con angustias sin medido, l sin que nadie a pesar de la buena voluntad de todos, pudiera prestarles auxilio; y ero” pobrecitos, y ayer se recogían pensando los unos en el cumplimiento de los deberes que hoy les tocaba cumplir; trazando los planes que habían de guiar sus pasos por el sendero di la vida; procurando el bien de sus familias y de sus casas.

Los salteó la muerte, cuando la serenidad del aire, la claridad de la hermosa noche de primavera, el rizado oleaje de nuestro mar y la placidez de la temperatura, parecían brindarles exuberante vida.

No acierta el entendimiento a discurrir en presencia de ruina tan grande, ni pue1 den apreciarse todavía las desgracias que hemos de lamentar como consecuencia de ella; ni siquiera sabemos cuántos han muerto, aunque ya hemos asistido a la conducción de más de veinte cadáveres: ni cuántos hijos lloran huérfanos a sus padres, ni cuántos padres deploran la pérdida de sus hijos, en los que cifraban su gozo y esperanza, por eso mismo, ardientemente deseamos hablaros y deciros que amábamos con todo nuestro corazón a las víctimas, y que os amamos en las entrañas de caridad de Dios a todos vosotros.

Por eso estimamos que es nuestro el duelo que toca a todos los habitantes de esta, nuestra hermosa ciudad, que todos debemos llorar juntos, y que ese duelo y ese llanto deben tener el carácter que distingue a los hijos de Cristo, y a los fieles de la Iglesia católica, de que somos Obispo.

Y ese carácter es, ante todo de fe en la Divina Providencia; que si nos prueba con el dolor y nos amonesta con la adversidad lo hace así para que conozcamos la gravedad del pecado, por el cual entró la muerte en el mundo, y nos volvamos al Padre amantísimo que sólo quiere la salvación de todos; imploremos, pues, la divina misericordia del Señor, que con estos avisos nos quiere llamar a la reforma de la vida, y procuremos enderezar nuestros pasos por la senda del bien, acordándonos de que la catástrofe de que nos ha tocado quedar ilesos, pudo muy bien envolvernos entre los escombros que sepultaron a nuestros hermanos.

En segundo lugar, nuestro duelo cristiano lleva consigo obligaciones que hemos de cumplir por las víctimas del siniestro; para los que hallaron la muerte imprevista y dolorosísima, hemos de pedirnos vuestras oraciones, invitándoos a que os asociéis con Nos y con nuestro clero asistiendo al entierro de los cadáveres y al solemne funeral que el sábado 29, a las nueve y media de la mañana, ha de celebrarse en nuestra Santa Iglesia Catedral. Para los que viven y para los que han de deplorar las consecuencias tristísimas de la catástrofe, os pedimos vuestros consuelos y vuestra cooperación; venga vuestro óbolo a enjugar algunas de las lágrimas tan amargas que el fuego devastador ha hecho brotar de ojos inocentes y desvalidos.

Y a fin de que tengan expresión ordenada estos nuestros deseos y exhortaciones hemos venido en disponer y disponemos lo siguiente:

1.º A la sepultura de las víctimas del incendio de la Aduana, asistirán todas las parroquias de la ciudad, con sus cruces alzadas y todo el clero asignado a ellas, excepto el coadjutor de guardia. Oportunamente se dará aviso del día y de la hora en que tal sepultura se haya de verificar, y las parroquias se reunirán en el cementerio de San Miguel.

2.º Hasta que se verifique la sepultura, en todas las parroquias de nuestra ciudad y en nuestra Santa Iglesia Catedral, se harán clamores fúnebres a los toques de oraciones y al de ánimas durante media hora.

3.º El próximo sábado, día 29, de este mes, a las nueve y media de la mañana se orificarán en nuestra Santa Iglesia Catedral solemnes funerales por las víctimas del siniestro, debiendo concurrir a ellos todo el Clero de las parroquias, exceptuando solo al coadjutor de guardia. Con el favor de Dios nos proponemos oficiar de Pontifical e invitaremos a todas las respetables autoridades y corporaciones; el viernes 28, al toque de mediodía y al de ánimas las campanas de la Santa Iglesia Catedral y de

todas las parroquias anunciarán el funeral doblando en la forma acostumbrada.

4.º Exhortamos a todos nuestros amados hijos a contribuir con sus limosnas a la suscripción para remediar los daños ocasionados a las familias pobres por la tremenda calamidad que deploramos.

Manuel, Obispo de Málaga”

Muy pronto se agotaron los millares de ejemplares de la anterior circular, cuya lectura sirvió de consuelo a la general tristeza, y de sedente al dolor grande, y de bálsamo a las heridas recién abiertas.

Dispuso el Sr. Obispo entornar las puertas del Palacio en señal de duelo. Se congregaron en el Cementerio de San Miguel, cumplimentando las órdenes del Sr. Obispo, todas las parroquias de la ciudad con sus cruces alzadas, con el Clero adscrito a ellas, seminaristas, comisiones y representaciones del Cabildo Catedral, y comunidades religiosas, amén de todas las autoridades y un inmenso gentío, más de 12.000 personas, para dar cristiana sepultura a veintiséis víctimas del incendio.

El oficio de sepultura y los responsos fueron solemnemente cantados por la Capilla de Música de la Santa Iglesia Catedral y la Schola Cantorum del Seminario, organizándose acto seguido la comitiva hacia el lugar donde habían de ser enterrados los cadáveres.

Al echar las últimas paletadas de tierra, el Prelado levantó su voz, embargada por la emoción, que escuchó silenciosa la muchedumbre que había invadido el sagrado recinto, implorando del Sagrado Corazón de Jesús y de la bendita Madre y Patrona la Santísima Virgen de la Victoria, misericordia y descanso eterno para las almas de aquellos desgraciados.

Seguían doblando con acentos lastimeros las campanas, cubierta estaba la ciudad de luto, y sobre el amargo silencio, de los cuerpos y de las almas, desde los cipreses del Cementerio hasta las orillas del mar flotaba en la tarde de mayo, la voz temblorosa del Prelado que imploraba caridad.

III

Durante la campaña de Melilla

Todas las miserias de su pueblo y todos los dolores de la Patria hallaban un eco doloroso dentro de su corazón.

Como los Profetas bíblicos supo llorar sobre los muros derruidos de su España y levantar amenazadora su voz, acusando el crimen e implorando la piedad del cielo.

Era un gran patriota, pero nunca fue ni por asomo un político.

Su corazón era demasiado grande para acotarlo con estrechas lindes de opiniones partidistas; su formación era exquisitamente sacerdotal y sabía flotar y sobrenadar por encima de todas las turbulencias de la fluctuación política.

Bástenos ahora verlo actuar en aquella gran catástrofe nacional, la guerra de Africa que estalló en agosto de 1921.

Muy cerca le tocaban aquellos acontecimientos; ya que Melilla base central de la dirección de la guerra, pertenecía a su Diócesis de Málaga.

Es maravilloso presenciar su actuación en aquellos días azarosos.

Su pluma y su palabra la puso a disposición de la Iglesia y de la Patria, publicando hermosas y oportunas pastorales, que, a la vez que enardecían los ánimos españoles en amor y entusiasmo por la Patria, ponían el dedo en la llaga, señalando el origen auténtico de aquellas calamidades nacionales.

LA VOZ DEL PRELADO

En septiembre de 1921 publica su Carta Pastoral: *“Los deberes de la hora presente.”* ¡Con qué acento dolorido se lamenta de aquel terrible azote de la guerra!

En aquella hora de luto y de dolor su palabra de Obispo es ésta:

Oración y arrepentimiento, que un pueblo que ora llorando es un pueblo que siempre vence...

Y su voz se levanta airada contra los pecados del pueblo.

“Las guerras, aún para los pueblos que las emprenden o las corresponden por justas causas, aparte de los fines honestos y nobles que puedan obtener, tienen razón de azotes y cauterios empleados por la justicia divina para castigar y corregir los pecados de los pueblos.

Como su providencia se extiende a los individuos y pueblos, así su justicia, y como éstos no tienen vida eterna, como las almas de aquellos, en la tierra han de recibir el premio o el castigo de sus buenas o malas obras.

Nos duele decirlo; pero nos debemos a la sinceridad de nuestro ministerio, y es que abrigamos el miedo, harto fundado por desgracia, de que nuestros pecados, singularmente una enorme ingratitud, hayan provocado de parte de la justicia de Dios estas desgracias que estamos lamentando.

No olvidemos que España, entre mil y mil de todos los órdenes, debe al Señor el incalculable beneficio de haberse conservado íntegra y en paz mientras el mundo entero, se dividía y trituraba en horrible guerra.

La triste situación porque ahora atravesamos nos pone en condiciones de apreciar el valor de ese beneficio.

Y preguntamos: ¿España como nación, ha agradecido al Señor este beneficio? ¿Ante la tremenda lección del espantoso escarmiento de la guerra ajena, se ha hecho mejor? ¿Se ha acercado más a la doctrina y a la moral del Jesús tan generoso para con ella?

O por el contrario, ¿ha aumentado sus pecados públicos con sus espectáculos cada vez más inmorales, sus propagandas cada vez más impías, sus libros, y hojas de día en día más licenciosas, sus diversiones y modas y costumbres de odio entre clases y hermanos siempre más hondos? ¡Qué tristeza da responder! Responde por nosotros el vicio triunfante en tugurios, casinos, cines, teatros, kursales, cabarets, en la banca, en la industria, en el comercio, en plena calle, y en grado de descoco y con unos atrevimientos y unas provocaciones y un fausto que acongojan y aterran a las almas no contaminadas.

¡Cuántas veces, y permitidnos este desahogo que repetimos, no queremos que sepa a acusación, sino a deber de sinceridad y a deseos de salvar a nuestro pueblo, cuántas veces se han asomado las lágrimas a

nuestros ojos y hemos sentido en el alma congojas de muerte, al saber que sobre las hijas, ¡niñas aún! de las familias pobres de nuestros barrios de Málaga se extendía la constante amenaza de la más torpe de las seducciones, para arrebatarnos en repugnante leva y meterlas, comoavecillas atontadas, en el barco que las había de conducir a Africa para pasto de pasiones inmundas...”

Les recuerda después aquella terrible derrota de Israel por los filisteos porque se habían entregado a la idolatría y aquella gloriosa victoria cuando destruyendo los ídolos llevaron el Arca Santa a sus campamentos.

Y termina con estas aleccionadoras palabras: *¡Oh, cuántas y cuántas veces se ha repetido en la historia patria esta lección de la Historia Sagrada!*

¡Cuántas y cuántas veces, desde el Guadalete a Granada, desde Don Rodrigo hasta les Reyes Católicos, nuestros filisteos, que son los moros, han probado la presencia de Dios en las tiendas cristianas y se han valido de sus ausencias...!

¡Señor, Jesús, ten piedad de España, que quiere seguir siendo tu pueblo!

Dale mano fuerte para dispersar a sus enemigos que son tus enemigos también, Hermanos, tornaos a Dios, quemando los ídolos que lo ofenden, y Dios se tornará a vosotros y hará gritar a la morisma despavorida: ¡El Dios de los cristianos ha vuelto a sus campamentos...!”
(¹⁶²)

No sólo con su palabra, sino con su actuación directa y personal tomó parte muy activa en aquella cruzada: él mismo iba a recibir a los heridos, los visitaba en el Hospital, poniendo el primer bálsamo sobre sus llagas; él ayudaba a los sacerdotes que iban a la guerra, y con alguna frecuencia su ardor patriótico, unido el impulso gigantesco de su celo, le hicieron cruzar el mar y visitar personalmente el teatro de la guerra. Una de estas visitas fue la que hizo con motivo de la Nochebuena de 1921. Dejémoslo contar a él mismo:

¹⁶² En otra de sus Pastorales exclamaba: “Padres y madres y hermanos y hermanas de nuestros soldados que pelean en Africa, estad ciertos de que cada pecado y escándalo vuestro es una bala más que ponéis en los cañones moros que apuntan contra vuestros seres queridos. ¡Perdón, Señor, perdón!” (V. “Boletín del Obispado” de Málaga, 1924, p. 418).

“MI NOCHE BUENA EN AFRICA”

¡Qué Noche Buena tan buena la que me ha hecho gozar este año el Corazón de mi Jesús!

¡Cuándo se lo estoy agradeciendo!

Nuestra edad; a pesar de su manía igualitaria y laica de costumbres, tradiciones, gustos, sentimientos, trajes y modas, no ha podido quitar a esa noche el carácter y el sabor que la hacen diferente de todas las demás noches del año.

Entre otras cosas es la noche de la familia cristiana, la noche del hogar repleto, no sólo porque lo llenan los miembros que en el resto del año andan dispersos, sino porque las cabezas y los corazones de los que en torno del hogar encendido se sientan, están llenos de añoranzas y emociones, tristes las unas, alegres las otras, pero mansas y tranquilas todas como ungidas por la fe y la piedad cristiana que en esa noche viven aún los menos creyentes y más tibios.

¡Noche Buena! ¡Noche de nido lleno!

Y me decía yo una tarde próxima a esta noche ante mi Sagrario: ¡Cómo va a ser este año la Noche Buena de mis hermanos los españoles, de mis hijos los malagueños! ¡Vivimos aquí en Málaga tan cerca de la guerra, vemos tan de cerca su magnitud y sus estragos en el desfile sin número de juventud lozana y animosa que pasa y en la tétrica procesión sin número también de juventud enferma y herida que toma y puebla sus hospitales...!

¡Cuántos huecos vacíos en los nidos esta Noche Buena! ¡Cuántos corazones llorando la ausencia del nido!

* * *

Y me fui a Melilla con el propósito de que esa noche ninguno de mis soldaditos malagueños llorara esas ausencias. Y pedí al alto Comisario que dejara venir de sus campamentos a la Iglesia grande del Corazón de Jesús a mis hijos y con ellos a todos los que sin menoscabo de los deberes de guerra quisieran y pudieran venir... Vinieron muchos, y con ellos y con las familias de no pocos que se habían trasladado desde la Península y con sus bizarros generales y jefes formamos en la Casa de Padre Dios el nido grande, lleno, muy lleno ya las doce de la noche, revestido de Pontifical, asistido en el Altar y en el coro por sacerdotes soldados, les canté la Misa del Gallo, les prediqué, mejor dicho, nos hablamos, yo

contándoles a lo que había ido y ellos contestándome con el agradecimiento y la emoción que me revelaban sus caras y sus lágrimas.

Los dos encargos... “Dos encargos traigo, les decía yo entre otras cosas, dos encargos os traigo de parte de vuestros padres y madres.

El primero es el que me expresaba una madre con estas palabras:

— ¡Vaya Vd. allá, Padre mío, y que mi hijo lo vea y lo oiga a usted como a su padre y a mi!...

¡Cómo me halaga y entenece esta augusta representación de vuestros padres! Cómo quisiera yo que el Corazón de Jesús diera en estos momentos a mi palabra y a mi presencia, ecos, modulaciones, expresión e influencias de voz, de brazos, de besos de padre y madre.

El segundo encargo me lo ha dado un padre vestido de luto y con acento muy triste, mientras me apretaba fuertemente la mano.

Sí, vaya Vd. a Africa a echar muchas bendiciones sobre aquella mala tierra a ver si ya se hace buena... Tierra ingrata y mala, es verdad, tierra sembrada con tantos dineros, tantos sudores, tantas iniciativas, tantos esfuerzos, tantos sacrificios y, sobre todo, con tantas lágrimas de madres y tanta sangre generosa de hijos españoles y ¡tan sin fruto...!

¡Con qué gusto vengo a esta tierra a echar no una ni varias bendiciones, sino lo esencia y la virtud de todas ellas, la oración eficaz, la intercesión definitiva, que es mi Misa...!

Jesús mío, que, cuando bajas a mis manos, vas a ser adorado por estas rodillos dobladas que no se doblaron jamás ante los hombres, por estas frentes inclinadas ante Ti, y erguidas ante los peligros y las catástrofes y por esos corazones indómitos en el resistir y mansos en el padecer, y por los anhelos de esperanzas y los suspiros de angustia de tantos padres y madres presentes aquí con su espíritu, Jesús mío, ¡qué acaben de dar fruto esas siembras generosas! No permitas, Señor de los Ejércitos, y Señor de la España de Tu Corazón, que se malogren y frustren las siembras de la generosidad con las siembras malas del vicio y del escándalo y de la apostasía...

Yo no pido exterminios de enemigos; que no es cristiano; yo no creo en la invencibilidad de los moros porque tampoco creo en lo que se ha llamado su inconvertibilidad, para mí no tiene duda que los moros empezarán a convertirse cuando los cristianos que los tratan acaben formalmente de serlo... (¹⁶³).

¹⁶³ Era para él una obsesión la conversión del Marruecos español.

Señor, Señor, que pronto esos desgraciados salvajes, que acechan tras sus chumberas y sus barrancos las vidas de nuestros hermanos, celebren la Noche Buena cristiana y... ¡se habrán acabado para siempre las guerras entre ellos y nosotros...!

Y como celebrábamos la fiesta de la familia: tuvimos nuestra cena.

En la segunda Misa fue la cena de la familia: ¡Qué Comunión tan numerosa, tan acompañada de lágrimas y tan peculiar! Se aplicaba, como mi Misa, por los muertos en la campaña.

Sin previo acuerdo, ni orden convenido, no comulgaron como es costumbre, primero los caballeros y después las señoras, no, sino que se iba comulgando por familias. ¡Cómo me temblaban la mano y la palabra al ir depositando la Sagrada Forma en la boca de un padre, muy unido, casi pegado, a su hijo soldado que también comulgaba, en la de tantos oficiales seguidos de sus esposas y de sus hijos... y en la de tantos y tantas vestidos de luto...!

Antes y después de la Noche Buena y en unión del bueno y popular alcalde de Málaga, y otros buenos malagueños sacerdotes y seglares, de los coroneles y jefes de Alava y Barbón hemos visitado cementerios, campamentos, posiciones y hospitales buscando soldados nuestros para llevarles, a los muertos la oración y el sufragio de sus paisanos, y a los vivos la alegría del aguinaldo de Pascua, del recuerdo de la Patria chica, del abrazo de la familia y de la bendición de su Obispo.

¡Cuánto darían que contar esas visitas y efusiones! ¡Es tan angustioso el tiempo mío! Sólo diré como resumen de la alegría, docilidad, sobriedad y excelentes disposiciones que observé en los campamentos esta palabra: ¡Qué buenos son nuestros soldados!

Y añadiré esta otra que me atañe como a sacerdote:

¡En nuestro Ejército se comulga mucho...! Y este otro dato que no a pocos extrañará: Entre los comulgantes quizás figuren en primer lugar los famosos legionarios... Lo he visto en las iglesias de Melilla y me lo han contado los capellanes de los campamentos.

¡Bien por nuestros soldados!” (164).

¹⁶⁴ “El Granito de Arena”, 1929, p. 18.



Primera visita Pastoral a Melilla en 1918

¡Así sabía sentir, alentar y animar aquel Obispo de Málaga, tan español, tan sacerdote y tan Padre! Queremos cerrar estas notas sobre su actuación patriótica narrando esta bella y conmovedora anécdota de un soldado palentino:

EL SACERDOTE SOLDADO

Estaban desembarcando en el puerto de Málaga heridos de la campaña.

Entre aquellos soldados viene un Sacerdote palentino (¹⁶⁵), tan grave, que apenas hay esperanza de salvarlo. Acude el Sr. Obispo al Hospital, le consuela, se interesa vivamente por él, supliendo con su caridad inagotable la ausencia de aquellos padres lejanos a los que se les quiso evitar el dolor de tan desagradable noticia.

Hasta el último momento estuvo a su cabecera.

Cuando agonizaba, el Prelado que le asistía cariñosamente insinuó:

— *¿Me ofreces pedir por mí cuando estés en el cielo?*

— Así lo haré, contestó el moribundo envolviéndolo en la última mirada de sus ojos sin luz.

— *Yo en cambio te prometo ofrecer la Santa Misa por tu alma.*

No tardó en morir; él le costeó el entierro y le acompañó al sepulcro.

A la mañana siguiente en la capilla de Palacio subía al Cielo la oración y el Sacrificio del caritativo Obispo por el alma de aquel desconocido soldado.

Y como éste ¡cuántos episodios hermosísimos pudiéramos contar de aquellos años de la guerra de Africa!

De él se podía decir como un día se dijo de su Divino Maestro: Pasó derramando el bien...

Sí, derramándolo y *derrochándolo* entre los buenos y malos, que para él todos eran hermanos suyos como hijos de Dios.

* * *

Cuando arrecie la tormenta y la persecución más despiadada se cebe en él como en gloriosa víctima, desterrado en un pisito de Madrid, lejos de

¹⁶⁵ Se llamaba D. Angel Valencia y era profesor muy estimado del Seminario de Palencia.

todos los suyos, pobre y perseguido, podrá escribir esto que siempre vivió:
Alfarero Divine, Corazón de Jesús Sacramentado, por tu Madre Inmaculada te pido concedas, a este pebre barro mío:

—*Hacer bien a los malos sin hacerme malo.*

—*Olerte desde lejos.*

—*Adivinarte oculto.*

—*Sentirte presente por instinto.*

—*Conocerte y conocerme.*

—*Amarte y despreciarme.*

—*Reconocerte mío y reconocerme tuyo.*

—*Enloquecerme amándote.*

—*No ser mío para ser sólo Tuyo.*

—*Ser Tú y no ser yo.*

—*Dejar sabor y olor a Ti en pos de mí.*

—*Hacer mucho bien en torno mío y que nadie más que Tú, caiga en la cuenta.*

—*Que me paguen mis cariños y sacrificios por mis prójimos con olvido para mí y cariño para Ti*

—*Dejar a todo el que me mire o me oiga un poco de luz y de paz y que sólo lo agradezcan a Ti (¹⁶⁶).*

¹⁶⁶ “Nuestro Barro”, p. 142, 3.^a edición.

Capítulo XIII

Por el Sagrario sin pueblo y por el pueblo sin Sagrario

1.º.- *Algunas facetas de su acción eucarística.*

Fragmento de un libro.

Los Misioneros Eucarísticos.

Lo Obra en marcha.

Don Remigio.

¿Cómo ha muerto el P. Remigio?

2.º.- *Expansión de sus obras eucarísticas.*

Los Discípulos de San Juan.

La Adoración Nocturna.

Los leprosos de Fontilles.

Pío XI y la Obra de las Marías.

3.º.- *Las Marías Nazarenas.*

Soñando en el mañana.

Una nueva fundación.

Y ¿por qué “Nazarenas”?...

Ya el Amo vive en la Casa.

“Sacando virutas”.

La primera Casa de Ejercicios.

Como abejas del Sagrario...

I

Algunas facetas de su acción eucarística

Alma eminentemente eucarística escogida para ser el apóstol del Sagrario, no era en él la devoción y el celo eucarístico un mero accidente o una virtud más entre otras de las que poseía, sino un carácter, un sello que daba tono y color a toda su vida y a toda su acción. Por eso no puede dedicarse en la biografía de Don Manuel González un capítulo a su devoción a la Sagrada Eucaristía, porque ese capítulo tendría que encerrar toda su vida y toda su figura y acción.

Mas aunque así es y sin pretender en manera alguna encerrar en el estrecho marco de un capítulo cómo llevó a cabo su ministerio eucaristizador, veamos solo algunas facetas de esa su acción eucarística en Málaga.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO...

“Y una noche, llega Judas con el alma más negra que la noche misma, con el corazón podrido a fuerza de abusos y de sacrilegios de finezas de Jesús; con la intención envenenada por la traición y por la hipocresía, y llega acompañado de esbirros y gentuza para maniatar y prender y entregar a sus más encarnizados enemigos al dulce Maestro que tantas veces le había llamado —su amigo”, y una hora antes había cenado con él y regalado con el pan mojado, y... se acerca a El y le da un beso en su cara. Chasquido del beso sacrílego, ¡Cómo estarás resonando eternamente en los abismos del infierno!..

* * *

Chasquidos de besos de Judas revoloteando sobre Altares y Sagrarios, decid a los demonios que os vomitan, que no conseguirán apagar las palpitaciones con que el Corazón de Jesús seguirá diciendo

tan dulce y serenamente como en el Huerto de Getsemaní: “¡Amigo! ¿a qué has venido?”

Jesús, Jesús, perdona este desatino, no sé si de mi cabeza o de mi corazón: ¡Yo sé que Tú ya no puedes morir; me lo dice mi fe; pero, si por un imposible pudieras morir de nuevo, yo creo que tu muerte seria o de frío de tanto abandono en tus Sagrarios, o de asco de la baba de tanto beso sacrílego...!” (¹⁶⁷).

¿De quién es esta página tan caldeada en el fuego de aquel Corazón herido por la lanza que parece escrita con las últimas gotas de sangre que se escaparon de la herida abierta?

¿Le ha prestado su inspiración el Lope de Vega de los soliloquios, que se extasía cantando ante el misterio eucarístico, sobrecoigido de amor al ver cómo en el altar se entrega a sus mismos enemigos?

¿Y para qué mayor prueba
de este amor que yo bendigo
que dejar que tu enemigo
la misma sangre te beba?

(Lope de Vega)

Así escribía nuestro Prelado, lector, porque llevaba en el alma desgarrándole las entrañas, como el dardo de Teresa, el dolor inquietante y angustioso del abandono de los Sagrarios.

Su acción episcopal, su vida entera, no será más que una guerra sin cuartel a ese abandono, su único ideal llenar aquel vacío, su gran ilusión ¡iluminar con la luz de la lámpara del Sagrario la tierra toda!

“El problema de la despoblación del Sagrario se agiganta y toma proporciones espantosas al pensar que, si no corremos con el remedio, las lágrimas y los lamentos que ahora nos arranca tanta soledad, tendremos que distribuirlas duplicadas sobre nuevas y más horribles soledades” (¹⁶⁸).

Por eso al ser nombrado Obispo propio de Málaga, en la primera carta a sus diocesanos encierra el programa pastoral, con que se presenta a ellos, en “UN NOMBRE, UNA QUEJA Y UN ANHELO”; ese nombre es el Corazón de Jesús Sacramentado; esa queja el “Busqué quien me

¹⁶⁷ “Así ama El”, p. 148.

¹⁶⁸ “Aunque todos... yo no”, p. 63, 8.^a ed.

consolara” que perennemente profiere desde sus Sagrarios; y ese anhelo el quitar el “no lo encontré” con que esa queja del salmo termina.

Entre esas tres palabras quiso que se desenvolviese toda su vida y toda su acción de Obispo. *Y para nuestras manos y nuestra boca y nuestra actividad todo —proseguía— no quiero más ocupación que ésta: apagar la queja que arranca aquel dolor, llevando y procurando con toda urgencia consuelos al Pobre Abandonado del Sagrario. ¿Cómo? Por una acción esencialmente eucarística, encaminada directamente y no como por accidente o de rechazo a cortar en su raíz los gérmenes de ese abandonos a saber: orientando todo nuestro ministerio a obtener o tratar de obtener que el Evangelio vivo sea conocido el Pan vivo sea comido el Maná escondido sea gustado el Dios del Sagrario sea reverenciado la Providencia que en él vive sea tenida en cuenta y el Modelo vivo que en él se exhibe sea copiado”* (¹⁶⁹).

LOS MISIONEROS EUCARÍSTICOS

Dolorosamente impresionado quedó, después de haber recorrido la mayor parte de los pueblos de la diócesis en Visita Pastoral, al comprobar hechos tan tristes como *“la pobreza rayana en la miseria —son sus palabras— y el estado de ruina o peligro de ella de la mayor parte de los templos, la escasez en que vive el único Sacerdote de pueblos de dos, cuatro y seis mil almas, obligado a sustentarse casi exclusivamente de la exigua nómina oficial y sin contar apenas con un estipendio para Misa. La falta de solemnidad del culto por no poder costear cantor, ni órgano, ni organista, la ausencia casi completa o la languidez de vida de asociaciones religiosas o de caridad, y de otras organizaciones católicas de propaganda, y, lo más triste, el número tan reducido de fieles, no que comulguen diaria o frecuentemente, que esto no se conoce en hartos pueblos, sino que cumplan con el precepto de los días festivos y Pascua.*

Su voz de alarma se dejó oír en una interesantísima pastoral, publicada a los dos años de su llegada a Málaga, en febrero de 1918, y que titulaba *“De cómo se han de renovar nuestros pueblos por la acción eucarística.”*

“Médico y padre más que legislador, vamos recorriendo los pueblos con oídos y ojos abiertos para descubrir sus enfermedades y ¡ay! ¡cuántos

¹⁶⁹ Carta Pastoral (“El Granito de Arena”, 20-IX-1980).

Sagrarios han oído los gemidos que a nuestro corazón ha arrancado la vista de tanto enfermo y ¿por qué no decirlo? de tanto muerto del alma!

Sí, a través de las fêrvidas y, más aún, delirantes demostraciones de cariño con que Nos reciben los pueblos que visitamos, reveladores, sin duda alguna, de lo arraigado y añejo de sus creencias, y de la hidalguía de sus pechos y a pesar de su índole festiva y graciosa, y formando contraste con la belleza y esplendidez del paisaje, hemos adivinado que padecen una gran inquietud o una gran tristeza...

Digámoslo de una vez, aunque el corazón se nos desgarre de pena: nuestros pueblos están desolados moral, espiritual y hasta económicamente porque están a punto de Quedarse sin Jesucristo o se han quedado ya sin El."

El remedio no podía ser otro que trabajar por la reincorporación de los pueblos a Jesucristo.

¿Cómo? Por la formación en ellos de grupos de almas selectas que fuesen como la levadura entre la masa, porque así decía él "se gana tiempo, se ahorran energías, se multiplican los agentes auxiliares y se afirman los cimientos."

Para realizar esta empresa concibió la "Obra de los Misioneros Eucarísticos Diocesanos."

Su fin lo trazó en estas frases el Sr. Obispo: *"Remediar los tres abandonos más perjudiciales de un pueblo: el de Jesucristo Sacramentado, el del Cura y de las almas, mediante la formación y el sostenimiento de núcleos de almas sólidamente piadosas que desagravien y acompañen al Primero, auxilien al segundo y aproximen al Uno y al otro a las terceras."*

El tipo de Misionero Eucarístico que concibiera el Prelado Fundador no era el predicador de grandes misiones, sino el de misionero director espiritual. *"La acción del misionero (grandes misiones) es la de la lluvia torrencial; la del director espiritual, la de la llovizna; aquella moja, esta remoja la tierra."* Urge decía— *que salgan a los pueblos sacerdotes prudentes, celosos, ilustrados en la ciencia de las almas a buscar y a pulimentar margaritas preciosas... porque los pueblos, por muy perdidos y extraviados que estén, si tienen núcleo piadoso, son pueblos de esperanza; tarde o temprano volverán, los que no lo tienen, no volverán, prácticamente son irredimibles. Dios no acostumbra a salvar sin*

intercesores ni apóstoles, y *las almas piadosas de un pueblo san sus intercesores y sus apóstoles*” (¹⁷⁰).

LA OBRA EN MARCHA

Se propuso, pues, el Sr. Obispo proveer a los pueblos, por lo menos trimestralmente, de un Sacerdote Misionero Eucarístico y el orden de la visita estaba señalado en todos sus pormenores por el mismo Prelado, de acuerdo con el carácter especial que él deseaba dar a estas misiones eucarísticas.

Una de las normas que les dio fue que al día siguiente de su llegada al pueblo, estuviesen sentados en el confesonario a las cinco de la mañana “haya penitentes o no.”

Invitó el Sr. Obispo a varios sacerdotes de su Diócesis y entre los que se le ofrecieron escogió a los que quiso, como el Divino Maestro, para enviarlos como Misioneros eucarísticos; a estos vinieron a unirse varios sacerdotes de otras diócesis y viviendo unos en el Seminario y otros siguiendo en sus respectivos cargos o Parroquias ejecutaban la labor señalada por el Prelado, con el que tenían sus reuniones periódicas para recibir sus enseñanzas y dar cuenta de su actuación; reuniones que siempre terminaban alrededor del Sagrario.

Tal como lo presentía el Sr. Obispo, los hechos continuaron su esperanza sobre esta providencial obra de los Misioneros Eucarísticos y se vio que realmente era un remedio oportunísimo para la reincorporación de los pueblos a Jesucristo. Corrientes de vida cristiana emanadas de aquella acción eucarística empezaron a circular por las almas, formándose esos núcleos vitales, principio de una verdadera regeneración.

Por este medio volvieron a la vida de la gracia muchas almas alejadas y las que ya estaban conquistadas encontraron en el Misionero— Director la orientación y el estímulo y la formación espiritual que las preparaba para una intensa vida interior y de apostolado entre sus convecinos.

DON REMIGIO

Uno de aquellos primeros Misioneros Eucarísticos fue D. Remigio Jiménez Blázquez, natural de Macotera (Salamanca).

¹⁷⁰ Puede verse en “El Granito de Arena”, 5 Febrero y 20 Marzo, 1918.

¡Qué hambre de almas la suya! ¡qué celo tan ardiente y tan heroico! Cruzó varias veces la diócesis llegando a los más apartados rincones de la vega y la playa y la sierra, allí donde hacía muchos años no se oía la palabra de Dios ni se veía la blancura de la Hostia.

Para que podamos apreciar el fruto de aquellas correrías, copiamos varios fragmentos de su diario:

No estará de más notar aquí previamente, cómo se hacen estos viajes por los pueblos de la Diócesis de Málaga.

A mí siempre que emprendo algún viaje, me viene a la mente el recuerdo de aquellos otros por los pueblos castellanos.

¡Son estos tan diversos en todos órdenes de aquellos otros!

Esas extensas llanuras que en Salamanca hay que atravesar para llegar a los pueblos, aquí no existen. Los caminos llanos y suaves de Castilla son aquí, por lo común, sendas estrechas y empinadas, abiertas por escabrosas sierras. Los mares de ondulantes mieses que se ofrecen en primavera a la vista del que anda por esos caminos, son aquí las inconmensurables aguas del Mediterráneo que se pierden de vista sin que en la tersa superficie se logre descubrir las costas de Marruecos.

Viajando en caballería ya es cosa sabida, camino de una legua, de dos horas bien contadas.

Ciertamente que algunas de esas leguas las midieron a caballo; como dicen, y además de esto que los caminos no están para correr; un arriero no da un mal rato a su bestia, ni aunque amanecen tormentas.

Dos de estas me cogieron en un camino, no hace mucho, sin que esto moviera al arriero a aligerar su bestia.

De esta manera llego a los pueblos.

La primera reunión, en El Morche, donde no había iglesia, tenía que ser al aire libre. En medio de aquel auditorio compuesto de toda clase de personas, hablaba yo a aquel pueblo hambriento de la palabra de Dios, y me figuraba que de la misma manera lo haría el Divino Maestro a les turbas en las riberas del Tiberiades.

A las tres de la madrugada dimos fin a las confesiones, y a las seis se reanudaron, mientras tanto las Marías acababan de arreglar el aliar pera la celebración de la Santa Misa.

Al abrigo de unes chumberas que había en la misma playa se colocó un dosel y delante de él se improvisó un altar que se adornó con flores.

Profusión de flores y olorosas yerbas esparcidas por el suelo servían de vistosas alfombras sobre la blanca arena.

Colocados delante del altar los carabineros hacían guardia por honrosísima atención del señor teniente. Y empezó la primera Misa, que dijo el Sr. Arcipreste. Lo mismo en ésta que en la que yo dije a continuación, hubo cánticos y predicación y se dio la comunión a un centenar de personas.

Más bien que arrodillados, echados por la playa yacían algunos ancianos y allí mismo recibieron la sagrada Comunión. Lo mismo me figuraba yo, que sería cuando los apóstoles repartían el pan milagroso a los que estaban sentados sobre la verde yerba.”

* * *

Ahora le ha tocado a La Saucedá. De las apacibles playas del litoral malagueño, a las abruptas sierras de Ronda, a los tupidos alcornocales de Cortes de la Frontera.

Allí perdida en aquel bosque inmenso está La Saucedá... Dejemos que él nos la describa...

“Forman este pueblo una porción de casas diseminadas por todo el valle, sombreado por vetustos y corpulentos chaparros. Todas las casas son simétricas; cuatro paredes y un tejado por lo general hecho de corchos o simplemente chozas.

Los menos tienen techos. Por dentro, de una sola pieza por lo común, que sirve de cocina, recibidor y dormitorio. Casi todas tienen delante un pequeño huerto.

A pesar de la pobreza de sus casas, se crían los niños más sanos y robustos aún que las hermosas cabras de aquellos feraces campos y frondosos y espesos montes de chaparros.

Allí todo es rudimentario; las viviendas, las veredas, que son las mismas que cuando empezó a haber allí moradores y la misma vida sencilla y patriarcal que allí se hace.

Todas las distancias son largas, no solamente por lo apartadas que estén unas casas de otras, sino más todavía por la aspereza y desigualdad de los caminos.

Dimos comienzo a nuestras tareas de misión, teniendo para ello la ventaja de tener campana, *único superviviente* de la derruida ermita que ha logrado sobrevivir a la catástrofe, colgada de un corpulento chaparro.

El tiempo que se metió en lluvias, nos encerró en casa sin dejarnos apenas salir un par de días; no obstante no nos faltó gente de día y de noche.

¡Tenían tanta hambre de doctrina y de Sacramentos!

Pronto se desparramaron por los pueblos vecinos en busca de los documentos necesarios, todos los que se deseaban casar y vivían ilícitamente.

¡Solamente ellos podrían atreverse a andar de noche y lloviendo por entre aquellos matorrales y espesuras!... ¡Y solamente el deseo grande que tenían de instruirse en religión podía determinarles a andar, el que menos, inedia hora de aquellos caminos!

Muy pocos sabían rezar. La señal de la cruz pocos también la sabían hacer.

En los cinco días que estuvimos allí, tuvimos el consuelo de dar la comunión a más de ciento, hombres y mujeres.

Nunca olvidaremos lo obsequiosos que estuvieron con nosotros.

Su anhelo constante era una ermita y una escuela.

Determiné una tarde que no llovía, visitar las ruinas de la antigua ermita y de paso el cementerio. Los que me acompañaban me iban disponiendo el ánimo para la sorpresa que recibiría al ver el cementerio. Como ya había visto algunos cementerios con paredes caídas, me figuraba que sería uno de tantos; pero venaderamente fue sorpresa y grande cuando mirando distraído el campo de verde césped que tenía delante, me fijé en un pequeño cúmulo de piedras de las dimensiones y figura de una sepultura.

No creía lo que veía con mis ojos.

¡Estaba en el camposanto!...

A unos ocho o diez pasos había otro cúmulo de piedras, y más allá otro, y otro... diseminados por todo el monte, donde pastaban las vacas y las cabras.

— ¿Por qué no ponen siquiera una cruz, para que se conozca que hay enterrado un cristiano? —pregunté a los que me acompañaban.

—Algunas veces se pone —me contestaron— pero los muchachos, o las vacas o las cabras las caen.

Verdaderamente es un cementerio original. Allí entierran a cada uno en sepultura nueva y a respetable distancia. ¡Como tienen todo el campo por suyo!

A pesar de todo me han parecido muy buenos los habitantes de La Saucedá.

¡Qué van a hacer si nadie les tiende la mano!

Recuerdo inolvidable fue para ellos y para nosotros la erección y bendición de una cruz en el sitio más céntrico del valle, el día en que nos habíamos de venir.

¡Son los habitantes de La Saucedá de costumbres tan sencillas!... ¡llevan por lo general una vida tan honrada!.. que allí son desconocidos los pecados de blasfemia y tantos otros y tan enormes que se cometen hoy día en los pueblos que se tienen por cultos y civilizados.

Únicamente hay que deplorar la facilidad con que se unen en matrimonio, sin haber recibido este Sacramento y el descuido grande de las prácticas piadosas que debe tener todo cristiano.

Para corregir este mal, fue el pensamiento de levantar una cruz que les recordara que son cristianos y que han sido redimidos por Jesucristo.

Se congregan todos delante de la cruz engalanada con las yerbas y flores más olorosas de sus montes, y después de la ceremonia de la bendición, todos ellos desfilaron por delante de la cruz, besándola reverentes.”

Leyendo estos conmovedores relatos se cree uno en medio de las selvas de América o en algún islote perdido de Oceanía y ¡qué pena! todo esto ocurría y *ocurre* a dos pasos de nuestras grandes ciudades, en esos campos de Andalucía donde hay hermanos nuestros que nacen y viven y mueren sin *haber oído nunca* hablar de Dios.

¡Cómo se exaltaba el celo dolorido de aquel Misionero Eucarístico ante esos pueblos abandonados sin Sagrario y sin curas!...

Por eso él no tenía descanso; misionando le encontró la muerte el 6 de diciembre del 1927 ¡en el confesonario!

Cuando llegó el Amo encontró despierto a su siervo esperando junto al sirco que acababa de abrir; ¡dichoso él!

Oigamos cómo nuestro Obispo se desahoga ante la terrible prueba de perderlo.

“¿CÓMO HA MUERTO EL P. REMIGIO?”

Al terminar el día 9 en la iglesia del Seminario los solemnes funerales por el alma de nuestro querido D. Remigio (q. s. g. g.), decía yo a profesores y alumnos, a párrocos y amigos que asistieron, estas o parecidas palabras que quiero trasladar aquí poro honor de nuestro muerto y enseñanza y consuelo de los que lo lloramos.

Hace cuatro días, en la Misa, que en este mismo altar celebrara, se despedía como tantas otras veces de nuestro Rey Jesús el infatigable y abnegado Misionero Eucaristía! Diocesano D. Remigio.

Iba convaleciente de recientes achaques graves, pero olvidado como siempre de sí, contento, muy contento, porque volvía a las almas.

¡A lo más duro y frío de la sierra con recios temporales de viento y de agua!

¿A dormir quizá sobre bancos de sacristía, en dismanteladas posadas, en tas tabernas? ¡Qué importa! ¡Hace tiempo, me decía, que no visitaba aquellos apode pueblos! Y allá se fue el hambriento de las almas, a hartarse de ellas.

El mismo lunes 5, llegó por la tarde a Villaluenga, pueblo a unos 170 kilómetros de Málaga, en lo más alto de la sierra, y esa misma noche comenzó su misión eucarística, predicando y sentándose en el confesonario.

El mismo día 6. según la costumbre de nuestros misioneros, muy de madrugada comenzó su tarea esperando a los penitentes en el confesonario, exhortándolos antes de la Comunión, visitando las escuelas de niños y niñas y al anochecer predicando de nuevo y terminando precisamente su sermón con estas palabras: “Hermanos, estemos siempre preparados para la muerte, que vendrá cuando menos lo esperemos.”

Del púlpito se va al confesonario, recibe la confesión de una mujer que se le acerca, y, antes de darle la absolución, exhala un ronco quejido y... queda muerto...

Esta muerte de soldado en la brecha de ataque, de apóstol en pleno campo de su apostolado, de pastor bueno buscando ovejas perdidas, de siervo bueno y fiel, más que muerte es un encuentro y abrazo cariñoso con el capitán Jesús, con el Maestro de Apóstoles, con el Pastor de pastores, con el Amo bueno que visita a su siervo para decirle: ¡Ea, soldado, misionero, pastor, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor!

* * *

“Corazón Eucarístico de Jesús, Rey de mi Diócesis y de mis sacerdotes y seminaristas, yo te bendigo y doy gracias por la siembra que has hecho de nuestro Misionero, y ya que no podemos reprimir las lágrimas que el dolor de la ausencia nos arranca, dignate regar con ellas el surco en donde lo has sembrado... Sembrador divino, acelera la cosecha por tus tierras malagueñas, multiplica tus misioneros... y que el alma del que acabas de tomarnos entre y viva eternamente en tu gozo (¹⁷¹).

¹⁷¹ “Artes para ser apóstol...”, 1.º s., p. 135, 3.ª ed.

II

Expansión de sus obras eucarísticas

Al ser elevado a la dignidad episcopal había empeñado su palabra ante los asociados de la Obra que fundada por él en Huelva se había extendido ya por toda España y muchas diócesis de América y Portugal, de que no los dejarla.

*“No, no dejo la Obra de mis cariños, de mi actividad, de mis vigili-
as, de mis sueños”*, les había dicho rotundamente.

Prolijo sería enumerar los datos de la actuación del Sr. Obispo como fundador y Moderador General de la Pía Unión de las Marías y Discípulos de San Juan de los Sagrarios-Calvarios. Baste saber que durante su pontificado en Málaga, la Obra, tanto en su Diócesis como en las demás de España y del extranjero, siguió sin cesar tomando incremento y al mismo tiempo que se fundaban nuevos centros diocesanos y subalternos, se fue perfeccionando en su espíritu y en su organización.

A esto contribuía la incansable pluma del Fundador que con sus escritos, saturados del espíritu eucarístico reparador de que su alma se hallaba rebotante siempre, iba formando sólidamente a las almas y en especial a las que formaban parte de su Obra (¹⁷²).

Sus libros y sus escritos en “El Granito de Arena” que al trasladarse de Huelva a Málaga pasó a ser exclusivamente el órgano oficial de la Pía Unión y a ocuparse de la acción eucarística en todos sus aspectos, iban perfeccionando cada vez más el espíritu de los asociados y procurando una

¹⁷² Siendo Obispo de Málaga publicó; “Aunque todos... yo no”; “Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario”; “Mi Comunión de María”; “Florecillas de Sagrario”; “Partiendo el pan a los pequeñuelos”; “Jesús Callado”; “Mi Seminario”; “Oremos en el Sagrario como se oraba en el Evangelio”; “Apostolados Menudos”, 1.^a y 2.^a series; “Mi Sagrario y mi Secreto”; “El abandono de los Sagrarios acompañados”; “Sembrando granos de mostaza”; y durante su destierro en Gibraltar y Madrid, “El Rosario sacerdotal”; “Nuestro barro”; “La Gracia en la educación”; “Un sueño pastoral”; “Organización y espíritu de la Pía Unión de las Marías y Discípulos de San Juan”; “Arte y Liturgia.”

mayor depuración a la Obra. Esta fue como la nota predominante de su labor en ella durante su pontificado en Málaga, y es que desde las alturas del Obispado, el Fundador estaba viendo de un nuevo modo la misión de aquélla, como él mismo dirá. *“El abandono de los Sagrarios acompañados”* le oprimía el corazón y le contristaba el alma en extremo... ¡qué sólo veía a Jesús entre los que le rodeaban!...

LOS DISCÍPULOS DE SAN IUAN

Por aquel tiempo tomó especial incremento esta sección masculina de la Pía Unión, no solamente entre los seglares, sino especialmente entre sacerdotes y seminaristas. Y el más exquisito fruto de ellos fueron los sacerdotes Discípulos de San Juan seleccionados para Misioneros Eucarísticos.

Desde su llegada a Málaga la Obra de los Sagrarios Calvarios fue establecida entre los Seminaristas, que la acogieron con juvenil y ardoroso entusiasmo. Trabajaron en su propaganda no sólo dentro de la Diócesis, sino entre sus compañeros de otras diócesis, y se perfeccionó más la organización y el apostolado eucarístico de los seminaristas Discípulos de San Juan al trasladarse al nuevo Seminario.

Mucho interés tenía en que se penetrasen bien del odio al abandono del Sagrario y se adiestrasen ya desde el Seminario en la lucha contra ese abandono. Durante el curso, con la compañía espiritual y la correspondencia epistolar con los niños de los pueblos, y en las vacaciones, con sus trabajos de propaganda y reparación eucarística, practicaban con mucho fruto los fines de la Obra, y así eran ellos los primeros beneficiados en su formación apostólica y eucarística.

En cuanto a los Discípulos de San Juan seglares, no es fácil olvidar aquellas vigiliias de Adoración Nocturna que celebraban en los pueblos donde el Señor se hallaba más abandonado de la compañía de los hombres. Alentados por el venerable Fundador y acompañados por un sacerdote, muchos sábados, por la tarde, se veía salir de Málaga un grupo de hombres o de jóvenes en dirección a algún pueblecito; iban a pasarse la noche adorando y acompañando al Augusto Vecino que olvidado de los hombres vivía en aquel solitario Sagrario. Allí celebraba el sacerdote la Santa Misa, comulgaban ellos al amanecer del día siguiente e invitaban a los hombres o mozalbetes del pueblo a acompañarles, instruyendo con sus palabras mu-

chas veces y con su ejemplo siempre a aquellas pobres almas ignorantes y alejadas de Jesucristo.

Los caminos del Sagrario se llenaban de adoradores por aquellas trochas que él con su palabra y su acción iba abriendo, los pueblos se acercaban a Dios, ¡se eucaristizaba la Diócesis!

Difícilmente se olvidarán aquellas vigili­as de Adoración Nocturna de las noches de San Juan. Emocionaba ver aquellos centenares de adoradores a los pies del Sagrario en el silencio augusto de aquellas horas profanadas por aquellas fiestas paganas de la ciudad que se entregaba al desenfreno de sus placeres en orgías y bacanales.

Cuando sobre los montes de Málaga brillaban las hogueras, ellos al pie del Sagrario eran las llamas prendidas en la hoguera de aquel Corazón, que iluminaba y caldeaba las almas.

En una de aquellas vigili­as lanzó el apóstol de la Eucaristía este vivo anhelo de su alma: *Quiero la cooperación decidida de hombres valientes y esforzados que salgan en adoración ambulante por pueblos y aldeas... que mi paso por Málaga sea para que todos perciban aquí olor eucarístico, a Hostias consagradas, un reguero de Eucaristía.*”

La fiesta de las espigas se celebraba con un inusitado fervor, centenares de adoradores se acercan a la Sagrada Mesa y el Sr. Obispo, antes de rayar el alba, con la Custodia en la mano, bendice a los montes, al mar y a la vega.

Una de aquellas mañanas, en la fiesta de las Espigas del año 1918, rodeado de adoradores, perdidos los ojos azules sobre las olas del mar que acariciaban los muros del Colegio de Miraflores del Palo, donde se había celebrado la Vigilia, mirando las costas lejanas de Africa, el Sr. Obispo decía: *Hay que llevar como Misionero de los pueblos de Africa a Jesucristo Sacramentado. Hay que organizar vigili­as de adoradores ambulantes en Nador y en San Juan de las Minas de Segangan...* ⁽¹⁷³⁾.

Con la blancura de la Hostia quería iluminar aquella noche cerrada de la morisma.

¡Qué hermoso era ver aquellos grupos de adoradores que acudían a la cita de Dios en las aldeas y en las ciudades a consolar y a recibir a Jesucristo en donde los hombres ni le acompañan ni le reciben!

Ellos eran la semilla de aquellos turnos de Adoración Nocturna que se iban erigiendo por todos los arciprestazgos de la Diócesis.

¹⁷³ “El Granito de Arena”, 1918, p. 304.

LA ADORACIÓN NOCTURNA

Todas las obras eucarísticas no podían menos de ser apreciadísimas por este apóstol de la Eucaristía, pero si entre ellas tenía alguna preferencia podemos decir que era para la Adoración Nocturna Española. Ya desde sus tiempos de Arcipreste fue entusiasta propulsor de esta hermosa Obra, cuyos turnos procuraba incrementar con nuevas aportaciones personales. Recuérdense que cuando se despidió de los adoradores de Huelva para irse a Málaga, uno de éstos, emocionado por el gran sentimiento que en todos producía su ausencia, exclamó: “Don Manuel, Vd. no nos desampará. Díganos por lo menos cuándo piensa venir por Huelva.” “

Obispo, rápido y firme en sus respuestas contestó: *“Mi corazón, porque es vuestro, está y estará siempre con vosotros, y mandareis en mi persona haciéndola llegar a vuestro lado tantas veces cuantos turnos de adoradores constituyáis.”*

Inolvidable el rasgo, revelador de todo lo que era para él la Adoración Nocturna, de cederle local adecuado para hacer su capilla, sala de guardia y demás dependencias necesarias en su mismo Palacio Episcopal.

Tan suya era aquella Obra eucarística que mientras vivió, de él recibió continuos impulsos en su Diócesis y fuera de ella.

Por eso, cuando murió el venerable Obispo, pudo escribir el órgano oficial de la Adoración Nocturna Española “La Lámpara del Santuario”:

“Con su muerte, bien puede afirmarse que España ha perdido un gran patriota y la Iglesia de España una de las más insignes figuras de su episcopado. Mas nosotros, los adoradores nocturnos españoles, a quienes tanto quiso y tanto distinguió siempre el insigne Prelado, hemos perdido algo más. Hemos perdido al amigo entrañable a quien encontrábamos siempre cuantas veces le hubimos de buscar; al Maestro, que tantas veces nos guiara con su ejemplo, consejos y enseñanzas, al hermano en nuestra amada Obra por la que tanto trabajara, para su engrandecimiento y esplendor.

Fue la Adoración Nocturna Española objeto siempre de su predilección especial. Jamás se cansó de propagarla y favorecerla. Durante su pontificado en Málaga, se fundó la Adoración en Pizarra, Alora, Alhaurín el Grande, Olvera, Ubrique, Grazalema y otros pueblos más.

En la sección de la capital aumentaron los turnos de seis a veintidós. Estableció un turno de seminaristas. En Málaga como en Patencia,

celebraba de Pontifical en la Vigilia de fin de año y presidió siempre las Juntas generales para la elección de presidente. En cuantas ocasiones se le presentaron, distinguió principalmente a la Adoración y a los adoradores y siempre dispuesto a cuanto pudiera redundar en provecho de una y otros, dio a la sección de Málaga espléndida casa en su propio Palacio Episcopal, hasta el punto de que aquella magnífica sala de guardia, aquel cómodo dormitorio y aquel patio sin par con su — ¡quien no lo recuerda! — bellísima “gruta de Lourdes” ante la que tantas plegarias de nuestros hermanos — ¡muchos de ellos mártires después! — se elevaron al Cielo, hicieron a la sección de Málaga la indudablemente mejor instalaba de todas las Secciones de España.”

Aquellos nuevos turnos de adoradores, aquellos grupos de Discípulos de San Juan y de fervorosas Marías eran la levadura que poco a poco fermentaban la masa.

Asambleas Arciprestales y Diocesanas de la Obra de los Sagrarios-Calvarios, presididas en su mismo Palacio por él, iban llenando de celo eucarístico las almas y lanzando al apostolado legiones de María y Discípulos de San Juan que prendían después el fuego de su reparación.

* * *

Con esa vitalidad de sus comienzos seguía creciendo la Obra.

El granito de mostaza sembrado en aquel Sagrario de San Pedro de Huelva se había convertido en un árbol gigante que cubría toda la península y que alargando por encima de los mares sus ramas cobijaba también bajo su sombra a millares de Sagrarios de América.

Baste citar como pruebas de lo que decimos el Congreso Eucarístico de Toledo en el 1926, donde junto a las banderas blancas de los adoradores resaltaba el blanco-morado de las cintas de tres mil Marías.

El fundador tuvo el consuelo de predicar para ellas una devotísimo Hora Santa en la incomparable Catedral Primada, con asistencia de los Excmos. y Rvdmos. Prelados que en número de cuarenta asistieron al Congreso.

Digna de mención entre aquellas innumerables Asambleas Regionales, donde se reunían centenares de Marías es la de Santander que él llamó “la fiesta de las treinta mil o las treinta mil de fiesta.”

¿Explicación de esto? El mismo Sr. Obispo lo cuenta así: “Era *por los días que siguieron al nunca olvidado Congreso Eucarístico Internacional de Madrid*” (Junio 1911).

Invitado el Arcipreste de Huelva a la sazón por las Marías del recién nacido Centro de Santander a asistir a las fiestas de su inauguración, “*pasé varios días dando algunas leccioncillas sobre la Obra y recibiendo soberanas lecciones de actividad, celo discreto, organización no sólo de las Marías nacientes, sino de aquellos Católicos verdaderamente ejemplares.*”

Preguntaban las Marías al Arcipreste, cuando éste se despidió para su Huelva: Y ¿hasta cuándo? Y el Arcipreste, que para esto de visitar pueblos andaba siempre harto escaso de tiempo, como pudo responderles ad Kalendas graecas, les dijo: hasta que añadan ustedes dos ceros a las 300 Marías de hoy.

Como pudieron caer en saco roto los ceros del cuento, no cayeron, antes quedaron muy guardados en memorias muy felices, y vean cómo corriendo los meses y los años d repetido Arcipreste un tanto mutatus ab illo recibe una carta del incansable y gran meteganas de buenas obras, D. Anselmo Bracho, Director de las Marías montañesas en que dice poco más o menos. “...Como le suponemos hombre de palabra, va llegando hora de que cumpla la que nos dio cuando nos visitó. ¡Los ceros pedidos ya están! ¡Las Marías montañesas llegan a las treinta mil!

Y sin tomarse más tiempo que el preciso para dar al Amo bendito las gracias por noticias tan gratas y triunfo tan señalado, contestó al buen D. Anselmo que... el buey por el hasta y el hombre por la palabra.

“Y caten Vds. aquí un viaje en planta a la querida tierruca de Pereda y unos días de fiestas eucarísticas y al Obispo que suscribe en plan de obedecer cuanto le ordenen el venerable Obispo de Santander, Padre muy Padre de aquellas Marías y Discípulos de San Juan y el comprometedor D. Anselmo (¹⁷⁴) y todas y cada una de aquellas que forman falange tan lucida.

Y esa es la fiesta que por llamarle de algún modo, le han puesto allá el significado de Fiesta de las treinta mil.”

¹⁷⁴ Don Anselmo Bracho, ejemplar y fervoroso sacerdote montañés, fallecido el 20 de Marzo de 1946 y mencionado ya en el capítulo 2.º de esta biografía, dirigió durante 35 años a las Marías de Santander. Había vivido en Sevilla, siendo superior del Seminario cuando cursaba en él sus estudios el Sr. Obispo, a quien admiraba y quería desde su niñez.

No hay que añadir que las fiestas fueron dignas¹ del acontecimiento.

Pero quizás el acontecimiento más conmovedor de aquellas jornadas triunfales de la Obra fue el de

LOS LEPROSOS DE FONTILLES

En el mes de septiembre de 1916, cuando se disponía a emprender de nuevo sus visitas pastorales el entonces Obispo de Olimpo, recibió esta hermosísima carta del *P. Damián, español*, el heroico apóstol de los leprosos P. Carlos Ferrís, S. J.

Venía de su querida leprosería de Fontilles.

Ilmo. y Rvdmo. Sr.

Me cabe el honor y a la vez la dulce satisfacción de comunicar a S. S. que en este Sanatorio de leprosos, bajo el Patronato de San Francisco de Borja, acaba de establecerse la Obra de los Discípulos de San Juan y de las Marías de los Sagrarios-Calvarios.

Es indecible el entusiasmo con que estos pobrecitos acogieron la idea, sin que quedara uno solo sin apuntarse, escogiendo cada cual su Sagrario, habiéndose celebrado al inaugurarse el Centro, Comunión general que lo fue de verdad, pues ni aún los más imposibilitados, recluidos en la enfermería, dejaron de comulgar aquel día, por la tarde se hizo solemne la primera visita a los Sagrarios respectivos.

Comulgan la mayoría todos los días, visitan de continuo el Sagrario y celebran muchas, muy solemnes y conmovedoras fiestas religiosas.

Estos pobrecitos, son, limo. Sr. los que se han ofrecido a acompañar al Abandonado Jesús, a rogar por los Sagrarios Calvarios y a ofrecer con sus oraciones por el fin de esa bendita Obra, los sacrificios y molestias sin cuento que les impone su tristísima situación...

Ruegue S. Sría. Por estos leprosos que por mi medio le saludan y besan reverentes el anillo pastoral de su ilustrísima.

Humilde hijo de S. Sría. Rvdma., Carlos Ferrís, S. J.

Su corazón aquella tarde latió con más violencia, rodaron sus lágrimas y dejando sobre su mesa de despacho la carta, voló al Sagrario de

su capilla a darle las gracias al Amo bendito, porque en aquellas filas de su legión reparadora se alistaban los hijos de la miseria y del dolor.

Al regreso de su última correría apostólica, les escribió esta carta abierta en “El Granito de Arena”:

“A las Marías y a los Juanes de la Leprosería de Fontilles:

Me ha anunciado vuestro Padre Director que todos los leprosos de ese Sanatorio han recibido la cinta blanca y morada y la insignia de nuestra Obra, que habéis celebrado vuestra entrada con una hermosísima Comunión y con la promesa de dar toda la compañía que podáis a vuestro Hermano de abandonos el Corazón de Jesús Sacramentado.

Y ¡bien merecen todas esas buenas noticias unas cuantas líneas mías!

Si, unas líneas que digan todo el interés que despierta vuestra determinación, los horizontes que descubre, las armonías que deja gustar, la belleza misteriosa que indudablemente encierra ese convenio que acabáis de celebrar con el Divino Abandonado del Sagrario.

Porque vosotros lo sabéis por una dolorosísima experiencia: el mundo, por miedo al contagio de vuestras dolencias; por horror a vuestras llagas os deja solos, os huye, y ha sido precisa toda la heroica y abnegada caridad de esas almas que os han acogido para que las tristezas de la soledad, las amarguras del abandono no acabaran con vuestra vida.

¡Qué días tan largos, qué noches tan interminables, qué horas tan lentas, los días, las noches y las horas de los pobres leprosos! ¿verdad?

Ver caer los pedazos de carne y sentir al mismo tiempo despedazarse el corazón que no ve llegar una mano aliviadora que derrame bálsamos, que ligue heridas, ni unos ojos siquiera que miren compasivos... ¡Pobres, pobres condenados a sufrir sin eco, allozo! sin paño de lágrimas, a caerse siempre sin encontrar quien les levante!

Pero vosotros, leprosos de Fontilles, no sois de esos condenados: vosotros no solo habéis trocado vuestros abandonos por dulcísima compañía, sino que habéis sacado y vais a sacar ganancias de vuestros antiguos abandonos.

En ese cristiano hogar, que la caridad os ha abierto, habéis tenido la suerte de conocer un abandono más cruel, infinitamente más injusto e incomparablemente más largo que el vuestro; os habéis enterado de que el Jesús de los leprosos, el que los curaba con solo el contacto de su mano,

ha quedado reducido por obra de la ingratitud de sus hijos los hombres, a la triste condición de leproso...

Se hizo una casita para vivir en medio de cada pueblo, cerca muy cerquita de los suyos, y... los suyos se fueron y lo dejaron solo, lo mismo, exactamente lo mismo que a vosotros vuestros amigos y parientes.

¡Sólo, en miles y miles de Sagrarios con sus ojos encendidos en ganas de cambiar su mirada con otros ojos, con sus manos abiertas y dispuestas a bendecir, a dar, con su corazón encogiéndose y dilatándose de congojas y ansias de amar y ser amado y... solo, siempre solo!

¡Qué felicidad! Sois vosotros los que vais a dar al Maestro bueno una respuesta que hace mucho tiempo venía buscando. Sois los que vais a decirle en dónde están aquellos nueve leprosos por su amor curados que no volvieron a darle las gracias... Sois los que responderéis en lugar de aquellos leprosos del cuerpo y de tantos otros del alma que tampoco vuelven ni van a El...

¡Felices vosotros! que, cuando con voz entristecida por la soledad de los hijos vuelva a preguntar desde el Sagrario: “¿En dónde están los curados, los regalados por mi...? podréis responder—. Aquí estamos ya, Señor...” (175)..

¡Qué cuadro más enternecedor el de aquellos leprosos postrados a los pies del Maestro como aquellos del Evangelio que le salían al encuentro en los desiertos lejanos y en los caminos solitarios!

Su reparación era la más hermosa, la más parecida a la del Divino Corazón en los brazos de la Cruz: Por aquellos miembros sangrientos de Cristo, estos otros miembros doloridos de su cuerpo místico despedazados por la lepra.

La oración de aquellos leprosos será un viento impetuoso que hinche las velas de la Obra y la empuje a nuevos y gloriosos puertos.

PÍO XI Y LA OBRA DE LAS MARÍAS

Por el alma enamorada de la Eucaristía de S. S. Pío XI no pudo pasar la Obra de las Marías sin dejar una grata y profunda huella.

Una peregrinación a la cual fue muy fiel durante su estancia en Milán, deja entrever el origen lejano de su ardiente piedad hacia el Huésped del Sagrario.

¹⁷⁵ “El Granito de Arena”, 20 Spbre. Y 5 Oct., 1916.

Todos los años, en el aniversario de su Primera Comunión, se iba a Desio a arrodillarse en la iglesia parroquial en el mismo sitio que había ocupado en ese día memorable.

Antes de ser exaltado a la dignidad más sublime de la tierra, hablando las vísperas del Cónclave a la Comunidad del Cenáculo de Roma, les decía que el Papa en substancia no era más que el complemento de la Eucaristía.

“En el Sagrario el Verbo encarnado está presente todo entero, con la plenitud de su actividad, con su Santa Humanidad y la superabundancia de sus gracias, pero permanece invisible a nuestros ojos. En su Vicario, Jesús está visiblemente presente.”

Bellísimo pensamiento: Jesucristo se ha quedado con nosotros escondido bajo los blancos accidentes del Pan en la Eucaristía y manifiesto bajo las blancas vestiduras del Pontífice supremo.

Llevaba razón Pío XI en decir que el Papa es el *complemento de la Eucaristía*. Por esta Obra de las Marías él sentirá predilecciones de Padre.

¡Con qué afecto la elogiaba el 1 de marzo de 1929 en la audiencia especial que concedió a las Marías romanas en la Sala del Consistorio!

“.. Es verdad que desde hace tiempo conocía esta Obra, pero ahora he podido comprobar nuevamente sus grandes méritos... El bien que las Marías hacen es particularmente bello, porque consiste propiamente en continuar la Obra de las tres Marías, llamando a las almas alrededor de los Sagrarios: Y la Obra es tanto más meritoria cuanto que se congregan en torno de los Sagrarios más abandonados...”

Precisamente por aquellos días se celebraba el XIX Aniversario de la fundación, y el Sr. Obispo, haciendo notar esta coincidencia, escribía:

“Corazón abandonado de Jesús, que la Obra de tus reparaciones eucarísticos merezca por su fidelidad y su lealtad ser cada vez más conocida y amada y agradecida de tu Vicario en la tierra” ⁽¹⁷⁶⁾.

Entre las diversas y valiosísimas gracias y distinciones hechas por S. S. Pío XI a la Pía Unión de las Marías y Discípulos de San Juan, culmina la que le concedió en el año 1924. Por un Breve de 22 de agosto de dicho año en el que aprueba y elogia la Obra, le concede que el Privilegio de Altar Portátil en favor de los asociados enfermos, que por autógrafo le había concedido S. Pío X, sólo para España, extendido por S. S. Benedicto XV para Portugal, sea confirmado a perpetuidad y extendido a todos los

¹⁷⁶ El Granito de Arena”, 1929 páginas 231-234.

pueblos del mundo donde se halle canónicamente erigida la Pía Unión⁽¹⁷⁷⁾.

Fácil es suponer el gozo y la gratitud del Fundador al ver así favorecida, bendecida y regalada, por el Vicario de Jesucristo su tan querida Obra⁽¹⁷⁸⁾.

¡Qué gran alegría para su corazón fue el anuncio feliz de que la Obra se aprobaba por decreto del Emmo. Cardenal Vicario para la Diócesis de Roma!

El día 5 de junio de 1925 ¡en el mes del Amo! escribe estas líneas rebosando de gozo: *Ha puesto este Breve de S. S. del 22 de agosto de 1924 tal sello de firmeza en nuestra Obra, titulada en él Pía Unión, le ha comunicado tal virtud de expansión y a mismo tiempo de unidad que yo, que en virtud de ese mismo Breve, he sido nombrado Director General de la misma, no dejo de recibir cartas y testimonios con una frecuencia y una elocuencia consoladora de que las llaves del Papa, al abrir en favor de la Obra de los Sagrarios-Calvarios el tesoro de sus más ricas gracias, le han abierto también las puertas de países y pueblos hasta ahora totalmente cerrados.*

Valga entre otros hechos el singularmente consolador de haberse fundado la Obra de las Marías en la misma Roma con augurios, según me escribe su Director el Rvdo. P. Enrique M. Radaeli, S. J., muy esperanzadores por el número y el espíritu de las primeras Marías romanas.

¡Cómo me ha conmovido y llenado de agradecimiento el leer el decreto de aprobación de la Obra para la Diócesis de Roma por el Eminentísimo Cardenal Vicario!

Y no es sólo la dilatación de la Obra lo que me mueve al agradecimiento sin fin al Amo; sino principalmente la intensificación de la misma.

¹⁷⁷ Puede verse en Apéndices. Número 6.

¹⁷⁸ Las Marías y Discípulos de S. Juan tienen concedido por Su Santidad Pío XI: 1.º *500 días de indulgencia toties quoties* por cada Comunión, Misa o Visita al Smo. Sacramento, ofrecidas con la intención de acompañar y desagraviar al Sagrario abandonado que a cada uno corresponda, y por cada obra eucarística de celo que tienda a conservar o aumentar el grupo escogido de la Parroquia; y a los que de algún modo hagan esto a diario, *una plenaria cada mes.*

2.º *Indulgencia plenaria* cada vez que visiten un Sagrario abandonado comulgando en él con intención de reparar su abandono.

¡Cuánto me derrite de gratitud, y valga este ejemplo que tengo a la vista por mil que pudiera poner, ver cada domingo partir por todas las estaciones de ferrocarriles de Málaga grupos de Marías, de las de verdad fieles y activas, en dirección de sus Sagrarios para pasarse el medio día o el día entero acompañando a su Jesús con sus alabanzas, con la enseñanza del Catecismo, a veces de casa en casa, con la formación de la Escuela dominical o del grupo de almas escogidas para que ayuden a sus párrocos!

Marías, Discípulos, ¡a cuánta fidelidad obligan esas exaltaciones de nuestra humilde Obra!

Que vuestro grito de “Aunque todos... yo no” se siga dando al pie de cada Sagrario cada vez con más lealtad y entereza y menos espíritu humano.

¡Cada vez más Marías!”

III

Las Marías Nazarenas

El Fundador de las Marías sigue internándose más y más por los campos de la TM reparación eucarística. Aquella paradoja del “*abandono del Sagrario acompañado*”, que tanto contrista su espíritu, no le deja sosegar...

Y es interesante saber cómo pensaba y sentía de su Obra desde las alturas del episcopado. Oigámosle.

...Como Arcipreste y como Obispo sigo viendo y sintiendo que en el orden práctico de la gloria de Dios y de la vida de las almas, el mal de todos los males es el abandono del Sagrario...

Pero como Obispo estoy viendo y sintiendo una extensión e intensidad de aquel abandono que como Arcipreste apenas si conjeturaba o adivinaba.

Me explicaré: Cuando el Amo me hizo pregonero de la Obra, yo casi no veta delante de ella otro mal que éste; el abandono de los Sagrarios no visitados o poco frecuentados; pero ahora, a los catorce años de Obra y a los nueve de Obispo, absorbe, si cabe, más mi atención, contrista más mi espíritu, preocupa y lastima más mi corazón otra forma de abandono; a saber: el abandono de los Sagrarios acompañados; es decir, lo poco acompañado que está el Corazón de Jesús Sacramentado de los que le acompañan, hacen que le acompañan o deben acompañarlo...” (179).

“Almas de Sagrario escribe suplicante ¿no habrá compañía interior paro esas interiores soledades de Jesús Sacramentado?

¿No habrá Marías especiales para estos Viernes Santos disfrazados de Domingos de gloria? (180).

“Yo pido y, si puedo, exijo a las Marías no sólo Compañía de presencia corporal, es decir, ir al Sagrario, sino algo que valga más, que llegue más adentro, que acompañe más íntimamente...

¹⁷⁹ “Mi Comunión de María”, p. 249, 8.^a ed.

¹⁸⁰ “Qué hace y qué dice el C. de J. en el Sagrario”, p. 132, 7.^a ed.

Ese más que os vengo pidiendo hace tiempo en una forma u otra, es la compañía de la imitación y de la compasión.

¿Cómo?

Haciendo de vuestra alma lo que Jesús se hace cada día en el pan del sacrificio: una hostia. ¡Almas-hostias!

Almas sacrificadas al amor de sus prójimos por amor, imitación y asimilación del Jesús de su Comunión y de su Misa.

Esa es la última definición de una María y de lo que debe ser el fruto único de sus Comuniones: trabajar por hacerse y dejarse hacer hostia.

Esa es la perfecta compañía y el perfecto desagravio del abandono de Jesús Sacramentado. Eso es... ser María hasta el fin y de verdad (¹⁸¹).

En su corazón bullía un anhelo inquietante, como una idea fija clavada en su mente, que le obsesionaba sobre manera. La Obra necesitaba esas Marías *especiales*, esas Marías hostias, que consagrarán su vida entera sola y exclusivamente a dar y procurar de otras almas esa perfecta compañía a Jesús Sacramentado...

La Obra necesitaba completarse con la fundación de una nueva clase de Marías, en vida religiosa...

SOÑANDO EN EL MAÑANA

Pero esta idea no era nueva. Hacía ya muchos años que la llevaba dentro del corazón, como en semilla.

Un poco de historia. Era el año 1912. La Obra de las Manas rebosaba vida. Había nacido, saltando las leyes naturales, adulta con la robustez de una campesina, sana y fuerte para el trabajo más duro. Y el Arcipreste de Huelva, como un padre, preocupado por el porvenir de su hijo, se preguntaba previsor: ¿qué será de ella...? ¿qué porvenir le espera mañana, cuando yo cierre los ojos...?

He aquí lo que entonces él mismo se respondía.

En el mes de diciembre, cuando la Obra no tiene aún tres años de vida, unas Marías abordan al Arcipreste que vuelve de una de sus correrías místico incendiarias y en animada y sabrosa charla una de ellas le pregunta:

¹⁸¹ “Mi Comunión de María”, p. 251, 8.^a ed.

¿Cuál es el papel de las Martas en el porvenir religioso de España...? “María de Andalucía”, nos refiere en uno de sus sabrosos artículos la respuesta del Arcipreste:

“...Y a nuestra imprudente sospecha de que este movimiento se enfriaría, dejando las Marías de funcionar cuando el Fundador dejara de existir, no nos contestó ya directamente, sino que con la cabeza echada atrás y la mirada en lejanías insondables, mirándonos, sin vernos, en actitud de sonámbulo, empezó a hablar suavemente primero, fogosamente después.

Sí, las Marías subsistirán, las Marías le sobrevivirán, porque han nacido en la ocasión precisa, porque ha sonado la hora de aquello que un pensador profano ha llamado “más fuerte que el amor”, la compasión. Ha llegado la hora en que (miedo cuesta escribirlo) el hombre se ha compadecido de Dios y está dispuesto a prestarle auxilio. Para eso es su Obra y vivirá larga vida y por ella soñaba él con ver rebosantes de gente todos los Sagrarios de España.

Y para conseguir ese fin no era menester gran cosa; se conformaba él con tres Marías que se pusieran al frente de todas las del mundo. Tres Marías tan heroicas como las auténticas del Calvario, que nada temieran, a quienes nadie turbara, que por nada se espantaran.

¿Dónde encontrar estas Marías? El no lo sabe, pero cree firmemente que existen y que el día menos pensado se las pondrá el Señor por delante con todo lo necesario para su funcionamiento.

¿Dónde habitarán esas Marías? En todas partes, prontas a trasladarse donde su misión las reclame acamparán en cada lugar el tiempo que necesiten para su trabajo y concluido éste, al abrir los ojos un nuevo sol, levantarán el campamento y saldrán a conquistar nuevas tierras llevando como los húngaros de la Balada, el día a la espalda y la noche por delante.

Ellas tendrán el hilo de toda la trama de amor y desagravio que se esté urdiendo en España y con ella irán tejiendo una red inmensa, una red de compasión y sacrificio, en cuyas mallas queden presos todos los reos de ingratitud, los obstinados, los débiles, los culpables de haber abandonado el Sagrario por miseria humana, y cuando esté llena, tirarán de ella hacia la barca de Pedro, llenando con aquellos despojos purificados por la contrición, el vacío de los Sagrarios abandonados...

Ellas formarán un taller inmenso donde se prepare y reparta trabajo a todos los operarios evangélicos, y como en esta agremiación tienen cabida todos los cristianos de cualquier clase y condición que sean, con tal que

deseen amar al Corazón de Jesús, y como ella no conoce acepción de personas, antes se adapta a todas las congregaciones, a todos los caracteres, a todo género de vida, a todas las obras emprendidas “pro Cristo”, no desechará auxiliares, dando a cada uno lo ocupación que mejor cuadre a sus aptitudes.

Dará trabajo, por ejemplo, a las señoras de la Conferencia, diciéndoles: ida visitar a vuestros enfermos, a vuestros impedidos sin número, pero hacedlo en memoria de Aquel que por nosotros tomó forma de leproso y permanece como inválido, en tal Sagrario abandonado, sin poderse mover. Id y decid a vuestros ancianos cuando se quejen (como tantas veces) de estar arrinconados como un mueble viejo, que su situación no es única, que hay Otro, del cual no somos dignos de desatar el calzado, que está más arrinconado que él, que se ha puesto antiguo para la mayoría de los cristianos; decidles que unan su abandono al aislamiento de Jesús en tal Sagrario, y se verá la gloria de Dios reparada por una humanidad en ruinas.

Ellas recogerán los buenos deseos de las madres cristianas y les dirán a qué Sagrarios polvorientos deben encaminar las almitas blancas de sus niños, para que allí recreen con su ingenuidad los oídos del Amigo fiel que aún clama porque va van a El los párvulos.

Ellas prepararán trabajo a las congregaciones religiosas de ambos sexos y de ambas vidas, diciéndoles: Acordaos de que en el día que jurasteis su bandera, sabíais ya que vuestro Amado mora en toáoslos lugares” del mundo; no os conforméis con adorarle en vuestra capilla que está respirando devoción; id a tal y a tal Sagrario abandonado y, si es preciso, morid allí con El. Id para que le conste una vez más que seguís con la mano en el arado y por nada del mundo volveréis la cara atrás.

Y así irán por calles y plazas, atravesando montes y collados y llamando a todos y utilizando lo bueno que haya en cada uno, les moverán a ofrecerlo al Santo de los santos en el banquete de las bodas...

Con todas las virtudes enumeradas, con todos los ofrecimientos obtenidos, con todas las batallas ganadas, arrastrará esta guerrilla un arsenal de remedios que, como las ambulancias de la Cruz Roja, lleve a) campo de la guerra todo lo necesario para las primeras curas. Promesas de amor constante, para las heridas que abrió el abandono, oración y sacrificios para la gangrena del desamor general, manojos de adoraciones perpetuas para arrancar las espinas del desprecio de los Sacramentos, penitencias y predicaciones contra las cadenas que retienen a las almas

alejadas de su fin verdadero, bálsamo de lágrimas compuesto de amor, contrición y compasión para los diferentes estados en que se encuentra al Corazón que tanto ha amado a los hombres...

Y en los sitios donde la guerra sea más empeñada dispondrán misiones sin cuento para “sanar a todas las ovejas de la casa de Israel”, para “no apagar la mecha que aún humea”, para “salvar todo lo que había perecido”...

Todo este bello ideal se iba desarrollando ante los ojos de nuestra alma como la película de un cinematógrafo y todos permanecíamos sumidos en un silencio plagado de imágenes, y el Arcipreste de Huelva hablaba con su verbo cálido, su rapidez de andaluz que quiere poner la palabra al paso del pensamiento y necesariamente tiene que atropellarse... Y cuando esto suceda —decía— yo no temeré por España, porque España estará a cubierto de todas las emboscadas con una guardia valerosa que defenderá a Cristo en todo lugar donde exista un Sagrario...”⁽¹⁸²⁾.

¿Sueño?... ¿Profecía?...

La semilla de Nazaret está ya plantada en la mente y en el corazón de) Fundador. En el año 1912 ya existían las “Nazarenas”. ¿No se ven dibujadas como en un boceto en esas tres Marías que ha descrito?... Un grupo selecto al frente de todas las del mundo. Unas “nazarenas” entre sus hermanas, como dice la S. Biblia del predilecto José entre sus hermanos...

Sigue todavía la elaboración interna, el desarrollo de la semilla en el seno de la tierra.

Por su inteligencia ha cruzado una ráfaga de luz. ¿No se han fundado no ya obras sino instituciones propias para conseguir fines peculiares dentro de la vida cristiana? ¿Y habrá un fin más excelente que la reparación del abandono del Sagrario?

Es el Fundador el que piensa así con la pluma en la mano: “¿No es objeto digno, no digo ya de una Obra de celo, sino de un Instituto religioso el combatir el abandono del Sagrario? ¿No dio lugar a la fundación de famosos Institutos la meditación y predicación de la Santa Infancia, de la Pasión del Señor, de los Dolores de la Santísima Virgen y otros objetos particulares dentro del campo de la piedad y de la religión?”⁽¹⁸³⁾.

* * *

¹⁸² “El Granito de Arena”, 5 y 20 diciembre, 1912.

¹⁸³ “Aunque todos... yo no”, p. 91, 5.^a ed.

El abandono del Sagrario, y más aún el del Sagrario *acompañado*, se ha ido clavando tan hondo en el alma del ya Obispo de Málaga que quiere buscar para repararlo los medios más eficaces, más sólidos y permanentes...

Intuye con visión clara el porvenir de su Obra, que seguía creciendo con asombrosa fecundidad y encontrando la más ferviente acogida por parte de los Sumos Pontífices, de cientos de Prelados, de miles de Párrocos y de cientos de miles de adheridos... “Y *temiendo el peligro inherente a toda obra humana, y más si es piadosa* —son sus palabras— *de debilitación, inconsistencia, diversidad de interpretación, falsificación y pérdida del espíritu, quiere dotarla del auxilio de una institución protectora, unificadora y permanente, que prevenga esos peligros y dé propagación organizada o Pía Unión de las Marías de los Sagrarios-Calvarios, sin desnaturalizar su forma primitiva.*” (Del Decreto de erección canónica de las HH. Marías Nazarenas).

Pero si el Fundador sentía por una parte esa necesidad de un grado superior de Marías, también la experimentaban por otra algunas de éstas que le manifestaban sus deseos de que el espíritu de la Obra encamara en un Instituto, al que se sentían atraídas por vocación y al que se entregarían por completo y para siempre...

El, sin embargo, fiel a su táctica de costumbre, esperaba *la hora de Dios* quería convencerse por las señales que el Amo le diera, de que esa hora había llegado.

Y esa hora llegó en el año 1921.

Con un pequeño grupo de Marías de distintas diócesis, que se reunió en Málaga el 3 de mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, se inauguró la vida de comunidad, comenzando por unos Ejercicios espirituales fervorosamente practicados.

En un modesto piso de la casa número 3 de la calle Marqués de Valdecañas se sigue una vida de observante disciplina. Los vecinos de los demás pisos las miran con curiosidad y cuchichean cuando las ven entrar o salir... ¿Qué harán estas señoritas aquí reunidas?... Y el caso es que al poco tiempo han ido llegando otras nuevas... Hay comentarios para todos los gustos...

Indudablemente, aquella vivienda ya va resultando inadecuada, y el Sr. Obispo les cede una casita al pie del monte donde se está edificando el nuevo Seminario...

Ningún sitio más a propósito para una casa de formación. Allí, dominando la ciudad y el mar, frente a la lejana sierra y disfrutando de la paz silenciosa del campo se deslizarán los primeros años de la nueva fundación...

Y ¿POR QUÉ “NAZARENAS”?

¿Por qué quiso el Fundador que el *apellido* de estas Marías fuese el de Nazarenas?... Pudo haberles dado otro más sonoro, más expresivo, si se quiere, del dinamismo que la nueva institución tenía en su ser, en su misión eucaristizadora... Pero él no titubea un instante; como si se lo hubiesen dado hecho, no tuvo que buscarlo. Desde el primer momento, decididamente las llamó Marías Nazarenas.

El nombre de Nazaret dice mucho a su alma... Refiriéndose a la vida de Jesús se ha dicho: “Nazaret es el aprendizaje de la vida de Hostia.” Así mira él su “Nazaret” de hoy, y escribe: *Corazón de Jesús, que tu “Nazaret” sea escuela para aprender a hablar como Tú en el Evangelio y a callar como Tú en el Sagrario. Madre Inmaculada, pide al Espíritu Santo que sea el Maestro de esta escuela.*”

Y llama “Nazaret” a la Casa “por razón de la vida oculta y de preparación que en ella han de llevar” (Decreto de erección). El quiere dejar bien remachado quo no puede haber apostolado eficaz sin vida interior profunda, alimentada por la Eucaristía, quiere establecer y propagar el reinado eucarístico de Jesucristo en las almas y en los pueblos, que triunfe no sólo del materialismo grosero del mundo, sino también de una actividad meramente natural que tan frecuentemente se mezcla aún en las obras buenas... lo que él llamaba “e *laicismo en las obras católicas* quiere buscar para el Corazón Eucarístico de Jesús adoradores y reparadores en espíritu y en verdad, y que esta vida se enseñe ante todo *viviéndola*.

El apostolado no ha de ser otra cosa que la irradiación de esa vida, centrada en la Eucaristía. Este es su anhelo y su consigna: “*¡Comulgantes de Jesús de cada mañana, sed los apóstoles de Jesús de cada hora! “Ser apóstol es llenarse hasta rebosar, de Jesucristo, de su doctrina, de su amor, de su virtud, de su vida y mojar hasta empapar a todo el que nos toque o*

se nos acerque del agua que nos rebosa es hartarse hasta embriagarse del vino del conocimiento y amor intensos de Jesucristo y salir por las calles y plazas ebrios... es hacerse loco de un sólo tema que sea.—Jesús Crucificado y Sacramentado está y no debe estar abandonado... Abandonado porque no se le conoce, no se le ama, no se le come, no se le imita...” ⁽¹⁸⁴⁾.

Así las quiso él: de una actividad que no se cansa cuando de ir en busca de las almas se trata para formar con ellas cerco de amor y lealtad a Jesús Sacramentado, y de una vida oculta como la del Maestro en su casa mínima de Nazaret y del Tabernáculo, que sea la salvaguardia de aquel cielo.

Y para que esto no se les olvide nunca, el nombre de Nazarenas...

Contemplación y acción: vida apostólica. Práctica de las virtudes sencillas, ocultas, del trabajo casero, como el de la Virgen Inmaculada de Nazaret, y de la abnegación propia, preparación intensa en el orden espiritual, intelectual y práctico para dar el mayor rendimiento en el apostolado eucarístico... un apostolado recatado y humilde, exquisitamente femenino...

Y así les da un nombre humilde y modesto también: Marías Nazarenas, como Jesús Nazareno. Sobrenombre que valió el menosprecio del buen Natanael cuando aún no le conocía: “Acaso de Nazaret ¿puede salir cosa buena?” (fn1, 46). Y Jesús Maestro, Rey, Mesías, Misionero de Dios, Sumo y Eterno Sacerdote, será generalmente conocido entre sus contemporáneos por el Nazareno sencillamente...

Así reza la tablilla que colocan sobre su cruz, así le llama el Angel de la Resurrección hablando a las Marías, así les siguen llamando los apóstoles ante el Pueblo de Jerusalén... ¿Y a su bendita Madre María no le pudieron llamar también por sobrenombre la Nazarena?

* * *

Esta institución viene a ser como la flor de la Obra de las Marías.

“Nazaret significa flor escribía el Sr. Obispo pero siendo flor y conservando los oficios indicados, ésta, prefiere vivir como raíz que dé jugo sin producir ruido ni esperar nada. ¡Como Jesús en su vida de Hostia!”

¹⁸⁴ “Apostolado Menudo”, 1.^a s., p. 3, 3.^a ed.

YA EL AMO VIVE EN LA CASA

Y oculta la *raíz* en aquella casita del monte, se desarrollan los primeros ensayos de esa vida contemplativa y activa...

Más de un año llevan las Marías Nazarenas en ella, y con santo entusiasmo viven su vida; pero aún les falta la mayor alegría, el anhelo incesantemente manifestado al Padre y Prelado; ¡tener Sagrario en su pequeña Capilla!

Mucho se lo hace desear él; y esta prueba excita más y más el hambre de ellas. ¿No será para compensar el hastío de tantos desgastados de la Eucaristía...? ¿Para darle al Señor el consuelo de verse buscado diariamente por aquellas Marías en otros Sagrarios...?

Pero ellas insisten en llamarle, ¡Vení Domine Jesu...! y ya no se contentan con sólo palabras, sino que hasta en coplas se lo piden cantando:

“Amo bendito, ¡ríndete ya!
ven a nuestra casa, ¡por caridad!
Tus Nazarenas quieren vivir
junto a la Vida; para saber *morir*”.

Y el Amo se rindió. El día de San Sebastián de 1924 recibieron el regalo tan ansiado. El Santísimo Sacramento era llevado a “Nazaret” acompañado del Prelado y los seminaristas en solemne procesión, para quedarse a vivir siempre con las que querían morir a sí mismas para que sólo El viviera en ellas...

Aún perduran los ecos de aquellas encendidas palabras con que se dirigió, el Sr. Obispo a la Hostia santa en fervorosas afirmaciones de fe, amor, gratitud y entrega... conmoviendo todos los corazones que rodeaban aquel altar colocado a la entrada de la casa frente al mar y a los montes desde donde se dio la bendición antes de entrar en la capilla.

Y cuando después de haber cerrado el Sagrario, ya lleno con la presencia real del Maestro divino de Nazaret, se despedía el Fundador de sus hijas, recordando la frase del Beato Avila, les repetía: “*¡Que me lo tratéis bien, que es Hijo de buena Madre!*”

SACANDO VIRUTAS

Las aspirantes a Marías Nazarenas iban solicitando su admisión en la nueva comunidad, pero el Fundador no tenía prisa por admitir a muchas;

seleccionaba cuidadosamente las vocaciones y tenía sumo interés en no lanzarlas al apostolado sin que tuvieran la conveniente preparación.

Como algunos no comprendieran que siendo tantas las necesidades de las almas, aquella incipiente comunidad no se entregara aún de lleno a las obras apostólicas, pareciéndole demasiado largo el tiempo que se dedicaba a su formación, hubo un Sacerdote que lleno de impetuoso celo, preguntó al Prelado:

—Pero ¿qué hacen ahí esas Marías sin salir a trabajar por las almas?

Y el Sr. Obispo, con un acento de profunda convicción, le respondió sonriendo:

— *¡Déjelas ahí, Padre, que ahora están en Nazaret sacando virutas!*”

Mas llegó la hora y las Marías Nazarenas comenzaron a desbordar en obres de apostolado el celo característico de su peculiar vocación, sin olvidar por esto ese *oficio*, esa vida oculta de oración, trabajo manual y formación en todos los órdenes: ascética, eucarística, litúrgica, catequística, musical y literaria, ese trabajo humilde y escondido al que tan gráficamente llamaba el Fundador *sacar virutas*.

“Villa Nazaret” no era ya solo una tranquila casa de formación; era también un centro eucarísticamente apostólico. Por la suave pendiente que lleva a la ciudad se ven bajar los domingos parejitas de Nazarenas que sencillamente ataviadas con su modesto traje seglar se dirigen a parroquias de barrios o a las estaciones de ferrocarril que las ha de llevar bordeando el mar o por entre campos de limoneros y olivos a donde las esperan Sagrarios y almas que han de poner en contacto...

Y las catequesis parroquiales van recibiendo el influjo de “Nazaret”; se van formando silenciosamente grupos selectos, levadura que haga fermentar la masa... Porque es característico de las Hermanas el hacer hacer, o sea, formar y entrenar almas apostólicas.

Al Congreso Eucarístico Nacional de Toledo en octubre de 1926 acude un grupo de Marías Nazarenas: hay un provechoso intercambio de amistad con las de otras diócesis, y en ese mismo año el Fundador, que es también el Moderador General de la Pía Unión de las Marías de los Sagrarios, les confía definitivamente el Secretariado General de la Obra. En comunicación con todos los Centros diocesanos comienzan a visitar muchos de ellos, y con sus respectivas Marías van a los Sagrarios de sus pueblos... La red de la compañía reparadora se va extendiendo y más...

LA PRIMERA CASA DE EJERCICIOS

Es a fines del año 1927. El Sr. Obispo anda preocupado con una obra que está proyectando... ¿Un nuevo giro a cargo del Banco de la Providencia?

Aún no se había terminado la construcción de algunos departamentos del nuevo Seminario recién inaugurado. ¿No será una temeridad empezar otra obra?... ¿De dónde sacar el dinero cuando tan agotada estaba la caja?...

Pero... ¡hacía tanta falta un “Nazaret” mayor, con capacidad suficiente para la comunidad que aumenta, y para sus obras y oficinas... Sería tan conveniente allí una casita de Ejercicios!...

En esa perplejidad pide al Amo y encarga a las Hermanas que pidan la solución del problema, una señal siquiera de que El quiere que se haga la obra y que por tanto mandará los *con qué*...

La comunidad esté practicando un día de retiro espiritual y el Sr. Obispo ha ido a darles la última meditación. Es el 10 de enero de 1928.

Llaman a la puerta. Un señor desconocido desea ver al Prelado, y éste no se hace esperar.

—Sr. Obispo, sólo un momento. Vengo a entregarle a V. E. esta limosna para sus obras; puede emplearla en lo que quiera.

Y casi sin darle tiempo de manifestarle su agradecimiento, deja en sus manos unas miles de pesetas y se aleja rápido...

¡La *señal* del Amo!...

Y se comenzó la edificación de una hermosa casa de dos pisos al lado de la primitiva, que quedó para Casa de Ejercicios.

Esta obra de los Ejercicios quiso el Sr. Obispo fuese uno de los medios principales que empleasen las Marías Nazarenas para fundamentar y complementar en favor de los pueblos y de los centros la labor que realizaban en sus viajes a ellos. Era la primera Casa de Ejercicios a la que seguirían otras en los “Nazaret” que se fueran fundando...

Con lo que el *Banco* del Amo se encargó de mandar, se terminó la obra de la nueva casa y capilla, y el miércoles de Pascua, 23 de abril de 1930, la bendecía el Prelado con la mayor solemnidad.

COMO ABEJAS DEL SAGRARIO

En aquel mismo año el Sr. Obispo encomienda a las Hermanas la administración de la revista y editorial “El Granito de Arena.” Los paquetes de papel impreso recorren sin cesar los caminos de la imprenta a Villa Nazaret y de ésta al correo.

Allí trabajarán alegres como abejas laboriosas, unas veces en la colmena de Nazaret y otras en el apostolado externo, buscando almas y Sagrarios...

Van labrando cera de piedad sólidamente eucarística, miel de consuelos para Jesús Sacramentado...

El Sr. Obispo atiende personalmente a su dirección, como porción predilecta de su Obra, recibe las primeras profesiones de las Hermanas y va modelando el nuevo Instituto hasta dejar terminadas, después de varios años, sus reglas escritas a la “luz de la lámpara del Sagrario”, y de las enseñanzas de la experiencia”. (¹⁸⁵)

Ya el Fundador de las Marías ve realizado su sueño: a falta suya dejará en testamento a su “Nazaret” el eco de aquella queja del Sagrario abandonado que siempre resuena en su corazón; y cuando éste deje de latir no se extinguirá aquel eco, porque sus hijas las Marías Nazarenas (¹⁸⁶) lo habrán recogido y los seguirán transmitiendo a otras almas a través de los tiempos...

¹⁸⁵ A la Casa primera de Málaga siguió la de Patencia (Casa Generalicia y Noviciado) y la de Zaragoza, en vida del Fundador; después, siguieron fundando en diócesis españolas, en Italia y en América.

El 30 de agosto de 1960 recibió la Congregación su aprobación definitiva y la de sus Constituciones por la Santa Sede.

Los Prelados bendicen complacidos los trabajos de las Hermanas: misiones eucarísticas en los pueblos y parroquias necesitadas, cursos de formación de catequistas, Ejercicios y retiros, círculos de estudio y piedad, preparación de acólitos, roperos eucarísticos, bibliotecas circulantes, asambleas eucarísticas, lecciones prácticas de Catecismo, viajes, propaganda impresa...

¹⁸⁶ Desde el IV Capítulo General en el año 1969, la Congregación adoptó oficialmente el nombre de *Misioneras Eucarísticas de Nazaret*, por Rescripto de la S.C.R.I.S. de 28 de enero de 1970.

Con este nombre se ha querido recoger en toda su dimensión el ideal del Fundador expresado en sus escritos, el modo de vida propio de las Hermanas y su misión en la Iglesia, según los fines y el espíritu especiales expuestos en las Constituciones de la Congregación, aprobadas por la Santa Sede.

Ello no obsta para que vulgarmente se les llame Marías Nazarenas o simplemente Nazarenas.

Capítulo XIV

Un sueño pastoral: ¡Mi Seminario!

1.º.- *Cómo se formó el cuerpo del Seminario.*

Soñando en su Seminario.

El Seminario de hoy.

Un millón de pesetas, las respuestas del Amo.

Mis párrocos de pueblos.

2.º.- *En marcha.*

Los aguinaldos del Amo.

Asediando al Sagrario.

Una graciosa visita.

El Seminarista albañil.

La Hermandad de los Cuarenta.

3.º.- *El alma del Seminario.*

Piedad sacerdotal eucarística.

Celo Apostólico.

Ciencia eclesiástica.

Disciplina familiar.

Frutos de aquella siembra.

Los operarios de su viña.

Cómo se formó el cuerpo del Seminario

Estamos en Roma. Es en octubre de 1922. El Sr. Obispo de Málaga ha sido recibido en audiencia privada por su Santidad.

Pío XI contempla los planos de “Su Seminario” que el Prelado humildemente le presenta.

Conversan animadamente los dos. Su Santidad se interesa y pregunta por todo y cuando D. Manuel enrolla los planos, el Papa, contemplándolos, le dice: “Con nada me ha podido Vd. dar tanto gusto como con esto que me cuenta y me enseña de su Seminario, yo nada he amado ni amo tanto como el Seminario, porque ésta es en definitiva *la única fuente de esperanza y de vida*.”

Los sacerdotes serán como hayan sido formados en sus Seminarios y los pueblos serán como los formen sus sacerdotes...”

SOÑANDO EN SU SEMINARIO

Aquellas palabras llenaron de consuelo su corazón.

Sobre aquellas de sus contradictores: “¡Es una locura!”, “ganas de llamar la atención”, “en busca de un Arzobispado” y otras tantas imposibles de transcribir, aquellas del Papa eran una fresca rociada sobre la tierra seca.

Los dos venían a coincidir, los dos pensaban igual; los dos tenían una misma inquietante obsesión: El Seminario.

Ya en el año 1918, siendo aún Administrador Apostólico de la Diócesis, lanzó a la publicidad el sueño de su futuro Seminario, que constantemente tenía ante sus ojos (¹⁸⁷)

¹⁸⁷ Publicó este librito con el título “Mi Seminario”, no sólo para hacer ambiente en favor del Seminario que proyectaba, sino en favor de todos los Seminarios y del gran problema de las vocaciones sacerdotales.

“¡Cuántas veces escribía en los momentos de fatigas y de angustias, tan frecuentes en la vida de un Obispo, mi espíritu busca una como compensación del hoy triste y cerrado, en el mañana esperanzador que va a preparar mi Seminario!

¡Cuántas veces me lo imagino ya construido y rebosando la alegría que dan la gracia de Dios y la gracia de la tierra viviendo en el alma, en la palabra, en la obra y en las costumbres de mis seminaristas! Ya paréceme ver a través de los olivos, pinos y algarrobos de aquellos montes, alzarse gentil y gracioso el Seminario-pueblo andaluz y bullir en él a la familia de los escogidos del Señor, entrando unas veces ordenados en sus clases, labrando otras sus parcelas de terreno, saltando por los riscos, paseando por sus terrazas, subiendo al clarear el alba a su monte Sión cantando “quis ascendet in montem Domini...”

Verdaderamente, el cuadro que se presentó a sus ojos, al actuar en la Diócesis de Málaga, era enormemente desolador.

En el Seminario encontró solamente unos cuarenta y cinco seminaristas y un buen número de ellos los despidió del Seminario por falta de vocación sacerdotal.

La falta de condiciones higiénicas y pedagógicas que reunía el edificio aumentaban el volumen del problema.

Por fuera, un clero escasísimo para tanta necesidad, y, debido sin duda a las circunstancias anormales consiguientes a la desamortización de Mendizábal y a la corrupción de costumbres, no todos los sacerdotes poseían la debida preparación y el suficiente espíritu sacerdotal.

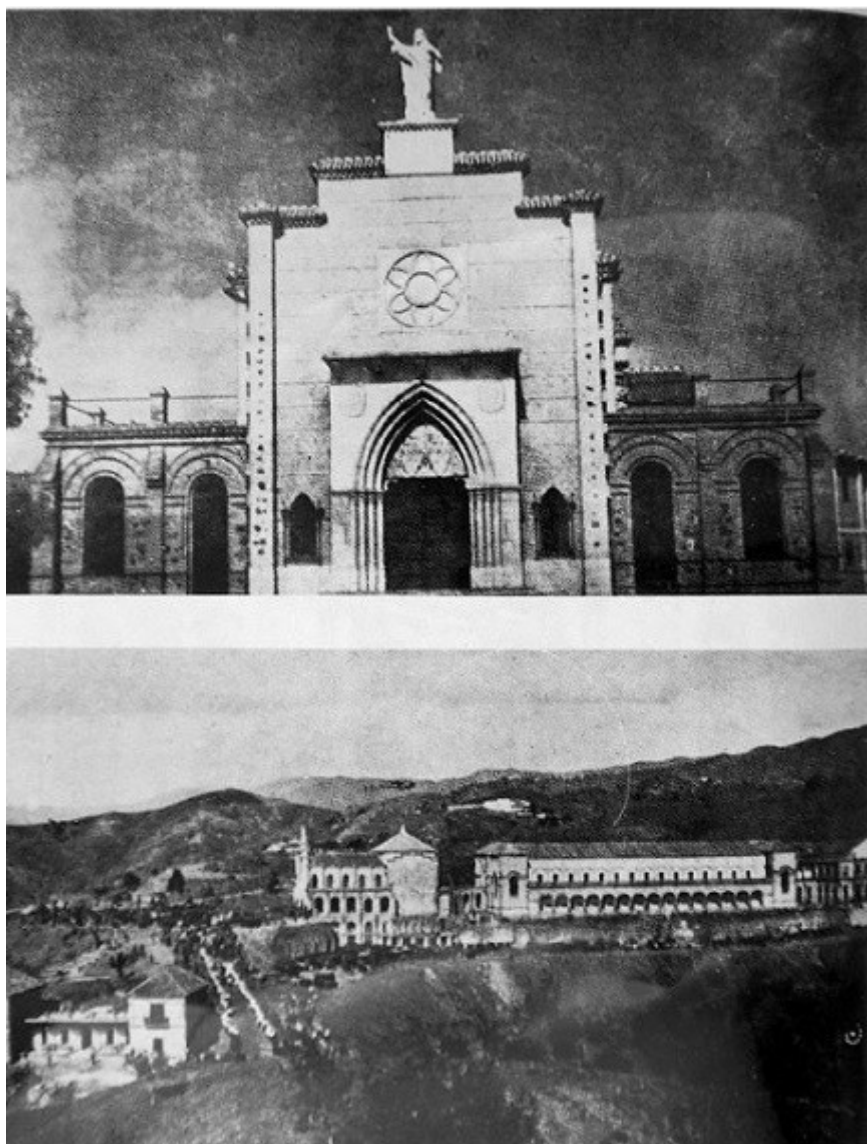
Hoy, gracias a Dios, ha entrado ya en la conciencia católica la preocupación por el básico problema del Seminario; pero no podemos comprender plenamente lo que suponía en 1918 embarcarse en una aventura tan osada, que no contaba con ningún ambiente favorable, y si con muchos inveterados prejuicios en contra.

La realización de estos proyectos la dejó él mismo admirablemente descrita en sus memorias sobre el Seminario de Málaga, que en el 1935 publicó bajo el título de “Un Sueño Pastoral.”

En el año 1935 dio a la luz el libro (hoy agotado) “Un sueño pastoral”, en el que hace historia de los motivos del sueño pastoral, el sueño y las realidades, que son las tres partes en que divide el libro. En él describe cómo se formó el *cuerpo* y el *alma* del Seminario de Málaga.

De este libro está tomado casi todo este capítulo y el siguiente.

Omitimos las citas de cada párrafo para no fatigar al lector.



Fachada y vista general del Seminario de Málaga

Vamos, pues, a dejarlo hablar.

“1.º EL SUEÑO”

“¡Sin sacerdotes!

Ese grito que constantemente sale, más que de los labios, del corazón de los que estamos al frente de esta Diócesis de Málaga, expresa esa gran lástima mejor que el mis elocuente discurso.

Sí, Málaga está en parte afligida, en parte amenazada per una aterradora escasez de sacerdotes.

Unas cuantas cifras de estadísticas desgraciadamente ciertas os revelarán hasta qué punto ese grito de ¡sin sacerdotes! revelan un hecho tan desconsolador como real.

LAS ALTAS

Mirad en primer término lo que enseña esa estadística de Ordenaciones de presbíteros desde el año 1865 al de 1918.

Presbíteros ordenados en esta Diócesis:

<i>Del quinquenio de</i>	<i>1865 al</i>	<i>1870</i>		<i>159</i>
“	“	“ 1870	“ 1875	103
“	“	“ 1875	“ 1880	36
“	“	“ 1880	“ 1885	52
“	“	“ 1885	“ 1890	75
“	“	“ 1890	“ 1895	89
“	“	“ 1895	“ 1900	69
“	“	“ 1900	“ 1905	51
“	“	“ 1905	“ 1910	18
“	“	“ 1910	“ 1915	15
“	“	“ 1915	“ 1918	10

Es decir, que de 159 cada cinco años, hemos venido a la insignificante cifra de 15 en el último quinquenio.

Este mismo año 1918 he ordenado tres sacerdotes y probablemente en lo restante del mismo y en todo el año que viene no tendré ninguno más, y, como por junto los seminaristas teólogos no son más que catorce, el máximo de los sacerdotes que puedo esperar durante los cuatro años siguientes no pasará de ese número.

Como se ve por las anteriores cifras, el promedio de altas de sacerdotes por años de dos o tres, número en verdad insignificante aún para una Diócesis reducida.

Pues bien, ved ahora otras cifras que os van a espantar más.

La Diócesis de Málaga cuenta hoy 12 de agosto de 1918, descontando veinte jubilados e inutilizados, con doscientos setenta y cinco

sacerdotes diocesanos. Y de estos doscientos setenta y cinco sacerdotes, ciento cuarenta y cinco son de más de cincuenta años, es decir precisamente más de la mitad del clero de la Diócesis, y en cambio, de menos de treinta años no hay más que veintiuno.

Y con esos doscientos setenta y cinco sacerdotes hay que atender ¡asombros! al cuidado de quinientas cuarenta y dos mil cuatrocientas cuarenta almas que forman la Diócesis.

* * *

Cómo se me desgarran el alma de pena al mirar tantas porciones de diócesis con sus templos vados y sus aras rotas y sus techumbres abiertas y sus altares colgados de telarañas y sus Capillas de Sagrarios cubiertas de jaramago y habitadas por los pájaros o los reptiles por no tener Sacerdotes...

¡Pobres pueblos sin curas!

¡Pobres sociedades sin la Luz y la Sal del Sacerdote católico...!

EL SEMINARIO DE HOY

Estrechas estancias, pisos elevados, patios sombríos, paredes y suelos siempre mojados de humedad y jamás visitados por el sol, clases iluminadas con luz artificial en pleno día, y para ventilación de todo esto la escasa luz y el más escaso aire que pueden dar las estrechas y elevadas calles que rodean el edificio; amén de tener que privarse de este beneficio en toda un ala del mismo por imponerlo así la desgraciada vecindad que a poco más de un metro lo rodea por un lado y lo inficiona con la peste de sus escándalos e inmundicias...

Esta es la casa del Seminario de Málaga en donde pasan el período crítico de su vida física sesenta o setenta jóvenes condenados a no ver el sol y a no respirar el aire libre, más que dos veces en semana, los ratitos del paseo de jueves y domingos.

Ante aquel sombrío panorama, no encoge él las alas. Mira hacia arriba y levanta el vuelo. Seguid escuchándole.

¡Mi Seminario! ¡Dejadme soñar!

¡Si yo os pudiera contar cómo desde que aquella gran lástima empezó a amargar mi corazón y aquel gran problema a preocupar mi

espíritu, he ido en mi mente, en mi deseo o en mi fantasía construyendo el Seminario que calmara a aquélla y resolviera éste...!

Ante mi imaginación han ido desfilando los tipos de Seminario que conocía y sin tratar de echármelas de reformador, ni de inventor de piedras filosofales confieso que ninguno de los tipos conocidos llenaba mi deseo y remediaba cumplidamente mis necesidades “

¡Abajo! Aquellos muros altos y largos, interminables, de todas esas edificaciones, me parecían algo así como ladrones de la salud y de la alegría, algo como guardas de consumo gigantescos cobrando impuesto a la libre circulación del aire, de la luz y de la vida. ¡Abajo los muros altos!

Y puesto a derribar seguí dando gritos de ¡abajo! las clases de luz artificial dormitorios mal olientes y las capillas en que se huele a algo más que a incienso, y comedores de bodegones, más propio para pasar gato por liebre que comidas sanas, y los claustros, hasta los artísticos, si no han de servir más que para que alrededor de ellos tomen su recreo en eternas vueltas de noria los aburridos colegiales...

Tantos ¡abajos! daba que más parecía mi lengua o mi fantasía piqueta revolucionaria o destructora que plan razonado de construcción.

Y se comprende: a la vista de esta Málaga de clima tan dulce, de panoramas tan variados, en la que de una sola mirada la vista se solaza en los tres colores más bellos; ¡que Dios puso en la naturaleza, el azul del mar, el verde de la vega y el blanco de la nieve de la montaña, a la vista, repito, de una ciudad como Málaga en la que Andalucía volcó el vaso de sus gracias y de su alegría ¿quién podrá pensar en un Seminario que no fuera andaluz? Aquí no cabía más que el Seminario-Colonia o el Seminario-Pueblo.

Sí, que más que casa grande castellana pareciera pueblo andaluz.

Sí, eso iba siendo mi Seminario, no una casa, a la que se viene para irse pronto y en la que se está suspirando por el momento de que ya no habrá que estar, sino un pueblo que se viva y se quiera como el pueblo propio, que ofrezca al joven que en él se educa, los mismos o mayores atractivos que el pueblo natal ofrece al niño que en él nace, rodeado de tales condiciones que no sea menester dejarlo porque hace calor o porque haya que descansar y que, cuando haya que dejarlo, que sería solo por la ordenación sacerdotal, se fueran los cuerpos solos y que las almas y los corazones se quedaran pegados al altar de aquellas comuniones tan fervorosas, al rincón de aquellos consejos tan sanos, al compito de aquellas labranzas tan fructuosas, al árbol con tanto cariño sembrado y

con tanto esmero y cuidados visto crecer... ¡Lo mismo que cuando hay que dejar la tierra en que se nació! Un Seminario por consiguiente, en el que se rompiera con la dura monotonía de siempre: bajar por la misma escalera, pasar por el mismo claustro, correr por el mismo patio, no tener a la vista más que el mismo trozo de tejado, o la misma puerta de enfrente.

** * **

Pero si mi fantasía de andaluz construía la casa, mi corazón de Sacerdote le infundía el espíritu, o si me admite lo impropio de la frase, le creaba el alma. ¡Cómo mi sueño se trocaba en pesadilla urdiendo planes y proyectos!

Con todo el aire, la luz, la alegría, el estilo, la posición que he enumerado tan sólo tenía materiales de construcción que a lo más me servirían para obtener Sacerdotes de cuerpos robustos; pero ¡si yo lo que busco, y lo que la sociedad necesita son sacerdotes cabales, de cuerpo y de alma de apóstoles! ;

Sí, hay que hacer un Seminario, permitidme lo raro del giro en gracia a lo expresivo, en el que la Eucaristía sea e influya lo más que pueda ser e influir.

Esto es: Un Seminario sustancialmente eucarístico...

Yo no quiero un Seminario en el que la Sagrada Eucaristía sea una de sus cosas aunque la principal, sino que el Seminario aquel sea una cosa de la Eucaristía, y por consiguiente en que todo de ella venga, a ella lleve y vaya desde la roca de sus cimientos hasta la cruz de sus tejados, en el que todo lo que viva, se mueva o pase, sea homenaje a

ella, donde todo lo que exhale aromas como sus tomillos y sus flores y sus pinos, como el mar con sus brisas y la montaña con sus recios olores a castaños y encinas, sean incensario siempre encendido y en el que todo ruido de fuentes que corren, de mares que rugen, de vientos que zumban, de aves que cantan, de niños que rezan o ríen, estudian o dan lecciones, no sea otra cosa que el canto perenne del Tantum ergo de la adoración, de la gratitud, de la expiación y de la súplica que mi Seminario cante día y noche ante las puertas del Palacio del más rico y despreciado Amante, del más bueno y abandonado Padre, del más generoso y peor servido Rey... Jesucristo Sacramentado.

...Si yo conseguía eso, mi Diócesis, mi pobre Diócesis estaba salvada. Sí, la Eucaristía que llevarían a sus pueblos y a sus obras mis

sacerdotes tan bien aprendida, imitada, asimilada y explotada me curaría este gran enfermo, me resucitaría este gran muerto...

¡Qué! ¿Podré hacer ese Seminario?

¡UN MILLÓN DE PESETAS!

Ese es el presupuesto aproximado (¹⁸⁸). ¿Os asusta? ¡Yo también he sentido amagos de susto! ¡La carestía de materiales! ¡La pobreza de esta Diócesis! ¡Las múltiples atenciones a que tiene que acudir el menguado presupuesto de este pobre Obispo! Pero aquellas caras pajizas o verdes de mis seminaristas, y aquellos pueblos sin curas y ese aumento alarmante de bajas en mi clero...

¿Admite espera esto? ¿Hay padre que quedando en la botica una medicina que dar a su hijo moribundo, le diga: espérate a ver si puedo alguna vez comprarla?

¿No está en el caso de ese moribundo este Seminario y este Clero y en el del padre este pobre Obispo?

¿Que sería más prudente hacer la obra cuando se reuniera el dinero?

Pues yo creo que en una obra necesaria como es ésta, es más cristiano reunir el dinero haciendo la obra.

¿Quién le ha dicho a esos prudentes que el Corazón de Jesús que hasta ahora w respondiendo tan bien, se va a quedar mudo y va a pagar con descortesía nuestra confianza en El?...

Si, sí, ya estoy viendo al Maestro subir por aquellas cuestas y cerros y sentarse en la cima del que va a sostener su Sagrario y sin abrir la boca, que es como El enseña en su Eucaristía, enseñar con obras su primera lección, compendio y programa de todas las demás.

A mi no me cabe duda: la que allí ahora y luego y siempre hace más falta es ésta: BUSCAD primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura (Mat. 6, 33)

Como que yo no aspiro a que mis seminaristas saquen de todas sus matemáticas y lenguas, filosofías y teologías más que la persuasión de esa verdad tan fundamental como olvidada.

MAESTRO SANTO, MAESTRO QUERIDO DE MIS SEMINARISTAS DE HOY Y DE MAÑANA. Y MIO: SI EL SEMINARIO QUE TRATAMOS

¹⁸⁸ Que después llegó en la realidad a muy cerca de tres millones.

DE LEVANTAR VA A SERVIR SOLO PARA ENSEÑAR A BUSCAR ANTE TODO TU REINO EUCARISTICO Y TU JUSTICIA EN TUS SACERDOTES Y POR ELLOS EN LOS PUEBLOS, DIGNATE DARNOS EN ANTICIPO LAS AÑADIDURAS PROMETIDAS.

* * *

LAS RESPUESTAS DEL AMO

La primera fue presentarme un señor proponiéndome la compra de un terreno que servía a las mil maravillas para mi plan de Seminario; espacioso, unas ocho hectáreas, a continuación de otro terreno igualmente amplio propiedad de la Iglesia, cerca y lejos de la ciudad: cerca, porque, aunque en las afueras, tiene servicio de tranvías y se enlaza con sus últimas calles; y lejos, porque son cerros a más de cien metros de altura sobre el nivel de Málaga.

Los visité, ¡qué vistas! ¡Qué panoramas!

Al norte, los montes de Málaga más altos que los nuestros y defendiéndolos, por consiguiente, de las molestias de su viento. Al sur, el mar, el azul Mediterráneo, dejando ver en los días despejados las costas y las montañas de Africa; y en el centro, tendida entre el mar y la montaña. Málaga que vista desde allí ¡bien hay motivos para llamarla bella!

Subiendo aquellas montañas y derramando la vista por aquella extensión de veinte hectáreas, me dije: Este es el Seminario ideal para la enseñanza al aire libre, la instrucción activa, la agricultura práctica, sobre todo, el Seminario sin necesidad de vacaciones ni medicinas. Aquí el verano se queda allá abajo en las calles y en las casas ahogadas del llano y el invierno se pasa por lo alto de las montañas más altas que las nuestras, ¡Seminario de eterna primavera!

Y volvamos a la prosa. ¿El precio? ¡Cuarenta mil pesetas!

La segunda respuesta favorable del Corazón de Jesús.

Un alma, tan generosa como humilde, con rasgos de esos que sólo los ángeles pueden contar, se desprendió de joyas suyas muy estimadas, para con su importe firmar un seguro de vida eterna y pagar yo al dueño de la finca. Que me perdone estampe aquí siquiera sus iniciales: G. H. B.
(¹⁸⁹)

¹⁸⁹ Fue tan insigne bienhechora la Excma. Sra. D.^a Guillermina Heredia Barrón, Duquesa de Nájera (q. e. p. d.).

Tenía ya en dónde y empecé a buscar quién o quienes me convirtieran en realidad de piedras y ladrillos aquel Seminario de mis ensueños. ¿Quién sacaría de aquellos cerros tan adustos el Seminario tan gracioso que yo soñaba?

Tercera respuesta del Corazón de Jesús.

¡Qué hombres me ha regalado para que dirijan la obra!

Consigno aquí dos nombres para los que guardo y pido a mis seminaristas guarden gratitud sin límites.

¡Cómo me ayudaron con sus preclaras inteligencias y generosidad de trabajo y medios a dar forma y realidad a mis ensueños!

El primero es el Excmo. Sr. D. Rafael Benjumea Burín, ingeniero eximio, Conde de Guadalhorce y Ministro de Fomento después y el Sr. D. Femando Lóring Martínez, ingeniero insigne también y que de Dios goza hoy.

No puedo olvidar la frase con que el ingeniero Sr. Benjumea contestó a mis invitaciones.

Después de exponerme sus faltas de aptitud y de tiempo por tenerlo tan ocupado, me dijo: —Con todo, por mi religión y por mi Obispo estoy dispuesto a todo, sin otro interés que el de serles útil.

Y en forma parecida me respondió el Sr. Lóring.

¡Que el Corazón de Jesús les pague la abnegación y grandeza de su respuesta y de todos sus generosas cooperaciones, como yo las agradezco!

¿Cómo cayó mi sueño en la realidad?

“Salió el que siembra a sembrar su semilla...” (Lucas 8, 5).

Y eso ocurrió con el librito “Mi Seminario” en que contaba mi sueño.

Como semilla bendecida por el Amo, fue cayendo en los corazones de propios y extraños, clérigos y seglares y ¡loado sea El! no parece que encontró mucha tierra pedregosa.

MIS PARROCOS DE PUEBLOS

Y con cuánto gozo lo hago constar, los primeros que abrieron surco a esa semilla y acudieron con presteza al llamamiento del Sembrador, fueron mis párrocos de pueblos.

¡Claro! Nadie como ellos tocan y sienten en toda su dureza y amargura la escasa del Clero; nadie como ellos están en condiciones de medir toda la transcendencia de ese quedarse en los pueblos sin Cura.

¡Qué cartas con este motivo fui recibiendo de ellos tan tocadas de tristeza por lo presenté y de esperanza aliviadora por lo que ven venir con su nuevo Seminario...!

Y no son solo lamentos los que venían en esas cartas de mis curas, sino rasgos de generosidad que yo no sé calificar, ¡están tan pobres mis sacerdotes! ¡tan pobres...!

Y mirad: Párroco de pueblo ha habido que envió su mensualidad entera ¡ochenta y siete pesetas!

Otros ofrecían diez pesetas mensuales durante las obras; otros veinticinco, unos ofrecen decir las Misas que se les encarguen aplicando el estipendio al mismo fin, y hasta hubo quien ofreciera privarse del tabaco para dedicar su importe a ladrillos y cales del nuevo Seminario.

¡Bendita la generosidad de mis hermanos los pobres curas de pueblos, cómo ensanchó y fortaleció mi alma! ¡Cómo me hacían sentir y ver que mi Seminario” se haría! ¡Y que se haría pronto aunque costara millones...!

Pero no todo era vida y dulzura.

Junto con esos asentimientos con mi sueño pastoral y con las condolencias de las tristes causas que lo provocaban, no dejaron de presentarse nubes y nubarrones de obstáculos más dolorosos, por lo insospechados.

De un lado, los profesionales de la oposición que en todas partes se dan y los amigos de que acá no se ha visto eso nunca, y los enemigos de toda innovación que trate de reformar, ya no lo antiguo y venerable, sino lo viejo, rutinario e inservible, con murmuracioncillas por lo bajo y amenazas sordas de delaciones en Madrid y Roma, por el absurdo que se trataba de hacen de otro lado, una declaración o amago de boicot de técnicos, infundadamente alarmados, a la vez que los tropiezos de huelgas frecuentes, envuelto todo esto en un ambiente a veces bastante pesado de indiferencia, interpretaciones torcidas, noticias tendenciosas y toda la nube de moscas y moscardones que suele permitir la bondad de Dios, que zumben alrededor de las buenas intenciones y de las buenas obras para purificación de los siervos suyos en ellas metidos.

¡Achaques del viaje por el valle de lágrimas!

II

En marcha

Asesorado y confortado con alientos y consejos de aquellos corazones y, sobre todo del buenísimo Corazón de Jesús, llamé a principios del año 1919 a mis grandes amigos e ingenieros insignes don Rafael Benjumea y Don Femando Lóring (q. s. g. g.) y en un santiamén me llenaron los montes de delineantes, levantando planos de cotas de altura, de rails para montacarga, de instalación eléctrica para la fuerza motriz y todo lo necesario para plantear una obra tan grande, en la que había que comenzar por hacer el solar...

Unos ochenta o cien hombres se dedicaron a humanizar los cerros y plantear la obra...

Después de un año largo de trabajos para hacer accesibles aquellos montes, construyendo cómodas y vistosas carreteras, y después para cortar picos de montañas rellenando con ello valles y hondonadas, y contruidos los espesos muros que sostenían los terrenos así formados, el 16 de mayo de 1920 se puso por fin la primera piedra del nuevo edificio.

Esta, que había sido extraída de las montañas de los Gaitanes y labrada primorosamente bajo la dirección del eximio insigne ingeniero D. Rafael Benjumea, forma en su parte superior una pirámide que queda al descubierto a fin de que su vértice coincida con el centro de la base del Sagrario.

En la cara anterior lleva gravado un pez, el antiguo símbolo de Cristo, orlado con una guirnalda de espigas y racimos de uvas y en la base de esta misma cara en caracteres hebreos esta inscripción: “Cabeza del ángulo”, viniendo a ser todo el grabado una especie de jeroglífico sagrado que se descifra así: “Cristo Sacramentado, cabeza del ángulo”

Con tan buen cimientto bien se podía edificar sin temor a que fallara la obra.

Desde aquel momento el Amo se hacia fiador de todo. El lo proporcionará todo, hasta el agua, que era tan necesaria como el dinero.

¡Como que la falta de ella venía siendo uno de los más repetidos reparos contra el emplazamiento de Seminario en aquellas alturas!

LOS AGUINALDOS DEL AMO

Así daba cuenta de ellos el Sr. Obispo a fines del 1922:

“¿Recuerdan nuestros amigos las súplicas que en Comuniones y risitas y con insistencia machacona venían haciendo mis seminaristas al Amo de “agua limpia y abundante” y “dinero limpio y abundante” para su Seminario?

Desde el verano pasado en que hubo que parar la obra por falta de agua ¡cuántas veces y de cuántos modos me he hecho esta petición!

Y en vez de ponerme triste o amedrentado, me confortaba refugiándome en la misma reflexión que a propósito de la lluvia del dinero necesario para la obra tantas veces me he hecho: El Amo quiere que se haga el Seminario (esto me consta firmemente).

Para hacer el Seminario se necesita dinero (esto es también indudable).

Yo no tengo una peseta. (Evidente).

Luego, luego... el Amo las mandará. (Evidentísimo).

¿De dónde? ¡A mí qué me importa!

¿Cuándo? Cuando haga falta.

¿Cómo? Como a El le dé la gana, que para eso es el Amo.

Bueno, y los cimientos se echaron, y los muros comenzaron a subir y los hierros llegaron y se van colocando y el portaje se va haciendo y montones de cientos de miles de ladrillos esperan ser distribuidos y se pagan más de cien jornales cada día y dentro de poco se pagarán doscientos porque es propósito decidido inaugurar el Seminario el curso próximo, y el Amo tan limpio en su crédito como bueno en su Corazón aceptando y pagando de su Banco todos los giros...

¿Que no hay agua?

¿Que no bastan las de los escasos pozos abiertos?

¡Pues agua habrá y sobraré!

¿Cómo? ¿de dónde? ¿cuándo?

—Niños, niños, apretad con el Amo; ¡agua limpia y abundante! ¡agua limpia y abundante!

Y ¡viva el Amo! y millones de veces ¡viva!

En una tierra tan seca como aquella, y a una profundidad de diez metros nos ha dado ¡un diluvio!

Una bomba que extrae más de mil litros por hora trabajando todo el día no consigue hacer bajar una línea el nivel del agua y ¡qué agua! ¡potable! ¡aséptica y fina! y con la circunstancia de que los pozos de las proximidades dan agua salobre.

No tengo que deciros que hay quien hace meditación, y quien no puede hablar de emoción y hace esfuerzos por no llorar ni temblar delante del pozo de mi historia.

¿Verdad que se puede uno fiar del Amo?”

Lo que la humildad y modestia del Sr. Obispo oculta delicadamente es el hecho, si no milagroso rayano en el milagro, de que a pesar de todos los dictámenes técnicos en contra, su fe gigantesca en el Corazón del Amo se vio premiada aquella memorable tarde del 20 de diciembre del 1919, cuando el Sr. Obispo, después de haber *apretado* con el *Amo*, se va seguro y confiado a un lugar cualquiera de aquellos cerros, que él indicó y o pocos y suaves golpes de un azadón brotó un chorro abundante y claro de agua limpia...

Pero hubo momentos terribles de pruebas en que Dios le colocaba para probar su fe, aquella fe gigante como los cerros de su Seminario.

El día de San Sebastián de 1924 fue uno de esos días famosos. Oídllo de sus labios.

“Después de unas sabrosas vísperas cantadas en uno de los salones concluidos del nuevo Seminario, ante un altarcito del bendito Patrono, dice el Obispo a todos y a solos sus seminaristas.

...Estamos en un grande apuro; con toda claridad os debo decir que ni para seguir dándoos de comer a los ciento sesenta que sois, ni para pagar los jornales y materiales de la obra tengo dinero.

Todo se ha apurado.

¿Qué hacer en esta agonía de dinero en que nos ponen cada sábado, cada fin de mes, cada cuenta...? Lo que el Maestro enseñó e hizo: positus in agonía prolixius orabat... (Lc. 22.43). ¡Hay que orar y orar mucho! ¡más que nunca!... Hay que declarar a nuestro Sagrario en estado de sitio... ¡A sitiario por oración y fidelidad extremada...! ¿Hasta cuándo? Hasta que venga dinero... ¿Conformes?... (Un sí, Señor, unánime, recio y

mojado con lágrimas es la respuesta). Pues bien esta noche empezaremos el ataque.

Toda ella en el Seminario viejo estará expuesto el Santísimo Sacramento y vosotros, los que queráis y podáis ¡allí con El! Y mañana tempranito aquí en este salón cantaremos la Misa delante de esos muros por terminar y esas paredes por revestir y de esos montones de ladrillos y de piedras sin colocar; después dejaremos todo el día expuesto a nuestro Amo para que con sus ojos y sus oídos de carne lo vea todo bien y se entere bien de lo que hace falta... y vosotros ¡sitiándolo de rodillas! y por la tarde lo vamos a llevar en procesión por todas las dependencias y rincones de su Seminario, por los ya terminados para que se recree y los bendiga, que de lo suyo se han hecho, y por los no terminados para que los termine y remate...”

“Y dicho y hecho. El cerco se planteó en toda regla: ¡qué noche y qué día y qué procesión! y ¡qué cosas decíamos al divino Visitante con los ojos, con el corazón, con la boca, los seminaristas y yo cuando lo parábamos para que ungiera y bañara con su presencia su obra!

¡Buena lección de Evangelio vivo tomaron mis seminaristas aquel día!

¡Cómo se sentía presente a El y repetido su Evangelio...!”

ASEDIANDO AL SAGRARIO

Aquel pedirle al Amo de la casa, no con fórmulas escritas, sino con la palabra sentida que a cada uno inspira su fe y su confianza, aquel repetir noche y día ¡dinero! ¡dinero! ante aquel Corazón que tanto sufre de ver mi Diócesis sin clero y tanto se goza de oír a los que se preparan para llenar con celo de apóstol tanto vacío, no tenía por menos que dar su fruto, es decir, el dinero pedido para seguir comiendo los seminaristas y trabajando los albañiles...

Y en la misma mañanita del domingo, a aquellas alturas del Seminario fue un caballero piadosísimo a dejar el pico de una cuenta que acababa de cobrar, mil setecientas pesetas, y después fueron llegando un ofrecimiento gratuito de la piedra blanca y roja que se necesitara para la puerta, escalinatas, ábside y exorno de la Iglesia y después otro de cinco mil pesetas para memoria perpetua de misas y el sábado siguiente un anuncio de una buenísima señora de Bilbao de diecisiete mil pesetas para fundación de una beca y doscientas cincuenta pesetas de Mave y otras

doscientas cincuenta pesetas de un anónimo y lo que ciertamente, infaliblemente seguirá viniendo... ¿Cómo? ¿por dónde? No lo sé. Lo que me consta es que mis seminaristas siguen sitiando con oraciones y fidelidad su Sagrario y que la rendición se impone.

Al llegar aquí se me acerca un antiguo conocido, de modestísima posición y, súbitamente y con aire de capitalista, me pregunta: — ¿Cuánto cuesta actualmente un mes de obra del nuevo Seminario?

—Cinco mil pesetas.

—Cuenta usted con las cinco mil del mes de enero: las tenía ahorradas para mi vejez y ¡caramba! ¿qué mejor caja de ahorros que aquellos muros que tanta gloria y alabanza van a dar al Corazón de Jesús y tantos sacerdotes van a criar y cobijar?

Vacilo emocionado y, sin dejarme hablar, desaparece para reaparecer al poco tiempo con cara triunfante y entregándome un sobre me dice a la par que casi se escapaba para no recibir ni las gracias:

¡Mi mes de obra y mi vejez feliz!

Detrás de aquella visita, los días grises agobiados de facturas, los temibles sábados y aquellos apretones del Señor capaces de poner en peligro la fe del más valiente.

“Amo del Seminario, piloto y bajel de este mar, Madre Inmaculada, estrella y capitana del Seminario, ¡una manila para no ahogarnos!... ¡Que algunos sábados y fines mes casi, casi me siento naufragar!...

Tan cerca del naufragio, que durante tres días y tres noches hemos tenido expuesto a Jesús Sacramentado y ante El, turnos sin cesar renovados de seminaristas pidiendo: ¡Dinero limpio y abundante!

Piloto divino, ¡una manita que es mucho mar para tan flacos marineros!”

Y el Piloto no abandonaba a tan aventurado patrón. Maravilla y conmueve el ver que a esta obra aportan su ayuda junto a los potentados, los pobres que ponen en su óbolo un super-valor de sacrificios que Dios sólo conoce y sólo El podrá apreciar.

*Casos como el que ahora él te va a narrar, lector carísimo, se multiplicaban: Que si no faltaban los generosos donantes en *tono mayor*, la tónica de las obras era el *tono menor*. Con insignificantes granitos de arena se iban levantando aquellos muros...*

¿Podríamos ver nosotras al Sr. Obispo y decirle un secreto? preguntaban tímidamente a mi capellán no ha muchos días dos modestas mujeres, casi ancianas, de cara buena y aspecto apacible.

A los pocos momentos me presento yo ante ellas.

Después de los saludos de rúbrica y mandarlas sentar, la que parecía de más edad, me dijo en el tono de la más antigua y franca amistad:

—Pues sabrá Ud. que esta amiga mía y yo somos muy devotas de “mi Seminario”, estamos deseando siempre que llegue “El Granito de Arena” para ver cómo va aquello ¡y nos damos unas de reír! y mire usted ¡de llorar también! de ver cómo vienen para aquella obra tan hermosa los dineros como soplados por los propios ángeles y las cosas tan tristes que cuenta Vd. de esos pueblecitos que no tienen ni Cura ni Sagrario y en que viven las gentes como perros y como ovejas sin pastor... Mire Ud. y ¡nos da unas ganas de ser ricas para venir y sacarlo de todos sus apuros!

Y ya ve Ud., ésta, que es como hermana mía, es bordadora con dos pesetas secas de jornal, y yo una pobre sirvienta de toda mi vida ¿de qué apuros lo vamos a sacar? Pero como buenas voluntades son las que quiere el Señor y al que da lo que tiene, El no pide más, aunque nos da mucha cortedad, le traemos para “mi Seminario” lo que tenemos... Aquí tiene Vd. estas dos pesetas de un día de jornal de mi amiga y estos son mis ahorrillos de treinta años de servir... y ¡que no se entere más que el Señor que nos ve...!

Temblándome la mano, os lo confieso, recibí aquellas dos pesetas y un billete de cien, junto con una moneda de oro de veinticinco, de los treinta años de ahorro.

Si os digo la verdad, más ganas sentía de hincarme de rodillas ante aquellas dos heroínas de la generosidad cristiana que hablarles para manifestarles mi gratitud y admiración.

Mi interlocutora y su acompañante, con la naturalidad misma con que me hablan hablado, se levantaron, me pidieron la bendición, y a mis instancias de que guardaran su dinero, que el Corazón de Jesús y “mi Seminario” se daban por satisfechos con buena voluntad, me decían partiendo;

— ¡Déjelo Vd. ahí!, que ¿en dónde nos van a dar más réditos?

Y ¡qué simpático gesto el de aquellos seminaristas impacientes que sacrifican sus vacaciones de Pascuas, para convertirse en albañiles de su propia casa!

EL SEMINARISTA ALBAÑIL

“¡Mi Seminario va la mar de bien, a Dios gracias! Como que le acompañan la caridad inagotable de las almas buenas, como lo cantan las listas de donantes y la alegría de mis seminaristas que están pasando unas vacaciones de Pascuas, sin salir a sus pueblos, que es una bendición de Dios.

¿Que por qué lo pasan tan contentos?

Porque se pasan el día entero trabajando en su Seminario futuro.

¿En qué? En trabajos de albañilería y con toda seriedad.

¡Y qué no me presentan con santo orgullo sus manos despellejadas o encallecidas por el manejo de la pala y el pico y demás herramientas del oficio!

¡Qué cuadro tan pintoresco y tan esperanzador el que componen mis albañilitos con bonete! Aquí, unos encaramados en cerrillos, desmontan piedras y allanan terrenos desiguales allí otros afinan ladrillos o los transportan en sus carretillas; acá unos sirven el agua a los sedientos operarios, allá otros tallan ladrillos para frisos y capiteles y otros en silencio, y con la cara alegre, con unas ganas de hacer más, que se les escapa por la cara, las manos, los pies y por todos los poros de su cuerpo.”

Tenían prisa aquellos *albañiles* en terminar pronto “su Seminario”. Así, con ese cariñoso posesivo le nombraban todos, obreros, seminaristas, sacerdotes y hasta los más modestos bienhechores, como si fuera una cosa propia de cada uno.

En el verano de 1924, cuando todavía no estaba acabada la Capilla, ni los dormitorios de San José, ni la Casa de Ejercicios, los colegiales que no han querido ir de vacaciones toman posesión de él y ya no lo abandonan.

El curso de 1924 al 25 será el primero con que se inaugura el Seminario.

En los patios del Seminario de la calle Santa María ya no se oirán las risas y los juegos de aquella juventud alegre.

La bandada de pájaros dejó la jaula lóbrega, ya vuela libre por los cerros del Seminario blanco de cal y de sol, dominando la ciudad entre los dos azules del cielo y del mar lejano.

Aquel año ha sido espléndido en cosecha de vocaciones. Los cincuenta o sesenta seminaristas del viejo Seminario se han multiplicado, como una planta raquílica que se sacara de la umbría al sol. ¡Doscientos diez seminaristas le mandó el Amo! Ya comienza el agobiado Pastor a respirar. ¡qué hermoso estaba ya su Seminario!

“Os invito a que lo visitéis a cualquier hora, pero si me la pedís a gusto mío, al amanecer de un domingo; ¡qué rosarios de la aurora los que cantan mis niños por aquellos montes y valles! o al atardecer de cualquier día, ¡qué canto del Angelus! ¡Doscientas voces educadas para cantar sin estridencias, pianísimamente, desde las respectivas salas de estudio subiendo al cielo al mismo tiempo para saludar a la Inmaculada al toque de la oración que suena allá lejos en la torre de la Catedral...!

Como se oye el suavísimo canto sin ver a nadie, parece que es la piedra que se anima y canta en medio de la soledad de la montaña...”

Había que terminar el Seminario.

Aquello era un poema escrito en piedra que cantaba la infinita misericordia del Amo y había que concluirle las últimas estrofas para que todos lo oyeran, y acabaran de enmudecer los eternos contradictores que aguardaban de un momento a otro la quiebra de *aquel extraño* Banco de las añadiduras.

Se amontonaban las letras; se multiplicaban los colegiales y las obras casi al terminar se iban paralizando, como si sintieran ya el cansancio de aquel centenar de albañiles que no les dejaban ni un momento de reposo.

¿Quebrará el Banco? De ninguna manera. Para que no quiebre vienen ya de camino los cofrades de la famosa Hermandad de los Cuarenta.

¿Quieres conocer la historia de esta graciosa Hermandad?

Que el Sr. Obispo, mejor enterado que yo, te lo cuente lector.

“LA HERMANDAD DE LOS CUARENTA CORONADORES DE MI SEMINARIO”

Supongo a Vd. amigo del Corazón de Jesús y de este su siervo y como a tal, sabedor de algo de lo que vengo haciendo por remediar la tristísima escasez de sacerdotes de esta mi pobre y querida Diócesis que

por haber llegado a contar sólo con cuarenta seminaristas, no podía producir al año más de uno o dos sacerdotes para cubrir las ¡veinte o más bajas de cada año! Con un capital de 000 pesetas y de millones de confianza en El y por medio de predicaciones constantes y oraciones y sacrificios de almas buenas, sin peticiones directas a nadie y sólo con exposición de lo que se va haciendo y careciendo, en “El Granito de Arena” y hojas de propaganda, a los cinco o seis años puedo, rebosante de gratitud y gozo, decirle que va gastado millón y medio de pesetas en un amplio Seminario andaluz, todo aire, luz y gracia de Dios en montes vecinos a Málaga y en ayudar a sostener en él a doscientos diez seminaristas a que asciende la matrícula de este año.

¿Verdad que no el dedo de Dios, sino toda la mano y el Corazón entero de Dios está aquí, y que esta obra es su obra?

Pues bien, para gloria suya y pronto alivio de tantas almas y tantos pueblos que tengo esperando a su Sacerdote quiero y ardientemente deseo que se acabe el Seminario del Corazón Eucarístico de Jesús”.

Aún le faltan las clases y los gabinetes, un dormitorio y acabar la Iglesia.

En lo que está habilitado no caben ya los doscientos diez y es menester que quepan éstos y los que siga mandando el Amo. ¡Que vaya si los mandará!

¿Y cuánto hará falta?

Cuarenta mil duros, que pido al Amo me los mande en dos o tres meses. ¡Tanta falta hacen!

(Aquí tiene Vd. permiso para sonreírse).

¿Cómo? No queriendo faltar a la ley de esta obra de no comprometer a nadie pidiéndole, se me ha ocurrido formar una Hermandad, la de los Coronadores de mi Seminario.

Cuota y obligación única: Dar mil duros una sola vez.

Derechos: A que se los pague con creces infinitas el Amo divino del Seminario en la tierra y en el Cielo y a tener per intercesores y valedores perennes ante él a los millares de seminaristas y por ende de sacerdotes que se formen en él y a sufragios perpetuos por sus almas y las de los suyos e indulgencias muy valiosas que ahora no digo, no parezca que se comercia con ellas.

Y a esto va esta carta. No a pedirle mil duros, que por ser mi amigo ya seguramente habrá mandado lo que ha podido, sino a rogarle por el

amor de este Corazón de Jesús, tan ignorado y abandonado en muchos pueblos de mi Diócesis por falta de sacerdotes, que busque a mi Seminario uno de esos coronadores entre su familia y amigos.

¿Verdad que sí, que le agrada y le interesa esta obra de celo y de caridad a la que le invita esta caria?

Pues póngala en su libro de devoción, llévela a su comunión y ayudado con la luz y el calor que del Jesús de allá irradiará sobre su cabeza, corazón y boca ¡a buscar un coronador del Seminario del Amo!

Y gloria a El y bendiciones sin cuento a Vd. de su affmo. in C. I.”

Esta famosísima proclama salió a volar por esos mundos el veinte de diciembre del 1924 y al 19 de enero, víspera de San Sebastián, Patrón del Seminario, el bizarro soldado le trajo para festejar su día esta *sabrosísima* carta. Léela.

Ilustrísimo Sr.: Habiendo leído en “El Granito de Arena” la idea de S. I. para la coronación de la obra, grande y providencial, de ese Seminario; quicio en sufragio de mi hija (q. s. g. g.) ser hermano modesto de esa Hermandad, para lo cual remitiré a S. I. *cinco mil pesetas*.

Deseando que pronto se llene ese presupuesto para feliz término de los celosos anhelos de S. I. y encomendándome a las oraciones de S. I. le besa su P. A. su humilde siervo en Cristo. — M. de Domecq.

Lector ¿qué te parece...? Pues sigue leyendo y asómbrate más:

*“Mi Seminario viene gastando desde hace cinco años mil pesetas, como *mínimum*, diarias.*

Para cubrir esas trescientas sesenta y cinco mil pesetas anuales cuenta de fijo escasamente con el pico, o sea, las sesenta y cinco mil, entre la asignación del Estado para el Seminario y lo que van rentando las becas que también por obra y gracia del Amo se van fundando.

Las trescientas mil restantes ¿de dónde vienen? ¿Quién las trae?

Puedo responder, sin miedo a ser desmentido, que esas trescientas mil pesetas anuales vienen del Corazón de Jesús y se las sacan la oración y la confianza sin límites ni titubeos en su Providencia”.

Había que demostrarle a un mundo materialista y ateo y a una minoría devota calculadora y *prudente* en demasía, que el Evangelio seguía siendo palabra y vida, y que tan dogma de fe eran aquellas palabras del comienzo “En el principio era el Verbo” (Jn. 1, 1), que aquellas otras que con una mirada miope no acertaban a leer: “Buscad el reino de Dios y su justicia y lo demás (ladrillos, dinero, hierro, maderas..., ¡todo!) se os dará por añadidura”.

Y bien lo supo demostrar.

Aquellos muros que se levantaban ante sus miradas atónitas eran la famosa página del Evangelio escrita en piedra viva sobre aquellos cerros.

La Hermandad de los Cuarenta iba creciendo; en el año 1926, el día de la Virgen de Lourdes, la Madrecita buena iba a traer al Seminario para que palparan aquel milagro de amor a los Reyes de España, D. Alfonso XIII y D.^a Victoria (¹⁹⁰).

Por fin el 21 de abril de 1926, fiesta de la Solemnidad de San José, se inauguró la nueva y hermosa Capilla, con una primera Misa de un joven Sacerdote formado ya bajo los muros del nuevo Seminario (¹⁹¹).

¹⁹⁰ Entre las aclamaciones de los obreros, seminaristas, superiores y pórrecr6 de la ciudad y de los pueblos que en gran número habían acudido, recorrieron los egregios visitantes las principales dependencias de la casa, teniendo palabras y muestres de calurosa admiración, cuando no de emoción y asombro, para la presentación de cosas, personas, gráficos, historia de la obra, medios maravillosos de que el Amo se ha valido para irla realizando, planes pedagógicos y orientaciones sociales que les iba haciendo el Prelado.

Les acompañaban S. S. A. A. los infantes D. Carlos y su esposa Doña Luisa, con su bija D.^a Isabel Alfonsa y la Princesa de Salm-Salm, los Excmos. Sres. Presidente del Consejo de Ministros, D. Miguel Primo de Rivera y Ministro de Fomento, Duque de Miranda; Duquesa de San Carlos. Marqueses de Urquijo, Someruelos, Sotomayor y Valdeiglesias, Alto Comisario General Sanjurjo, Gobernador Civil, Sr. Escribano; Alcalde de Málaga, Dr. Gálvez; Ingeniero Jefe de Obras Públicas, Sr. Moreno; Ingeniero Sr. Lóring (D. Fernando), y Sras. y Sres. de García Toledo, Benjumea, Sáenz Calvo y buen número de amigos del Seminario.

¹⁹¹ Bienhechor muy principal de la obra fue el Excmo. Sr. D. Manuel Lóring Martínez, Conde de Mieres (q. e. p. d.), a quien Dios Ntro. Señor habrá recompensado largamente su generosidad.

III

El alma del Seminario

PIEDAD SACERDOTAL EUCARÍSTICA

Señor Obispo, Sr. Obispo ¿para qué esta jaula tan grande, si son tan pocos los pájaros?

Esta pregunta, con un dejo amargo de incompreensión murmuradora, caía a diario sobre los oídos del celoso Obispo cuando levantaba su nuevo Seminario, amplio, abierto al sol y a la caricia del viento, sobre los montes de Málaga como una sonrisa de Dios.

“Verdaderamente, me decía yo a veces comentando a mis solas la frasecita, ¿no es una locura hacer un Seminario-pueblo, un Seminario grande para cuarenta y cinco o cincuenta seminaristas, que holgadamente caben en el actual tan reducido y todo como es?”

Pero te miraba a Ti, Corazón de mi Jesús Sacramentado, despedido de muchos Sagrarios por no tener Sacerdotes, y miraba a mi Diócesis, sin saberlo, con hambre de Jesús, y sin tener quien se lo diera ni a conocer, ni a amar, ni a comer, y miraba las estadísticas de mi Clero con tantos muertos e inutilizados cada año y tan pocos y a veces ningún retoño y... el no hay pájaros de la broma mordiente me ponía lágrimas de pena en los ojos, decisión misteriosa en la voluntad y firmeza en la palabra para exclamar con todas mis ganas: ¿los pájaros? ¡los habrá! ¿cuándo? ¡cuando tengan jaula y alpiste!

Pues ¡vengan pájaros y manos al nuevo Seminario!

¡Jesús lo quiere, las almas lo necesitan!

Y... en el Seminario actual cerramos el postigo y abrimos la puerta grande de par en par, y a lo alto del monte llevamos un ejército de obreros a levantar con prisa la jaula grande y qué cosas hace este bendito Amo con los que se fían de El!

Los cuarenta y cinco seminaristas se convirtieron el curso siguiente en noventa, el otro curso siguiente en ciento dieciocho y este presente (año

1922) lo acabamos de abrir con ciento sesenta ¡qué apuros para hacerles sitio!...

¿Con qué se les da de comer a los ciento sesenta?

Con los mismos dineros que se están pagando los obreros del Seminario nuevo.

¿El que da de comer a los pajarillos del campo, dejará sin su alpieste y sin su jaula a los de su Seminario?

¡Qué hermosa es la jaula y qué alegres están en ella los pájaros!

Hasta ahora hemos visto el Seminario por fuera, nos toca en este capítulo verlo por dentro, hacer su radiografía.

Aquellos muros que se levantan sobre el monte, aquellas galerías y terrazas, aquellas columnas graciosas de la tachada, aquellas explanadas, y aquellos huertos y aquellas fuentes y aquellas flores, no son más que el cuerpo del Seminario.

Dentro de él hay algo que da vida: es el alma del Seminario.

¿QUÉ ES EL SEMINARIO DE MÁLAGA?

Seminario del Corazón Eucarístico de Jesús—, ese es su nombre de pila, y como blanco son los accidentes del Pan Eucarístico, el blanco de la cal y el blanco cegador de este sol andaluz campea a sus anchas por terrazas y muros.

No tiene puerta principal de entrada más que una, la del templo, para que a las claras se sepa, que allí no hay otro Amo más que el Corazón de Jesús escondido en el Sagrario.

Que El es puerta y cimiento del edificio...

En las enjutas del arco de entrada a uno y otro lado, sobre escudos pintados al fresco se leen estas inscripciones: “La siembra: En este jardín cultivado por la piedad sacerdotal, la ciencia eclesiástica y el celo pastoral se siembran jóvenes de cabeza, corazón y padres buenos”; y sobre el escudo del lado de la Epístola esta otra: “La cosecha: Proveer a la Santa Madre Iglesia de sacerdotes—hostias que consuelen al Corazón Eucarístico de Jesús, salven a las almas y hagan felices a los pueblos.”

¡La Eucaristía! ¡esa es el alma del Seminario! La cosecha de este jardín: ¡sacerdotes-hostias!

¿Qué entendía aquel venerable Prelado por Sacerdotes hostias? Estos fragmentos de sus escritos nos lo darán a conocer: *“Un Sacerdote que cada día... ofrece en honor de Padre Dios a Jesús inmolado y se ofrece inmolado con El y que da cuanto tiene y se da cuanto es a las almas, sin esperar nada de ellas.*

Es un Sacerdote sacrificado a gusto en su Misa de cada día en honor de Padre Dios, con y como Jesús, y dado a las almas siempre, como Jesús en el Sagrario y en Comunión.

Un Sacerdote-hostia es un retrato vivo de la hostia de la Misa y de la Comunión por dentro y por fuera...

“Sacerdotes-hostias como el Jesús de su sacerdocio: Víctima y Sacerdote a la vez y como El, siempre Sacerdote y siempre víctima, y por tanto siempre haciendo bien y no esperando nunca nada en pago.”

Símbolo y Maestro de aquel divino ideal de su Seminario, es el Pastorcito Eucarístico que preside la Capilla. Bellísima es la descripción que hace de él la pluma sencilla y elegante del Prelado.

MI PASTORCITO EUCARÍSTICO

Al Seminario le ha venido, como llovido del cielo y hecho por manos de ángeles, una imagen de un Jesús adolescente, como de catorce o quince años, con traje y postura de pastor. Sobre el hombro izquierdo lleva una ovejita que bien a las claras dice lo a gusto que va y el placer que le produce la proximidad del Corazón que el pastorcito le descubre con su mano izquierda—, y recostada sobre la pierna derecha y con la cabeza levantada en actitud de exclaman ¡quién fuera ahí arriba! lleva otra oveja.

Mi pastorcito, que mide la estatura de los muchachos bien desarrollados de su edad, un metro y medio, tiene unos ojos que sin dejar de mirar hacia arriba, hacia el Cielo, parece que miran hasta penetrar en lo más hondo de los corazones de los que están a su alrededor; tienen esos ojos una mirada tan penetrante como atrayente...

No sé lo que ocurre a cuantos lo miran: comienzan en la curiosidad de verlo y acaban en la emoción de sentirse aprisionados. ¡No aciertan a dejarlo!

Es delgado sin estar macilento, la tez tostada como acostumbrado a soles y nieves; está alegre e infunde alegría y su boca y su cara están

tocadas por una dulce tristeza; no está sentado sobre trono ni pisa nubes de gloria, está en ademán de andar, o mejor dicho, de bajar de un risco, que esa es su peana; su actitud no es de decir: “Venid a mí que os espero”; sino más bien: “Esperad, que ya voy...”; su mano derecha no empuña cayado ni honda, sino que oprime contra su muslo racimos de uvas y haces de espigas de la Eucaristía con que quiere atraer, alimentar y guiar a su ganado hacia los montes eternos...; sobre sus blancos pies levemente cubiertos por pobres sandalias y sobre sus piernas desnudas, destacándose del rocoso y negro pedestal, parece que ya apuntan las gotas de sangre que le van a hacer saltar las espinas del camino...

Para camino tan largo y distante de su casa mi Pastorcico lleva sus provisiones... En un zurrón henchido que del hombro derecho al muslo izquierdo lleva terciado, y que seguramente le hizo y colgó su Madre antes de salir, lleva su comida que, como El mismo declarará, es la voluntad del Padre Celestial que lo envía.

¡Qué bien dice el aire gentil sin arrogancia, varonil sin desplante, decidido y franco de mi Pastorcico que, sostenido con esa comida, está dispuesto a ir a donde su Padre quiera y a dar lo que sus ovejas necesiten sin cejar aunque lo hieran o lo desprecien y sin Parar hasta que puedan cantar con El:

*“Y al cabo de un gran rato se ha encumbrado
Sobre un árbol do abrió sus brazos bellos
Y muerto se ha quedado asido de ellos.
El pecho del amor muy lastimado.*

En letras doradas sobre los negros brazos de la inmensa cruz del retablo está todo el programa de nuestro sacerdocio:

“Pastorcico bueno, haznos buenos pastores, dispuestos a dar la vida por las almas.”

La cruz sobre el Sagrario. El Calvario y el Cenáculo, las dos escuelas del Seminario que prepara Sacerdotes-Hostias.

Compendio de todo su programa de formación sacerdotal y como Índice y resumen de toda la siembra que depositó en aquel surco vivo de su Seminario, es esta oración inflamada en el fuego de Pentecostés: “Corazón de mi Jesús, yo no quieto para mis pies de Sacerdote otro camino que el que va del Cenáculo al Calvario, o el que vuelve del Calvario al Cenáculo.

¡Que siempre me encuentre andándolo el Angel mío!... y lo demás que tengo que hacer en mi vida, lo haga de camino que voy o vengo” ⁽¹⁹²⁾

Había que hacer muy viva en los seminaristas la conciencia plena de su sacerdocio tan íntimamente ligado a la Eucaristía, que sin ella, era como cosa huera y sin sentido.

“Sin la Eucaristía Sacrificio, Comunión y Presencia real seríamos los sacerdotes un montón de miembros amputados y muertos, más propios para el osario que para el provecho y actividad de la vida.”

Y había que desterrar de ellos, la menor idea de impotencia, incubadora de desalientos fatales en el futuro, para las obras de Dios.

El Sacerdote—hostia será omnipotente, con la misma omnipotencia de la Hostia callada.

“La puerta del Sagrario ¡es el gran arco de triunfo!.. Si el mundo con sus hombres, sus costumbres, su civilización, su vida toda no ha podido cristianizarse más que por el nombre de Jesús, no puede hoy recristianizarse sino por la Eucaristía de Jesús.

Sacerdotes, hermanos queridos, que gastáis la vida en lamentar derrotas, y en excusar vuestra inacción con la inutilidad de los esfuerzos y con la imposibilidad de la victoria sobre los males que nos rodean...

¡A esperar, ayudar y celebrar el triunfo del Callado y oculto Vencedor Sacramentado! ¡Por Dios, no habléis de derrotas junto al gran arco de triunfo de vuestro Sagrario! ⁽¹⁹³⁾

Teniendo a la vista este sublime ideal del sacerdocio, la vida de piedad del Seminario había de centrarse en una sincera y honda sobrenaturalidad.

En las normas para su Seminario él concreta la piedad sacerdotal en estas cuatro notas: *asimilada, tradicional y litúrgico-eucarístico*.

PIEDAD POPULAR

A la intensa vida litúrgica se une el matiz popular de nuestra piedad andaluza tan expresiva y tan movida. En un Seminario donde se forman sacerdotes para llevar a Dios las almas de esta Andalucía ardiente e inquieta que no sabe orar en silencio, y acompaña con redobles de tambores los pasos de la Pasión, había que cultivar todas aquellas

¹⁹² “Mi jaculatoria de hoy”, p. 79, 3.^a ed.

¹⁹³ “El Rosario Sacerdotal”, p. 19.

tradicionales manifestaciones de la liturgia popular, depurándolas de corruptelas que la ignorancia o el mal gusto hubieran introducido.

La piedad del Seminario no será hierática y muda como los monjes de Zurbarán, o los Cristos románicos, no, será alegre y franciscana, barroca con repiques de campanilleros en los Rosarios de la Aurora, y castañuelas y panderos y zambombas junto a la gruta en el campo en la noche navideña.

Al alba de la Inmaculada se levantarán los seminaristas como las alondras cantándole a la Madre; se tirarán cohetes en las Vísperas, y en las arcadas de la galería se prenderán guirnaldas de flores y hasta farolillos verbeneros.

Todos los domingos se cantará el Rosario de la Aurora al amanecer, por aquellos campos en una alegre reñida competencia con las aves, que se despiertan alabando a Dios.

Aquellas coplas ingenuas que cantaron nuestros abuelos con sus farolillos, al rayar el alba, resuenan por los montes del Seminario...

*“Es María la blanca paloma
que en el mismo pecho de Dios anidó...”*

La poesía tierna y sentida de este bendito pueblo, el de las grandes impaciencias marianas, brota en los labios de los seminaristas con júbilos de resurrección.

En las tardes de los Viernes de Cuaresma, detrás del Santo Cristo, por aquellas explanadas se reza cantando el Vía-crucis.

Todas las tardes resuena el canto del Angelus. Al son de lentas campanadas as Avemarias se elevan al Cielo como oleadas de incienso. Todo el Seminario parece un inmenso turíbulo que agitará el Angel de la Anunciación.

Se representan en la Semana Mayor trozos de “nuestros viejos pasos.”

Los autos sacramentales en la Pascua y en el Corpus, tienen el marco bellissimo de nuestros montes y de nuestras cañadas. Los versos del “Colmenero”, de “La Oveja perdida”, del “Pastor lobo” encuentran allí fragancias de auténticos romeros y tomillos y verismos sorprendentes de rocas y de piedras...

¡Con qué cariño nostálgico se recuerda todo aquello a través de los años!..

En las Navidades, la “Adoración de los Magos”, pone una nota alegre y festiva con su cabalgata de los tres Reyes, sus ofrendas y sus regalos.

Todo en aquellas ofrendas de los Magos era símbolo: la mirra representaba los pequeños sacrificios de los seminaristas, el oro las limosnas que se habían reunido para una custodia, y el incienso los actos de limpieza.

Se vivía allí una piedad íntima y de familia, sin rigorismos de almidonada etiqueta y con toda la sencilla delicadeza del amor hogareño.

CELO PASTORAL DEL SEMINARIO

El segundo elemento del alma del Seminario es lo que el Sr. Obispo denomina *celo pastoral*.

“¡Celo, celo para mis sacerdotes! Incendiario divino del Sagrario, y el mundo se convertirá en gigantesco incensario de amor.

La práctica pastoral se estudia oficialmente en un curso de Teología.

El espíritu pastoral se inculca y se vive en todos los años.

El gran principio pastoral a saber: que el mejor, más hábil, más fecundo, más querido y más útil Pastor será el que más y mejor ame a las almas por Dios.

Puede trocarse la palabra de San Agustín: ama Deum et fac quod vis, en esta otra: ama animas et fac quod vis.

El amor, es el grande, el único maestro de la Teología Pastoral.

A San Pedro no se da el supremo pastorado sino después de la triple profesión de amor más que los demás.

Procuramos además inculcar en el alma de los alumnos la certeza y la persuasión de estas otras enseñanzas que he recogido de mi ministerio parroquial.

1.º El grado de piedad y religiosidad de un pueblo, puede medirse y conocerse ordinariamente por el sitio y el trato que da a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y el calor que se sienta en la Capilla del Sagrario.

2.º *Un Cura que esté sentado todos los días en su confesonario, aunque no acuda nadie, desde las cinco y media de la mañana lo más tarde, resucita la Parroquia más muerta que haya en el mundo.*

3.º *Las parroquias no suelen morir por falta de fe sino de Piedad, y la piedad se va cuando dejan de abrirse las puertas del Sagrario para los fieles, el libro de meditación para el Sacerdote, y el bolsillo de la caridad para los pobres.*

4.º *Que el Sacerdote no tiene horas de sacerdocio, como el empleado las tiene de oficina—, es Sacerdote de día y de noche; en su casa y en la calle; en sus bromas y en sus seriedades; entre sus feligreses y entre sus amigos; entre sus negocios y en sus obras de celo; en una palabra, no es un hombre y un Sacerdote, es esto sólo un Sacerdote.*

5.º *“Cuando por las mañanas, al salir el sol o poco después, paso ante una iglesia cerrada, digo: El Cura de esta iglesia está malo o no es bueno” y no me engaño.*

6.º *Un pastor que consigue poco o nada de sus distraídas o descarriadas ovejas, no puede decir que lo ha hecho todo, mientras le queden ojos para llorar, boca para pedir, rodillas que doblar y gastar, dinero o influencia con que socorrer, cuerpo en que fortificarse, Misas que celebrar y Rosarios que rezar por aquéllas.”*

ORIENTACIONES DEL CELO PASTO

1.º *“Práctica de la Obra de los Discípulos de San Juan.*

Se estableció esta Obra nacida para dar y buscar compañía a los Sagrarios abandonados o poco frecuentados, señalando a cada seminarista un Sagrario y a los mayores un Arciprestazgo, para desde el Seminario, con cartas, y en las vacaciones con visitas y siempre con la Comunión y visita diaria acompañar su Sagrario y buscarle niños que lo acompañen. Esta correspondencia epistolar con los niños que se han conocido en las visitas y reunioncitas de los pueblos es un despertador y formador de celo pastoral maravilloso.

2.º *La gran obra de la catequesis.*

“¡Que mis seminaristas sean catequistas de cuerpo y alma enteros! ¡Cómo lo soñado! ¡Cómo me regala el Corazón de Jesús, viendo trocados en realidades muchos de mis sueños! ¡Bendito sea!

Y lo digo en honor de la verdad y del Rector, del Director espiritual y de los superiores de mi Seminario, que han puesto en juego cuanto han podido para conseguirlo.

Hoy por hoy, puedo afirmar, el gozo, el recreo, la obsesión de mis seminaristas el ser catequistas.”

Fue una verdadera fiebre catequística la que consumía al Seminario.

Se le confió a sus superiores la Parroquia de Nuestra Señora de la Victoria para que sirviera a filósofos y teólogos de campo de experimentación apostólica. Y no se podrá calcular nunca el bien que hizo esta tan oportuna medida.

Subían los niños al Seminario, y con el roce de sus catequistas, prendían en muchos de ellos la llama de la vocación.

Era edificantísimo ver aquellos valientes teólogos y filósofos que perdían sus paseos del jueves y domingo para internarse en los montes y por los campos organizando las simpáticas catequesis rurales entre caballeros y campesinos.

Y en las vacaciones: ¡La explosión catequística! Los viajes a los Sagrarios, la recluta de vocaciones, y... ¡el ir contando los días para volver! ¡porque aquel Seminario tenía un atractivo tan grande para todos nosotros que apenas podíamos vivir sin él!

El Seminario era nuestra casa, los superiores eran nuestros padres, aquello tenía el *calor de un hogar*.

Quiera Dios que nunca se pierda aquel espíritu de familia que nos unía al Seminario como al corazón de una madre. Quiera Dios que aquella semilla que sin cansancio depositó en los surcos nuestro queridísimo Obispo, y regaron con su sangre superiores y seminaristas mártires, germine cada vez con más bríos para la gloria de Dios y el bien de nuestra pobre Diócesis.

En el Seminario se sentía la prisa del celo sacerdotal. Así como casi todos habían jugado, impacientes de sacerdocio, en el rincón más escondido de sus casas ante un altar diminuto, a decir Misa con casullas de papel y cálices de cartón y purpurina; ahora, en vacaciones, hasta los diminutos latinos jugaban (¡pero que serios!) a celosos predicadores, en las catequesis de sus parroquias y en sus atrevidos viajes a los pueblos de sus respectivos Sagrarios.

Nuestro temperamento meridional, amigo de exageraciones y extremismos, difícilmente se avenía a una *prudente* administración de

aquel cielo, no; todo en nosotros era torrencial y desbordado. En la ingenuidad de nuestros pocos años ya queríamos convertir al mundo y como Teresa de Jesús con cuatro piedrecitas del huerto hacer monasterios y caminar con el infántico Rodrigo a tierras de moros a salvar herejes y a ganarse el martirio.

¡Bendito Seminario y bendito Obispo que de tal modo logró introducir en nuestros pequeños corazones la divina inquietud de las almas!

POBREZA SACERDOTAL NO GANA-PANES, SINO GANA-ALMAS.

Así, con letras mayúsculas, escrito en el suelo con piedrecitas blancas y negras de la playa hay un monumental letrero en el cobertizo de la Granja del Buen Pastor, donde está la sala de visitas.

Quería desterrar de sus futuros sacerdotes el afán de lucro.

El sacerdocio no es una carrera, es una vocación, un llamamiento de Dios a la divina siega: La mies es mucha... los operarios pocos... El jornal de los infatigables segadores será: allá arriba ¡una eternidad! aquí abajo ¡la Cruz y las almas! No se pide al Amo otro jornal; se le sirve de balde, por su *bella cara*.

“Madre Inmaculada, que tu Sacerdote sea oblata de patena y hostia de copón siempre, pero empleado de altar ¡jamás! y negociante de carne de Jesús ¡nunca! ¡nunca! (194)

En los años de la República, lejos de su querido Seminario, una de sus famosas consignas para comenzar el curso fue esta heroica oración al Espíritu Santo, indulgenciada por él: “Espíritu Santo, concédenos el gozo de servir a nuestra Madre la Iglesia de balde y con todo lo nuestro.”

Al espíritu de entrega al sacerdocio y a las almas, una siempre el amor apasionado a la *cruz sacerdotal*.

SACERDOTES EN CRUZ

Para redimir a las almas, el Calvario y la Cruz; para salvar pueblos no hay otro camino, ¡sólo los sacerdotes crucificados serán redentores!

Crucificados a la obediencia de su Prelado, crucificados al propio bienestar y a las comodidades y glorias humanas, plenamente convencidos

¹⁹⁴ “El Rosario Sacerdotal”, p. 51.

de que tan almas son las de Belén como las de Jerusalén, y que tan fecundo es el silencio de Nazaret como los tres años de su vida pública.

Por sus sacerdotes crucificados Cristo triunfará en la tierra.

“¡Qué falta te hace meditar a ti, Sacerdote, que yo, Jesucristo, soy rey desde la Cruz! ¡Regnavit a ligno! Que tú eres ministro del Rey de la Cruz; y querer o intentar tú un sacerdocio para ti sin cruz es ¡destronarme a Mí y desarmarte a ti!” ⁽¹⁹⁵⁾.

El triunfo nuestro está en la medida que nos clavemos en nuestra cruz sin *desclavamos* nunca.

Así venceremos, así el mundo será nuestro, así las almas serán de Cristo.

“La gran locura del mundo, no se remedia más que con la divina locura de la Cruz” ⁽¹⁹⁶⁾.

La venganza de nuestra muerte voluntaria en la cruz de nuestro sacerdocio será la de Cristo: la resurrección nuestra y la de nuestros enemigos.

¡Qué belleza de forma y qué sublimidad de pensamiento en estas expresiones de nuestro llorado Obispo!

Habla Jesús desde el Sagrario:

“Sacerdote, déjame triunfar en ti y por ti.

En ti: Cada hora de pureza sacerdotal, de oración ante mi Sagrario, de vencimiento de tu amor propio, de oficio digna, atenta y devotamente recitado, de estar en paz en la cruz de tu cargo... ¿no es un triunfo de mi gracia sobre tu naturaleza?

Por ti: Triunfo yo por medio de tu boca, cada vez que me predicas como soy, cada vez que absuelves, que consagras, que hablas en mi nombre; por tu pensamiento, en tu intención de hacerlo todo sólo a mi gloria, por tu corazón, cada vez que amas a las almas y ellas a ti solo por Mí; por tu ejemplo, cada vez que me imitas; por tus manos y por tus energías todas, no empleándolas más que en servir de balde a tu Madre la Iglesia...” ⁽¹⁹⁷⁾.

Estas lecciones no se podían olvidar. Al entrar en la Capilla tropezaban nuestros ojos con el Pastorcico en su Cruz.

¹⁹⁵ “El Corazón de Jesús al corazón del Sacerdote”, p. 45, 5.^a edición.

¹⁹⁶ Papini. — Cartas del Papa Celestino VI. Prólogo.

¹⁹⁷ “El Corazón de Jesús al corazón del Sacerdote”, p. 53, 5.^a edición.

La llave del Sagrario era una Cruz que se introducía en la cerradura colocada sobre el costado de un cordero.

Bello símbolo de que la Cruz y solamente la Cruz nos abrirá, para nosotros y para las almas, el Sagrario del Corazón de Dios.

Y coronando la fachada vuelta a la ciudad, aquella imagen gigantesca del Corazón Eucarístico de Jesús, al cual estaba consagrada la Diócesis y el Seminario, con su hostia en la mano derecha y abrazando con la izquierda la Cruz de su Pasión.

Todo estaba diciendo a voces que allí se formaban ¡Sacerdotes-hostias¡...

CIENCIA ECLESIAÍSTICA Y DISCIPLINA HOGAREÑA

En este aspecto didáctico y científico la obra del Sr. Obispo, fue para aquellos tiempos un verdadero anticipo.

Ved si queréis sus ideas sobre esta materia en uno de los apéndices finales (¹⁹⁸).

LA REFORMA DE ESTUOIOS

La reforma de estudios constituyó en el Seminario de Málaga un verdadero avance.

El Rector, Prefecto de Estudios y algunos profesores aprovechaban, de orden del Sr. Obispo, las vacaciones, para hacer viajes por distintos seminarios españoles, y especialmente a la Pontificia Universidad de Comillas, para tomar nota de todo lo que pudiera suponer un adelanto en el plan de estudios del Seminario.

Las Humanidades tomaron un auge verdaderamente extraordinario: se implantaron los mejores textos; se subieron a cinco los años de formación humanística, dividida en dos secciones: de Gramática, en los tres primeros y de Retórica en los restantes. El estudio de las lenguas clásicas se intensificó notablemente. La formación literaria de los seminaristas llegó a ser tan exquisita, que culminó en el descubrimiento de verdaderas vocaciones artísticas. Las veladas literario musicales que frecuentemente se celebraban en el Seminario, llegaron a llamar la atención de lo más granado de la intelectualidad malagueña.

¹⁹⁸ Apéndice. N.º 7.

Los estudios filosóficos y teológicos alcanzaron a veces la frontera de lo universitario.

Los profesores estaban realmente a la altura de las circunstancias: Se disponía de una bibliografía modernísima, siempre al alcance de los alumnos. Estos podían en las horas determinadas, visitar la sala de consultas (“formes curiositalis” la llamaban jocosamente), en donde se encontraban las mejores revistas científicas y las últimas novedades bibliográficas.

En las aulas se impuso el sistema de la comunicación íntima entre Profesor y alumno. Largas y provechosas discusiones mantenían despierto el interés de unos y otros en las materias respectivas.

Mensualmente cada facultad celebraba una *academia*, o discusión pública entre el disertante y los arguyentes, constituyéndose en reñidas lides científicas, no ya de alumno, sino de profesor a profesor.

Periódicamente los alumnos venían obligados a hacer sus *ejercicios prácticos*, bajo la dirección del profesor.

Los seminaristas mayores tenían a su cargo numerosos círculos de estudios y cursillos con el elemento selecto de la Acción Católica, llegando a adquirir verdadero prestigio entre aquella juventud estudiosa.

A ROMA Y A COMILLAS

Para la mejor formación del profesorado, el Sr. Obispo mandó a algunos de éstos, todos jóvenes, a la Pontificia Universidad de Comillas y a la Universidad Gregoriana de Roma, dejando en ambos centros docentes gratos recuerdos del Seminario de Málaga.

Desde aquellas universidades los seminaristas malagueños no perdían el contacto con su Seminario.

Sus cartas, se leían en reuniones íntimas de teólogos y filósofos y, ¡cómo nos llenaban de fervor aquellas palabras de D. José Luna desde Roma con las de D. Eliseo Santos desde la Universidad de Comillas!

Los alumnos de diversas Diócesis que van al Colegio Español de Roma a cursar sus estudios en la Pontificia Universidad Gregoriana, ordinariamente repiten en la Universidad el mismo curso que habían aprobado en el Seminario, para adaptarse así mejor al nivel cultural de la Universidad Gregoriana. Felizmente el Sr. Obispo pudo ver con satisfacción que los alumnos malagueños que enviaba a Roma, podían

tranquilamente seguir sus estudios en la Universidad por donde los habían dejado en su Seminario, sin verse obligados a repetir cursos.

A esto podemos añadir su interés especialísimo por dotar a sus seminaristas de una formación en Liturgia y Canto Sagrado, que rayaba en lo exquisito.

Gran parte del curso 1934-1935 estuvo viviendo en el Seminario, por encargo del Sr. Obispo, el ilustre benedictino de Silos D. Germán Prado. Ya a su llegada quedó gratamente sorprendido por la labor realizado en materia de Liturgia y Canto Gregoriano: no tuvo más que coronar aquella obra tan adelantada. A su vuelta Para Burgos, el P. Germán visitó en Madrid al Sr. Obispo.

— *¿Qué tal le ha parecido mi Seminario?* le preguntó el Sr. Obispo. Y el gran liturgista contestó:

—Que no tienen nada que envidiar a mis novicios benedictinos en el espíritu, la vida litúrgica y la perfectísima ejecución gregoriana, sus seminaristas de Málaga.

DISCIPLINA FAMILIAR

Así la llama el Sr. Obispo, revelándose en este punto de la educación del Seminario como un consumado pedagogo.

En breves y luminosas palabras condensa las

«CARACTERISTICAS DE ESTA DISCIPLINA:

1) Disciplina aplicada por un Superior o Prefecto *que no es un mero vigilante, sino un educador: por el ejemplo, más que por la palabra; por la persuasión, más que por el castigo. El gran resorte, el amor que sabe esperar, sufrir, olvidar... (prohibición absoluta de pegar), empleo preferente de motivos sobrenaturales: “El Corazón de Jesús lo quiere, lo manda, así lo hace, así lo haría. El se desagravia con esto de sus abandonos, etc., etc.*

Para esto, contacto inmediato y continuo del Superior con el Seminarista en lo Capilla, en el estudio, en el comedor, en el recreo, etcétera; los que por su espíritu díscolo o impenetrable no entran en esta disciplina y en estos tratos de familia sacerdotal, son invitados a retirarse del Seminario.”

2) Acomodada a la edad y a la formación sacerdotal. La táctica se compendia en la fórmula: Libertad vigilada. Máximo de iniciativas y proyectos con tal de que se sometan al parecer de sus educadores. Se preparan para ser guías de los pueblos, no anacoretas ni religiosos.

3) Con espíritu de familia: *El Seminario es su casa; los superiores sus padres; el Director espiritual la madre del Seminario. Es fruto de lo dicho en los párrafos 1) 2).*

Higiene: abundancia de agua en duchas para el aseo y de aire y sol para la salud.”

* * *

Frutos de esta disciplina familiar, tan bien dirigida y aplicada, fueron éstos cuya sola enumeración es un milagro de la pedagogía cristiana:

1.º Verdadera decadencia de las vacaciones; y de ello podemos dar fe con toda nuestra alma los que tuvimos la suerte de formarnos en aquel Seminario o Corazón Eucarístico de Jesús. 2.º Cariño al Seminario, hasta lo inverosímil, como la propia casa, quizás más que a la propia casa: 3.º Cariño a los superiores, que sabían ser muy padres con sus seminaristas. Y sobre todo cariño *al Obispo*. ¿Quién no sentiría por aquel Obispo, más solícito de sus seminaristas que sus mismos padres, un cariño filial sin límite? Imposible extendemos en esta materia, pues nunca encontraríamos el fin. Permítasenos solamente destacar algunos datos últimos de aquel cariño intenso entre el Obispo y sus seminaristas.

Era de notar la alegría que se dibujaba en el rostro de todos cuando por las tardes, estando en el recreo, veían llegar el coche del señor Obispo que venía a diario a pasar unas horas en su Seminario.

Una de las cosas que más agradaba a los seminaristas era el hacer de *bastones* del Sr. Obispo, paseaba por la finca subiendo y bajando cuevas apoyado en dos de sus seminaristas que se turnaban para que todos pudiesen cumplir este oficio, y mientras, iba contándoles algo o preguntándoles cuestiones catequísticas o propias de los estudios que cursaban. En uno de estos paseos por el campo del Seminario, apoyado en los seminaristas, preguntó que qué obra de misericordia estaban haciendo con él entonces. Ved cómo él mismo lo cuenta.

“BAJANDO Y SUBIENDO MONTES”

Vamos a ver, pregunta el catequista, a quien habían servido de báculos sus chaveítas, cuando iba llegando al fin de su camino: ¿Qué clase de obra de misericordia habéis hecho conmigo sirviéndome de báculo para sostenerme e impedir que tropezara?

— ¡De las corporales!

— ¡De las espirituales!

— ¡De las dos un poquillo! —gritaban distintos coros.

— ¿En qué quedamos? Vamos poco a poco; ¿a cuál de las catorce se parece más el servir de báculo? Y que hable uno después de otro.

—Yo digo que el servir de báculo pertenece a corregir al que yerra, porque evita que se equivoque en un mal camino o en un mal paso...

—Pues yo digo que el servir de báculo es aguantar las flaquezas de nuestros prójimos y cuidadito con reírse (retintín) porque aunque el Padre no está flaco, el no poder subir y bajar un monte sin báculo es una flaqueza como otra cualquiera.

Pues entonces digo yo, que también es consolar al triste, porque aunque al Padre no le vemos triste nunca ¡un consuelillo bueno es echarle una mano!

—Pues para mí —dice filosóficamente el que se había quedado más rezagado— aquí no se ha hecho más que la obra de misericordia de enterrar a los muertos... (explosión general de risa). Sí, si ¡poco a poco! Enterrar a los muertos al revés. Porque yo digo que si es una obra de misericordia ayudar a enterrar a un muerto, también debe serlo ayudar a un vivo a que no se muera y lo tengan que enterrar y no es ná lo que le pasaría al Padre si se diera un trompezón en un peñasquiyo de esos...

El catequista asombrado de verse objeto de tantas obras de misericordia, terminó la lección y el paseo diciendo a sus misericordiosos acompañantes...

— ¿Y quién ha puesto esa misericordia en nuestros corazones?... ¿de dónde se nos ha regalado?

Todos: — ¡Del Corazón de Jesús!

Pues a ver quién le dice con más fuerza y con más ganas: ¡Viva el Corazón más bueno de todos los corazones!” (199).

¹⁹⁹ “Sembrando granos de Mostaza” p. 123, 3.^a ed.

El trato individual e íntimo del Sr. Obispo con sus seminaristas era asimismo muy frecuente.

Solía por las tardes tomar el té en sus habitaciones particulares del Seminario, y ya era costumbre que cada día se lo llevara uno distinto. Esa era la ocasión que aprovechaba el Sr. Obispo para echar un ratillo de conversación íntima con el que le llevaba el té.

Casi siempre empezaba por cuestiones generales, pero poco a poco iba metiéndose dentro hasta que le llegaba a tocar los puntos más importantes de la vida espiritual y del problema vocacional del joven seminarista. No pocas veces iba él delante, descubriendo ante los ojos asombrados del chico las cosillas más íntimas y secretas, que él creía nadie conocía.

Eran muchos los que salían de su habitación diciendo a todos sus compañeros aquello de la Samaritana: Me ha dicho todo lo que yo he hecho.

Y para que nada faltara en aquel Seminario ejemplar ni en la formación de aquellos seminaristas, la nota simpática del abrazo efusivo a los hermanos de América española.

Seminaristas uruguayos y mejicanos fueron algunos cursos a compartir con los malagueños su vida y sus ideales.

¡Cuánto gozó el alma sacerdotal y españolísima del Prelado abrazando en estos seminaristas americanos aquella querida tierra, hija de la fe de España y soñando en la dilatación del espíritu de su Seminario allende los mares! ⁽²⁰⁰⁾.

²⁰⁰ En la primavera de 1925 el entonces Obispo de Salto (Uruguay), Monseñor Tomás G. Camacho, a su vuelta de Roma quiso vivir durante unos días en el Seminario de Málaga, del que ya le habían llegado algunas referencias, “pare conocerlo por dentro. Sus impresiones se revelan en la carta siguiente:

“A bordo del vapor correo “Infanta Isabel de Borbón, a 17 de abril de 1925.

Ilmo. y Rvdmo. Sr. D. Manuel González, Obispo de Málaga.

Ilmo. Sr. y Venerable Hermano en N. Señor:

Son tan gratas y profundas las impresiones recibidas durante mi breve estadía en esa mil veces bendita morada del Seminario, donde preside “El Amo” tan a gusto y donde se le ama y sirve tan a voluntad, que el corazón no me consiente llegar a mi Patria y a mí Diócesis para decirlo a S. S. Ilustrísima, después de agradecérselo con toda mi alma al Amo y pedir a S. S., a los muy amados directores y Profesores, y a esos tan fervorosos y tan amables seminaristas, que viven en tan buenas relaciones con tan buen Amo, que me ayuden a darle gracias por este favor tan señalado que en sus infinitas bondades me concedió, de conocer y visitar esa *fábrica* de Sacerdotes-apóstoles de la Eucaristía.

LOS FRUTOS DE AQUELLA SIEMBRA

Gracias a Dios fueron muchos y muy abundantes. El Corazón de Jesús regaló a su fiel siervo con la cosecha de un plantel de sacerdotes—hostias que emprendieron animosos y heroicos la recristianización de aquellos pueblos de Málaga. Como muestra de ello, leamos esta carta en la que un sacerdote deba cuenta al Sr. Obispo de la muerte repentina del joven Párroco, D. José Gutiérrez Muñoz, el 30 de marzo de 1931.

Amadísimo Sr. Obispo.

Vengo de Villanueva del Rosario, en donde hemos dado cristiana sepultura a su joven Párroco, nuestro queridísimo Gutiérrez Muñoz...

La muerte de Gutiérrez ha sido como su vida: sencilla, pero con sublime sencillez. Le ha sorprendido en funciones de Párroco: redactando oficios para invitar a las autoridades a los cultos de la Semana Santa. Al sentirse mal se levantó de la mesa se echó en la cama y llamó a su madre.

* * *

En las brevísimas horas que pasamos juntos — ¡bendito seas Jesús por ello!— vi abierta la senda para la solución del problema más transcendental de una Diócesis, el Seminario.

¡Cuánto se lo agradezco a Jesús y a S. S. Ilma.!

† TOMÁS G. CAMACHO, Obispo de Salto.”

El resultado de aquella convivencia fue enviar siete seminaristas de su Seminario de Salto al Seminario de Málaga, con el encargo de que se los devolvieran “Obreros apostólicos chiflados por el Corazón de Jesús y por la Madre España.”

Al año siguiente (1926), la persecución del Gobierno de Calles a la Iglesia en Méjico obligaba a salir del territorio mejicano al Obispo de Zacatecas ya clausurar el Seminario. Después de muchas vicisitudes, treinta y cuatro seminaristas de aquella diócesis llegaron a España. Se repartieron por varios Seminario, y entre ellos, fue el de Málaga uno de los que mayor número acogieron.

Sobre la llegada de los mejicanos escribía el Sr. Obispo:

El Amo nos ha regalado este año cinco seminaristas mejicanos impedidos por la persecución de seguir los estudios en su país. Con los traeos abiertos y con un corazón de madre los hemos recibido y sentado a la mesa de nuestra pobreza.

Los pobres carecen de todo... Ya nos mandará el Amo para vestirlos y atenderlos... ¡Me emociona tanto verlos tan lejos de los suyos para poder prepararse a nuestra sombra a ser apóstoles y mártires de la fe de su pueblo!”

Ya no habló más; la sangre efluía abundante a su boca. Mientras su madre le asistía fijó los ojos en ella, cruzó las manos sobre el pecho y expiró con tal suavidad, que su madre dudó por un rato si aún vivía.

Nunca creí que en sólo seis meses pudiera un Párroco captarse así las simpatías de sus feligreses.

Me cuentan que al saberse la noticia de la muerte por el pueblo, acudieron todos sin distinción a su casa. Cuando llegué a Villanueva sólo dos hombres veo trabajando en el campo; en el pueblo las tiendas están cerradas, todos se aglomeran ante la casa del Sr. Cura, dentro, muchas mujeres acompañan a la madre; un Sacerdote dirige el Santo Rosario ante el cadáver; en una salita consuelan al padre varios parientes y amigos, algunos venidos de Archidona.

En el Cementerio, cuando termina el Oficio litúrgico y se retira la Parroquia, la gente no se retira. Un Sacerdote dice: “Recemos un Padrenuestro por el alma de este santo Cura.” Bastan estas palabras para que asomen las lágrimas a los ojos de mujeres y hombres, y rezan todos llorando con paz cristiana. El Sacerdote les amonesta como el Señor a las piadosas mujeres: —“Llorad por vosotras y por vuestros hijos.” Y algo tímido añade: “Quizás el Señor se ha llevado a vuestro Cura porque no lo merecíais. Haced penitencia de vuestros pecados. ¡Virgen Santísima del Rosario, tened misericordia de este pueblo!” y por los grupos se oye el eco humilde: — ¡No lo merecíamos!”...

¿Qué ha hecho Gutiérrez en solo seis meses para meter a Cristo en este pueblo? No era gran predicador, pero oigo decir a muchos: “¡Qué boca tenía!” Era pobre y todos los pobres le querían y ahora empiezan a atender a su familia con una colecta que va honrada con la generosidad inagotable de V. B. Huyó de las cuestiones políticas y me dicen que “va aquello coma una balsa de aceite.”

No me cuentan que hiciera nada extraordinario y ha conseguido cosas extraordinarias. Que sacaba el Rosario de la Aurora, que predicaba en las dos Misas del domingo; que visitaba a los enfermos; que enseñaba el Catecismo...

Eso lo hace cualquier Cura.

Al despedirme de su madre, he oído de su boca la clave de mis extrañezas:

—“Se pasaba ratos muy largos a los pies del Sagrario.” Alguien le decía que la Iglesia era muy húmeda, particularmente la Capilla del

Sagrario. El contestaba con una sonrisa pero no se enmendaba de su *pecado*. Gutiérrez ha sido grande no por lo que ha hecho, sino por el modo como lo ha hecho. Ha pasado por la Parroquia y según nos dice el Rector, por el Seminario, humilde y sencillo a lo Santa Teresita, pero haciendo cosas grandes a lo Cura de Ars.

He preguntado al Rector cómo aprenden Teología Pastoral en el Seminario, y me ha contestado que el libro de texto es “Lo que puede un Cura hoy.”

Señor Obispo, varias veces he oído decir, que el libro de V. E. se debía titular “Lo que puede algún Cura hoy”. Al volver de Villanueva del Rosario pienso que ese libro debía llamarse: “Lo que puede cualquier Cura hoy”.

Bendiga al último de sus sacerdotes q. b. s. a. p.”.

LOS OPERARIOS DE SU VIÑA

En el Seminario había un plantel de celosos colaboradores: eran los superiores.

Vivían con un espíritu de voluntaria pobreza que admira. No trabajaban a sueldo, no, *de balde*.

Su comida, su estipendio de Misas y... ¡nada más!

Los seminaristas, los futuros sacerdotes bien se merecían el esfuerzo abnegado de aquellos heroicos operarios de la Viña del Señor.

¿De qué Orden religiosa eran?

De ninguna; de la Santa Madre Iglesia; sacerdotes seculares.

El alma de todos ellos era D. Enrique, el Sacerdote ejemplar, el primer Rector del Seminario.

Don Enrique Vidaurreta y Palma, hijo de un distinguido militar, que cosechó laureles en la guerra de Cuba, y perteneciente a una distinguida familia de Antequera, en la propia provincia de Málaga, desdeñó posibilidades muy halagüeñas, desde el punto de vista humano, para abrazar el estado sacerdotal, y, ya ordenado, no buscó posiciones brillantes ni cómodas, sino que se ofreció al Prelado de la Diócesis, para los cargos difíciles que tuviera a bien encomendarle. Difíciles, delicados más bien, fueron los que se le encargaron, pues el Sr. Obispo lo dedicó por completo a su obra predilecta del Seminario.

El Dr. Vidaurreta fue designado vicerrector, con cargo de Rector, que lo era el Sr. Obispo, y en noviembre de 1929 fue nombrado Rector.

Don Enrique amaba al sacerdocio con todo el entusiasmo ferviente y contagioso de una vocación enraizada en lo más profundo de su alma sencilla y fervorosa.

Su desprendimiento era tal, que, a pretexto de gozar de una buena posición, no cobraba nada del Obispado, y mientras él vivía modestamente, prestaba su ayuda pecuniaria al Seminario en multitud de casos, muchos de los cuales quedaron por todos ignorados.

Quería a “sus seminaristas” con un afecto que unía a los bondadosos desvelos del padre, delicadezas de maternal ternura.

Aparentaba ser seco de carácter, pero bajo aquella corteza, guardaba ternuras que a veces se exteriorizaban, como en aquella ocasión en que celebrándose su santo en el Seminario con una comida extraordinaria, le dijo un Sacerdote antequerano:

—“¡Qué buen día, Enrique, para pasarlo con tu madre! Y D. Enrique que, afectivamente, amaba a su madre con intenso cariño, supo parangonar sus dos más caros afectos en una sencilla frase:

—“Mi madre...” —dijo señalando a los seminaristas.

Estos, a su vez correspondían con una devoción que tenía algo de amistoso y mucho de filial, mezcla de confianza, respeto y admiración, amalgama magnífica de adhesiones que sólo las grandes almas son capaces de granjearse.

Así pudo el Sr. Obispo afirmar que “*os seminaristas se habían dado cuenta de que debajo de aquella modesta y negra sotana se albergaba un corazón sacerdotal totalmente a ellos entregado y le pagaban entregándose a su vez sincera y noblemente.*”

Tanta piedad, tanta sabiduría y tan elevadas virtudes no pudieron por menos de darle una notoriedad que el marxismo encontraría intolerable.

Al estallar en 1936 el glorioso Movimiento Nacional, se hallaban reunidos en el Seminario de Málaga unos cuarenta sacerdotes practicando Ejercicios Espirituales. El 20 de julio, después de haber cercado por completo el Seminario, los rojos penetraron en el edificio y obligaron a todos los sacerdotes y a algunos seminaristas a seguirles con los brazos en alto.

Don Enrique no perdió ni por un momento la serenidad de su espíritu, ni la dignidad de su porte. En la cárcel continuó siendo el Rector

solícito y paternal de sus antiguos seminaristas. En una de las primeras “sacas” intercedió por un joven Sacerdote que se hallaba enfermo. Sus gestiones fueron eficaces. Sin embargo, jamás habló en su propio favor; más aún, tuvo ocasión y oportunidad de dejar la cárcel y obtener la libertad. Pero él concedía singular alcance a su responsabilidad de Rector y no quiso abandonar la grey que le había sido confiada.

Este amor y solicitud le costó la vida. Un día del mes de agosto sonó su nombre en labios criminales y él, sereno y tranquilo, con la misma actitud majestuosa con que se acercaba al altar, emprendió la marcha hacia el lugar de su sacrificio ⁽²⁰¹⁾

Nadie supo más de él. Su sangre marcó un sendero de gloria. Fue sacerdote hostia que vivió entregado a su Obispo y a su Seminario, Sacerdote y víctima siempre al pie de su altar.

* * *

Siguiendo sus huellas vino después un Sacerdote joven, formado en el Seminario bajo la tutela de aquellos superiores.

Don Balbino Santos Olivera, Obispo entonces de Málaga, escribió de él este elogio sincero.

“Entre los varios sacerdotes jóvenes y ancianos cuya irreparable pérdida, en lo que llevamos de año, ha venido a agravar la angustiosa penuria de Clero que padece la Diócesis, merece especial y honorífica mención —tanto por el importante cargo que desempeñaba, como por sus dotes personales poco comunes — nuestro malogrado y querido Rector del Seminario D. José Luna Barranco, q. s. g. g.

“He vivido y quiero morir (escribía el 10 de septiembre de 1935) en el seno de la Santa Madre Iglesia Católica Romana, y deseo invocar con plena confianza hasta mi muerte los nombres de Jesús, María y José. Deseo no poseer nada a la hora de mi muerte, por imitar a Jesucristo mi Señor; pero por si ésta me sorprendiera antes de que me desprenda de todo, dejo dispuesto con plenísima libertad y completo uso de razón que mis bienes... y mis libros queden a disposición de Don... o en su falta, de Don... para que ellos los asignen: los bienes al Seminario, y los libros a los seminaristas, si así les parece...”

Liberada Málaga en febrero de 1937, se reanudó en marzo como se pudo la marcha y funcionamiento del Seminario; reteniendo yo a Luna, a

²⁰¹ “Ecclesia”, n.º 15 de Septiembre de 1941.

pesar de sus ofrecimientos, en Roma para que terminase aquel curso y con él la Licenciatura en Sagrada Escritura. Apenas pudo ponerse en camino, voló a su angustiada Diócesis y a su querido Seminario; y sin vacaciones ni descanso alguno, como aquí aquel curso anormal hubo de prolongarse hasta bien entrado septiembre, se reincorporó de lleno en julio a la vida y régimen del Seminario, en calidad de Vicerrector (habíame yo mismo reservado el cargo de Rector) y Profesor de Sagrada Escritura.

Desde aquel momento, no tuvo más ideal, ni otra aspiración, ni más vehemente anhelo que consagrarse a su Seminario, al servicio de la Iglesia, a cumplir con docilidad fidelísima las órdenes y aún meras insinuaciones de su Prelado. Para él, en este punto, no había días, ni horas de trabajo, porque su cuidado y preocupación era constante. En las mismas vacaciones estivales, su descanso e ilusión era visitar a los alumnos por los pueblos, ayudarles y vigilarles; fomentar las vocaciones, preparar planes para el nuevo curso... De su desprendimiento y desinterés no hablemos, porque era total, absoluto. No es posible descender a pormenores que harían excesivamente prolijo este escrito” (202)

En aquellos días en que el odio satánico vendimiaba la viña pisoteando los racimos maduros, el Seminario pagó también su tributo de sangre.

Tranquilos marcharon a la muerte, además del Rector, D. Enrique Vidaurreta Palmo, los superiores D. Manuel de la Cámara García, D. Elíseo Santos Jiménez, D. José Lucena Morales, y cinco seminaristas: Juan Duarte Martín, diácono; José Merino Toledo, minorista, Cristóbal Luque Trujillo, de 1.º de Teología, Diego García Calle del 7.º año y Miguel Díaz Jiménez, de 5.º año.

El martirio del diácono Juan Duarte, natural de Yunquera, martirizado en Alora, tiene toda la grandeza heroica de los tiempos de Roma. Mártir de la pureza y de la fe, mientras le iban cortando a pedazos los miembros, cantaba a Cristo Rey y con este grito triunfal en los labios se consumía en la hoguera...

San Sebastián, el soldado romano, Patrón del Seminario, se arrancó aquel día sus saetas para ponerlas sobre los despojos consumidos por el fuego de aquel nuevo San Lorenzo.

En el corazón de Castilla, D. Manuel lloraba emocionado, cuando uno de los seminaristas de su antigua y querida Diócesis llegado a Patencia, le contaba el glorioso martirio de su Seminario.

²⁰² “Boletín Oficial” del Obispado de Málaga, 1941, pp. 391, 395 y 397.

El Pastorcito de la Capilla, dentro de su dolor se estremecía de gozo. Aquellos seminaristas y sacerdotes—hostias se habían aprendido bien la lección de la cruz de su retablo: “Haznos buenos pastores, dispuestos a dar la vida por las ovejas...” ¡Ellos eran pastores y corderos inmolados por amor entre las garras de los lobos!

El Seminario de Málaga ya tiene su glorioso martirologio.

Capítulo XV

Del Cenáculo al Calvario

1.º.- *El incendio del Palacio Episcopal.*

Los primeros Misterios dolorosos.

Proclamación de la República.

El asalto al Palacio.

Por la calle de la Amargura.

Una visita siniestra.

2.º.- *Del campo al destierro.*

La primera limosna.

Un nuevo éxodo.

Camino de Gibraltar.

3.º.- *“Diario de un desterrado.*

Un asilo más.

Mirando a su diócesis.

Un regalo de “Santa Ana”.

Volando tierra adentro.

“A mis sacerdotes”.

“Mi Seminario.

La respuesta del Amo.

4.º.- *Otro vez entra los suyos.*

En la frontera española.

Veraneo en el Norte.

Inquietud en Ronda.

Su viaje a Roma y a Turín.

En vez de Ronda a Madrid.

El incendio del Palacio Episcopal

No es hora de morir, es hora de vivir para pelear, para predicar, hacer bien por las almas..., hora de sembrar..., aunque no se vea el fruto —, es hora de echarse la cruz sobre los hombros y llevarla por todas partes para que la vean los hombres y no la olviden, sin temor tampoco de que un día cualquiera arranquen los sayones de la revolución triunfante esa cruz de las espaldas... y, fijándola en cualquier calvario formado con los peñascos de muchas ingratitudes, lo claven y den muerte...” ⁽²⁰³⁾.

Veinte años después de haber escrito esta página alentadora, él subía al calvario.

LOS PRIMEROS MISTERIOS DOLOROSOS

Cuando el Seminario de sus ensueños pastorales empezaba a florecer de sacerdotes cabales, cuando las obras de catequesis, de misiones eucarísticas, de beneficencia, de restauración litúrgica, le regalaban las primicias de una espléndida cosecha, y el propio Palacio episcopal era como un gran corazón, de donde partía la vida espiritual de la Diócesis, cuando estaba todo renovándose... llegó la hora de la *poda*.

“Todo sarmiento que en Mí no lleva fruto, lo cortará (mi Padre) y a todo aquel que diere fruto, lo podará para que dé más fruto” (Jn. 15, 2) había dicho Jesús y esas palabras iban a realizarse en su Viña de Málaga.

Son de sobra conocidos los hechos a que dio lugar el advenimiento de la República en el año 1931, por lo que no es necesario entrar en pormenores de la situación de España en aquella época.

Todos los acontecimientos ocurridos en Málaga a raíz del advenimiento de la República, parecen demostrar que el *Si.* Obispo D. Manuel González había sido previamente señalado como una de las

²⁰³ “Lo que puede un cura hoy”, p. 96, 8.^a ed.

primeras víctimas de la revolución. Este plan preconcebido lo afirma el siguiente hecho, entre otros.

Cuatro meses antes de la proclamación de la República, al producirse la sublevación en Jaca de los que creyeron llegado el momento del triunfo republicano, se intentó en Málaga simultáneamente un ataque al Palacio Episcopal. En efecto, el 15 de diciembre de 1930, a las nueve de la mañana, se advirtió que habían prendido fuego a una de las ventanas de la planta baja del edificio.

Sofocado aquel conato de incendio, se oyó a los pocos momentos del suceso a los vendedores del periódico izquierdista “Rebelión”, vocean ¡El incendio del Palacio Episcopal! La noticia, por tanto, estaba impresa antes de verificarse el intento, y se buscaba tan sólo producir la alarma.

PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA

Fracasado entonces el intento de levantamiento en Jaca, y creciendo la inquietud en todos los sectores, agravada la situación en Málaga por una huelga, vino a desembocar por fin el malestar reinante en la proclamación de la República, en aquel nefasto día 14 de abril de 1931, de tan tristes recuerdos para la Iglesia y para España.

Entregado en Málaga el populacho a los más denigrantes excesos para celebrar el acontecimiento, derribaron aquella noche estatuas de ilustres próceres, incendiaron y asaltaron viviendas y cometieron los desmanes propios de esas exaltaciones de la chusma, envenenada por la revolución.

Por las calles andaban de un lado para otro grupos con banderas republicanas vociferando y cantando la Marsellesa y el Himno de Riego...

Mas ¿para qué recordar lo que está en la memoria de todos?

El Sr. Obispo daba a todos su consigna: orar mucho, orar incesantemente y cumplir cada uno con su deber. Les animaba con su confianza en el Corazón Jesús y en la Madre Inmaculada, y, bajo el peso de los graves males que afligían la Iglesia y a España, siempre se mostraba sereno y optimista, no porque esperase nada de los hombres decía él sino de la gran misericordia del Corazón de Jesús.

Al mismo tiempo dictaba las medidas oportunas para poner a salvo los intereses espirituales y materiales de la Diócesis. Junto con su celo apostólico en dejar el campo abandonado al enemigo, antes al contrario,

urgiendo al mayor intensificación en la predicación, enseñanza del Catecismo y demás ministerios sacerdotales, unía una exquisita prudencia con respecto al poder constituido.

Por eso, entendiendo que era su deber cumplimentar al nuevo Gobernador que al cambio de régimen envió el Gobierno republicano a Málaga, fue a visitarlo, visita que, por cierto, no fue devuelta por aquél.

El día primero de mayo la placa que frente al Palacio Episcopal ostentaba el nombre de “Plaza del Obispo”, apareció rota a pedradas y sustituida por un cartel con el nombre de “Plaza del 1 de mayo.”

El ambiente estaba cada día más cargado de amenazas. Se oían palabras de odio a la religión y a la Iglesia y a sus representantes, y entre la gente de baja estofa se hablaba e lo que pretendían hacer contra el Prelado.

Entre las cartas que salieron del Obispado el día 11 de mayo, iba una en que se contestaba a una persona amiga de la familia tranquilizándola y desmintiendo los rumores llegados de Madrid del incendio del Palacio. ¿De dónde había salido aquella noticia?..

Sin embargo, lo que por la mañana se desmintió, por la noche de aquel mismo día iba a ser una triste realidad.

Al mediodía comenzó a circular en Málaga la noticia de que en Madrid habían prendido fuego al Colegio de los Padres Jesuitas de la calle de la Flor.

Poco antes del oscurecer, el Secretario del Gobernador llamó al teléfono del Sr. Obispo para decirle que el Gobernador de Málaga, don Antonio Jaén Morante, que venía de Madrid a Málaga, en coche, había telefoneado desde Manzanares encargándole dijese al Prelado estuviese tranquilo porque nada ocurriría, ya que estaban tomadas todas las precauciones. Varias veces llamó dicho Secretario aquella tarde para asegurarle lo mismo.

Pocos días antes, habían pedido del Gobierno Civil al Secretario particular del Prelado una lista de los conventos de la capital para enviarles guardias, cosa que no pudo extrañar, ya que desde la proclamación de la República era muy frecuente que hubiese algunas parejas de vigilancia para evitar cualquier desmán de los revoltosos.

¿Sirvió esa lista para organizar mejor el ataque que se preparaba contra las iglesias y conventos?

El dato de que el único convento que no fue asaltado resultase ser el mismo que se había omitido por olvido, en aquella lista, es muy significativo.

EL ASALTO AL PALACIO

El Palacio Episcopal tenía a la puerta una pareja de la Guardia Civil, y como yo lo habían hecho en noches anteriores, varios buenos amigos quisieron quedarse en Obispado en previsión de lo que pudiera ocurrir.

A eso de las 11 de la noche la Plaza del Obispo se hallaba sola y en completa tranquilidad.

El Sr. Obispo se retiró a sus habitaciones y mandó a sus familiares se retirasen también a descansar, respondiendo a los temores que le manifestaban: “*¿Vamos a seguir confiando?*”

Poco después de las doce, la servidumbre llamaba nerviosamente golpeando las puertas de las habitaciones particulares del Sr. Obispo y su familia, para avisarles que habían llegado las turbas. “¡Ya estén ahí!”, se oía exclamar al mismo tiempo que se sentía el ruido de la multitud que vociferaba y los golpes que descargaban sobre las puertas y ventanas, como algo infernal...

Los momentos eran de los más angustiosos, la gritería en la plaza iba creciendo, sonaban centenares de voces, y de golpes rompiendo puertas y cristales, con un estruendo tan espantoso que parecían energúmenos salidos del infierno.

Entre tanto, el Sr. Obispo sólo pensaba en salvar el Santísimo para evitar que fuese profanado. En la Capilla, a donde habían acudido también las Religiosas Hermanas de la Cruz con su Copón conteniendo las Sagradas Hostias, dio la Comunión a las Religiosas, a sus familiares y servidumbre con una gran cantidad de Pan Eucarístico, comulgando él también y consumiendo entre todos, además de las Sagradas Formas que contenían esos dos Copones las del Sagrario de la Adoración Nocturna.

Uno de los familiares se guardó el Copón vacío, y el Sr. Obispo dejó el Sagrario abierto de par en par con intención de que en seguida vieran los asaltantes que no estaba el Señor y se evitase toda intención de profanar la Sagrada Eucaristía,

A toda prisa, una vez salvado el Santísimo Sacramento, había que buscar una salida para no perecer entre las llamas o bajo los golpes de lo

que iban derribando los asaltantes, que ya corrían como endemoniados por el piso bajo del Palacio.

POR LA CALLE DE LA AMARGURA

Uno de los testigos ha hecho el siguiente relato: “Todos nosotros, con los porteros y las Hermanas de la Cruz seguimos al Sr. Obispo que dispuso nos fuéramos al Colegio de los Maristas por la puerta de comunicación que había y que nunca se utilizaba (²⁰⁴). Por eso, estaban tan duros y mohosos los pestillos, que al portero le costó mucho trabajo forzar aquellas puertas que siempre estaban cerradas. Al fin se logró abrirlas y pasar al Colegio.

Allá nos entramos estando todo oscuro y sin encontrar a nadie, pues todos se habían marchado.

Antes de pasarnos allí habíamos ido apagando todas las luces del Palacio para que al entrar los forajidos no nos siguieran los pasos.

Bajamos detrás del Sr. Obispo que conocía el Colegio, acompañándonos también D. Angel Fraile y el Sr. Moreno, que aquella noche se habían quedado guardando el Palacio y que nos dijeron que ya éste estaba ardiendo.

Casi a tientas, en medio de la oscuridad, y recordando el Sr. Obispo los sitios por donde le parecía se podía llegar cerca de la puerta falsa del Colegio, íbamos bajando hasta que por fin se encontró el sitio que se buscaba, una puerta que daba a la calle Fresca junto a la cual había un sótano donde echaban las basuras, que sacaban por allí. Era la única por donde podía salirse, ya que todas las demás salidas estaban ardiendo; mas al llegar a ella la encontraron cerrada con llave y no se podía abrir de ningún modo.

A su lado estaba el sótano, que era, a lo que pudimos apreciar en aquella oscuridad, como una cueva larga a la que se entraba por una puerta y se bajaba por unos escalones terrizos o rampa.

No había, pues, medio de salir. Por la calle se oía el ruido de los que vociferaban en la plaza y de los que iban y venían atraídos por las llamas del incendio...

²⁰⁴ Formando parte de la misma manzana del Palacio Episcopal, y en la parte que ocupó el antiguo Seminario se hallaba instalado desde el año 1921 el Colegio de los Hermanos Maristas, en el que recibían instrucción unos cuatrocientos niños. La puerta principal del Colegio daba a la calle de Santa María; pero tenía otra puerta inferior, a la calle Fresca.

Como se oyera la gritería más próxima, dijo el Sr. Obispo, que siempre conservó su paz y serenidad; *“Hincarse todos de rodillas, que voy a darles la absolución, por si acaso; haced un acto de arrepentimiento...”*

Nos pusimos todos de rodillas dentro del sótano y el Sr. Obispo, de pie nos dio la absolución en voz alta... *Ego vos absolvo a peccatis vestris...*”

Rezamos el acto de contrición y el Sr. Obispo dijo: *“Ofrezcamos nuestras vidas por la Iglesia y por el reinado del Corazón de Jesús en España y en la Diócesis.”*

Alguien recuerda que dijo: *“Jesús mío, perdónanos y perdona a tu pueblo; ten misericordia de nosotros que hemos pecado y acepta el ofrecimiento de nuestras vidas por tu reinado en España, especialmente en la Diócesis. Madre Inmaculada, salva nuestras almas, guárdanos bajo tu manto.”*

Después añadió: *“Vamos a rezar el Rosario”*. Y sentado él en un escalón del sótano empezó a rezarlo, contestando los demás. Nos había inundado la paz y rezábamos con calma y mucha fe.

Cuando estábamos en el segundo Misterio Doloroso, se oye a la gente que se acerca a la puerta de la calle.

De un empujón fuerte con alguna palanqueta arremeten contra aquélla y la abren de par en par, mas como estábamos en el sótano, no vieron a nadie y dejándola abierta se fueron gritando: *“Vamos por gasolina.”*

—Sr. Obispo —dice D. Angel—, este es el momento de salir; se han ido y la calle esta sola, salga en seguida.

—*Pero ¿a dónde?*

—A alguna casa de enfrente.

Mas el Sr. Obispo no quería de ningún modo que lo sorprendiesen huyendo por las calles, y como las casas próximas estaban cerradas, prefirió esperar a la turba, para salir a su encuentro.

En vista de que no volvían, cerramos con cuidado la puerta, echando un cerrojo que tenía por dentro...

A poco llega la turba con la gasolina y al empujar la puerta y verla cerrada por dentro empezaron a gritan ¡han cerrado, han cerrado!, ¡hay gente dentro! y daban golpes en ella.

Mientras tanto dice el Sr. Obispo: ¡Yo me presento!, aunque algunos de los que estábamos con él queríamos hacerle desistir de esto, temiendo lo que haría con él aquella jauría de fieras humanas. “*Sí —decía él— es mejor, no pasa nada.*” Y dijo a su familia y a las religiosas: “*Quedaos ahí, que voy a salir.*”

Mientras tanto, la chusma empujaba la puerta y gritaba... Una voz fuerte gritó desde fuera, antes de dar un golpe definitivo a la puerta. “¿Hay niños? ¡Si hay niños que salgan!”

Y el Sr. Obispo, descorre suavemente el cerrojo, abre la puerta de la calle y se presenta a ellos, diciendo, sereno y sonriente: “*¿Que queréis? Aquí me tenéis; a vuestra nobleza me entrego*”.

La estupefacción de la turba al encontrarse con el Prelado cuando menos lo esperaban fue tremenda. La impresión produjo unos momentos de silencio absoluto.

Repuestos de la sorpresa volvieron a levantar el grito y entre aquellas voces de ¡abajo! ¡viva la República! no faltó alguna de ¡que muera el Obispo! Sin embargo, se oyeron otras de ¡se le protege!

Entre aquellos desalmados había uno que llevaba un manojo de cuerdas para amarrarlo, pero según él mismo declaró después, al ver al Sr. Obispo se le aflojaron las manos y no sabe lo que le pasó, que no pudo ejecutar su intento.

El Sr. Obispo, viendo que le dejaban salir, les dijo: —“*Es que no estoy solo. Ahí están mi familia y las Hermanas de la Cruz.*”

—“¡Que salgan también —contestaron algunos—, que no les pasará nada!”

El se volvió hacia dentro y les dijo que salieran. Salieron todos, dejando la todas las cosas en el Palacio a merced de las turbas y de las llamas.

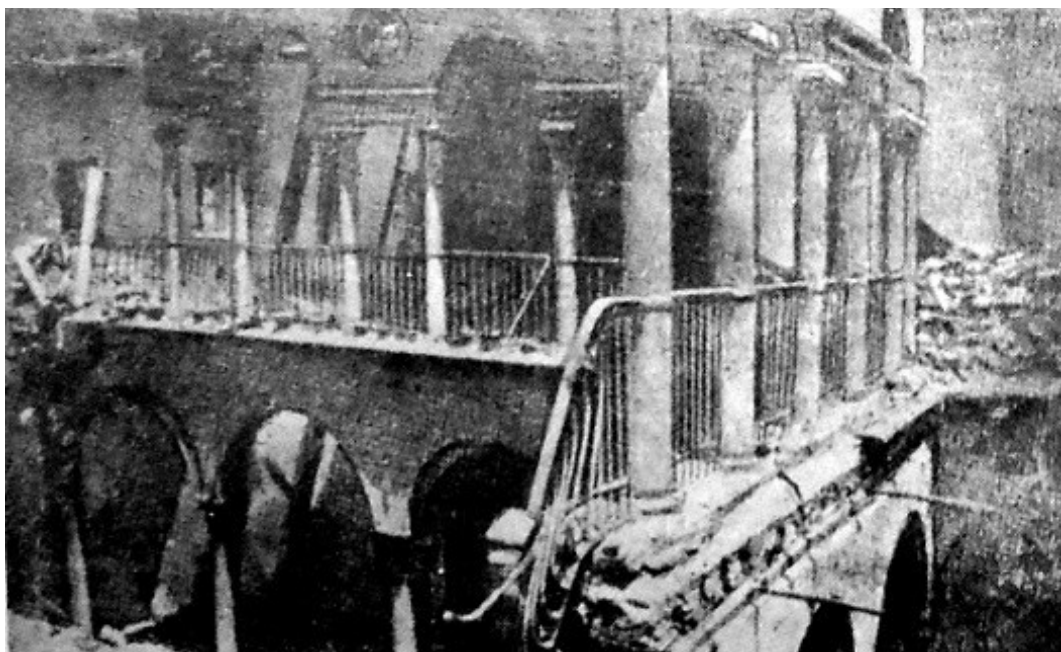
Al salir a la calle el Sr. Obispo, se le acercó un caballero que iba con su señora, el cual, junto con pocos más, procuraba calmar a la multitud. Se puso a un lado de él con su señora, que iba llorando y al otro lado se puso un joven.

En medio de ellos dos iba el Sr. Obispo con su sotana, solideo, pectoral y anillo, seguido de su familia, servidumbre y las siete Hermanas de la Cruz con sus hábitos, cercados todos por la turba que gritaba desaforadamente.

En esa forma atravesamos la calle Fresca, entrando por el Pasaje de Alvarez.

La chusma aumentaba, se veían unas caras horrorosas como si hubieran salido del infierno aquella noche y sin dejar de vociferar.





Aspectos del interior del Palacio de Málaga después del incendio de 1931

Avanzábamos lentamente sin saber a dónde dirigirnos... Ir a casa de algún amigo sin previo aviso era encontrarse las puertas cerradas y comprometerle, dando lugar a que la turba invadiera la casa o cometiera cualquier barbaridad...

En esto salieron los camareros de un café del Pasaje invitando al Sr. Obispo a entrar allí; él se lo agradeció, pero no quiso aceptar. *“No lo acepté —decía después humorísticamente—, por no encontrar decente que muriera trágicamente un Obispo en un cafetín.”* También allí salió un hombre invitándolo a que fuera a su casa, pero era desconocido y no se sabían sus intenciones en aquellos momentos de confusión...

Saliendo a la calle de Santa María ¿a dónde vamos?, era la pregunta que se hacían los que iban al lado del Sr. Obispo; y le decían; “Es menester que se quite cuanto antes de la calle, que no podemos contener la gente”.

Mientras tanto vociferaban: ¡Viva la República del orden! ¡Viva Málaga hospitalaria! y así todo el camino, palabras que aun con intención de contener a la turba, no dejaban de sonar como un sarcasmo en los oídos de los que en aquellos precisos momentos eran víctimas del desorden y de la inhospitalidad...

—“¿A dónde quiere Vd. que lo llevemos?” preguntaban al señor Obispo.

Y él muy tranquilo y sonriendo les contestaba: *¿Pero ustedes creen que yo me dedico a salir a estas horas por las calles para tener un sitio a donde ir? Yo no tengo más casa que la mía.”*

Llegamos a la calle Sánchez Pastor y allí entre los gritos de la turba sobresalió una de ¡Muera el Obispo!, mientras otros, protestaban y daban vivas a la República y a Málaga, conjurándoles a que no echaran un borrón sobre la ciudad.

Pasamos por la calle Granada y entramos en la Plaza del Siglo. Allí el Sr. Obispo se paró y queriendo ver el Palacio se volvió y estuvo contemplando cómo ardía por sus cuatro costados, subiendo las llamas por encima del edificio.

La gente de los cafés y otras personas que no iban en la turba se asomaban a las ventanas o contemplaban nuestro paso como si fuera una procesión...

Algunos hombres que se cruzaban con nosotros se acercaban el señor Obispo y le besaban llorando.

Llegamos por fin a la puerta de la casa donde vivía el Sacerdote don Antonio Rodríguez Ferro. Entró el Sr. Obispo y cada una de las personas de su familia, servidumbre y comunidad de Hermanas de la Cruz, mientras los revoltosos se quedaban mirándolos sin resignarse muchos de ellos a dejarlos allí tranquilos...

Ellos tenían ya otro “obispo”; Bolívar, el diputado comunista por Málaga, se paseaba por las calles con la capa magna.

Al llegar al piso que ocupaba aquel Sacerdote salió éste a recibir a su Prelado y acompañantes, con la impresión que es fácil de imaginar; ya que nada sabía de lo que pasaba.

* * *

Sentado el Sr. Obispo en el recibidor de la casa y todos a su alrededor, libre ya de la chusma, exclamó: “*Bueno, ya gracias a Dios estamos aquí*”; y con su habitual sonrisa dijo a las Hermanas de la Cruz: “*Ya cuando sean ustedes viejas tienen algo que contar*”; luego añadió: “*Vamos a seguir el Rosario*”, y continuaron por el Misterio donde iban cuando llegaron las turbas.

Como se le hiciese notar al Sr. Obispo que tenía la boca reseca y los labios blanquecinos, cual si estuvieran despellejados, se dio cuenta de que lo que tenía no era eso, sino partículas de la Sagrada Hostia del viril de la Adoración Nocturna que consumió y que se le habían quedado pegadas a los labios.

Así, entre las turbas, había ido el Señor de manifiesto en los labios de su Obispo. Esta fue aquel año la Procesión del Corpus en Málaga, en la media noche del 11 de mayo.

Entre tanto, seguían las turbas el saqueo e incendio de iglesias y convenios.

En medio de un griterío ensordecedor y muchas veces anunciado por el repique de campanas, que ellos mismos volteaban, iban destrozando altares, imágenes y cuanto hallaban en los templos.

Era un espectáculo vergonzoso. Las mujerzuelas salían de las sentinas del vicio revestidas de albas, casullas y roquetes y cantaban y hacían las más denigrantes paro días del culto divino ⁽²⁰⁵⁾. Y ¡cómo eran recibidas con aplausos y satánicas risotadas por sus corifeos...!

Entre tanto el Sr. Obispo y sus acompañantes, abrumados por el peso y I® magnitud de lo que en tan pocas horas estaba sucediendo, viéndose sin casa y sin nada, se animaban mutuamente. Al decirle al Sr. Obispo su familia que no tenían dinero ni para poner un telegrama, contestó sonriéndose: *“Mejor, ahora estatuí” como los Apóstoles.*” Y entre otras frases de conformidad con la voluntad divina, decía: *“...pues todavía no nos han hecho lo que a San Pablo, que lo apedrearon después que trabajó por contentar a todos, y por último, le cortaron la cabeza. De modo que nosotros podemos decir que no nos han hecho nada. Dichosos somos, porque nos ha cabido la suerte de padecer algo por el nombre de Jesucristo.”*

Como se lamentase el Sacerdote que lo había recibido de que nada hubiera podido salvarse, le contestó: *“Pues nos lo han dejado todo—, porque lo principal es la gracia de Dios, y esa por su misericordia la tenemos.”*

La madrugada iba avanzando y al ser de día tenía el Sr. Obispo que dirigirse a un lugar seguro, a salvo de un nuevo ataque de les turbas que ya sabían en dónde había quedado y que hubiesen podido volver... ⁽²⁰⁶⁾.

²⁰⁵ En la Plaza del Siglo, al amanecer, los sacrílegos incendiarios daban la *absolución* burlescamente a las ametralladoras en presencia de impassibles soldados.

²⁰⁶ Al amanecer se presentó en la casa donde se hallaba el Sr. Obispo el mismo Secretario el Gobernador que tantas seguridades le había dado de que nada ocurriría, para manifestarle que no habían podido impedir aquello, dando excusas y lamentando los sucesos acaecidos...

Mientras el Prelado trataba de esto y se pensaba en avisar a algunos amigos, llegó un señor pidiendo hablar con el Sr. Obispo. Como era desconocido por lo menos para el Prelado y sus familiares, y en aquellos momentos se recelaba de todos, con alguna intranquilidad se acercaron éstos a la sala donde lo había recibido el Sr. Obispo y pudieron darse cuenta de lo que se trataba.

El visitante estaba fumando y decía: “Yo he tenido también que intervenir en auxiliar al Convento de las Esclavas, porque como mi mujer se educó allí...”

Al decirle algo del espectáculo tan vergonzoso que se estaba dando en Málaga aquella noche, contestó: “Todo se está haciendo con mucho orden (¡¡...!!); se ha respetado a las monjas y se les ha dado tiempo para salir sin que les ocurra nada.”

Por otra parte conminaba al Sr. Obispo diciéndole que, como todo estaba ardiendo, él debía pensar lo que hacía, porque allí peligraba su vida, aconsejándole se fuese a algún pueblo. “Es preciso que salga usted pronto; yo no respondo de que aquí no le pase algo.” Entre tanto fumaba nervioso queriendo hipócritamente aparentar interés por salvarle...

A sus prisas porque se quitara cuanto antes de en medio, le respondía el Prelado: *Ya pensaré, porque ahora mismo no tengo a donde ir; además, yo no he hecho ningún crimen para que tenga que huir o esconderme.*”

El individuo, ya desconcertado y perdiendo un poco la careta de su interés por salvarle, se encara con él y muy serio, le dice: “Entonces Vd. ¿qué es lo que quiere?”

—“Yo —responde el Sr Obispo—, *jestar al frente de mi grey y sin dejar mi puesto mientras me dejen estar en él!*”

A esto no supo qué responderle, y después de un silencio, dijo: —“Usted donde debe irse es al Gobierno Militar; allí es donde estará más seguro, y pedir al Gobernador le proteja.”

La propuesta no podía ser más indigna y sarcástica. Precisamente el Gobernador Militar, el tristemente célebre Gómez Caminero, acababa de dar órdenes de que se retirase la Guardia Civil que había acudido al iniciarse el asalto al Palacio Episcopal dejando a las turbas dueñas de la situación.

Resueltamente y con frases enérgicas le contestó el Sr. Obispo que de ningún modo haría aquella bajeza, que no tenía que pedir protección

ninguna a una autoridad que no le había defendido su casa. —“*No he cometido ningún delito para pedir gracia o favor...*”

En seguida que fue de día se avisó de parte del Sr. Obispo a su buen amigo y ejemplarísimo católico, D. Eduardo Heredia, para pedirle lo llevase a su finca “La Vizcaína”. Inmediatamente respondió que iba con su coche a recogerlo, dispuesto a todo lo que fuese necesario por su Obispo.

El republicano no quería marcharse hasta tener la seguridad de que el Prelado salía de allí y los minutos que tardó en llegar el Sr. Heredia le parecían interminables. Sentado allí ya con todos y mientras se preparaba para salir, con esa despreocupación afectada y mala idea con que hablaba, le dice al Sr. Obispo: “¡Qué lástima, tan bien como iba todo con la República y el Sr. X lo ha estropeado...!” A lo que, indignado, replicó el Sr. Obispo: “*¡El Sr. X no ha dado motivo a nada, y lo que ha hecho, bien hecho está!*”

Pero él, no dándose por enterado insistía con palabras frías y zahirientes, interviniendo enérgicamente el Sr. Obispo con estas palabras: “*Usted comprenderá que ahora no es el momento de discutir eso, sino de respetar a las víctimas: ¡¡hay Dios, hay justicia, y hay Providencial!!*”

II

Del campo al destierro

Así cortó la conversación y cerciorado el molesto visitante de que estaban para llegar por el Sr. Obispo, se marchó. Todos respiraron cuando se vieron libres de tan desagradable visita.

El Prelado dio sus encargos al Sacerdote que le había hospedado para que se entrevistase con el Vicario General y le informase de todo...

LA PRIMERA LIMOSNA

Había que separarse y el Señor Obispo dijo a las Hermanitas de la Cruz que para ellas lo más seguro era irse a su Casa Madre de Sevilla cuanto antes, pero *“¡la cosa es —añadió— que yo no tengo dinero que darles para el tren!”*...

No se apure, Sr. Obispo, contestó la Superiora, que aquí tengo la última limosna que recibí de V. E. para el comedor de caridad, tómela y quédese con ella que nosotras nos arreglaremos, y le entregó quinientas pesetas. Recibió el Sr. Obispo la limosna de las Hermanitas y la compartió con ellas. La primera limosna que recibió después de su pérdida de todo fue la última que él había dado antes.

Las monjitas lloraban al despedirse de su bondadoso Pastor en circunstancias tan tristes y sin saber cuándo volverían a verlo...

En estos momentos llegó, buscando al Prelado, el Vicario General de la Diócesis, D. Francisco Martínez Navas, vestido de seglar, con el rostro demudado por la impresión y casi sin poderse hablar, se abrazaron muy conmovidos. En pocas palabras le contó el Sr. Obispo cuanto había ocurrido aquella noche y cómo salía dentro de unos momentos para la finca de los Sres. de Heredia. Le dio las instrucciones oportunas para la situación y para que le tuviesen al corriente de todo... y después le encargó de los asuntos de la Diócesis y de que cuidase de la servidumbre y le

pagase sus sueldos, que ya él *cuando pudiera* se lo abonaría. Se despidió de él y del buen Sacerdote que le había recibido aquella noche...

El fiel amigo D. Eduardo Heredia y su Señora doña Carmen López, ambos dedicados a todas las obras de piedad y caridad más destacadas de Málaga y que ya hoy habrán recibido del Señor su premio en el Cielo, llegaron en su coche para recoger al Sr. Obispo llenos de emoción y de la rosa sorpresa, y partieron para “La Vizcaína” ⁽²⁰⁷⁾. En otro coche y a alguna distancia para no llamar la atención, le seguían tres de sus familiares.

Tomando la dirección de la carretera de Granada, por el camino del Colmenar, miró ¡quién le hubiera dicho que por última vez! al pasar cerca de él, a su queridísimo Seminario que se levantaba sobre el monte de la Glorieta Alta, como un faro de esperanza para aquella pobre Diócesis... Los seminaristas huían por los campos.

Desde un recodo de la carretera que va subiendo se veían las columnas del humo que se levantaban sobre los diversos puntos de la ciudad...

Cuando ya habían dejado lejos a Málaga, el gran corazón de don Manuel se sintió enternecido ante el contraste de verse echado de su casa y errante por las calles aquella noche y ahora tan cariñosamente acogido sin mirar en riesgos ni peligros, y lo que no pudo conseguir el odio lo consiguió el amor, sus lagrimas se mezclaron con las de aquellos buenísimos hijos y su corazón estalló en sollozos por aquellos caminos solitarios.

Todo cuanto se diga es poco de la solicitud con que “La Madre Carmen”, como solía llamar afectuosamente el Sr. Obispo a la señora de Heredia, se dedicó al llegar a la casa de campo a preparar, como Marta en Betania, lo necesario para atender en todo a su ilustre refugiado.

A la mañana siguiente, en la capillita de la casa de campo, rodeada de exuberante vegetación, de plantas enredaderas que acariciaban sus muros y ventanales en aquel hermosísimo mes de mayo, en las manos del Pastor y

²⁰⁷ Don Eduardo Heredia Guerrero, Presidente de las Conferencias de San Vicente, Adorador Nocturno y Discípulo de San Juan, modelo de caballeros cristianos y de católicos militantes, falleció santamente el 16 de Junio de 1931. Su esposa, Doña Carmen López, Presidenta de las Marías y destacado elemento en las principales Asociaciones de apostolado y beneficencia como Conferencias, etc., fue asesinada por los rojos en la cruzada nacional el 34 de Septiembre de 1936, uniendo a sus méritos en favor de la Iglesia y de los pobres, la gloria del martirio.

Obispo de la grey malagueña brillaba el Sol del divino Amor. Dios Sacramentado estaba ya con su amado apóstol. Comulgó él, dio el Pan de fortaleza al reducido grupito de personas que con él estaban y en la patena, entre los corporales, guardó al Señor para que fuese el dulce compañero de su destierro...

Ya el centro de atracción para él no era otro que aquella Capilla—Sagrario; ¡tenía tanta necesidad de estar con su Señor, tanto de que hablarle y que pedirle en aquellas circunstancias extraordinarias y difíciles...!

Enterados algunos sacerdotes del lugar donde se encontraba el Prelado, se pusieron inmediatamente en camino para ir a verle en aquellas horas de tragedia y confusión. Entre ellos iba el Rector del Seminario con el Sacerdote Administrador y otros superiores del mismo que llegaron en varios coches hasta “La Vizcaína” poco después del medio día del 13 de mayo.

A uno de ellos, providencialmente inspirado, se le ocurrió llevar al Sr. Obispo un portaviático del Seminario, pensando en que, como realmente sucedía, allí no tendría Copón para poder tener el Santísimo reservado.

Fácil es imaginar las emociones de unos y otros al encontrarse reunidos con su amadísimo Obispo y el consuelo de éste al verse rodeado de tan queridísimos sacerdotes, junto con el dolor de oír los pormenores que le contaban del enorme desastre y magnitud de los sacrilegios y profanaciones, unidos a la impresión de verlos llegar a todos vestidos de seglares.

Con ellos llegaron también algunos caballeros ⁽²⁰⁸⁾

UN NUEVO ÉXODO

Al medio día de aquel 13 de mayo un rumor desacostumbrado en aquel solitario lugar había llegado hasta “La Vizcaína”. Cada vez se iba notando más intranquilidad y movimiento. Al preguntar qué ocurría,

²⁰⁸ Fueron éstos los leales amigos del Prelado, D. Angel Fraile, que la noche del incendio se quedó a guardar el Palacio y D. Fernando Lóring, los dos ya fallecidos; el primero fue muerto por los rojos en la Cruzada de 1936 contra el comunismo. Los primeros en salir a buscar al Sr. Obispo y encontrarle fueron los fieles servidores del Seminario D. Juan González, encargado de las obras y Antonio Rico, antiguo cochero del Prelado.

dijeron los Sres. de Heredia que habían llegado grupos de campesinos diciendo que no podían seguir trabajando en el campo porque se había declarado en Málaga la huelga general y les obligaban a suspender sus tareas. La cosa estaba algo confusa; se notaba un cierto murmullo y comentarios nada tranquilizadores.

Cuando llegaron los coches con los señores antes dichos, que iban a visitar al Sr. Obispo, contaron éstos que habían visto a la entrada del canil un letrado que decía “Prohibido el paso a los Curas”. Otros llegaban diciendo que habían visto piedras colocadas atravesando la carretera como para impedir el paso de los coches. Por último, a eso de las cuatro de la tarde, poco más, llegó a la finca este afrentoso mensaje: Los obreros campesinos en huelga dan una hora de término al Obispo y a sus acompañantes para salir de la finca, amenazando, si no, con quemar la casa.

Ante tan procaz amenaza, y estando la finca en una hondonada, sin más salida que un estrecho carril que daba acceso a la carretera general, no había más solución que abandonarla. La providencia había, sin embargo, cuidado de que llegase precisamente la amenaza en el momento en que se encontraban allí los coches de los que habían ido a buscar a su Prelado, con lo que se podía facilitar la salida y tener más posibilidades de enviar cualquier recado a Málaga.

El Sr. Obispo, con los Sres. de Heredia y los sacerdotes que allí se encontraban, después de cambiar impresiones para decidir lo que fuese más conveniente hacer en aquellos momentos, determinaron que lo urgente era salir pronto, antes que una nueva turba de forajidos diera un asalto a la finca como lo habían hecho a las iglesias y conventos de la ciudad.

¿A dónde ir? Mo eran momentos de entretenerse en pensarlo; lo urgente era salir cuanto antes y uno vez en la carretera general se pensaría a dónde dirigirse,

Mientras los Sres. de Heredia recogían los enseres de la casa, nuestro Sr. Obispo, llena el alma de nuevas angustias se dirigió a la Capilla y colocando el Santísimo Sacramento en el portaviático, después de adorar con profunda emoción a su Amo y Señor, se abrazó a Jesús Sacramentado echándose al cuello la cadena de donde pendía la caja que encerraba las Hostias consagradas. Su pecho iba a ser el Sagrario, aquella sotana el velo del Tabernáculo.

Puestos ya todos en marcha se dispusieron los coches en forma que el que ocupaba el Prelado con el Santísimo quedase en medio de todos.

Serían poco más de las cinco de la tarde, hora que habían dado de término para salir de la finca.

Al paso por la carretera había algunos grupos de campesinos armados de palos largos que miraban con actitud entre amenazadora y medrosa el paso de los coches. Parece que algunos murmuraban: “Son Curas”, pero como todos, excepto el Sr. Obispo, iban vestidos de seglares, no se atrevieron a asegurarlo y alguno creyó eran policías. El los bendijo al pasar... y no faltaron quienes se descubrieran, correspondiendo al saludo.

Una vez pasado ese trozo de camino, y estando ya en plena carretera general se decidió, después de haber pensado a dónde dirigirse para pasar aquella noche, llegar a casa de una familia malagueña que vivía entonces en una cesa de campo bastante apartada de la ciudad. Allí se dirigieron los coches del Prelado y sus familiares y algunos de los sacerdotes y buenos amigos que habían ido a “La Vizcaína.”

Los señores de la casa, enterados de todo lo acaecido, se llenaron de temor, por lo que al mismo tiempo que lamentaban los sucesos mandaban cerrar las puertas y ventanas, para que nadie pudiera darse cuenta de aquella inoportuna visita.

Allí todos reunidos se pensaba en la solución que había de darse pronto a aquella situación enojosa.

Se buscan soluciones sin hallar ninguna satisfactoria. ¡Si al menos aquella familia, en cuya casa estaban, les hubiese brindado su hospitalidad, siquiera por aquella noche...!

Por fin, alguien sugirió la idea de que lo más seguro era por lo pronto marchar a Gibraltar y desde allí con más libertad de movimientos y sin el temor de llevar a nadie el compromiso ni el peligro de hospedar al Sr. Obispo, estar en comunicación con la Diócesis, ya que la facilidad de comunicaciones era mucha.

De ningún modo quería el Sr. Obispo salir de la Diócesis, pues a toda costa hubiera deseado permanecer en ella, pero todos insistían en que ante aquellas circunstancias presentes no quedaba otra solución.

Desde aquella misma casa se telefoneó a Gibraltar; los Marqueses de Larios se ocuparon de buscarle hospedaje en un Hotel y se encargó le comunicasen al Prelado de Gibraltar la llegada del Obispo de Málaga.

Próximamente a las diez de la noche regresaron de Málaga don Fernando Lóring y D. Angel Fraile con los pasaportes arreglados.

Antes de subir al coche, el Sr. Obispo, que nada había dicho del Divino Tesoro que llevaba, al despedirse de aquellos señores en el vestíbulo de la casa les dijo: *“Y ahora hínquense de rodillas, que les voy a dar la bendición con el Santísimo, que lo traigo aquí guardado.”* Y sacándose del pecho el portaviático les dio la bendición con El... ¡Que manera tan delicada de premiar aquel recibimiento tan frío...!

CAMINO DE GIBRALTAR

Acompañado el Sr. Obispo de sus familiares y de los Sres. Lóring y Fraile, emprendió el coche el viaje hacia Gibraltar... Allí en aquel coche se respiraba la paz que irradiaba el Rey Sacramentado descansando sobre el pecho de su amado apóstol. El Divino Salvador también en su vida mortal y tantas veces en su vida de Iglesia había tenido que huir de perseguidores y buscar refugio en tierra extraña...

Con la paz de los mejores días inició el Sr. Obispo el rezo del Santo Rosario y a continuación, como tenía de costumbre en su Palacio de Málaga, las oraciones y el examen de la noche.

Se perdía veloz el coche por la carretera, bordeando muchas veces las orillas del mar. El rumor de las olas en el silencio de la noche y el quedo murmullo de los rezos, las lágrimas incontenidas de aquellos pobres desterrados, eran los cánticos y el cortejo de aquel Corpus nocturno sin más cirios que los luceros, ni más Palio que el azul tembloroso de los cielos bordados de estrellas.

Por aquellos caminos solitarios marchaban con el Amor de los amores.

Atrás quedaba Málaga

Entre el furor de las llamas desaparecían los templos; el Cristo, la Dolorosa de Mena lloraban lágrimas ardientes sobre la plata derretida de sus tronos y el terciopelo de los bordados mantos que devoraba el fuego...

De vez en cuando una lágrima que no podía contenerse se le escapaba al Obispo desterrado, y se quedaba temblorosa sobre los rayos de plata de su portaviático.

El recuerdo de aquel grupo de chaveítas que vio en una de las calles malagueñas jugando al fútbol con la cabeza de un santo que pateaban como si fuera la pelota le arrancaba aquellas lágrimas...

Avanza la noche... ya se ven los reflejos luminosos del faro.

III

Diario de un desterrado

A las doce de la noche del 13 de mayo llegaron a las puertas de Gibraltar. Amigos de Málaga que estaban allí refugiados le estaban esperando. Entre ellos se encontraba el bondadoso Obispo de aquella plaza hospitalaria, Mons. Richard Fitzgerald,

En la frontera se pararon los coches. El Sr. Obispo, seguido de sus familiares, puso por vez primera sus pies de desterrado en aquella tierra extraña.

Se abrazaron los dos Obispos y después de saludar a los que habían ido a esperarle, se dirigieron todos al Hotel donde le habían preparado alojamiento.

El Obispo de la Eucaristía fuertemente conmovido, sacó de su pecho el Santísimo y lo entrego al Prelado de Gibraltar, no pudiendo evitar que la fuerza y el contraste de sentimientos al pisar aquella tierra y en aquellas circunstancias, le hicieran derramar lágrimas, mientras también lloraban de rodillas los que asistían a aquella conmovedora escena...

Al día siguiente celebró la Santa Misa en la Catedral, y un gran número de personas, especialmente de los refugiados, se acercaron a recibir la Sagrada Comunión de sus manos. Al terminar el Santo Sacrificio se organizó espontáneamente un besamano como homenaje de afecto y desagravio al Obispo perseguido...

UN ASILADO MÁS

Su espíritu necesitaba en aquellas circunstancias reposo para orar y pensar, necesitaba, sobre todo, vivir junto a un Sagrario, esto le pedía en aquellos momentos al Señor y El se lo concedió proporcionándole alojamiento en el Asilo Gavino. En un departamento muy alto, bastante

independiente del resto del Asilo, integrado por ancianos, ancianas y niñas, se instalaron el Sr. Obispo y sus familiares (²⁰⁹).



**En el destierro. Acompañado
del Sr. Obispo de Gibraltar**

Desde aquí se dirigió inmediatamente a sus diocesanos con estas palabras que añadió a la Carta Pastoral que antes de los sucesos les había escrito con motivo del XV Centenario del Concilio de Efeso, según se dijo en el capítulo anterior.

“Post scriptum. Escrita la anterior Instrucción, fue impedida de salir a la luz por la ola sacrílega de incendio y devastación que en dos días ha

²⁰⁹ Amablemente se lo cedieron las Religiosas españolas Madres de los Desamparados lo regentaron y con mucho gusto también lo pusieron a su disposición los señores que formabas Patronato del Asilo.

arrebatado a Dios en Málaga más de cuarenta templos, y ha dejado sin hogar a multitud de Párrocos, Capellanes, Religiosos y Religiosas; sin escuela y sin refugio a miles de niños y niñas, en su mayoría pobres huérfanos, y al pobre del Obispo, de cuyo palacio no han quedado más que los muros ⁽²¹⁰⁾.

Al publicarse hoy, subrayamos con toda la energía de nuestra alma los mandatos que en ellas os dirigíamos: oremos y cumplamos con nuestro deber, si es preciso hasta el heroísmo, hasta el martirio... y si algo hemos de añadir, es este nuevo encargo: perdonemos, como perdonó el Maestro, enclavados en la cruz y dispuestos a morir por los mismos que nos crucifican.

Así triunfó El y así triunfaremos nosotros ¡desde la cruz!

Sin casa en donde vivir y dormir seguro, pues a las que habité por caridad después del incendio y saqueo de la mía sobrevivieron amenazas, pánicos y consternaciones, me vi obligado, Dios sabe cuán contra mi voluntad decidida y creo que probada, de vivir y morir entre mis queridos hijos, a refugiarme en estas hospitalarias tierras.

Recibid la bendición de aliento, de fortaleza, de paz y de esperanza que desde lejos os envía, deseando que las circunstancias permitan dárosela de otro modo pronto.

Vuestro

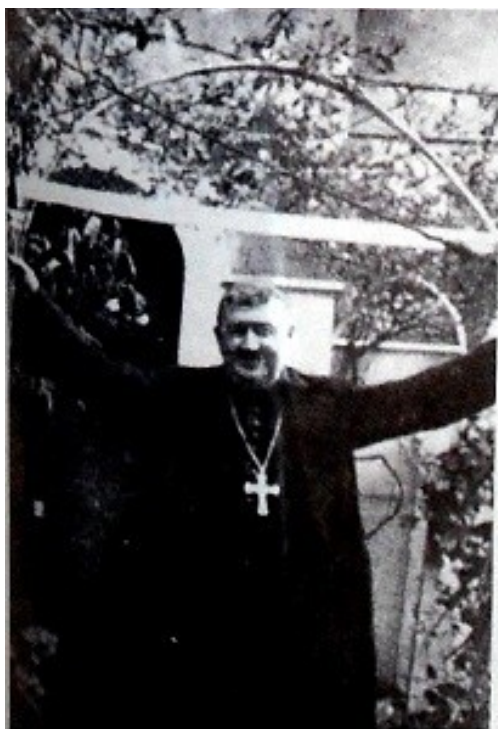
† OBISPO

G., 25 de mayo 1931.”

Allí, en la Capilla del Asilo, celebraba diariamente la Santa Misa y, muy cerca del altar, pasaba grandes ratos rezando su Breviario junto a Jesús Sacramentado, hablando con El y... descansando sobre el Corazón Divino, descargando en El todas sus preocupaciones y angustias.

Allí, como en su Palacio de Málaga, eran sus frecuentes visitas durante el día, y con sus familiares rezaba las oraciones de la noche, añadiendo esta jaculatoria que gustaba de repetir mucho entonces: “*Corazón Eucarístico de Jesús, consuelo de nuestro destierro, da la paz a la Iglesia.*”

²¹⁰ Puede verse la lista de templos asaltados en Apéndices. N.º 8.



En el jardín del Asilo Gavino: Bendiciendo a sus Ordenados



**Escribiendo en su destierro
Contemplando el Peñón**

La providencia amorosa del Corazón de Jesús que nunca abandonó a los suyos, sé mostró generosísima con El, y valiéndose de la caridad de muchas personas, movió sus corazones para que la ejercieran con el Obispo del Sagrario abandonado. Al verse pobre y despojado de todo absolutamente, por el incendio y saqueo del Palacio, puso su confianza en el Señor, y Este correspondió como quien es a su filial sentimiento y completo abandono.

Desde su llegada a Gibraltar comenzó a recibir limosnas para que pudiese atender en seguida a sus más perentorias necesidades: unas, de las mismas personas que allí se hallaban refugiadas, y otras, que le llegaban de los más distantes puntos de España.

¿Cómo recibió el Sr. Obispo esta prueba? ¿Qué efectos y qué reacciones se produjeron en su espíritu y en sus sentimientos?

Querer asomarse al alma grande de este elegido es algo pretencioso cuando se sabe de antemano que no hay capacidad suficiente para ello; pero en lo que podemos vislumbrar, por lo que en él se observaba, se pueden asegurar estas impresiones, sentimientos y virtudes: La primera impresión que tuvo al recibir tan rudo golpe fue el dolor de un gran desengaño.

El, que amaba tanto a su pueblo, que se había sacrificado siempre tan generosamente por el bien de todos, que había conversado tantas veces con los pobres y humildes y les había dado tantas muestras de cariño y remediado tantas de sus necesidades... nunca creyó que pudieran corresponderle así.

Esta inesperada ingratitud abrió en su corazón una herida que nunca, mientras vivió, llegó a cicatrizarse del todo.

Pero si para su naturaleza ultrasensible fue terrible la prueba, la gracia se manifestó espléndida en su espíritu.

De admirar era, ante todo, su paz; una paz admirable que ni por un momento dio muestras de faltarle y que comunicaba a cuantos le rodeaban o se le acercaban.

Siempre original y característico en su estilo escribía a una persona en una postal: *“Viviendo con Jesús no es posible sentirse desterrado en parte alguna. El es la parte de mi herencia y de mi cáliz. Sin El el mundo es un desierto y un destierro; con El, unido con El, hasta el infierno, si fuera posible esto, se convierte en Cielo.”*

¡Qué bien revela los sentimientos de humildad y de confianza con que llevaba la prueba, esta jaculatoria que, como fruto de su oración, repetía y aconsejaba repetir a otros: *“Padre nuestro que estás en los Cielos: por el Corazón de tu Hijo Sacramentado te pedimos perdón por nuestro ayer, te consagramos nuestro hoy y te confiamos nuestro mañana!”* Y esto otra: *“Corazón de mi Jesús Sacramentado, que yo sufra contigo y Per Ti lo que Tú quieras.”*

Y no menos se revelaban en la “felicitación” (ya eran célebres estas felicitaciones todos los años) que dirige al Corazón de Jesús en su día, desde las páginas de “El Granito”.

“Sí en los lutos no obliga la cortesía de felicitar le dice si obliga la necesidad de desahogarse el corazón. Recibe, pues, Corazón bendito de Jesús, Amo, Padre y Señor mío y de todas mis obras y de todo y de todos los que de algún modo conmigo están unidos, como felicitación de tu fiesta, el homenaje de unas ruinas calcinadas con fuego de sacrilegios y regadas con lágrimas de desagravio y confianza en Ti y de perdón para los sacrílegos...”

Este año. Señor, tu ejército de almas enamoradas de tus Sagrarios abandonados disperso a los cuatro vientos por el huracán del odio sin motivo y sacrílego no puede desfilar ante Ti más que en espíritu y no puede ofrecerte más homenaje que sus lágrimas..., ¡Lágrimas de compasión y desagravio ante tanto Sagrario profanado, tanta ara destrozado, tantas imágenes tuyas, de tu Madre y de tus Santos arrastradas, violadas y convertidas en tizones de hoguera, tantos templos incendiados o devastados, tantos sacerdotes y religiosos y religiosas, huérfanos y desamparados sin techo que los cobije...!

Recibe, Amo bendito, la felicitación de nuestras lágrimas, el homenaje de nuestra confianza en Ti, ahora más firme que nunca, y el ¡Amén! ¡Alleluia! ¡Amén! ¡Alleluia! que con toda el alma te decimos en las vísperas de tu triunfo brillante que ciertamente llegará” ⁽²¹¹⁾.

Nadie mejor que él mismo que tan perfectamente transparentaba su alma en sus escritos pudo decirnos los sentimientos y el estado de su espíritu en lo que por entonces escribía.

MIRANDO A SU DIÓCESIS

Instalado en el acogedor Asilo y atendido con todo esmero y delicadeza por las religiosas ⁽²¹²⁾, dedicaba las mañanas, después de celebrar el Santo Sacrificio y hacer sus rezos y oración, a revisar la numerosa correspondencia y contestar por sí o por su Capellán, D.

²¹¹ “El Granito de arena”, 1931, p. 322.

²¹² Era Superiora entonces la Rvdma. Madre Laureara de San José, después Superiora General de la Congregación de Madres de Desamparados, fundada por la Sierva de Dios, M. Petra de San José, natural de Valle de Abdalagis (Málaga), cuya causa de beatificación esté introducida.

Fernando Díaz, las cartas y telegramas recibidos. No sólo atendía particularmente a su clero y fieles contestando a sus cartas de condolencia, consultas y demás asuntos de su Diócesis, sino que por medio de circulares y “r tas pastorales e instrucciones en el “Boletín Eclesiástico del Obispado” mantenía tenso el espíritu de sus hijos alentándolos en la confianza sobrenatural y animó dolos a cumplir sus deberes de católicos en aquellas circunstancias...

Unas veces en el modesto escritorio de su habitación del Asilo y otras en una simpática terraza que tenía éste frente al mar, o en un patio que él denominaba “Villa Egipto”, pasaba las mañanas escribiendo (²¹³)

Buena parte de su jornada la ocupaba recibiendo visitas.

Y no faltaban destacados católicos gibraltareños que le visitaban para demostrar su afecto y respetuosa adhesión al Obispo perseguido.

Con el Prelado de Gibraltar, Monseñor Richard Fitzgerald, un simpático irlandés, que iba frecuentemente a acompañarle, pasaba ratos de consoladora expansión fraternal. Invitado por él o por otros sacerdotes de su Diócesis que iban a estar algunos días en compañía de su Obispo, paseaban algunas tardes por los alrededores del Peñón o por las proximidades del mar...

Ni aún en medio de las tristezas y sombras de aquella temporada deja de sacar partido su fina observación psicológica hasta de las cosas más insignificantes, ni deja de recoger las notas graciosas, delicadas, provechosas para instruir a los demás haciendo reír y llorar con esa gracia especial que tenía para ello.

Ved cómo recoge y transcribe el tipo de una viejecita del Asilo en las siguientes líneas.

UN REGALO DE “SANTA ANA”

Escena 1.^a

Una de mis compañeras de Asilo, envuelto su encorvado cuerpo en un clásico mantón negro de pico, y su cabeza y cara de Santa Ana de retablo con un pañolón de seda negra, con su buen nudo debajo de la barba, se presenta en la puerta de mi cuarto, que está junto a la puerta de salida.

²¹³ En aquellos días preparaba sus libros “Nuestro barro”, “El Rosario Sacerdotal” y “La Gracia en la educación.”

— ¿Me deja usted entrar, Padrecito mío?

— Con mucho gusto, señora mía, pase Vd.

Tras de tres besos al anillo y otros tantos estrujones de su mano con la mía, prosigue:

— *Es que hoy me toca salir de paseo y se me partía el alma de pasar por la puerta sin decirle condíos.*

— ¿Y qué lleva Vd. ahí en ese papelito debajo del mantón?

Y con una sonrisa acompañada de un suspiro responde:

— Nada, una pamplinilla, es un regalillo.

— ¿Un regalo? ¿Pero Vd. tiene para hacer regalos, y se puede saber a quién?

Nuevo suspiro con sonrisa mientras descubre el envoltorio de papel de estraza que guarda debajo del mantón...

— *Es una mijiya del dulce que me dan de postre, que se lo guardo...*

— ¿A algún nietecito?

— Cá, no señor, me he quedado sola en el mundo... mi corazón está de luto como Vd. ve mi cuerpo, ¡sola! ¡sólita!

— ¡Pobrecita! Entonces tendrá una amiguita de su tiempo...

— ¿Amigas, amigas? Padrecito mío, a esta edad y metida en un Hospicio ¡se acabaron las am''gas y todos los conocimientos! Mire usted, de puertas adentro no me queda más que las Madres que son unas santas Madres, pero de puertas afuera no me queda más sombra que la de los árboles...

— ¿Entonces ese dulcecillo?...

— ¡Ah!, le diré a Vd., y bajando la voz y casi al oído me recalca: *Esto es para una perrito; ¡no se ría Vd. ni me tome Vd. por chalá! Es una perrito que parece que le dicen al oído cuándo me toca salir y me espera ahí abajo... Y mire Vd., Padre de mi alma, me entra una cosa aquí dentro —señalando al pecho de que todavía hay en el mundo quien me espere a mi y me mire a la cara y se alegre de verme que ¿qué menos voy a hacer con el animalito que llevarle un poquito de bizcocho quitado de mi boca y echar un ratito con él...?*

Y allá se fue mi amiga limpiándose con la punta del nudo del pañuelo las lagrimillas que el relato de su soledad y de su consuelo le habían hecho derramar dejándome a mi sonriendo por fuera y casi llorando por dentro...

Escena 2.^a:

A la hora del desayuno del otro día me presentan un envoltorio de papel de estraza con esta razón: de parte de una ancianita que no quiere decir su nombre...

Abro el papel y me encuentro dos tortas de esas que se llaman isabelas.

A pesar del incógnito riguroso, confirmé mi sospecha de quién vendría el dulce regalo: De mi Santa Ana de retablo.

Guardando la delicadeza de su incógnito, nada me he atrevido a decirle, pera cuando sale he observado que ya no lleva envoltorio debajo del mantón y le he preguntado después de los apretones y besos de rúbrica en el anillo y en la mano: ¡Qué! ¿Ahora na hay nada para la perrito? Y clavando sus ojos, humedecidos y sonrientes a la par, en mí, me dice lentamente:

—Ahora, ahora todo es para una persona que está más abandonada y pobre que yo...

Nos separamos en silencio; pero ¡cuántos temas de conversación con el Jesús de mi Asilo me ha dado el verlo y sentirlo en tantos Sagrarios partido el Corazón de pena per no encontrar a quien dar el bocado de dulce de su palabra y de su mirada o la isabela de cielo de su Eucaristía...!

¡El tan fino y rumboso amador...! (214).

¡Qué amargas eran para él las horas de su destierro...!

¡A dos pasos de España sentirse extranjero!

Por aquellos paseos de la plaza, los cañones que hablaban un lenguaje de vergonzosas injusticias que llevan siglos sin saldar...

Todo habla allí de la Patria, y sin embargo qué lejos se siente uno allí de ella. Dentro de la tierra andaluza ha cambiado en un momento la decoración.

Las calles grises, sin la blancura de la cal, enredándose como una madeja al Peñón que levanta su frente altiva sobre la bahía, la seriedad de aquellos soldados rígidos, la fría y pulcra seriedad británica, aquella amalgama de razas y de credos, forman un sombrío contraste con el regocijo de aquella Andalucía que se queda a las puertas.

²¹⁴ “El Granito de Arena”, 1931, p. 418.

Hasta el Cielo parece menos azul y el mar menos apacible.

El pobre desterrado atravesaba agobiado bajo su cruz, la calle de la amargura más sombría y más tétrica de su vida.

Pasea procurando desechar su tristeza, por las terrazas del Asilo y por las arenas de la playa...

VOLANDO TIERRA ADENTRO

Pero su pensamiento vuela sobre las olas del mar, tierra adentro, hacia su Seminario, sus sacerdotes, su querida Diócesis malagueña.

A primeros de julio dirigió esta hermosísima carta:

“A MIS SACERDOTES”

“El huracán de odio y devastación, que ha desolado material y espiritualmente vuestras iglesias y feligresías y nuestra Diócesis, y que a no pocos de nosotros nos ha separado de nuestros fieles, ha conseguido por un prodigio de la misericordia del Corazón de Jesús, el buenísimo y no intentado efecto de estrechar más fuertemente los lazos de cariño y adhesión que os untan con este vuestro pobre Pastor...”

¡Benditas persecuciones que ponen a los hijos en trance de ser más hijos y al padre de ser más padre y al uno y a los otros de ser más sacerdotes!

El gran consuelo y la gran esperanza; Podrán queridísimos sacerdotes, los enemigos de Dios y de su Iglesia quitarnos nuestros templos y nuestras casas, nuestros bienes, y hasta nuestras vidas; pero lo que no pueden quitarnos ahora ni nunca, con todos los medios con que cuentan hoy y cuenten hasta el fin del mundo, es ¡nuestro Sacerdocio!

¡Somos y seremos sacerdotes a favor de ellos, con ellos y a pesar de ellos!

Con confesonarios y sin ellos podemos perdonar pecados; con púlpitos y sin ellos podemos predicar el Evangelio de Jesús; sobre altares ricos o bajo bóvedas artísticas, como sobre un montón de piedras en el campo y sobre nuestro propio pecho tendido sobre el potro de una cárcel, y bajo la bóveda del cielo o las sinuosidades de una cueva, podemos decir nuestra Misa y ofrecer a Dios el augusto Sacrificio de su mayor gloria y nuestra mayor gracia...

¡Siempre sacerdotes!

Mi consejo: *La palabra, que como santo y seña en esta hora de recia batalla, a la que parece, y humanamente así es, que llevamos todas las de perder, la consigna que quisiera grabar con fuego de mi corazón en el corazón de todos mis buenos hermana, es ésta;*

¡Sacerdotes sed cada vez más sacerdotes!

Más sacerdotes:

1.º *En vuestro corazón, sumergiéndolo muchas veces al día en el fuego del Sagrario, dejándolo arder y comer por el fuego de la oración, cada vez más confiada y filial, por el celo creciente e ingenioso.*

2.º *En vuestra cabeza, apoyándola cada día más fuertemente en la fe viva en le Hostia de nuestra Misa y de nuestro Sagrario, en el Evangelio eterno de Jesús y en h Iglesia inmortal e indefectible de Jesucristo.*

3.º *En vuestra lengua, moviéndola cada día más y por medios adaptados a lis necesidades de cada día, para predicar, perdonar, atraer, defender, confesar, alentar confundir en nombre y por la gracia del Corazón de Jesús.*

4º *En vuestras manos, abriéndolas cada vez más para llamar a los que se m, abrazar a los que vuelvan, socorrer de vuestra pobreza a los mismos que quemaron vuestras casas y os dejaron en la miseria y*

5.º *En todo vuestro exterior e interior, sonando cada día más a eco de Evangelio y oliendo más a Hostia consagrada.*

Yo os prometo *en nombre de nuestro Señor Jesucristo y como Pastor vuestro que soy que, si vosotros y yo nos dedicamos desde hoy a esto sólo, a ser más eco de Evangelio y más olor de Hostia, es decir, a ser cada día y cada hora más sacerdotes, la Diócesis de Málaga, la desolada y arruinada Diócesis de Málaga, será en plazo no largo la Diócesis más rica y floreciente en paz de Cristo, en obras de Dios y en triunfos insospechada de la Iglesia y de las almas*" (215).

Me resisto al comentario, son tan bellos y ten profundas estas palabras que meditándolas se avaloran: queriéndolas explicar, mi torpe pluma las deslustraría.

Cuatro meses después vuelve a dirigir otra hermosísima carta pastoral a sus diocesanos, de la que transcribimos algunos párrafos:

“Venerables hermanos y amados hijos:

²¹⁵ “Boletín Oficial del Obispado” de Málaga, 1931, p. 215.

Fijo el cuerpo en tierra extranjera y el corazón y el pensamiento en vosotros, os digo per medio del papel algo de lo mucho, de lo que incesantemente hablo con vosotros, de vosotros y por vosotros sobre todo en mis ratos de Sagrario.

En las cartas que me escribís y en las visitas que me hacéis y en los mensajes y encargos que por medio de los que vienen me dirigís, casi siempre viene, descubierta o envuelta, esta pregunta, que es a la vez un lamento:

¿Qué dice nuestro Obispo? ¿qué siente nuestro Obispo de la hora presente de persecución y de las horas venideras?

MIS TRES PALABRAS:

La primera palabra que debo a mis queridos diocesanos es;

1.^a, de protesta.

Ante la Justicia de Dios y ante la conciencia de los hombres..., protesto contra la tardada en Cortes y comenzada a perpetrarse expulsión de Dios del Estado español y de sus leyes, del hogar y de la escuela. Protesto contra la conculcación de los sacrosantos derechos y merecimientos de la Iglesia católica, alma y vida de España y de su historia, contra el despojo de sus bienes, contra el hambre a la que se condena a sus sacerdotes, contra la disolución y confiscación con que se amenaza a las niñas de sus ojos, que son sus religiosos y religiosas, y contra la particular saña con que se persigue a la meritísima Compañía de Jesús, a la que tanto deben en el orden espiritual, cultural y de beneficencia la Patria y la Diócesis.

2.^a, de condolencia.

No sólo palabra, sino sentimiento, el más acendrado y ardiente de condolencia, debo a todos mis queridos y, por esto mismo, venerados perseguidos.

Estad ciertos, queridos sacerdotes, que sobre mi corazón pesan, y quizás con más peso que sobre el vuestro mismo, las pobreza y privaciones que os esperan...

Yo, olvidado de cuanto me han hecho, perseguido y despojado con incendios, con robos, calumnias y amenazas, siento una complacencia inmensa en decir con todas las veras de mi alma a mis Sacerdotes: Hermanos y amigos míos, sabed que mientras vuestro Obispo tengo pan en su mesa y un pedazo de techo que lo cobije, vosotros no os quedareis sin pan ni sin casa y ¡creédmelo! el día de mayor placer para vuestro

Obispo seria aquel en que se quedara sin comer para que no le faltara comida a alguno de vosotros.

* * *

Este invierno ¡cuántos y cuántos pobres pasarán horribles hambres y fríos! Los que aún podéis hacer y dar algo, acordaos sólo de que sois cristianos, olvidad agravios y compadeceos de los que no comen, sobre todo ¡de los niños! ¡mis chaveítas!

3.^a, de confianza.

Después de ese cuadro de apreturas de corazón, ¡con qué ganas se dicen y se saborean las palabras del Maestro: “En el mundo padeceréis opresión; pero confiad, Yo he vencido al mundo! (Jn, 16, 33).

¡Qué bien cae sobre el alma oprimida por las amenazas y los golpes del odio in justo el ¡Confiad! dicho por el siempre Vencedor, Jesús...!

Mi palabra, pues, de confianza a mis queridos perseguidos es ésta: Mirad la cruz sin turbación, con paz y con esperanza cierta de que en ella está el triunfo de Jesús, de su Iglesia y nuestro.

Sí, esperamos en paz, que Dios sea glorificado, cuando seamos humillados y por El libertados. “

Y ese esperar en paz, no es esperar sentados y cruzados de brazos en una estéril inacción y cerrados los ojos para no ver los males que nos rodean, sino que es esperar andando, esto es, seguir cumpliendo cada cual con su deber como mejor y más rectamente pueda y con todo su deber, el deber para con Dios, para con los hombres y la Patria y consigo mismo.

¡Qué triunfos tan inesperados produciría una gran cruzada de deberes cumplidos...!

“MI SBMINAMO”

Si durante su destierro estaba en constante comunicación con su Clero y fieles, más atención aún dedicaba a su querido Seminario. Muy frecuentemente se cruzaban las cartas y los superiores le visitaban acompañados algunas veces de grupos de seminaristas.

Si el Pastor desterrado llevaba en lo más hondo de sus afectos a su querido Seminario, también la preocupación de éste era su Padre y Prelado a quien tanto echaban de menos, sobre todo en la hora de la visita vespertina que diariamente les dedicaba...

Como muestra de ese cariño filial reproducimos lo que escribió un seminarista a los dos meses de la salida del Sr. Obispo:

“Mi querido amigo:

Si has venido alguna vez al Seminario en estos últimos seis meses, habrás visto que al empezar la cuesta que lleva a la Capilla hay una gran piedra.

...Es grandota, sin pulir ni tallar, tal como ha salido de la cantera expulsada por la dinamita. Quien no conozca el corto historial de esta piedra no reparará en ella siquiera.

Y, sin embargo, para los seminaristas ha tenido durante el curso nuestra más finas miradas y ahora un triste recuerdo, amasado en lágrimas de compasión y de dolor. Era el punto de descanso del señor Obispo. Todos los días subía a pie la cuesta del Seminario rezando su Breviario, al llegar arriba, la piedra le ofrecía tosco, pero tranquilo descanso, que él aceptaba con aquella sencillez que le caracterizaba. Allí acudían multitud de chaveas, hermanitos o amigos de los seminaristas, a escuchar una palabrita del Padre, a recibir la confortadora bendición del Obispo y a estampar en su anillo pastoral el beso de cariño y adhesión.

¡Qué orgullosa se sentía mi piedra, al verse no sólo silla del Pastor, sino cátedra del Maestro!

Sentado en aquella silla daba a veces instrucciones a los señores sacerdotes que venían a consultarle asuntos; allí recibía a seminaristas que acudían a pedirle normas para la dirección de sus espíritus, allí bajaban los superiores a darle cuenta de la marcha del Seminario y a escuchar la palabra orientadora, animosa, consoladora.

Y ahora la piedra está sola en medio del camino; todas las tardes al subir la vemos seria, triste, abandonada. Nadie se sienta en ella porque todos la respetan, como respetan el sillón del abuelo en la casa solariega.

Para los seminaristas es evocadora de recuerdos placenteros, muda lengua que dice en su silencio amargas realidades, e inquietante pregunta para el futuro.

Al verla por la tarde dirigimos nuestra mirada al Corazón de Jesús que en frente se alza sobre la Capilla y le decimos: que pronto pueda sentarse nuestro Obispo en esta piedra...”⁽²¹⁶⁾.

²¹⁶ “El Granito de Arena”, 1931, p. 389.

De imborrable recuerdo fue para los ordenados de entonces la celebración de las sagradas Ordenes recibidas de manos de su Obispo en el destierro, el día 2 de agosto de aquel año 1931. Siete diáconos que iban a ser ordenados sacerdotes llegaron a Gibraltar.

La llegada de sus queridos ordenandos arrancó lágrimas a los ojos del Prelado. También ellos lloraban emocionados al besar, después de casi tres meses de destierro, el anillo pastoral de su Obispo a quien todos los días veían antes en su Seminario...

En la Capilla del Asilo tuvo lugar la conmovedora ceremonia.

Terminada la ordenación, el Sr. Obispo, que precisamente llevaba aquel día el anillo de su consagración episcopal, perdido en el incendio de su palacio y recogido entre los escombros, sentado en su sitial les habló esforzándose por contener la emoción que le embargaba.

“No voy a daros una nota triste, nota de pesimismo. Os voy a dar una nota de sano y santo optimismo, una nota muy alentadora, muy alegre, y esa nota me la da la Iglesia nuestra Madre en su Liturgia de este día. En la oración de esta dominica decimos “Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas... ¡Oh, Dios, que manifiestas principalmente tu omnipotencia perdonando y compadeciéndote...!”

Acabáis de ser constituidos ministros de Dios, ministros de su omnipotencia y vais a ejercer ese ministerio entre los hombres que os aborrecen y persiguen, hombres que no ha mucho han profanado y destruido los templos de ese Dios omnipotente, de quien sois ministros. ¿Qué debéis hacer para devolver el honor y la gloria a ese Dios tan ultrajado que os envía a los pueblos? ¿acaso pedirle que envíe fuego del cielo que abraza y consuma a sus enemigos? Eso sería obrar a lo hombre, pero vosotros desde hoy debéis obrar a lo Dios. Lo que El hace debéis vosotros hacer también. El manifiesta principalmente su omnipotencia, no arrasando ciudades y aniquilando a sus enemigos, sino perdonando a los que se arrepienten y teniendo lástima de los que se obstinan en su pecado.

* * *

Por tanto, perdonad generosamente a los que nos han maltratado y robado, a los que han incendiado nuestros templos, pretendiendo borrar de la tierra hasta el nombre de Cristo, perdonad, si se arrepienten, y a los

que no se arrepientan compadecedlos, tenedles mucha lástima; así seréis ministros fieles de la omnipotencia de Dios” ⁽²¹⁷⁾.

Después habló particularmente con cada uno de ellos y los despidió para su Diócesis.

—Señor Obispo, ¿hasta cuándo?

— ¡*Hasta que el Amo quiera!*

Ese *¡hasta cuándo!* era la pesadilla atormentadora de su destierro; y si su confianza en Dios y su entrega a la Divina Voluntad, no hubiesen sido tan extraordinarias, hubiesen bastado a robarle la paciencia, de que dio tan hermosos ejemplos sin faltarle en ningún momento. Aquel pensamiento era su corona de espinas.

Los días iban pasando, la situación política en España no sólo no tendía a mejorar con respecto a la Iglesia, sino que cada vez iban apareciendo nuevas leyes sectarias.

¿Cuándo podría volver a su Diócesis? ¿Cómo solucionar el problema? ¿Qué garantías daban las autoridades para que no se repitieran los vandálicos hechos del 11 y 12 de mayo? Las autoridades eran las mismas que no habían sabido o podido evitar aquellos desmanes. Los factores de aquellos hechos, incendiarios y gentes maleantes campaban por sus respetos. ¿Era prudente presentarse de nuevo para que pudieran decir los izquierdistas que era una provocación?

Y caso de irse de Málaga, ¿en dónde podría vivir con independencia para no comprometer a nadie ni ser causa de que fuesen perseguidos los que le ofreciesen alojamiento? El ensayo hecho era bastante elocuente.

Eran tales sus ansias de resolver aquella situación para estar entre sus diocesanos, que acariciaba la idea, y ya varias veces estuvo casi decidido a ejecutarla, de irse a vivir entre los escombros del Palacio, él sólo.

Pero aún así, ¿tendría la libertad suficiente en esa situación para ejercer su ministerio pastoral?

Todas estas interrogantes pasaban sobre su alma y le producían la natural ansiedad y preocupación.

LA RESPUESTA DEL AMO

Acuciado por sus deseos de volver a Málaga como fuera y por encima de lodo y pidiendo luces al Corazón de Jesús para decidir lo que

²¹⁷ “El Granito de Arena”, p. 454.

podiera ser más de su agrado divino, sucedió lo siguiente que cuenta un testigo digno de todo crédito.

Como recordarán, él quería a todo trance volver a Málaga y habilitar cualquier rincón del Palacio en ruinas, con una cama, una mesa y una silla, y seguir desde allí rigiendo su Diócesis que tanto quería a pesar de tanta ingratitud.

A mí me manifestó sus deseos, y, aún cuando yo comprendía muy bien todo lo que eso significaba de abnegación, sacrificio y cariño, le aconsejé que no debía volver, por los peligros a que se exponía en aquellas circunstancias; lo mismo le aconsejaron otras personas, pero a pesar de todo, él no dejaba de pensar y desear el estar entre sus diocesanos dispuesto a dar su vida si así convenía.

Así estaba el asunto, cuando un domingo, durante el desayuno, se suscitó la conversación de Málaga, y jamás podré olvidar lo que entonces ocurrió; él, con aquella sencillez y naturalidad que le eran peculiares, nos dijo: *“Hace un ratito, cuando decía Misa, al tener al Señor en mis manos antes de comulgar, muy cerquita le dije: Señor, dame a conocer claramente tu voluntad en lo de mi ida a Málaga; y, como el Amo es tan bueno, estoy seguro que la contestación no se hará esperar.”*

Antes de terminar el desayuno subieron el correo y entre otras cartas venía una del P. Estebanell, que se encontraba en Madrid, la abrió, y con una voz emocionada y con algo de sobrenatural en su semblante, nos leyó lo que decía el P. Estebanell, o sea: que el señor Nuncio le encargaba dijera al Sr. Obispo de Málaga, “que en manera alguna pensara en volver a su Diócesis por entonces”, con otras razones y comentarios que yo no recuerdo.

Después de leer esto exclamó: *“¡Qué bueno es el Amo y qué pronto ha contestado a mi pregunta! Gracias, Señor; siempre a tus órdenes, donde quieras y como quieras.”* ⁽²¹⁸⁾.

Pasaron unos meses. Al Presidente de la República, Sr. Alcalá Zamora, en el mes de los tristes sucesos de Málaga, le fue enviada por el

²¹⁸ Santiago Estebanell y Suriñach, ejemplar sacerdote, predicador elocuente y popular, procedía de la diócesis de Barcelona, donde fue Párroco varios años de Ntra. Sra. de la Bonanova en la capital. Luego pasó a Madrid y después a Málaga, donde estuvo al frente de una parroquia. En mayo de 1931, los revolucionarios le quemaron su iglesia y todos los libros y enseres de su propiedad. Como abogado que era, fue encargado por el Sr. Obispo de trabajar en la recuperación de los valores del Estado pertenecientes a la diócesis de Málaga que habían perecido en los incendios.

Vicario General del Obispado una detenida exposición de los hechos acaecidos con todas las circunstancias agravantes y el estado en que habían quedado las iglesias y conventos de la Diócesis después del asalto de los revolucionarios en la noche del 11 al 12 de mayo, y cómo el Prelado había sido obligado a huir y refugiarse en Gibraltar ante los repetidos intentos de ataque a su propia persona.

El silencio más absoluto fue la única respuesta, ninguna explicación, ninguna satisfacción, ninguna protesta ni seguridad ni protección fue ofrecida al Sr. Obispo por el Gobierno.

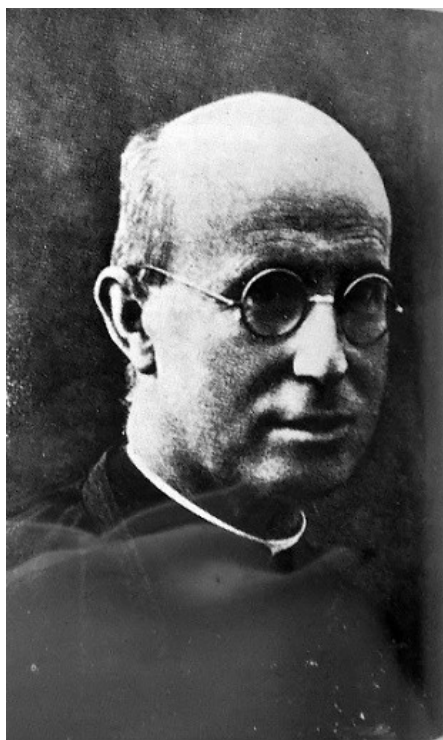
Otra vez entre los suyos

Ya que, a todas luces, para la vuelta a la capital de su Diócesis no se encontraba solución satisfactoria y viable, y el tiempo iba pasando, el Sr. Obispo que ansiaba estar entre sus diocesanos, pensó trasladarse a la ciudad de Ronda, en donde el Obispado de Málaga tiene en propiedad un departamento o pabellón hermoso y bien amueblado unido al Colegio de los PP. Salesianos, llamado de Santa Teresa, fundación de la Excm. Sra. D.^a Ventura Terrado, por cuya disposición existen dichas escuelas y departamento episcopal.

En aquella ciudad, aunque las autoridades republicanas eran también izquierdistas, no se habían registrado como en otros pueblos, los desmanes turbulentos de asaltos a iglesias y conventos, y pudiendo estar en casa propia, podría estar en su Diócesis y dentro de ella esperar su regreso a la capital...

Así todo dispuesto, después de haber pasado siete meses en Gibraltar atendido con veneración y afecto en el Asilo Gavino, por las religiosas de San José de la Montaña, salió de esta hospitalaria tierra el día 26 de diciembre de aquel inolvidable año 31. Le acompañaban el Vicario General de su Diócesis, D. Francisco Martínez Navas y su Secretario particular, D. Fernando Díaz de Gelo.

El Prelado de Gibraltar, que con tan fraternal afecto y bondad le acogió y consoló durante su destierro, fue con él en el auto que le condujo hasta la estación de San Roque, en donde nuestro Sr. Obispo, después de abrazar emocionado a su venerable hermano en el Episcopado y agradecerle su caridad para con él y las atenciones que había recibido de sus fieles gibraltareños y en especial de la Comunidad de Madres de Desamparados, tomó el expreso procedente de Algeciras que lo llevó hasta Ronda.



D. Fernando Díaz de Gelo

EN LA FRONTERA ESPAÑOLA

Al aproximarse en el coche al límite de la frontera española, se le acercó un policía de la República, y, a pesar de ver por sus vestiduras episcopales que el transeúnte era un Obispo acompañado además por el de Gibraltar, le pidió sus documentos.

El Sr. Obispo le contestó: —*Soy un indocumentado. Todos mis papeles y hasta mis Bulas han sido reducidas a cenizas, en nombre de la República.*

Su nombre,

—*Manuel González García.*

— ¿Profesión?, añade el policía lápiz en mano.

—*Apunte Vd.: Obispo de Málaga, en liquidación por incendio.*

El policía le miraba sin saber qué cara ponerle, mientras anotaba en su blok...

El coche siguió adelante y al momento de cruzar la frontera, el policía telefoneaba al Ministro de la Gobernación, D. Miguel Maura, que acababa de entraren España el Obispo de Málaga.

La llegada a Ronda fue de riguroso incógnito. Con antelación habían dado órdenes oportunas para que ni el clero de la ciudad saliera a la estación.

Siete meses permaneció el Sr. Obispo en la ciudad de Ronda, conviviendo con los PP. Salesianos, con cuya Congregación, como queda dicho, le unían antiguos lazos de amistad y a los que consideraba como de la familia.

Al fin tenía la satisfacción de poder estar en su misma Diócesis y en contado más inmediato con sus sacerdotes y fieles, y en especial con los rondeños, dándose paternalmente a todos, departiendo con las sencillas gente del pueblo cuando atravesaba sus calles y conversando con los chiquillos, que bien pronto se dieron cuenta de cómo los quería su Sr. Obispo, y que le rodeaban cariñosamente en cuanto lo hallaban a su alcance (²¹⁹).

VERANEO EN EL NORTE

Según su costumbre de pasar casi todos los veranos una temporada alejado de los calores del Mediodía que tanto perjudicaban a su salud no poco quebrantada aquel verano de 1932, y amable e insistentemente invitado para pasar una temporada en Elorrio, como en años anteriores a los sucesos de Málaga, lo había hecho, decidió salir para el Norte, donde le esperaban muchos buenos amigos ansiosos de verle después de los sufrimientos padecidos, *“a ver si me faltaba un pedazo de algo”*, como él escribía jocosamente (²²⁰).

²¹⁹ Organizó en Ronda una Academia de Catequistas, que puso bajo la advocación del Bto. Diego de Cádiz, cuyo cuerpo se venera en aquella ciudad. El mismo Sr. Obispo en su residencia episcopal daba semanalmente una conferencia sobre Religión y Pedagogía catequística.

²²⁰ Todos los veranos, desde el de 1028, solía pasar una temporada en Elorrio (Vizcaya). Se hospedó la primera vez en el Convento de los Religiosos Agustinos de la Asunción, pero los Excmos. Sres. Condes de Láriz, que también veraneaban en este pueblo, al conocer al Sr. Obispo, le rogaron aceptase el hospedarse en su casa, considerándose muy dichosos de poder ofrecer con mil delicadezas de caridad un “rato y apacible descanso al venerable Prelado. Si su santo y ameno trato era para la noble y piadosísima familia de la Casa Láriz un consuelo, al que no se resignaban a renunciar ningún verano, no menos lo era para el Sr. Obispo, que admiraba las virtudes de tan ejemplar familia y en especial del Excmo. Sr. Conde, D. Antonio María de Murúa y Rodríguez de Paterna, Camarero Secreto de S. S. que murió santamente el 22 de noviembre de 1931.

Siendo además en aquel año uno de los que correspondían a los Prelados de España practicar la Santa Visita Ad Limina, terminado el verano seguirían para Roma, en donde anhelaba verse ante Su Santidad Pío XI y darle cuenta personalmente del estado de su pobre Diócesis, desahogando su corazón con el del Padre y Pastor Supremo de la Iglesia.

Salió, pues, de Ronda el 29 de julio acompañado de su Capellán don Fernando Díaz, para Madrid. Allí visitó el Excmo. Sr. Nuncio, Monseñor Tedeschini, que le ratificó nuevamente su deseo de que en manera alguna pensara volver a Málaga todavía, máxime cuando estando en Ronda estaba ya en su propia Diócesis gobernándola en contacto con su clero y fieles.

Le expresó su deseo de que, si bien a otro Prelado le había dispensado de obligación de ir a Roma aquel quinquenio por su falta de recursos, él aunque tenía sobrados motivos para pedir un permiso semejante, prefería que no dejase de ir por el consuelo que su visita proporcionaría al Santo Padre.

En los primeros días de agosto llegó a Elorrio siendo recibido con el mayor cariño y veneración por la buenísima familia de la Casa de Láriz, a la que el llamaba *“refugio de la paz”*... y que con tanto afecto y agradecimiento recordó siempre...

Entre tanto, la situación para la libertad de la Iglesia en España no era tranquilizadora.

En aquel verano de 1932 se levantó otra polvareda, por la que se tildaba de conspiradores a los más destacados derechistas y hasta se llegó a detener a algunas honorables personas por fútiles pretextos bajo los cuales solo había deseo de venganza y de odio a la Religión y al orden.

INQUIETUD EN RONDA

Cualquiera de estos movimientos de la capital repercutía pronto en los pueblos y los cabecillas izquierdistas se creían inmediatamente con derecho a meterse con el clero y con las personas más destacadas por su actuación religiosa. También a Ronda llegaron los rumores de aquel nuevo aspecto del llamamiento antirreligioso y empezaron a circular amenazas... y reticencias inquietantes...

Y como es de suponer, la primera persona aludida no podía ser otra que la más representativa de la jerarquía eclesiástica, cuya presencia en Ronda no podía ser muy grata a los enemigos de la Iglesia...

La actitud de los agitadores, sin embargo, llegó a preocupar seriamente en Ronda al clero y a los buenos amigos del Sr. Obispo.

En una sesión del Ayuntamiento, se tomó el acuerdo de ver con disgusto que el Obispo se avecindara en Ronda, pues se había presentado una moción pidiendo que el Obispo no volviera a la ciudad (²²¹).

Para excitar a la gente, que es lo que pretendían los cabecillas que movían aquel ataque, se celebró a mediados del mismo mes de agosto un gran mitin de tonos revolucionarios, en el que hablaron los de ideas más avanzadas de la extrema izquierda.

La salida del mitin, con voces y gritos, recordaba aquella fatídica noche del 11 de mayo...

Se hablaba de incendiarle la casa, y días antes le habían enviado un anónimo en tonos alarmantes con fuertes amenazas (²²²)

Enterado de todo escribía desde Elorrio el 17 de agosto, a su familia:

“Ya veo cómo anda eso... Opino como don M. que esa exaltación pasará: pero como tenemos tiempo por medio para pensarlo, ver venir los acontecimientos y oír la voz de Dios ¡no hay que apurarse en el día de hoy! Como los que dicen esas cosas, no hablan más que de mí y de que no vuelva, desde luego se ve claro que no piensan en la familia; por eso no me intranquiliza que estéis ahí.

Decid a cuantos os han acompañado lo agradecido que les estoy y que pido por ellos. ¡Viva el Amo!”

²²¹ En un periódico local, “La Razón”, publicado por un joven católico. D. Francisco Castro Horrillo (muerto por los rojos en 1938), escribió éste un suelto por aquellos días, protestando de aquel acuerdo del Ayuntamiento, y en favor del Prelado y de la hidalguía del pueblo rondeño. Los promotores de la persecución aquella eran dos destacados masones, reconocidos por tales. Aunque la opinión general era favorable al Sr. Obispo y todos le tenían por un santo, sin embargo, no faltaban quienes se prestaran a secundar los manejos de estos cabecillas.

²²² “Recuerdo cómo a veces, cuando esperaba en la antesala de su despacho, oía afuere fas canciones burlescas, alusivas a él, que con motivo del carnaval había inventado la chusma. Y recuerdo también la imponente manifestación pidiendo la cabeza del Sr. Obispo.” (De una carta de D. Antonio V. de Frutos. Ronda, 17-11-1943).

“El 26 de Mayo de 1932, día del Corpus, después de la procesión, habló a los fieles en la iglesia mayor, y era tanto su fervor y tan valiente la súplica pidiendo al Señor ser su víctima, que aún conservo fresca la emoción de aquel momento.” (De la misma carta).

Pasado más de un mes de estos acontecimientos y acercándose la fecha de la salida del Sr. Obispo para Roma, fue el 24 de Septiembre desde Elorrio a San Sebastián donde tuvo una entrevista con el Nuncio de Su Santidad Mons. Tedeschini, que se encontraba veraneando en aquella ciudad (²²³).

SU VIAJE A ROMA Y A TURÍN

Nuevamente volvió a la capital guipuzcoana el 2 de octubre, siendo visitadísimo, y el día 4 de dicho mes de aquel año 1932 salía de San Sebastián para Roma, en compañía de los Prelados de Zamora, Segovia y Pamplona y de su Capellán D. Fernando Díaz.

El día 10 fue recibido en audiencia por S. S. Pío XI. Hoy por fin he tenido la audiencia con S. S. Casi no se habló más que de la situación de España por la que está muy afligido y no sé cuántas veces repetía: “¡Povera Spagna! ¡Hora tenebrarum!” Estaba más para consolarlo que para dar consuelo.”

“Es necesario trabajar mucho, sobre todo en la instrucción religiosa; los enemigos han trabajado mucho y han hecho lo que han querido”, (continúa diciendo el Papa). Paciencia, valor, confianza... Le enseñé algunas fotografías del Palacio y de las iglesias nuestras incendiadas... “¡Vandálico, vandálico! Hay que esperar el auxilio de la Divina Providencia.” Yo trataba de contarle cosas alentadoras... Le llevé una nota pidiendo la bendición para “El Granito” y las Marías y me dijo que sí. Después la bendición muy amplia; y fui a visitar al Secretario de Estado.

Ayer tuve una plática de una hora a estos colegiales sobre la gran asignatura del silencio del Sagrario.”

Allí estaba él, el mismo de siempre con su eterna sonrisa. Nadie creería que estaba *crucificado*.

“Aquí procuro reírme y hacer reír cuanto puedo a los hermanos (Obispos) muy necesitados de estas inyecciones jubilosas.”

²²³ Habló de su vuelta a Málaga, dispuesto a lo que fuere más conveniente; pero el Sr. Nuncio le insistió en que a Málaga de ninguna manera fuese por entonces. Mientras él marchaba a Roma se vería cómo andaban los ánimos de sus rondeños, y a la vuelta de su viaje se le diría lo que parecía prudente hacer en aquellas circunstancias.

¡Cómo retrata esto su caridad y su empeño de no dejarse llevar por la tristeza de tantas cosas como pesaban sobre él!

El 24 de octubre, después de haber despachado todos sus asuntos en la Ciudad Eterna, y obtenido una Bendición de S. S. para “El Granito de Arena” con motivo de sus Bodas de Plata, salió para Turín donde le esperaba su gran amigo el Rvdo. D. Pedro Ricaldone y la familia salesiana de D. Bosco.

Este viaje a Turín ensanchó su espíritu tan agobiado de preocupaciones y tristezas; se sentía esponjado en aquel ambiente, y escribía el 27, desde Turín: *“¡Qué bien se pasa aquí! Estoy haciendo una especie de Ejercicios Espirituales, gráficos e intuitivos. El B. Cottolengo con su Piccola Casa de 9.000 personas alimentadas por la Providencia, el B. Bosco con siete Casas enormes en Turín y alrededores y con una actividad y una cantidad de personas al servicio de las almas que impone. Ayer estuve con D. Pedro en I. Becchi, en la casa en que nació D. Bosco. ¡Qué tarde! ¡lo que dice el contraste entre el casi establo de la casita aquella y la inmensidad de obras y de hombres que de aquella cueva de Belén han salido y salen!*

Hoy voy a Avigliana al Noviciado de las del Sagrado Corazón de Chamartín que me llaman con insistencia y mañana a otras obras grandes...

Hoy he dicho Misa en el cuarto de D. Bosco, ayer ante su cuerpo, y me paso mis buenos ratos entre María Auxiliadora y él.”

La incertidumbre de su porvenir, de su vuelta a Ronda, después de las noticias del estado en que se habían puesto las cosas en aquella ciudad con respecto a él, eran preocupaciones que llenaban muchos de aquellos ratos a que se refiere. Pero a pesar de esto, lucha por vivir abandonado en el Corazón de Jesús que lo va llevando, y procura desechar preocupaciones y hacer actos de confianza en la amorosa Providencia de su queridísimo Amo y Padre.

En Turín recibió noticias de Ronda.

Después de recibir la correspondencia de España con noticias desagradables sobre esto, escribe el día de Cristo Rey:

“Fueron ayer en mi poder las vuestras y las del señor P. y las dos del Rvdo. P. P. Impuesto en su contenido y después de dar gracias al Amo porque me quiere muy cerquita de El y muy parecido a El y asistido patentemente con la ayuda de María Auxiliadora y D. Bosco que aquí se

bebe, decido lo mismo que tenia decidido: vivir al día y dejar lo de mañana y pasado a El. Amén, amén.”

¡Era tan delicado para sentir las emociones del cariño y agradecía tanto su corazón tan fino aquellos desagrazos en medio de su prueba! Al mismo tiempo se preocupaba siempre de dar a su familia las noticias y los detalles que más puedan alegrarles y consolarles, y les añade al final de esta carta: *“Bueno, os quiero muy contentas y jubilosas porque así damos gloria al Amo, ¿eh?”*

EN VEZ DE RONDA A MADRID

Apenas llegado a Barcelona, el primero de noviembre, se puso en comunicación con Ronda celebrando una conferencia telefónica para enterarse del estado en que estaban las cosas y hacer su plan de viaje.

Las noticias que podían darle no eran satisfactorias; las gestiones hechas por las autoridades eclesiásticas en Ronda y comunicadas al Vicario General por el Arcipreste, no habían conseguido las imprescindibles garantías del Ayuntamiento para que pudiese volver el señor Obispo. Cuando éste manifestó por teléfono su deseo de llegar dentro de por os días a Ronda lleno de satisfacción y alegría, sus familiares apenados tuvieron que darle la respuesta de que no podía ser, anunciándole una carta en la que se explicaba la situación. Sobre su alma cayó una losa que le oprimía, llenándole de amargura. Se veía como un errante que no tiene donde fijar su morada... ¡Una nueva cruz le salía al encuentro en su camino!

Después de pasar unos días en Barcelona y Zaragoza, a donde llegó el 7 de noviembre, volvió a Madrid, y allí visitó al Nuncio de su Santidad dándole todos los datos que tenía sobre los acontecimientos ocurridos durante su ausencia de la Diócesis. Monseñor Tedeschini, vistas y pensadas todas las circunstancias que en aquel momento concurrían, creyó más prudente dilatase su vuelta, y así, no sólo le aconsejó sino que le mandó que por entonces no pensase en volver, y rigiese su Diócesis desde Madrid, donde podría hacerlo con más libertad de movimiento y seguridad personal. No era ya un consejo, sino un mandato del representante del Papa.

Fácil es suponer la tristeza de que se hallaba embargado el ánimo del Sr. Obispo. Se hospedaba entonces, como lo había hecho en otras ocasiones, en casa de la piadosa y distinguida familia de Calonge y Page, y

apenado de la nueva prueba, se refugió en el Sagrario de la Capilla de la casa, derramando su corazón con todas sus angustias y preocupaciones en el Corazón de Jesús... Fueron unas horas de angustioso Calvario. Allí buscaba el consuelo y la luz.

Cuando salió de la Capilla, después de haberse puesto una vez más con todas sus cosas en manos de su Amo y Señor, y protestarle que no quería más que hacer lo que fuere del divino agrado, la dueña de la casa, movida de una delicada y generosísima caridad, se le presentó para ofrecerle un consuelo en medio de tu prueba.

—Sr. Obispo, si por ahora tiene que residir en Madrid, necesita casa. Yo tengo precisamente un piso desalquilado en calle Blanca de Navarra, y si al Sr. Obispo le viene bien, no tiene más que ocuparlo cuando quiera, sin preocuparse de más y traerse a su familia.

En ese generosísimo rasgo de caridad vio una respuesta del Corazón de Jesús a su confianza y un consuelo en su desolación, al mismo tiempo que una señal más de que entonces lo quería allí...

Profundamente consolado, sintiendo por aquel favor que nunca pudo olvidar, una inmensa gratitud que siempre estuvo viva en su alma, aceptó el delicado ofrecimiento.

* * *

Abandonado completamente a la voluntad del Señor, comenzaba una nueva etapa de su camino de Obispo desterrado.

Sin casa, lejos de los suyos, desde hoy ¡vivirá de limosna! ¡Así lo quiere Dios!

Capítulo XVI

En un piso de la calle de D.^a Blanca de Navarra

1.^a.- *En aquel portalico de Belén...*

Rigiendo su Diócesis desde el Sagrario.

Otra vez a Roma.

De Roma a Turín.

El “aluvión” de Sarriá.

Aquellas bodas de plata...

2.^a.- *Viudo sí, segundas nupcias no.*

¡Hay que desenvenenar aquello!

¡Qué difícil es renunciar!

Gestionando su regreso.

La voz limpia y valiente de D. José Estrada.

¿Otra vez a Ronda?

Palencia a la vista.

En aquel portalico de Belén

Todo se lo han quitado, menos la paz de su alma, la sonrisa de sus labios y su Sagrario.

San Pablo en la cárcel de Roma cargado de cadenas sobrenadaba en la superabundancia del gozo de Dios; aquellos hierros le quitaban la movilidad a sus pies andariegos, pero a su lengua no la pudieron encarcelar. “Verbum Dei non est alligatum.” (2 Tim. 2-9).

¡La palabra de Dios no se puede amarrar con las cadenas!

A él le ha quedado libre la mano, la lengua y sobre todo... ¡el corazón! Desde su destierro seguirá dándose, como el Pan Eucarístico, a todos, amigos y enemigos en una efusiva comunión de amores y de perdón. En la minúscula capillita de aquel piso de la calle de D.^a Blanca de Navarra, es esta su continua oración:

“Pastorcico bueno, bendito seas porque me has hecho conocer y entender que el verba que comprende toda mi acción sacerdotal y apostólica es el verbo darne, y que mis enemigos podrán quitármelo todo, menos el poder que Tú me has dado de redimir y redimirme dándome por Ti y como Tú” ⁽²²⁴⁾

Desde aquel Sagrario comenzó a dirigir su Diócesis.

RIGIENDO SU DIÓCESIS DESDE EL SAGRARIO

La comunicación con Málaga era, puede decirse, diaria, no sólo por las cartas en que el Vicario General le informaba de todo y consultaba cuanto se ofrecía, sino por los frecuentes viajes a Madrid de los sacerdotes que más ayudaban al Sr. Obispo en la dirección inmediata de su Diócesis.

Tanto el Prelado como sus colaboradores en el ministerio pastoral y los fieles malagueños, ansiaban el momento en que cambiando las

²²⁴ “Mi Jaculatoria de hoy”, p. 79, 2.^a ed.

circunstancias, pudieran verse nuevamente reunidos en la capital de su Diócesis.

De un lado su deseo de resolver aquella situación anormal y de otro, el ver que las circunstancias no se presentaban favorables para su vuelta, torturaban su espíritu y le obligaban a hacer constantes actos de paciencia y de entrega a la divina voluntad.

La presión cariñosa de los que deseaban su regreso junto con la incompreensión de no pocos que murmuraban de él por su ausencia de Málaga, le proporcionaban otros géneros de sufrimientos sólo comprendidos de quien los experimenta...

Estos íntimos sentimientos anotados por él en su diario le apuntes espirituales, descubren algo del estado de su espíritu.

Día 6 de enero de 1934.— “*Vidimus et venimus*” .—*Esa es toda la historia gloriosa de los Magos. ¡Ver el signo de Dios y seguirlo sin titubeos ni miramientos!*

Corazón de mi Jesús, que esas dos palabras sean también la historia de mi vida. Ver la señal de tu voluntad y salir andando.”

Ese *salir andando* subrayado por él ¡cuánto dice y significa!

Sentíase como prisionero en aquel pisito, su celo veíase como comprimido, buscando para su expansión únicamente la pluma y las audiencias que concedía a un gran número de personas que iban a visitarle, muchas de ellas a tratar con él los asuntos de su alma ⁽²²⁵⁾.

Tomó por norma, pues así lo aconsejaba la prudencia, mientras residió en Madrid, no exhibirse y pasar lo más desapercibido posible.

Sin embargo, su personalidad era tan conocida en toda España y más aún desde los tristes sucesos de Málaga, que no podía pasar del todo inadvertido.

²²⁵ Durante este tiempo que pasó en Madrid terminó de escribir y publicó sus libros “La gracia en la educación”, “Un sueño pastoral” y “El Rosario Sacerdotal”. Además escribía frecuentemente Circulares y Cartas a sus diocesanos, publicadas en el “Boletín del Obispado”; destaca especialmente entre éstas una muy interesante sobre espíritu y organización parroquial. (Enero 1935).

En varias ocasiones tuvo el consuelo de administrar el Sacramento de la Confirmación y el de Orden, invitado por el Sr. Obispo de Madrid. Hoy no pocos sacerdotes del clero diocesano, algunos de ellos misioneros ya en lejanas tierras, se consideran dichosísimos de haber recibido las Sgds. Ordenes de las manos de tan santo Prelado y en aquellas circunstancias.

Sacerdotes, religiosos, seglares invadían casi continuamente sus habitaciones y veces había en que esperaban audiencia, no sólo en la salita de espera, sino en la Capilla y en el comedor. Algunos comentaban jocosamente que de seguir aumentando las visitas, iba a ser necesario esperar turno en la escalera, y recordaban las peregrinaciones para consultar con el Santo Cura de Ars.

¡Cuántas gracias cayeron sobre las almas durante su estancia en Madrid! ¡Cómo salían llenas de consuelo y de paz de aquel modestísimo despacho donde las recibía! A muchísimas personas se les oía exclamar emocionadísimas al salir, como a la Samaritana del Evangelio:

“Me ha dicho todo cuanto yo hice” (Jn. 4, 28) y éstas a su vez traían a otras para que también se aprovecharan del *don de Dios*.

Una noche algo tarde, se presentó un Prelado americano, otras veces eran sacerdotes o religiosos extranjeros... Hubiese sido interesante, sin duda, llevar un diario de las personas que pasaron por aquel piso durante los casi tres años que duró su estancia en Madrid.

Uno de los seminaristas malagueños que le visitó en el verano de 1934, escribía: “¡Qué día tan feliz el que pasamos con nuestro Obispo! Yo ya hacía dos años que no le veía, y ahora cuando lo vi le encontré una cosa tan especial... una paz, una tranquilidad, una cara siempre alegre, una lengua ten de fuego de amor al Sagrario...

¡Nuestro Obispo, que se levanta todos los días a las cinco y media para dar los buenos días, hablar y reparar a su Jesús antes que los hombres hieran y ofendan su Corazón Divino! ¿Su oración? No sé cómo será, porque eso sólo Dios que lo ve es el que lo sabe; pero sí sé que se pasa grandes ratos en su Capilla, sentado en un sillón y mirando sin pestañear a la puertecita del Tabernáculo donde está su amo, ¿qué se dirán?

Su Misa tiene algo muy especial, un recogimiento, un tono de voz, una manera de coger y mirar la Sagrada Forma... total, que sólo el fijarme en su manera de decir Misa fue para mí como un rato de oración del que saqué mucho bien.

Después, toda su vida tan sencilla, con tanta paz interior aún en medio de muchos sinsabores y contrariedades... todo lo suyo en una palabra, respira cielo y habla de Dios. ¡Bendito sea El que nos ha dado tan gran bien!” (²²⁶).

²²⁶ “El Granito de Arena”, 1934, p. 742.

No entraba en los planes del Sr. Obispo el hacer un nuevo viaje a la Ciudad Eterna, cuando sólo hacía dos años que había estado en ella. Más la amable invitación de los PP. Salesianos, para que asistiera con ellos a la Canonización de D. Bosco, fue tan insistente que al fin venció su resistencia y accedió gustoso, por tratarse de un Santo a quien profesaba singular cariño.

Aquella peregrinación salesiana en la primavera de 1934 dejó un dulce recuerdo en su alma.

Su llegada a Barcelona en los primeros días de marzo, de donde salió la peregrinación, fue el comienzo de este viaje de *mimos* constantes, como él decía, recibiendo manifestaciones de cariño *por todas partes*.

Nada mejor que transcribir algunos *trozos de* sus cartas:

“En Barcelona, la gente cariñosísima... La salida emocionante, con banda de música y todo, el viaje con tanta gente, entretenidísimo. Yo no sé la de Marías que vienen y lo que lloran no pocas nada más de verme. Realmente ha sido cosa del Corazón de Jesús que me viniera con la peregrinación, pues a más de que se ha podido hacer un poquito de bien, se me ha hecho ligerísimo este viaje siempre largo y penoso.

En Roma siguen los mimos. En el Colegio Español estoy solo; los Superiores a porfía buenos y cariñosos; ayer y hoy (escribía el Viernes Santo) he celebrado de Pontifical los Oficios, verdaderamente emocionado” (No los había celebrado desde la Semana Santa del año 32 que pasó en Ronda).

A vuela pluma describe el viaje en unas cuartillas para sus lectores.

“¡Clausura del Año Santo y Canonización de D. Bosco!

Esa exclamación en bocas y en cartas de los buenos amigos salesianos y de mi gran amigo D. Pedro Ricaldone, Superior Mayor de ellos, me saca de mi piso de Madrid y me pone en viaje de peregrino salesiano.

27 de marzo: Martes Santo al mediodía.

Salida de Barcelona con ochocientos peregrinos de toda España en dos trenes: tren azul y tren rosa, con media hora de diferencia; despedida cariñosa de música, aplausos y vivas. El simpático e infatigable P. Viñas, organizador de la peregrinación y el venerable P. Calasanz, Provincial de Cataluña, se multiplican respondiendo a unos, colocando o otros y dando

gusto a todos. Visito mi tren rosa que me ha tocado hoy y en todos los departamentos se canta, se reza y en algunos, como en los de tercera, ocupados en su mayoría por valencianos y sevillanos, se discurrea, se declaman versos y hasta se cantan saetas.

¡Buena gente y buen espíritu!

Por el número de personas que se me dan a conocer veo que la mayor parte o son Marías o lectores de “El Granito de Arena” o las dos cosas juntas.

— ¿Dirá Vd. algo en “El Granito” de nuestra peregrinación?

Y esto es la respuesta.

Port Bou: Cambio de tren, paso por la Aduana y ¡Francia! Nos entregan a cada peregrino una cestita para cenar cuando tengamos gana.

³⁸ *Miércoles Santo: Por una feliz combinación de tren y de hora española t italiana consigo celebrar la Santa Misa en Ventimiglia, frontera italiana; ¡qué bueno es Jesús!*

Entrando en la parroquia de la ciudad a las seis y media de la mañana (cinco y media, hora española), daban la Bendición con el Santísimo Sacramento a un grupo de fieles. Dejo el tren rosa y paso al azul en el que sigo hasta Roma.

Por la tarde, merced a la ocurrencia del Sr. Artero, Canónigo de Salamanca, nos reunimos en un departamento y a lo largo del pasillo todos los sacerdotes peregrinos ¡bastantes! para cantar ¡así! ¡en correcto gregoriano! los Maitines de tinieblas. ¡Bello y original coro! Llegamos a Roma alrededor de las nueve de la noche, sin habernos dado cuenta de la ración de treinta y pico horas seguidas de tren, ¡tan animados y contentos íbamos todos!

Siguiendo mi costumbre, en cuanto diviso la cúpula de San Pedro, rezo lo mejor que puedo el “Creo en Dios Padre...” ¡Qué dicha ser católico, apostólico, romano!

29. Jueves Santo: En el querido Colegio español, en que me hospedo, tienen la gentileza de invitarme a celebrar los Oficios de hoy y mañana. ¡Cómo me hicieron gozar, y diría llorar, aquellos buenos colegiales con sus cantos tan litúrgicos y sus ceremonias tan devotas y diestramente ejecutadas!

Por la tarde, primera visita a San Pedro para ganar el jubileo y después, la audiencia del Padre Santo. Antes de subir a la Silla gestatoria que había de conducirlo a la gran sala de las Bendiciones en que se iba a

celebrar, me acerqué a besarle el pie, dándome él a besar su mano y diciéndome con el más afectuoso de los tonos—, ¡Ben ritornato! ¡ancora fuori della sita Diocesi!

¡Cómo conmueve sentir mi visita del año 32 y mi violenta situación tan presentes en la memoria y en el corazón del Papa!

Después de presentarle a varios buenos amigos, entre ellos a los doctores Gálvez Ginachero, de Málaga y Enríquez de Salamanca, de Madrid en representación de la Hermandad Española de Médicos y Farmacéuticos de San Cosme y San Damián, que por cierto, impresionó mucho a S. S. y mucho más cuando a su pregunta supo ascendían a mil ochocientos los asociados, subió a la Silla gestatoria y entró triunfalmente en la sala de las Bendiciones en la que esperaban más de cuatro mil españoles; ¡qué ovaciones! ¡qué delirio! Sentado en su trono el Papa lera la quinta alocución de aquella noche) ¡con cuánto cariño hablaba de Nostra e vostra cara Spagna y del gran D. Bosco! ¡Con cuánta piedad enseñaba a nuestras almas a meditar, a agradecer y a aprovechar la Redención, viviendo vida cristiana, que es la gran invención del Redentor Cristo, y manifestándola en una organizada, dócil y constante Acción Católica, y con cuánta efusión bendecía a los presentes y a nuestros ausentes queridos, a nuestros niños, a nuestros ancianos, a nuestros enfermos a nuestros sacerdotes, a nuestros Obispos y ¡cómo no hacer constar en honor del corazón paternal del Augusto Pontífice aquella mirada con que al nombrarlos, me envolvió y aquella graciosa palabra de nuestros Venerables Hermanos los Obispos de España, aquí tan simpáticamente representados por el Obispo de Málaga que tanto ha padecido por el nombre de Jesús...!” ¿Quién se acuerda de penas ni de persecuciones sabiendo que se padecen a gusto de Jesús y del Papa?

30. Viernes Santo: Oficios en el Colegio Español; visitas a las Basílicas para ganar el Jubileo, y por la tarde, Via Crucis con los peregrinos en el Coliseo, ¡que emoción seguir a Jesús en su Pasión hasta el Calvario acompañado en espíritu por tantos mártires que en aquel Circo Calvario ofrecieron por él su sangre y su vida! Nadie se preocupaba del agua abundante que caía del cielo y de la que había en los charcos de la tierra...

Desde el pie de la Cruz colocada en el centro del Anfiteatro, dije a los peregrinos entre otras cosas, que había que cambiar el vocabulario; que a lo que el mundo llamaba victoria, placer y vida, el nuestro, el que se aprende al pie de la Cruz de palo, debe llamarlo derrota, dolor y muerte;

los que fueron aquí derrotados, torturados y muertos por la lengua de las fieras humanas que se sentaban en esas gradas y por los dientes de las fieras que salían de esas galerías subterráneas, hoy y eternamente vencen, gozan, viven. El canto del Credo tan firme, valiente y sentido cerró acto tan conmovedor.

** * **

1 de abril. Domingo de Pascua: Lo de hoy, indescriptible: a las cuatro y media de la mañana. Maitines y Laudes solemnes, procesión con el Santísimo Sacramento, plática y Misa en el Colegio Español, asistiendo un grupo de peregrinos para comulgar y sitiar con tiempo la puerta de San Pedro; desde las ocho en que empezó a salir a la Plaza de San Pedro el gran cortejo que acompañaba a Su Santidad, hasta la una de la tarde, canonización de D. Bosco, se calculan en trescientas mil personas las que ocupaban la inmensa Basílica y la plaza; imposibilitado de describir tanta magnificencia, me limito a apuntar los tres momentos que más me emocionaron: la salida triunfal del Papa por la plaza de San Pedro en una graciosa mañanita de Pascua, la proclamación de D. Bosco Santo y la Bendición Papal, desde el balcón principal del Vaticano, a los cientos de miles que llenábamos la plaza, a pesar de la tempestad de lluvia, relámpagos y truenos que en ese instante se desencadenó, y... no digo más.

2. Lunes de Pascua: Por la mañana, solemne clausura de la Puerta Santa, y por la tarde, tengo el gran gusto de recibir unos cincuenta peregrinos malagueños que en grupo aparte y por vía marítima habían llegado el Viernes Santo; visita consoladora, efusiva, triste y esperanzadora a la par, ¡encuentro de hijos con su Padre, tan lejos y después de tanta y tan dura ausencia! ¡Casi tres años!

Después de acto tan conmovedor, tomo parte en otro muy simpático en el Colegio de las Religiosas españolas de los Angeles Custodios; una junta general de las buenas Marías de Roma, presididas por su egregio Director, Mons. Rovella, y acompañadas por buen número de Marías españolas de distintas regiones.

** * **

3. Martes de Pascua: Mis peregrinos salesianos se van a Asís, Padua, Florencia y Milán para llegar el sábado a Turín; yo he de quedarme en Roma esperando dos audiencias del Papa: una para mis malagueños que

con otros grupos de españoles llegados después del Jueves Santo, no la habían tenido aún, y otra privada.

No me detengo en contar la magna audiencia que a cuarenta mil peregrinos salesianos de fuera de España da en este día Su Santidad en la misma Basílica de San Pedro “la piu grande e bella sala del mondo”, como él mismo dice al hablar de aquella muchedumbre, y me paso al

4. Miércoles de Pascua: La audiencia para mis malagueños: con ellos y con algunos grupos de Sevilla, Oviedo, Madrid, Santander y otros se reunieron unos trescientos peregrinos. Por ser menor el número pudo ser más familiar y más íntima; el Papa, a pesar de las doce audiencias públicas que ya había tenido aquel día y de otra de más de dos mil ingleses que le esperaban, pasó por delante de todos dando a besar su mano y oyendo con interés las presentaciones que de algunos de mis queridos diocesanos le iba haciendo. En uno de los descansos le dije: Santísimo Padre, casi todas las señoras que hay aquí son Marías de los Sagrarios, y repetía con un gesto de cariño: ¡Ah! le Mane dei Tabernácoli”, a la par que bendecía. Sentado nos dirigió una alocución tan paternal y tierna que es imposible olvidarla. En aquellas palabras de efusión paternal y de bendiciones tan largas para que las distribuyéramos, ¡cómo tenía yo presente, más que en mi memoria en mi corazón, a mi perseguida y arruinada Diócesis, a mis queridos sacerdotes, a mi Seminario, y a mis seminaristas del alma, a mis religiosos y religiosas, dispersos aún muchos de ellos, a mis generosos auxiliares de Acción Católica, a mis maestros y maestras todavía fieles, a mis pobres niños en peligro de odiar a Jesús, y a tantos amigos buenos, de dentro y de fuera de mi Diócesis, que no me han dejado y a las Marías y Discípulos de San Juan de Málaga, de España, del mundo entero, y ¿por qué no decirlo? a mis enemigos y perseguidores míos y de mi Iglesia... para todos aquéllos una bendición de paz, salud, fortaleza, abundancias de bienes de todas clases, y para éstos una bendición también de gracias de conversión y de enmienda de vida.”

** * **

DE ROMA A TURÍN

Dejémosle de nuevo la palabra:

“6. Viernes: Acompañando al Sr. Cardenal Vidal, salgo por la mañana de Roma con la pena que siempre se deja, y llegamos por la tarde

a Turín, la ciudad de D. Bosco. Aquí vivió, aquí murió y aquí sigue viviendo en sus obras y en sus hijos y en el cariño y en la veneración crecientes de estos leales piemonteses.

Nos hospedamos en el mismo Oratorio. ¡Cualquiera entra en la Basílica de María Auxiliadora! A duras penas lo conseguimos a última hora.

7. Sábado: ¿En dónde se puede decir Misa aquí? Tanta afluencia de Prelados y Sacerdotes hace un problema de difícil situación encontrar altar y camino expedito de gentes que no dejaban andar para llegar a él. Por fin consigo decirla en la famosa Capilla Pinardi, la primera en que D. Bosco reunió a sus niños en el Oratorio. De lo demás ¿qué diré? Que insuficiente la Basílica para contener aquellos mares de muchedumbres que incesantemente entran y salen, el Oratorio todo con sus enormes patios, la plaza y las calles adjuntas se han convertido en Basílica; una conveniente y acertada distribución de altavoces ha realizado el prodigio de la ampliación; desde todas partes se oye predicar los sermones tires cada tarde del triduo) que se predicán, las advertencias que se dan y los cánticos y rezos. En pleno Corso Regina Margherita me sorprendió el canto de Vísperas que, como si fueran cantadas por ángeles, no se sabía de dónde salían. Esto es una revolución al derecho, una explosión de vida cristiana que asombra y enternece. Por todas partes se reza, se canta, se oyen confesiones, se reciben comuniones, se oyen sermones, se aclaman Cardenales y Obispos y todo esto con el orden posible, sin asomos de respeto humano, con devoción visible, con ganas de más... ¡Bendito millones de veces el gran revolucionario D. Bosco!

8. Domingo in Albis: Aquí vuelvo a decir como en el domingo anterior ¡esto no puede describirse!: diré sólo que, por la mañana, se celebró solemnísimas función de pontifical en honor del nuevo Santo, con asistencia de cinco Cardenales y ciento veinte Obispos y representaciones oficiales del Rey de Italia y de la República Argentina, y por la tarde, a pesar de la lluvia con que todo el día nos regaló la Providencia, una procesión de unos cinco kilómetros de recorrido cubiertos por la guarnición y unos trescientos mil asistentes de toda clase, nación y edad para pasear triunfalmente la urna del santo cuerpo de D. Bosco por las calles de Turín.

Básteme decir que no he visto, ni quizás vea, apoteosis de un pobre Sacerdote más sentida, espontánea, unánime, entusiasta, delirante que la

de D. Bosco y paseado por las calles de Turín revestido con su alba y casulla blanca como para celebrar su Misa...

Al terminar la procesión y dar un abrazo al venerable sucesor de D. Bosco, el fiel imitador y entrañable amigo mío, D. Pedro Ricaldone, le dije: — ¡Aquí se puede decir. “Aquae multae non potuerunt extinguere charitatem nec flumina—, y ni los mares son capaces de apagar el fuego de amor por D. Bosco!

9. Lunes: Y muy tempranito, a las cinco y media, dije mi Misa en donde pude, porque ya la ola humana invadía la Basílica y altares y, en unión del Sr. Cardenal y de nuestros queridos peregrinos, tomamos el tren para España...

Allá en Turín quedaba nuestro corazón esperando turno entre la cola sin fin de devotos de San Juan Bosco para estampar un beso de despedida sobre el cristal de la urna que guarda sus preciosos restos.”

El día 10 regresa a Barcelona y se recoge en el Tibidabo para hacer Ejercicios Espirituales.

— ¡Qué bien se está aquí!”, escribía el 11 de abril desde aquella Tebaida, “En la parte más alta de Barcelona divisando toda la ciudad, la montaña poblada de pinos y el mar, con un departamento completo y aislado para nosotros (él y su Capellán), con un bosque de pinos para pasear, un Sagrario precioso para nosotros y muy cerquita, los Podres tan buenos y obsequiosos... ¡un mimo del Amo! ¡Bendito sea! No recibimos a nadie aunque no dejan de preguntar por teléfono; a todos y a todos se dice que la semana próxima nos pueden ver en Sarriá.”

Y al terminar sus Ejercicios escribía el día 17: Acabo de salir de mis Ejercidos Bendito sea el Amo que me los ha dado tan sosegados y creo que provechosos. Esta tarde me paso a Sarriá a recibir el aluvión que espera.”

EL “ALUVIÓN” DE SARRIÁ

El aluvión que le esperaba a su salida de Ejercicios cuando del monte del Tibidabo bajó el 18 de abril a la Casa Salesiana de Sarriá, algo que revistió caracteres extraordinarios, tanto por la enorme cantidad de personas que iban a visitarle como por la fe y el entusiasmo con que ansiaban verle y recibir de él alguna palabra o al menos su bendición.

Fue notable el caso del pueblo de Horta, en donde no quedó nadie sin ir a verlo; con su párroco y coadjutores a la cabeza se presentaban en grupos enormes para que los bendijera y algunos le pedían les oyese en confesión; hubo hasta confesiones generales...

Se dio el caso simpático de tres obreros que no pudiendo ir a la hora de los demás feligreses de Horta, porque estaban haciendo un trabajo urgente, se presentaron a deshora suplicando ver al Sr. Obispo de Málaga. El los recibió cariñosamente y a cada uno le dijo la palabra que el estado de su alma necesitaba. Aquellos obreros eran anarcosindicalistas y suplicaban ver al Sr. Obispo para que les dijera alguna cosa que les quitara de la cabeza aquellas ideas tan malas que les habían metido en ella.

Fue un verdadero *asedio* el que *padeció* aquellos días, que duraba incesantemente, desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche, quedando sumamente cansado. Mas no por esto dejaba de darse a todos sin excepción, ocultando su fatiga bajo la placidez de su sonrisa.

Algunos se conformaban con esperar largo tiempo sólo para recibir la bendición. Muchas almas iban buscando en él el consuelo de sus penas y la luz en sus asuntos espirituales o temporales. Y aun no faltó quien lo buscase hasta para el remedio de sus enfermedades, tal era la fe en él, y el entusiasmo que demostraban por el venerable Prelado. ⁽²²⁷⁾.

El motivo principal de su estancia en Barcelona era el de predicar el sermón de la fiesta que al nuevo Santo quería dedicar su familia Salesiana con la mayor solemnidad.

Llegó el día de la gran fiesta en honor de San Juan Bosco y en ella predicó un hermosísimo panegírico de su tan amado Santo, ante la imponente masa de fieles que llenaba el templo de María Auxiliadora, presididos por el santo Obispo de Barcelona, Dr. D. Manuel Irurita, hoy mártir de Cristo.

En estos días de estancia en Barcelona recibió nuestro Sr. Obispo grandes muestras de afecto de aquel santo prelado.

Y regresó nuevamente a su pequeña residencia de Madrid, saturado de grandes y profundas emociones su alma, a seguir esperando allí la manifestación de la voluntad de Dios sobre su situación...

Aquel verano de 1934 fue, como de costumbre, a pasar unos días de descanso en Elorrio, para donde salió el primero de agosto con su salud un

²²⁷ En aquellos días se rumoreó el caso de una enferma milagrosamente curada por su medio.

tanto quebrantada. Estando allí estalló la huelga revolucionaria de los mineros de Asturias que tuvo repercusión en algunos pueblos vascos y especialmente en Mondragón, donde fue asesinado el diputado católico Sr. Oreja (q. e. p. d.).

En el mismo Elorrio estuvieron unos diez días con falta de luz y de comunicaciones hasta que reparadas las vías férreas y serenada la (cimenta volvió a Madrid el 17 de octubre donde continuaban las incesantes visitas de personas que buscaban en él la luz y el consuelo en sus caminos espirituales.

AQUELLAS BODAS DE PLATA

Muy lejos estaba de suponer el Fundador de las Marías años atrás, que las Bodas de Plata de su Obra predilecta las había de celebrar en situación tan anómala. Mas no por eso dejó de poner en movimiento a los Centros de la Pía Unión para que en todos se conmemorase con fervorosos homenajes de reparación y gratitud a Jesús Sacramentado tan memorable fecha. Para lo cual, propuso a las Marías de España y de fuera, como plan mínimo de celebración de las Bodas de Plata el hacer de ese día 4 de marzo de 1935 el día de la *gratitud ambulante*. ¿Cómo? Haciendo lo posible y lo imposible porque no quedase ese día Sagrario sin comuniones y visitas de Marías o Discípulos de San Juan.

En las vísperas del feliz aniversario quiso el Señor que le ofreciera, junto con el obsequio del dolor moral de estar aún ausente de su Diócesis, el del dolor físico, para que su homenaje fuera el del sacrificio...

Amaneció el 4 de marzo, el día de las Bodas de Plata de la gran Obra de las Marías de los Sagrarios Calvarios y el Sr. Obispo, Fundador, hubo de celebrar en la intimidad su Misa en la minúscula Capillita del piso que la caridad le había cedido, y cuyo altar por la delicadeza de una María apareció adornado con flores naturales blancas y moradas como las insignias de la Obra.

Entre los dolores y molestias de un ataque nefrítico muy agudo, pasó todo aquel día. Eran los primeros avisos de una nueva cruz que su Amo y Señor le regalaba.

Por la tarde se había anunciado a las Marías de Madrid un solemne Te-Deum al que el Sr. Obispo de Málaga, Fundador de la Obra, asistiría.

Pocos minutos antes de la hora anunciada aún no se sabía si los dolores permitirían asistir. Sin embargo, aunque muy Heno de molestias

físicas, pero más de consoladoras y profundas emociones espirituales, pudo trasladarse en coche a la iglesia en donde había de terminar la celebración de aquella fecha memorable.



En Madrid, celebrando las Bodas de Plata de la Pía Unión

La aglomeración de Marías era tan enorme, que muchas hubieron de quedarse en la calle. Leyó un sacerdote la hermosa carta del Vaticano en la que el Emmo. Cardenal Pacelli, más tarde Pío XII, de santa memoria, en nombre de su S. S. Pío XI felicitaba a todos los asociados de la Pía Unión, invitándoles a seguir trabajando fieles a su reglamento y concediéndoles la bendición Apostólica y la indulgencia plenaria a cuantos asistieran en todas partes a la fiesta de las Bodas de Plata. Luego, ante el Santísimo expuesto y revestido con los ornamentos pontificales, dijo el Fundador una plática aún más llena de vida y calor de Sagrario de lo que solía...

Tomaban en él un sentido de profecía aquellas palabras que escribió en Huelva en aquellos años ya un poco lejanos de Arcipreste: *“¡Ay! cuando contemplo la vida de esos hombres ignorados, héroes desconocidos, luchadores incansables y los veo trabajar un día y otro casi sin estímulos, sin apenas ver fruto, atacados por delante y quizás por los lados por los mismos que con él debían estar, no puedo menos de acordar-*

me de aquel libro que en su primera página escribe: “El mundo no lo conoció” y en la última “y lo crucificaron entre dos ladrones...”

Pero...

“Tertia die resurget.”

Sí, después de la muerte, ¡la resurrección! Así es como muere Cristo y los que por El y como El mueren.

No lo olvidéis, amigos queridísimos, apóstoles de la caridad, no lo olvidéis ¡hay resurrección!

Las semillas que hoy con lágrimas sembráis y que parecen perdidas, ¡resucitarán! ese corazón y ese cuerpo hoy tan cansados y caídos, ¡resucitarán! y vuestras semillas y vuestros trabajos y vuestra alma recibirán la promesa que está hecha por quien puede hacerla y cumplirla.

“Non gustabunt mortem in aeternum.”

II

Viudo sí, segundas nupcias no

¿Cual era entre tanto la situación de Málaga con respecto a la vuelta de su Obispo?

“¿HAY QUE DESENVENENAR AQUELLO!”

Van a cumplirse cuatro años de la memorable noche trágica del 11 de mayo de 1931 y aunque algo había mejorado el ambiente de lo que en aquellos tiempos de República esencialmente antirreligiosa podía darse, sin embargo, a pesar de los buenos deseos de los fieles católicos que suspiraban por la vuelta de su Pastor, persistía el estado de inseguridad y de peligro con respecto a su persona.

En una frase muy expresiva de la realidad supo definir un alto personaje de autoridad civil entonces en Málaga, la situación, al decirle al Prelado una vez que le visitó en Madrid: “Yo pido a Dios todos los días que vuelve a Málaga nuestro Obispo, pero hay que *desenvenenar* mucho aquello para que pueda vivir allí.”

Un caso ocurrido precisamente en aquellos carnavales de 1935 demuestra el rescaldo de rebeldía que aún quedaba allí encendido. Prohibió el Gobernador aquel año la salida de comparsas para evitar manifestaciones comunistas y desórdenes: pero ellos se encargaron de acabar con los festejos para todos, pues atacaron a pedradas a las carrozas que se presentaron en el concurso promovido por el Ayuntamientos y sin que la Policía hiciese nada por repeler la agresión tuvieron que retirarse y no pudieron volver a salir.

El caso no podía ser más sintomático. Si las turbas se imponían en cosas profanas que al fin y al cabo gustan a todos, ¿qué no podía temerse que hicieran en cosas contra las que estaban tan enconadamente prevenidas?

Y sin embargo, el tiempo transcurrido iba siendo demasiado largo y la ausencia del Obispo no podía traer a su Diócesis más que perjuicios. El Sr. Obispo, que constantemente se hallaba preocupado con este problema de su vuelta a Málaga, aunque sin perder su paz y su conformidad con la voluntad divina, única cosa que le interesaba conocer y seguir, se preguntaba: ¿debo yo seguir todavía esperando la pacificación y desenvenenamiento de aquellos pobres hijos, o debo dejar paso libre a otro Pastor que, entrando sin las prevenciones y odios que sobre mi pesan, pueda vivir con más esperanzas de buen éxito entre ellos y más libertad de movimiento?

¡QUÉ DIFÍCIL ES RENUNCIAR!

Enemigo por práctica constante suya y para enseñanza de sus sacerdotes de presentar renunciaciones de cargos eclesiásticos, y mucho más cuando eran penosos y amargos, se limitaba a exponer la situación de su Diócesis al Sr. Nuncio de S. S. cuando le preguntaba sobre ello y *“a esperar con rendida obediencia a que el Sumo Pontífice decida cómo ha de ser mi sacrificio por la Sede con la que el Espíritu Santo me desposó, si sirviéndola dentro, sometido a los peligros enumerados, gobernándola desde el destierro, o dejándola viuda para que encuentre esposo que mejor la defienda o con quien menos la ataquen.”*

El Sr. Nuncio, en previsión de que esta última fuese la solución definitiva que Su Santidad quisiera dar a esta situación de la Diócesis de Málaga, privada violentamente de la presencia de su Obispo, rogó amablemente a D. Manuel le indicase qué Diócesis le agradaría ocupar entre las que entonces, marzo de 1935, se hallaban vacantes.

Mas si enemigo era el Sr. Obispo de presentar renunciaciones de cargos eclesiásticos, lo era aún más de manifestar deseos o preferencias por otros. Fue constante su aversión a los traslados de Sede.

Por su voluntad hubiera sido Obispo de Málaga hasta la muerte, pero si las circunstancias o la voluntad del Papa le hubiesen obligado alguna vez a dejar su Diócesis, hubiera preferido no tener otra, y éste que había sido su pensamiento siempre, lo había expresado más de una vez en sus visitas al Santo Padre con esta frase tan gráfica: *Viudo, cuando a Su Santidad le plazca; segundas nupcias, con nadie.”*

Si el Señor disponía al fin su separación de aquella Diócesis a la que tanto amó y por la que tanto sufrió, él hubiese querido guardarle el luto de su viudedad...

Por otra parte, si uno de los motivos en que él más fuertemente se apoyaba para no querer aceptar su elevación al Episcopado en 1915 era el de poderse consagrar más libremente a su sueño dorado de dar y buscar compañía reparadora a Jesús abandonado y tan poco tenido en cuenta ¿no sería ésta la hora de realizarlo y dedicarse exclusivamente a la propaganda eucarística y catequística, al sostenimiento, desarrollo y formación de los Directores de las Obras por él fundadas, como la de las Marías de los Sagrarios y Discípulos de San Juan, Misioneros Eucarísticos, Marías Nazarenas y Niños Reparadores..?

Esta perspectiva no dejaba de halagarle dado caso que no pudiese volver más a su Diócesis, y así se lo manifestó al Sr. Nuncio en sus conversaciones sobre este asunto.

El cauce de estas conversaciones iba hacia esta solución y por unos momentos pareció que iba a realizarse, pero, sin embargo, no acabó de desembocar en ella.

Esa misma libertad en que quedaba al estar desligado de la carga pastoral de una Diócesis, pudiera tener un aspecto que, interpretado malévolamente porlo9 enemigos, hubiera podido servir de armas contra su personalidad y aun ser nocivo por tanto, al prestigio de su apostolado.

¿Quién hubiera impedido que los enemigos perseguidores del venerable Prelado batieran palmas e interpretaran dicha solución como la confirmación del *castigo* que ellos le habían impuesto odiándole y persiguiéndole o como el desamparo de la causa por la Santa Sede?; cosa una y otra tan ilógica como trastornadora, molesta y escandalosa.

¿Cómo salvar ese reparo, fundado en el peligro de ataque al honor de la Santa Sede y de merma en la honra de un Prelado de la Iglesia, tan necesaria para ejercer con fruto el ministerio y la que hay obligación de defender?

GESTIONANDO SU REGBESO

Entre tanto no dejaban de hacerse esfuerzos tanto de parte del Sr. Obispo como de sus íntimos colaboradores en el gobierno de la Diócesis para agotar todos los recursos por hacer posible la vuelta a Málaga.

Dos cosas eran esenciales para esto: la suficiente garantía de seguridad personal y casa donde vivir. En cuanto a ésta ya los hechos habían comprobado hasta la saciedad que debía ser independiente, y lo más obvio era habilitar siquiera una parte del Palacio Episcopal incendiado. Para esto hacia falta una gran cantidad de dinero; y para reunir este dinero y conseguir aquellas garantías de seguridad hacia falta que hubiera personas solventes y de reconocida influencia que hicieran suyo el asunto y pusiera en él todo su empeño, ya que no se podía confiar plenamente en el amparo oficial del Gobierno.

Las cartas escritas por entonces al Sr. Obispo por los encargados de ayudarlo en el gobierno de la Diócesis y empeñadísimos en conseguir a toda costa la vuelta del Prelado a la Diócesis, dan una idea más objetiva de la situación, que cuanto pudiéramos decir.

Por eso vamos a transcribir algunas.

“Málaga, 19 de febrero de 1935

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Málaga.

Madrid.

Mi respetable y querido Sr. Obispo: ...Desde primeros de Diciembre vengo pensando más intensamente sobre la situación anómala de nuestra querida Diócesis y la más anómala e injusta aún de S. E. sin que nada en un orden práctico se hiciera para resolver esta situación al menos en lo que de nosotros podía depender. Animado de esta idea vi a algunos señores, con el propósito de reunir un cierto número de personas solventes en todos los órdenes a las que comunicar estos mismos deseos y hacer algo.

En efecto, vi a D. N. N. y al Sr. N. N; tuve con ellos y con N. N. una entrevista con vistas a una reunión más amplia, cuando surgió la idea de asociar este nuestro pensamiento a otras necesidades más de la ciudad para ver el medio más fácil de recaudar fondos, pidiéndolos de un modo global al Estado, a la manera que lo han hecho para Asturias, mediante algún proyecto de ley en el que se consignaran tres o cuatro millones para todo y de ahí saliese para el Palacio, en lo que todos en un principio mostraban interés cada uno considerándolo bajo un aspecto, pero todos coincidiendo en una cosa: que había *que reconstruir el Palacio lo primero*.

De esto en todo o en parte tendrá noticias por la prensa que algo ha publicado y también por el Sr. Vicario.

En vista de que estos propósitos perdían virtualidad y nosotros el tiempo, me ha parecido volver a nuestra primera idea de hacer nosotros lo que podamos confiando en Dios y a este fin encaminamos de nuevo nuestros esfuerzos.”

Sigue a continuación dando cuenta de los trabajos de desescombro llevados acabo y termina la carta diciendo: “Hay muchos que le recuerdan y le quieren, aunque puede haber otros menos comprensivos o menos agradecidos que se molestan poco por quien tuvo buenos deseos de servirles siempre. ¡Dios permite todo para nuestro bien!”

* * *

Se consiguió que el Gobernador de Málaga, que lo era entonces D. Alberto Insúa, convocase una reunión de fuerzas vivas para tratar, entre otros asuntos locales, el de la reconstrucción de los edificios destruidos.

En esta reunión, que se celebró el día 30 de enero, en el Ayuntamiento, se dijeron cosas muy serias y se echaron en cara responsabilidades muy delicadas. De ello se hizo eco la prensa con comentarios más o menos apasionados y contundentes, recordando quiénes fueron los culpables en mayor o menor grado, por omisión o por comisión lo los sucesos de mayo del 31, glosando hechos y actividades de algunos que entonces ejercían autoridad y que con ocasión de esta reunión de fuerzas vivas habían hecho declaraciones sensacionales.

LA VOZ LIMPIA Y VALIENTE DE D. JOSÉ ESTRADA

Ciñéndonos a lo que más directamente interesa a nuestra historia, extractamos algunos párrafos de la intervención q., e tuvo en esta asamblea D. José Estrada, que en tiempo de la Monarquía había sido Ministro de Fomento, el cual, en nombre de los interesados en el asunto, expresó en ella los sentimientos de los católicos malagueños respecto de la reconstrucción de los edificios religiosos y entre ellos el Palacio Episcopal.

Como el Sr. Insúa hubiese modificado el orden del día poniendo en primer término en los asuntos que habían de tratarse el de proveer a Málaga de un cuartel para las fuerzas de Asalto, dando a entender veladamente que esto era más urgente y necesario que la reconstrucción de las ruinas, el Sr. Estrada demostró respetuosamente su disconformidad con esa supremacía concedida.

“Hemos escuchado aquí dijo esta noche a los Sres. Ric, Méndez, Alcalde, Sr. Ortega Muñoz y Presidente de la Diputación Sr. Mapelli; que hablaron técnicamente examinando los medios con que atender al gasto que produzcan las restauraciones y la instalación de las fuerzas de asalto. Yo que no soy hombre de números ni hacendista, pero que procuro serlo de realidades, digo algo más para que lo escuchen los que deben escucharlo: Que el Estado, la Provincia y el Municipio, que la Décima y el Empréstito, son entidades y cosas que no van a recibir el daño material irreparable, cuando la ola roja triunfe y nos envuelva, en ese trágico instante nuestras cabezas serán el sangriento despojo, y las fortunas de los ricos el codiciado botín ⁽²²⁸⁾. Es suicida no darse cuenta de los peligros que acechan y entregarnos a discusiones bizantinas. La hora en que vivimos es para que cada uno entregue la mitad de lo que le sobra, si no quiere correr el riesgo —yo diría enfrentarse con la seguridad— de perder todo lo que posee. Abramos nuestro bolsillo y contribuyamos a que Málaga tenga la dotación de fuerza que necesita y, poco a poco, pero con fe y constancia vayamos día tras día borrando los estigmas que la noche roja dejó sobre esta tierra, que no ha dejado de ser a despecho de la horda *la tierra de María Santísima*. “

Después de abogar porque ambos proyectos se realicen paralelamente, ofrece reducir sus gastos y dar la mitad de sus ingresos como exministro para que se aplique a los gastos que determinen para el edificio de las fuerzas de asalto y la restauración de los templos y monumentos artísticos. “Si este modesto aldabonazo —añadió— que desde aquí doy en la caja de los que tienen más que yo encuentra eco, el problema difícil, de hallar lo que hace falta para la obra que esta noche se inicia, en una semana podría quedar resuelto.” Estas palabras fueron acogidas con grandes aplausos.

He aquí otro de los párrafos de su acertada y brillante intervención:

“Voy a seguir, es hora de desembozarse, no es hora de habilidades. Pensar que esta hora de reivindicaciones religiosas y artísticas debe demorarse porque el ambiente no es propicio, implica, en mi opinión, el estar equivocados. ¿Los forajidos, enemigos de nuestra fe y de nuestra cultura y de nuestra paz pública, nos preguntaron el 11 de mayo de 1931, si era el momento propicio el que escogían para producir tanto daño

²²⁸ Aquellas palabras fueron como proféticas: En agosto de 1938 moría este honorable caballero y ejemplar católico asesinado por los rojos.

execrable? No. Pues ¿qué ley de cortesía, cobarde y ridícula nos obliga a la demora?”

* * *

“Cada vez que yo veo por las calles grupos de extranjeros provistos de su Kodak frente a los monumentos destruidos, me avergüenzo de pensar que esas lacras, esas cicatrices impías, se exhiban fuera de España. ¡Vamos, vamos con premura a que las calles recobren sus primitivos nombres, a que el único edificio, salvando nuestra Catedral, que Málaga atesora con orgullo, nuestro Palacio Episcopal hoy convertido en alberca dentro de cuyos muros y escombros estén sepultados secretos de conciencia y joyas de inestimable valor, sea reedificado! Digamos a nuestro Obispo que la quinta capital de España, no va a seguir siendo la cenicienta y la única que viva sin su Prelado. ¡Tiene que volver pronto, muy pronto, porque sus ovejas no quieren estar más tiempo sin su Pastor! Vamos a acometer la empresa de reedificar algunos de nuestros templos derruidos y a devolver los Santos a sus altares, siquiera tengamos que seguir viviendo hasta la muerte con lo espina en el corazón, de que ya no volveremos a hincar nuestras rodillas para rezar un Credo ante el Cristo de Mena, ni una Salve ante la Virgen de mis devociones: la de Viñeros; ni nos extasiaremos, en noche de Semana Santa, ante la maravillosa escultura de La Soledad, de San Pablo. Vamos sí a tales empresas, si somos católicos de corazón; que ser católico es algo más que oír Misa los domingos y rezar el Rosario e” familia...

La voluntad será, mientras el mundo sea mundo, el factor más poderoso que “os lleve al triunfo...

Pues bien, no salgamos de aquí esta noche sin formar la íntima convicción de que nuestra voluntad, asociándose con la virtud, borraré los agravios que nos infirieron como malagueños, como españoles y como creyentes.” (Grandes aplausos)

Enterado el Sr. Obispo de la valiente intervención del Sr. Estrada le dirigió la siguiente carta:

Sr. D. José Estrada. Málaga.

Mi queridísimo amigo: Mi provisor me manda copia de su notable discurso en el Ayuntamiento en la asamblea de fuerzas vivas de Málaga en la noche del 30 de enero último. ¡Gracias a Dios!, que se levanta en Málaga una voz autorizada y valiente, como eco de conciencia rectamente

católica y de legítimo cariño a su patria chica, y se atreve a decir las cosas sin ambages ni rodeos ante las personalidades más significativas de la ciudad.

Le felicito con mi mayor entusiasmo, porque ha hablado Vd. en católico y, aunque tengo otros motivos para quererle, el de esta muestra de valor cívico y cristiano acrecienta en muchos quilates mi cariño hacia Vd. El camino está trazado; si quieren que Málaga recobre, siquiera en parte, su buen nombre y deje de ser el escupidero de todo el que de Málaga habla, pues da pena y vergüenza oír siempre y en todas partes llamarlo salvaje, sacrílega, incendiaria, etc., etc., es indispensable que se siga la trayectoria que usted indica y como Vd. indica, con rapidez, con constancia, con generosidad. De otra manera, cada día mayor será el descrédito y se confirmará la opinión de que en Málaga no hay católicos ni malagueños de verdad.

Ha puesto Vd. los puntos sobre las íes: no hubo falta de fuerzas sino de autoridad. A mí me contestó el entonces teniente de la Guardia Civil, cuando reclamé su auxilio desde el que fue grandioso Palacio Episcopal “Me muero de pena de no poder auxiliarle, pero mando las fuerzas y me las devuelven.”

Si cuando empezó el alboroto de los mozalbetes en el Servicio Doméstico, se hubiesen dado dos avisos de carga, no queda uno ni para un remedio y se evitan todos aquellos horrores.

Agradecidísimo al cariñoso recuerdo que para mí tuvo, le digo lo que Nuestro Señor Jesucristo dice: El que me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante mi Padre Celestial. Deseando que ya que usted ha confesado ante los hombres a su representante, lo confiese El a Vd. ante su Padre, y con la mar de bendiciones para usted y los suyos le abraza su afectísimo amigo y P. in C. J.

MANUEL, Obispo de Málaga”

Independientemente del éxito que pudieran tener las iniciativas expuesta por el Sr. Estrada en orden a obtener el dinero necesario para la reconstrucción del palacio, se seguían los trabajos comenzados de desescombro.

El mismo sacerdote de quien hemos transcrito la carta del 19 de febrero vuelve a hacerlo con fecha 7 de marzo del mismo año 1935 y dice

al Sr. Obispo:...” Sólo viendo en todo cuanto sucede una prueba de Dios para mayor gloria suya y mérito nuestro es como se pueden ver las cosas que suceden. Verdaderamente que han visto cerca de dos meses sacar escombros del Palacio y nadie se ha preocupado de dar ni un céntimo y en cambio muchísimos mandando obreros para trabajar; todos muy buenos, muy fieles servidores pero en llegando al sacrificio personal (económico, de responsabilidad, etc.), todos se echan fuera. Nada he hecho Sr. Obispo, pero eso poco con la indiferencia de *eclesiásticos* y *seglares*, como si no *fuere* aquello de todos y del interés de todos.

Muchos a curiosear y hablar, pero pocos a hacer. No por esto desisto de mi propósito y D. m. según la salud y el tiempo me lo permiten hablo y veo a unos y a otros con la mira puesta en que hay que reparar restaurando material y espiritualmente lo destruido.”

Otra de las tareas que acometieron aquellos beneméritos sacerdotes por aquella primavera del 35 fue la de manifestar al representante de Su Santidad el deseo de los buenos católicos malagueños de ver entre ellos a su venerable Prelado.

A este efecto se envió al Excmo. Sr. Nuncio un documento firmado por una representación del clero y de distintos sectores de católicos tanto de la capital como del resto de la Diócesis.

En dicho documento, que fue enviado al Sr. Nuncio a fines de abril, además de exponer los antecedentes que motivaron la ausencia del Prelado y de manifestar las vivas ansias de que estuviese entre sus hijos, ofrecían la aportación económica necesaria a la reconstrucción indispensable del Palacio Episcopal y actuar en la medida de sus fuerzas, para que en todo momento fuese respetado en Málaga el orden debido que asegurarse la vida del Sr. Obispo y la libertad de su ministerio (²²⁹).

Entrando ya el verano escribía al Sr. Obispo el mismo Sacerdote: “...Algo se hace en el Palacio, ahora construyen las columnas de la galería... ¿Donativos? Cono la labor que se lleva hasta ahora es muy personal no son muchos, mi deseo hubiera sido formar grupos o comisiones que tomaran sobre sí este trabajo de intensificación económica. Lo que el Señor quiera en esto será lo más conveniente, Pues El mejor que nosotros sabe lo más glorioso para Sí.”

“Aún seguimos casi en el enigma de antes respecto a nuestro porvenir y su vuelta a ésta..., seguimos pidiendo a Dios, que en su mano lo tiene todo. Alguna vez, allí muy dentro siento un poco de desaliento y

²²⁹ Puede verse en Apéndices, N° 9.

alguna pena... Pido mucho por V. R. y creo que su calvario de Madrid esté produciendo redención en su Diócesis de Málaga. Pienso cada vez más que Jesús hace a los suyos más semejantes (a El) por los padecimientos en la tierra, para hacerlos después más iguales en la gloria.”

(Carta del 15-VII-35).

¿OTRA VEZ A RONDA?

Entre los esfuerzos realizados por los seglares en orden a un medio práctico para obviar dificultades de las que impedían la vuelta del prelado a su Diócesis, merecen destacarse dos especialmente, que sirvieron de consuelo a su corazón y que agradeció profundamente.

Un grupo de católicos de Ronda que, como queda dicho fue la última residencia del Sr. Obispo en la Diócesis, dirigió un escrito a su Ayuntamiento interesando se diera toda clase de facilidades para la instalación y residencia del Prelado en aquella ciudad. Se presentó el escrito en la sesión municipal celebrada el 17 enero de 1935, y según se consignó en el acta de la misma se acordó unánimemente hacer constar a los firmantes de dicho escrito que por el Ayuntamiento nunca se había puesto obstáculo ni dificultades para que el Prelado estableciera su residencia en Aquella población y “que a la Corporación, como representante del pueblo, no le compete otra cosa que cumplir los deberes de hospitalidad que ha sido norma tradicional de su vecindario.”

Esta contestación fue transmitida al Sr. Obispo por el iniciador y primer firmante de la solicitud peticionaria en carta de 6 de febrero, manifestándole cuán agradable sería no sólo para los firmantes sino para todo el pueblo, su próximo regreso.

La noticia no pudo menos de complacer muchísimo al Sr. Obispo viendo la buena voluntad de aquellos, a los que contestó con la siguiente carta:

“Madrid, 8 de febrero de 1935.

Sr. D. Antonio Peñalver de los Ríos. - Ronda.

Mi muy estimado Sr. y amigo: Recibo su muy apreciada del 6 de los corrientes, y puedo decirle que me ha conmovido en gran manera saber

que mis hijos de Rondo a ahora que vuelva su Obispo, que tan de corazón los ha querido siempre, y tan apenado quedó cuando de ésa le comunicaron que no le permitirían regresar y vivir ahí, de mi obligada visita a Roma.

Ciertamente no he recibido comunicación alguna oficial del Excelentísimo Ayuntamiento prohibiéndome la estancia en ese querido pueblo, pero también es cierto que, además de la moción presentada por varios concejales, que permaneció algunos meses sobre la mesa, pidiendo mi expulsión, cuando quise volver, el entonces Alcalde, don Joaquín Peinado, me hizo saber por varios conductos que era tal contra mi la presión que ejercían sabré él los elementos revolucionarios de ésa y la masonería de Málaga, que no podía ¿arme garantías de seguridad personal, ni podría defenderme en el caso de que me atacasen las turbas. ¡Ese era el triste estado social de Ronda en aquellos días! Públicamente, en mítines, se pedía mi expulsión y no hubo autoridad que impidiese el que por la chusma se dijese y se cantase toda clase de denuestos contra mí. Todo lo sufría y lo perdonaba, con tal de poder estar entre mis hijos buenos y cerca también de los malos, por si querían volverse a Dios. Por último, dijo el Sr. Alcalde que esperase y esperé hasta cuatro meses, al cabo de los cuales seguía el asunto de mi regreso en el mismo estado.

Como mi situación errante no podía sostenerse indefinidamente, acudí a la Santa Sede para que me mandase lo que creyese conveniente y me mandó residir en Madrid y desde aquí gobernar mi pobre Diócesis de Málaga, la más perseguida por las furias del infierno. Desde ese momento ya no he sido yo el que dispusiera libremente del lugar de al residencia, sino la Santa Sede a la que frecuentemente consulto y, hasta ahora, siempre me contesta que siga en Madrid. A ella daré cuenta de los deseos y del cariño que me demuestran mis hijos Je Ronda, para que resuelva en su día con pleno conocimiento de ledo lo referente a mis asuntos.

Sea cual fuere la resolución de la Santa Sede, que yo acataré sin vacilar, en mi corazón alentará siempre vivo el agradecimiento más profundo a mis hijos buenos de Ronda, que se esfuerzan por darme el gran consuelo de poder vivir entre ellos, junto con la Virgen querida de la Paz y el Beato Diego de Cádiz, que tanto recuerdo y con tan gran cariño.

Sírvase hacer saber a los firmantes que les agradezco profundísimamente estas nuevas muestras de amor filial y que les bendigo efusivamente, bendiciendo de modo especial a Vd. y a todos los suyos y repitiéndome afectísimo y P. in C. J.

Manuel, Obispo de Málaga”

Otra manifestación de cariño e interés por ofrecer una solución práctica al asunto fue el generoso ofrecimiento de un católico de Málaga y siempre fiel amigo del Sr. Obispo que, considerando cómo la restauración habría de ser obra demasiado larga proponía como medio más rápido construir al Prelado un pabellón en la explanada del Seminario, que, aunque fuese modesto, tendría la ventaja de vivir al lado de su gran obra, su querido Seminario, y con la independencia de la casa propia, ofreciendo dicho señor cincuenta mil pesetas para realizar este proyecto, si el Sr. Obispo lo aprobaba.

Del efecto que esta demostración de cariño causó en él podrá juzgarse por la carta con que respondió a su buen amigo, y que es como sigue:

“Madrid, 3 de junio de 1935.

Muy querido amigo: su carta recibida ayer durante nuestra comida familiar nos sirvió de postre de emoción y desagravios ¡con qué placer se reciben esas muestras de cariño y lealtad cuando se han devorado muchas horas de deslealtades! ¡Dios se lo pague! ¡Dios se lo pague!

Es realmente la solución propuesta por Vd. la más pronta, porque la pone en mi mano, la más feliz, porque la pone en lo más grato para mí, el Seminario, y la más generosa, porque no es sólo un consejo, un proyecto, un deseo, sino una contundente realidad: ¡Dios se lo pague otra vez y al queridísimo N. lo aumente de gloria!

Hay que esperar sin embargo, un poquito. Como Vdes. ofrecen esas cincuenta mil pesetas a mi persona, pero como tal Obispo de Málaga y para que viva en Málaga, y según mis informes está muy próxima la resolución de la Santa Sede sobre el término de mi situación, creo que es de delicadeza elemental no hacer nada hasta que Roma hable.”

* * *

Y habló Roma. El representante de Su Santidad, Mons. Tedeschini, transmitió al Sr. Obispo de Málaga el día 4 de julio de 1935, fiesta del Corazón Eucarístico y Jueves Sacerdotal, que la decisión de S. S. el Papa Pío XI era quedarse desligado de la Diócesis de Málaga.

Una impresión dolorosísima fue la que recibió al sentir que se iba a cortar el vínculo que durante más de 19 años le había unido a aquella Diócesis donde tanto había trabajado, gozado y sufrido, regándola con sus sudores y la sangre de su corazón, aquella Diócesis por la que se había ofrecido como víctima.

Se iban a cortar definitivamente las últimas amarras... No pudo conciliar el sueño aquella noche, que fue para él de tortura del alma.

Sin embargo, las circunstancias apremiantes le obligaban a pensar en el nuevo rumbo de su vida y sobre todo, la decisión tenía que ser pronta. Unas horas de amargura, de oración intensa, de apremio angustioso ante su Sagrario... ¡Nunca hubiese querido escoger ni pedir Diócesis...!

PALENCIA A LA VISTA

Pero al día siguiente, o sea a las 24 horas de conocer la decisión de la Santa Sede, primer Viernes, día para él siempre señaladísimo, por estar consagrado Corazón de Jesús, recibía el Sr. Nuncio la respuesta a la pregunta que le hiciera sobre sus preferencias por alguna otra Diócesis.

Entre las que se hallaban a la sazón vacantes estaba Palencia y a ésta se inclinó y fue la elegida. ¿Razones? Desde sus años de Sacerdote en la Diócesis de Sevilla y durante el pontificado del Emmo. señor Cardenal Almaraz a quien tan íntimamente había tratado, habíale oído hablar siempre con mucho cariño de la Diócesis palentina de la que había sido antes Obispo. En el relicario de sus recuerdos le había quedado la grata impresión de las descripciones sobre esa Palencia tan ranciamente cristiana, de costumbres patriarcales y sencillas...

Así expuso al Sr. Nuncio cómo Palencia, por ser religiosa y no grande le parecía la más conveniente, entre otras cosas para disponer de tiempo y tranquilidad para sus escritos y demás trabajos de propaganda eucarística.

Sin embargo, como él sólo anhelaba saber la voluntad de Dios para cumplirla, dispuestísimo estaba para ir a cualquier otra Diócesis que a sus Superiores pareciera conveniente. Por eso, las últimas frases con que expresó al representante del Papa sus disposiciones fueron: *“Sr. Nuncio, tengo hambre de servir a la Iglesia a gusto de mis Superiores. — Nada más que eso.”*

* * *

¡Qué terrible prueba para su corazón!

¡Adiós Seminario de sus amores, levantado a costa de sacrificios inmensos, donde cada piedra es un latido de su corazón! ¡Adiós Málaga a quien tanto amó y de la que en pago recibió tantas ingratitudes y deslealtades! Lejos, muy lejos, en su alegre y luminosa Andalucía, en la perla del Mediterráneo se quedaba su corazón hecho pedazos como los muros del Palacio devorado por el fuego. Le esperaba la fría estepa castellana, más adusta y austera pero ancha y llana, soñadora de Cielos, como su alma dolorida.

Junto al Sagrario de su pequeña Capilla, esta era su oración: *“Corazón de mi Jesús, si Tú quieres que para que salga un buen clero en Málaga sea yo el grano sepultado y muerto debajo del surco de la tierra, ¡Fiat! ¡fiat!...”* ⁽²³⁰⁾.

Temblaba la lamparilla del Tabernáculo como un corazón palpitante... ¡Dios aceptaba su oblación!

²³⁰ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 80, 2ª ed.

Capítulo XVII

Te he traído a Palencia para hacerte santo

1.º.- *Hacia la tierra de Jorge Manrique.*

Su despedida de Málaga.

La última consigna al Seminario.

La entrada en Palencia.

Palabras del Prelado.

2.º.- *Adentrándose en el alma de Castilla.*

Su encuentro con España.

“Los perros pastores.”

La venganza del poder de las tinieblas.

2.º.- *La tragedia de España.*

La guerra de liberación.

Su confianza en el Amo.

Lecciones de la tragedia.

La gran siembra del amor.

La súplica Infantil por la paz.

La odisea del Obispo do Córdoba.

Hacia la tierra de Jorge Manrique

Dio quiso que sus últimos días discurrieran con placidez de remanso en este rincón de Castilla, donde sus ojos, hambrientos de Eucaristía, tropezaran a cada momento con la gracia ondulante de las maduras espigas.

En Palencia, a orillas del Carrión en cuyas aguas, que llevan cadencias del romancero, se dibuja la incomparable torre de San Miguel, le aguardaba el sosiego de aquellas horas dolorosas del destierro, le esperaba la reparación y el triunfo y... ¡también le acechaba la muerte!

El, que pudo paladear toda la amargura de aquella perícopa del primer capítulo de San Juan... “y los suyos no quisieron recibirle”, había de llegar al corazón de Castilla, para llorar de gozo al ver el homenaje de un pueblo que le abría sus puertas y le entregaba su corazón.

Castellanos-leoneses, hijos de aquellos hidalgos tan largos de hazañas como cortos de lengua, habían de curarle con aquella grande y llana hospitalidad las llagas que en su alma abriera el puñal de la ingratitud.

Desde los riscos de Piedras Luengas y Camasobres, a las onduladas tierras de Cubillas de Cerrato, desde Báscones de Ebro al otro lado del río de España, hasta Belmonte de Campos cuyo castillo se asoma a la tierra de los Comuneros; desde los Cárdanos, que miran a Covadonga hasta Castrillo de D. Juan, sobre las riberas del Esgueva, Palencia entera, entre los dos brazos de plata del Carrión y el Pisuerga, se estremeció de gozo, cuando oyó sobre esta tierra, cuna y forja de España, el rumor de sus pasos.

El día 5 de agosto de 1935, primer viernes, publicaba “L’Osservatore Romano” un breve comunicado de la Ciudad del Vaticano, reproducido por la prensa española, anunciando que Su Santidad Pío XI designaba para

ocupar la Sede Episcopal de Palencia al Excmo. y Reverendísimo Sr. D. Manuel González y García hasta entonces Obispo de Málaga (²³¹).

El Sr. Obispo recibió la noticia en sus vacaciones veraniegas de Elorrio. Tantos encontrados sentimientos se agolpan en aquellas horas en su corazón, tan contrarias emociones se abrazan en él, que sorprende y abisma asomarse al brocal de su alma.

SU DESPEDIDA DE MÁLAGA

Mejor que cuanto podamos decir de sus sentimientos íntimos, lo expresa él mismo en la Carta Pastoral con que se despedía de sus hijos malagueños y de sus queridísimos seminaristas, ¡cómo se le arrancaba el alma ante la separación de su Seminario, de aquel Seminario que, en lo espiritual y en lo materia), él había plasmado con tanto cariño y a costa de tantos dolores!

Dice así en la última carta a sus diocesanos:

“La despedid”

¿Con pena? ¿con alegría? ¿con amargura de derrotado? ¿con satisfacción de vencedor? ¿queriendo? ¿odiando?

Me voy obedeciendo y, por consiguiente, triunfando. El que obedece, triunfa.

* * *

Salí de Málaga llorando.

Y a los cuatro años de separación efectiva, al sonar en el reloj de la Providencia la hora de la separación afectiva, en la que la obediencia y el deber pastoral manda el corazón, despegarlo del cariño de hijos tratados y queridos hasta el sacrificio durante casi veinte años, y ponerlo a querer a otros hijos, y por ellos si fuera preciso, sacrificara, ahora... dejadme que os lo diga ¡no me avergüenzo! obedezco y lloro también...

Y esa es mi despedida de mis malagueños ¡mis lágrimas!

Ellas os dicen que os he querido de corazón, con toda mi alma, y, en medio de “pena, me dan el consuelo de decirme que he cumplido con vosotros el principal, el esencial deber de un Pastor: amar a sus ovejas. No se llora al dejar lo que no se ama.

²³¹ El M. I. Sr. D. Balbino Santos Olivera, Canónigo Lectoral de la Catedral de Sevilla, era nombrado al mismo tiempo para sucederle en el Obispado de Málaga.

¿Con acierto? ¿sin acierto?

Dios lo sabe y nos juzgue a todos con misericordia.

Después de estas líneas que chorrean lágrimas no de sus ojos sino de su razón, les da su postrer encargo.

“Sobre Málaga pesa una deuda tan abrumadora como sagrada. ¡Deuda de reparación!

Esos montones de ruinas en que quedaron y siguen ¡a los cuatro años! convertidos templos, conventos, colegios y Palacio Episcopal, los robos sacrílegos y las profanaciones ensañadas de imágenes, vasos sagrados, aras y demás objetos del culto de Dios, las lágrimas derramadas, los despojos y quebrantos sufridos y las enfermedades y las muertes sobrevenidas como consecuencia del terror de aquellos días nefandos, por seres indefensos, inocentes y benéficos, toda esa montaña de gravísimas ofensas a Dios y a la humanidad, piden a gritos una reparación.

* * *

La reparación es el deber de la hora presente de Málaga.

Reparación espiritual y material, reparación constante, laboriosa y con sacrificio, mientras crezca la yerba infamante del abandono sobre los altares destrozados, sobre los templos sin techos y las torres sin campanas y sobre las ruinas de los claustros vacíos.

Yo deseo y pido de todo corazón para el buenísimo Pastor que el Padre Santo os manda, que pueda hacer el resumen de todo su pontificado, escribiendo sobre las ruinas espirituales y materiales de hoy, totalmente restauradas, las palabras de San Pablo a los romanos (5, 20): “Ubi autem abundavit delictum, superabundavit gratia.”

Traducidas de esta suerte: “En donde abundó el odio, sobreabundó el amor.”

Su caridad se exalta, su corazón se inflama, las palabras brotan caldeadas de amor y su pluma escribe estas últimas palabras, que aún sin conocer su vida anterior, ya nos harían de él la más bella apología. *¡Dios os lo pague!*

Estas son las últimas palabras que, como Obispo, os dirijo.

Dios os lo pague a todos: a los que franca y lealmente habéis estado a mi lado, y a los que embozada o desembozadamente habéis estado al margen o al frente. A todos os debo gratitud y muy honda.

Tanto los unos como los otros me habéis regalado una corona.

Los primeros, con vuestras cooperaciones prontas, constantes, desinteresadas, me habéis tejido y ceñido corona de gloria por medio de tantas obras y reformas en favor de las almas y de la Diócesis realizadas, en estos escasos veinte años de pontificado: los segundos, con vuestros desvíos, recelos, contradicciones, persecuciones y hasta golpes, me habéis labrado y colocado corona de espinas.

¿No fue de espinas con la que salió coronado el Rey Pastor Jesús, de la tierra?

¿A qué mayor honor podía yo aspirar?

¿Que las espinas duelen? Es verdad.

Pero sufridas por la causa de Jesús y con la fuerza que El da, honran y hasta halagan.

Queridos amigos míos. Dios os pague lo que me habéis ayudado y asistido. Nunca lo olvidaré y siempre viviréis en mi cariño, en mis oraciones y en mis Misas.

Queridos enemigos míos, en lo que vuestro proceder con el Obispo tenga de ofensa a Dios, que El os regale gracias de arrepentimiento, y os perdone como yo os perdono, y en lo que tenga de molesto para mi persona. Dios os pague el parecido que me habéis dado con mi Señor Jesucristo.

¡Me habéis prestado un gran servicio!” (232)

* * *

Aquella carta rebosando amor para sus enemigos, despertando la conciencia con valentía y cicatrizando llagas con el bálsamo generoso del perdón, voló en alas de la prensa por los cuatro vientos de España.

Los periódicos de Málaga la reprodujeron integra sin ningún comentario.

No se atrevían a hablar, quizás a algunos por dentro les remordieran culpas pasadas de *omisión*, que también en el silencio, cuando *se puede y se debe hablar*, hay un grave pecado.

Pero el comentario se lo ponían las lágrimas de todos los buenos malagueños, que a pesar de las incomprensiones y calumnias de aquella minoría farisaica, amaban a su Obispo y lloraron durante cuatro años con

²³² “El Granito de Arena”, 1935, p. 588.

un dolor *forzosamente* estéril aquella prolongada ausencia de su Prelado, tan parecida a la orfandad.

Lector, que no todo se puede decir en una historia, y las más herniosas páginas de esta vida, por ahora, sólo las conoce Dios.

Allí mismo en Elorrio, en aquel bonacible retiro de Láriz, donde redactó esta carta de despedida, escribe esta otra a sus seminaristas.

Todos los años, al comenzar en septiembre el curso, él mandaba su consigna. Era una frase del Evangelio, una jaculatoria propia o las dos cosas juntas, que sirviera de norma de vida para aquellos meses de Seminario.

LA ÚLTIMA CONSIGNA DEL SEMINARIO

La consigna de aquel año era un testamento. Tenía el calor de despedida de la noche del Cenáculo...

¡Qué hermosa era! Yo diría que era en dos líneas el resumen de sus veinte años de Obispo.

“Benefacite... (multum) nihil inde sperantes (Luc., 6, 35.)

Esa sentencia que nadie con la autoridad y el ejemplo del Maestro Jesús ha podido dar, se traduce en estas dos palabras:

Espíritu de sacrificio con buena cara.

¿Cómo?

“Haced mucho bien siempre” por puro amor sobrenatural.es decir, porque vuestro Padre Dios es bueno, vuestro Hermano Mayor Jesús lo quiere, vuestra Madre la Iglesia lo manda: “La caridad es sufrida, es benigna...”, dice San Pablo. (1.ª ad Cor. 13, 4)

“Sin esperar de ahí nada.” Con que lo sepan y se gocen vuestro Padre, vuestro Hermano Mayor y vuestra Madre, basta. Esa, esa es la fórmula del espíritu de sacrificio con buena cara, ¡Hacer el bien que se pueda dispuesto al sacrificio de la complacencia en el fruto, del descanso en la correspondencia de la gratitud, del goce de las ventajas y aspiraciones personales, de la defensa contra las interpretaciones e imputaciones injustas y de la estimación de los inferiores, iguales y aún mayores—, sin un ¡ay! de queja, más que ante el Sagrario, sin una gota de amargura, sin un gesto de despecho! Hacer el bien sin llevar cuenta ni exigir pagas. Dar a la mirada dos solas direcciones, la del surco, no al de

ayer o al de mañana, sino al en que hoy manda la Madre Iglesia trabajar, y la de Jesús inmolado y callado en el ara y en el Sagrario.

“La caridad no busca sus propios intereses” (1. Ad. Cor. 13, 5).

* * *

En aquel Seminario de sus amores están los restos de sus queridísimos padres) hacia ellos en esta hora amarga de la despedida vuelan sus ojos. ¡Qué humano y qué divino es este rasgo filial!

“Y ahora, queridísimos Superiores y seminaristas, después de daros esta mi última lección como mi abrazo de despedida, y para practicar lo que aquí enseñé, con cuánta alegría voy a decir el día en que cese mi jurisdicción sobre la querida Diócesis de Málaga: Mi Seminario de Málaga ya no es mío, sino de la Madre Iglesia, mis seminaristas de Málaga ya no son mis hijos sino del Obispo que el Papa les manda... ¡Hasta los restos de mis queridos padres allí quedan! En el centro de aquel hogar, al calor del Sagrario, bajo las miradas del Pastorcito Divino, al arrullo de vuestras plegarias...

Yo estoy cierto de que me los trataréis con cariño.

Si me atreviera a pedir algo, esto os pediría.

Pero sé que sin petición lo haréis.”

* * *

“Y como nada ni nadie me impide agradecer con todo el alma a vuestros buenos Superiores, la cooperación tan leal y valiosa que me han prestado, y a ellos y a vosotros quereros con todo el corazón, ahora y siempre contad con el puesto que hasta ahora ocupáis en las oraciones, bendiciones, y cariño de vuestro Padre” (233).

En aquel corazón llagado, tan grande como la ancha meseta castellana, que le está esperando, caben todos sus amigos y sus enemigos, pero el lugar preferente es para su Seminario.

Ya no lo verán más sus ojos, pero su pensamiento irá hacia él en continua romería, y aquellos sacerdotes jóvenes, los primeros frutos de sus largas y penosas faenas de siembra, desde lejos, seguirán tan cerca sus pisadas que viviendo su ideal, vivirán con su misma vida.

De Patencia a Málaga se encontrarán siempre en el camino dos corazones: el del Obispo y el de su Seminario...

²³³ “El Granito de Arena.” 1935, p. 593.

Hechos todos los preparativos necesarios decidió hacer su entrada en la capital palentina el día de la Virgen del Pilar, su augusta Madre y Señora.

Quiso antes practicar los Ejercicios Espirituales, y a este fin llegó el 6 de octubre al Monasterio de La Trapa de San Isidro de Dueñas.

El Sr. Obispo ofició de pontifical en una solemne procesión de la Comunidad, por los claustros de la Trapa, a las seis de la tarde y seguidamente entró en Ejercicios.

He aquí algunas notas breves de sus apuntes espirituales en aquellos días de su preparación para entrar en la nueva Diócesis que el Señor le confiaba:

“Día 4 de octubre: Primer Viernes. Tomo posesión de Palencia. Me ofrezco como pequeña hostia sonriente y quiero ser Vicario del Corazón de Jesús en Palencia.

Día 5: S. Sancte, Dulcis hospes animae, da a presenti liberari tristitia et perfrui laetitia.” (Espíritu Santo, dulce huésped del alma, dame el librarme de esta tristeza presente y gozar de alegría).

Día 6: Vado ad S. Isidor... ad vacandum exercitiis spiritualibus, a aprender diabolica vitare contagia et Te solum Deum pura mente sectari in Palencia. – (He venido a San Isidro a hacer Ejercicios Espirituales y a aprender a evitar todas las insinuaciones diabólicas y seguirte a Ti solo mi Dios, con pureza de intención en Palencia.) (Enséñame, enciéndeme, empújame Espíritu Santo, Madre Inmaculada, San José, San Bernardo, San Ignacio, San Isidro, rogad por mí): “Doce me, accende me, compelle me, Spiritus Sancte... Mater Inm. Angele mei, S. Joseph, S. Bernarde, S. Ignatii, S. Isidore, o. p. me.”

Llegó el 12 de octubre. Palencia entera prepara a su Prelado un entusiasta recibimiento en espíritu de justa reparación. Así se expresaba el entonces Gobernador de esta ciudad D. Victoriano Maeso, que lo había sido también de Huelva.

Más de treinta mil personas le esperan en la capital.

²³⁴ El día 4 de octubre de 1935, *también* primer viernes, los nuevos Obispos de Palencia y Málaga tomaron posesión, por poderes, de sus respectivas diócesis.



Entrada del Prelado en su nueva Diócesis

De todos los pueblos de la Diócesis van llegando; los más entusiastas no se resignan a esperar hasta las cuatro de la tarde, hora fijada para la entrada del Prelado y corren a su encuentro al Monasterio de La Trapa ⁽²³⁵⁾.

Sin cesar llegaban comisiones eclesiásticas, civiles y militares...

A la hora señalada, una caravana de más de cien coches se dirige del Monasterio de La Trapa a Patencia, en el último va el Sr. Obispo,

²³⁵ Allí le acompañaban, además de la Comunidad de Religiosos, los MM. II. Sres. Vicario Capitular y Secretario de Cámara del Obispado; el Sr. Rector del Seminario de Málaga, D. Enrique Vidaurreta; el Sr. Administrador del mismo, D. Pablo González, y algunos Párrocos de aquella capital. De San Sebastián, la Excm. Sra. Condesa de Láriz, D. Juan Múrua, Pbro, y otros buenos amigos del Sr. Obispo.

acompañado del Abad mitrado cisterciense. Un pueblo entero con su Párroco se desplazó a la carretera al paso del Prelado quien hizo parar su coche para darles cariñosamente su bendición pastoral. A la entrada de la ciudad le esperaban las autoridades, representaciones de asociaciones y organismos oficiales. Empezaron o sonar los aplausos, vítores y aclamaciones más entusiastas que se sucedieron incesantemente, culminando a la entrada de la iglesia de las RR. Agustinas Canónigas, donde según costumbre, el Prelado se revistió los ornamentos pontificales y después de cantado el “Veni Creator” se dirigió bajo palio a la Catedral. Casi todos los balcones lucían colgaduras y guirnaldas. Durante todo el trayecto no cesaron las aclamaciones adquiriendo caracteres de apoteosis.

El Sr. Obispo, vivamente emocionado de las pruebas de cariño que recibía, bendecía a la multitud que con tanto entusiasmo le aclamaba. En uno de los arcos levantados en su honor había niñas vestidas de ángeles que le arrojaban flores.

PALABRAS DEL PRELADO

Al entrar en la hermosa Catedral palentina y aparecer en el pulpito el nuevo Pastor, el entusiasmo fue indescriptible y la multitud sin poderse contener estalló en una ovación cerrada y entusiasta.

No fue un programa lo que mostró a sus nuevos hijos, pues, como él decía, su programa lo tiene trazado el Obispo en los Cánones y en la Liturgia de la Iglesia; sino su corazón. Con la voz entrecortada por la emoción, pero con acento marcado y sereno dice:

“Amadísimos hijos, quiero hablar, debo hablar y no puedo hablar. Cuando se siente como un oleaje de sentimientos encontrados que andan encrespados en el corazón no se tienen, como yo tengo, más que ganas de llorar.

Llorar de gozo, llorar de consuelo, que también se llora dentro de la alegría, Al cruzar hoy vuestras calles, me he sentido nacer de nuevo. Al oír esos gritos de ahora de ¡viva el Obispo!, me acordaba de otros de ¡muera el Obispo! y he llorado acordándome de mi Maestro, cuando se asomaba a una ciudad, a la ciudad de su corazón que no le amaba, quizás por aquello de que nadie es profeta en su propia Patria...

Muchos apóstoles han llorado como el Maestro sobre su ciudad, y también como El han sufrido sus repulsas y sus desprecios.

Por eso, cuando esos apóstoles se han asomado a otra ciudad que no les quería crucificar, ha salido su alma a los ojos, para gustar una sinceridad que no sabe mentir al volcarse en los gritos de ¡Viva el Obispo! ¡Viva Jesús!

Yo que represento a Jesús, no puedo menos de decir: Que Dios os bendiga, caballeros andantes de Jesús; vosotros habéis sido el consuelo y la reparación de este su pobre siervo. Este representante de Jesús que os manda el Papa, que os manda Dios, llora de gozo sin fin ante vosotros. Que Dios os pague largamente el haber traído este llanto a mis ojos, que les hacia mucha falta llorar de consuelo... ¡Que Dios os lo pague! El mejor premio es el sacrificio. Este Padre que os ha dado Dios no os amará de otra manera que sacrificándose por vosotros.

Otra escena se me representaba hoy al pasar por vuestras calles. Me acordaba id Maestro y de los pueblos donde iba a pernoctar. En los caminos ponían a los enfermas, a los ciegos, a los tullidos para que en ellos pusiera su mano el Maestro y los curara de sus enfermedades.

¡Jesús mío, que yo sea también representante tuyo, poniendo mi mano sobre las enfermedades morales y materiales de mis hijos y los cure...! Yo no vengo más que a esa, a haceros el bien; a aniquilarme si es preciso, por haceros el bien.

¡Que mayor alegría para mí que caer en esas calles muerto por hacer bien a mis hijos de Palencia!”

Su voz se perdía por las naves de aquella Catedral gótica una de las mis bellas de España.

Le oían desde sus sepulcros la reina D.^a Urraca, y el Abad de Husillos y el gran Obispo Fonseca, que mandó labrar aquel trascoro maravilloso donde los cinces se tornaron agujas bordando de encajes vaporosos las piedras.

Y aquel pueblo, el que siguió al Cid hasta Valencia, el que acompañó a San Fernando para conquistar Sevilla y ganó llenándola de admiración a la Santa Madre Teresa, recogía en la buena tierra de su alma castellana, aquella primera siembra regada con sus lágrimas.

Tenía delante unos cristianos recios en su fe y en sus costumbres como los robles de la Brañosera, las hayas del Valle Angosto y los pinos de Velilla de Guardo.

Sobre aquellos trigales renegridos a fuerza de granazón, él pondrá las amapolas de su alegría andaluza, y en los labios adustos de Castilla el dulce sabor de su sonrisa.

Si ellos son buenos, él los hará mejores. *“Di a los tuyos, encargaba a un joven seminarista palentino que por primera vez le visitaba antes de entrar en su Diócesis, a todos los de aquella tierra que pronto me iré a ellos para hacerlos más buenos todavía. Buenos ya sé que son; conozco bien la masa, me lo ha dicho la Santa Doctora, pero yo quiero formarlos aún mejores, y muy alegres, en el abierto Corazón del Divino Jesús fuente inexhausta de bondad y alegría”* (²³⁶).

En aquellos tiempos de tristeza y desalientos, de temores y cobardía, él con el gozo esperanzado de su fe era un vivo mensaje de la alegría del cielo.

Los jóvenes de Santa Marina, lo adivinaron y quizás por eso, habían enredado en los duros barrotes de su balcón del Palacio unas guirnaldas de flores.

¡El venía a poner flores sobre las cruces desnudas y firmes! *¡Cruces de hierro* de Castilla: él quería daros un gracioso parecido a las cruces de mayo de los patios sevillanos!

²³⁶ “Yo así lo vi.”. Artículo del entonces seminarista Alberto Burgos Ortega, que le visitó en Elorrio. “El día de Palencia”, 20-IX-1935.

II

Adentrándose en el alma de Castilla

“Te he traído a Palencia para hacerte santo.” Anota él estas palabras en sus apuntes del 1936 en el 23 e febrero. *In fine Misae*, añade. En la acción de gracias de aquella Misa, el Corazón de Jesús se la inspiraba. Allí, en el silencio y en el olvido acabará de madurar para el Cielo. Tenía la divina impaciencia de la santidad.

El día de Santa Inés escribía en su diario:

“En trece años llegaron a santas, Santa Inés y Santa Priscila: A esa marcha en mi edad he tenido tiempo de ser más de cuatro veces santo”
(²³⁷)

Su corazón estaba conquistado por la fervorosa acogida que le había hecho la Diócesis de Palencia, y sobre todo, por el carácter de reparación y desagravio al Obispo perseguido que había tenido ese recibimiento tan cordial y sincero.

Es verdad que su temperamento meridional no dejaba de sentir vivamente el contraste de vida nortea, que sus ojos hechos para la luz y los colores de los jardines de su Andalucía siempre en flor y para la blancura de sus pueblos de casitas como palomas, echaban de menos aquella blancura y aquellos colores al mirarlos pueblecitos castellanos, pardos como sus tierras de Campos...

Pero si su carácter andaluz, cien por cien, no podía por menos de añorar 1ª tierra en que nació y vivió, quedaba aquella nostalgia compensada con creces por la fe, religiosidad y cariño de sus nuevos hijos.

Si él había calificado aquellos años de destierro como “unos Ejercicios Espirituales”, bien pudiera decirse que en el tranquilo reposo de Palencia había llegado ya a la *cuarta semana*. En su “Rosario Sacerdotal” comenzaba a repasar las cuenta de los Misterios gloriosos. Por fin, se encuentra ya en una situación definida y estable, después de cuatro años

²³⁷ De su Diario: 21-1-1836. Muchas veces el pensamiento o jaculatoria anotado se refería a la festividad litúrgica que se celebraba en aquella fecha.

largos de un horizonte cerrado. Rebosando deseos darse a las almas que ahora el Señor le confía, comienza su acción pastoral en esta tierra callada en que hasta la música de las más fuertes emociones suena con sordina...



Palencia, torre de la Iglesia de S. Miguel

SU ENCUENTRO CON ESPAÑA

En su primera Pastoral, se goza ante la sorpresa de haber encontrado de nuevo a España.

Mucho se nos había prevenido acerca del contraste que habíamos de sentir entre el carácter y el clima de la tierra andaluza en que nacimos y hemos vivido y el de esta tierra castellano-leonesa en que comenzamos a vivir; pero podemos asegurarnos que no Nos ha dejado tiempo ni ocasión para detenemos ante tal contraste la impresión tan inesperada como grata que nos ha producido la simple vista de la ciudad y de la Diócesis...

Nos ha parecido asomarnos a un balcón misterioso y encontrarnos con “España”, con la España auténtica, esa España que, a fuerza de haberse perdido de vista envuelta en nubarrones de odios, divisiones y apostasías, se sueña, se añora como leyenda.

En esta tierra castellano—leonesa, hemos recibido ¡una impresión tan viva, tan real de ver y sentir a España, a la verdadera España de ayer, la de hoy y la de mañana...!

* * *

Nos duelen los ojos y más que los ojos el corazón de haber visto tantos pueblos sin templos, o porque se los han quemado o porque se han formado en estos laicos tiempos en que, o no se cuenta con Dios o se le da el último o más pobre lugar, como los improvisados junto a las estaciones del ferrocarril, los puertos, los balnearios o las carreteras; pero al llegar a vosotros se Nos han recreado los ojos y el corazón viendo en su primera ojeada tantos templos gigantescos por su mole, por su arte y por su historia, rodeados de pueblos muy reducidos.

El titilar de la luz de la lámpara del Sagrario que debajo de esas bóvedas seculares arde, semeja el palpitar de corazones que aún laten.

De esos pueblecitos de color de musgo viejo, como los templos, de los que cuelgan como nidos, y de esos monasterios y castillos en pie o en ruina, salieron Obispos y Sacerdotes, Reyes y Condes, maestros de ciencias y de artes, caudillos y guerreros que barrieron del solar español a los moros devastadores y, sobre las ruinas del imperio visigodo y de la tiranía agarena reconstruyeron a España católica, y por católica, una, y por una y católica inmortal, y allí, bajo aquellos musgos y pátinas, están guardadas como las semillas vivas debajo de la tierra parda y desnuda del invierno, las esencias de fe, de nobleza insuperable y de austeridad prodigiosamente fecunda e inverosímilmente heroica que forman d alma conquistadora y reconquistadora de Castilla

Si, os repetimos ¿no hemos de encontramos gozosos en Palencia, si, a más de cumplir con el cargo pastoral que el Papa nos confía, dais a nuestro corazón que, después de Dios y su Iglesia nada ama más que a su Patria, a gustar este emocionante, aleccionador y esperanzador espectáculo, de ver en el mismo escudo de vuestra ciudad el gesto y la postura de la auténtica España, la de ayer, la de hoy, y la de mañana, que tremola sobre los castillos de sus bizarrias, a fuer de heroicas legendarias,

la Cruz de la Fe que las inspiré, alentó y coronó y las hizo surgir en el momento oportuno? ⁽²³⁸⁾



Ante aquella fe recia de Castilla, granero espiritual de España, su corazón de apóstol se llena de gozo. Siente la misma alegría que el peregrino que cansado de caminar por el desierto se encuentra de improviso con el pozo y las palmeras de un oasis.

El hermoso Palacio Episcopal, testigo también de insignes recuerdos históricos, ofrece igualmente a su espíritu el sedante que tanto necesita de un lugar de sosiego, sus espléndidas vistas al río Carrión y a las huertas

²³⁸ Pastoral de entrada. “Boletín del Obispado de Palencia”, 15-X-1935.

que hay entre el río y la carretera completan el cuadro de este remanso de paz donde van a discurrir los últimos días de su vida...

¡Cuántas veces le hemos visto entretenido, a él tan amante de la naturaleza que tanto le hablaba de Dios, contemplar absorto desde sus balcones el correr del anchuroso río! Este Carrión que se desliza entre los chopos tan manso y quedo, al poeta de Paredes de Nava, el de las famosas coplas, le traía el recuerdo de la muerte, que se viene como el río *tan callando...*

El paisaje castellano se le entra con sorpresa en el alma. Su espíritu contemplativo se empapa en el silencio de estos atardeceres y en la paz de estos campos.

El paso de los rebaños por la carretera, le inspiran descripciones y pensamientos tan bellos como estos:

“LOS PERROS PASTORES”

¿Quién, leyendo el Evangelio, no se enamora de la dulce y apacible figura del pastor de ovejas con el que tantas veces se compara Jesús?

Y vuelvo a preguntan ¿Quién, asomándose con frecuencia a estos campos silenciosos y pardos de Castilla y a sus rebaños inacabables de ovejas, no se solaza primero y se encariña después con el perro pastor de cada uno de esos rebaños?

Mirad el cuadro: delante del rebaño el pastor, que forradas en todo tiempo sus enjutas piernas, con sus polainas y sus hombros y espaldas con su capote de zaleo o una manta, y blandiendo en su mano o colgando de su brazo la cachaba o báculo, lentamente y con frecuentes paradas avanzar detrás de él y a su mismo paso y con las mismas paradas, su rebaño rebuscando en silencio o con el típico ¡méee...! la yerbecilla del prado; y delante y detrás y en tomo del rebaño, corriendo, saltando o deteniéndose, un perro, generalmente de pelo negro y lanoso; su misión parece ser exclusivamente esta: acompañar y alegrar al pastor con sus saltos y zalemas y ejecutar sus órdenes transmitidas con un gruñido, inteligible sólo para el perro o con una piedra tirada en determinada dirección para impedir que se extravíe o quede rezagada ninguna oveja.

Y digo exclusivamente, porque cumple la misión indicada, con tal olvido de si mismo que ni el encuentro con otros perros, ni de huesos en el camino lo detienen en sus carreras alrededor de su ganado para conservarlo unido.

¡Lo que me entretiene y enseña la vista de esos perros pastores!

Ya puede tranquilamente el pastor sentarse sobre una piedra a liar y fumarse un cigarrillo y hasta dar una cabezada en su monótono oficio; mientras él descansa o duerme, el perro pastor vela sobre sus ovejas y sabrá despertarlo con sus ladridos descompasados cuando estime necesaria su superior intervención.

¡Cuántas veces, a la vista de esas escenas, se me viene esta jaculatoria: Pastor Jesús; que yo sea tu perro pastor, tan olvidado de mí como estos perros pastores! (239)

Sus ojos se fijaban en el cielo y viendo volar las palomas que abundan en aquellos contornos exclamaba: *¡quién pudiera volar!* mientras su espíritu se remontaba mucho más arriba que lo que sus ojos veían.

No era sólo la contemplación de la naturaleza y sus bellezas lo que le atrae, sino aún más el misterio de las almas. Eminente sicólogo persigue y estudia desde su llegada el misterio del alma castellana y, siempre semejante a sí mismo, se pone inmediatamente en contacto con el pueblo humilde y sencillo, con los pequeñuelos y los pobres.

Cuando entra o sale de Palacio, los chiquillos, que pronto se han dado cuenta que el Obispo los quiere, se apretujan a su alrededor para besarle el anillo, y los vecinos de aquellas casas humildes que rodean el noble caserón episcopal le saludan sonrientes, y responden agradecidos y respetuosos a sus preguntas de cariñoso interés por ellos...

Y el Sr. Obispo, que ya les va conociendo por sus nombres, los mira con cariño desde su Palacio cuando ellos trabajan sus parcelas en las huertas. Y admira al Sr. Bueno, tan bueno para rezar como para trabajar, el viejecito que inclinado hacia la tierra por el peso de los años y del manejo de la azada, sale todos los días, con fríos y con escarchas, a cuidar su huerto...

Observa el desenvuelto donaire de Pablito, el chiquitín de una de aquellas modestas familias de la vecindad, que ya empieza a interesarse también por su huerta, pero más para trastear y jugar que para hacer cosa de provecho. Y como se ha dado cuenta de que le ha caldo en gracia al Obispo, mira con el rabillo del ojo hacia el balcón a ver si se asoma y lo ve caminar con su azada al hombro como un campesino curtido. Allí está esperando si cae algún caramelo, como más de una vez ha caído, para él y otros personajillos de su edad. Aunque es un poco difícil cogerlos con la

²³⁹ “El Granito de Arena”, 1938, p. 1.

boca y no con las manos, como quiere el Sr. Obispo que se los tira sonriendo.

El alma de sus hijos estudiada en los pormenores de la vida cotidiana y sencilla, el sacrificio oculto y desconocido de las vidas humildes ¡cómo le interesa y cuánto le dicen a su espíritu observador!... ¡cómo se va internando en el alma castellana!..., y más aún en el alma de Palencia, de la que dice Santa Teresa: “Toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto”, “es gente virtuosa la de aquel lugar” (²⁴⁰).

LA VENGANZA DEL PODER DE LAS TINIEBLAS

Un hecho raro, que si pudo ser casual, no dejó de extrañarle por el significado que pudiera tener, fue el que le ocurrió al Sr. Obispo con ocasión de un viaje. Habiendo asistido en Toledo a la Semana Pro Seminario, en la que pronunció un emocionante discurso (²⁴¹), regresaba en el tren de Madrid para Palencia, acompañado de su Capellán, D. Fernando Díaz, y cuando el tren marchaba a toda velocidad, sin saber cómo ni de dónde procedía entró una piedra en su departamento, lanzada violentamente y que fue a darle en el pectoral, sin hacerle daño ni tocarle a él, de modo casi milagroso.

Algún tiempo después relacionaba él este hecho con otros que parecían inspirados por Satanás para herirle en la niña de sus ojos: ¡en su amor a la Eucaristía!

Consagrado plenamente a las tareas propias de su ministerio episcopal se hallaba cuando vinieron a turbar su alma, traspasándola de dolor, varios robos sacrílegos perpetrados en distintos pueblos de su Diócesis con poco tiempo de duración de unos a otros.

Fue uno de ellos en la iglesia de Soto de Cerrato, a últimos de noviembre, cuando hacía poco más de un mes que el nuevo Prelado palentino se hallaba al frente de la Diócesis. Inmediatamente organizó un fervoroso desagravio a Jesús Sacramentado, y allí se trasladó con representaciones de la Adoración Nocturna, Acción Católica, Juventudes, Marías de los Sagrarios e Hijas de María de la capital, que, con grupos de

²⁴⁰ Libro de las Fundaciones, Cap. 29.

²⁴¹ En la Semana Pro Seminario, celebrada en Toledo del 4 de Noviembre de 1935, pronunció un discurso, el día 4, sobre “El decrecimiento de las vocaciones sacerdotales y sus causas”. Se imprimió en un folleto con este título.

fieles llegados de otros pueblos comarcanos, se unieron al pueblo que asistió en masa a los actos de desagravio.

Una solemne procesión eucarística por el campo, donde el Sr. Obispo dio la bendición a todos, fue el acto final de tan hermoso desagravio.

También por estos días, en Prádanos de Ojeda, robaron el Copón con las Sagradas Hostias. La noticia vuela por el pueblo y por toda la Ojeda; el corazón del Prelado de la Eucaristía recibe otra nueva y dolorosísima herida e inmediatamente organiza un gran desagravio. A las nueve de la noche comienzan a llegar al pueblo numerosas personas de Palencia, Astudillo, Aguilar, Cisneros, Villada, Herrera, Alar, Perazancas, Mave, Becerril del Carpió, La Vid, en fin, de toda la Ojeda y otros pueblos de la provincia. Numerosos coches, carros, caballerías, van llevando al pueblo deasagraviadores de Jesucristo Sacramentado, mientras las campanas anuncian la vigilia que se va a celebrar. Centenares de personas pasan la noche alabando a la Sagrada Eucaristía y comulgan antes de rayar el alba. El entusiasmo del pueblo ha levantado arcos de yedra y crisantemos con letreros dando la bienvenida al Pastor y a los fieles que iban a unirse en sus reparaciones.

Hacia las diez de la mañana llega el coche de) Sr. Obispo escoltado por otros y un autocar lleno de “Marías” palentinas. Muchos ojedaneros han llegado a pie, desafiando a la lluvia y andando largos caminos.

El Prelado les habla en la Misa solemne, llora él, lloran sus oyentes. “¿Dónde está Jesús? ¿Dónde nos lo han llevado?” Este dolor llena de pena sus corazones... Después de la Misa la procesión eucarística por la explanada que circunda la iglesia y la bendición dada por el señor Obispo a toda aquella inmensa multitud que ha formado con él una sola alma para desagraviar a su Señor Sacramentado.

A los pocos días otro terrible sacrilegio en Monzón de Campos y otro en Reinoso de Cerrato y pasado otro poco tiempo uno más en otro pueblo... En seguida publicó una circular disponiendo que, hasta nueva orden, los párrocos trasladaran al anochecer al Santísimo a la Casa Rectoral y por la mañana fuera llevado nuevamente a la Iglesia (²⁴²).

¿Qué significaba esto en una Diócesis tan profundamente religiosa en la que no se habían dado estos casos hasta entonces y qué mano oculta dirigía esta solapada campaña de sacrilegios ejecutados siempre en la sombra, sin que se pudiera saber quiénes eran los inductores y quiénes los inducidos?

²⁴² “Boletín del Obispado de Palencia”, Diciembre, 1935.

“Sucedíanse unas tras otras las profanaciones de los Sagrarios de los templos de nuestra Diócesis, plan concertado, sin duda, de las logias masónicas en su vano empeño de destruir la Religión de Cristo”, comentaba el “Boletín Oficial de la Diócesis.”

Cuando aparece aquella instrucción sobre el modo de guardar la Eucaristía, dada por la Sagrada Congregación de Sacramentos, el 10 de junio del 1938, escribe sobre el robo sacrílego de los Sagrarios esta página conmovedora:

El robo sacrílego: ¡qué página tan negra, o mejor, qué cantidad de páginas negra ocupas, robo sacrílego, en el libro de la historia de la Eucaristía entre los hijos de los hombres!

Unas veces, movidos por la codicia del metal precioso del vaso sagrado, otras, ¡las más!, ardiendo en fuegos de demonios para saciar el odio personal contra Jesús, ¡cuánta manos ha visto la luz temblorosa de la lámpara pegarse a la frágil puerta del Taberna, culo y extraer de su interior el rico o pobre copón y después... las Hostias desparramada por el altar y por el suelo y el Copón escondido en el seno del ladrón, o al revés, las Hostias cautelosamente guardadas y el Copón tirado para dejar señal inequívoca que no se buscaba robar ni el oro ni la plata, sino a Jesús oculto y callado del Copón!

¡Qué pena tan amarga inunda el corazón cristiano, cuando se da cuenta de que o los veinte siglos de existencia infinitamente bienhechora de Jesús en la tierra, tiene lo Iglesia, su guardadora, que redoblar y multiplicar las defensas de las pobres casitas que escogió para vivir en medio de cada grupo de hombres, porque todavía, como los escribas y fariseos de Jerusalén, lo buscan para matarlo!

¿Qué clase de odio es ese que dura tantos siglos sin aplacarse y qué clase de amor es aquel que no se cansa de vivir con los que le abandonan, como si fuera un muerto, o lo persiguen con odio a muerte?.. (243).

Una gran preocupación y tristeza embargó el ánimo del Sr. Obispo, que no acertaba a explicarse estos hechos más que como una nueva hazaña del enemigo para turbarle, o como un plan de las sectas para perseguirle en aquello que precisamente más podía dolerle. Y entristecido al pensar él que su presencia pudiera ser motivo de que se cometieran tan horribles pecados contra la Santísima Eucaristía, se preguntaba angustiado: *“Dios mío, ¿tendré que marcharme también de aquí? “¿Es que para perseguirme a mí te han de ofender a Ti? ¿Qué es esto?” ...*

²⁴³ “Boletín del Obispado de Palencia”, 15 de Septiembre 1938.

Fácil es suponer, después de lo que llevaba sufrido y de haber sido recusado de otros sitios en aquellos años pasados, lo que suponía para su estado psicológico esta nueva espina, que le hería en lo más vivo del alma...

Quiso el Señor que pasara aquella prueba tan dolorosa, que por algún tiempo azotó su alma con temores y preocupaciones muy explicables.

Pero aún nos preguntamos: ¿Quién había lanzado aquella piedra que le en el pectoral cuando el tren marchaba a toda velocidad? ¿Quiénes lanzaban contra su corazón aquella campaña de sacrilegios?...

III

La tragedia de España

Mientras celebraba la Santa Misa en su capilla, el 19 de julio del 36, una larga serie de detonaciones siembra la alarma entre el pueblo palentino. Toda la ciudad se hallaba consternada.

LA GUERRA DE LIBERACIÓN

Se declara el estado de alarma; corren noticias confusas del levantamiento militar, por unos momentos se teme que los rojos se hagan dueños de la situación, pero los militares y la Guardia Civil se imponen a los izquierdistas y arman a los ciudadanos de derechas que deambulan por la ciudad arma al brazo.

El Gobernador republicano es alcanzado por un tiro y queda muerto en el mismo coche donde iba. Uno de los más destacados católicos palentinos, el Sr. D. Marcelo Fernández Rojo, es también muerto por un tiro perdido, en el momento de asomarse al balcón de una casa conocida y familiar. Con estos luctuosos acontecimientos de primera hora aumenta la excitación en la ciudad... Por otra parte se dice y se teme con razón que los mineros de Guardo y de Barruelo, dominados por los rojos, vienen sobre Palencia...

El Sr. Obispo, sereno siempre y confiado en el Corazón de Jesús y en la Santísima Virgen del Pilar, ora y hace orar... Sigue constantemente atento a las noticias sobre el desarrollo del Movimiento y sigue optimista esperándolo todo de la protección divina.

Dos meses antes, acongojado su corazón por el ambiente de odio contra Dios y su Iglesia que la República había creado en España, había publicado una Carta Pastoral en la que después de enumerar los males que invadían la nación Y Que tenían por causa ese odio, confiesa: *No se me pasa ni una hora en que no busque con ansia torcedora un remedio contra él, un calmante, una tregua al menos, que a los poseídos de ese odio les*

deje ver y recibir algo y a alguien que no les suene a rencor, ¡siquiera un rayo de luz en medio de la negra noche! ¡una sola gota de aceite que evite aunque no sea más que un chirrido!

Padre y Pastor de un rebaño en el que, en mucha menor proporción que en otras regiones, es cierto, también hieren la vista y el corazón gestos y ademanes de aquel odio, no puedo quedar impávido ni con los brazos cruzados, sin buscar remedios y sin aplicarlos en la medida de mis fuerzas.

¿El remedio para tantas calamidades...? A renglón seguido lo propone:

Una campaña de Rosarios bien rezados y meditados.

¡A desinfectar y a perfumar el ambiente saturado de odios con “esencias de rosas del Cielo! ¡A abrir trochas para que los hombres vayan, o vuelvan a ir a Jesús, camino, verdad y vida, y lo conozcan y lo traten y lo quieran y se fíen de El con la guía más segura que es su Madre Inmaculada! Y ¿qué tiempo más propicio para iniciar la Cruzada que el dulce mes de María?

Sacerdotes míos, levantad los ojos del alma y recreaos en el espectáculo que se ve venir de seiscientos sacerdotes estigmatizados con la austeridad de su pobreza y los clavos de su ministerio de cruz, rezando y meditando su Rosario delante de trescientos pueblos nobles, sobrios y cristianos, ¡por la paz de los hijos de España! (244).

¿No serían aquellas oleadas purísimas de Ave Marías las que detuvieron a las puertas de Palencia aquellas oleadas de fango, de sangre y de lágrimas que se sentían venir?

Ella, como en Covadonga, sería la Capitana de nuestra reconquista. A Ella se volvían en las angustias de aquellos momentos sus ojos.

En el día de la Virgen del Pilar hizo su entrada. En la tarde siguiente presidía la procesión de la Virgen del Rosario. Las manos de la Celestial Señora le habían traído, de ellas esperaba la salvación de España.

Millares de niños palentinos rezaban ante el Sagrario sus rogativas, pidiendo que no les quitaran a Jesús.

La oración de los niños tenía que ser oída. En aquellos labios inocentes y en las manos de la Madre Inmaculada descansaba su corazón confiado.

²⁴⁴ “Boletín del Obispado de Palencia”, 1 Mayo, 1936.

¿Cuáles eran los sentimientos íntimos del Sr. Obispo en aquellos primero” momentos del levantamiento...?

Abrimos la libreta de sus apuntes espirituales, en la que, según su costumbre, cada mañana anota la palabra o jaculatoria que como idea dominante había de presidir todo su día. En el del levantamiento, que fue para Palencia el 19 de julio, encontramos estas palabras:

“Día del levantamiento contra los enemigos de España y del Corazón de Jesús. Perdón y misericordia. Santificetur nomen tuum... Adveniat regnum tuum.

Da una idea de su espíritu sobrenatural el ver cómo este estado exterior de los sucesos nacionales, tan extraordinarios, no le distrae de su vida interior, antes al contrario, es más íntima su oración y su comunicación con Jesús. Parece que los santos se desinteresarán de las cosas, pero ellos son los que lleven el hilo de la trama de todo por su unión con Dios, ellos, los que más se interesan por el bien de sus hermanos y de su patria, pero más al modo divino que humano.

Por eso leemos en sus apuntes del día 22 de julio, no algún pensamiento sobre el estado de cosas que había en España, sino eso tan íntimo:

“Dame a conocer entre los míos.”

Hace mucho tiempo que se acentúa en mí el reducir todo mi afán, deseo y ocupación en conocer a Jesús afectiva y operativamente y darlo así a conocer, amar e imitar. ¡Hodie in preparatione Misae audivi aquello! ⁽²⁴⁵⁾.

¡Con toda mi alma, Jesús mío! y especialmente entre los tuyos.

Aquel desconocimiento de Cristo, sobre todo *entre los suyos*, era la causa del mal, por eso, el que vive dentro de Dios, no se entretiene en las ramas, se va seguro a la raíz.

Día 23 de julio. *“Corazón de mi Jesús: no quiero tener memoria sino para acordarme de Ti. ni entendimiento sino para conocerte y pensar en Ti, ni corazón sino para amarte, ni sentidos sino para sentirte a Ti; y como Tú eres tan grande y mis facultades y sentidos tan chicos, no me sobran facultades ni sentidos para ocuparlos en lo que no seas Tú o a Ti me lleve.”*

²⁴⁵ Nótese la gracia con que *latinizaba* las palabras y las entremezclaba. Quizás por al algunos ojos curiosos repasaban aquellas notas.

Después de asomarnos un poco al interior del alma del Sr. Obispo, volvamos a ver su actuación externa, con motivo de la guerra de liberación. Se desvive, por decirlo así, por corresponder él y hacer que *todos* correspondan a lo que el Corazón de Jesús quiere de los españoles en esos momentos tan críticos.

A este fin escribe, casi continuamente, cortas pastorales, oraciones y preces para divulgarlas por toda la España de Franco, ya que a la España roja no podía llegar su voz, manda hacer rogativas por el triunfo de la causa de Dios, y actúa en todo momento en los actos religiosos y patrióticos que se organizan y en los que él mismo manda celebrar.

“LECCIONES DE LA TRAGEDIA”

Se hace el portavoz del Corazón de Cristo, su palabra vuela por los ámbitos de la Patria arrancando la sonrisa confiada de los labios, dejando en el corazón la suavidad de una cadencia o la punzada de un remordimiento.

¡Qué hermosas aquellas Pastorales tituladas “Lecciones de la tragedia”, púlpito volandero desde donde se predicaba sin cobardías y sin desalientos las cruzadas de la confianza, del perdón y del arrepentimiento! ⁽²⁴⁶⁾.

Para la gran tristeza de España, ¡qué bálsamo de consuelo aquellas palabras de aliento que él ponía en los labios del Divino Corazón!

Me llamáis... *Espanoles míos: no os he olvidado; en cada instante de mi vida di Sagrario y desde cada uno de ellos, os miro a cada uno y veo las lágrimas, la sangre que habéis derramado y os oigo llamarme y pedirme auxilio, misericordia y redención...*

¡Llorad, llorad! *Hacéis bien. Yo lloré ante el Sepulcro de mi amigo Lázaro y ante la visión profética de la ruina de mi pueblo. Esas lágrimas son protesta contra la muerte injusta, grito silencioso de dolor, demanda de consuelo, sufragio por los muertos... yo los recojo, las bendigo y les quiero quitar su natural amargura.*

Pero miradme: *Ojos que lloráis seres caídos, mirad al través de vuestras lágrimas hacia mi Sagrario, fijaos en mi Hostia...; detrás de esos*

²⁴⁶ Todos los párrafos que a continuación se transcriben sobre la tragedia española, están tomados de su libro “XXV Lecciones de cosas pasadas y por pasar”, en donde se hallan recopiladas aquellas “Lecciones de la tragedia.” V. págs. 175-177; 182-184; 27, 44-47; 63 y 64.

blancos velos, está un Caído...: un Caído hace veinte siglos, con la muerte más injusta, cruel y humillante, para levantar a todos los caídos por el pecado, un Sacrificado para aplacar a Dios y redimir al mundo...: un Ofrecido cada día en sacrificio para seguir aplacando y redimiendo..., un Jesús que, o la par que caían vuestros muertos, era buscado en miles de copones para ser escupido, blasfemado, pisoteado, apuñalado y, si hubiera sido posible, asesinado...

Llorad en buena hora; pero no desperdiciéis ni una sola gota de vuestras lágrimas, sobrenaturalizadlas, mezcladlas con las que derramó mi Madre al pie de mi Cruz y con las que Yo derramé tantas veces sobre mi pueblo. Llorando en nuestra compañía, cada gota de lágrima vuestra será una semilla, y muchas juntas, serán una siembra que sin duda, dará una cosecha de purificación del alma, de consuelo y santa fecundidad de vuestras penas, de alivio para ausentes, de aceleramiento de redención y salvación de España y de mucha gloria para mi Padre Celestial...

¿Queréis bañaros en luz y en alegrías de cielo en esta hora de tinieblas y de pesares? Sed justos y rectos, creyendo todo el Credo, amando según creéis y viviendo según creéis y amáis.

Y, con españoles así, ¡qué lluvia de paz y de pan caerá sobre nuestra España...!”

LA GRAN SIEMBRA DEL AMOR

“Haced apóstoles del gran mandamiento nuevo. Predicad la más necesaria de todas las cruzadas ¡la del amor fraterno entre los españoles! ¡Porque somos hijos del mismo Padre que está en los Cielos! y ¡hermanos del mismo Jesús que está en los Sagrarios...!”

No olvidemos la gran lección de nuestra tragedia de ocho siglos de lucha contra el Islam.

¿Por qué entraron y dominaron los hijos de la cimitarra tan rápidamente en la España visigoda?

Porque la encontraron dividida y corrompida.

¿Por qué tardamos ocho siglos en la reconquista?

Por falta de amor fraterno; los amigos y aliados de hoy eran frecuentemente enemigos de mañana y aliados con los enemigos de ayer, con los mismos moros.

En esta hora decisiva y trágica de nuestra historia en que nuestros mejores están ofreciendo sus haciendas, su sangre y su vida por Dios y por España, es muy justo, muy urgente que todos ofrezcamos, sobre la trituration de nuestros egoísmos y miras torcidas, la cara buena, el corazón generoso y la intención recta del que ama a su hermano por su patria, por Dios y a lo Jesús...

Hay que desarraigar las grandes siembras del odio con grandes siembras de amor, ¡Si el comunismo es la religión del odio, nuestra bendita religión es la religión del amor!

Y con una valentía inaudita pone el dedo en la llaga. Las guerras son el castigo de Dios.

El azote de la guerra está labrado con transgresiones a los Mandamientos.

Las blasfemias, las profanaciones de los días santos, los escándalos públicos de les modas y espectáculos, la corrupción de las costumbres, en una palabra, los pecados de los españoles son los alambres y los garfios que forman el azote con que la ira de Dios castiga y hace entrar en el juicio y buen camino a sus hijos hartas veces más ciegos que malos...

¡Hay que llamar a las puertas de la misericordia divina...!

Se ilumina su rostro de profeta, se exulta su voz, su palabra es martillo que rompe y conciencia que acusa.

Oídló clamar contra el más terrible comunismo: ¡El de la inmoralidad!

No teníamos bastante con uno y tenemos que aguantar ¡dos comunismos!

Formado, casi en su totalidad, el uno por varones, mal oliente, mal sonante, agrio, feroz, de mala cara y peores hechos; formado el otro por hembras y asimilados, perfumado, atrayente, seductor...

Guerreros de España, ¡guerra a la inmoralidad erigida en dictador! Si os ufanáis de haber derrotado al marxismo cruel y bárbaro y dejáis en pie al semipaganismo o comunismo en modas y costumbres, vuestro triunfo será un “semi-triunfo” que volverá muy luego a trocarse en derrota total. ¡Los muros de vuestra fortaleza tienen grietas...!

Hombres de la España resucitadas ¡Catolicismo sin “semi”! ¡Españolismo sin “semi”! ¡Moralidad sin “semi”! ¡Resurrección entera...!

Su corazón se llena de amargura a la vista de los templos incendiados, los Sagrarios profanados y vacíos y los encarcelados y perseguidos por el nombre de Cristo privados del inmenso consuelo de la Eucaristía.

Ante la negrura de este cuadro, el rayo de luz y de esperanza de su palabra alentadora.

Marías ¡sed Sagrarios! ¡Haceos Hostias...!

...llevad a Jesús a donde quiera que vayáis, envuelto en los corporales de vuestra pureza de alma, de vuestra humildad de corazón y de vuestra fe vivificada por una caridad inextinguible.

¡Marías del Sagrario, convertíos en Marías-Sagrarios...!

El que con un soplo, con una mirada puede reducir a polvo y a nada a sus enemigos, debajo de los escombros de sus templos, de los pies y de los puñales que trituraban su Eucaristía, rodeado de bocas sacrílegas que hacían mofa de su Comunión y de llamas que convertían en cenizas sus sagradas especies, se ha quedado ¡sin proferir una queja!, ¡es hostia siempre!

Marías, Discípulos, almas de Sagrario, ahí tenéis una bella y grata forma de desagravio de tanta hostia maltratada, no quejaros de ningún agravio personal que recibáis para imitar y desagraviar a Jesús callado de la Hostia profanada. ¡Hostia pisoteada y callada, que yo me deje pisotear con buena cara y boca cerrada...!”

¡Cómo se mecía tremolando al viento la blanca bandera de la reparación en sus manos!

Su palabra escrita cruzaba de un lado a otro la patrie dolorida llevando sobre tantas pesadumbres una brisa de cielo.

Sus “*preces de urgencia a la Virgen del Pilar*” se extienden por toda España y América y se rezan con fervor por millares de españoles en los frentes y en la retaguardia. Aquel clamor angustioso *apronto. Madre querida*”, llenaba de impacencias amorosas el Corazón bendito de la Virgen del Pilar.

Organiza desagravios, alienta con sus cartas a todos los afligidos que a él acuden, en manifestaciones patrióticas su voz es siempre voz de padre y maestro. Acompañado de sus hijos recorre antes que rompa el alba, las calles palentinos en aquellos Rosarios de la Aurora que hacían a toda la ciudad vibrar de amor y confianza.

¡Cuántas salves se rezaron al pie de la estatua de la Inmaculada que prest la plazuela de la Catedral, con lágrimas en los ojos después de cada victoria y siempre con la esperanza plena del triunfo definitivo!

Siempre confiado en el triunfo que esperaba, escribía en aquellos días guerra refiriéndose al rasgo heroico de un muchacho;

“¡Qué hermosa y valiente la carta-despedida de aquel joven...! ¡Cuántos casos de esos se están dando! No creo que en materia de valor por la Fe se diferencien los buenos españoles de hoy de nuestros mártires del siglo III y de las Catacumbas.

¡El triunfo viene por la sangre de los mártires!” ⁽²⁴⁷⁾.

La nota más simpática de toda aquella campaña reparadora la dieron los niños.

LA SÚPLICA INFANTIL POR LA PAZ

El día de Nuestra Señora de la Paz (24 de enero del 37) quiere el Sr. Obispo que se eleve a los Cielos la plegaria infantil urgiendo al Señor el don precioso de la paz, que justamente ofendido parece que retarda.

Por la prensa local hace a los niños palentinos este llamamiento;

¿No querriais, niños queridos de Palencia, luchar también en favor de vuestras dos madres perseguidas, vuestra Madre la Iglesia y vuestra Madre España?

Seguramente que sí.

¿Cómo? Mientras los mayores luchan en sus trincheras, vosotros, los pequeños de lo familia, los más amados y los mejor oídos del Corazón de Jesús y de la Virgen, porque tenéis el alma inocente y la fe pura y sincera, tenéis dos armas que manejar, más temibles que las más temibles armas de guerra.

Esas dos armas se llaman la oración y la mortificación de los niños.

Yo, como Padre y pastor de todos los palentinos, que llevo en mi corazón la pena de todos los padres y madres que lloran ausencias y muertes y de todos los que por Dios y por España sufren gallardamente fríos, hambres, despojos, heridas, invito a todos los niños y niñas de Palencia a celebrar el “día de la súplica infantil por la paz”, y os cito o las ocho en punto del domingo próximo, fiesta de la Virgen de la Paz, en nuestra Catedral, para que comulgéis en la Santa Misa que, Dios

²⁴⁷ Carta sin fecha (1936) durante la guerra a M. M. de Santiago.

mediante, celebraré, y a la hora que se os señale después, para rezar un Rosario de penitencia ante Jesús Sacramentado.

¡Cuatro mil comuniones de niños! ¡Cuatro mil rosarios y cuatro mil mortificaciones infantiles pidiendo paz! ¡Cómo harán sonreír a la Reina de la Paz y le harán decir con la misma segura confianza de fruto que en las Bodas de Caná al Corazón de su Hijo: “QUE NUESTRA ESPAÑA NO TIENE PAZ!”

Niños y niñas palentinos, con vuestras manos blancas en cruz y vuestras almas blancas, con la blancura de la inocencia y de la Hostia Consagrada, la comulgar y a decir muchas veces: ¡Madre Inmaculada del Pilar, di al Corazón de tu Hijo que tu España no tiene paz!”

Amaneció el día bajo una lluvia torrencial, no importa, ni le temen al frío ni al agua.

Las naves de la Catedral rebosan de niños. Millares de Hostias Consagradas se siembran en surcos inocentes. La plegaria brota de sus labios puros, y llegando a los Cielos sorprendería a los ángeles, baría sonreír a Dios y... ¡arrancaría lágrimas de amor a la Reina del Pilar!

LA ODISEA DEL OBISPO DE CÓRDOBA

Días de impresiones imborrables eran aquellos de los primeros tiempos de la guerra de liberación, y cada día nos traía nuevas e inesperadas emociones...

Pero entre ellas sobrenada una que no podemos dejar de recordar: La llegada a Palencia del Obispo de Córdoba, D. Adolfo Pérez Muñoz, condenado a muerte por los marxistas de Reinosa.

Allí le sorprendió el Movimiento. Una tarde vinieron “por los millones del Obispo.”

Los *millones* del Obispo se han gastado en levantar las cinco escuelas para obreros que el Prelado tiene en Córdoba.

Sin llegar a convencerse le exigen el pectoral y el anillo.

“¿Para qué sirve eso?..” Desde aquella hora vive vigilado, prisionero dentro de su misma casa, bajo la amenaza constante de la horda roja.

En Reinosa le han condenado a muerte y han acordado trasladarlo a la Naval tan pronto sonaran los primeros disparos de los soldados españoles.

Huye por los montes y tras unas largas jornadas de un peregrinar incesante por aquellos agrestes caminos cayendo y levantándose entre sombras y peñascos logra el venerable anciano poner a salvo su vida.

Llega agotado, heridos los pies del largo y penoso caminar, apoyándose en un palo que ha levantado la piel de sus manos:

Ya está en la Brañosera, lleva una noche y un día sin descanso, está mediada la tarde y agotadas las fuerzas, se ha sentado en el camino ¡no puede más!

“¡Qué noche!, ¡qué noche!, exclama el anciano Prelado, ¡me ha parecido una eternidad!...”

Han subido por él desde Barruelo. Está en tierras de Palencia, ¡ya puede descansar!

Era el 25 de agosto de 1936. Cuando llegó la noticia al Prelado palentino puso en movimiento a los que podían ir con todas las garantías a recogerlo y traérselo inmediatamente a su Palacio.

Salieron los Sres. Alvarez Barón, tan dispuestos siempre a ejecutar las menores indicaciones de su Prelado y con ellos el sacerdote don Andrés Medina mientras en Palacio disponía el Sr. Obispo que le preparasen las más confortables habitaciones al Prelado perseguido.

Indescriptible fue la entrada. Llegó al caer de la tarde, vestido de un guardapolvo gris, como un pobre caminante, casi sin poder tenerse en pie, mientras D. Manuel bajaba a su encuentro las escaleras, abrazándose en silencio fuertemente impresionados... Venía con una pierna herida, llaga que no se le volvió a curar hasta su muerte, las manos llenas de vejigas y arañazos, y destrozado por la fatiga y la angustia de la huida...

Inmediatamente lo llevó nuestro Sr. Obispo a las habitaciones que le habían preparado, y le dio su mejor sotana, fajín y solideo, ya que la estatura y complexión de ambos eran muy semejantes, y junto con el vestido exterior, todas las prendas interiores; le colocó un pectoral y un anillo. Todo le parecía poco para obsequiar a su Hermano.

Descansado que hubo de la tensión nerviosa que le había sostenido en la huida, lloraba y abrazaba a D. Manuel el anciano Obispo.

¡Cómo gozó en *darse* en entrega total de caridad al Hermano perseguido y enfermo!

En la tarde agosteña el sol volcaba su oro sobre las mansas aguas del río frente a los balcones de su Palacio...

* * *

El sol de la Eucaristía ¡cómo se reflejaba en él!

Saboreaba por entonces esta jaculatoria: “*Corazón de Jesús, que este Sacerdote tuyo por donde quiera que pase dé siempre y sólo a Jesús, envuelto en su palabra, en su gesto, hasta en su aliento*” (²⁴⁸).

* * *”

Se aspiraba aquella tarde en Palacio el aroma de Cristo...

²⁴⁸ “El Rosario Sacerdotal”, p. 39.

Capítulo XVIII

Por tierras del Romancero

1.º.- *Cada día quiero más a mis Sacerdotes.*

El Seminario de Son José.
Los seminaristas soldados.
Las famosas consignas.
Después del Sagrario, ellos.
Ante la pobreza de su Clero.
Ejercicios espirituales con sus Sacerdotes.

2.º.- *Recorriendo sus pueblos.*

¡A misionar!
Un pueblo en gracia de Dios.
Llevando los niños al Sagrario.
Por la santificación de las fiestas.

3.º.- *Por la eucaristización de su diócesis.*

Dos fiestas del Corpus memorables.
Restituyendo en su trono al Rey del Amor.
Campaña catequística.
Los certámenes de Catecismo en la Catedral.

4.º.- *Aprovechando aquel remanso de paz.*

Sin torcer el camino.
“Así ama El.”
Sobre el Espíritu Santo.
Su último cáliz.
El sepulcro de sus padres.

Cada día quiero más a mis Sacerdotes

Comenzaba a descubrir a Castilla. Todo para él tenía un giro nuevo de sorpresa, la nieve, el cielo plumizo de los crudos e interminables inviernos, el carácter de sus gentes cerrado como el arca patriarcal de los abuelos, y los pueblos con su color terroso de perdices agazapadas sobre el surco.

Castilla, la sorprendente Castilla donde se levantan sobre el llano los templos grandes para Dios y las casas pequeñas para el hombre, era un libro abierto lleno de maravillosas revelaciones.

Por aquellas tierras del romancero, Carrión de los Condes, Paredes de Nave, Frómista, Saldaña, Dueñas, Ampudia, cabalgaba su espíritu en una constante romería de amor admirativo.

“Me sorprende Castilla, decía muchas veces, es como la simiente, por fuera no aparenta nada, y sin embargo, por dentro, está llena de vida.” ¡Emociona el pensar que con humildades de Belén y grandezas de epopeyas en estas tierras naciera España y se forjara el Imperio!..

Por la ley del *contraste* aquella tierra tan llena de fe y tan cargada de historia se iba adueñando de su corazón.

¡Y se entregó con un amor apasionado a Castilla, aquel andaluz y por más “gravante sevillano!

Los últimos años de su vida serán para sus sacerdotes y para aquellos pueblos palentinos que Dios le regalara, como un dulce y sabroso fruto, en la última lomada de su ya larga y penosa brega.

EL SEMINARIO DE SAN JOSÉ

Si en Málaga habían sido las niñas de sus ojos su Seminario y su Clero ¿cómo habían de serlo también en la Diócesis de Palencia?

Su primera visita fue para el Seminario. Estaba deseando conocer a sus nuevos hijos seminaristas y su Seminario.

Al entrar ¡oh qué grata sorpresa! Sus ojos se han clavado en el Amo. El Corazón divino de Jesús es el Rey y el Padre de aquel Seminario.

Sus primeras palabras para los seminaristas en la paz silenciosa de la Cepilla delante del Sagrario fue (¡cómo no!) una centella del fuego de su amor eucarístico:

“El Seminario es el gran semillero sacerdotal de la Diócesis; en su recinto se ha de madurar, segar y limpiar la espiga. Cuanto mayor diligencia se ponga en ejecutar esas labores, mejor; “Tota spes mesis in semine.”

“¿Qué es lo que quiere el labrador al escoger y cuidar su semilla, sino coger fanegas, muchas fanegas? Esto mismo pretende de vosotros Jesús, la Santa Iglesia y vuestro padre y madre el Obispo.

Pero, ¡ah! añadía (y aquí empieza lo original de su plática) para que esta semilla del Seminario —que sois vosotros— sea lo que debe ser, no basta regarla, limpiarla, y recogerla—, es imprescindible molerla para convertirla en harina, la cual humedecida por las lágrimas de vuestros ojos, y tostada al fuego vivo del Sagrado Corazón, se transforme en hostia, en un todo semejante a la que habéis de levantar un día en vuestras manos.

El Seminario será incompleto, si no dispone de un molino en el que, por medie de la disciplina, del sacrificio y la negación de si mismos, se reduzca a los seminaristas a flor de harina y después se hagan Sacerdotes hostias.

Y concluye su plática en la siguiente oración, que les recomienda rezar muchas veces: *“Sembrador divino. Molinero divino de mi querido Seminario, que yo me deje moler con buena caray con boca cerrada.” Ya me encargaré yo de preguntar a los ángeles custodios del Seminario por lo que en éste se hace.*

¡Qué contento se pondrá vuestro padre el Obispo, cuando los ángeles le digan:

“En el Seminario se muele a toda prisa con buenas caras y con bocas cerradas que silo se abren para alabar a Dios”! (249).

Aquello era un lenguaje extraño, nadie les había hablado así.

²⁴⁹ “Boletín del Obispado de Palencia”, 1 de noviembre, 1935.

Ante sus seminaristas, santamente sorprendidos, él abría su ruta de siempre: ¡Sacerdotes-hostias...!

Inmediatamente se interesó por mejorar en todos sentidos la vida espiritual, disciplinar y material del Seminario, ejecutando imponentes reformas, cuando las circunstancias permitían, para elevar bajo todos los aspectos el nivel del Seminario.

“Todo le parecía poco para su querido Seminario. ¡Cuánto sufría cuando veía su necesidades y cómo se afanaba por remediarlas! Unicamente nosotros podemos apreciarlo

justamente, los que hemos podido tener vida de Seminario aun en los años de guerra a costa de sacrificios del Padre bueno que siempre se desvivió por procuramos lo necesario.” ⁽²⁵⁰⁾

LOS SEMINARISTAS SOLDADOS

La forzada ausencia de los seminaristas durante el servicio militar constituía una seria preocupación para el Sr. Obispo, y a los que hubieron de prestar sus servicios durante la guerra, no los abandonó un instante.

Uno de sus seminaristas soldados le llamaba “el ángel de la guarda del seminarista soldado”, “el General espiritual que con ellos luchó en las trincheras”. El incalculable número de cartas paternales dirigidas a los distintos frentes: en los que prestábamos nuestra ayuda a la Patria, son testimonio de esto...

Para siempre quedará indeleble en mi corazón la sugestiva impresión que me produjo su primera carta, recibida en mis días de soldado bisoño... *“El santo Rosario a nuestra Madre, que no dejarás un solo día, te proporcionará esa placidez y tranquilidad de conciencia que el amor maternal sabe infundir en sus hijos cuando estos son sus fieles servidores.*

Sé apóstol entre tus compañeros enséñales cuando la ocasión te sea propicia, que será muy frecuente, los deberes que tenemos para con Dios, porque sin duda podrás evitar que se cometan muchas faltas y pecados en los que, por ignorancia, se resbala y se cae con facilidad.

¡En el Seminario se ruega a diario por vosotros, para que nuestra santa causa triunfe sobre el enemigo y pronto volváis a llenar los huecos que vuestra ausencia dejó entre nosotros!”

* * *

²⁵⁰ A. Aguado, “Boletín del Obispado de Palencia”, 15 de enero, 1940.

Nada pudo el mundo contra nosotros, porque nuestra retaguardia que suele ser la parte más débil, estaba amurallada por las oraciones y sacrificios de nuestro Prelado” (251).

LAS FAMOSAS CONSIGNAS

Lo mismo que en el Seminario de Málaga también a los seminaristas de Palencia les da a primeros de año una palabra que sea la consigna para todo él. “*Sed Manueles*” es la primera que les dio, al comienzo del año 1936, y se la explicaba así: “*Dejad entre los que os rodean y a vuestro paso un poco de luz, de olor, de sabor de Dios.*”

Dios con nosotros!

1.º Por la “*limpieza de alma y de cuerpo*”, que os concederá ver a Dios, viviendo en vuestras almas y reflejándose en vuestros cuerpos.

2.º Por el “*trato*” afectuoso, confiado y frecuente con El en su casita del Sagrario, que os hará oírlo, sentirlo, repararlo e imitarlo.

3. “*Por el “celo de corazón ardiente y cara siempre buena”, de multiplicar “Manueles”, singularmente entre los niños que tratéis, y*

4.º Por la “*adhesión sincera y leal*” a vuestros Superiores y al que quiere y debe ser el “*Manuel mayor*” que es Manuel González, Obispo de Palencia” (252).

La última consigna que dio a sus seminaristas fue ésta:

“*¡Cordero de Dios y Pastor bueno! haznos corderos fieles para ser después pastores buenos*” (253).

Cuando el 19 de septiembre 1936, a los tres meses de guerra en España, cuando tantos seminarios se hallaban ocupados por los rojos en la zona marxista o convertidos en hospitales en la zona liberada, los seminaristas de Palencia volvían, después de sus vacaciones, a comenzar el curso, encuentran su Seminario no sólo intacto, sino mejorado ¡qué impresiones tan gratas recibieron!..

“Aquí estamos, escribían, nos vemos, podemos hablarnos después del naufragio nacional en que han perecido tantos hermanos nuestros. Este Seminario, materialmente reformado, acaso sea el único que se ha abierto,

²⁵¹ T. Cardenal, “Boletín del Obispado de Palencia”. 15 de enero, 1840.

²⁵² “Boletín del O. de Palencia”, 15 enero, 1936.

²⁵³ “Boletín del O. de Palencia”, 15 enero, 1940.

para ver alegre congregarse en él a casi todos sus seminaristas sanos y alegres.

El Seminario palentino se convirtió aquel año en milagrosa arca de Noé que salvó en el diluvio de la guerra muchas vocaciones de un muy probable naufragio.

Allí se refugiaron seminaristas de Comillas y de Cataluña... y un grupo de seminaristas malagueños.

Málaga seguía bajo el poder de la horda roja, los templos incendiados dos veces, albergaban muchedumbres inmensas de fugitivos de todos los pueblos ocupados por las tropas nacionales.

Un seminarista a quien el Sr. Obispo llamaba *su medio Cura*, con muchas ganas de que fuera *su Cura y medio*, escribió al liberarse su pueblo a su queridísimo Obispo.

La respuesta no se dejó esperar: *Vente, sigo siendo vuestro Padre, y ahora en “vuestra desgracia más Padre que nunca. Dilo así a todos mis queridos seminaristas.”*

¡Qué emoción la suya cuando vio hechos ya casi hombres a aquellos latinillos con los que él jugó un día en su Seminario!

Los abrazó a todos conmovido, y no acertaba a decir ni una palabra cuando cada uno le contaba su tragedia familiar. Muchos tenían en sus familias mártires, otros no sabían qué suerte habían corrido los suyos...

Cuando le referían los heroicos martirios de aquellos seminaristas y aquellos Superiores, conmovido suspiró: *¡Ahora sí que puedo decir que en mi Seminario se cosechan Sacerdotes-hostias!*

Allí estuvieron el curso de 1936 al 1937 en que se liberó Málaga. Con frecuencia iban a visitarlo al Palacio y él se esforzaba en darles todo el calor del hogar lejano.

Ni que decir tiene que los alojó generosamente y que al marcharse los despidió llorando.

¡Ya no les volvería a ver más!

DESPUÉS DEL SAGRARIO, ELLOS

Cada día quiero más a mis sacerdotes, decía él, conmovido ante aquel Clero palentino condenado a la miseria por aquellas inicuas leyes de la malvada República.

Después de las visitas al Santísimo en su Capilla —así lo aseguraba él—, los mejores ratos que pasaba el Sr. Obispo eran los que dedicaba a sus sacerdotes. Con qué gusto paseaba con ellos en la cámara episcopal hablando de Dios, de sus parroquias, de sus feligreses, insinuándoles de la forma que sólo él sabía hacerlo “lo mucho que puede hacer un Cura hoy”, interesándose también por sus necesidades y terminando en muchos casos por dejar en la mano del visitante un billetito, bien para el alumbrado del Santísimo, bien como estipendio de Misas, o como donativo para atenciones particulares.”

Cuando va a entrar en serio el invierno de Castilla, los curas de aquellos pueblecitos de la montaña, que quedarán bloqueados durante el tiempo de las nieves y los hielos, pasan a despedirse de su Obispo, que los trata con cariño de Padre y sencillez de amigo.

“Ya, Sr. Obispo, hasta que pasen los fríos, no podremos volver por aquí.”

Y el Prelado, que se da cuenta de todo lo que supone de abnegación y austeridad y pobreza la vida de esos pueblecillos misérrimos, queda lleno de admiración y cariño hacia esos héroes desconocidos, que viven contentos en su pobreza sin desear otra cosa...

“Cuando empezó la Santa Visita Pastoral por los pueblos y no oyó la menor señal de queja por la miseria, en que se veían envueltos, antes al contrario, resignados y entregados de lleno al sagrado ministerio, su corazón quedó totalmente, ¿cómo lo diré?, ¡conquistado! ¡rendido!

Cierto que por doquier iba ganándose él los corazones de sus sacerdotes ¡era tan bueno! pero conocía a la vez, que su corazón sentía de día en día más ganas de amar a sus sacerdotes palentinos. El había ganado los corazones de los sacerdotes y éstos se lo habían ganado a él” (²⁵⁴).

Un ejemplar Sacerdote de estas tierras me contaba esta anécdota que revela toda la grandeza de alma de aquellos abnegados curas de aldea.

—*Señor Obispo, parece que le asoman a V. E. las lágrimas, ¿qué es eso?*

—*Acabo de poner en las manos de un pobre Sacerdote mi pequeño óbolo para remediar la miseria espantosa en que vive, pues creo que hasta pasa hambre y me ha dicho: —Se lo agradezco Sr. Obispo, pero désela Vucencia a X, mi compañero, que ha venido conmigo, que está mucho peor que yo. Y cuando le he preguntado admirado ante aquel heroísmo: —*

²⁵⁴ G A. Gutiérrez. “Boletín del O. de P.”. 15 enero, 1940.

¿Y usted?..., me ha respondido con un laconismo que asombra: ¡Dios me ayudará! (255).

ANTE LA POBREZA DE SU CLERO

“Por eso, si alguno se permitía sospechar que el Obispo no hacía todo lo posible por llamar la atención de los gobernantes para que se remediara, como era debido, la miseria del Clero, no andaba sobrado de justicia en su mezquino juicio. Para que no faltara un pedazo de pan a sus sacerdotes amadísimos en los años difíciles, no tuvo inconveniente en contraer deudas que en conjunto se habían acercado a medio millón de pesetas. *El Sacratísimo Corazón de Jesús me dará medios para pagarlas en su día. El que tan generosamente me ha favorecido en Huelva y en Málaga, también saldrá por mí en Palencia.*

En todos los tonos, habló a ministros y generales que pudieran influir en el ánimo del Jefe del Estado, para poner remedio a tan vergonzosa como injusta miseria del Clero (256).

Tener recelos de él que juntamente con los demás Prelados de la Iglesia española había llegado hasta donde había sido posible, Id consideraba como una de las mayores injurias que podían hacerse a su corazón, que por lo mismo que amaba sin tasa ni medida, estaba siempre dispuesto a los sacrificios necesarios país re mediar a sus amadísimos sacerdotes.

En confirmación de lo dicho, el 11 de noviembre de 1939, nuestro inolvidable Sr. Obispo hubo de visitar al Jefe del Estado, y entre otras cosas, le habló, ¿cómo no?, de sus queridos sacerdotes, ponderó sus virtudes, su austeridad, pero puso también de manifiesto la miseria en que vivían, y no tuvo inconveniente en declarar, que para remediarla en parte, hablase visto obligado a contraer deudas de la magnitud mencionada.

Su Excelencia conmovido extraordinariamente, le dijo; Pero señor Obispo ¿es posible lo que me cuenta!

—*No sólo es posible, sino que es un hecho real*, repuso nuestro Prelado. E inmediatamente, el Caudillo, impulsado por su gran corazón, concedió veinticinco mil pesetas para ayuda de tales atenciones...

²⁵⁵ Z. Gama Martínez, Canónigo de Palencia y Moderador actual de la Obra de lea Marías.

²⁵⁶ El Nuevo Estado no pudo empezar a pagar la nómina a la Iglesia hasta los últimos meses del año 1939 y por eso se agravaba la situación del Clero.

El Corazón de Jesús hizo que fueran recibiendo medios para continuar reintegrando todo lo que se había recibido prestado, y el 30 de diciembre, cuando se disponían las cosas para trasladarlo a Madrid (donde falleció a los pocos días) tuvo el consuelo de saber que estaban a punto de quedar extinguidas todas las deudas contraídas para alivio de los sacerdotes, marchando por ellos muy tranquilo” (²⁵⁷).

Así le premió el Señor su confianza en El y su amor a los sacerdotes.

El recuerdo de aquel santo Pastor no se extingue entre los sacerdotes.

Cada uno de los que lo tuvieron por Prelado cuenta sus anécdotas con fruición y cariño.

Recuerdo que a nosotros los sacerdotes ancianos nos decía: “*Aquí todos somos hermanos; y yo el hermano mayor*”, así dice un anciano arcipreste y como éste, cada cual refiere sus gratos recuerdos...

EJERCICIOS ESPIRITUALES CON SUS SACERDOTES

Inolvidables fueron aquellos Ejercicios Espirituales que hizo con sus sacerdotes y que terminaron precisamente el 18 de julio de 1936.

Por ser los primeros que hacía con el Clero palentino, les obsequió celebrando el último día Misa de Pontifical, así como también las solemnes Vísperas.

Quiso fuese la Misa votiva de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, y él mismo les predicó la homilía glosando cada una de las partes de aquélla (²⁵⁸).

Por la tarde, terminadas las Vísperas pontificales, la exposición solemne del Santísimo había de ser el acto final de despedida.

“Una vez que se rezó la Estación —escribe uno de los sacerdotes ejercitantes— se levantó nuestro Prelado.

Fija su vista en el Sagrario donde clavado tiene su corazón, pan ce que quiere hablar y la emoción no se lo permite. Por fin hace esta impresioname manifestación de humildad reveladora de verdadera y acrisolada virtud: “*¡Jesús Maestro! El último de tus discípulos*” no quiere más que eso... *¡ser tu discípulo! ¡Jesús humilde! que la humildad sea la que impulse siempre mi obrar; que ella sea el distintivo de mi alma. ¡Jesús*

²⁵⁷ G. A. Gutiérrez, “Boletín del O. de P.”. 15 enero, 1940.

²⁵⁸ Puede verse este comentario en el “Boletín del Obispado”, del 15 de agosto de 1936.

Hostia! que yo sea tu perpetua víctima a imitación de esa Hostia del Sagrario, ¡Jesús! ¡Mi Jesús! si las infidelidades del último de tus siervos me hacen acreedor a que no me pueda llamar tu discípulo y tu víctima... que tu misericordia me estreche contra tu Corazón... ¡Jesús! ¡Jesús!., ¡perdón!”

¡Silencio... emoción... misterio! Tantum ergo Sacramentum... Dios nos bendijo.

¡Gloría a Cristo Jesús! ¡Cielos y tierra bendecid al Señor!

Así terminaban aquellas Vísperas que serán una meditación perpetua para cuantos tuvimos la dicha de vivir aquellos momentos de cielo (²⁵⁹).

²⁵⁹ “Boletín del O. de P.”, 15 agosto, 1936.

II

Recorriendo sus pueblos

Era aquel nefasto año de 1936. Acababa de triunfar el fatídico Frente Popular y en el ambiente enrarecido de España se mascaba ya la tragedia.

Asomaban por los horizontes cerrados los negros nubarrones de aquella terrible tormenta. Los enemigos de Dios y de la Patria eran más osados que los temerosos y cobardes hijos de Cristo que se replegaban en un mutismo y una inacción suicida.

¡A misionar!

El Sr. Obispo, en uno de aquellos días, ha sentado a su mesa a dos celosos Misioneros Redentoristas. Acaban de predicar una Misión pródiga en frutos ubérrimos en su Parroquia palentina de Nuestra Señora de la Calle.

La Misión fue un gran triunfo de la gracia de Dios.

Al despedir a los Misioneros, el Sr. Obispo pregunta: *Y ahora Padres ¿no tienen Vdes. otra Misión?*

—Señor Obispo, como andan los tiempos tan turbados, como en estos días triunfa descaradamente el Frente Popular, los sacerdotes que nos habían comprometido para dar algunas misiones se han apresurado a notificarnos que en vista de las circunstancias porque atraviesa España las suspenden por ahora.

—*Pues yo creo que ahora más que nunca hay que predicar misiones,* atajó él. Y añadió: *Uno de los pueblos de mi Diócesis que está más necesitado es Torquemada. A Torquemada tendrán que ir.*

—Señor Obispo insistieron los Misioneros—, no habrá tiempo para preparar aquella Misión. No se ha avisado.

—*Las cosas se piensan y se hacen al momento. ¿Para qué está el teléfono?*

Y fueron los Padres Redentoristas a Torquemada y después a Paredes de Nava y detrás de ellos el Sr. Obispo en su Santa visita Pastoral.

Su salud se resentía por momentos, pero no importa. El decía graciosamente que quería ganarse su Requiescat in pace... *Si aquí no hemos trabajado ¿de qué hemos de descansar arriba...?*

“Estoy completamente agotado confesaba al Rvdo. P. Ramón Sarabia, Redentorista—, *me siento tan débil que cuando hablo media hora no puedo más. Por las mañanas aun puedo dedicarme con alguna intensidad al trabajo y escribir algunos librillos, pero por la tarde mi cabeza es resquebrajada y se bambolea...*

Soy incapaz de ningún esfuerzo, me cuesta hablar, me cuesta escribir, me cuesta predicar, me cuesta todo...

Y añadía: *Las gentes al verme tan alto y tan grueso piensan que estoy rebosando de salud y me tendrán por cobarde y comodón. Yo acepto esta humillación, que es la más grande que Dios pudiera enviarme, y se la ofrezco con toda mi buena voluntad.”*

En aquellas visitas se consolaba en extremo al ver que aquella honrada gente de Castilla tenía en sus arcas abundancia de fe.

Por aquellos días escribía: *“Ahora llevo casi dos meses de Visita Pastoral por estos pueblos; hoy llevo ya ochenta y cuatro, y ¡qué cuadros de fe y de amor a la Iglesia y a su Obispo! Se olvida uno del cansancio para disfrutar de estas visiones en contraste tan vivo con los pueblos aún dominados por los enemigos de Dios”* ⁽²⁶⁰⁾.

Cuando explicaba la doctrina a los niños estaban detrás sus padres apuntándoles las contestaciones por si a ellos se les olvidaba y le daba gusto verlos tan interesados y sabiendo tan bien las respuestas.

Pero le apenaba no sacaran para su vida práctica todas las consecuencias de esa fe, pues aunque cumplían con Pascua y el precepto dominical, en general notaba poca piedad eucarística...

Ya se lamentaba de esto en una de sus primeras Pastorales: *“Si sabéis y creéis firmemente, y hasta daríais vuestra sangre para sellar vuestra Pe, que en aquellas manas está Jesús. Dios y hombre verdadero, vivo y real, inmolado, ofreciéndose en sacrificio par vosotros, ¿por qué dejáis tan solas vuestras Misas?*

²⁶⁰ Carta sin fecha, durante la guerra de liberación a M. M. de Santiago.

Si creéis que en la Comunión se os da Jesucristo entero para haceros participante de sus tesoros y de su vida divina, ¿por qué comulgáis tan poco?

Si creéis que en la pobre o rica Casita dorada del Sagrario hay unos ojos que at buscan y miran, unos oídos dispuestos a escuchar todas vuestras lástimas, unas manos rebosantes de bienes, unos brazos con ganas de abrazaros y un Corazón que conoce y siente vuestras penas, y pone sus delicias en amaros y en que lo améis, ¿por qué no la visitáis nunca?

¡Cuántas veces, amadísimos hijos, la alegría que me producen las buenas noticias que me traen vuestros párrocos de que todos o casi todos habéis cumplido con Pascua, se mezcla con la pena de oír casi siempre esta misma respuesta a mis preguntas sobre vuestro trato con Jesús Sacramentado: — ¿A la Misa de cada día? —Casi nadie. — ¿Comunión frecuente? ¿Visitas al Sagrario? —Pocas o ninguna. ¡Qué contraste tan doloroso! ¡Que no se entiendan y traten familiarmente vecinos tan buenos!” (261).

En aquellas visitas se desbordaban los pueblos y muchas veces se encontraban con estos cuadros que parecen páginas de la vida de los primitivos cristianos.

UN PUEBLO EN GRACIA DE DIOS

“En Becerril de Campos...

Amaneció el último día de la Misión. Allí estaban en la Mesa Eucarística todos los hijos de Becerril.

Era una mañana de un frío intensísimo... A las once salimos a esperar al santo Prelado... El pueblo en masa estaba en la carretera..., qué alegría en todos los rostros..., qué gozo interior en todas las almas...

Con la puntualidad absoluta que en esto siempre tenía, llegó a Becerril el Sr. Obispo y momentos después, en aquella iglesia inmensa no se podía tirar un alfiler al suelo... Todo Becerril estaba ante su Prelado.

Y se alzó en el Presbiterio el Obispo, con su mitra y báculo, revestido de todos los ornamentos pontificales... Y levantó la mano para hablar.

En aquel momento apareció en el pulpito el Misionero y solamente dijo estas palabras:

²⁶¹ “Boletín del O. de P.”, 1 junio, 1936.

—Señor Obispo, tengo la alegría y el honor de presentarle un pueblo en gracia de Dios. Hoy en Becerril todos han recibido la Sagrada Eucaristía. Nada más” dijo... Era bastante para aquel corazón paternal y fervoroso... Quiso hablar... y no pudo... Un nudo se le hizo en la garganta. Varias veces hizo esfuerzos para contener su emoción: todo fue inútil.

Estaba a su lado el Sr. Alcalde, hombre fornido, de alma fuerte y de corazón más fuerte todavía y aquel hombretón que había sido siempre el terror de las gentes enemigas de Dios y de España, rompió a llorar también...

Y el Obispo de Palencia no pudo hablar a su pueblo de Becerril de Campos porque le vio en gracia de Dios; aquellas lágrimas eran su elocuente sermón (²⁶²).

LLEVANDO LOS NIÑOS AL SAGRARIO

La nota más simpática de la visita la ponían los niños. En medio de ellos, como Jesús en el Evangelio, y al pie del Sagrario, solía terminar un rato largo de Catecismo con esta emocionante despedida...

“Niños, escuchad... os voy a pedir un favor muy grande, ¿me lo vais a conceder?”

Mil cabecitas se movían en tono afirmativo y otras tantas lenguas decían con simpática alegría:

—Sí, Señor...

—Pues bien, seguía diciendo el Prelado, por la tarde y por la mañana, cuando salgáis de la escuela, derechos a la iglesia., y en la iglesia derechos, derechos al altar mayor, donde está Jesús Sacramentado... porque sé que os está esperando, ., y al llegar allí ¿qué tenéis que hacer? Oídllo bien: Primero hacer la señal de la cruz... luego rezáis despacito y bien un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria Patri... ¿es mucho?

—No señor, se apresuraban a contestar todos los pequeñuelos.

—Y luego, añadía con el retintín de uno que está saboreando una cosa muy sabrosa y regalad a, y luego ponéis los dedos así... (y el Obispo los juntaba) y luego lleváis los cinco dedos al corazón... luego lo lleváis a los labios, estampáis en ellos un beso y se lo tiráis al Corazón de Jesús que desde la Santa Hostia donde está oculto por vuestro amor os envía a

²⁶² Apuntes del Rvdo. P. Ramón Sarabia, Redentorista.

vosotros no uno, sino miles de besos y miles de bendiciones... Con que vamos a ver cómo lo hacéis todos... y miles de manos fundidas en un solo puño, lanzaban aquel beso hacia la puerta del Sagrario... Y detrás de aquél, otro, y luego otro... y había que decir basta, porque si no aquellos ángeles de inocencia no se cansaban de besar ni de repetirla jaculatoria que el Obispo les enseñaba: “Corazón de Jesús, mi corazón te ama y te pide tu bendición...” ⁽²⁶³⁾.

A veces su conversación tomaba este rumbo: “*¿Vive aquí un vecino que se llama Jesús, Hijo de la Virgen Purísima que se llama María? Sí, señor.*

— *¿Quién es?*

— *Jesucristo.*

— *¿Tiene aquí casa puesta?*

— *Sí señor, la iglesia.*

— *¿Cuál es su cuarto?*

— *El Sagrario.*

— *¿Venís a verlo?*

— *Sí, señor. — ¿Todos los días? — Sí, señor. — (Y sale uno de en medio). Eso no es cierto — ¿Entonces cuándo venís? Los domingos, — ¿Cuántos más? Cuando hay función. — ¿Cuándo más...? Callan.*

— *Vamos a ver—, a vuestro padre y a vuestra madre ¿esperáis que sea domingo, o fiesta o que haya función para ir a verlos?*

— *No, señor.*

— *¿Por qué? — Estamos con ellos, vivimos con ellos. — Pues Jesús que es tan Padre y tan Madre ¿por qué no buscáis un ratillo todos los días para estar con El?”*

Le sorprendía siempre, dejándole en los labios del alma un regusto amargo, aquella fe tan grande y tan poco afectuosa para con el Jesús de su Sagrario.

El sembraba, sembraba pero los ojos no los ponía en los surcos esperando la espiga, vivía ya más en el cielo que en la tierra, por eso sus ojos se clavaban sólo en su Dios.

“*Cuando voy de Visita Pastoral no tengo tiempo de explicar todas estas cosas. Quedo contento cuando cumplo mi deber sembrando. Dios no me pide más.*

²⁶³Apuntes del Rvdo. P. Ramón Sarabia, Redentorista.

No me preocupo de la cosecha. Ni siquiera pregunto cuando voy por segunda vez al pueblo si han hecho algo de lo que yo recomendé. Si me lo dicen lo oigo, sí no, no pregunto por ello. La recolección toca a otro” (²⁶⁴).

¡A el, sólo la fatiga de la siembra! (²⁶⁵).

²⁶⁴ Apuntes de H. I. María Gástelo, M.^a N.^a.

²⁶⁵ Entre las grandes manifestaciones de su apostólico celo no dudó en poner la gran campaña que inició y valientemente apoyó en favor de la santificación de las fiestas. El plan consistía en que fuera un Padre Redentorista cada semana recorriendo diversos Arciprestazgos. Se detenía en cada pueblo un día. Hablaba separadamente a los niños, a los jóvenes, a las madres de familia y a los hombres... El tema era, que tenían que ir a Misa los domingos y habían de conseguir que todos los de su casa y aún los del pueblo asistieran...

Se comprometían todos solemnemente a ello a congregarse el domingo siguiente en la cabeza de Arciprestazgo para celebrar la gran Asamblea de la Santificación de las fiestas. En efecto, preparado el pueblo por el misionero se tenía una gran Comunión general... y poco después comenzaban a llegar de todos los pueblos de la comarca en todos los medios de locomoción que tenían a su alcance, reuniéndose miles de peregrinos...

Nuestro Prelado llegaba también y momentos después se celebraba Misa de medio pontifical. Aquellos miles de personas la cantaban y la oían. Al Evangelio hablaba el Sr. Obispo... En las primeras horas de la tarde se celebraba o en el templo o en la plaza una Asamblea sobre la obligación de santificar las fiestas.

El último que hablaba antes del Prelado era el alcalde del pueblo. Los alcaldes de los pueblos comarcanos subían a la tribuna con el bastón de la autoridad, y todos, después de fuertes vehemencias contra los profanadores de los días de fiesta, promulgaban el bando contra los que en esos días trabajan... Antes de terminar se levantaba el Prelado... Nunca era largo, pero era siempre gracioso y oportuno. Y se terminaba todo con una procesión en la cual el Santísimo, bajo palio, salía del templo para recorrer las calles y llegar en medio de la muchedumbre a la plaza mayor. Antes que el Señor Obispo diera la bendición, el misionero los arengaba calurosamente y era un momento de emoción intensa ver aquellos miles de hombres que ante la Divina Eucaristía prometían solemnemente santificar las fiestas...

Por lo general, el Prelado, se conmovía emocionadísimo. Sus ojos contemplaban la Hostia mientras los bendecía solemnemente...” (Testimonio del R. P. Ramón Sarabia, Redentorista).

III

Por la eucaristización de su diócesis

Por las tierras de Castilla iba como un Misionero Eucarístico.

En todas sus visitas pastorales va infiltrando el amor del Sagrario a los mayores y a los niños.

Recomienda la Comunión diaria, la visita frecuente el Santísimo, quiere empapar el alma castellana, tan honrada y tan creyente, de la blancura divina de la Hostia consagrada.

Para irradiar ese fuego eucarístico funda un “Nazaret” en Palencia, en marzo de 1936.

Traslada a él el Noviciado de Málaga sin cerrar aquella Casa y desde él se va esparciendo el calor por toda su Diócesis.

Comienzan a surgir centros de Marías.

El año 1937 impone las primeras insignias a los Niños Reparadores.

El año 1938 les bendice su primera bandera y una oleada pura de reparación infantil va envolviendo en un abrazo de cariño compasivo todos los Sagrarios de Palencia (²⁶⁶).

En el Seminario han comenzado a actuar los Discípulos de San Juan seminaristas...

Desde su rincón castellano sigue dirigiendo y orientando su Obra. Aquí recibe a las Marías de toda España que vienen a visitarlo, aquí lanza consignas para sus campañas eucarísticas y desde aquí sigue infatigable siempre lo mano en el timón dirigiendo por el mar alborotado de estos últimos años su *blanco nave* reparadora.

La reconquista de España comenzó en Asturias y en Castilla, astures-leoneses y castellanos, la terminaron por las tierras luminosas de Andalucía.

²⁶⁶ Puede verse la nota nº 18 del capítulo VIII, sobre los Niños Reparadores.

Ahora se ha trocado la historia: La reconquista del Sagrario comenzó en Sevilla y había de terminar en el corazón de la tierra castellana.

Así lo decía él a las Marías vallisoletanas que vinieron a visitarle el 28 de octubre de 1935:

“Os voy a dar una consigna que me la acaba de regalar en la Misa el Corazón de Jesús.

La reconquista de España de la tiranía musulmana comenzó aquí, en Asturias y Castilla, y terminó en Andalucía, en los muros de Granada.

Que la nueva reconquista espiritual en que están empeñadas las Marías, para librar al Sagrario de su gran enemigo el abandono, y que al revés de aquella, comenzó en Andalucía, culmine gloriosamente en Castilla y así como en las murallas de Granada el sello de la reconquista fue el “Ave María” clavado en ella por Pérez del Pulgar, el sello de esta espiritual reconquista sea la palabra “acompañado” grabado por las Marías en los Sagrarios todos, de España y del mundo.”

En las horas trágicas de la dominación marxista la Patria se vestía de luto, el suelo español estaba cubierto de cadáveres.

Millares de Marías pusieron también sobre el blanco y morado de la cinta de su medalla, el rojo de la sangre del martirio.

En Málaga sucumbió vilmente asesinada la fervorósima Presidenta de las Marías: Doña Carmen López de Heredia y, como ella, innumerables Marías en todos los rincones de la Patria.

Aquél año, 1937, la felicitación al Amo en sus días era un cáliz de sangre.

“¡Dígnate, Corazón bueno, recibir en lugar del incensario grande de otros años, un cáliz, grande también, rebosando sangre de mártires, sí, de mártires tuyos de nuestra familia...!

¡Han sido tantos los que han caído de esta tu familia reparadora! Pero ¿qué digo caídos? No: ¡han sido tantos los que desde tus Sagrarios destrozados o quemados de la tierra han subido a la contemplación del gozo eterno de tu Sagrario del cielo!

Corazón de Jesús, toda la familia eucarística te canta con el Rey Profeta: “¿Qué pagaré al Señor por todo lo que me ha dado? Tomaré el cáliz de la salud e invocaré el nombre del Señor.”

¡SANGRE de los que has llevado allá y ALABANZAS y OBRAS de los que has dejado acá!” (267).

Aquella sangre fructificó, la Obra se extiende al Perú y a nuevas diócesis de otras naciones donde ya existía. En plena guerra, el año 1937, se funda en Zaragoza el tercer “Nazaret.”

DOS FIESTAS DEL CORPUS MEMORABLES

El día del Corpus era siempre para él un día radiante; parecía que estaba todo él como iluminado o transparente, irradiaba en ese día algo especial, parecía un Sagrario vivo...

Cuando marchaba en la procesión miraba tan fijamente a la Custodia que parecía abstraído de todo lo que le rodeaba.

La primera fiesta del Corpus que pasó en Palencia fue para él un día de tristeza; la última fue un día de gloria.

Aquella, en junio de 1936, después de las tristes elecciones de febrero no se pudo celebrar en las calles la procesión. Por el interior de la Catedral se hizo después de terminada la Misa Pontifical. Los católicos acudieron con más fervor que nunca.

En señal de protesta contra los gobernantes se apiñaban en la Catedral para desagraviar al Señor.

Al terminar la procesión subió al pulpito, y ¡cómo habló!, ¡con qué fuego! ¡con qué pena...!

“Amadísimos hijos en el Corazón Santísimo de Jesús: Yo quisiera en estos momentos que mi voz fuera penetrante y llegara hasta los últimos rincones de Palencia y su Diócesis.

Rebosa mi corazón de alegría, al veros rodeando con la mayor lealtad al Rey Jesús...

* * *

Jesús, Tú no eres el malo, somos nosotros.

Por eso, esas lágrimas de tus fieles, tienen que ser lágrimas de arrepentimiento. Tú quieres que seamos mejores cristianos. De ahí que esta pena, no debe ser sólo un lamento; ha de llevar también el propósito varonil, de ser cada vez más cristianos. Hijos míos: Recibid este

²⁶⁷ “El Granito de Arena”, 1937, p. 81.

mandamiento de vuestro padre: Sed cristianos en la calle, en la oficina en el taller, en el templo; sed más buenos cada día.

Contando con vuestro amor, con vuestra lealtad, Jesús no sólo estará aquí; su olor de pureza, de paz, de perfume celestial, se hallará también en las calles.

Os invito al desagravio.

Traed a estas naves a los demás palentinos que se amamantaron con el néctar de los cristianos.

Hay que hacer el desagravio de corazón, confesiones, limosnas, perdón para nuestros enemigos. Y así podremos decir al Señor: Ya que no has salido a la calle, contigo estamos nosotros.

Jesús, aquí está Palencia, la buena, la cristiana...”

Los hombres lloraban y se sentían conmovidísimos por el significado de aquella fiesta de Catacumbas en medio de su solemnidad.

Durante toda la octava nutridos grupos de adoradores se postraban a todas horas junto a la Capilla del Sacramento.

En cambio, la última fiesta del Corpus que pasó en la tierra, fue un día de gloria, a pesar de que estaba tan mal de salud y le costó no poco seguir su recorrido.

Parece como si hubiera presentido que iba a ser su último día del Corpus en la tierra, pues lo organizó con una solemnidad que nunca se había conocido en Palencia.

Quería hacerle su despedida y su mejor desagravio por aquel otro primero.

Se arrojaban palomas y flores al paso de la Custodia: al principio de la calle Mayor, hacia los Jardinillos, se había levantado días anteriores un arco magnífico, para celebrar los triunfos de nuestros soldados.

Desde él muchas jóvenes con la mantilla española arrojaban flores y palomas al paso del Señor.

Era la apoteosis final de su vida eucarística: al año siguiente, ya su Corpus sería (así lo pensamos) la visión plena de aquel Jesús que aquí tanto amó en su vida oculta de Sagrario.

RESTITUYENDO EN SU TRONO AL REY DEL AMOR

Por el amor a aquel Corazón divino él había luchado desde los primeros albores de su vida; la muerte le cogerá luchando en las primeras avanzadillas del Amor no amado.

A Palencia fueron gobernadores masones que sólo tenían una idea: acabar con aquel pueblo católico que había ido el copo en las elecciones y las había ganado con arrolladora mayoría...

En los primeros días de los triunfos republicanos, los viles diputados provinciales que invadieron y asaltaron la Diputación no querían estar a la sombra de Cristo. Les estorbaba la presencia de aquel Dios de justicia y de amor para perpetrar las injusticias y las vilezas que estaban resueltos a cometer...

Y tomaron la sagrada imagen y envuelta en unos paños, como si fuera un niño de la Inclusa la llevaron a la Casa de la Maternidad. Allí la recogieron las Hijas de la Caridad y la guardaron con religiosa veneración en la Capilla de su santo Asilo.

Estalló la guerra contra el comunismo.

En el horizonte de nuestra Patria, decía nuestro Prelado, nada veo que me haga presagiar que se avecinan días de triunfo y de paz para la causa católica: pero yo tengo una confianza plenísima en el Sagrado Corazón de Jesús y en la Virgen del Pilar.

¿Quién? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? No lo sé, pero no lo dudo ni un momento surgirá y muy pronto el hombre providencial que nos ha de salvar.

Ni el Sagrado Corazón de Jesús ni la Virgen del Pilar consentirán jamás que triunfe aquí irreparablemente la impiedad y la masonería...

La fe no le engañó...

Surgió el Caudillo de la Cruzada más gloriosa que vio jamás el sol de la Historia.

Triunfaron las tropas de Franco... Subieron al trono de la Diputación varones notables por su piedad, por su honradez, y en seguida se presentaron al bondadoso Prelado para comunicarle que era su intención trasladar solemnemente la santa imagen y volverla a colocar con los más grandes honores en el mismo sitio que antes había ocupado... Era un deber de fe, de gratitud y de justicia.

Se predicó un triduo solemnísimó en la Catedral. El último día, 7 de mayo del 1938, se contaron por millares las almas que pasaron por el banquete de la Eucaristía...

El mismo Sr. Obispo celebró la Santa Misa en la que recibieron el Pan de vida las autoridades locales y los alcaldes de casi toda la provincia.

Después, el Sr. Arzobispo de Burgos, Dr. Castro, celebró la Misa de Pontifical.

Grande y magnífica había sido la procesión con que el primer día del triduo fue llevada la santa Imagen desde la Casa de la Maternidad hasta la Catedral, pero la que vio Palencia el último, cuando el Sagrado Corazón paseó triunfalmente las calles de la ciudad sobre los hombros de los alcaldes para entrar de nuevo como Rey en su Palacio de la Diputación, fue algo que sobrepasó todo cuanto el lenguaje humano puede decir y ponderar... La emoción oprimía los corazones, y los cánticos y aclamaciones atronaban las calles.

Cuando la santa Imagen entró en la Diputación habló el Prelado y habló el Presidente de la Diputación. Este último, D. Rodolfo Pérez de Guzmán, leyó el Acto de Consagración ofreciendo a Jesús el trono donde un día venturoso le entronizaron sus ilustres predecesores en el cargo y de donde otro día bochornoso le arrojaron como a un vil usurpador. Pide a Jesús que presida todas las obras de la Diputación, de la ciudad y de la provincia, para que bajo su mirada paternal trabajen los laboriosos y honrados palentinos y que pronto cumpla la promesa de predilección hecha a nuestra Patria: Reinaré en España y con más veneración que en otras partes.

Y el Sr. Obispo, emocionado, con frase entrecortada, les mostró el sentido del acto que realizaban y después de rezar con ellos el Credo, como prueba de fe, con su buena sombra habitual les dijo: *¡Coste que es venida sin vuelta!*; y a los gritos de las Autoridades y del pueblo que contestaban: ¡Sí, sin vuelta!, el Sr. Presidente añadió: ¡No hay vuelta, pero, si para vergüenza de Palencia se hiciera, maldito quien lo haga y quien lo consienta!

Durante largo rato el pueblo palentino subrayó sus palabras con vivas estruendosos que no tenían fin...

“*Este ha sido un día de los más hermosos de mi vida...*” comentaba luego el Prelado. ¡Así tenía que ser!

Había triunfado aquel Divino Corazón que fue siempre su único Señor y que en aquellos días más que nunca era su única esperanza.

CAMPAÑA CATEQUISTICA

Y juntamente con el Corazón de Jesús le obsesionaba el corazón de los niños.

Aquellos pequeñuelos palentinos, más tranquilos que los otros vivarachos y desenvueltos chaveítas malagueños o polvorineros, saben que el Obispo los ama; y buscan cuando le ven, salir en su compañía.

A él le place conversar con ellos y escuchar aquella pronunciación tan castiza y correcta. *“Para mí, decía él, quisiera yo el lenguaje de estos niños, siquiera en los días de fiesta.”*

Hablando él *“lo más castellano que podía”* se las entendía a las mil maravillas con ellos.

Tomó confianza plena con su menuda grey.

Por eso, porque los amaba, su corazón paternal, se preocupaba de ellos.

¡Se había hecho tanto para envenenarlos!

Como le dolía tanto en aquellos tiempos de República los malos ejemplos y la falta de enseñanza religiosa para los niños en las escuelas, todo su afán era suplir con enseñanza religiosa a te do pasto esa falta. Mandaba rezar las *“Rogativas de los niños para que no les quiten a Jesús”* y urgía a los sacerdotes el deber de enseñar el Catecismo.

“En tiempos no muy lejanos, les dice, se enseñaba el Catecismo en la escuela, en el hogar, en la calle, pero hoy, ¿con qué nos encontramos? Con una escuela netamente atea.

Nos encontramos con un hogar profanado, precisamente porque de él se ha profanado el nombre santo de Dios; y de lo que nos encontramos en la calle ¡ni hablar! Provocación... impiedad. En esas dos palabras está todo comprendido. No podemos negar que estas circunstancias hacen de todo punto indispensable la acción del Sacerdote como Catequista.

Si no queremos que, no tardando, la sociedad desconozca a Cristo, odie a Cristo y persiga a Cristo, catequicemos a los niños, valiéndonos para ello de cuantos medios estén a nuestro alcance. Enseñémosles lo que ni en la escuela, ni en el hogar, ni en la calle aprenden.

Cuando uno no tiene la boca en condiciones de tomar alimentos duros los toma blandos; si ni éstos puede, se le da liquido; si tampoco puede deglutir el liquido, se le aplican inyecciones: todo menos entregarse en manos de la muerte. Pues todo menos dejar de dar a los niños el alimento del Catecismo” (268)

Los maestros católicos organizaron en enero del año 1939 un cursillo de formación.

Sentían ansias de cumplir plenamente su misión evangélica. ¡Con qué conceptos tan valientes y tan bellos les alentó en aquellas jornadas!

“Después de mis sacerdotes, vosotros sois mis hijos predilectos. Sacerdotes y maestros tienen un campo común: El alma del niño; pero al maestro le corresponde mayor participación.

La inocencia del niño es un cristal. Una vez roto, aunque se ajusten bien los pedazos, difícilmente volverá a recobrar su belleza.

¡Maestros! Sois los reparadores del alma del niño, pero no cumpliréis solamente enseñando el Catecismo, hay que reparar practicando la piedad.

Hay que formar muchachos que sepan ir a visitar a Jesús, a sentir a Jesús, a enamorarse de Jesús.

Nada se resiste al apostolado del amor.”

Era una labor de urgencia. Había que catequizar. No se podía perder tiempo. Los sembradores del mal sembraron la cizaña en la tierra virgen de aquellas almas y había que arrancar de prisa los primeros brotes, antes que granara el trigo.

La respuesta del “Divino Impaciente” a aquella dama de la corte del rey portugués eran el lema de su vida:

*“Soy más amigo del viento,
Señora, que de la brisa,
Hay que hacer el bien de prisa
Que el mal no pierda momento...”*

DOS CERTÁMENES CATEQUÍSTICOS EN LA CATEDRAL

Aquellas fiestas infantiles en las naves de la Catedral fomentaban el amor al Catecismo en la tropa menuda.

²⁶⁸ “Boletín del O. de P.”, 1 agosto, 1936.

Eran la reparación de aquellos cinco años de laicismo. Rebosa el amplio trascoro, de niños. Había un gracioso y reñido pugilato. Se adjudicaban los diplomas y a los pies del Santísimo los niños saboreaban la última lección del divino Maestro.

Y ¡cómo gozaba el Sr. Obispo ante aquellos millares de niños que, con sus ojos abiertos como queriéndose beber toda la luz que él llevaba dentro, le escuchaban sin perder palabra!

Concluido uno de aquellos certámenes habló así:

“Parece que por Palencia no han pasado las leyes laicas, y no pasaron, porque a mi me consta que ese tiempo se ha enseñado más Catecismo que nunca.

Así me gozo cuando visito los pueblos en la Santa Visita Pastoral, viendo que los niños saben Catecismo, los padres saben Catecismo, las autoridades saben Catecismo y pienso: si Castilla fue considerada como el granero de España, en el orden moral, Castilla es la gran reserva de España.

¡Benditos mis maestros, benditos mis curas, benditos palentinos!

Que este conocimiento del Catecismo pase de la memoria al corazón, del corazón a la sensibilidad, de la sensibilidad a las manos y pueda decirse que cada castellano es un Catecismo con pies.

Ahora va a venir el divino Maestro Jesús a bendeciros para que con su bendición todo esto se traduzca en frutos de vida eterna.

“¡En desagravio al Catecismo! ¡Ave María Purísima!

Y ahora niños id saliendo, en silencio si podéis.”

IV

Aprovechando aquel remanso de paz

Ni los niños podían estar callados, ni él podía sosegar un momento. ¡Bien necesitaba reparar sus ya menguadas fuerzas, pero él para entregarse al descanso aguardará al reposo de la eternidad!

SIN TORCER EL CAMINO

Aunque *“la cabeza se bambolea y se resquebraja”*, la pluma sigue en su mano, abierta como la del sembrador esparciendo a voleo la semilla.

Así como Pablo gritaba que no conocía ni sabía otra cosa que a Cristo y éste clavado en la Cruz, nuestro agotado apóstol no conoce más que o Cristo en sus Sagrarios sobre la cruz del abandono.

Amarlo y que todos le amen, esa seguía siendo el ansia desgarradora de toda su vida.

Escribe, escribe sin cansancio.

El Evangelio y el Sagrario son dos libros que nunca se agotan y en ellos lee y hasta las más pequeñas partículas tienen para él misterios de vida como todas y cada una de *“las palpitaciones del Corazón que late dentro.”*

Sus últimos libros son los más íntimos; se diría que ya escuchaba dentro del alma una música de cielo.

Dios le había poco a poco desprendido de todo y su alma desgarrada, pero libre, ¡muy libre de la tierra!, se lanzaba a Dios con el mismo afán doloroso de la avecula que ya no tiene en ningún árbol nido.

No le queda nada.

¿Su Seminario?, ya no es suyo, es de la Iglesia para la que lo hizo.

La humillación y el destierro han ido rompiendo todas sus ligaduras.

En Málaga le quedaban los restos de sus padres, pero ya está vacía la sepultura. Los rojos la han profanado.

Para acabar su total desprendimiento, el nuevo Prelado malagueño le pide para Seminario Menor, el primer “Nazaret”, cuna del Instituto, y con la misma sonrisa de siempre se lo entrega generoso.

Era aquel el último pedazo de su corazón, ¿pero qué importa? ¿no se lo ha pedido Dios?

En sus apuntes íntimos, él habrá escrito el 25 de febrero de 1937: *“Corazón de mi Jesús, autor y conservador de mis días y años, que al cumplir mis sesenta tan vacíos de Ti y tan llenos de mí, no celebre en adelante cumplimiento de días ni de años míos, sino de voluntades tuyas.*

Corazón de mi Jesús, que ya no tenga yo ni día ni hora que haga lo mío, sino lo tuyo...”

“Por nuestra Madre inmaculada, por el Angel de mi guarda, por San José y por mis Santos Patronos... que en adelante Tú y lo tuyo sí, y yo y lo mío ¡no!..—

“ASÍ AMA EL”

Desde entonces, sus páginas más que nunca están abrasadas de fuego; la pluma es una saeta, no rodea, va derecha por el aire al blanco: ¡al Corazón de Dios!

¡Qué bellas son las páginas de uno de sus últimos libros: “Así ama El”!..

Mirad cómo se extasía ante la contemplación de Jesús que da solo los primeros pasos de su apostolado.

“Va solo al desierto, en el que moró ayunando cuarenta días y cuarenta noches.

Solo va otra vez en busca del Bautista por la orilla del Jordán, cuando sale del desierto, para recibir el testimonio de su misión divina.

Y solo vuelve a pasar al día siguiente por la misma orilla sin detenerse a hablar con nadie.

¡Cómo palpitan de amor y de misterio estos primeros pasos solitarios de la vida pública de Jesús!

¡Aquellos ciento cincuenta kilómetros que separaban a Nazaret de la orilla del Jordán, las idas y venidas del desierto, sin más compañía que la pena de dejar su casa, ¿por qué no sentirla?, y el ansia de darse a las almas!

¿De dónde viene Jesús solo? ¿A dónde va?

¿Qué busca?

¡Su Obra!

Está comenzando su conquista del mundo; pero no al estilo nuestro, sino al suyo, que sigue usando en su vida de Hostia oculta y callada, ¡Conquistador, no matando ni “tostando, ni deslumbrando ni coaccionando, sino atrayendo por la humildad y el amor!

Pasaba Jesús por la orilla del Jordán, buscando de entre los grupos de penitentes o sencillos discípulos del Bautista, quien quisiera dejarse atraer por la humildad de su porte y el amor de su mirada...

¡Lo mismo que en el Sagrario! ¡Días y días, años y años, en soledad casi absoluta, esperando quien quiera dejarse atraer! ¡Qué traza de conquistador, tan distinta y tan opuesta a la usada por los hombres...!”

* * *

¿Habéis oído alguna vez una definición del apóstol más bella que esta?,

“Un apóstol de Jesús es como un Sagrario ambulante, con la puerta de par en par, o con sus paredes transparentes, para que así como en los de las Iglesias se ve con los ojos del alma a Jesús a través de las especies sacramentales, en aquéllos se vea, se oiga y se sienta a través de las palabras, las obras, el cuerpo y el alma del apóstol.

Un apóstol es el Evangelio vivo andando por nuestras calles y plazas, repitiendo y renovando sus escenas de Jesús pasando sereno y generoso por entre muchedumbres hambrientas, fariseos envidiosos, niños que aclaman, turbas que vociferan y a veces crucifican...” (269).

SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

La devoción predilecta de las almas que viven la vida de Dios, es la devoción afectuosa del Espíritu Santo.

En los últimos años de su vida ¡qué bellas páginas escribe sobre el Divino Consolador!

“Espíritu Santo, danos el Don de Ciencia con el que veamos y sintamos palpitations de tu amor en todas las criaturas espirituales y

²⁶⁹ “Así ama El”, p. 37.

materiales que nos rodean y cómo de todas ellas te vales para nuestro bien.”

“Espíritu Santo, danos sobre todo el Don de Sabiduría para ver, saber, amor y saborear de todos los modos con que pueda ser visto, sabido, amado y saboreado el Corazón de Jesús” ⁽²⁷⁰⁾.

En una de estas páginas hace esta profunda reflexión:

“Yo creo que el principal y más rico don del Espíritu Santo a los Apóstoles de Jesús, fue el don de darse cuenta e íntimamente persuadirse de que eran Sacerdotes de Jesús. En la última Cena se comió la Eucaristía: en el día de Pentecostés se empeló saborear...”

Madre Sacerdotal, consigue del Espíritu Santo que todos tus hijos los sacerdotes desalentados, vacilantes, perseguidos, despojados de sus bienes, sepan saborear su Sacerdocio y contentarse con él” ⁽²⁷¹⁾.

Admira que al final de su vida su pluma no ha tenido que rectificarse en nada.

Su camino inicial es el mismo por el que ahora transcurren sus últimas jornadas.

Inflamado en el fuego del Espíritu Santo, su pluma, como el dardo de Teresa, arrancada de su corazón transverberado de amor, se lanza en rápido vuelo, sobre el Corazón de Dios, llagando de paso con aquel mismo amor a las almas que encuentra en su camino.

¿SU ÚLTIMO CÁLIZ?

No, le aguardaba el trance dolorosísimo de su enfermedad, y estas pruebas dolorosas que el Señor le envía ahora, no son más que una de las gotas que van llenando su cáliz hasta que se desborde.

El cáliz de Getsemaní es el regalo del Maestro Divino a sus íntimos.

¡La cruz es el trono de los amadores!

Durante más de un año venía siendo para él motivo de sufrimiento la salud de su hermano Martín.

Los ataques cardíacos se repetían y ya le habían puesto varias veces a las puertas de la muerte; su estado era delicadísimo.

²⁷⁰ “Decenario al Espirita Santo”, p. 13.

²⁷¹ “Decenario al Espirita Santo”, p. 22.

El primero de mayo de 1937, dado de lleno a la Visita Pastoral de sus pueblos, recibió la noticia de la extrema gravedad de su hermano; de un momento a otro podía expirar.

Le insisten sus familiares para que suspenda la Visita y él responde; *La mejor oración por Martín es el cumplimiento del deber. “Lo que el Señor quiera disponer de él, que nos coja cumpliendo su voluntad.”*

Y con el alma llena de pena se marchó a Carrión.

Aquella mañanita, como todas, después de su acción de gracias de la Misa, anotaba en su diario;

“Mayo 1. Recibo noticia de la gravísima enfermedad de mi hermano Martín y salgo de Visita Pastoral (a Santa María de Carrión de los Condes). Corazón de mi Jesús, ¡te lo confío!... y yo... ¡en paz!”

En buenas manos lo dejaba, El cuidará de su enfermo.

Después, con una letra menudilla, casi invisible, y en su originalísimo latín, continúa escribiendo:

“Delante del Sagrario me pareció que oía: — ¿Por qué no me pides la salud?

—Si, te la pido, Corazón de mi Jesús.

Mientras rezaba el Rosario, oía: “Os lo guardaré.”

“Todo esto con una gran seguridad y paz. “

No se equivocó: a la vuelta, él mismo anota que el enfermo estaba mejor,

Así, con esa afectuosa intimidad, trataba a Jesús.

Al año siguiente, el 5 de abril, fallecía en la paz de los justos en Sevilla.

No tuvo el consuelo de verlo en su última hora.

Se consideraba como un voluntario desterrado por amor en las tierras de Palencia y no quería romper sus cadenas.

Desde que salió de la Diócesis de Málaga, no volvió a pisar Andalucía.

En Madrid estaba cuando murió aquella inocente florecida de Jesús: Anita, su sobrina; a quien él desde niña dirigía.

A pesar de que la enfermita, desde el lecho del dolor lo llamaba, él se resistió a marchar y tampoco estuvo a su lado cuando se la llevó el Señor ⁽²⁷²⁾.

Quería vivir desligado hasta de los cariños más puros.

Quería vivir muriendo sobre su cruz desnuda sin desear consuelos.

Cuando recibió la noticia de la muerte de su hermano, con el corazón deshecho por el dolor, pues lo amaba mucho, era el más cercano a él en edad, escribió en su diario: *“Hoy a las 6 y 20 de la mañana con la muerte de los justos, entregó su alma a Dios mi hermano Martin (q. s. g. g). Fiat, Fiat. Misericordioso Corazón de Jesús, dadle el descanso eterno.”*

Que aquel dolor era inmenso hasta arrancarle lágrimas, nos lo dice es la breve jaculatoria del día 8 del mismo mes: *“Fac me tecum plangere... Madre Dolorosa, que sepa llorar contigo.”*

Sobre el dolor del sepulcro vacío de sus padres, este nuevo dolor del sepulcro abierto de su hermano.

EL SEPULCRO DE SUS PADRES

Recién liberada Málaga, a un Guardia Civil que marchaba a aquella ciudad, le rogó encarecidamente subiera al Seminario, para cerciorarse qué suerte habían corrido los restos de sus queridísimos padres, que dormían el sueño de la muerte en aquella capilla, a los pies del Sagrario.

La respuesta no se dejó esperar: la losa rota, la tumba vacía, los restos, muy pocos, esparcidos por la cuesta del cerro entre astillas de altares profanados y escombros.

¡Cómo le dolía a él, que pensaba dormir, junto a ellos, el sueño de la muerte en la misma tumba, a la sombra del Tabernáculo de su bendito Seminario!..

¡Aquella tumba era la única ligadura que le ataba a Málaga, a su Seminario! Dios la rompe... ¡para que vuele más alto!..

Oídle llorar mirando al cielo.

“Las lágrimas que caen sobre el sepulcro de padres o hermanos que vivieron y murieron como cristianos, son ciertamente lágrimas de tristeza, pero no de desesperación.”

²⁷² Ana María González Ruiz, hija de su hermano Francisco, falleció en Sevilla a los 20 años de edad, el 30 de julio de 1933. Sobre sus últimos días habla el Sr. Obispo en “La Gracia en la educación, p. 268, 3.^a edición.

En el fondo de aquella tristeza palpita una esperanza aliviadora, dulce, aquel sepulcro no estará ocupado eternamente... ¡un día quedará vacío, aunque en el fondo no quede del cuerpo querido más que un puñadito de polvo; de ese polvo, de esas moléculas se levantará el cuerpo, el cuerpo mismo de mi padre, de mi madre, de mi hermano, y unido a su alma irá a colocarse al lado de Jesús en su gloria!

¡Esto es cierto! ¡Qué consuelo, qué alegría da a las lágrimas sobre los sepulcros de los muertos la certeza de que quedarán vados, como vacío se quedó el sepulcro de mi Señor Jesucristo!

Jesús resucitado, ¡con qué alegría digo delante del sepulcro que hice a mis padres en la Iglesia del Seminario de Málaga y que vaciaron los rojos, tirando sus restos a un montón de astillas de altares y confesonarios, y delante del sepulcro de mi hermano, recién abierto: Alleluia. ¡Creo en la resurrección de los muertos!” (273).

Y escribe también esta sentencia llena de consoladora esperanza...

“De nuestros queridos muertos cristianos, no nos separa un abismo invadeable, tino esto sólo—, el canto de una Hostia consagrada; al lado de allá ellos, gozando o esperando gozar pronto de la vista y de la posesión del mismo Jesús, en quien nosotros, al lado de acá creemos y esperamos.”

¡Sólo el canto de una Hostia consagrada le separaba a él ya de la eternidad!

Con el corazón deshecho por la pena, rendida y agotada la carne, en su huerto de las olivas, él seguirá sonriendo...

“¡Las hostias no se quejan!” (274).

²⁷³ “El Granito de Arena”, 1938, p. 49.

²⁷⁴ De su Diario, 14 enero 1937.

Capítulo XIX

Su alma al desnudo

1.º.- *Enamorado de la Eucaristía.*

Trato afectuoso con el Dios escondido.
Centinela perenne del Sagrario.
De la abundancia del corazón...
De sus devociones “hosticéntricas.”

2.º.- *De su alegre vida interior.*

Del gusanillo a las palomas.
El Obispo dentista.
Un flan con indulgencias.
En el mundo pero no de él.
Historia de unas copas de champagne.
Enamorado de la nada.
Padre, le tengo envidia.

3.º.- *Así amaba a El.*

En los brazos de Jesús.
Un salmo de piedra a este abandono.
Dando y dándose.
En un puestecillo de baratijas.
Con los niños de Génova y un misionero ruso.
¡Noventa duros!
De rodillas ante un sacrílego.

4.º.- *Así amaba a las almos.*

“Cazador de almas.”
Sembrador de paz.
Consejero paternal.

Receta para curar la neurastenia.

Los rayos X...

Una confesión general por sorpresa.

Purificación.

Enamorado de la Eucaristía

Si yo hubiera de pintar su alma, así lo haría sobre el lienzo:

Una hostia blanca, muy blanca, grande, muy grande, que abarca toda su vida, y en el centro, unido, muy unido a aquel corazón invisible bajo los accidentes del pan, su corazón latiendo con sus mismos latidos, y abrasándose en sus mismas llamas: y para no romper el parecido, con una misma corona de espinas enlazaría a los dos...

Enamorado de la Eucaristía, la característica de su alma será un pensar y un querer y un obrar al estilo de la *Hostia callada* en el Sagrario...

La Eucaristía es su todo. La lámpara que ilumina el Tabernáculo de la Catedral palentina alumbra también la losa de su sepultura, desde donde sigue gritando el apóstol de la Eucaristía: “¡*Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No dejadlo abandonado!*”

Todos los actos de su vida no son más que las estrofas de un Tantum ergo que no ha terminado ni con la muerte; allí, a los pies de) Sagrario están sus restos como un homenaje de adoración, como un llamamiento de apostolado eucarístico...

Esa *vocación al Sagrario abandonado*, que en las más grandes circunstancias de su vida adquiere nuevos fulgores, tiene su epifanía casi al mismo tiempo que comienza su Sacerdocio, se estabiliza y adquiere forma con la fundación de su Obra Pura los Sagrarios-Calvarios; se confirma y sublima en su elevación al episcopado, y “e perpetúa hasta después de su muerte en su sepultura, en sus libros, en sus obras que viven como vive su alma...

Todo el afán de su vida fue destruir ese abandono; de tal modo giró alrededor del Sagrario que bien podríamos llamarla hosticéntrica.

No era al cabo más que llevar a su plenitud máxima el precepto divino del Amor...

La perfección de la ley es amar, la perfección del amor es asemejarse a la persona amada, de tal modo que casi nos identifiquemos con ella, uniendo nuestro corazón al suyo.

Unir nuestro corazón al Corazón de Dios he ahí nuestro ideal, y como aquel Corazón esté vivo y realmente presente en la Eucaristía, unirnos cada vez más al Sagrario es adentrarnos cada vez más en la perfección...

El Sagrario para él lo era todo.

Y su Sagrario... aquel de su oratorio particular en Huelva, el de su Capilla episcopal de Málaga y el de la de Palencia, ¿quién podrá vislumbrar lo que era para él?

“MI SAGRARIO Y MI SECRETO”

Así tituló un folleto en el que como una expansión de su alma quiso contarnos cómo había satisfecho su anhelo de hacer de la capilla episcopal de Málaga un Sagrario a todo su gusto.

¡Estaba tan dolido de ver a su Señor en Sagrarios ruinosos y pobres! Por eso quiso que el *suyo* fuera una compensación para El y un modelo para sus sacerdotes.

Todo en aquella capilla era una alabanza para Dios y una lección para los que en ella oraban.

Mas dejemos que él mismo nos hable de *su Sagrario* y de *su secreto*.

“Yo, que para mi casa no ambiciono otro adorno ni suntuosidad que las que presentan la limpieza y el orden, que son las riquezas de los pobres, para la Casa de Dios soy, lo confieso de buen grado, excesivamente ambicioso y exigente.

Aunque todo oro y plata en su presencia es arena exigua, quisiera para sus paredes y techumbres y suelos y puertas, oro y ricas pedrerías, dispuestos con el orden mis exquisito y prodigados con la generosidad más rumbosa.

Y porque así pienso y quiero, la pobreza, la mezquindad, la fealdad, el desaliño, la suciedad, en los templos y en los objetos del culto de Dios levantan en mi corazón la protesta más enérgica, en mi boca la queja más amarga y constituyen para mi espíritu le más obsesionante de sus preocupaciones.

¡Iglesias dismanteladas y ruinosas de la diócesis, cómo me doléis!

No se encontraba a la verdad en este estado la capilla de mi Palacio; pero casi se diferenciaba de las otras habitaciones de la casa más que en el modestísimo altar que la presidía.

EL SACRARIO-ESCUELA

El Obispo es maestro. Su casa debe ser escuela y singularmente su capilla. Si el Obispo es maestro de toda Ley y ésta toda se encierra y perfecciona en el amor, la “de su capilla-escuela no puede ser otra que esta: Amor. Ese es el encargo de cada adorno, de cada grano de tierra de mi capilla: predicar y enseñar los tres amores del corazón del Obispo, que son, como los tres puntos que marcan el campo de la actividad, del pensamiento, del cariño, de la solicitud, de la energía y de la vida toda del Obispo: Jesucristo, el Sacerdote y las almas.

¿Podía hablar de otra cosa mi capilla? ¿Podía haber asunto que más interesara? Y ved la traza, distribuida en cuatro planos teológico, pastoral, eucarístico y arquitectónico. El amor del Corazón de Jesús, manifestado en lo que hace por las almas. Este es el plano teológico de la capilla.

Lo que debe hacer el amor de los sacerdotes, y el primero entre ellos, el Obispo, a imitación de su Maestro, por las almas. He aquí el plano pastoral.

Y cómo deben corresponder las almas a lo que por ellas hace Jesucristo y el Sacerdote. Este es el plano eucarístico.

Estos tres planos desarrollados por medio del arte más adecuado forman el plano arquitectónico.”

¡Con qué gusto seguirías, lector, saboreando las jugosísimas páginas en que este enamorado de la Eucaristía va escribiendo la realización plástica de estas ideas en aquella capilla tan original como artística...! (275).

Pero como no sólo explica en ellas cómo es y qué representa cada uno de los elementos con que formó su Sagrario, sino que también quiso decirnos algo de su secreto, escucha cómo explica “lo que para un Obispo es, vale y enseña su Sagrario.” Es decir, lo que era para él.

El Sagrario de un Obispo es: 1.º El altar de su sacrificio diario. Esto es, el Calvario en donde cada mañana se pone en cruz y se muere a sí mismo con Jesucristo también en cruz, y el Sepulcro desde donde resucita

²⁷⁵ Puede verse este folleto en su libro “Arte y Liturgia”, del que forma parte.

con la vida divina que Cristo resucitado le ganó y Sacramentado le aplica y ¿quién como el Obispo necesita practicar el quotidie morior y el vivit in me Christus de San Pablo? ¡Oblata de pan y vino de la Misa del Obispo, con vuestra transubstanciación en el Cuerpo y Sangre de Cristo, ¡qué bien Predicáis al Obispo el deber esencial, la ocupación única, la razón del ser y del poder de su Episcopado, a saber, vaciarse totalmente de sí y llenarse enteramente de Jesucristo!

2.º La Mesa en donde come su Pan supersustancial cotidiano y con El la vida “turística de que ha de estar lleno y rebosante para distribuir a los demás...

3.º El Reclinatorio sobre el que hace su oración y reza su Oficio y desde donde, como de estación telegráfica, comunica con sus sacerdotes y sus fieles y pide y recibe la luz y el calor y la fuerza que para él y para ellos necesita...

4.º Su Cátedra, que pudiera llamar, más que de Doctor y de Definidor, de Maestro bueno, de Hermano mayor, de Amigo antiguo, en torno de la cual se congregan sus sacerdotes los días de retiro espiritual y sus ordenados los días de Ordenes no solemnes y sus diocesanos seglares para las juntas generales de sus Congregaciones y Hermandades.

5.º El Confesonario en donde el barro, que hay dentro del Obispo, restaura sus flaquezas y roturas, y el poder supremo del Obispo de Cristo absuelve de censuras y pecados más graves y ejerce su principal oficio de perfeccionar almas.

6.º La Tienda de campaña en donde forja los proyectos apostólicos de penetración y conquista de almas y de pueblos, y da a su espíritu descanso y silencio de ruidos de hombres.

Y 7.º El Almacén de provisiones de paciencia sin cansancio, de caras buenas, de palabras reposadas y alentadoras, de olvidos de ofensas, de dulces firmezas, de optimismos sanos...

** * **

¡Su Sagrario!

¡Ese es su inseparable! ¡Ese es su SECRETO!

¡Sagrarios de Palacios Episcopales; qué falta hacéis a sus moradores y qué bien os hacéis sentir...!

TRATO AFECTUOSO CON EL DIOS ESCONDIDO

Se diría que no vivía más que para El; en su presencia se hubiera pasado las horas si sus quehaceres no le *arrancaran* a cada momento del Sagrario...

Sí, subrayo el *arrancaran* porque había de hacerse una dulce violencia para apartarse de aquel rinconcito de su Capilla, donde recibía para dar, y daba para seguir recibiendo más y más cada día en soberana abundancia.

Y no es que fuera un *sentimental* que buscara en esto satisfacer *sensiblerías* sospechosas, no, era que, a pesar de sus sequedades, de sus luchas interiores, de sus padecimientos físicos y morales, tenía una fe viva en la presencia del Jesús omnipotente, reducido a la más aparente impotencia en el Sagrario.

Se esforzaba en ser afectuoso y tierno con Jesús, porque sabía que así debí” ser, que así se lo merecía El...

Con qué humildad oraba...

Se ponía como un enfermo delante del Sagrario a esperarlo de allí todo.

Cuando se retardaba el auxilio divino, siempre culpaba de ello a sus pecados.

Se humillaba, pedía perdón; como un niño lo buscaba con humildad y lo ganaba con caricias.

El misterio de aquella espera silenciosa de Cristo en las Hostias del Copón le llenaba el alma de consuelo...

“Corazón de mi Jesús, que yo me dé cuenta de que uno de los principales modos de mostrar tu amor a los hombres y tus ganas de santificarlos es esperarlos en el Sagrario: Que yo me entere bien de ese misterio de amor que espera ¡hasta siglos!

Mis prisas ¡cómo no se parecen a ese tu esperar en paz!” ⁽²⁷⁶⁾.

Y de tal modo buscaba a fuerza de este íntimo troto, asemejarse a El, que deseaba ardientemente que su vida fuera un eco del Sagrario...

“Que lo que yo haga y diga sea un eco fiel de lo que hace y dice el Corazón de Jesús en el Sagrario” ⁽²⁷⁷⁾.

²⁷⁶ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 18, 2, ^a ed.

²⁷⁷ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 20, 2, ^a ed.

Al pie del Tabernáculo rezaba su Breviario, hacía su oración y prolongaba la acción de gracias de sus Misas.

Después del desayuno iba a hacerle otra visita, antes de comenzar sus trabajos.

Interrumpía sus audiencias para *echarle un vistazo* al Señor que tenía muy cerca, y encomendarle la solución de una duda o las necesidades de un alma.

Si de camino a la Capilla alguno de sus familiares lo entretenía, insinuaba con mucho agrado sin detenerse: *Ahora no, después.*

Tengo ahí un Amigo que me está esperando...”

Con él los familiares y la servidumbre se distribuían la adoración durante el día al Santísimo en su Capilla.

Antes de salir de su Palacio y al regresar a él visitaba al Señor.

Y por la noche, juntos todos, familia y servidumbre, al pie del Sagrario se fizaban las últimas preces, y en la puerta los despedía con su bendición, que recibían todos de rodillas.

¡Cuántas veces repetía esforzándose en avivar su fe! “*Corazón de Jesús, que la misma firmeza y alegría con que tus tres predilectos te dijeron en la Transfigurares: “Bueno es estamos aquí”, (Mc. 9, 4) te lo diga yo ante tu Sagrario sin verte, ni oírte ni sentirte*”⁽²⁷⁸⁾.

En los últimos años de su vida, su fe en la presencia real de Jesús en el Sagrario era tan viva, que se esforzaba en romper sus velos.

Ver, ver a Jesús ¡con qué ansias lo deseaba!

Sus ojos se clavaban en el Sagrario y al salir de la Capilla siempre se volvían hacia El para dirigirle su última mirada.

Cuando llevaba a Cristo en la Custodia no miraba más que a El. ¡Con qué alegría decía de vuelta de una de esas procesiones eucarísticas: “*Hoy, gracias a Dios no he visto a nadie!*”

Y aún de noche, entregado al sueño, su pensamiento volaba a El.

A sus familiares les decía que cuando despertaba solía repetir: “*¡Tú mío, miísimo; yo tuyo, tuyísimo!..*”

Se complacía en meditar y saborear el amor de Jesús en el Sagrario, personal y concreto... a mí, al que le estoy hablando, al que tiene tantas miserias. A mí, a mí, y el corazón se le llenaba de gozo...

²⁷⁸ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 13, 2, ^a ed.

A veces en sueños se le venían al pensamiento algunas de sus más bellas jaculatorias, como ésta: *“Jesús, Cárcel y Carcelero de amor, préndeme y no me sueltes”*; y es que llevaba ese amor al Sagrario tan dentro del alma que del mucho querer hasta el sueño le embargaba su pensamiento.

Este amor a Jesús íntimo, afectuoso, de corazón a corazón, como se trata y se quiere a los padres, era en él contagioso. De modo admirable lo sabía inculcar en las almas.

Siempre hablaba de El, a todos empujaba dulcemente hacia el Sagrario.

Veraneando en Elorrio, cuando salía de paseo por las tardes, con todo el que tropezaba trababa conversación, y después de algunos discretos rodeos, siempre el agua iba a parar a su molino...

¿Por qué no se acerca Vd. con más frecuencia a comulgar?

El Señor le espera en el Sagrario y ¡qué poco se acuerda Vd. de El!

Así, de estas o parecidas maneras, procuraba despertar el hambre de j Eucaristía.

Como le preguntaran el por qué de esa insistencia machacona sobre su lema favorito, él humildemente respondía: *“Es que todos los días quiero llevarle a Jesús el regalo de una Comunión diaria...”*

¡Y lo conseguía! ⁽²⁷⁹⁾.

Con la misma naturalidad hablaba de la Eucaristía a los pequeñines de su Catecismo, que a los respetables y “sesudos hombres” de la Justicia y las Letras.

Así cuenta sus recuerdos uno de ellos:

RECUERDO DE UNAS VISITAS...

Cuando D. Manuel llegó a Palencia, existía la costumbre, entre varios jueces, notarios, registradores y secretarios judiciales de la provincia, de reunirse a comer una vez al mes en la capital.

Y algunos de ellos se atrevieron un día a ir al Palacio para presentar sus respetos al “nuevo” Sr. Obispo, tan rodeado entonces, por su cargo, de hostilidades en los medios oficiales de aquella República.

²⁷⁹ Refirió esta anécdota el M. I. Sr. D. Manuel González Macías, compañero suyo de Seminario y que falleció siendo canónigo en Santiago de Compostela.

Debió el Prelado encontrar tan de su agrado el respetuoso afecto que le mostraban aquellos visitantes, que, acompañándolos el primer día hasta la puerta, les hizo prometer nueva visita para el mes siguiente.

Y así, se hizo ya consuetudinaria tal visita mensual, que vino a durar tanto como el pontificado de D. Manuel.

En aquellas visitas, el Sr. Obispo hablaba y hablaba, rodeado del silencio de los visitantes, quienes, al entrar, se comprometían a guardarlo “cartujano”, para que todo el gasto lo hiciera el Prelado.

Aquellas visitas llegaban a prolongarse hasta dos horas.

Y siempre igual: D. Manuel tomaba la palabra, aquella palabra brillante, vive y ocurrente, y hablaba de mil cosas.

Lo primero se interesaba paternalmente por nuestras familias, por nuestros despachos, luego alguna anécdota sabrosa, con aquella su gracia chispeante y luego... sin que nos diéramos cuenta del momento del cambio de tema... ¡las altas cimas de la Eucaristía!

Era su obsesión. Era su tema.

Ni un solo día dejó de hablarnos del Sagrario.

Y siempre sin violencia, sin “sermón”, como la cosa más natural.

Casi podría decirse que de los chistes a la Eucaristía pasaba... sin cambiar de conversación.

Un día nos contó (sin darle importancia) su andar por las calles de Málaga, arrebatado de su Palacio en llamas por las desgraciadas turbas. Nuestra “impresión” se hacía dramática.

Y contaba que, al volver de una esquina, vio que el pistolón de un pobre desalmado enfilaba a la sien del Obispo, quien dio por acabada su vida.

El pistolón iba de la sien a la frente y a la nuca y al pecho, el tiro, sin embargo, no salió, perdonando aquella vida, porque en comentario de D. Manuel —*el del pistolón buscaba “un tirito unipersonal”*, cosa imposible por la multitud que rodeaba al Obispo.

No hay que decir que lo del “tirito unipersonal” convirtió en risas el dramatismo de la impresión nuestra.

Todos nosotros, hombres hechos y derechos, teníamos lágrimas en los ojos, grimas que, sin embargo, fueron efímeras, pues vino a enjugarlas D. Manuel con una de sus ocurrencias de sal, que nos contó para quitar importancia a la relación de su triste caminar en la noche triste...!

Este recuerdo de una tarde, que el mío ha escogido al azar para referirlo, e, a la conversación (*mutatis mutandis*) de todas nuestras visitas mensuales.

En todas, D. Manuel hablaba de mil cosas haciéndonos disfrutar con su charla de modo inolvidable. Pero siempre llevaba el agua a su “molino”, sin forzar el tema, sin que ninguno de sus oyentes letrados todos, advirtiese el cambio —tal era la suave delicia de su apostólico afán—: y el “molino” de D. Manuel era la Eucaristía.

Y al hablar aquel hombre del buen Jesús, de aquel buen Jesús, tan atrayente en su palabra, los mismos que hacía un minuto reíamos con sus cuentos, llorábamos ante la *presencia* del dulce Perdonador, porque el que más y el que menos vidas ya de medio siglo tenía mucho de que ser perdonado.

Siempre así. Siempre igual.

Una idea fija, un solo tema, una obsesión.

Bromas, cuentos y chistes, eran, en los labios de D. Manuel, nada más que un “truco” de apóstol.

Pero el tema de aquel hombre, su único tema central y final, era su mayor devoción, su “chifladura”: LA EUCARISTIA” (²⁸⁰),

CENTINELA PERENNE DEL SACRARIO

No podía menos de hablar y de sentir así aquel del que se ha dicho en una frase tan bella como exacta que era el “centinela perenne del Sagrario.”

Al oír las campanas de la elevación su alma caía de rodillas. Interrumpía su ocupación, cruzaba las manos sobre el pecho, cerraba los ojos y adoraba aquella Hostia lejana que no veían sus ojos y que siempre contemplaba su alma...

¡Cuántas veces al oír la campanita de Allende el Río, detrás de los balcones de su palacio, abiertos sobre las huertas, dejaba su corazón volar a aquel Sagrario para hacerle compañía a su Dios!

Cuando viajaba, cada vez que la torre de un campanario, recortando su ágil silueta sobre el horizonte le salía al paso trayéndole el recuerdo de su Dios escondido, miraba a lo lejos con unos ojos dulcemente complacidos, y rezaba con sus acompañantes el Bendito y alabado.

²⁸⁰ Don Fernando Moreno, Notario, entonces, de Paredes de Nava (Palencia).

“Cuando acabados los ministerios propios de las visitas pastorales se le ocurría a alguno de los que ignoraban su costumbre, preguntar o buscar al Sr. Obispo voluntariamente “perdido”, facilísimo era encontrarle.

En un humilde rincón, desde el cual se divisase el Sagrario, allí estaba él, fijos los ojos en un punto pasando horas y horas como si fueran segundos.

Era cosa graciosa, tierna y de profunda emoción ver en la Capilla del Palacio Episcopal algunos de sus libros antes de darlos a la imprenta, ligera y respetuosamente reclinados sobre la puertecita del Sagrario.

¿Qué hacían allí? ¿Qué quería decir aquella escena?

En alguna ocasión que preguntamos se nos contestó: “*El libro está de rodillas y no se publicará hasta que no reciba la bendición de Jesús*”⁽²⁸¹⁾.

Así también, cuando salían de la imprenta, el primer ejemplar era colocado junto al Sagrario como una ofrenda de primicias...

Todo giraba alrededor de El. Toda su vida centrada en el Sagrario y en su Misa... Vivir su Misa era su lema. “*Mt principal ocupación, mi Misa.*”

Su vida era la realización plena de esta consigna maravillosa...

“Su Misa, nos cuenta quien le trató bien de cerca, era como todas sus acciones, ordinaria y normal, nunca le gustó distinguirse ni salir de la norma corriente a que se ajustan los buenos y piadosos sacerdotes. No solía echar más de media hora en la celebración, y sin embargo ¡qué rato tan jugoso el que pasaba tratando cara a cara con Jesús, sacrificándolo, inmolándolo, comiéndolo!

Su pronunciación era lenta y pausada, como el que saborea las hermosuras espirituales que nuestra Madre la Iglesia presenta todos los días a sus sacerdotes, como el mejor alimento. Mientras él decía Misa, sentíase uno dulcemente sobrecogido por la augusta Majestad del Divino Sacrificio; la fe y la piedad con que trataba y sacrificaba a Jesús, parece como que se pegaba a todos los que asistían a su Misa, se echaba de ver que Jesús y él eran ya conocidos de antiguo.

Uno de los momentos más sublimes era sin duda el del “Pater noster”, con los brazos extendidos y mirando fijamente a la Sagrada Hostia con una fe tan grande, que parecía convertirse en visión, rezaba

²⁸¹ Don Emilio Espinosa, Beneficiado Organista de la Catedral de Málaga, en su artículo “Centinela perenne del Sagrario”. “El Granito de Arena”, enero, 1941.

pausadamente y con tanto sentido la oración dominical, que no exagero, al afirmar, que de sólo oírlo se palpaba la presencia real de Jesús sobre el Altar.

A veces la Misa constituía para él un verdadero sacrificio físico; los grandes dolores que le proporcionaba la enfermedad que al fin le ha llevado al sepulcro, no fueron nunca obstáculo para que dejara de decir su Misa; el día que amanecía atormentado por el agudo dolor, procuraba ocultarlo a sus familiares e iba a la Capilla como de ordinario, celebraba su Misa como siempre, y aunque el mal le molestaba no poco, no por eso adelantaba un minuto ni disminuía su fervor en la celebración del Santo Sacrificio; ni una contorsión en su rostro ni ninguna otra señal exterior daba muestras de lo doloroso y molesto de su estado interior” (282).

No, no podía vivir sin su Misa, la había convertido en su propia vida.

Su Misa, su oblación perenne como una *hostia callada* a su Dios, no terminaba en la media hora sacrificial de sus mañanas, se prolongaba durante todo el día, ¡llenaba su vida...!

“*Corazón de mi Jesús, Sacerdote y Hostia, que yo me dé cuenta de que, por ser miembro tuyo, estoy diciendo Misa contigo perennemente*” (283).

En la patena de su Misa quería recoger sus penas y sus gozos para el día de la eternidad...

“*Madre Inmaculada, que cuando yo ande los caminos duros del deber, llorando, cuides siempre de recoger mis lágrimas en la patena de la Misa y en el copón del Sagrario para que tu Hijo el resucitador las resucite conmigo*” (284).

Era su fe tan grande en aquella viva realidad del Sagrario, que su vida se deslizaba siempre al cariñoso abrigo de las miradas divinas de aquel Prisionero callado del Tabernáculo.

Con qué ternura habla de aquellos ojos del Dios escondido que siguen sus pasos.

“*El Corazón de Jesús en el Sagrario me mira.*

Me mira siempre.

Me mira en todas partes.

²⁸² Don José M.^a González Ruiz, Lectoral de Málaga, en su artículo “Cómo decía su Misa nuestro Obispo”. “El Granito de Arena”, abril, 1940.

²⁸³ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 7, 5.^a ed.

²⁸⁴ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 10, 5.^a ed.

Me mira como si no tuviera que mirar a nadie más que a mí.

¿Por qué?

Porque me quiere y los que se quieren ansían mirarse ⁽²⁸⁵⁾.

Y cómo gustaba él de decir ante el Sagrario: “Báñame en la luz de tus ojos...”

¡Qué bien se está aquí!, decía a veces, dan ganas de decirle a Jesús como los tres dichosos testigos del Tabor: Hagamos tres tiendas de campaña...

Y no es que siempre sensiblemente lo experimentara así, es que de tal manera actuaba su fe que así lo creía y procuraba vivirlo por más seco y árido que estuviera por dentro...

“Me gustaría morir o a la puerta de un Sagrario o junto a la puerta de un pobre”. Sus dos grandes amores...

DE LA ABUNDANCIA DEL CORAZÓN...

Y como los veneros, a los que ya no cabe en sus ocultas entrañas el inmenso caudal de las aguas, rompen las rocas del monte, desbordándose con regocijad abundancia por los caños de las fuentes, así su alma.

De la abundancia de aquel amor rebosaba su lengua y rebosaba su pluma...

“Habla, habla mucho con Jesús durante el día —aconsejaba a un alma—. Mucha trato íntimo con El, aunque sea sólo una palabra. Estar siempre en comunicación con El, que tu alma esté como el agua que hierve a borbotones en su amor y continuo trato...”

Como él lo hacía...

A este brasero (señalando el Sagrario), comentaba otra vez, hay que acercarse para tener calor.”

Quería siempre vivir orientado hacia este divino Imán...

En sus apuntes íntimos leemos en las notas de algunos de sus retiros: “Propósito y orientación constante de darme cuenta de Jesús de todos los modos posibles, sobre todo en el Sagrario, y de vivir y portarme y alegrarme como si lo viera con mis ojos corporales, y con mis oídos lo oyera, y con mis manos lo tocara. ¡Quiero ver a Cristo, Espíritu Santo...!” (Diario).

²⁸⁵ “Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario”, p. 45, 9.^a edición.

Tanta es la plenitud de su amor, tan generosa abundancia la de esa fuente, que después de llevar treinta años manando no se agota.

Al final de su vida, casi tocando al sepulcro, sigue escribiendo con una originalidad que encanta, y con una graciosa unción que penetra el alma, de su mismo inagotable tema ¡del Sagrario!

Aquí, en esta mesa en que escribo, tengo delante de mí un pequeño tesoro; las últimas páginas de un librito que terminó meses antes de morir; es pequeñito como un manojo de violetas pero... ¡cuánto aroma despide!

El título, ingenuo como si fuera su contenido cosas de niño, se llama “*La Barajita*” y es ni más ni menos “*un buen juego*”.

En su portada se lee: “*¿Quieres aprender jugando el camino para ver y parecerte a Jesús en la tierra y en el Cielo?...*”

Claro que sí, respondo, ¿quién no lo va a querer?; y leo y me adentro en sus paginillas leves y me admira tanta sencillez y tantas delicadezas de altísimos conceptos eucarísticos...

Estos naipes en su pequeñez ¡son tan grandes! le dan un lejano parecido a esas partículas que se quedan sobre la comba dorada de la patena: tan poquita cosa ¡y de tanto valor!

Las voy repasando...

“*Para ir a aprovecharse del Sagrario no hay más que un camino, que empieza en la calle de la limpieza de corazón y desemboca en la plaza del hambre del alma.*” (n.º 5).

“*Solamente con pasar bien por la calle de la limpieza de corazón, sin coger catarros ni infecciones de las bocacalles, se llega al hambre insaciable de comer a Jesús*” (n.º 9).

“*Después de la calle de la limpieza de corazón y de la plaza del hambre no hay más que meterse por las puertas de la casa del Pan vivo.*” (n.º 10).

—*Ya he llegado a la casa del Pan vivo y estoy en la puerta aguardando ¿qué hago?*

—*En la casa del Pan vivo hay que hacer lo que en las casas de comidas: pedir, comer y pagar.* (n.º 11).

—*Bien clara es la respuesta; siguiendo la voz de mi amigo de seguro no he de perder tiempo en esta casa... Pera, dime... ¿qué he de pedir?...*

— *“En la casa del Pan vivo se pide esto sólo: ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Tengo tanta hambre de Ti! ¡Ven a saciar mi hambre! Aunque no soy digno ven, ven. (n.º 12)*

Recuerda este gracioso diálogo, tan ingenuo y tan movido, aquel de Raimundo Lulio de “El Amigo y el Amado.”

El premio y el fruto de esta Celestial Comida será:

“En la tierra: los buenos comulgantes llegarán a la bienaventuranza de ver a Jesús, prometida por El a los habitualmente limpios de corazón, visión que, aunque no es completa, llega a veces a una contemplación muy parecida a la del Cielo y una especie de instinto de Jesús que les hace como adivinarlo y verlo en donde los demás no lo ven (n.º 23).

“En el Cielo alcanzarán los buenos comulgantes la visión total y la semejanza perfecta de su Hermano Mayor y Pan vivo Jesús. El día de la entrada de aquéllos en el Cielo es el día de la asimilación perfecta.”

“Y hasta en los Cielos se les notará en la cara a cada uno cómo se aprovechó de sus comidas en la casa del Pan.”

Oídle esta bella y peregrina explicación que no pudo aprender de nadie:

“Como en la tierra se distinguen los desnutridos de los bien alimentados y nutridos, así en el Cielo en donde hay muchas moradas y grados, estarán más hermosos, más resplandecientes, más parecidos a Jesús y, a fuer de tales, más llenos de caridad y más queridos del Padre Celestial y de la Madre Inmaculada los que más y mejor comulgaron. (n.º 29).

Y termina “La Barajita” en su último naípe deseándote un parecido tal con el Pan vivo dignamente asimilado que así comiéndolo y haciéndolo vida te dispongas para que el día menos pensado cualquiera de los que te tratan, en vez de llamarte por tu nombre, te llamen Jesús y lo que es mejor, que el Ángel de tu Guarda te presente en el Cielo con esta consigna; ¡Un Jesús más! (n.º 33).

Un Jesús más, fueron sus últimas palabras; ¿no encierran éstas el anhelo de su vida...”?

De tal manera le absorbe este pensamiento que a él se subordina todo, hasta las devociones más íntimas de su alma.

SUS DEVOCIONES “HOSTICÉNTRICAS”

Le atraerá hasta la locura el Corazón de Jesús escondido en el Sagrario; en el gran misterio de su humillación y de su amor.

Para él siempre seré el Corazón Eucarístico de Jesús.

Su devoción al Padre Eterno, que es inmensa, también la relaciona con la Eucaristía...

El Padre Celestial le da ese pan de vida. El se lo debe.

Con encantadora sencillez de expresión él nos lo expone en esta página:

“El Padre Celestial, sabiendo lo que halaga a mi naturaleza poseer y poseer en propiedad, me ha probado su amor dándome a su Hijo para mí.

Desde el momento de la Encarnación, yo puedo, llamar al Hijo de Dios, hecho Hombre, mi hermano, y cuando después lo oiga predicar, le puedo llamar mi Maestro, y cuando lo vea hacer milagros, mi Médico y cuando lo vea morir en la Cruz, mi Redentor, y cuando lo vea resucitar y subir al Cielo, mi prenda de Resurrección y de gloria, y cuando en la Misa de cada mañana lo vea bajar al altar, como Sacerdote y Víctima, renovar su Sacrificio y su Muerte, incorporándome a él y a ella, me sentiré invitado y casi irremisiblemente empujado al sacrificio y a la muerte de mí y de lo mío para recibir en la consumación del sacrificio suyo y mío la Comunión de la Vida divina, que muriendo El por mí y muriendo yo con él hemos ganado...

¡Trueque infinitamente ventajoso para mí!

Cuando he asistido con alma limpia a la Misa y con corazón sincero he recibido la Comunión o comunicación de su vida, puedo decir que yo he muerto a mi vida terrena y pecadora y he nacido a una vida divina, e imitando a San Pablo puedo decir: Yo no soy yo, sino que soy Cristo, que vive en mí.

Y ahora sí que puedo decir sin miedo y sin interrogaciones ni recelos ni limitaciones el dulcísimo posesivo.

Si por mi Comunión Cristo soy yo, y de Cristo es todo, mientras yo sea Cristo todo es mío, todo mío...

¡Saboread, almas comulgantes, saboread ese regalado posesivo...!”
(²⁸⁶).

²⁸⁶ “Mi Comunión de María”, p. “80, 11.^a ed.

Su devoción al Espíritu Santo también se centra en el Sagrario y por eso exclama invocándolo a los pies de su Jesús:

“Espíritu Santo, sopla tanto sobre este pobre vilano de mi alma, que no pare de revolotear delante del Sagrario, sin dejarse aprisionar de las pelusas de la tierra” ⁽²⁸⁷⁾.

Su amor a la Madre Inmaculada no tiene límites. Desde el 17 de enero de 1912, está consagrado a su esclavitud, la quiere tanto que no da un peso sin Ella ⁽²⁸⁸⁾. Pero su devoción mariana también es *hosticéntrica*.

La Madre Inmaculada es la que le enseña a amar a Jesús, la que prepara su alma para recibirlo y le acompaña para agradecerlo...

Aquella Carne y aquella Sangre que recibe junto al Sagrario le trae el recuerdo de la Madre...

“El Jesús que entra por mi boca viene vestido de la carne y de la sangre purísima que le dio mi misma Madre, y en su boca ¡ha depositado Ella tantos besos...!

Si, sí, el Jesús de mi Comunión viene lleno, rebosante de besos de mi Madre del Cielo, y algunos tan recientes, tan acabados de recibir que, si vale hablar así, todavía la boca de mi Jesús huele a los aromas de la boca de su Madre...” ⁽²⁸⁹⁾.

¡Cómo sabe asociar también a San José, el Santo de sus predilecciones, a este obsesionante amor a la Eucaristía!

San José para él es el ocultador de la Divinidad de Jesús y ahí estriba todo su dolor y toda su grandeza...

“Por disposición divina fue el ocultador de Jesús, sirviéndole de humillador de su honor...”

Esto tenía que ser para San José un gran sacrificio; siendo Hijo de Dios había de pasar por el hijo del carpintero.

²⁸⁷ “Mi jaculatoria de hoy”, pág. 95, 5.^a ed.

²⁸⁸ En su artículo “El final de mis Ejercicios”, publicado en “El Granito de Arena” del 5 de febrero de 1912, cuenta lleno de fervoroso entusiasmo cómo se consagró a la Santísima Virgen como esclavo, en unión de su Prelado y de otros sacerdotes al final de aquellos Ejercicios practicados en el Seminario de Sevilla.

²⁸⁹ “Mi Comunión de María”, pág. 175, 11.^a ed.

Una de las penas que más amargan a los hijos es el de no tener padres conocidos ¡qué amargura debía ser para José el que su Hijo tuviera que pasar como Hijo desconocido de aquel Padre Celestial...!

Era José el gran Sacerdote de la Sagrada Familia que ofrecía a Dios la divinidad escondida y como inmolada de Jesús... (290).

San José era para él el modelo más hermoso que imitar de amor, servicio y lealtad a su Dios escondido...

Y para que no faltara ninguno de sus celestiales protectores junto al Sagrario del cual y por el cual vive, también junto a él invocará al Angel de su Guarda... *“Angel de mi Guarda, que tienes el oficio de llevar mi alma a Jesús y a Jesús a mi alma, que, cuando no estemos juntos estemos en camino de hallarnos” (291).*

El Padre Celestial, el Espíritu Santo, la Madre Inmaculada, San José, el Angel de su Guarda, todas las devociones más caras de su alma, siempre en una íntima relación con aquella otra grande que le absorbe el alma: ¡La Eucaristía!

²⁹⁰ De una plática dicha en “Nazaret”, en 30 de enero 1931.

²⁹¹ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 122, 5.^a ed.

II

De su alegre vida interior

No sabía él de fronteras entre la piedad y la vida; era sobrenaturalmente natural.

Lo extraordinario de aquella vida era que, con serlo lento, no lo parecía.

No había en ella horas para entregarse a Dios; vivía entregado, ni horas para el sacrificio; vivía crucificado...

En él piedad y vida todo era lo mismo, sabía cumplir a las mil maravillas aquel consejo que dio a sus hijas:

“Que no haya dualidad en vuestra vida, sino que todo sea en vosotras efecto del mismo principio: dar compañía a Jesús.”

No había dualidad en él. Toda su vida estaba sutilmente ungida de piedad.

Su oración se condensaba en una jaculatoria breve y esa paladeaba durante el día.

Vivía en la presencia de Dios, y durante su trabajo, al Corazón de Jesús, que presidía su despacho, iban en un vuelo constante sus miradas.

Las visitas al Santísimo, breves pero frecuentes, mantenían el calor de su corazón; y centraban toda su acción en El.

Alrededor suyo se respiraba una atmósfera limpia, tan llena de paz, que hacía fácil la vida...

Siendo un inquieto hombre de acción era un gran contemplativo, porque en el rezar, escribir, hablar y hasta bromear no tenía más que un solo y único objetivo; contentar a Dios...

“Corazón de mi Jesús, que mi gran gozo y fuente de todos mis gozos sea conocer y guardar tu santa Voluntad cada día y cada hora” (²⁹²).

²⁹² “Mi jaculatoria de hoy”, p. 269, 5.^a ed.

De ahí que, a pesar de las pruebas durísimas por las que hubo de pasar, su espíritu se mantuviera sereno y aun alegre...

“Corazón de mi Jesús, con tal de que Tú estés contento de mí, ¿qué me importa lo demás?” (293).

Hablando, comiendo, sufriendo, entregado al trabajo, riendo y bromeando, todo venía a terminar en su centro, sin salirse de su órbita: El Amo.

Las penas las mandaba El, las cruces eran suyas, aquella alegría era su regalo, aquellas espinas su caricia...

No miraba nunca *“de abajo arriba, como miran los hombres”*, miraba siempre *“de arriba abajo, como mira Dios.”*

DEL GUSANILLO A LAS PALOMAS

Y como vive bajo el influjo de ese espíritu, en las cosas más vulgares su alma se apoya para remontar el vuelo.

Sus libros están llenos de estas bellas y graciosas ascensiones...

Las peladillas ante un grupo de chaveítas le darán sobrado motivo para hablar del Corazón dulcísimo de Jesús, y los almendros en flor de su Seminario serán una tarde para sus colegiales la gran lección del Amor desinteresado y sufrido de Dios, como el almendro florido en el corazón del invierno.

Va entrando en su “Nazaret.”

Junto a la puerta ha encontrado un gusanillo muerto; su fino espíritu observador lo contempla enroscado a la rama de un jazmín que se abraza a las columnas; parece una diminuta interrogación.

Algo le ha enseñado aquel gusanillo.

Penetra en la Capilla y habla así a las Hermanas:

“Ese gusanillo muerto que acabo de ver en la puerta, es el letrado que yo quien para esta casita de Nazaret.

Aquí, antes de entrar, se le ha dado muerte al gusanillo del egoísmo que todo lo roe y lo echa a perder.”

Otro día serán las palomas.

Detrás de la custodia en la mañanita del Corpus, sus ojos las van contemplando. Una de ellas ha cautivado su atención.

²⁹³ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 65, 5.ª ed.

“De entre un montón de palomas blancas se destacó una de color pardo y rayas negras con un hermoso moño rojo al cuello.

De buenas a primeras se encaramó sobre la cabeza y las alas de uno de los a les de plata que sostienen el pie de la Custodia, y mirando en tomo de ella y encogiendo y ensanchando su buche parecía decir: Aquí mando yo.

A poco, comienza a agitarse como si algo amenazara o estorbara su dominio absoluto. Desciende de su altura y en el más provocativo de los ademanes comienza a molestar a sus tranquilas compañeras, a éstas con el pico, a aquéllas con las uñas y a todas con sus embestidas que le dan por resultado la huida precipitada de todas al lado allá de las andas. Verse sola y arremeter con toda furia contra su propio moño fue una misma cosa.

¡Qué modos de encogerse, retorcerse, arañarse, picotearse, revolcarse en persecución del fantasma de sus lazos rojos!

Al fin y a la postre la moña que lucía sobre su cabeza viene a quedar deshilachada debajo de su cuello y nuestra paloma inmóvil y caída de espalda contra el basamento de uno de los pilares de plata del templete. Parecía muerta.

Ante su inmovilidad tornan sus compañeras a ocupar tranquilas y placenteras su primera posición.

Pero no estaba muerta, sino que se había quedado presa e impedida de garras entre las cintas de su moña roja.

Maltrecha y todo, aun hacia notar con sus picotazos que estaba viva con las que más cerca pasaban, ¡qué rebeldía más contumaz la de la paloma parda!

** * **

Y allí vi yo la otra gran lección.

En aquel grupo de palomas, picando hojitas de flores las unas, embebecidas en mirar la custodia las otras y luciendo todas sus vistosos lazos y sus significativos nombres y dedicatorias, veía yo a las Comunidades y a las familias buenas cristianas contentas en servir a su Dios llevando en paz la cruz por El impuesta a cada uno de sus miembros. A veces, de entre todos urge uno que no está conforme con la cruz y el puesto que la bondad de Dios le señaló y ¡pobre contrariado y pobres compañeros de su vida!

Aqué!, porque empleará todas sus facultades y dones y fuerzas que Dios le dio para su felicidad y santificación, en desgarrarse, inutilizarse y en fin de cuentas condenarse a rabia perpetua en ésta y en la otra vida, y aquéllas, porque la paz y el sosiego de su existencia estarán constantemente amenazados por el desventurado enemigo de la cruz Propia...

¡Y qué cruz! Dios mío, la que Tú das y nosotros tememos a par de muerte.

A veces, a veces tan pesada y tan humillante como la moñita gallarda y honrosa la palomita de la Custodia...” (294)

Así son los grandes espíritus; saben engrandecer las cosas pequeñas, al contrario de los mezquinos y vulgares que empequeñecen las cosas más grandes...

No concebía él la santidad como una postura hierática de esfinges egipcia” o Cristos bizantinos.

Su santidad era alegre y barroca, sencilla y reidora como aquellos angelitos y aquellos niños de La Concha, y aquellas vírgenes placenteras que pintaron y tallaron los grandes artistas sevillanos Murillo, Montañés y La Roldana.

Huía de todo lo que pudiera parecer afectación.

Era humilde y sencillo como un niño que salta por todas las complicadas normas de la etiqueta...

Se trataba con los niños y con los humildes trabajadores sin sentir por ello merma en su alta dignidad.

Juanillo era el maestro albañil encargado de las obras de la Casa de “Nazaret” de Palencia: con él tenía nuestro Obispo delicadezas de padre.

Una tarde apenas puede trabajar, ¡le duelen tanto las muelas!

Está allí el Sr. Obispo y enterado de esto va a intentar la cura...

—*Acércate Juanillo, que en un momento te voy a quitar ese dolor de muelas.*

Juanillo, alto como un pino de La Brañosera, se acercó echándose a sus pies para facilitar la labor del improvisado dentista...

Y con su boca abierta esperó...

— *¿Dónde sientes el dolor?*

²⁹⁴ “Florecillas de Sagrario”, 2.ª serie, p. 310, 3.ª ed.

—Aquí, aquí —indicaba con sus dedos porrudos y sucios de mezcla el *reverente* enfermo...

—*Pues allá voy* —y una buena ración de bicarbonato sobre las doloridas muelas acabó con las molestias...

¡Cómo gozaba el *ilustre* dentista golpeándole suavemente con la cucharilla!

Así era él...

Gozaba en hacerse pequeño.

Su piedad estaba toda envuelta en este delicadísimo espíritu infantil atrevido e ingenuo.

Oíd lo que se le ocurre pedir al Corazón de Jesús...

“*¡Si me quisieras prestar tu Corazón algún ratito para querer con él a tu Madre!..*” (Jaculatoria inédita).

Y esta sencillez y esta infantilidad espiritual envuelta siempre en la sonrisa de su rostro, siempre alegre, llevando como él decía, aunque se esté uno muriendo, con garbo la cruz...

UN PLAN CON INDULGENCIAS

“Era tan amable por los dones de naturaleza como por los de la gracia. Hay hombres en quienes la filiación divina brilla en sus ojos.”

Esto que ha dicho Holzner de San Pablo (²⁹⁵), bien pudiéramos decirlo nosotros también de nuestro biografiado...

Dones de naturaleza y de gracia se unían en él para hacerlo amable.

Sevilla imprimió carácter en él; tenía el regocijo de aquella tierra que adora a la Virgen de la Esperanza y a la de la Alegría, la Virgen del barrio que le vio nacer.

Pero esa alegría suya nacida de su temperamento optimista y jocundo, muchas veces era fruto maduro de sus vencimientos. “

Reía amargado por el desengaño, torturado por la enfermedad; reía no por él, sino por los demás; para que nadie notara sus penas y para aliviar las de aquellos que le rodeaban; y hasta en sus bromas brillaba el apóstol.

“*Hilarem enim datorem diligit Deus...*” (2 Cor. 9, 7).

(Dios ama al que da con alegría)

²⁹⁵ “San Pablo”, p. 167.

¡Que yo dé todo y me dé todo hilaris!” (Apuntes íntimos, 10-8-34).

¡Dar y darse *alegremente!* este es su propósito constante.

“...Que conserve la cara de Pascua aunque por dentro tenga el corazón de Viernes Santo” (²⁹⁶).

Visita un Hospital de Málaga.

Era un día de fiesta y los enfermos tenían comida extraordinaria.

Debía ser sin duda tiempo de Cuaresma porque las sufridas Hermanitas no tenían para ellas en la cocina más que un plebeyo plato de patatas cocidas.

El, tan sensible como fino observador lo notó y quedó impresionado de tanta austeridad.

Al día siguiente mandó que a cada Hermanita se le sirviera un flan a costa de su tan menguado como generoso bolsillo.

Y juntamente les mandaba esta jaculatoria enriquecida con cincuentas días de indulgencia. *“Corazón de mi Jesús, que yo te sea a Ti tan dulce como el flan lo es para mí.”*

Era muy amigo de indulgenciar estos sabrosos regalos.

Ni los achaques continuos de su precaria salud le quitaban la jovialidad y la sonrisa.

“Yo hago consistir toda la perfección prácticamente (no teóricamente) —decía él— en tener buena cara habitual con todos y trato frecuente y afectuoso con el Corazón de Jesús vivo en el Sagrario.

El que esto haga, si no es perfecto le falta poco...”

Y así lo hacía él.

Cuando asistió en 1935 a la Semana Pro Seminario en Toledo, donde tuvo una lucida intervención, a pesar de las molestias de la enfermedad que ya entonces sufría, él se mostraba siempre tan alegre que nadie adivinaba sus padecimientos.

Estando en el Palacio Arzobispal con otros venerables Prelados, intentaban aquéllos, sin poderlo, descifrar unas iniciales extrañas sobre el respaldo de un dosel.

Eran éstas una S. y una P.

El se les acercó muy decidido.

²⁹⁶ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 135, 2.^a ed.

— *¿Pero no saben Vds. lo que significan esas letras?... Pues muy sencillo: El estado de la Iglesia en España en estos momentos.*

— *¿...?*

— *Sí señores, esas letras significan SIN PESETAS... ¿no estamos ahora todos así...?*

¡Bendita alegría sobrenatural!; la mejor traducción de aquel grito exultante de San Pablo cargado de cadenas: “Sobreabundo de gozo en medio de mis tribulaciones.” (2 Cor. 7, 4).

EL MUNDO DEBAJO DE LOS PIES

No aborrecía al mundo, lo amaba.

Sólo aborrecía en él lo verdaderamente aborrecible: el pecado, del cual dijo uno de los Apóstoles que era el cimiento que lo sostenía. “El mundo todo está poseído del mal espíritu” (1 Jn. 5, 19).

Por eso, sin ser del mundo, se mezclaba con él para comprender sus miserias y remediarlas.

Como el Jesús del Evangelio que comía con los publicanos y pecadores para llevarles el regalo de su luz y de su perdón.

En el fondo de su alma era un gran despreciador de todas sus pompas, pero como el apóstol, se sabía hacer todo para todos para llevarlos a Cristo...

Gustaba del trato de las gentes, de la amistad, de la charla, pero si veía que de aquello no sacaba algún fruto de eternidad, pronto lo abandonaba.

El buscaba al mundo no para descansar en él, sino para levantarlo a un nivel más alto.

Se preocupaba de sus intereses materiales, pero ir derecho a los del espíritu, sirviéndoles éstos de camino.

Amaba la media parte terrena de todo hombre, para salvar y engrandecer la otra media de mayor valía: el espíritu.

“El Sacerdote, ha dicho Sellmair, que quisiera ver en el mundo y en la humanidad solamente oposición y enemistad, que fuera a ellos como adversario, no podría obrar en ellos. No en lo opuesto, sino solamente en lo común humano, en el deseo de la salvación del alma, en la ansiedad de lo eterno, aquí es donde el hombre del mundo —si es todavía hombre

completo— encuentra al Sacerdote en medio del camino; la otra mitad tendrá que ir a su encuentro. El Sacerdote que sólo quisiera condenar y rechazar, o que fuere indiferente o hasta enemigo de todo lo que preocupa a los hombres, sería rechazado también por ellos. Y sin embargo, el mundo espera del Sacerdote algo más que comprensión y cuidado; espera de él lo otro; y rechaza también a los Sacerdotes que no pueden dar más que lo humano. Hasta el mismo adversario reconoce en él un poder superior (de lo contrario no le odiaría), *tamquam potestatem habens*. El no es, pues, del mundo; sin embargo, tiene que estar en él y para él” (²⁹⁷).

Sólo asistía a banquetes oficiales, recepciones y otros actos mundanos cuando su presencia era requerida y sabía que con su asistencia podía hacer algún bien.

De lo contrario, cortésmente se excusaba.

En todos estos actos no perdía el concepto de su misión.

No se olvidaba que el apóstol no tiene horas para serlo, y que siempre es hora de hacer el bien y así de una manera graciosamente inadvertida, en un brindis, en una charla, en una broma, con discreción suma dejaba escapar la semilla del buen Sembrador.

El se sabía de memoria aquella lección del Apóstol San Juan: “Nolite diligere mundum, neque es in mundo sunt...” “No queráis amar al mundo ni las cosas mundanas...” *El mundo pasa y pasa con él* (también) su concupiscencia... (1.^a Jn. 2, 15).

Ese desprecio de las vanidades del mundo, Juan lo aprendió sobre el pecho del Amado; él lo saboreó al pie del Sagrario oyendo los latidos de aquel Corazón...

Ante aquellas renunciaciones de Cristo, en su Comunión, al quedarse en el Sagrario, y al penetrar en su boca, él sabré negarse en todo y renunciar por El a todas las vanidades de la tierra.

Ante la pobreza del Pesebre y la humildad de un Sagrario, viendo reducido a Jesús, por amor, a la máxima debilidad y a la mayor impotencia ¿queda otra cosa que hacer?

¿Qué busca el mundo? ¿Riquezas...? El las sabrá despreciar.

²⁹⁷ José Sellmair, “El Sacerdocio en el mundo”, p. 235.

HISTORIA DE UNAS COPAS DE CHAMPAGNE

Su amor a la pobreza era tan grande que nunca se preocupaba de comprarse nada para él ni para su Palacio.

Todo para los pobres y para sus Sagrarios.

Cuando había que hacerle alguna ropa se hará sin que él lo sepa.

Si acaso se lo preguntaban siempre respondía lo mismo: *No la necesito.*

Desde el primer día de su Episcopado, como ya se sabe, no tocará el dinero; D. Femando llevará la bolsa y sus manos solo recibirán las limosnas que le den para sus pobres, que no tarda en colocarlas...

Don Francisco Martínez Navas, su Vicario General de Málaga, quiso un día de su onomástico hacerle un obsequio práctico, pues sabía el poco interés que lomaba por estos pequeños enseres mas de lujo que de *provecho*.

Acordó con el Sr. Deán y Provisor. D. José María Jiménez Camacho, regalarle un juego de copas de champagne...

Aquella tarde vio las copas de plata dentro del estuche, agradeció mucho el obsequio y por no contrariarlos no les dijo ni una palabra por la que pudieran darse cuenta del desdén con que miraba todo aquello que a su parecer andaba reñido con la santa pobreza.

— ¡Qué hermosas son!, comentaba alguno de sus familiares...

— *Si, muy hermosas, pero no está bien que yo beba en copas de plata y Jesús en muchos Sagrarios no tenga más que un pobrísimo copón de metal.*

¿Entonces?...

Que serán todas para El. Mándalas al joyero que les ponga unas tapaderas de plata y las mandaremos convertidas en copones a los Sagrarios más pobres de mi Diócesis.

Y así se hizo.

No podía soportar aquel lujo que a él le parecía como un insulto al Jesús callado y pobre de la Eucaristía...

“Corazón de Jesús, hazme tan chico, que pueda entrar por el agujero de la llave de tu Sagrario, y, ya dentro, tan grande, que no pueda salir nunca” ⁽²⁹⁸⁾.

Le obsesionaba la humildad; si para la gloria de Cristo se hubiera necesitado por un imposible el que él volviera a la nada, gustoso se dejaría aniquilar...

“Corazón de mi Jesús, si para que tu gloria suba una millonésima de milímetro conviene que la mía baje hasta la nada, ¡viva tu gloria y viva mi nada!” ⁽²⁹⁹⁾.

Y así salía ganando, que no hay más seguro camino que este sendero de las humildades, donde hasta en los tropiezos hay escasos peligros.

“Corazón de mi Jesús, consérvame tan chiquito a fuerza de humildad, que no me pueda caer, y si cayere no me pase nada” ⁽³⁰⁰⁾.

Los honores de la tierra no hacían mella en él ni le llenaban los ojos.

En el año 1923 le fue concedido el título de Camarero Secreto de Su Santidad, a petición del Emmo. Cardenal Almaraz, Arzobispo de Sevilla, en 10 de marzo de 1918 fue elegido Senador del Reino por la Provincia Eclesiástica de Granada: y por Real Decreto del 30 de agosto de 1924 se le concedió la Medalla Penitenciaria de oro por su labor social en Huelva.

Apenas se le vio ostentar esta Medalla, ni se le oyó nombrar aquellos títulos.

Cuando le fue entregada la Medalla, la miró, la tomó en peso, dejó escapar una sonrisa muy significativa y dijo: *¡Qué buen empeño tiene! en el Monte de piedad...*

—Pero, ¿cómo, qué está diciendo, Sr. Obispo? le interrumpe vivamente el distinguido personaje que se la entregaba ¡si es intransferible, tanto que al morir el poseedor hay que devolverla!..

—Sí, si, todo eso está muy bien; pero yo no responde de lo que puede pasar en un momento de apuro. ¿Usted no cree que si me veo rodeado de pobres hambrientos, teniendo una medalla de oro que se puede convertir en pan, lo menos que puedo pensar es... en empeñarla?

²⁹⁸ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 118, 5.^a ed.

²⁹⁹ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 119, 5.^a ed.

³⁰⁰ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 199, 5.^a ed.

El Cardenal Almaraz, que de la Silla hispalense ha pasado a la Primada, le manifestaba su deseo de que sea él quien ocupe la Sede de Sevilla; pero inmediatamente encuentra en D. Manuel su más enérgica oposición. No permite que se haga la menor gestión sobre este asunto.

En otra ocasión, con motivo de un viaje suyo a Madrid, en los primeros años de su pontificado en Málaga, va a visitar al Ministro de Instrucción Pública, D. Julio Burell.

Al entrar en el ascensor del Ministerio coincide con el mismo Ministro, que le dirige a bocajarro esta pregunta:

— ¿Quiere Ud. ser Arzobispo de Burgos?

Acaba de fallecer el Arzobispo de aquella diócesis.

Respuesta del Sr. Obispo: — *¿Y qué se me ha perdido a mi en Burgos? Yo lo que quiero son pesetas para mis niños pobres.*”

Y, esas, sí que las consiguió.

A la muerte del citado Cardenal quedó vacante Toledo.

Don Alfonso XIII, el Rey de España, piensa en el Obispo de Málaga.

—Le pienso proponer para el Arzobispado de Toledo. Allí no le conoce el clero: no tendrá la misma razón que expuso para no aceptar Sevilla.

Creo que ha errado S. M. el golpe. No me conoce bien; si yo apenas llego a Obispo rural ¿voy a servir para Obispo cortesano...?

Habló de Málaga, de su Diócesis, tan necesitada... y por fin volvió otra vez a triunfar su humildad.

No ambicionaba honores aquel humildísimo Arcipreste de Huelva que barría muchas veces con su sacristán su parroquia ¡antes de amanecer!, ni aquel Obispo que, según él, ni servía para nada, ni hacía nunca nada.

“En realidad nada me debe el Seminario porque ¿cómo puedo decir con verdad que yo he hecho algo, delante de ese Corazón que palpita en ese Sagrario? ¡El, El es el único autor, proveedor y sostenedor de esta mole de milagros y de finezas de amor! ¿Yo? Yo no he sido ni siquiera un aprendiz” ⁽³⁰¹⁾.

Aquel humilde *aprendiz* no tenía más que una pena en los últimos días de su vida y una sola ambición, el no poder hacer por las almas todo lo que él quisiera hacer...

³⁰¹ “Un sueño pastoral”, p. 281.

“PADRE, LE TENGO ENVIDIA”

“Padre, decía a un celoso Misionero (³⁰²), ¿sabe usted cuál es mi oración de muchas mañanas?

—Vuestra Excelencia dirá.

—*Me siento en mi sillón en la Capilla, pues apenas puedo arrodillarme, miro a Jesús, y acordándome de usted le digo: El tanto... y yo... ¡nada!...*” Entonces quizá se escaparía de su corazón afligido ante su aparente inutilidad esta jaculatoria, una de las más hermosas que compuso...

“Corazón de Jesús, mi todo, reina en mi nada.”

Quería vivir escondido, se creía como un siervo inútil, como un estorbo a las obras de Dios.

“Quisiera, decía, pasar mis últimos días en Sevilla... lejos de la ciudad, allá por la Cruz del Campo en una casita con jardín, apartado del mundo...”

No quiero ser un estorbo en la Iglesia de Dios; si no pudiese cumplir presentado en seguida mi dimisión” (³⁰³).

Andaba tan prendado de la humildad, que, como Francisco de Asís, se desposó con la Hermana Pobreza y la Hermana Humildad...

Era no el pastor de las almas, sino el zagalillo del Buen Pastor...

En la mesa de su despacho de Málaga, tenía una estampa chillona de un Niño Jesús con un cáliz en la mano.

Era una de esas postales que le mandaban por Pascuas sus niños del Polvorín; al pie del Niño había escrito estas palabras:

*“¡Zagalillo! ¡Nunc, nunc! ¡Tuum!
¡Caeterum quid?”*

Zagalillo ¡ahora! ¡ahora! ¡lo tuyo! lo demás... ¿qué me importa?...

Y para más parecerse el zagalillo al Pastor no tendrá más cayada que la Cruz.

³⁰² Rvdo. P. Ramón Sarabia, Redentorista.

³⁰³ Recogido de una conversación familiar, el 13 de abril, 1937.

Despreciador del mundo había de ser también despreciador del placer... No huirá de la cruz, no excusará sus espaldas al peso del dolor...

“Veinticinco años de cruz pectoral —escribía desde Madrid al señor Obispo de Jaén (³⁰⁴), en las bodas de plata de su Pontificado—, ¡buen regalo de Dios y buena recomendación!

¡Veinticinco años clavado en esa cruz, no por dorada menos cruz!... Enhorabuena a montones, y mis pobres oraciones para ayudarle a agradecerla y a seguirla llevando o ser llevado en ella.

Yo, para aliviarme en mis ahogos de cruz, confío en que el Jesús, que se ha quitado de mi pectoral para que vaya yo solo en ella, sabe lo que duele y lo que puedo, y se complace en ver a su Obispo en Misa perenne con El...”

A pesar de la naturaleza *ultrasensible* que posee según él mismo confiesa, todo lo sabe recibir con buena cara, sin una queja, sin una protesta... como la Hostia callada...

“Que el Cordero de Dios que como, sea el Cordero a quien me asimile, entregándome al trabajo, al deber y al dolor de cada hora en silencio y con paz...” (³⁰⁵).

Ante el misterio sublime de ese silencio no cabe otra salida que sufrir a boca cerrada.

El dolor de sus achaques fue la cruz de toda su vida. Siendo Arcipreste de Huelva estuvo muchos años con unos mareos tan continuos que habrá de predicar, para no perder el equilibrio, con los ojos cerrados, costumbre que le duró casi toda la vida.

Sobre la mortificación continua de sus dolores y achaques él se impone otras.

No se contenta con las mortificaciones *venidas* en frase suya sino que va tras de las otras que llama *buscadas* (³⁰⁶). Amigo de la penitencia externa, hace de los cilicios y disciplinas continuos compañeros de su cuerpo, y por su gusto dormiría sobre una dura tabla si se lo hubieran permitido.

Su afán de inmolación constante lo llevará a no desaprovechar cualquier mortificación por pequeña que parezca.

³⁰⁴ Carta del 5 de enero de 1935, al Excmo. Sr. Obispo D. Manuel Basulto Jiménez, martirizado más tarde por los rojos.

³⁰⁵ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 14, 5.^a ed.

³⁰⁶ “Lo que puede un Cura hoy”, págs. 50 y 65, 8.^a ed.

Es un servicio que puede pedir y se lo hace él para no molestar a otro, es un gusto inocente del que se priva o una pregunta o una mirada de justo curiosidad a que renuncia...

Son las pequeñas pero incesantes privaciones, de esa santidad que pudiéramos llamar casera, pero no por sencilla menos meritoria.

Le gusta el canto de los pájaros; pasará muchas veces ante la jaula de su canario sin levantar los ojos ni prestarle oído.

— ¿Se ha fijado en las plumas tan bonitas que tiene ese canario que nos han regalado?

— *No, no he reparado en él...*

Y ya hacía unas semanas que el pajarillo alborotaba con sus trinos la paz silenciosa de aquel piso de Madrid...

Y cuando Dios descargaba su mano y eran mayores los sufrimientos físicos o morales (que de ambos probó con creces) su espíritu se volvía hacia el Cielo lleno de resignado amor.

“Corazón de mi Jesús, enséñame a padecer contigo en paz” ⁽³⁰⁷⁾

Pero El le enseña también a padecer con gusto.

En los días más angustiosos de la última enfermedad, que él llamó “su hora amarga”, le visita un amigo:

— ¿Cómo se encuentra el Sr. Obispo?

— *“Aquí estoy ¡gozándome en el dolor!”*

Saborea la medicina amarga y canta o sonríe cuando le pinchan.

Recibió el dolor de rodillas, como adorando la mano que se lo enviaba... De rodillas escribía junto a la mesa de su despacho cuando los dolores le atormentaban y de rodillas se postraba en su lecho en su última enfermedad cuando le repetían aquellos ataques nefríticos que le causaban indecibles molestias.

¡El Señor del Mayor dolor! decía sin aliento, postrado de rodillas sobre la cama, descansando el cuerpo deshecho sobre las manos...

Se acordaba de aquella imagen de Cristo flagelado, caído en tierra junto a la columna, en la misma impresionante postura que él... ⁽³⁰⁸⁾.

¡El Señor del Mayor Dolor!...

³⁰⁷ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 241, 5.^a ed.

³⁰⁸ Se venera esta devotísima imagen en la Colegiata de San Sebastián, de Antequera.



Su último sermón en Palencia: a los presos en la fiesta de la Merced

III

Así amaba a El

Santa Teresita decía que su alma era como un arpa y que en ella sólo resonaba una cuerda del amor.

En el alma de nuestro venerado Obispo ocurre igual; hay una cuerda que predomina, una nota que pudiéramos llamar la tónica de su vida: ¡el amor!

“La única felicidad es amar... el amor es lo único que hace feliz en la tierra y en ti cielo... Si alguna vez caes o niegas algo a Jesús, también el amor es el remedio; amando se arregla todo” ⁽³⁰⁹⁾.

Sus jaculatorias son dardos que llevan, como el que transverberó a Teresa, fuego en sus vértices...

“Corazón de mi Jesús, que en punto a amor ni Tú ni yo digamos basta” ⁽³¹⁰⁾.

“Déjame tener siempre una de estas dos posturas: o echado a tus pies pidiéndote perdón o recostado en tu pecho bebiendo tu amor” ⁽³¹¹⁾.

Por amor lo hará todo.

“Por tu amor”, seré la palabra de consagración que divinizará todas sus obras por muy pequeñas que sean.

Que ese secreto poder tiene el amor: Ser en cierto modo sacerdotal.

“Padre nuestro, que la suprema razón de cuanto yo haga o padezca, sienta o consienta, dé o reciba, sea esta: Porque el Corazón de tu Hijo me ama y porque amo al Corazón de tu Hijo” ⁽³¹²⁾.

Y hay que entregarse a ese amor a pesar de las debilidades, de las miserias y también de los pecados...

Sabe él que Jesús *nos quiere a pesar de todo*.

³⁰⁹ De una conversación, en el año 1936.

³¹⁰ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 144, 5.ª ed.

³¹¹ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 149, 5.ª ed.

³¹² De su diario. I2-VI-1937.

Yo *creo*, escribe en “na de sus cartas, *que lo que más nos impide echamos en los brazos y en el Corazón de Jesús, es no persuadimos de que la miseria sobre la que El ejerce su misericordia, son no sólo mis miedos e inclinaciones de pecar, sino también mis pecados reales, chicos y grandes de ayer y de hoy*” (22-V-1932).

Sabe que “*El conoce nuestro barro*” (Psalmus 102) *y con él puede hacer, de muñequillos de cieno, hijos de Dios*” (³¹³).

¡Qué consoladoras son las páginas de aquel librito “Nuestro barro” escrito en su destierro!...

EN LOS BRAZOS DE JESÚS

La verdad de nuestro dogma más olvida la o menos vivida en toda su gloriosa plenitud es la que se encierra en estas dos palabras que nos enseñara a pronunciar nuestro Jesús: Padre... nuestro...

Vivir de la certeza fecunda de ese amor que se cuida de nosotros, que vela por nuestros menores intereses y que espía con una mirada compasiva hasta los más íntimos latidos de nuestro pecho, es el secreto de la santidad.

Ved cómo aconseja y vive *este abandono* total en su Corazón.

“*Quédate dormida sobre el Corazón de Jesús, descansando sobre su pecho...*” (3-III-1938).

“*Corazón de Jesús, que por el camino del olvido propio llegue al abandono completo en el Abandonado, sin prisas ni curiosidad por otra cosa*” (³¹⁴).

En el Evangelio ha encontrado el sendero para llegar a vivir dentro del Corazón de Cristo en un total y pacífico abandono...

Leed esta página llena de finas observaciones sicológicas y clave de su espíritu: — *¡Quién fuera niño...!, decimos gozándonos en las sonrisas de la inocencia de ellos y en los encantos de su ingenuidad.*

¡Quién fuera niño!, repetimos con tanta tristeza como ansias a medida que los años y la perversidad de los hombres nos apartan de los niños.

El Maestro y Amigo y Padre de los niños sin embargo, no se ha contentado con esa exclamación tan llena de deseos como vacía de eficacia para realizarlos.

³¹³ Prólogo de “Nuestro Barro”.

³¹⁴ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 231, 5.^a ed.

Ha mirado a los hombres con mirada que lo ve todo, ha oído su lenguaje y contemplado sus proceder, y tomando a un niño, que a empujones trataban de separar El, y colocándolo sobre sus rodillas, y posando su mano derecha sobre aquel símbolo de la debilidad humana, ha compendiado todas sus bienaventuranzas, de esta y de la otra vida en estas breves palabras: Hay que hacerse niño; de éstos es el reino...”

** * **

“Miro a ese niño que tienes sentado sobre tus rodillas, leo y medito tu Evangelio, y deduzco que realmente en la imitación de lo natural y característico del niño está comprendida toda tu doctrina y mi vida sobrenatural.

Estudiando el mundo de los niños, observo que es de una simplicidad encantadora”, todos los pensamientos, sentimientos, aficiones, pasiones, energías, proyectos, aspiraciones, recuerdos, luchas, penas y placeres que en él se agitan se contienen en estas dos palabras: Mi Padre y hoy.

Mi Padre: El niño, rico o pobre, precoz o tardío, culto o salvaje, sabe, está cierto, como por instinto infalible e innato, que su padre (lo mismo digo de la madre) es bueno, sabio, fuerte, omnipotente, que es todo de su hijo y para su hijo.

Hoy: No buscad en la memoria del niño recuerdos intranquilizadores, ni en su corazón temores inquietantes; su frente no se arrugará ni por la pesadumbre de un ayer triste ni de un mañana sombrío o incierto, y su corazón no se acibaró por las hieles de sentimientos o rencores de ofensas recibidas, ni de miedos de ruinas inminentes o fracasos de proyectos... ¿No veis con qué sinceridad, franqueza e integridad vive el niño en su hoy, en su ahora? Juega, y no son sus dos manos y dos pies, y ojos y sentidos, sino su alma entera con sus tres potencias están metidos en el juego, como lo están en el juguete que les gusta, en el cuento y en la noticia estupenda que les interesa, en el amigo que los entretiene, en la novedad que solicita su atención o su interés cada hora o cada minuto.”

** * **

“Señor, describiendo aún tan torpemente a ese niño de tus rodillas caigo en la cuenta de que no he hecho otra cosa que repetir la oración

que Tú nos enseñaste a rezar y que es no solamente modelo de oraciones, sino compendio de tu doctrina y suma de vida santa, el Padre nuestro.

¿No gira toda esa oración también en torno de aquellas dos palabras: Padre nuestro y hoy?”...

* * *

¡Mi Padre y lo de ahora!

Todo lo demás que me haga olvidar a mi Padre o quite intensidad o gusto a hacer bien lo que me pide ahora, ¡fuera!, ¡fuera!

Madre del Jesús de los niños y de los niños de Jesús, ¿le quieres pedirá tu Jesús lúe me siente sobre sus rodillas?” ⁽³¹⁵⁾

UN SALMO DE PIEDRA A ESTB ABANDONO

¡Qué peregrina idea!... Hacer un Seminario nuevo sobre los montes de Málaga, sin contar con un céntimo, y en unas tierras secas y áridas como un desierto donde difícilmente encontrarán agua.

En aquellos tiempos, sin ayuda oficial, sin existir ese clima propicio de cariño hacia el Seminario y de apoyo a sus altas empresas entre la masa de los fieles un Seminario nuevo era una locura...

Y con este sueño de locos, allá por el año 1918 se fue nuestro Obispo de Olimpo a consultar sus proyectos con el Cardenal Almaraz, que había sido su Prelado.

— ¿Un Seminario nuevo?

—Sí, Eminencia, nuevo, y hay que hacerlo a toda prisa porque el que actualmente habitan mis colegiales, más que Seminario, por lo oscuro y antihigiénico parece una mazmorra.

—Y ¿Y con qué medios cuenta usted?

—No tengo un céntimo; pero confío en Dios... Con la cuenta abierta en el Banco de la Providencia levanté mis escuelas del Polvorín, y con el crédito de ese mismo Banco, levantaré mi Seminario...

— ¿Presupuestos? —

—Un millón de pesetas. (Después llegó casi a tres millones como ya se ha visto).

³¹⁵ “Mi Comunión de María”, p. 209, 11.^a ed.

— ¡Es una locura! Vd. es muy joven y no sabe en lo que se va a meter... Otros con más medios lo intentaron y fracasaron.

Mi consejo es que desista Vd. antes de que venga el fracaso...

—*Pero Sr. Cardenal ¿es tan necesario!..*

¿No me ayudará con creces el Amo?

—Una cosa es confiar en El y otra tentarle... ¿Acaso va a estar Dios a cada momento en estas obras tuyas haciendo un milagro?

* * *

Al fin se metió en aquella arriesgada empresa.

Y no fracasó. Sobre los montes de Málaga se levanta el Seminario como un salmo de piedra entonado en la soledad de aquellos campos, a la Providencia de Dios.

El multiplicó el milagro de sus generosidades; confiando en El se levanto ron sus muros, y brotaron las aguas de su pozo.

No, no fracasa el que se abandona en los brazos de Dios.

Y hay que abandonarse a El en la noche y en el día, en los misterios de gozo y en los misterios de dolor de nuestro rosario sacerdotal...

En las horas de su destierro, lejos de su Diócesis de donde salió empujado por las turbas que incendiaron su Palacio, cuando más arreciaban sus dolores y una negra tormenta de ingratitudes y de incomprensiones sacude su alma y destroza su cuerpo, él no tiembla.

Como un niño sobre las rodillas de Dios se cobija en su regazo y se duerme en paz sobre su corazón.

Quería llevar su cruz con el garbo con que llevan las Dolorosas en Sevilla sus mantos bordados en oro y los cuchillos de plata elevados en sus corazones.

“Animo. La cruz redime, alegre y hace santos; ¡llévala con garbo!”
(³¹⁶).

Y a sus Nazarenas de Málaga, a las que hace más de un año no ve, les escribe insistiéndoles en esta *confianza alegre* que es el meollo de su paz.

“De mi os digo que trabajo con todas mis ganas por dar al Jesús de mi piso ese homenaje de la confianza alegre y de no vivir más que el día de hoy y me siento verdaderamente feliz, y hasta me extraña que las gentes vengan a compadecerme por lo que estoy sufriendo.

³¹⁶ Carta desde Madrid, el 22-VII-1934.

Os digo con verdad que apenas me deja sufrir Jesús; se conoce que El carga con la cruz casi entera” (³¹⁷).

Así vivía, con esa paz de Dios, con esa misma que le puso en les manos el rosario y en los labios tranquilos la plegaria, mientras paseaba entre las turbas, alumbrado por las hogueras, sin saber si caminaba a la muerte...

“Jesús mío: que a la invitación que me haces de vivir echado en tus brazos, yo na falte más que cuando me escape de ellos para meterme en tu Corazón.”

“Que yo llore tus penas y no las mías, Corazón de mi Jesús” (³¹⁸).

Se olvidaba de sus dolores pensando en los dolores de su Maestro...

Así, con esa humilde sencillez hablaba él que hacía muchos años vivía abandonado en los brazos de Dios...

En premio de aquel abandono, el tesoro de una paz inalterable y el sentir muy de cerca la mano de Dios que nos acaricia...

Nada tiene y nada le falta: le han quemado su r asa, lo han dejado tan pobre que vive de limosna, su asignación de Obispo no la quiere, la deja íntegra para sus sacerdotes.

¿Quién cuidará de él?

El Amo bendito en cuyos brazos duerme.

Hasta cien mil pesetas anuales salían de aquel pisito de Madrid para limosnas y obras buenas de las manos del Obispo pobre y perseguido y cuando salían comentaba él, *es porque entraban*.

Hasta entonces nadie le había dado limosnas para él: todas eran “para sus pobres, para sus obras.”

Ahora son también para él y piso, muebles, comida, vestidos, todo es de pura caridad.

Nada le faltó en su alegre modestia, aunque como él diré graciosamente, cuando abandone aquel piso pasará allí lo que ocurre en el más modesto cafetín:

“Basta dar unas palmadas para que acudan los camareros y se lo lleven todo, porque nada es nuestro”...

¡Así es el Amo de rumboso para los que se le entregan...!

³¹⁷ Carta desde Madrid, el 28-XI-1932.

³¹⁸ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 76, 5.ª ed.

Su corazón generoso se volcaba sobre Dios y en la misma medida se entregaba a sus prójimos.

DANDO Y DÁNDOSE

Desde que un día el dedo divino de Jesús, señalando a un niño, exclamé: lo que con él hagáis lo hacéis *conmigo*, el precepto del amor se hace dulce y llevadero como un acto de *adoración*.

Amar no será ya más que eso.

Dios se ha escondido en el prójimo y a través de él lo adoro...

Ya no puedo decir: ¡es tan ingrato!, ¡son tan sucios sus harapos, tan repugnantes sus llagas! No, ese no es ese, es, porque Dios así lo ha querido, la imagen viva de El...

Por muy sucio y roto que esté ese cristal, en él se refleja Dios...

¡Bésalo!, ¡adóralo!

De ahí que las manos de la Santa Reina Isabel acariciaran las cabezas de los tiñosos. (¡Oh, el cuadro en que la pintó Murillo para la Iglesia de la Caridad de Sevilla! ¡Las manos de marfil y de nieve posadas como dos palomas sobre la repugnante cabeza, despiden un halo suave de luz celestial!..)

San Juan de Dios carga sobre sus hombros a los apestados y la Vizcondes" de Jorbalán, futura Madre Sacramento, se pasa las horas en las salas de los hospitales.

Allí está Dios. El precepto del amor se ha simplificado, amar al prójimo es amarlo a El, porque El se ha querido quedar bajo todas las más repugnantes apariencias humanas.

Por eso pide El para el amor al prójimo casi la misma medida que para el suyo.

Amar es darse, el gran don es la vida, el gran amor es entregarla en el martirio lento, no por esto menos glorioso, de ponerla a todas horas al servicio de los demás.

El que no *se da* no ama.

El amor no es sólo dar; eso es bien poco, el amor para que sea *sobrenatural* y al estilo del divino será *darse*.

Como la gran prueba del amor de Dios no fue, con serlo tanto, el crearnos, sino el *redimirnos*. Dar por nosotros su *vida* será siempre mayor

prueba de amor que darnos la vida, y darnos a comer su Vida la mayor— entrega, de ahí que el don sobre todo don y el amor sobre todo amor sea la *Eucaristía*...

Con ese amor de entrega amaba él.

Daba su pan y su sonrisa, su palabra y la paz de su alma, *daba lo suyo y se daba él*...

A todos sin reserva da su corazón, pero las predilecciones de sus afectos eran para los niños.

Como San Juan Bosco, San José de Calasanz, San Juan Bautista de la Salle. ¡Como el Maestro de Galilea!

Por donde quiera que iba, los niños le rodeaban.

Se pasaba las horas conversando con ellos y sabía como nadie adentrarse en sus almas.

Las almas de los niños no tenían para él ningún secreto. Conversaba con ellos de las altas cosas del espíritu como con la monja más fervorosa.

Cuenta un Sacerdote de Málaga: “Nunca podré olvidar mi primera conversación *seria* con él. No tendría yo más de nueve años, pues acababa de entrar en el Seminario. Todavía vivo del recuerdo de aquellas palabras, ¡me hicieron tanto bien!”

Las almas, las almas de los niños ¡cómo le obsesionaban! ¡Con cuánto celo buscaba para Jesús aquellos inocentes amadores!

Su afán era que comulgaran pronto, que antes que el pecado entrara en sus corazones, el Jesús de la Eucaristía pusiera en ellos su trono.

Un niño que se cruzara en su camino no pasaba para él inadvertido, se paraba en seguida y trababa interesante conversación con el feliz personajillo.

En el Congreso Eucarístico Nacional de Toledo, del año 1926, unas buenas Marías sentían verdaderas ansias por conocer a su Obispo Fundador.

Por la misma calle que ellas, cruzan en animado grupo varios Prelados.

— ¡Cuál será nuestro Fundador?

¡Cuánto daríamos por conocerle!

Un grupo de niños se atraviesa por la esquina, uno de ellos va rodando un aro.

Los Obispos siguen su camino, charlando, sin prestar atención a los pequeños alborotadores, pero uno de ellos se ha salido del grupo, se ha acercado a los niños, extiende su brazo y apretando en su muro el aro lo levanta en alto ante el asombro del pequeñuelo.

Ese es, ese es nuestro Fundador.

Y no se equivocaron, aquel era el apóstol de los niños...

Otro hecho revelador de aquel gran amor hacia los niños.

Se celebraba una primera Comunión de niñas en Palencia con asistencia del Prelado.

Al final, el fotógrafo coloca en un grupo a las niñas vestidas de blanco que rodean al Prelado como una bandada de inocentes palomas

Y tira su placa.

Don Manuel ha observado con pena, que por motivos de estética, de aquel cuadro de primeras comulgantes se han excluido las niñas pobres que no traían velos blancos, ni lazos, ni limosneras.

— *¿Le queda otra placa, amigo?*

— Sí, Sr. Obispo, queda otra.

— *Pues entonces, niñitas mías, venid aquí. Vuestro Obispo se quiere también retratar con vosotras.*

Sentaos a mi lado, muy cerquita.

Y de aquella fotografía de pequeñas comulgantes sin velos blancos, ni lazos, ni limosneras, se hicieron tantas copias como niñas.

A cada una se la regaló con una dedicatoria y “otras cosillas” cuando fueron a recogerlas a su Palacio.

Fue la última fotografía que se hizo entre sus pequeñuelos.

A pesar de que tiene a dos pasos la muerte, está sonriendo entre aquellas niñitas pobres.

Gozaba haciendo gozar a los niños y remediando las miserias ajenas.

Su caridad era inagotable.



Con aquellas niñas que no tenían velos blancos

EN UN PUESTECILLO DE BARATIJAS

Si algún menesteroso le visitaba, siempre hallaba su puerta abierta.

El mismo Prelado entraba en la cocina para pedir algo, y cuando le temen preparado el cartucho con sus obsequios, con un gozo extraordinario los depositaba en sus manos.

Una tarde en Palencia, encontró a un ancianito *aprovechando* el frío intenso de Castilla detrás de un puestecillo callejero.

Allí estaba esperando pacientemente vender todas aquellas baratijas.

El Sr. Obispo se detiene, contempla con una curiosidad inexplicable la las menudencias de aquel improvisado mercader y pregunta:

— *¿Cuánto vale todo esto, abuelo?*

El ancianito lleno de asombro le dice el precio total de aquella su menuda mercancía.

— *Yo se lo voy a comprar todo; D. Fernando, páguele usted.*

Y ahora todo esto es mío ¿verdad?

—Sí, señor, respondió el sorprendido vendedor callejero, viéndose en el apuro de llenar los bolsillos de su caritativo comprador con aquellas fruslerías de niño.

—*Pues ahora yo se lo regalo a Vd. todo. A ver si lo vende pronto y se marcha de aquí, abuelito, que hace mucho frío.*

Estas eran las delicadezas de su caridad; servir a los pobres eran sus delicias.

De Arcipreste, al cruzar una calle ayudará a una mujer del pueblo a quitar con su paraguas de la ventana de su pobre hogar la papeleta del alquiler que está bien alta; de Obispo le cogerá el canasto a una viejecita para que se solace unos momentos en la explanada de “Nazaret, y si uno de sus seminaristas al caer se ha herido las manos, el improvisado curandero, se las lavará bajo el chorro de agua de alguno de aquellos grifos, y las secará con su mismo pañuelo.

CON LOS NIÑOS DE GÉNOVA Y UN MISIONERO RUSO

Y no era su caridad amiga de fronteras. Cristo en la Cruz abrió sus brazos descoyuntados de amor para todos y él para todos los abrirá.

Ante Dios no hay razas, ni pueblos, todos son sus hijos, para el buen discípulo de Cristo todos son hermanos.

En una de sus visitas ad Límina, en 1932, camino de Roma en compañía de otros Prelados, se detienen en Génova, bajan del tren, penetran en un restaurante y se disponen a tomar un bocado para seguir de nuevo la marcha.

Por los cristales del escaparate contemplando con ojillos desmesuradamente abiertos todas aquellas deliciosas golosinas, hay una madre con unos pequeños ®uy limpios pero muy pobres...

Los ojos de aquellos niños hambrientos quisieran romper el cristal, ¡con tanta insistencia miran!

Los Prelados de Segovia. Zamora y Pamplona conversan con nuestro Obispo, pero él se distrae contemplando aquel cuadro tan ingenuo y tan emotivo.

Se levanta, se acerca a los niños y acariciándolos les pregunta en italiano:

— *¿A vosotros os gustan esas cosillas que hay detrás del cristal?*

(Un silencio lleno *de asombro*, unos ojitos alegres y tristonos que se clavaban en él sin pestañear siquiera.)

—*Andad, decidme lo que queréis que yo os voy a convidar.*

(Los niños no abren la boca, se sonríen pero no se atreven a pedir.)

Ya veo que sois muy vergonzosos; camarero, dele a esos niños dulces, pasteles, café con leche, lo que quieran, que yo lo pagaré todo. Sentaos aquí a mi lado en esta mesa.

Entraron los niños y comenzó aquél inesperado y simpático banquete.

Gozaba el Prelado malagueño viendo aquellos rostros alegres y contemplando la atrevida delicadeza del mayor de los niños que de vez en cuando se levantaba para llevar al más pequeño de los hermanitos que tenía allá fuera en sus brazos la madre, su buena ración de dulces y regalos.

Aquellos chiquillos genoveses le traían el lejano recuerdo de sus polvorineros de Huelva, y de sus chaveítas malagueños.

Continuaron hacia Roma y allí también puso de manifiesto su delicada caridad.

En un bazar sorprendió a un misionero ruso que trataba de comprar un crucifijo.

Poco abundante debía tener la bolsa, pues todos le parecían caros y el que tenía en las manos a pesar de que le gustaba mucho habría de dejarlo allí, pues no alcanzaban a pagarlo sus escasos recursos económicos.

El Obispo de Málaga que le está observando se acerca al joyero y le dice: *Entrégueselo al Sacerdote que yo le abonaré su precio...*

Ante aquel inesperado y generoso donante, el misionero emocionado saluda y pregunta agradecido su nombre.

—*Hermano, no soy más que un Obispo católico, pida por mí.*

NOVENTA DUROS

Como las montañas gozan en dar las aguas que reciben del cielo, abriéndose en fuentes las generosas entrañas, así las almas grandes gozan en dar el amor del que están rebosando.

Con los sacerdotes extremaba su caridad.

En aquellos calamitosos años de la República en que su clero palentino bordeaba la miseria, el Obispo, pobre como ellos, sufría con su corazón de Padre aquellas angustias de sus hijos.

Un caso entre mil.

Meló acaba de referir el señor Rector del Seminario de San José, Dr. D. Apolinar Aguado, testigo presencial de esa escena.

Acababan los Ejercicios en el Seminario, aquellos Ejercicios que él hizo con sus Sacerdotes.

Rehusó la rectoral que se le ofreció para albergarlo y se contentó con una celda como un sacerdote más.

El sábado, al terminarlos, subían los sacerdotes a su habitación para acompañarlo a la Capilla donde habían de celebrarse unas solemnísimas Vísperas de medio Pontifical.

Cuando bajaban, a su lado va un joven pálido y flaco; el Obispo le mira, se vuelve al Rector y le pregunta:

— *¿Está enfermo?*

— Sí, Sr. Obispo.

— *¡Pobre!, y no tendrá para curarse... D. Apolinar ¿qué dinero lleva Vd. ahí?*

— Noventa duros, Sr. Obispo.

— *Déselos, que yo se los pagaré después.*

¿Comentario? uno solo: que el “zagalillo” ama a sus ovejas al estilo de su Buen Pastor...

— *¿Y a las ovejas descarriadas?*

Las ama más.

Así tendrá más parecido al Maestro callado del Sagrario.

“Leo todas las páginas del Evangelio y miro uno por uno los Sagrarios de la tierra y saco esta convicción: Jesús en uno y otros está perennemente practicando el precepto, quizá más difícil, que nos dejó: “Amad a vuestros enemigos” (319).

Aprendió bien aquella lección de Jesús que sabía perdonar, olvidar y amar a sus eternos contradictores.

³¹⁹ “Así ama El”, p. 115, 3.^a ed.

“El ser malos nuestros enemigos no nos autoriza a serlo a nosotros”
(³²⁰).

Por el contrario, esa maldad nos autoriza a vengarnos de ello haciéndoles el bien.

DE RODILLAS ANTE UN SACRÍLEGO

Un ejemplo heroico de este perdón nos describe la castiza pluma del gran escritor malagueño Ricardo León.

“Entre la multitud de conversiones que logró, es muy de referir la de un mal Sacerdote, poseído por el demonio en figura de mujer, y tan empedernido en su Pasión, que, a solas con el Obispo y exhortado por él con santas lágrimas para volver al orden, se arrojó armado de una faca, sobre el ancho y ferventísimo pecho ¡el apóstol!

Errado el primer golpe, D. Manuel puso los brazos en cruz, ofreció su pecho al cuchillo y su vida por la salvación del energúmeno, en tan sublime actitud y con palabras tan de Dios, que el poseído según decía después se sintió de súbito libre de su infernal esclavitud, lleno de contrición, ahogado por los sollozos, se echó a los pies de su Obispo y fue de allí en adelante ejemplo de penitencia, de humildad y mortificación”
(³²¹).

Un caso parecido al que refiere el celebre escritor, fue el siguiente:

Otro desgraciado sacrílego, a quien hubo de reprender con energía, ebrio de ira se presentó un día en su Palacio.

— ¡Quiero ver al Obispo! —gritó en la puerta.

Y entró en su despacho.

La escena fue violenta; el deslenguado comenzó a lanzar vituperios sobre el Sr Obispo, que le escuchaba con una paciente calma.

Pero llegó un momento en que no pudo callar; fue cuando aquella boca vomitó como un río de cieno las más soeces palabras contra la sagrada memoria de su madre muerta.

Rápido se levanta de su asiento y arrodillándose a los pies del sacrílego le suplica:

³²⁰ “Así ama El”, p. 145, 3.^a ed.

³²¹ Ricard León, en su artículo “Vanguardia de Cristiandad”, publicado en el semanario de los Jóvenes de A. C. “Signo”, Madrid.

—*Por Dios, calle... dígame a mí lo que quiera, pero ¡por favor! no ofenda Vd. a mi madre que ya no vive.*

El alma endurecida de mal apóstol sintió el roce de aquel ardiente corazón, y comenzó a sentir la quemazón de los remordimientos al ver a su Pastor postrado en su presencia, como en la noche de la Cena Cristo a los pies de Judas.

—*Por Dios, no olvide que es y será eternamente Sacerdote. En el Cielo Sacerdote y en el infierno Sacerdote; ¡siempre Sacerdote...!*

(Sus palabras caían como gotas de sangre del costado de Cristo ungidas de: misericordia sobre aquella alma fría).

—*De rodillas se lo pide su Obispo, deje sus escándalos, enmiende su vida.*

(El Sacerdote deshecho en llanto se arroja en sus brazos).

—Perdóneme Sr. Obispo, confiésemi ahora mismo.

—*No, para más libertad, hágalo con otro sacerdote.*

Y después de despedirlo, se retiró a la Capilla para tranquilizar su espíritu al pie del Sagrario...

“*Corazón de Jesús, podrá exclamar, dame fuerzas para darme con cariño y buena cara a mis enemigos y falsos o fríos amigos*” ⁽³²²⁾.

Y se las dio con abundancia el Amo.

Mientras descansa la noche de los incendios en la casa de aquel buen Sacerdote que lo acogió, vinieron a decirle que uno de los incendiarios de su Palacio sobre un tejadillo elevado se encontraba ya rodeado de las llamas sin poder salir.

“*Muy cerca, contestó al momento el Sr. Obispo, hay una escalera y fácilmente puede salir si le ayudan.*”

Así les indicó el lugar exacto de la misma con una paz inalterable, gozándose en salvar aquella vida, y acabó rápido.

“*Anden de prisa, no tarden, que se pueda salvar.*”

“*Es preciso vengamos de nuestros enemigos haciéndoles mucho bien.*” ⁽³²³⁾. _

“*Si veis, decía en la Capilla del Asilo Gavino de Gibraltar ante un grupo de sus diocesanos, a aquel que gritaba: muera el Obispo, decidle*

³²² “Mi jaculatoria de hoy”, p. 160, 5.^a ed.

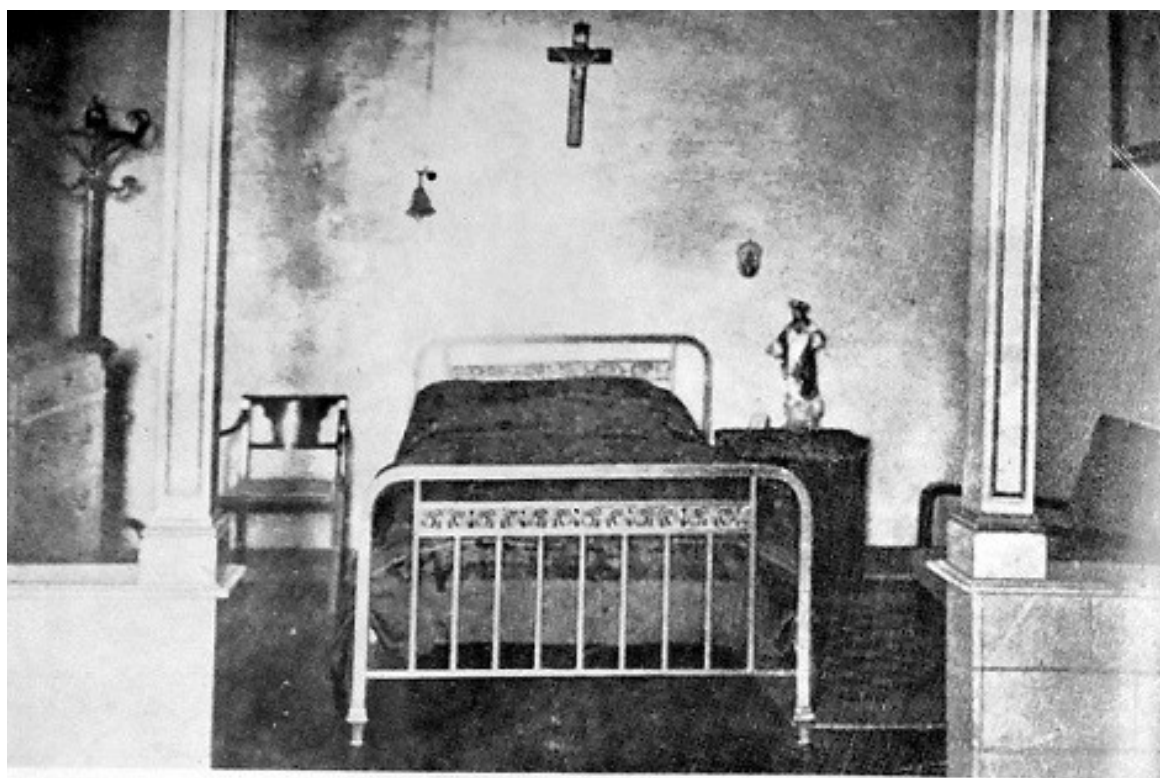
³²³ Carta desde Gibraltar a la Superiora de las Hermanas de la Cruz, H.^a Salvadora Gardeía.

que le amo, que todos los días pido por él en mi Misa si os encontráis con aquel que me cogió el pectoral y me decía: esto tiene que desaparecer de aquí, decidle que le amo, que todos los días pido por él también.”

“La oración, ha dicho San Agustín, es como el beso o la caricia del alma”; aquellas oraciones del Obispo desterrado eran besos sobre las almas de sus enemigos.

En su Huerto de las Olivas sorprendió al Maestro pálido de luna y salpicado de sangre besando la frente de Judas, entre el tembloroso relampagueo de las antorchas.

¡Y aprendió la lección...!



Su dormitorio del Palacio de Palencia

IV

Así amaba a las almas

El hombre de Dios no se queda en la corteza humana, ahonda, y busca en la tierra de la carne el tesoro escondido: el alma. Por ese tesoro, como el mercader de perlas de la parábola, él pondrá en venta todas sus riquezas.

“CAZADOR DE ALMAS”

Cuando se recapacita ante la cruz desnuda empapada en sangre, que aquella sangre de un Dios es el precio de las almas, al apóstol todo le parece poco en la noble empresa de salvarlas.

Todas las cosas son como un montecillo de basura, con tal de ganar a Cristo, dirá San Pablo (³²⁴), ...y nuestro Obispo repetirá mil veces aquella oración de la cruz retablo de su Pastorcico: *“Haznos buenos Pastores, dispuestos a dar la vida por las ovejas...”*

Tenía siempre un hambre insaciable de almas.

Su afán, ser *red barredera* que las aprisionara hacia el Sagrario.

“Jesús mío, que todo en mí sea voz que lleve a Ti... que cuanto de mí salga sea red en la que caigan para Ti cuantos a mi alrededor estén” (³²⁵),

Su anhelo perenne: *“Dejar a todo el que me mire o me oiga un poco de luz y de paz y que sólo lo agradezcan a Ti”* (³²⁶).

Todo en él, palabras, sonrisas, cartas, saludos visitas, bromas, no eran más que hilos que formaban la trama de su *red barredera*.

A él como a San Cayetano el Padre de la Providencia, se le puede también llamar *“Venatur animarum”*, cazador de almas.

Y un cazador valiente que nunca yerra el tiro.

³²⁴ “... et arbitror ut stercora ut Christum lucrificiam.” (Ad Philip. 3, 8).

³²⁵ “Mí jaculatoria de hoy” p. 166, 5.^a ed.

³²⁶ “Mí jaculatoria de hoy” p. 167, 5.^a ed.

Iba de viaje: En una de las estaciones, un caballero abre la portezuela del vagón que ocupan, entre otros, D. Manuel y su Capellán.

Acompaña al caballero una joven elegantemente desnuda.

Señor Obispo, por favor, mi hija va sola... ¿no tendría vuestra excelencia inconveniente en que se quedara aquí?

—*Con mucho gusto, caballero.*

Un saludo cortés, un silbido de la máquina y otra vez en marche.

Don Fernando que va frente a frente de la frívola muchacha, ruborizado ante su desnudez, despliega su periódico y comienza a leer por no mirarla.

El Obispo no lee, piensa con tristeza que bajo aquella corteza de frivolidad se esconde un alma, por la que Cristo murió en la Cruz.

Y comienza a hablarle.

Poco a poco la chica va cambiando. Se ha puesto un abrigo que lleva sobre los hombros y se ha cubierto los desnudos brazos.

Siguen los dos en su animada charla y la joven se ha colocado con disimulo sobre las rodillas una chaqueta que guardaba en su bolso.

Al final del viaje, cuando al bajar del tren se despide de nuestro Obispo, la muchachito frívola está llorando y va *completamente vestida*.

¿Qué fue de ella?

Fiel a la voz de Dios se consagró a su servicio (³²⁷).

¡Buen cazador de almas!..

Para ellas no tasaré su tiempo; recibirá a todas horas.

En Madrid ira frecuentemente al Sanatorio del Rosario, a confesar a las pobres enfermas, que le llaman para hacerlo con él, antes de operarse.

Tres veces marchará en busca de un alma a un Convento, donde se hospeda aquélla, hasta que por fin logra salvarla.

Se entera que un Sacerdote, gravemente enfermo, hacía más de un mes pasaba los días sin recibir al Señor.

Llama a su Capellán y le dice: *Dígale que le quiero ver.*

Al rato se lanza a la calle: *Las mitras devoran amarguras*, dijo.

Llegó a la casa; abrazó al enfermo, hablaron largo rato, se despidió de él y lo volvió a abrazar.

³²⁷ Relato del mismo D. Fernando Días de Gelo.

Desde entonces, todas las mañanas le llevará D. Fernando, muy temprano la Sagrada Comunión.

Cazador de almas: sí, porque no vive más que para hacerles bien, para “traerlas dulcemente hacia el misericordiosísimo Corazón de Dios, y para hablar de Dios y llevar un rayo de luz a las almas aprovecha en su Seminario todas las tardes el ratito que emplea en tomarse su te.

Cada día es uno el que lo sirve, y cada día hay uno más que al salir de allí comenta: ¡me lo ha dicho todo!, ¡me ha dado este consejo!, ¡me ha hecho tanto bien!

SEMBRADOR DE PAZ

Por su camino de Sagrario y de Calvario iba siempre sembrando paz en los corazones.

Ponía en las almas alas de confianza para levantar el vuelo.

No quería a su lado tristezas ni preocupaciones; su ascética cargada de renunciaciones y de abnegaciones tenía una sonrisa siempre a flor de labios.

¡Viva la paz! ¡Viva la alegría!, eran exclamaciones que brotaban con frecuencia de su lengua y de su pluma.

“Te quiero siempre con mucha paz y alegría... Dios siempre deja paz... todo lo que quita la paz no es de Dios...” (De una carta).

Había que desechar preocupaciones inútiles. Servir a Dios *ahora en este momento* y con alegría... ¿lo demás, qué me interesa?

“Una bendición (escribe en otra carta) que te produzca tres ganas de reír cuando sufras, de llorar cuando hagas sufrir a Jesús y de mucha paz riendo y llorando.”

“Una bendición de mucha paz y de mandar muchas veces a paseo al diablo de tus preocupaciones era el final de muchas de sus cartas.

¡Qué buen regalo de felicitación estos párrafos de esta carta escrita a una Religiosa el día de su onomástico:

... *“Mientras tanto dedícate a hacer provisiones de paz, que la encontrarás abundante en el olvido y negación de ti misma. Mira mucho, sin parar, a tu Jesús, alégrate de verlo tan feliz, tan hermoso, tan perfecto, recréate en El y no te acuerdes de ti; que para un buen hijo saber que su Padre es feliz y perfecto es la mayor felicidad. Quiero que te dediques desde ahora a esto; a no quejarte de lo tuyo y a alegrarte con toda tu*

alma de lo de tu Jesús: Eso es amarlo de verdad y eso voy a pedir a tu Santo Patrono que te regale como felicitación de tu día...

¡La paz!, era su obsesión. ¿No lo fue también de Cristo que para saludar a los suyos después de su resurrección no tenía más palabras que éstas: “La paz sea con vosotros? (Lc. 24, 36),

Ese fue su regalo de despedida: “Mi paz os dejo, mi paz os doy” (Jn. 14, 27) y los apóstoles recogieron la semilla para sembrarla en las almas.

Benditos sembradores los sembradores de paz.

Paz que no admite ni la turbada preocupación del alma en las obras de celo; esa es la paz que quiere Dios.

— ¿En qué medida he de entregarme a las obras de celo?, le preguntaba un alma.

“Mientras no pierdas la paz en los momentos de oración” le contestó.

“Hay que hacer la guerra al infierno en paz.”

Era esa su predicación constante; por eso, un sacerdote, señalando su cadáver en el Sanatorio del Rosario de Madrid amortajado ya en su ataúd, pudo decir sin temor a equivocarse: “Aquí yace el apóstol de la paz.”

CONSEJERO PATERAL

Para cada alma tendré un consejo adecuado dentro del sendero de confianza, de abnegación por donde las encamina a todas.

Leed estos retazos de sus cartas.

... “y tú ¿cuándo te mueres a ti misma? ¡tengo más ganas de ver tu mortuoria!” Y esta será un certificado de que no te ocupas de ti ni pones mala cara ni te quejas de nada ni de nadie y sintiendo la procesión por dentro das gracias a Dios y a quien te haga sufrir y procuras cumplir aquella máxima del Kempis. Ama ser desconocida y por nada reputada.” ¡Qué buena escuela para aprender esas lecciones de muerte propia es la mirada constante al Jesús oculto y callado de la Hostia de tu adoración, de tu Misa y de tu Comunión! Con que ¿quieres hacer el favor de morirte ya? Una bendición a modo de recomendación del alma de tu siempre Padre. Manuel” (2-VIII-37).

“Te quiero, le dirá a otra, muy devota de San Cero (tu nada)

San Unico (*tu Jesús*) y San Ahora (*el momento presente de la voluntad de Dios*) (19-VII-39).

Atacar en serio en todo momento y en todas las horas el amor propio es su preocupación constante en la dirección de las almas.

“Te mando estas letritas para darte la puntilla en estos días de Pasión y Semana santa—, ¡hay que morir!, que no quede de ti sino la figura exterior) todo lo demás, después de morirte con Jesús, ¡que resucite de nuevo! Dile con ganas muchas veces: “Moriar mihi; vivam Tibi de Te”: Muera a mí y viva para Ti y de Ti” (San Agustín) (2-IV-38).

A una dirigida suya que acaba de hacer su licenciatura en Filosofía y Letras le da estos sabrosos consejos:

“¿Conque licenciada y carrera terminada? ¡Enhorabuena y a mayor gloria de Dios! Y ahora sin esos impedimentos ¡a seguir tu otra carrera hasta el Doctorado! ¿Cuál es esa carrera? La que debes emprender cada mañana al despertarte: huir de ti en busca del Corazón de Jesús Sacramentado: ¡qué buena ocupación! ¡siempre huyendo en carrera abierta de ti hacia El! Tú tan filosofante, dedica tus filosofías a ver con la mayor frecuencia si estás corriendo, huyendo de ti o estás parada en ti o en algún gusto tuyo... ¿estamos? Que pronto tenga que felicitarte por este doctorado y como enhorabuena y estímulo una bendición larga y llena de tu Padre.” (10-11-38).

Quería ver a las almas “como rocas inmóviles en medio de la borrasca y no barquichuelos a merced de las olas” (23-IV-39) por eso afianza bien el ancla en la misericordia de Dios.

“No puedes figurarte la alegría que me ha dado ver de nuevo tu letra, aunque me ha apenado verte tan, tan —¿te lo digo?— tan cobardilla y tan encogida... ¿pero Jesús, el buenísimo, el guapísimo Jesús, el todo tuyo no está en el Sagrario de G. como en el de S. G.? ¿y no habíamos quedado que estando con El lo tenemos todo y haciendo lo que El quiere no tenemos otra cosa que hacer en este ni en el otro mundo, de provecho? Tú tan generosa y resuelta ¿aburrida, llena de sosera en G.? Eso no puede ser, señora mía, y no será más ¿estamos? Así es que vuelta al buen humor y a colgarte de la realísima gana del Amo bendito y a reírte de todo lo demás.

Y para decidirte más piensa y rumia que cuando ya tantas veces el Corazón de Jesús te deja vivir después de asomarte tantas veces a la muerte, es que quiere de ti mucho más de lo que le habías dado antes y

una generosidad y fidelidad y despego de ti y de todo lo tuyo que puedas pagarle a satisfacción...”

Con el gracejo de la Santa de Avila oídle una buena receta para desechar inquietudes.

“¿Cuando vas a mudarte de casa y en vez de tanto pegarte a la de tu miseria y compañía te vas del todo al palacio de la misericordia del Corazón de Jesús? No sé cómo no padeces vómitos crónicos de tanto mirar y oler el latón de tu basura. Te bendice para la mudada.”

Pero como las necesidades de las almas varían, sin perder este sencillo tono de confiada alegría en el Corazón de Dios, varían sus consejos adaptándose a la fisonomía de cada espíritu.

“En recuerdo simbólico contesto a tu caria y tus deseos proponiéndote la vida a lo abeja, con la cera de piedad filial y confiada para el Corazón de Jesús: la miel de buena cara y corazón generoso para con tus superiores y hermanas; el aguijón sólo para clavarlo en tu carne y amor propio y todo esto en silencio bajo la mirada de El.

Con una bendición larga y llena” (16-V-35).

A su “querido Padre Luna” segundo rector del Seminario de Málaga, le manda en una estampa “una bendición de año nuevo y bueno para que en él aprendas a ser todo ojos para no ver más que a Jesús, todo lengua para no hablar más que de El, todo manos para hacerla lodo como Jesús y todo pies para llevarlo a todas partes.”

Madrid, 13-1-35.

RECETA PARA CURAR LA NEURASTENIA

Con la misma graciosa oportunidad que escribe aconsejando, aconseja de palabra.

Un día de noviembre del año 1935 le visita en Palencia un sacerdote.

Al saludarlo, sin que nadie se lo diga, advierte que tiene delante un pobre enfermo del espíritu.

—*Usted, mi buen amigo, debe estar muy combatido por la neurastenia.*

—Así es, Sr. Obispo.

—Pues yo le voy a dar una receta contra esa lamentable enfermedad; eso se cura con ratos de oración ante el Sagrario y con trabajo constante y ordenado.

Pero oración de verdad, padrecito...

(Un gesto de extrañeza del sorprendido neurasténico como el que dices ¿Por dónde irá a salir?)

—Sí, oración de verdad, no eso de coger un libro y ponerse a leer como el que se aprende o repasa una lección, no.

Estarse delante de El y decirle: Mira que estoy hecho una calamidad... que no me pueden ni me puedo aguantar... que me pasa esto, que me pasa aquello...

Y estarse allí, y si alguna vez da unas cabezadillas, no se apure: los niños se duermen en los brazos de sus madres y sus madres los besan y esos besos los curan.

Señor Obispo, Sr. Obispo, ¿la segunda parte de esa tan sencilla como maravillosa receta?

—Allá va: ese orden en el trabajo consiste primero en rectificar muchas veces la intención durante el día, diciéndole: Señor, esto que estoy haciendo ahora es porque tú lo quieres. Como es mi obligación, estoy cierto de que haciéndolo, ahora mismo te estoy dando gusto; y... segundo, haciendo bien lo de ahora, no pensando mientras lo hago lo que habré de hacer mañana sino concentrando toda mi inteligencia y amor en el momento presente.

—¿Nada más habré de hacer?

—Nada más, amigo, y que la receta no falla, póngala en práctica y verá cómo se cura.

Tenía arte de buen maestro y médico de almas.

Sus recetas no tendrían la llamativa etiqueta de un específico de farmacia, pero curaban.

LOS RAYOS X

¿Tendría nuestro famoso médico de espíritu unos rayos X invisibles en los ojos para penetrar en las almas?

Espigando entre un montón de papeles y cartas, en los que los mismos personajes, que intervinieron en ellas, nos relatan emocionados

aquellas entrevistas con el Obispo que *adivinó* todo el estado de sus almas, transcribiré algunas.

—“Traté personalmente con él en Ronda, nos refiere un joven, cuando se vino después de la quema de los conventos. Tenía yo entonces diez y siete años y estudiaba en uno de los Colegios que los Padres Salesianos tienen en esta ciudad.

Le visitaba con frecuencia y en algunas ocasiones Dios le concedió el don de *ver claramente* lo que pasaba por mi alma, de avisarme de peligros que corría, y averiguar cosas que me habían ocurrido *y sólo Dios podía conocer*.

Era tanta la impresión que me hacían sus palabras que en la libreta de apuntes espirituales que aun conservo, dejé escritos impresiones como estas: “...me miraba con fijeza pudiendo asegurar que sus ojos atravesaban mi alma. Me abrazó diciéndome que fuese con frecuencia y me dio su bendición.

Puedo decir que he hablado con un santo” (³²⁸).

Se adentraba en un momento en el interior de muchas de las personas que se ponían a su alcance, describía los velos del tiempo y todo el pasado de aquel atormentado espíritu aparecía delante de él.

Muchos de los que le trataron son testigos de esta claridad con que veía el fondo más oscuro e impenetrable de las almas.

—“*Si, acuérdate —repetía— cuando eras niño, en aquella ocasión... Aquella confesión mal hecha, aquel pecado callado o disimulado...*” Todo el cieno de los bajos fondos al revolver las aguas salía a la superficie, para después dejar limpio y sereno el arroyo...

“*¡Qué miedo me da ver tu alma, no sé como has podido vivir hasta ahora, cómo no te has vuelto loca... y con tu carita de serafín!*

No tenías luchas, ¿verdad?, no necesitabas luchar; te tenía el enemigo cogida del todo. Hoy es un día de grandes gracias para ti. Da muchas gracias al Señor.”

“*Veo tu alma decía—, como ese clavel que llevas prendido, como esta meso, como este florero que tengo delante...*” Y no se equivocaba...

“*A cada una le digo lo que veo con la luz que el Señor me da.*

No lo veo todo siempre, pero cuando hay algo que no está bien me da el olor, y me meto para ver qué hay y llevar la paz a aquel corazón.

³²⁸ De una carta de D. A. V. de F.17-11-1943.

Los testimonios podrían multiplicarse en número incalculable...

Tenía *como un instinto sobrenatural* para conocerlas almas necesitadas de sus consuelos o de su absolución.

¡Una Hermanita lega de las Reparadoras, tenía unos deseos grandes de hablar con él, pero ni se atrevía a comunicárselo a la Superiora, ni mucho menos al venerable Prelado!

“Reverenda Madre, dígame a aquella Hermanita lega, que quiere hablar conmigo, que la estoy esperando...”

En una casa de las Hijas de María Inmaculada, a la Hermana que le servía la mesa, le dijo:

— *“Cuando termine, vaya al confesonario.”*

Y bien necesitada estaba aquella pobre alma de sus consejos, porque se hallaba atormentada de los escrúpulos...

“Ama mucho a Jesús”, decía a otra alma a quien acababa de descubrir los repliegues más íntimos de su espíritu.

“Cuando El permite que hable así a un alma, es como si me moviera una fuerza superior, un mandato...”

Ama mucho a Jesús, que es una gran merced que te hace.”

Cuántas veces ocurría este gracioso trueque: —*No entres tú ahora; que pase primero a mi despacho esa otra persona, que quiero hablar con ella.*

Y siempre *era* alguna pobre alma que había que consolar; alguna Magdalena que rendir a los pies del Maestro, o algún Lázaro el que había necesidad de levantar del sepulcro.

Le visitaba un caballero que venía a traer a su mujer enferma para que la viera el médico.

Llegó con su esposa a Madrid y marchó después le la consulta a saludar al Sr. Obispo, del que tantas y tan peregrinas cosas había oído.

Terminó su visita y el Sr. Obispo muy cortés lo despide, pero de su alma, de sus cosas, ni media palabra.

Así al día siguiente, pero al tercero, el sorprendido visitante, deseoso de un poco de luz y de consuelo, le dice al despedirse:

— ¿Entonces para mí no tiene Su Excelencia ninguna palabra?

— *Claro que sí, pero como no me había dicho nada, yo francamente no me atrevía...*

—Pues entonces, Sr. Obispo, ahora mismo, que mañana me marchó.

Y entraron otra vez al despacho, y hablaron.

Cuando salía el afortunado caballero comentaba de este modo:

—Señor Obispo, yo he venido a curar a mi mujer y ahora resulta que yo he sido el que se *ha curado*.

UNA CONFESIÓN GENERAL POR SORPRESA

Ahora cambiamos de decorado, lector.

Esta escena ocurre entre padre e hija.

Ella, una fervorosa joven que es hoy religiosa, él, un respetable caballero, pero tan indiferente en sus prácticas religiosas, que hace más de treinta años que no recibe los Santos Sacramentos.

A pesar de que la hija una vez y otra insiste, no consigue nada.

Se han apurado todos los remedios humanos; pasaban los años y seguía aquella impenetrable frialdad de hielo.

La hija va poniendo en las manos del padre incrédulo las obras de nuestro Obispo; él las lee, le entusiasma aquel estilo y sin conocerle se va encariñando con el simpático Obispo que levanta sin un céntimo un Seminario y charla como un niño con los chaveítas malagueños.

Padre e hija hacen un viaje a Málaga, él para acompañarla, ella para despedirse del Sr. Obispo y encomendarle aquel caso difícil.

Días antes ha escrito a Palacio anunciando su visita y el objetivo casi único de ella.

De aquella visita lo esperaba todo. Si lograba que su padre hablara con él estaba segura de su conversión.

—“*Ten confianza, quedo enterado de todo. Lo encomiendo a Dios y os espero pronto.*”

Llegó el suspirado día y se encaminan los dos al Palacio, pero con tan mala fortuna, que al llegar, el Sr. Obispo está para salir de un momento a otro y el coche espera en la puerta.

Insiste la joven: entréguele al Sr. Obispo esta tarjeta, aquí esperamos.

Al momento la ansiada respuesta:

—Pasen Vdes.

—Señor Obispo, perdone nuestro atrevimiento, decía el caballero, acabamos de llegar. No nos hemos quedado en el Hotel porque mi hija tenía prisa en verle.

Se marcha al convento; quiere despedirse de Su Excelencia y yo no he querido negarle ese gusto,

—*Bien*, respondió el Sr. Obispo, sonriéndoles. *Mañana les espero en mi Capilla para oír Misa. Allí hablaremos y me agradaría darles a los dos la Comunión.*

—Señor Obispo ¡hace tantos años que no lo hago...!

—*No importa. Yo le ayudaré y no tema, nos entenderemos muy bien.*

—Así lo haré, Sr. Obispo...

La hija se echó a llorar emocionada y se recogió unos momentos en la Capilla. Bajó el Prelado y después salían sus visitantes tan emocionados que no podían articular palabras.

A la mañana siguiente en la Capilla del Palacio los ángeles temblaban de gozo al ver de nuevo en el redil del Buen Pastor aquella oveja perdida...

Sentía él hambre y sed de las almas; estaba contagiado de la misma *enfermedad de Dios...*

“Si no fuera irrespetuoso diría que Jesús padece una enfermedad crónica que si pudiera morir le daría la muerte de nuevo. Esa enfermedad se llama hambre de almas...” (De sus cartas).

Por eso los milagros de la gracia se multiplicaban en sus manos.

A veces las escenas de estas conversaciones tenían el sabor de una leyenda. Como una página arrancada de un viejo santoral.

Leed la conversión prodigiosa de esa fervorosa devota de Santa Tais en sus devaneos de pecadora.

PURIFICACIÓN

Visitaba una tarde el Sr. Obispo el Asilo de San Carlos de Málaga.

Era y es el mencionado Asilo un seguro puerto de misericordia, donde arriban como los náufragos del pudor, aquellas jóvenes y tiernas adolescentes que el mundo marcó con la garra de sus vicios.

Habla el Prelado con las religiosas y acogidas, les da sus paternaes consejos y, avisado por la Superiora de que algo extraño había notado en la conducta moral de una jovencita, le indica su deseo de que se la presente.

—Señor Obispo, en seguida.

Se llamaba Purificación la joven; no tenía más que unos diez y seis años, fuerte, llena de salud y en edad tan temprana su alma como una rosa en el fango...

Habla con ella el Prelado. Después volvió a llamar a la Superiora y le manifestó que iban a pasar al confesonario de la Capilla.

La confesó y se marchó en seguida.

Al salir de la Capilla Purificación llora desconsolada y dice a la Madre Superiora toda trémula:

—Madre: me ha dicho el Sr. Obispo que no he sido franca; él insistía en que le dijera la verdad; y por último, me dijo: *“Adiós, hija mía, piénsalo bien; mañana me voy a Elorrio, cuando vuelva preguntaré y ¿Purificación? y me contestarán: Sr. Obispo. ¡Purificación ha muerto...!”*

¡Madre, que yo me quiero confesar!, ¡que yo me quiero confesar! Llame Vd. al Padre X que venga en seguida.

—Tranquilízate, como ya es tarde, le avisaré para que venga mañana.

A la mañana siguiente, deshecha en lágrimas confesó la joven. ¡Y en paz!

A los dos días amanece Purificación con fiebre muy alta. Sin embargo, su temperamento activo la impulsó a dejar el lecho por la tarde para ocuparse en sus labores. Enterada la Superiora le manda se acueste de nuevo. Sigue la fiebre; el mal se agrava y a los ocho días se le administran los Santos Sacramentos.

A la semana justa, la joven, besando y bañando con sus lágrimas el Crucifijo, expiraba dulcemente.

Dichosa tú, Purificación, rosa caída en el cieno, y lavada con la Sangre del Cordero y perfumada de nuevo con el aroma de la gracia, ¿no estarás ya hace tiempo exhalando tu perfume en el vergel de la gloria...?

¡Cómo te acordarás de aquel Obispo hambriento de almas que un día llegó a San Carlos para ofrendarle al Redentor la tuya...!

Capítulo XX

El último vuelo

1.º.- *Cielo a la vista.*

“Lo que he visto a la luz de los incendios.”

Un vago presentimiento de su muerte.

Qué fea es la tierra.

A despedirse de la Virgen.

Sembrando de prisa.

Compañero divino de su viaje.

“Me duele el corazón de querer.”

2.º.- *Aguardando al Esposo.*

Por la puerta falsa...

Su testamento.

Consumando el sacrificio.

La más doloroso despedida.

Soy andaluz, Hermanita.

La Virgen de la alegría.

La última bendición.

3.º.- *Buscando un Sagrario para su último sueño.*

El ángel del dolor.

La segunda entrada.

Responsos sobre su cadáver.

En la Capilla del Sacramento.

Epílogo.

Vivía ya más en el Cielo que en la tierra

No será Palencia mi Calvario ¿verdad? Así lo dijo a un periodista en la tarde de su entrada cuando fueron a saludarle a la Trapa...

Y... no fue su *calvario* con las amarguras del destierro y las ingratitudes pasadas... Aquí tendrá paz y sosiego, delicadezas y tiernas correspondencias de sus cristianísimos hijos...

Pero, sin embargo, en Palencia estaba la cumbre más empinada y arisca de su penoso calvario, un calvario con glorias de Tabor pero sin faltarle las angustias de aquel Viernes...

Su cáliz rebosaba...

No solamente es el cuerpo el que padecía, sino el alma también crucificada...

Desde aquel 4 de agosto de 1935... en que Dios le pidió el dolor supremo de la renuncia a su diócesis malacitana, vivía con una vida prestada. La gracia del cielo le sostenía.

“Hoy escribía en esa fecha he recibido la noticia cierta de mi traslado a Palencia con gran pena de separarme de Málaga... Vida nueva y humillación. Soy tuyo, en Ti confío... Por ti, contigo, como Tú quieras. Corazón de mi Jesús.

Hágase tu voluntad y perdónanos...” ⁽³²⁹⁾.

Amarga y dura era la prueba, pero Dios así lo quería y puesta el alma de rodillas la *aceptaba*, sin el menor gesto de protesta. *“Las hostias no se exaltan, ni se engríen, ni esperan aplauso, ni premios, ni se quejan...”* ¡Se inmolan!

³²⁹ Así redacto en latín: “Hodie accepi notitiam certam trans, ad Palentiam cum pena separationis Malacae... Vita nova et humiliationis. Tuus sum ego, in Te confido. Pro Te, Tecum, secundum Te, Cor Jesu mei. Fiat voluntas tua... et dimitte novis” (De su diario).

Había terminado el ofertorio de su Misa, entraba en la fracción del pan.

Corazón de mi Jesús, que mi dirección sea siempre hacia el altar de tu sacrificio: no me importa el sitio, ni el momento. Que yo me deje moler, si estoy en el molino y me deje ofrecer y consagrar y consumir como Tú quieras” (³³⁰).

El dolor le ha dado alas, ese desasirse de todo sin oponer la menor resistencia simplifica de tal modo su vida que le hace más ligero el camino hacia Dios.

Es la reacción de las almas grandes, las almas vulgares y egoístas se acobardan, y faltas de alientos, en vez de volar se arrastran.

“LO QUE HA VISTO A LA LUZ DE LOS INCENDIOS”

El fuego de su Palacio incendiado no le cegó los ojos, al contrario, se los aclaró y al resplandor de las hogueras vio mejor a Dios y conoció mejor a los hombres.

Nunca pudo él sospechar que pudieran anidar como manojos de víboras en las almas tantas infamias y villanías. Ni pudo columbrar antes lo inclinados que están los hombres al olvido y a la ingratitud.

Aquellas horas de la iniquidad triunfante eran las horas de la verdad. Terminaban las farsas carnavalescas, se arrancaban violentamente de los rostros las postizas caretas y aparecían con toda su repugnante miseria la realidad de los hombres y las cosas,

Y él, que siempre pensó bien de todos y apenas comprendía la razón del mal, ante aquella visión quedó terriblemente sorprendido.

A la luz de los incendios *“he visto al hombre como es: al malo, malo, al bueno, bueno; al buenísimo Corazón de Jesús Sacramentado, retebuenísimo como no había tenido ocasión de verlo jamás.”*

“Consecuencia de este conocimiento con respecto a los malos: prevenir chascos y desencantos, no cansarse de trabajar y orar por ellos: no esperar nada de ellos, etc.; de los buenos admirar la gracia de Dios, imitar, confiar, y de Jesús conocerlo mejor y tirarse sin miedo a su corazón” (De sus apuntes inéditos).

³³⁰ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 9, 5.^a ed.

Ha palpado la fugacidad de todo lo humano, lo inestable de la gloria, lo pronto que el fuego devora los templos y rae de la memoria los favores recibidos.

Por eso ahora apenas le llama la atención nada.

Antes le entusiasmaba el arte: aquella Custodia cincelada, aquel Sagrario de plata de su Seminario, maravilla de la orfebrería, aquel Salvador del año 1410 de su altar, aquella Capilla—museo de su Palacio, aquellas tablas de Mena...

Ahora, sin dejar de percibir sus bellezas, apenas se interesa por él.

Pasan de prisa los ojos que han visto que todo se consume en un momento en las hogueras.

Así los hombres.

Los vio cambiarse, huirle, cerrarle las puertas, volverle las espaldas, sus ojos tampoco descansaron en ellos: *Oculi mei semper ad Dominum: Mis ojos siempre en el Señor* (Ps. 24, 15).

“Corazón de mi Jesús, mientras más trato a los hombres menos me fío de ellos y más me fío de Ti: Mientras menos me fío de los hombres quiero quererlos más por Ti” ⁽³³¹⁾.

Eran estas las reacciones del Hombre-Dios. Sabía que Pedro le había de traicionar: le amaba hasta hacerle su Vicario; conocía el corazón infame del traidor, le besa y le llama amigo.

Y a más conocimiento de la maldad de los hombres, más caridad hacia ellos. Es el amor de *misericordia* que no recibe nada y lo da todo, el único que cabe para los hombres en el Corazón de Dios.

¡Cuántas cosas habían visto sus ojos!

Sigamos leyendo estas notas:

“He visto a dónde llegan los malos en lo malo; verdaderamente a lo increíble.

Soy testigo de mayor excepción por lo que me he fiado de la bondad de los hombres, aun de los malos (pedrea de siete días en Huelva, robos de cadáveres, echadas d casa de enfermos y de muertos, anónimos de amenazas, procesión del Santísimo a San Francisco, etc., y en Málaga en las huelgas yo único en coche, me buscaban para que fuera al frente ⁽³³²⁾,

³³¹ “Mi jaculatoria de hoy” p. 161, 5.^a ed.

³³² Parece referirse al hecho de que en algunas huelgas sólo permitían los huelguistas que circulase el coche del Sr. Obispo, y aún lo buscaban para que se

tirar de las orejas a los blasfemos, quitar las armas a los que peleaban, meterme en medio de los que apedreaban la procesión del Corazón de Jesús). Siempre contaba con que no eran tan malos con tal de tratarlos bien.

¡Cómo cambió todo desde la noche de los incendios!”...

Por eso sus pies ya apenas tocan la tierra; el alma le arrastra hacia Dios.

UN VAGO PRESENTIMIENTO DE SU MUERTE

¿Estará ya a la puerta el Señor...? ¿Se acercará la hora de la partida? La lámpara más encendida y clara que nunca, más vigilantes los ojos, más alerta el corazón, por si de pronto se oyeran sus pisadas. ¡Y hay que darse prisa por enseñar? las almas las delicias de su amor!

Se presentía su muerte, se la veía venir. La santita de Lisieux decía a una de sus hermanas; pronto moriré; no quiero decir que sea dentro de algunos meses... lo presiento *por lo que pasa* en mi alma (³³³).

Se le veía por momentos madurar, no tardaría el Divino Viñador en vendimiar su sarmiento.

“Vitis mea, palmes tuus.” ¡Tu sarmiento, Vid mía! Era el grito de su alma aquellos años. En sus apuntes íntimos no resuenan otras notas más que éstas de la total entrega al Amor.

“Abriendo sus tesoros... (Mt. 2, 11). “Corazón de mi Jesús, para Ti todo abierto de par en par en mí” (8-I-37).

“Y postrándose le adoraron” (Mt. 2, 11). “Corazón de mi Jesús, que esta sea la postura de mi alma siempre...” (9-I-37).

“Bajó a Nazaret... les estaba sujeto” (Lc. 2, 51). “Corazón de mi Jesús, que ese camino tuyo sea el que ande yo siempre...” (10-I-37).

Se consume en deseos de santidad.

Aquel mismo año ha oído la inspiración del Amo que lo quiere más suyo, más santo y su oración encendida no es más que un suspirar constante por cumplir ese deseo.

solidarizase con ellos. Estas notas no tenían otro objeto que recordarle hechos que hubiera utilizado para un libro que proyectaba escribir: “Lo que he visto a la luz de los Incendios.”

³³³ “Historia de un alma”, cap. 12.

“Corazón de mi Jesús, cumple tu palabra: Te he traído a Palencia para hacerte santo...” (16-I-37).

No, no podemos dudar, se amontonan las pruebas interiores, se acentúan las dolencias del cuerpo, el espíritu vuela más alto y más desligado.

¡El Señor está cerca!

¡Qué hastío de tierra, y qué ansias de cielo revelan estas notas de su diario!

Su amor es ya tan limpio que quisiera para hacerlo más aceptable a Dios quitarle hasta la posibilidad de mengua y deficiencia humana.

“Corazón de mi Jesús, ¡quién te sirviera sin la posibilidad de ofenderte!”

Sus jaculatorias se simplifican, ya apenas son más que suspiros del alma, una sola palabra: ¡amor!

“¡Bone Jesu!... (1-I-39). ¡Oh Buen Jesús!...”

“Tú sabes que te amo...” (22-VI-39)

“Tú tan cerca de mí y yo... ¡tan lejos de Ti...! (5-IX-39)

* * *

Llegamos al 17 de septiembre del año treinta y nueve.

En su diario hay una nota breve que nos habla de su estado físico y moral.

Verdaderamente que el trigo ya está en el molino, la hostia se está cociendo en el horno y pronto se inmolará en el altar.

Entro de Ejercicios en el Seminario.

Molesto con frecuencia y dolor... palpitaciones del corazón, flaqueza de la cabeza, en general sin dolor, cansándome pronto de oír atento. Con el espíritu agobiado por falta de fuerzas para cumplir mis ministerios, principalmente la visita pastoral y todo lo que sea movimiento y acción corporal... Perplejidad entre la esperanza de mi curación por un milagro de la misericordia del Corazón de Jesús en el Sagrario y el presentimiento de mi próxima muerte.

He aquí mi estado.

Sincera, sincerísimamente deseo hacer y aceptar la voluntad de Dios y repetirle:

*gracias por los dolores que me haces padecer;
perdón por los dolores que te he hecho padecer con mis pecados.
Gracia para padecer contigo, por Ti y como Tú.*

* * *

¡No te canses de mí, Corazón de mi Jesús...!

Con estas disposiciones entró en sus Ejercicios, los últimos que hacía con sus sacerdotes. Eran su próxima preparación para la muerte presentida ya y santamente aceptada.

Hasta entonces había pedido más de una vez su salud.

*“Pido con mucho empeño la salud para trabajar ad gloriam Dei.”
“Prometo mortificarme más para cumplir...” (27-VI-38).*

Y en otra nota de su diario: *“Pido mi curación aun milagrosa propter ministerium, et tantum ob misericordiam Cordis Jesus” (8-VIII-38).*

No para él sino por las almas y para que en él se *luzca* el misericordioso Jesús; para eso pide la salud.

No buscaba más que su gloria aquel que rendido por la enfermedad sabe saborear en el lecho de su dolor estos elevados pensamientos: *Gratias agimus... propter magnan gloriam tuam...*

“Mi mayor gloria: que Dios sea Dios, y goce infinitamente de sus perfecciones aunque yo sufra” (3-II-39).

Sus deseos de servirlo eran insaciables, su salud se resistía al trabajo, ¿qué querría el Amo? *“¿Querrá probar mi confianza para que espere de El y sólo de El mi salud y no de los medios humanos?”*

¿Querrá lucir en mí su misericordia con un milagro?

La respuesta no se dejó esperar: *sufre... espera... Y él como hostia callada responde: “Non timebo... quoniam Tú mecum es: Ya no temo a nada porque Tu estás conmigo” (Diario).*

¡QUÉ FEA ES LA TIERRA!

Todos los que de cerca lo trataban y los que habiendo pasado algún tiempo sin verlo lo veían en aquellos años 38 y 39, notaban en él algo inexplicable, como si comenzara ya a evadirse de la tierra. Visitaba a fines de septiembre un Convento de Palencia, y al entrar la Madre Superiora al

recibidor lo encontró abstraído en pie y mirando al cielo. Al rato, sin fijarse en ella, exclamó: *“Madre, quiero morirme., ya no puedo vivir en este mundo tan malo... me da asco... mucho asco... no resista más sin irme al cielo a unirme con Jesús... Qué fea me parece la tierra, Madre; ¡el cielo, el cielo! ¿Cuándo estaremos en él?”*

El Sr. Arzobispo de Valladolid decía, que, cuando dos meses antes de su muerte lo vio en una reunión de Prelados, lo encontró tan elevado por encima de las cosas humanas, que pensaba él para sí: ¡está más en el cielo que en la tierra...!

A veces esa nostalgia de la Patria le hacía exclamar: *“¡Ver a Jesús! ¡Verlo! ¡Verlo!”*

Cada vez la atracción del Sagrario era más fuerte para él; mientras más se acercaba a Jesús más se acrecentaban sus ansias.

“Ahora estoy empeñado, decía, en conocer a Jesús, ¡en verlo! ¡Verlo a El!”

Sentíase atormentado porque no podía descorrer de una vez los velos eucarísticos. Y allí se iba como a esperar sorprender una ocasión para rasgarlos, como acechando su divina presa. Pasaba junto al Sagrario las horas avivando esta fe suya en la real presencia... mientras no podía verlo como el anhelaba.

“Si el mundo viera una mano de Jesús ¡se volvería loco!”, exclamaba con un convencimiento y un saboreo que parecía estar ya presagiando el vuelo.

Por otra parte su salud iba siendo cada día más precaria. Toda la vida sufrió aquellos terribles dolores de cabeza que le hacían tan penosos sus trabajos. Pero durante su destierro se agudizaron sus antiguos padecimientos y se presentaron otros nuevos.

“Cada día que pasaba —dirá pocos días antes de morir—, era un escalón que bajaba.” Sin embargo, procuraba callar y disimular con su perenne sonrisa y su rostro apacible las molestias y tristezas de su enfermedad. Era su propósito decidido recibir *“con buena cara y boca cerrada”* todo lo que el Amo le mandara; y, juntamente con éste, era también su táctica evitar cuanto pudiera dar molestias y preocupaciones a los que le rodeaban.

Se había sometido a varios tratamientos, había visto a varios médicos, seguía su régimen al que casi toda su vida estuvo sometido, pero sin embargo seguía bajando. escalones...

A DESPEDIRSE DE LA VIRGEN

Por el Pilar al Cielo. Esta hubiera podido ser la consigna del viaje que el 28 de octubre de 1939 emprendió a Zaragoza. No conocía la Casa de las Hermanas Marías Nazarenas, fundada en mayo de 1937, y tanto las Hermanas como el Director y las Marías de los Sagrarios de aquella bendita tierra, que sintió las pisadas de la Virgen, deseaban vivamente tenerle unos días entre ellos (³³⁴).

Algo más le atraía, pues, aunque apenas tenía alientos para llevar sobre sus hombros la cruz, emprendió decidido, con esforzado ánimo su última romería.

En la paz de la tierra castellana, ¿oyó quizá la voz de la tórtola de que habla el Cantar de los Cantares? ¿Le estaría llamando desde las orillas del Ebro su Virgen del Pilar?..

Sin un impulso especial él no se hubiera puesto en camino. ¡No se encontraba con fuerzas! Sin embargo, la Virgen del Pilar parecía reclamar su presencia. A media noche llegó a Zaragoza; eran las Vísperas de Cristo Rey.

Nadie hubiera sospechado al verle tan alegre que su salud estuviese resentida. ¿Quién adivinaría al verle predicar, y atender a tantas personas que le visitaban, que aquel Obispo clavado en su cruz pronto había de pronunciar su “consummatum”?

Un periodista del “Noticiero” llegó una tarde a Nazaret, quiere sacarle una fotografía al Prelado palentino para ilustrar con ella un artículo de su periódico.

Estaba afanado en un día de Retiro a las Marías de Zaragoza; el dolor de cabeza era terrible. Tranquilo posó delante de la cámara, sin dar la menor muestra de cansancio.

Aquí delante de mis ojos, mientras escribo estas líneas, tengo la fotografía, la última que se le hizo.

Nadie podría sospechar por ella que su rostro es el de un enfermo a dos pasos de la muerte; ni una contracción rígida, ni la menor señal de disgusto en la placidez de su cara.

Los ojos tranquilos, levemente abiertos, porque ya apenas miraban a la tierra y los labios plegados iniciando su inseparable sonrisa.

³³⁴ Le acompañaba en este viaje su capellán D. Fernando Díaz, su hermana, Superiora General de las Hermanas Marías Nazarenas y dos Hermanas Consejeras.

Esa sonrisa, magnífico don de Dios, ni lograron arrebatársela sus enemigos, ni el dolor, ni la muerte, que muerto seguirá sonriendo, porque con la presencia de Dios, alcanzaba plenitud de gozo aquel júbilo inicial de su sonrisa.

Su primera visita ha sido al Pilar, a saludar a la Virgen. ¿Cómo no?, si casi sólo por Ella ha venido...

SEMBRANDO DE PRISA

Y comienza las jornadas eucarísticas que tenían en su forzada abundancia la impaciencia del último laboreo, la de aquellos últimos golpes de azada sobre los generosos surcos, hechos de prisa y sin perder momento porque el sol empieza a esconderse por las montañas lejanas.

Admira el afanoso empeño en darse a todos, en predicar, hablar, y aconsejar y dirigir, en aquellos días cuando tan flaca andaba de fuerzas la carne como rebotante de alientos el alma.

Imposible seguirlo paso a paso.

A las diez de la mañana en la Capilla de Nazaret impone solemnemente las insignias a unas cuarenta nuevas Marías y a un nutrido grupo de Niños y Niñas Reparadores.

Es el día de Cristo Rey, no puede pasarlo en silencio.

¡Cómo habló aquella mañana del Rey escondido del Sagrario!

“¡Pobre Rey Jesús, tan desconocido, tan mal correspondido, tan groseramente tratado en tantos y tantos pueblos y Sagrarios! Este grupo de almas reparadoras son las que se interponen entre ese Corazón divino tan lastimado y el bloque de hielo que rodea muchos Sagrarios, para amarle por los que no le aman, servirle como a su Rey, repararlo por los que no le sirven Llegará el día de su triunfo, en que el pobre Rey del Sagrario aparezca en el esplendor de su gloria y con El triunfarán estas almas generosas que tuvieron por lema y grito de guerra: ¡Aunque todos te abandonen... yo no!”

Paladeaba el triunfo de todas sus humillaciones y sufrimientos, el triunfo en él de aquel Rey bendito por el que tanto luchó hasta en las horas doloridas, como aquellas, en que el cuerpo desfallecía, siguiendo su camino, sólo porque le arrastraba el alma.

Su corazón había sido ese fuego entre el muro de hielo de tantos Sagrarios y no sólo derritió esta nieve, sino que logró con sus llamas convertirla en fuego...

En la Junta General de la tarde, otra vez vuelve a hablar. ¿Su tema...?, el de siempre...

“¿De qué voy a hablar a las Marías sino del abandono del Sagrario? Ni puedo ni quiero hablarles de otra cosa. Antes debieran haber ocurrido las más grandes catástrofes que encontrarse juntas estas dos palabras: Sagrario abandonado.”

Ante aquel abandono, las maravillas de la creación no merecen que sus ojos las miren con aprecio. El, que se extasiaba ante la contemplación de la hermosura de la naturaleza, hubiera preferido que el mundo entero hubiera vuelto a la nada antes que haberse unido en la tierra, en angustioso y prolongado abrazo, esas dos palabras: Sagrario y Abandono.

Sigue después aquel canto exaltando al Sagrario del cual estas desaliñadas notas no son más que un eco lejano.

“La maravilla de las maravillas es un Sagrario. El Sagrario es Dios omnipotente. Dios creador, y este Dios, habitando en una casa de cuatro tablas, reducido a ocupar un espacio de veinte centímetros cuadrados. El vencedor de” la muerte, el autor de la vida, el que da la alegría, Jesús, una hoguera de amor en constante ignición, el más bueno, el más rico, el más hermoso el más simpático, el perdonador de todos los pecados, el que tranquiliza las conciencias, el que da la vegetación a la tierra y el aire a nuestros pulmones... Jesús, el gran amigo de los humildes, de los sencillos, de los inocentes, a los que da a gustar las delicias de su amor... ¡Si nos diéramos cuenta de esto, de lo que es una mirada de Jesús...!”

Por una mirada sola de sus divinos ojos los ángeles darían la creación entera y aquella mirada siendo como lo es de un Dios, no tiene precio.

Por eso ante la fría ingratitud de los hombres su corazón llora de despecho y de tristeza. La llaga que se le abrió en Palomares se le ha recrudecido, ¡quién sabe si no se estará muriendo en silencio de esta herida que no se cierra!

“¡Cuidado que la suerte del pobre Jesús en la tierra es una suerte negra! Desde que nace le acompaña esta triste suerte... Este es Jesús: Siempre solo y siempre incomprendido... Me duelen los oídos de oír decir a los pobres curas que tienen que quitar el Reservado por no tener aceite para la lámpara. Hay para todo menos para lo único que se exige como

testimonio de la presencia de Jesús entre los hombres: una lamparita que alumbra su Sagrario; y su estancia en muchos pueblos está condicionada por unas perras chicas ¡que no las hay para El!”

Por eso para él no habrá descanso mientras haya un rayo de luz y no caiga la tarde.

Reúne a los Discípulos de San Juan, dirige su palabra a los maestros zaragozanos y asiste a la fiesta de familia que los Niños Reparadores, los benjamines de la Casa, le ofrecen en Nazaret.

Allí su ánimo expansivo y alegre escuchaba complacido las jotas de sus diminutos baturros, sus ojos azules se enredaban en el gracioso y trenzado de los piececitos leves, en el alegre ritmo de la danza.

También él, cuando pequeño, en su Catedral de Sevilla, había bailado de seise entre alegres repiques de castañuelas delante de la Custodia del Santísimo...

Muchos años habían pasado ya y todavía vive fresco en su memoria aquel bello recuerdo. ¿No fue su inocente oficio de seise el símbolo de su apostolado?

No puede perder un momento, la vida se le escapa y hay que dar un herboso remate a la tarea.

¿Quién le da fuerzas a su cuerpo agotado?.. “A *más amor, más dolor, a más dolor más acción*” había escrito en su diario. Ahí tenéis la respuesta: le clava en cruz, le espolea al trabajo, no le deja un momento de reposo... ¡el amor!

Es el primer sábado de noviembre, las Marías de Zaragoza le han pedido un Retiro. Acepta la invitación, lo dará. La Capilla de Nazaret es aquella mañana un cenáculo. La palabra del apóstol de la Eucaristía tiene calor de despedida.

Parece que ante el Sagrario está leyendo su testamento:

“Aunque no se ve nada, el que vive en el Sagrario es Lumen de lúmine, la Belleza infinita de la Luz increada.”

“Hay veces que la lamparilla del Sagrario está apagada.”

¡Qué pena siente mi alma al verte, Jesús mío, en muchos Sagrarios completamente a oscuras!, ¡pero mucha más pena me da ver que hay Sagrarios sin Marías! Muy triste es un Sagrario donde Jesús, Luz de la Luz de Dios está a oscuras, pero esto puede ser algunas veces involuntario. ¡Cuánto más triste es que una María que debe ser lámpara del Sagrario esté apagada!

Y esto no puede ser involuntario porque lo único que puede quitar la gracia o la caridad del alma es el pecado mortal y éste nunca puede ser cometido casual o involuntariamente. ¡Una María ante su Sagrario que en el exterior parezca lámpara y por dentro esté apagada, vacía, y sólo llena de telarañas y suciedad!, ¡qué cuadro más fatídico!

Otras veces arde la luz, pero chisporrotea porque le va faltando el aceite; tan pronto se levanta en esfuerzo la llama agitando las sombras del Santuario como cae en la agonía lenta, para volverse a levantar y caer... Y al fin... se apaga.

Ese chisporroteo es en las almas las influencias del mundo, de los peligros en que se meten, de las ocasiones en que sufre su pureza, su fe, su caridad... y de las que no se apartan... ¡Ay, ay, ay; qué cerca están de apagarse del todo! Marías, ¿chisporrotea vuestra lámpara? Si la María destinada para ser lámpara que dé luz y calor al Sagrario, se apaga, ¿quién le alumbrará?”

Su último consejo será este grito de amor compasivo que se le escapa del alma...

“Marías; huid de todo lo que puede hacer no solo apagar, sino chisporrotear vuestra lámpara. Unid la fe y la caridad, poneos muy cerquita del Sagrario y decid a Jesús que allí vive: te creo y te amo. Te amo creyéndote y te creo amándote.

¡María: lámpara siempre encendida delante del Sagrario!”

*Aquel lenguaje ya parecía un eco de la bienaventuranza. Lo pronunciaba una lengua cansada de batallar contra el inicuo abandono de Jesús en la tierra. Brotaba más que de sus labios de aquel corazón, que tantas veces probó la hiel de incomprensiones y gustó la amargura de las ingratitudes humanas y sin embargo nunca se quejó, acordándose siempre de esta infinitamente más amarga ingratitud: Corazón de mi Jesús, mientras Tú padezcas tantos abandonos e ingratitudes y yo tenga pecados míos y ajenos de qué desagraviarte, no debo tener tiempo ni ganas de pensar en las penas e ingratitudes o injusticias que me hagan padecer. *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini*”⁽³³⁵⁾.*

La nota más conmovedora de aquel último viaje a Zaragoza fue su despedida de la Virgen.

Ofició aquella mañana en la Santa Capilla, quería estar un rato largo con su Madre, ¡tenía tantas cosas que contarle, tantas peticiones que hacer

³³⁵ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 240, 5.^a ed.

y tantos encargos que darle! El se marchaba... ¿quién cuidaría de su Obra? Al apagarse su voz en la tierra ¿nadie volvería a levantar la bandera de la Reparación Eucarística?.. ¿Seguirá Jesús para siempre condenado al abandono y al vacío del trato afectuoso de los suyos?...

Su Nazaret, su Seminario, sus Sacerdotes... ¡Cuánto tenía que hablarle aquella mañana!

Terminó la Misa. Subió al camarín, iba a darle su adiós de despedida, a besarla, porque aquel camino, que se abría a sus pies de infatigable romero, era largo y penoso de andar, y necesitaba el calor de aquel beso y la luz de aquellos ojos.

Avanzaba por la gradilla de los Infantes y cuando ya esté frente por frente de la celestial Señora acerca a Ella su rostro y *le besa la cara*. ¿Qué le diría y le daría la Madre al sentir la caricia de sus labios?

¿Con qué le pagaría tanto como él la amó *glorificándola* en la tierra?

Por él, millares de niños inocentes elevaban en los tiempos de la guerra hacia el Pilar sus inocentes ruegos.

El puso en todos los labios españoles su nombre bendito llenándolos de esperanza.

Un largo rato se quedó mirándola: ¿Hasta cuándo, Madre?

Hijo mío, hasta que nos veamos muy pronto en la gloria...

No se llevaba en sus labios el frío de la columna, se llevaba el calor de su corazón. La había besado en la cara como se besa a las madres, con el beso largo de las despedidas mojado siempre en lágrimas.

Ahora, a caminar tranquilo en busca de la muerte; cuando se le acerque no temblará; está a su lado Jesús y con Jesús su Madre.

A su regreso de Zaragoza, llega a Madrid. Ha de asistir allí a la Conferencia de los Rvdmos. Prelados Metropolitanos representando al Sr. Arzobispo de Burgos.

Llegó el día 8 de noviembre y a pesar del precario estado de su salud trató como siempre de alegrar a sus venerables Hermanos con su conversación risueña Y disipar así por unos momentos las preocupaciones que por propia experiencia sabía él que pesan sobre los Prelados.

Siempre encontraba en su caritativo empeño de consolar y alegrar a los que rodeaban, alguna anécdota que amenizara sus comidas o sus reuniones. Siempre dando la tónica de su espíritu, tan divino y tan humano... ¡Sencillamente heroico!..

El 13 de noviembre regresaba a su querida Diócesis. En la tarde nubosa y fría, por aquella carretera que se le hacía interminable se alejaba el coche de Madrid.

Pronto volverá... ¡que allí le aguarda la muerte!

Un ataque nefrítico en el camino, de tal manera le atormenta, que no sabe qué postura tomar para lograr alivio, y levantándose del asiento se ha puesto *de rodillas*.

En esa postura permaneció gran rato.

Esa era la que mejor le cuadraba al que siempre tuvo ante la Voluntad del Cielo cuerpo y alma *de rodillas*.

Esa, la postura del que no tuvo otro ideal que ser sólo y siempre cordero de Dios.

A su lado D. Fernando, su amigo, su hermano, su todo inseparable, participando de sus angustias, le mira conmovido sin poderlo consolar. Se incorpora, se sienta, se arrodilla, no sabe ya cómo ponerse porque los dolores apenas le dejan, un momento de calma.

Se van acercando; ¡cómo se eterniza el tiempo! Ya están en Palencia, al bajar del coche, para que ninguno de los suyos sufra... otra vez la sonrisa a los labios...

Sin embargo, aquel color demudado, el rostro desencajado, la mirada sin brillo, le están a las claras traicionando.

El verse otra vez en su Palacio, entre los suyos, contemplando a través de los cristales cerrados de la sala las aguas del Carrión y los campos nevados de Castilla, parece que le alivia y le pone en la corriente de sus amarguras una gotita de miel.

Pero las hostias no eligen el altar del sacrificio. Lejos de su casa, en un Moría lejano, Dios le está preparando el ara. La leña y el fuego ya él la tiene entre las manos... Dios lo quiere así; no morirá en Patencia, para que hasta en el morir, su inmolación sea más dolorosa.

Su estado es más grave de lo que parece; avanza rápidamente la enfermedad, y se adivinan complicaciones penosas, que pueden traer un funesto desenlace si las medicinas no dan el resultado que se persigue.

En aquella misma hora comienza su tratamiento. Aunque ya no cree en los hombres, sino solamente en Dios, se entrega al dolor de una nueva cura, pensando en su purificación interior.

Se presenta un nuevo síntoma más grave y temible: “*¡No había yo pasado por esto y era menester que también pasara!*”, exclamaba en medio de sus angustias con resignada humildad.

Otra prueba, la más dolorosa de su vida, le aguarda. El gozo sobre todo gozo de su alma había sido saborear su sacerdocio, paladear su Misa.

Esa alegría que no le pudieron quitar sus enemigos, en las horas más duras de calvario, va a quitársela el Amigo.

Es lo único que le queda por entregar; ya no podrá decir “mi Misa”, mi Hostia, sólo... ¡mi Jesús!

Sólo dos veces pudo ya celebrar la Santa Misa...

¡Cómo se resistía a abandonar la mesa del Sacrificio!

En otra ocasión le pidió al Señor que le diera la enfermedad en *trocitos*, aunque durara más tiempo, con tal de que pudiera decir su Misa. Entonces le fue concedido, ahora, no. Preferiría *viviera* su Misa a que la celebrara.

“Ahora, le decía uno de los suyos, está Vd. *viviendo su Misa* y... ¡que es de pontifical!” El enfermo, perdida vagamente la mirada, moviendo la cabeza asentía... y callaba pensativo sin perder la paz de su rostro.

Recostándose algunos ratos sobre el lecho y sentado otros en un sillón pasó aquellos días hasta el 27 de noviembre. Algunas veces se trasladaba penosamente a la Capilla, casi no puede sostenerse, porque la gran hinchazón y pesadez que su enfermedad le ocasionaba y la acumulación de urea en su sangre le había dejado sin fuerzas. Por las noches sobre todo le cercaban más fuertemente el tedio, la angustia, la sequedad, el dolor y el desamparo entre los olivos del huerto. ¡Qué noches...!, se levantaba, se acostaba, volvía a levantarse para volver otra vez al lecho... Eran aquellas horas interminables...

Sin embargo, él procuraba adaptarse a la vida ordinaria en lo posible. Se notaba en su rostro el cansancio de aquellas horas de penosa inmolación, a pesar de que él, ni se quejaba, ni se resignaba a dejar su inseparable sonrisa. Era el regalo que todas las mañanas le traía el Amo en su Comunión.

Tenía nostalgias de su Sagrario. No podía pasar tanto tiempo sin hacerle una visita; hacía días que apenas había podido ir. Muy despacio, muy despacio, porque casi no puede andar, se ha escapado de sus habitaciones y se ha asomado a la Capilla...

Se ha estado unos momentos mirando a su Sagrario. Al salir le preguntó su hermana: “¿Qué te ha dicho el Amo?” El, esquivando la respuesta, contestó: “*¡Como ha sido tan poco tiempo!*”... “Y tú —insiste ella— ¿qué le has dicho a El?” Y con un acento indescriptible, pero sumamente expresivo respondió: —“*Que estoy a sus órdenes y... ¡que tenga lástima!*”

Con estas palabras lo dijo todo. Estaba dispuesto a la partida, a las órdenes de su Señor, pero para él y para los que él amaba ¡una mirada compasiva del Corazón dulcísimo de Jesús...!

“*Me falta la vida*”, respondía cuando se le preguntaba por su salud.

Sí, estaba a sus órdenes, pero los suyos no se resignaban a perderle. Se asedia al Corazón misericordioso de Jesús con oraciones, súplicas y rogativas.

El 27 de noviembre su estado es alarmante.

La hinchazón es cada vez mayor por la imposibilidad de eliminar la gran cantidad de urea que se agolpaba en la sangre. Hay una consulta de médicos y diagnostican que su estado es gravísimo, por complicaciones del sistema circulatorio.

La ciencia humana confesaba su derrota, no había que esperar más de la tierra. Sólo quedaba mirar confiado al Cielo...

COMPAÑERO DIVINO DE SU VIAJE

Peregrino, que se acerca la noche, que es larga y difícil la ruta, echa el pan en tus alforjas, no sea que desfallezcas en el camino.

Aquella misma noche se le habla de la conveniencia de recibir solemnemente el Viático.

El alegremente aceptó... Su destierro se acababa: “Me he alegrado, podrá decir con el salmista, por lo que acabo de oír: iré a la Casa de mi Señor.”

Pocos días antes, persuadido de la gravedad de su estado, permaneció unas horas en su despacho, arreglando de prisa sus papeles. Antes de su viaje a Zaragoza, en su diario encontramos en uno de los días de septiembre esta brevísima jaculatoria.

“¡Quinque talenta!...”

¡Los cinco talentos de la parábola evangélica de cuya cuenta se estaba él preocupando...!

Como sentía los pasos ligeros de la muerte, tomó una cuartilla, y escribió penosamente:

“Pido:

1.º Que se hable lo menos posible de mí, ni en bien, porque no lo merezco, ni en mal, porque aunque lo merezco, a nada conduciría y quizás a escandalizar.

El tiempo y la saliva que hubiera de gastarse en hablar de mí en uno o en otro sentido, ruego en caridad que se emplee en pedir por mi eso sí que me vendrá bien.

En vez de la exclamación: ¡qué bueno o qué malo fue aquel Obispo!, ¡cómo agradeceré desde la otra vida que se digan Misas por mi alma, a ser posible en algún altar privilegiado, jaculatorias indulgenciadas, partes o dieces del Rosario, etc., regalándome las indulgencias!

2.º Que no se tenga en mis funerales oración fúnebre. Si acaso podría tenerse, si acudiesen muchos fieles, para que no se queden sin alguna palabra buena, una breve plática sobre los novísimos o lo incierto y lo cierto de la muerte y de la cuenta y grande obligación de estar siempre preparados para recibirla...”

Ya no pudo escribir más, se retiró a su dormitorio, se arrebujó en su lecho y quizá agitándose entre los terribles dolores de su enfermedad seguiría meditando aquella plática de novísimos que acababa de dictar para el futuro predicador de sus funerales.

Aquella noche del 27 al 28 debió ser terrible. Las jaculatorias que se le escapaban de los labios daban a conocer la inmensa tortura de su alma.

“Si posible es...” estas dos palabras evocadoras de la terrible agonía del Hombre Dios salpican unos días antes las notas de su diario.

Se ha serenado un momento. Don Fernando se acerca a su lecho y le pregunta: —Sr. Obispo ¿quiere Vuestra Excelencia confesarse antes de recibir el Viático? —*Sí, aunque no lo necesito...* respondió humildemente.

Amaneció por fin el día. Ya se acerca el Señor... Todo el Clero de la ciudad con velas encendidas le acompaña... Desde la Catedral al Palacio el cortejo eucarístico se abre paso entre la muchedumbre, que se arrodilla llorando.

Bajo el toldo tembloroso del palio, en manos del Canónigo Arcipreste va a visitar a su Lázaro enfermo el amigo Jesús. No viene a curarle, viene a darle su ósculo de despedida.

Sentado junto a su cama en el sillón, tantos días ha convertido en altar de su Misa, él lo estaba esperando con su blanco roquete y su estola al cuello.

Mientras llega, quiere dar sus últimos encargos a su hermana: pocas palabras... es demasiado fuerte la emoción de aquellos instantes y no puede seguir... ¡Todo lo deja en manos del Señor! Un acto más de abandono y entrega...

Muy larga se le hace la tardanza... pero no... ya se les oye subir las escaleras...

Penetra la piadosa comitiva en la habitación del Prelado. Allí hay un altar con un severo Crucifijo... tras un murmullo de rezos entrecortados por la emoción del momento la voz limpia del Preste...

“He aquí el Cordero de Dios...”

Unos ojos casi apagados que se clavan fijos en la blancura mínima y redonda de la Hostia, una boca que se abre hambrienta, una paz de cielo que ilumina el rostro y el encuentro gozoso de los dos amadores... Comulgó, cerró los ojos... ya tenía en sus alforjas el Pan para el camino y el Compañero de viaje...

Ahora podía emprender tranquilo su marcha definitiva...

Una cruz trazada con el Copón sobre el lecho de su dolor es la señal de la despedida...

Escaleras abajo se van perdiendo las luces... ya no se ve el palio... ya sólo se oyen las campanillas tristonas y un repique en la torre...

Todo cambió en un momento. Parecía que Jesús había venido a traerle la calma... ¡Sufría tanto...!

“ME DUELE EL CORAZÓN DE QUERER”

Al retirarse el médico de cabecera aquella noche que precedió al Viático, su angustia era extremada. Se sentía sin vida, completamente acobardado, y le decía al doctor: *“Reconozco que no estoy dando ahora ejemplo de valor, soy un vencido, pero no puedo más...”* Y dando una explicación de su estado como si se le hubieran puesto delante todos los sufrimientos pasados que hicieran disculpable la flaqueza de su corazón, comenzó a recordar fatigosamente y lleno de tristeza lo mucho que había sufrido en Málaga: *“La quise con toda mi alma, nunca podía yo esperar aquella correspondencia... he recibido muchos desengaños... y por último*

hasta los restos de mis padres los han echado los rojos a un muladar. ¡Lo único que me quedaba...!”

Verdaderamente tenía el corazón hecho pedazos. Había dicho en una ocasión al saber que alguno lo había calificado de ser algo duro, porque tuvo que aplicarle una corrección: — “¿Duro yo? ¡si me duele el corazón de querer!” Sí, le dolía el corazón de querer y le dolía también de no sentirse correspondido en la misma medida.

En los días de mayor gravedad y de más terribles sufrimientos solía decir: *Corazón de mi Jesús, que yo no me aparte ni una línea de tus divinos designios.*” “*Fiat, fiat voluntas tua.*” Cuando apretaban los dolores: “¡Maldito pecado original!” y otra vez: “¡Qué malo debe ser el pecado, cuando tan grande es el dolor!” Cuando arreciaba la tormenta recitaba pausadamente el Te Deum y el Magnificat. Y cuando tenía que sufrir alguna intervención de los médicos, penosa y molesta bajo todos los conceptos, exclamaba en voz baja: “*Corazón de mi Jesús, Tú lo quieres, hágase tu voluntad. Fiat, fiat.*”

Sin embargo, la mayoría de las veces oraba en silencio, ocultando a los suyos lo que sufría y practicando de un modo admirable aquella su jaculatoria: “*Hostia callada, enséñame a sufrir en silencio y con buena cara.*”

II

Aguardando al Esposo

Acababa de salir por sus puertas el Amo... En su alma está la paz y el bien, pero ¡qué malo está su cuerpo!

Se ha levantado de su sillón; la disnea aumenta de un modo alarmante.

Han venido médicos de Patencia, Valladolid y Madrid; es necesario emplear el medio de librarlo de la enorme cantidad de urea que acusan los últimos análisis.

Sabe el enfermo que no podrá resistir el tratamiento que ha de emplearse, lo saben también los médicos, pero no hay otra solución... y él se entrega...

Se han tomado todas las precauciones; sin embargo de repente sobrevino el colapso que se temía. Se puso pálido, con una blancura de mármol manchado, se le desencajó el rostro, se le hundieron los ojos. Entran apresuradamente sus familiares. Su hermana, que está junto a él, le sostiene en sus brazos..., aquel estertor de sus labios morados parecen el eco lejano de sus últimos pasos; ¿estará llegando ya al dintel de la Casa del Padre?

Abiertos en cruz los brazos, sacerdotes, Hermanitos de San Juan de Dios que le asisten en su enfermedad y los íntimos que le acompañan, rezan sin poder contener las lágrimas, el Santo Rosario, mientras su Capellán le administra la Santa Unción mezclando el Santo Oleo con sus lágrimas.

Después, la recomendación del alma...

Los médicos no le aplican remedios, no hay nada que hacer. Tan sólo se intenta una sangría que otros estiman contraproducente...

La sangre no sale. “Esto es sangrar a un muerto” dice al practicante.

Y aquel clamor de rezos se hace más apremiante, más angustioso; ¡hay que “trancar un milagro del Corazón de Jesús! ¡No, no Señor, no te lo lleves! ¡Todavía no...!

De pronto comienza a afluir lentamente la sangre al corte que le han dado al brazo.

El enfermo ha movido la cabeza, abre los ojos, va volviendo de nuevo...

Como un relámpago ha brillado en los ojos de todos la esperanza...

Llegó quizás impaciente a las puertas de la eternidad y le han dicho: vuélvete que no es hora, te queda todavía mucho más que sufrir.

No se ha dado cuenta de la Extremaunción ni de la sangría...

Al resurgir del colapso, dirigió una mirada de bondad y afecto a los que le rodeaban llorando, sonrió y acarició al Anciano Arcipreste de la Catedral que le había dado el Viático. A petición de D. Fernando y ayudado por él, bendice a los que le acompañan y con su gesto simpático parecía decir alegre: ya estoy otra vez con vosotros...

Y es él, no es otro el que acaba de volverse en el camino cuando estaba llegando al final de sus jornadas.

Ni el dolor, ni el temor del juicio de Dios, ni la sombra de la muerte que ha tenido a dos pasos, le han quitado su buen humor y ese afán inquietante de hacerles a todos más llevadera la cruz de sus flaquezas a fuerza de disimulos y donaires.

Al sorprender junto a su cabeza a su hermana toda compungida y llorosa, haciendo un esfuerzo supremo para hacerla reír, le dice mirándola con cariño esta copla andaluza:

*“A la puerta de la cárcel
no me vengas a llorar;
ya que no me quites penas
no me las vengas a dar.*

No hubo más remedio que sonreír ante aquella inesperada salida. El también sonreía satisfecho de haber conseguido para ellos un momento siquiera de distracción de su dolor.

Había sido siempre la táctica de su vida: Para él su dolor en silencio *a boca cerrada*; para los demás su alegría contagiosa; el chisporroteo de la sal andaluza sobre las brasas de su imaginación.

Aquella noche, como todas, pudo rezar más tranquilo, la ingenua oración que su madre le enseñara de niño:

*Dulce Jesús mío,
duélete de mí,
que aunque pecadora...*

(Que aunque *pecador*, enmendaba en seguida, pues a pesar del tiempo pasado el *pecadora* de su madre no se desarraigaba de su memoria).

*...para Vos nací.
Si es tu voluntad
de tenerme así
padézcalo yo,
(no moleste a nadie)
y agrádetes a Ti.*

Ese *no moleste a nadie* era de su cosecha. ¡La flor más exquisita de su caridad!

Había cambiado por completo de aspecto el estado del enfermo: comenzó a deshidratarse, a bajar la urea en la sangre, y dentro del estado de gravedad que persistía, el corazón se iba rehaciendo poco a poco.

Empezó a despejarse y a recobrar su aspecto normal, disminuyeron un rato sus molestias. La esperanza de la curación y del milagro que se pedía insistentemente volvió a renacer en todos.

Sin embargo, la causa del mal no había desaparecido.

El se da cuenta, y un día de diciembre escribe en las hojas de su diario, que desde su salida para Zaragoza esperan en blanco sin sentir sobre ellas la caricia de aquella pluma:

“Gravemente enfermo: unos días he pedido fuertemente el milagro de la curación precisamente por ser miserable: Ego dixi, Domine, miserere mei: sana animam meam ¡quia peccavi tibi.

La razón, el derecho que se alega es la miseria para que pueda ejercer y lucir El su misericordia.

Paso algunos días dolores muy fuertes y acudo a la Misericordia del Amor de Jesús y ala intercesión soberana de nuestra Madre.

A veces se aplaca: y otras no; gracias a Dios suelo repetir: creo más, espero confío más—, pero me desorienta un poco a veces y trata de traermme tristeza de que esto no curará, aunque no la dejo entrar.”

No, no es un vencido el que hasta última hora mantendrá en alto la bandera de su confianza alegre en Aquel que tanto le ama, aunque tan reciamente le prueba.

“Sé de quién me he fiado...” (2 Tim. 1, 12) podrá decir con San Pablo.

POR LA PUERTA FALSA...

Dos Marías Nazarenas, que acaban de salir para Galicia, al enterarse de su gravedad regresaron en seguida a Palencia.

Era el 30 de noviembre. Entraron unos instantes a ver al Padre enfermo.

“Por ahora no me muero —les dijo—, el Señor me ha querido dejar por su misericordia.”

Se había él dado perfectamente cuenta del motivo de aquel repentino regreso. *“No pidan para mi más que la santidad —prosiguió—, lo demás no tiene importancia.*

Ahora he visto muy claro, porque he estado a las puertas de la muerte, y más del lado de allá que del lado de acá, que la santidad es lo único que importa. Gracias a Dios lo he visto con mucha paz. ¿Hay que morir? Pues a morir tocan. Yo veía que me moría, sin hacer ningún encargo... pero por no angustiar a éstas, dije: saldré por la puerta falsa y el Señor que lo arregle todo.

Al llegar aquí se calló emocionado y les dio su bendición.

El Señor seguía visitándole cada mañana y algunas celebraba su Capellán el Santo Sacrificio junto al lecho de sus dolores. ¡Calvario frente a Calvario!

La noticia del Viático había llevado por todas partes la alarma del estado de salud del Padre querido.

Todos en Patencia ruegan llorando por él. Se intenta forzar la voluntad divina con sacrificios y plegarias y en la Catedral y en las Capillas de los conventos se pide al Cielo el milagro de su salud.

Por toda España legiones de Marías y de almas que recibieron de su palabra la luz para su vida, el calor para sus pruebas y el aliento para su

acción vuelven hacia Palencia sus ojos sin querer aceptar el supremo dolor de su ausencia...

Algunos más heroicos han ofrecido por él su vida.

Misas, Comuniones, sacrificios, todo parece poco en aquella hora...

¡Cuánto se le quería!, ¡cómo se rezaba por él, sobre todo el día de la Inmaculada! En él todos los niños palentinos se reúnen en la Catedral a pedirle a la Madrecita buena el milagro de su curación.

La Virgen apenada les sonríe al ver con qué fervor comulgan y oran aquellas legiones de ángeles humanos. Pero el milagro, no. Si el Amo ¡ya le está esperando impaciente! y la salud ¿para qué la quiere él si ya no vive en la tierra?

“¡Madre, Madre Inmaculada!” —repetía en aquella mañana de su fiesta... Qué lejos estaba Sevilla... su Catedral... aquel derroche de amor mariano de la ciudad más mariana del mundo..., aquellas vísperas..., y... ¡aquellos seises...!

No se pudo contener, se le arrasaron los ojos de lágrimas y comenzó a cantar como hacía 50 años danzando junto a la custodia...

*Todo el mundo en general,
A voces Reina escogida.
Diga que sois concebida
Sin pecado original.*

¡Qué lejos estaba Sevilla...! ¡qué cerquita estaba ya el Cielo...!

SU TESTAMENTO

Su mejoría le permitía recibir visitas de los más íntimos, firmar algunas cartas, enterarse de las que el correo le traía, aunque no de todas le daban cuenta, para evitarle emociones.

Las más afectadas ante su próxima partida eran sus hijas, las de “Nazaret”, donde él tenía puestas sus complacencias.

Aquella tarde de la Inmaculada, en pequeños grupos han ido a visitarle.

Está en el lecho cerrados los ojos: ¿duerme...? ¿medita...?

La Superiora General y una de las hermanas se acercan. Al sentirlas a su lado las miró con dulzura.

—“Hijas mías, hijas mías... ¿os falta mucho para ser santas?”

—Mucho, todavía mucho —le contestaron conmovidas.

—*“Pues hay que llegar, hay que llegar, a fuerza de abnegación propia se acorta el camino... a más abnegación, más santidad... más santidad...”*

No habló más, cerró los ojos, para aliviarse un poco del dolor que le costaba mirarlas cuando tan pronto las habría de dejar. Era la última vez que le verían.

Las Hermanas lloraban. El musitaba casi en silencio: *“Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el Cielo...”*

El entonces Obispo de León, Dr. Ballester, en un día de diciembre vino a visitarle. Departió con él un buen rato y salió encantado de la entrevista: *“¡Qué buen aspecto tiene el Sr. Obispo, con su mirada tan clara, tan inteligente, qué despejado está!”*

Sin embargo, la incógnita de su enfermedad no desaparecía.

Ni las esperanzas de) enfermo, ni las de los demás, ni mucho menos las de los médicos podían ser completas...

El 19 de diciembre pidió su libreta de apuntes y escribió: *“Hoy 19 en la Sagrada Comunión como que oí: “Quiero para ti más paciencia y conformidad que salud; hay muchos... sanos, pero menos, santos; y Yo te quiero santo.” Prometí pedir más paciencia y conformidad que salud, que el Amor Misericordioso y nuestra Madre se luzcan como y cuando quieran.”*

Eran las últimas palabras que escribía.

Se entregaba de lleno en las manos de Dios, y no piensa más que en El y no habla más que de El... Pide todos los días un poco de lectura en la Imitación de Cristo. Pasan sus dedos las cuentas del Rosario... ¡cómo se le van desde el lecho los ojos al Corazón de Jesús que tiene enfrente...!

—*“Hermanitos, decía a los de San Juan de Dios que le asistían, ¡qué bueno es Dios...! ¡qué bueno es Dios!”* Y se quedaba largo rato meditando... después continuaba: *“¡Vamos a quererlo mucho!...”*

¡Cuántos sacrificios le ha ido pidiendo el Amo!, pero como si condescendiera con dos apegos suyos, le ha dejado, casi hasta el fin, dos cosas: su pluma y su breviario.

Ya escribió con aquella sus últimas palabras; muy pronto también tendrá que renunciar al rezo de su Oficio.

Uno de los días que más agobiado está bajo el peso de la enfermedad, lo han encontrado con el breviario entre sus manos.

Pero ¿rezando...?, ¡si no está para eso!, ¡si no puede!

—*Pues precisamente ahora es cuando más debo y necesito rezar*, ha contestado.

Trabajosamente, aprovechando los cortos intervalos en que los dolores ceden un poco, ha seguido su rezo cada día...

Una tarde de diciembre, al terminar los Laudes cerró su breviario y lo entregó... No podrá ya volver a tomarlo.

El registro pasó por las últimas Vísperas de San Juan Evangelista y los Maitines de los Santos Inocentes...

Ahí se ha quedado.

Los tiernos corderillos primicias de los inmolados por Cristo y el Apóstol que apoyó su cabeza en el volcán divino del Amor lo esperan en el coro de la Gloria: quieren cantar con él los Laudes que no han de tener fin.

* * *

Su hermana se le acerca; viene a pedirle unas palabritas para su “Nazaret.”

El enfermo trata de incorporarse, la mira con una de aquellas miradas suyas que penetraban las almas y acariciaban a la par.

—Sí, Manolo, unas palabritas para tu “Nazaret.” ¿Qué quieres para las Hermanas?

—“*¡La mayor fidelidad!*

¡El mayor silencio!

¡Y la mayor obediencia!”

Era su testamento... En esas tres palabras les resumía su vida. El fue *la mayor fidelidad* al Abandonado del Sagrario, *el mayor silencio* a todas las glorias humanas y a todas las cruces del camino, *la mayor obediencia* hasta el sacrificio de la vida en la cruz afrentosa de su destierro y en el calvario de su angustiosa enfermedad.

Bello testamento que no olvidarán sus hijas... Mientras este espíritu se viva con la misma intensidad que hoy ¡vivirá “Nazaret”!

Seguirán siendo estos palomarcitos de la Eucaristía como las palpitaciones de aquel gran corazón, que aun después de muerto, busca para los despojos de su cuerpo la penumbra silenciosa de un Sagrario.

Podía sufrir más y Dios quería que sufriera... ¡Bendito sea!

Habría que pasar por el dolor de la más dolorosa renuncia. Una nueva consulta de médicos dio por resultado el decidido propósito de trasladar al enfermo a Madrid para intentar allí una penosa operación. Las probabilidades de éxito eran mínimas por el estado del paciente..., pero... y ¿no se podría acaso también salvar?

Hay que intentarlo. Se le indicó la conveniencia de aquella operación, la esperanza de que curaría, el consuelo de poder estar allí más atendido...

El enfermo callaba. ¡Qué doloroso era para su corazón arrancarse de su casa, de sus Sacerdotes y sobre todo de sus queridos Hermanitos que con tanto cariño le asistían...! ¿Se resignará a marchar, sabiendo que la muerte se le acerca...? ¡qué prueba tan dolorosa para él que tanto ama a los suyos! Morir en casa extraña, lejos de esta Patencia que lleva tan dentro de su corazón...

Lo pensó un momento, inclinó su cabeza y exclamó; —*Bueno, carta blanca; haced conmigo lo que queráis.*”

Acepta aquella inmolación penosa de los más íntimos afectos del corazón para parecerse más a su Maestro. Moriría lejos de su diócesis y ¡en una cama prestada!

Y como el padre que ha de emprender un largo viaje y quiere que todo en la casa quede en orden, él, rehaciendo sus fuerzas, da sus últimos encargos y arregla sus asuntos pendientes.

Llama a su Vicario, al Secretario de Cámara, al Rector de su Seminario de San José, al arquitecto diocesano y a su simpático Juan, maestro de obres que está ampliando la casa de “Nazaret”.

Cuando se le pregunta por el Prelado, este hombretón fornido se conmueve hasta llorar, ¡lo quería tanto!

Hablaron de la obra, le hizo sus encargos y con palabras cariñosas, él, tan amigo del obrero, le dio a besar su anillo.

Al salir el maestro, alguien insinuó al Prelado que era mejor suspender las obras.

Su propuesta fue negativa; un nuevo acto de confianza en la divina Providencia... levantó los ojos al cuadro del Corazón de Jesús y dijo confiado: “*Corazón de Jesús, acaba tu obra.*”

Había que marchar. ¡Animo! Puesto que el Amo lo quiere, hay que obedecer sonriendo y en silencio.

Le faltaba pronunciar su *consummatum*. Para que fuera más parecido al de Cristo, habrá que terminar de despojarse de todo. Ya no le queda más que su Sagrario en aquella Capilla del Palacio... a la que hace más de un mes que no puede llegar... ¡Cuánto ama aquel rinconcito silencioso donde tantas veces el Amigo le habló...! También habrá que abandonarlo... Dejémosle la pluma a un testigo de vista para que nos relate con calor de emoción muy honda el dolor de sus últimas jornadas...

LA MÁS DOLOROSA DESPEDIDA

“Llegó el domingo 31 de diciembre; todo estaba preparado para el traslado del venerado enfermo al Sanatorio del Rosario de Madrid. A las ocho de la mañana ya se había celebrado la Santa Misa en su habitación y una camilla estaba dispuesta en la sala contigua, su despacho, una vez terminados todos los preparativos del viaje fue llevada junto a la cama, colocándole en ella.

Al comenzar a andar los que lo llevaban, inició esta oración; *Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María os ofrezco a Jesús vuestro Hijo muy amado y me ofrezco yo mismo en El, con El y por El a todas sus intenciones y en nombre de todas las criaturas.*” A continuación recitó el Te Deum acompañándole más con nuestras lágrimas reprimidas que con nuestras palabras. Entre el murmullo del rezo llegamos a la puerta principal de la Capilla toda iluminada y abierta de par en par. Quería despedirse del Amo, y mandó que volviesen la camilla para ver aquel Sagrario ante el que tantas horas había pasado...

Paró la camilla y todos se arrodillaron. La voz del Sr. Obispo se oyó clara y firme en medio de un silencio impresionante; *“Corazón de Jesús, gracias te doy por tantos dolores como me das, gracias por lo que me has hecho sufrir. Bendito seas por todo y porque ahora quieres que me vaya. Tuyo soy, haz conmigo lo que quieras. Si quieres que vuelva, bendito seas, y si no quieres que vuelva, bendito seas, si quietes curarme, bendito seas y si no... ¡Lo que Tú quieras! leal ¡vamos!”*

Los hombres lloraban. La camilla se alzó de nuevo y salió a la escalera.

Rodeando la camilla bajaban el capellán del Sr. Obispo, D. Fernando Díaz de Gelo, la familia, el médico, enfermeros, servidumbre y un grupo

de amigos. Se había procurado ocultar la salida y evitar todo lo que pudiera impresionar al enfermo. ¡Cosa inútil! y más para un corazón tan sensible como el de nuestro Padre amadísimo.

El coche-ambulancia de la Cruz Roja esperaba en el zaguán y dentro colocaron la camilla. Desde ella dio el Sr. Obispo la bendición de despedida a todos y al quedar instalado y acompañado de su familia, capellán y enfermero, disimulando la emoción del momento y para desimpresionar a los que le acompañaban y desahogar su corazón, se puso a cantar; *“Corazón Santo, Tú reinarás...y Oh María, Madre mía...”*

Al arrancar el coche se santiguó y rezó con sus acompañantes un Padrenuestro al Sagrado Corazón de Jesús, como lo tenía de costumbre en sus viajes, terminando con las invocaciones: *“Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío. Madre Inmaculada, San José, San Rafael, San Antolín y San Juan de Dios, rogad por nosotros”* ⁽³³⁶⁾.

* * *

Adiós Palencia, cuando regrese ya vendrá muerto, a buscar para sus despojos el remanso de un Sagrario...

¡Qué fatigado va...! Apenas tiene alientos, tendido en su camilla su rostro tiene la palidez de un cirio que se consume sobre el altar...

Una última prueba ha venido a aumentar la hiel amarga que saborean sus labios. Los Hermanitos de San Juan de Dios, “sus Hermanitos”, a los que él tanto quiere y le han cuidado con inmenso cariño, se quedan allí, no pueden seguirle; tendrá que entregarse, él tan recatado, a las manos de unos enfermeros seculares.

Paso a paso iba siguiendo al Maestro divino que también probó en la Cruz la vergüenza de aquellos ojos que se clavaban en sus carnes desnudas...

¡Que vayan despacio! ¡Muy despacio! decía mientras la ambulancia lentamente avanzaba por la carretera.

Sentía el inmenso dolor de aquella separación violenta y a costa de seguir torturando su corazón quería prolongar lo más posible la estancia en su querida tierra palentina. Verlo, verlo todo por última vez, que a la vuelta... ¡ya traerá cerrados los ojos!

“¡Levantad, levantad las cortinas que yo vea la luz...!”

³³⁶ Notas de la Hermana Marta de la Concepción González, que le acompañó hasta la muerte.

Se levantaron las cortinillas de la ambulancia, y sus ojos penosamente abiertos se llenaron de la bruma de aquel día plomizo.

La niebla pegada a la tierra le escondía la luz de aquel sol por el cual suspiraba... ¡La luz!, ¡la luz!, con qué ansias la deseaba.

¿No sería aquel manso clamor el anhelo de la otra Luz en que se le abrasaba el alma?..

“Estos mis pies que andando por caminos de abrojos, van dejando huellas de sangre; estas mis manos encallecidas de tanto trabajar, agujereadas por clavos; esta mi frente punzada por las espinas de una corona; estos surcos de mis mejillas de las reciedumbres de los soles y del escozor de las lágrimas, por ser pies, manos y frente, y mejillas del cuerpo místico de Jesús, estoy cierto, porque El me da la certeza, de que un día eterno sin noche, despedirán fulgores de sol, y blanca blancura de nieve ⁽³³⁷⁾*).*

Atrás se quedó Patencia... la gracia alada de aquella torre de San Miguel con las ojivas milagrosas de sus cuatro ventanales rompiendo la pesadez de los muros, entre los chopos de la ribera del Cerrión que seguía camino del mar *tan callando*, como él a la muerte... Villamuriel... Calabazanos... Venta de Baños, La Trapa, donde se recogió a Ejercicios antes de hacer su primera entrada... Cabezón de Pisuerga...

* * *

“A pesar de las molestias de su enfermedad, el viaje fue mucho mejor de lo que se esperaba; los dolores que días anteriores tanto le hablan hecho sufrir, no se presentaron, y nos decía, alabando al Señor, que se encontraba muy bien, gozándose en poder alegrarnos con ello. Rezamos con él las tres partes del Rosario... pasábamos por pueblos y Sagrarios... ¡la torre de una iglesia!, le decíamos... y él callaba por fuera pero seguramente hablaba por dentro con su Amo y Señor Sacramentado; porque el silencio ha sido compañero de su enfermedad y fue creciendo a medida que se acababan sus días. Por delante de aquellos Sagrarios pasaba en su camilla blanca como una hostia ofrecida en la patena, y en nuestro corazón decíamos a Jesús: Aquí va el que te busca tanta compañía, tanto cariño para tus Sagrarios abandonados; ¿no es verdad que lo pondrás bueno?..

Pero aquellos Sagrarios eran las estaciones de un viacrucis que conducía al Calvario.”

³³⁷ “Así ama El” p. 5, 3.^a ed.

* * *

¡Ya vamos por tierras de Valladolid!

Todo lo mira con una mirada al par que cariñosa por lo que tiene de humano, displicente por lo desprendido que está de todo...

Por uno de estos terraplenes me podíais arrojar... no estoy más que para eso”, como si dijera; tanto cuidarme y preocuparse de este cuerpo que ya no es más que unas piltrafas de vida...”

* * *

SOY ANDALUZ, HERMANITA

“Como cordero que es llevado...” le vimos llegar por fin al Sanatorio después de ocho horas de viaje aquella triste y oscura tarde, la última del año 1939, a las cinco. Al descender la camilla nos pareció ver al cordero silencioso, cordero marcado por Dios para el sacrificio. Sin una queja, con su acostumbrado semblante sonriente dé paz donde Jesús se reflejaba, la mirada diáfana que destellaba luz del cielo por sus ojos azules de niño, pasó bendiciendo a un grupito de íntimos que allí le aguardaban.

Dentro del Sanatorio se repitió una escena parecida a la de la mañana. Las puertas de la iglesia fueron abiertas y repitió su ofrecimiento y entrega mirando al Sagrario. Después, mientras subía en la camilla las escaleras, comenzó a recitar el Magníficat alternando con los que le acompañábamos. Sobre la cama que le había sido señalada le esperaba un manto de la Santísima Virgen del Pilar que hasta después de muerto le cobijó constantemente, enviado desde Zaragoza por la delicadeza “de unas Marías y sobre todo de la Reina y Madre Inmaculada a la que tanto amaba.”

Un cuadro del Corazón de Jesús había sido colocado en su habitación, en la número 11 del Sanatorio. ¡Con qué ardor le rezábamos al llegar, brazos en cruz, pidiendo la curación del Padre amadísimo y le repetíamos: “Yo creo que tu amor puede curar a nuestro Padre...!”

* * *

Año nuevo, vida nueva... Aquel día primero del año 1940 en Madrid, en su lecho del Sanatorio del Rosario en la calle del Príncipe de Vergara va a tener un glorioso cumplimiento el viejo refrán... ¡Sí, vida nueva! Pronto

cambiaría ésta, que poco a poco se le va apagando, por aquella otra que tiene plenitudes de eternidad...

Sólo lleva una noche en su nueva cruz. Al amanecer del primer día es su fiesta onomástica. Los recuerdos se agolpaban en su corazón deshecho, como oleadas amargas. Sus niños del Polvorín, sus chaverías... su Seminario... ¡aquellos días lejanos del Año Nuevo en los que al gozo de llamarse Enmanuel se unía la alegría de serlo!..

“Enmanuel divino, que yo sea siempre y con todos tu Manuel”... (338).

Aquella mañana en la soledad de su aposento vino el Amigo a saludarlo... ¡comulgó! Era escondido en la Hostia su Enmanuel, el Dios con nosotros...

Por última vez oye la Santa Misa celebrada frente a su lecho... Al acabar ésta siente nostalgias de luz...

—*“Corred las cortinas... ¿No podíais colocarme la cama frente al balcón que yo vea el sol... los árboles... ¡la luz!?”*

Estaba muy molesto, él, tan grueso en aquella camita estrecha del Sanatorio, levantada la cabecera, apenas podía moverse.

Levemente incorporado, agotadas sus fuerzas, lánguida la mirada, se va poco a poco consumiendo como la lámpara de un Sagrario... *“Estoy hecho un ovillo”...*

Ya apenas puede rezar, su plegaria es el abrir penosamente los ojos para clavarlos en el Corazón divino que le está bendiciendo...

Ha entrado una Hermanita. Sorprendida al ver la mudanza del lecho ha puesto cara de extrañeza...

¡No conviene mudar al enfermo! Todo lo que sea moverlo es causarle molestias parecía decir con aquella seriedad forzada de su rostro.

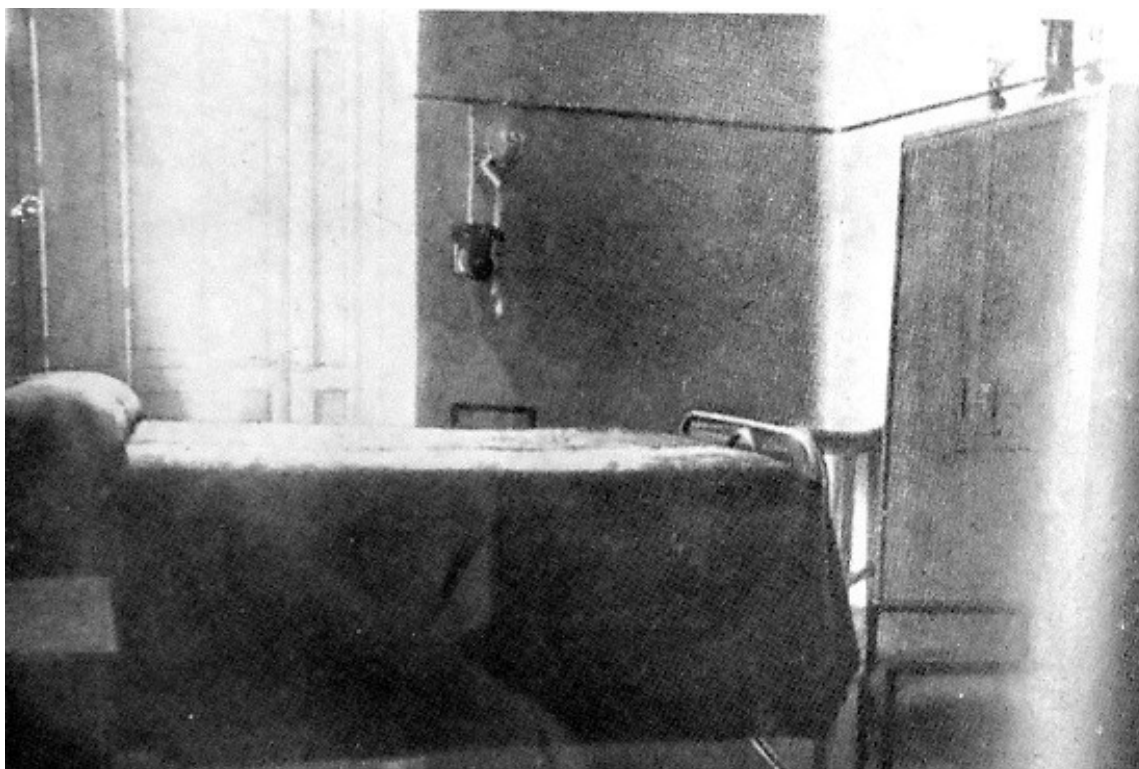
El enfermo, que se ha dado cuenta, la mira y le dice:

—*“Hermanita, somos andaluces, nos gustan las flores y el sol... ¡Eso no es pecado!”*

Por el balcón se asomaban las palmeras del jardín...

* * *

³³⁸ “Mi jaculatoria de hoy” p. XVI, 2.^a ed.



Habitación donde murió en el Sanatorio del Rosario de Madrid

¡Pidió tener también un cuadro de la Santísima Virgen en la habitación; estaba tan acostumbrado a mirar al que tenía de la Inmaculada en su habitación de Palencia, y le decía tanto en aquellas miradas!...

La fiebre se sostenía y comenzó a subir; la infección aumentaba, el corazón empezó a flaquear de nuevo... La enfermedad se agravaba por momentos; les médicos vieron la imposibilidad de someterlo a la probable operación que habían aconsejado.

Aquella tarde recibió la visita del Sr. Obispo de Madrid.

El día 2 continuó aumentando la gravedad, pero aun se conservaban algunas esperanzas de que pudiera salvarse aquella crisis. El día 3 se perdieron todas las esperanzas humanas.

Con la lengua completamente seca, resquebrajada, síntoma terrible de su enfermedad, la boca entreabierta y la respiración anhelante ¡cómo se asemejaba a Jesús crucificado! Nunca se nos olvidará aquella expresión de víctima, aquellas miradas tan expresivas al cuadro del Corazón de Jesús... Su silencio se iba haciendo cada vez más profundo; las pocas palabras que pronunciaba iban siendo más borrosas; sin embargo, por la tarde pareció rehacerse un poco. Al medio día dirigió con toda claridad el rezo del Angelus. Algo más tarde mandó salir a los que estaban con él y se confesó con lucidez.

Su Capellán le sugería de vez en cuando jaculatorias a las que él asentía... Poco antes de oscurecer, le dijo: Señor Obispo, ¡qué bueno es Jesús! y contestó: “*Muy bueno*” y añadió: “*Magnificat*”.

No comprendimos al pronto lo que quería indicar con esto y volvió a repetir: “*Magnificat*”. Entonces comenzamos a recitar el cántico de la Santísima Virgen, diciendo él un verso y contestándole nosotros el siguiente sin que fuese necesario apuntarle nada. Terminó con el Gloria Patri. Esto fue lo último que habló claramente.

LA VIRGEN DE LA ALEGRÍA

Movía la lengua reseca pero ya durante la noche del 3 al 4 no podía hablar. Sólo sonreía alguna vez cuando se le hablaba. Era una viva imagen de Jesús callado y paciente de la Hostia.

En la madrugada del día 4 aumentó la gravedad; el corazón decaía por momentos, la fiebre subía a cuarenta grados, el sudor era incesante. A eso de las cinco de la mañana le llevó el Capellán la Sagrada Comunión que, a pesar de su dificultad para tragar, pudo recibir por última vez.

Apenas había comulgado, sin que nadie se lo indicara y sin que lo esperásemos, levanta su brazo derecho, que tantas veces levantó para bendecir muchedumbres, y dio su última bendición...

Bendición de un moribundo que se despedía de los suyos...
Bendición de una víctima de amor en su cruz.

La respiración era cada vez más dificultosa, el pulso apenas se le encontraba, el corazón ya no respondía...

Próximamente a las once llegó de Sevilla su hermano: lo conoció, le sonrió mucho, quería hablarle..., pero no podía.

Poco después entró a verle el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad Mons. Cicognani, profundamente impresionado; también le reconoció; intentó mostrarle su gratitud pronunciando dificultosamente:

“*¡Qué bueno...!*” y le sonrió, pero no pudo mas...

* * *

Era ya la hostia callada del sacrificio..., por fuera no se oía su palabra interior...

Ya no tenía nada que hablar con los hombres, el Amigo le hablaba en silencio y un silencio misterioso de Sagrario envolvía los despojos de aquella vida pronta a consumirse...

Su hermano se acerca a él, trae en sus manos una estampa de la Virgen de la Alegría... Aquella sevillanísima Virgen de su Parroquia de San Bartolomé, donde él recibió las aguas de su Bautismo.

Es Ella, la misma a la que tantas veces rezó cuando niño... estrecha la cintura, como la vara de un nardo, dulces los ojos que al mirar consuelan, cubierto el cuerpo virginal con la gracia de aquel manto prendido en graciosos pliegues de la virginal cabeza, su Niño en brazos... ¡La Virgen de la Alegría!

“Manolo, mírala —le dice—, esta mañana delante de su altar se está diciendo por ti una Misa...”

Volvió a sonreír de nuevo... la besó con cariño... y entornó los ojos... para abrirlos de nuevo... ¿Le traería aquella Virgencita blanca y bella el anuncio de la Gran Alegría...?

LA ÚLTIMA BENDICIÓN

Su mirada era muy expresiva como si quisiera hablar con los ojos, que tenía clavados en su hermana, llenos de paz.

“Sr. Obispo, una bendición para la Diócesis, para la Obra, para Nazaret” —le suplicó D. Fernando, sugiriéndole jaculatorias y haciéndole después la recomendación del alma.

No daba muestras de oír; tenía los ojos abiertos y no se notaba señal de lucha ni inquietud de espíritu.

Una leve contracción y el vómito de la sangre que ya sus pulmones no admitían fue la señal de partida.

Al dar la una de la tarde su alma volaba a las manos de Dios.

* * *

Había muerto en la capital y centro de España el Obispo del Sagrario abandonado, después de haber cumplido su programa: *“Ser el Obispo de los consuelos para dos grandes desconsolados: El Sagrario y el pueblo...”*

Consummatum est.

Era el primer Jueves Sacerdotal y víspera del primer Viernes del año 1940, XIX centenario de la venida a España de la Virgen del Pilar.

Había terminado de vivir su Misa...

¡Hostia por Hostia!

Las campanas madrileñas doblaban a muerto... en el cielo los Angeles... ¿no repicarían a gloria...?

III

Buscando un Sagrario para el último sueño

La voz del locutor de Radio Nacional lanza sobre las ondas este dolorido mensaje que voló por el mundo:

“En este momento llega a nosotros la triste noticia de que en el Sanatorio del Rosario acaba de morir el Excmo. Sr. Obispo de Palencia.”

España entera se conmovió el oírlo...

Acababa de expirar el Obispo mártir, el apóstol de la Eucaristía... Acababa de dar sus últimas palpitaciones aquel gran corazón...

Se ocultaba ya a nuestras miradas, pero dejaba detrás de sí su barquilla, al arribar a las playas eternas, una estela tan llena de luz, que su muerte no se sabía si era un ocaso o una aurora.

Luz del Evangelio, del Sagrario y del Calvario, cuyos destellos se escapaban de las páginas de sus libros para iluminar las almas.

¡Luz!, ¡luz!, eran los últimos gritos de su vida; tenía hambre de ella y para saciarla rompió ya los velos del Sagrario... quería engolfarse en el Océano de Luz de la Eterna Visión...

Luz sobre el candelero... Le halló el Amigo con la lámpara encendida, vigilantes los ojos en la ansiada espera; llegó el Esposo y se ha entrado con El en el Banquete de las Bodas.

No era para él este grito desgarrador de Paúl Claudel, del gran poeta cristiano de Francia: “los que tenéis la luz ¿qué hacéis con ella, si el mundo está en tinieblas?...”

Hizo de su vida luz y no apagó la mecha, ni escondió la llama debajo del celemín... La levantó en sus manos, sin desfallecer, bien alta para que a todas las regiones de la tierra llegara su blanco resplandor de Eucaristía...

¡Quince talenta!: ¡Ay!, ¡con qué sabor amargo meditaba en sus últimos días esa inquietante parábola...! No, no temas, cuando hayas llegado ante el trono del Cordero y te haya mirado las manos, no sólo encontrará en ella los otros cinco talentos de tu fiel correspondencia, ¡sino

algo más! Al ver tu cuerpo deshecho como si acabaras de descolgarle de tu cruz, El se fe quedará mirando con una dulce mirada complacida...

“Aquí estoy”, traigo en mi cuerpo y en mi alma las llagas de mi Señor Jesucristo, podrás decirle con San Pablo. Soy... ¡otro cordero de Dios...!

La respuesta del Cordero divino no se dejaría esperar... “¡Entra en el gozo de tu Señor!” y entonces ya no gritarás: ¡Luz!, ¡luz! ¡Ya es tuya para siempre la Luz Eterna!

Expiraba a la una de la tarde en una clínica madrileña a los 62 años de edad, en la misma hora en que en la iglesia de San Francisco de Palencia se terminaba un fervoroso Via-Crucis implorando del Cielo su salud...

De seis a siete de la tarde se anunciaba también una Hora Santa en el mismo templo... Sus queridos hijos de la noble Castilla, los últimos en conocerle, y los primeros en amarle, no querían resignarse a que Dios se lo arrebatara tan pronto.

Ya está muerto en su ataúd... Una sotana negra y el fajín encarnado, cruzadas las manos sobre el pecho, ligeramente inclinada hacia el lado derecho la cabeza, parece entregado a un plácido sueño.

Fruncidos levemente los labios se ha quedado en ellos la dulce sonrisa con que saludó a la muerte...

Delante de su cadáver van desfilando muchedumbres de fieles que le besan las manos y pasan por su rostro estampas y rosarios...

¡Era un santo! ¡Era un santo! No se oía más que este grito entrecortado por las lágrimas...

De Palencia han llegado comisiones del Clero, del Cabildo y de las autoridades civiles. Aquel mensaje de la radio ha vestido de luto a toda España.

¡Eran tantos los que le amaban! Por allí han desfilado el excelentísimo Sr. Nuncio de S. S. que reza hondamente conmovido, el Sr. Vicario de la Diócesis de Madrid-Alcalá en representación de su Obispo ausente, sacerdotes, religiosas, Marías, seglares y niños...

EL ANGEL DEL DOLOR

Durante toda la noche prosigue aquel interminable desfile ante su cadáver.

Allí esté después velándolo, como el símbolo de su Palencia querida, el Gobernador de la misma (³³⁹), que hasta en la hora de la muerte, quiso prestarle el último servicio de amortajarlo.

Allí estaban sus hermanos Antonia y Francisco y su sobrina sin separarse de aquellos restos queridos... allí estaban algunos sacerdotes de Málaga, entre ellos su inolvidable D. Pablo...

Chisporroteaban los cirios, caían las lágrimas, sólo se oía en aquel impresionante silencio un rumor de rezos continuos y sollozos y un incesante pesar por su rostro y manos los labios para besarlos y los rosarios y las estampas y hasta los pequeños llaveros para santificarlos al contacto de aquellos despojos...

Al amanecer comienzan las Misas que terminen con la que celebra el Sr. Nuncio ante su cadáver...

Se procede a preparar el cuerpo... se agolpan sobre el féretro los Sacerdotes para guardar como recuerdo pequeños trozos de su fajín.

Y entonces ocurre esta preciosa escena digna del pincel murillesco que tantas veces se recreó extasiado pintando caritas de niños con luces de aurora y blancuras de nardo...

Era un pequeñín, apenas se levantaba del suelo... Cruzados los bracitos sobre el pecho, inclinaba la cabeza, clavados los ojos inocentes en el ataúd. Oe vez en cuando desgranaba, como las cuentas de un blanco rosario, unas lágrimas sobre el Obispo muerto...

Al amanecer se colocó allí y nadie le usurpó su puesto...

Parecía tristón y pensativo, un angelito de aquellos que el cincel de Salzillo esculpiera para el paso de maravillas de su Dolorosa...

Por todos los niños de España, él firme y sereno le montaba la guardia y le estaba llorando.

Todos le miran conmovidos, ¿qué buscará allí tan quietecito y tan en silencio?

El Gobernador de Palencia, interpretando los deseos del inocente pequeñuelo, se inclina sobre el cadáver, corta un manojito de flecos del fajín episcopal y entregándoselo al niño, le dice emocionado.

—Tómalos, estos para ti... ¡te los tienes merecidos...!

Y el niño, apretando con sus manecitas aquel tesoro, salió de prisa de la capilla ardiente, sin que nadie supiera más de él...

³³⁹ Excmo. Sr. D. Fernando Martí Alvaro.

¿Cómo se llamaba?, ¿quién era?, ¿dónde vivía? Nadie logró enterarse... Un niño... ¡Los niños de España estaban de luto!, habían perdido al Obispo que acariciaba a los niños, que jugaba con ellos, que se hacía niño porque de ellos era el reino de los Cielos y él no lo quería perder...

Moría el que pasó la vida “partiendo el pan a los pequeñuelos”, el que empleó sus horas en sembrar en sus almas inocentes “granitos de mostaza” del Evangelio hecho vida, el que poniéndole un trono regio a la Gracia del cielo y de la tiene en la educación, supo enseñar jugando, y supo santificar riendo...

Los niños de España estaban de luto... *“¡Qué pena me da de los niñas!, decía en los tiempos del laicismo oficial de la República. ¡Cuánto se les está envenenando...! ¡No hay en el mundo piedras de molino suficientes para colgarlas al cuello de tantos profanadores de la inocencia y arrojarlos al mar...!”*

Moría aquel que escribió un día con las lágrimas de sus ojos y la sangre de su corazón desgarrado ante la perversidad de los maestros y padres Herodes de las almas inocentes, esta página que vibra de incontenible emoción dolorosa:

“Cuántas veces ante cuadros y escenas de hijos, hijas y discípulos ingenuos como palomas, puros como ángeles, entre las garras de padres ebrios, lascivos, blasfemos, de madres depravadas o de maestros degenerados, cuántas veces, repito, me he quejado cariñosamente al Padre que está en los cielos! Tú, que te recreas tanto en la inocencia y el candor de los pequeñuelos ¿por qué permites tanto poder destructor en las garras de los milanos y tanta indefensión en la blancura de las víctimas?” ⁽³⁴⁰⁾.

LA SEGUNDA ENTRADA

Se acabaron los funerales... Hay que llevarlo a Palencia, allí le están abriendo la fosa al pie del Sagrario... El pueblo palentino reclama impaciente su cadáver...

A desandar lo andado... Otra vez por el mismo camino que marchó vuelve, pero ahora frío... mudo... muerto...

³⁴⁰ “La Gracia en la Educación”, p. 168, 3.^a ed.

En la caja de zinc soldada, con un cristal cubierta para que pudieran verlo por última vez sus hijos... Le han envuelto en un blanco sudario para que se parezca más al Maestro sobre la losa del Sepulcro... Así cubierto con la sábana parece un Sagrario bajo la albura de su conopeo... Pero un Sagrario vacío, su alma —la hostia— voló del altar al Cielo...

En la capital de España siguen doblando con un son lastimero las campanas...

Otra vez en los campos de Castilla...

En la mañana fría de aquel 5 de enero el furgón automóvil que portaba el cadáver se perdía lentamente por aquellos caminos solitarios...

Tierras de Valladolid... llanuras pardas y tristonas como el “sayal de un monje... pueblecitos de color terroso agazapados en la tierra como si no tuvieran otra señal de vida que sus torres y sus campanarios... Una llovizna pegajosa empaña los ojos... hay un frío intenso que penetra las carnes y azota los rostros...

Se dina que al apagarse aquel corazón de fuego, la tierra castellana se está muriendo de frío...Cabezón de Pisuerga... ya estamos en tierras de Palencia, ya está el Obispo muerto en su casa...

Allí en la carretera del pueblo, nutridos grupos de representaciones oficiales han estado esperando la llegada del fúnebre cortejo... vienen impacientes a tomar posesión de aquel cadáver que es suyo, ¡de Palencia!

En Dueñas, Calabazanos, Villamuriel... salen al camino Clero y pueblo para rezar llorando... Si alguien le perdiera el paso podría sacar el rastro de su camino por el reguero de lágrimas que va quedando atrás...

Se estremecen los vientos de Castilla con el pausado son de las campanas; se diría que hasta el aire le llora...

Al límite de) término municipal le aguarda el Ayuntamiento con su Capellán...

Un alto en el camino: besos, lágrimas sobre el ataúd... un responso.

Aquel es el pésame oficial de la ciudad... Media hora después la entrada, la segunda entrada triunfal en la ciudad querida...

Palencia llora... primer Viernes del primer mes del año; son las cuatro de la tarde, el fúnebre tañido de todas las campanas anuncian la llegada del cortejo...

El pueblo invade las calles, todos quieren verlo, todos quieren besarlo, todos quieren tocar aquel arcón de caoba que encierra los restos mortales del Padre querido.

Un 12 de octubre, no muy lejano, la ciudad le recibió con júbilo; todo era alegría y cánticos y flores; el único que lloraba era él... ¡pero de gozo!

Hoy todo se ha cambiado: el pueblo es el mismo, pobres, ricos, niños, ancianos, todos, porque de todos era el padre; pero nadie ríe, no se ven más que lágrimas ni se oyen más que responsos y las campanas que sollozan doblando...

Ahora él no entra llorando, es el único que en medio de tanto dolor quizás sonríe... ¡desde el Cielo...!

Calle Mayor arriba, entre aquel caudaloso y desbordado río, por la Plaza de San Pablo... por última vez a la Capilla de su Palacio...

Muerto ya, quiere despedirse de su Sagrario...

* * *

Allí sigue Jesús... todavía flota en el ámbito de aquella Capilla su saludo de despedida. Ahora, cuando regresa muerto, en un ataúd menos frío y menos pobre que muchos Sagrarios ¿qué saludo le dirá al entrar?

Todo está igual; la lámpara encendida, los cirios en el altar... pero Jesús cuando lo ve delante descolorido y yerto... ¿no se habrá echado a llorar, si posible fuera, como un día lo hizo ante el sepulcro de su amigo Lázaro?..

No, ¡al contrario!, sonreiría de gozo dentro de su Copón...

Ahora era más suyo que nunca, ¡era más hostia!

Al pie de su Sagrario han dejado el féretro... Parece que en un esfuerzo supremo, aun después de muerto rinde a su Señor en silencio, su saludo de llegada...

“Corazón de mi Jesús, te quiero tanto, que si pudiera amarte eternamente sin gozar del Cielo, prefiero aquello a esto” ⁽³⁴¹⁾.

Sobre el túmulo cae un rocío de agua bendita y las notas graves y pausadas de un responso.

El Sr. Arzobispo de Valladolid, el antiguo penitenciario de Málaga cuando D. Manuel era Obispo, levanta su voz emocionado.

³⁴¹ “Mi jaculatoria de hoy”, p. 91, 5.ª ed.

Y, no sin antes dejar escapar las lágrimas, que se empujan unas a otras en sus ojos, exclama rompiendo la angustia de aquel dolorido silencio:

—Y ahora, como si él estuviera presente, digamos lo que él diría: Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar...

Padre nuestro... Se oía un sordo murmullo de rezos... El Sr. Arzobispo acentúa el “hágase tu voluntad”... con un gesto afligido de aceptación resignada.

¡Era tan doloroso perderlo cuando aún podía hacer tanto por la gloria de Dios y por el bien de las almas!...

Y llegó la noche... Nadie se apartaba del féretro, todos oraban, todos pasaban besando por el cristal aquel rostro y tocando a la caja, sus medallas y sus rosarios...

Las madres levantaban a los niños pequeñitos en sus brazos y los inclinaban sobre el ataúd para que besaran a su Obispo.

Era el tributo inocente de aquellos pequeñines que él tanto amó...

Miraban la caja con sus caritas compungidas y no acertaban a separarse...

No se cansan, unos entran, otros salen, no les impresiona el cadáver ni los rezos, están quietecitos y callados, sin atreverse a mover los labios, no sea que el Padre dormido se despierte...

Allí está sobre el negro túmulo encerrado en la caja... ahora se han trocado los papeles: Jesús es el que vela y su amado es el que duerme...

Aquello del cantar “tú duermes pero mi amor, mi corazón, está en vela...”

¡Cómo se conmueven nuestras almas contemplando muerto delante de su Sagrario al que cuando vivía se pasaba horas y horas conversando con el Jesús allí escondido!

* * *

RESPONSOS SOBRE SU CADÁVER

Amaneció... Al alba de aquel día de Reyes comienzan junto “1 cadáver las Misas... ¡qué día de Reyes tan triste! La ciudad está muda, los niños no juegan, están todos de luto; ni fiestas, ni comercio, ni cabalgatas, todo se ha suspendido ante el Obispo muerto...

A las tres de la tarde hay una profesión religiosa ante aquel féretro, cosa en verdad extraña y altamente impresionante.

Don Fernando Díaz de Gelo, el queridísimo Capellán del Obispo difunto, recibe ante el cadáver venerado la Profesión perpetua de nueve Hermanas Marías Nazarenas. Una de ellas es la hermana del Prelado, y otra su sobrina...

No pueden contener el llanto. De rodillas, muy cerquita de aquel ataúd donde el Padre muerto las contempla complacido, le van a traer su regalo de Reyes: los nueve anillos de oro de su fidelidad hasta la muerte al Abandonado del Sagrario.

La ceremonia sencilla y emotiva, tiene un eco lejano de primitiva catacumba.

¿Prometéis al Corazón de Jesús Sacramentado la fiel perseverancia en vuestra vida de Marías Nazarenas, hasta la muerte?

—Lo prometemos con toda la sinceridad de nuestras almas, para reparar y agradecer *hasta el fin* el amor sin fin del Sagrario.

* * *

Las Hermanas Marías Nazarenas ya tienen anillos de desposadas, han firmado el acta de sus desposorios con el Divino abandonado del Sagrario en presencia de El y delante del cadáver de su Padre muerto... ¡qué fuerza inquebrantable la de aquel juramento!

Aunque él había cerrado los ojos, quedaban allí ellas, sus hijas, con el mismo anhelo y el mismo ideal. No se llevó la semilla de la reparación eucarística el viento del olvido, ni cayó sobre el pedregal; la ha recibido una buena tierra regada con lágrimas a la sombra de un cadáver, y dará fruto... ¡El ciento por uno de la parábola evangélica!

Ellas, escondidas como hostias calladas y raíces ocultas en el retiro silencioso de su Nazaret, tendrán por lema: “vivir, trabajar, padecer y morir” por la reparación del abandono de Jesús Sacramentado; gastarán su vida “en servicio de El y de las almas por El.”

Otra noche velando el cadáver... Después, el entierro...

Domingo, día del Señor, si no se vieran tantas lágrimas, al ver aquel cortejo silencioso que se encaminaba hacia la Catedral... se hubiera venido a la mente el recuerdo de aquel otro Domingo triunfal, el de las palmas y los ramos...

Pero no; de aquel inmenso gentío, no se escapa un grito, una palabra alta, parece que en aquellos días, sobre la ciudad se ha dormido el silencio...

Van en la comitiva Obispos, dignidades, canónigos, el Clero... las autoridades civiles y militares... todo el pueblo que de esta manera le rinde emocionado su último homenaje... (³⁴²).

La caja va a hombros de los Hermanos de la Cofradía Penitencial de la Santa Cruz unas veces y otras lo llevan los obreros del Sindicato Católico...

Gozoso va sobre los hombros de los humildes aquel que un día ostentó públicamente como su mayor timbre de gloria el ser hijo “de un modesto carpintero.”

Por última vez pasea por las calles de la ciudad querida...

Plaza de Santa Marina... calle Mayor... Jorge Manrique... Juan de Castillo... Plaza de la Catedral...

Bajo las amplias naves, la grave salmodia de las exequias, los funerales y el descanso en la tumba a los pies del Sagrario... Bajo la luz perenne de aquella lamparilla, símbolo el más bello de su alma, en tensa vigilia de amor a los pies de su Dios Escondido...

EN LA CAPILLA DEL SACRAMENTO

Han abierto una fosa profunda, dentro de la verja, el ataúd ha quedado en el fondo... Los últimos responsos, las últimas plegarias de la Iglesia...

Alrededor de la Capilla, encaramado sobre las bases de las pilastras para ver mejor, agolpado sobre los hierros de la verja, el pueblo palentino que rebosa en las naves le da llorando su postrer adiós... Junto a la fosa abierta sus hermanos, sin poder contener las lágrimas oran en silencio. A los pies de la tumba, como esos lebreles de piedra de los sepulcros góticos que duermen sueños de siglos sobre la tumba amada sin acertar nunca a separarse del caballero muerto, su Capellán, mudo y frío como si le faltara el calor de su vida, está junto al sepulcro de rodillas sin despegar del ataúd los ojos...

³⁴² Asistieron al entierro los Prelados de Valladolid, Excmo. y Reverendísimo Sr. D. Antonio García; de Calahorra, Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fidel G. Martínez; de León, Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Carmelo Ballester y Administrador Apostólico de Vitoria, Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Javier Lauzurica, que le sucedió en la diócesis de Palencia.

Pobre D. Fernando, ¿qué será de ti?

¿Podrás ya vivir sin aquel que compartió contigo todos sus dolores, y todas sus alegrías y puso en tus manos su alma, arrodillado todas las semanas a tus pies, en la humilde confesión de sus pecados?

Pobre D. Fernando, se diría que desde aquella hora ya no vive en la tierra... pasa por ella como un ausente, como si anduviera buscando el alma que se le ha perdido.

“El Sr. Obispo me llama, me llama...” Será desde aquel día su esperanzada ilusión y... ¡no tardará mucho en emprender su camino detrás de aquella llamada! ⁽³⁴³⁾.

El S. Arzobispo de Valladolid, que ha celebrado la Misa de funeral, inicia la última plegaria... se va a cerrar la tumba...

Digamos esta jaculatoria que él tanto repetía: “Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confiamos.” Y las muchedumbres que invaden el templo rompen aquel silencio esponjado de lágrimas y claman a una voz:

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confiamos!

Suena sobre la caja el golpe del primer puñado de tierra... ya no se ve e ataúd... ya quedó la semilla en el surco, dormida junto el sembrador, esperando la hora de su resurrección.

Debajo de la tierra bendita sus huesos parece que siguen clamando: *“Yo quiero ser grano muerto en el surco, que el abandono abrió delante de tu Calvario-Altar y de tu Altar-Calvario... Esa es toda la lección que Tú me enseñas y que yo debo aprender para ser semilla de tu compañía.”*

Sobre la tierra removida de la fosa la cruz de flores que le ofrenda la ciudad...

Los niños rodean la tumba... ¡nadie se atreve a separarlos de allí...!

La luz de la lámpara del Sagrario está iluminando sus restos... “Yo soy la resurrección y la vida...” (Jn. 11, 25). “El que coma este pan vivirá eternamente...” (Jn. 6, 59).

En aquella Capilla del Sacramento, junto a los sepulcros de Doña Inés de Osorio y de Doña Urraca, la reina de Castilla y de Navarra, bajo aquel maravilloso arco de caireles donde campea el escudo del Obispo D. Sancho... En una losa blanca y sencilla, como los corporales tendidos sobre la piedra del altar, han grabado el epitafio que él mismo escribió...

³⁴³ Sin poder ya vivir, amargamente afectado por la muerte del señor Obispo, murió el 17 de junio de 1941.

“PIDO SER ENTERRADO JUNTO
A UN SAGRARIO, PARA QUE MIS
HUESOS, DESPUES DE MUERTO,
COMO MI LENGUA Y MI PLUMA
EN VIDA, ESTEN SIEMPRE
DICIENDO A LOS QUE PASAN:
¡AHÍ ESTA JESUS! ¡AHÍ ESTA!
¡NO DEJADLO ABANDONADO!
MADRE INMACULADA, SAN JUAN,
SANTAS MARIAS, LLEVAD MI
ALMA A LA COMPAÑÍA ETERNA
DEL CORAZON DE JESUS EN
EL CIELO”

Frente al sepulcro, en uno de los tableros del altar, hay un bajo relieve de la Cena Eucarística... Judas sostiene en sus manos el pedazo del Pan... otro de los discípulos levanta a sus labios el cáliz...

La lámpara del Sagrario en su palidez temblorosa... sigue de día y de noche iluminando con una misma luz al Amor escondido y la presencia fiel del amigo muerto...

* * *



**Sagrario de la Catedral de Palencia, a cuya
sombra espera su cuerpo la resurrección**

Epílogo

He terminado mi tarea. Tú te mereces más, pero ni me ha sobrado el tiempo, ni lo sé hacer mejor... Vengo a despedirme de ti, me postro en tierra, y beso la losa de tu sepultura...

Y me acuerdo de mi ciudad querida y se me nublan los ojos y se me escapan las lágrimas...

Málaga puso en tu cáliz las uvas para el vino de tu sacrificio, Palencia te dio sus granadas espigas para la blanca hostia de tu patena...

Y yo... el que tú tanto amabas, te ofrezco las páginas que he escrito en este libro de tu vida...

Para desagraviarte he venido desde mis tierras andaluzas a emplear en escribirlas las horas más gozosas de mi juventud...

Tu cáliz lo has apurado solo... mas por si acaso quedaran en el fondo de su copa algunas gotas de hiel, te ofrece mí pobre pluma las páginas que he escrito en este libro de tu vida, pequeñas y leves, como el pedacito de tela blanca de un purificador...

Tendido a la sombra del Sagrario, tus ojos se han quedado mirando hacia la berra bendita que te vio nacer.

No olvides... que en Málaga tú sabes que hay muchos, muchos que te aman.

No sólo Castilla te ha dado la blanca harina para el Pan de tu altar... Sobre los montes de la ciudad andaluza está tu Seminario como un copón rebosando hostias...

Se te arrasaban los ojos al ver a tus niños de ayer, convertidos hoy en los Sacerdotes hostias con que tú soñabas... ¿Para qué quieres más?

Palencia, 14 de septiembre de 1948, — Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

J. CAMPOS, Pbro.



Su hermana Rvdma. M. M.ª Antonia, cofundadora con él de la Congregación de las HH Marías Nazarenas y su primera Superiora General



Las HH. Marías Nazarenas en su vida de oración y apostolado

HOY

Misioneras Eucarísticas de Nazaret

(Las fotos siguientes han sido añadidas por el editor)



Asistentes al XI Capítulo General de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret
Palencia, mayo de 2012





APÉNDICES

Apéndice núm. 1

PARTIDA DE BAUTISMO

El infrascrito Cura Propio de la Parroquia de San Bartolomé y San Esteban de esta ciudad.

Certifico: *Que al folio ochenta y siete del libro catorce de bautismos se encuentra sin nota marginal la siguiente:*

Partida: *En la ciudad de Sevilla capital de su provincia y Arzobispado, el veintiocho de Febrero de mil ochocientos setenta y siete: Yo Don Eduardo Gordillo, Presbítero, Coadjutor de la Parroquia de San Esteban con licencia del señor Cura de esta Iglesia Parroquial de San Bartolomé, bauticé solemnemente en ella a Manuel Jesús de la Purísima Concepción, Antonio Félix de la Santísima Trinidad, que nació a las cinco de la mañana del día veinticinco del corriente en la calle del Vidrio, número veintidós, hijo legítimo según manifestaron de Martín González y Lara, carpintero y de Antonia García y Pérez: Abuelos paternos Jerónimo y Francisca, maternos Juan y Antonia; fueron los padrinos, Manuel Caamuñas y Artacho, y su mujer Dolores González y Lara, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones que contrajeron. Todos naturales de Antequera = Málaga=. Y en fe de ello lo firmo con dicho Sr. Cura, fecha ut supra=Licdo. cura Tello-Eduardo Gordillo.-Rubricado=*

Manuel,
hijo de
Martín González
y de
Antonia García

Es copia literal de su original de que certifico. Sevilla a quince de febrero de mil novecientos cuarenta=

DR. MANUEL CORTÉS

Hay un sello.

Apéndice núm. 2

CERTIFICADO DE ESTUDIOS DE D. MANUEL GONZALEZ GARCIA
SEMINARIO GENERAL Y PONTIFICIO DE SEVILLA

Cursos académicos	AÑOS	ASIGNATURAS	CALIFICACIONES OBTENIDAS	
			Ordinarios	Exámenes Extraordinarios
1889-90	1.º	Latín (curso 1.º)	Meritissimus	En oposición Accessit 1.º
»	»	Geografía	Meritissimus	
»	»	Historia Sagrada	Meritissimus	
90-91	2.º	Latín (curso 2.º)	Meritissimus	En oposición 2.º premio
»	»	Historia de España	Meritissimus	
91-92	3.º	Latín (curso 3.º)	Meritissimus	En oposición Accessit 1.º
»	»	Retórica y Poética	Meritissimus	
»	»	Historia Universal	Meritissimus	
»	»	Aritmética y Algebra	Meritissimus	
92-93	4.º	Latín (curso 4.º)	Meritissimus	En oposición premio 1.º
»	»	Psicología, Lógica y Ética	Meritissimus	
»	»	Geometría y Trigonometría	Meritissimus	
93-94	5.º	Física y Química	Meritissimus	En oposición premio 1.º
»	»	Historia Natural	Meritissimus	
»	»	Francés	Meritissimus	
94-95	6.º	Metafísica e Historia de la Filosofía	Meritissimus	En oposición premio 1.º
»	»	Griego	Meritissimus	
95-96	7.º	Fundamentos de Religión y Lugares Teológicos	Meritissimus	En oposición premio 1.º
»	»	Historia Eclesiástica (curso 1.º)	Meritissimus	
»	»	Hebreo	Meritissimus	
96-97	8.º	Teología Dogmática (curso 1.º)	Meritissimus	En oposición premio

Apéndice núm. 3

Cursos académicos	AÑOS	ASIGNATURAS	CALIFICACIONES OBTENIDAS	
			Ordinarios	Exámenes Extraordinarios
"	"	Historia Eclesiástica (curso 2.º)	Meritissimus	
"	"	Arqueología Cristiana	Meritissimus	
97-98	9.º	Teología Dogmática (curso 1.º, nuevo plan)	Meritissimus	En oposición premio
"	"	Teología Moral (curso 1.º)	Meritissimus	
98-99	10.º	Teología Dogmática (curso 2.º)	Meritissimus	En oposición premio 1.º
"	"	Teología Moral (curso 2.º)	Meritissimus	
99-900	11.º	Teología Dogmática (curso 3.º)	Meritissimus	En oposición 2.º premio
"	"	Sda. Escritura (parte teórica).	Meritissimus	
"	"	Instituciones Canónicas (curso 1.º)	Meritissimus	
"	"	Sagrada Liturgia	Meritissimus	
"	"	Teología Pastoral	Meritissimus	
900-901	12.º	Cuestiones Selectas	Meritissimus	En oposición premio 1.º
"	"	Sda. Escritura (parte práctica)	Meritissimus	
"	"	Instituciones Canónicas (curso 2.º)	Meritissimus	
"	"	Patrología y Oratoria Sagrada.	Meritissimus	
"	"	Sagrada Liturgia	Meritissimus	
"	"	Teología Pastoral	Meritissimus	
901-902	13.º	Instituciones de Derecho Canónico Público y privado con Nociones de Derecho Civil y de Gentes	Meritissimus	
902-903	14.º	Decretales con las principales cuestiones de Derecho Romano y Patrio; de Derecho Penal y de Procedimientos Eclesiásticos (curso 1.º)	Meritissimus	
903-904	15.º	Decretales con las principales cuestiones de Derecho Romano y Patrio; de Derecho Penal y de Procedimientos Eclesiásticos (curso 2.º)	Meritissimus	

Item: que en los días dieciocho y diecinueve de Septiembre de mil novecientos tres practicó los ejercicios literarios para obtener el Grado de Bachiller en la Facultad de Derecho Canónico. Fue aprobado "Nemine discrepante" y en el último de los expresados días se le confirió dicho Grado.

Item: que en los días veintiuno, veintidós y veintitrés del mismo mes y año practicó los ejercicios literarios para obtener el Grado de Licenciado

en la misma Facultad. Fue aprobado “Nemine discrepante” y en el último de los expresados días se le confirió dicho Grado.

Item: que en los días veinticinco y veintiséis de Septiembre de mil novecientos practicó ejercicios literarios para obtener el Grado de Bachiller en la Facultad de Sda. Teología. Fue aprobado “Nemine discrepante” y el día veintisiete del mismo mes y año se le confirió dicho Grado.

Item: que en los días veintisiete, veintiocho y veintinueve del expresado mes y año practicó los ejercicios literarios para obtener el Grado de Licenciado en la misma Facultad. Fue aprobado “Nemine discrepante” y en el último de los expresados días se le confirió dicho Grado.

Item: que en los días tres y cinco de julio del año mil novecientos uno practicó los ejercicios literarios para obtener el Grado de Doctor en la misma Facultad. Fue aprobado “Nemine discrepante” y en el último de los expresados días se le confirió dicho Grado.

Así resulta de los libros de asiento y actas que obran en esta Secretaría de mi cargo a que me remito. Y para que conste expido la presente, a instancia del interesado, visada por el Muy I. Sr. Rector del Seminario y sellada con el mayor de este Seminario en Sevilla a veinte y tres de Enero de mil novecientos cuarenta.

V.º B.º

Dr. Francisco I. Marín, Pbro.

El Secretario Gral. de Estudios

Dr. Jerónimo Moro

Reg. al fol. 138 del libro 2.º

Apéndice núm. 4.

EL GRAN PRIVILEGIO

Beatísimo Padre:

Manuel González y García, Arcipreste de Huelva, Archidiócesis de Sevilla, postrado a los pies de V. S. humildemente expone: que para tratar de remediar el abandono en que yacen muchísimos Sagrarios, que recuerda el Calvario, fundó en marzo de 1910, la Obra de las Tres Marías para las mujeres y de los Discípulos de San Juan para los hombres, los cuales se dedican con todo ahínco y por todos los medios que su celo les dicta a acompañar y buscar compañía ni Sagrario abandonado que a cada uno se le señala. De tal modo ha sido bendecida esta Obra por el Corazón Eucarístico de Jesús, que ha obtenido la aprobación de casi todos los Rvdmos. Prelados de España y no pocos de Portugal y América. Cuenta con 27 Centros Diocesanos y van extendidas unas treinta mil patentes de agregación, abundando los frutos de frecuencia de Sacramentos y renovación cristiana de los pueblos.

Como estímulo poderoso y como delicada y agradecida correspondencia del Corazón Eucarístico de Jesús a los que aun a costa de sacrificios, le acompañan y consuelan abandonado y pobre, el Orador suplica a V. S. se digne facultar a los Rvdmos. Ordinarios de la Diócesis en que esté establecida o se estableciese dicha Obra, para que la Santa Misa, en Altar portátil, a los socios o socias enfermos, bajo su arbitrio permitan a los Directores y otros Sacerdotes decir la en las condiciones siguientes:

1.º Que el enfermo comulgue en la misma Misa; 2.º que conste al Director que estando sano, ha cumplido su oficio y comulgado frecuentemente; 3.º que se atienda a la decencia del lugar y 4.º que no se perjudique el derecho del Párroco respecto a los últimos Sacramentos...

Gracia...

Recomendamos encarecidamente estas preces, porque conocemos a fondo la Obra de que se trata y frecuentemente hemos tenido ocasión de tocar los abundantes frutos que de ella brotan en nuestra diócesis como en otras. Esta piadosa Obra fomenta la frecuencia de Sacramentos y sin duda alguna contribuirá a que se propague entre los fieles la comunión frecuente y aun diaria que tanto ha recomendado Vuestra Santidad.

JOSE MARIA, CARD. DE COS.

Arzobispo Vallisoletano

ENRIQUE, CARD. ALMARAZ Y SANTOS

Arzobispo de Sevilla

Como se pide con tal que se obtenga el consentimiento del Ordinario del lugar en España para cada enfermo. Absolutamente gratis por cualquier título.

Del Vaticano, a 3 de diciembre de 1912.

PIO PAPA X

Apéndice núm. 5

SOBRE CREACION DE ESCUELAS PARROQUIALES CONDICIONES

que se comprometen a cumplir los Párrocos y Maestros que reciban subvención para Escuelas Parroquiales del limo. Sr. Obispo, Administrador Apostólico de Málaga.

- 1.— La Escuela será Católica, Apostólica, romana, totalmente; en espíritu, en tendencia, en profesión y en obras.*
- 2.— Estará consagrada al Sagrado Corazón de Jesús y llevará su nombre.*
- 3.— Enseñará Doctrina Cristiana e Historia Sagrada diariamente.*
- 4.— La Escuela con su Maestro visitará diariamente a) Santísimo Sacramento y, en cuanto se pueda, los llevará a la Santa Misa diaria.*
- 5.— Tenderá a inculcar en los niños la frecuencia de los Sacramentos procurando que cada día se abra el Sagrario para algunos niños y no descansando hasta llegar a la Comunión diaria de todos.*
- 6.— La Escuela será eminentemente parroquial y tendrá al Párroco por Director y Jefe y fomentará por todos los medios el cariño y adhesión a la Parroquia como a una Madre.*
- 7.— Por ese carácter parroquial de la escuela, entre sus mejores alumnos se escocerán a los acólitos y servidores de la parroquia y se formará, en la medida que se pueda, una schola cantorum, que, cantando la Misa los días festivos y demás actos litúrgicos, sirve como de iniciación y ensayo, de la tan deseada participación del pueblo en el cántico litúrgico.*
- 8.— Junto con el amor a la Parroquia fomente la Escuela el amor ilustrado a la Patria, la grande, España, y a la chica, el propio pueblo.*
- 9.— Tienda a la enseñanza intuitiva, según se da en las Escuelas del Ave María de Granada y del Sagrado Corazón en Huelva.*

10.— *Prefiera los locales abiertos a todos los aires, a los locales cerrados y los del campo a los del pueblo hasta llegar en donde se pueda, a la enseñanza al aire libre.*

11.— *Imitando a la Parroquia que es Madre de todos y particularmente de los pobres, reciba la Escuela gratuitamente a los niños pobres y sin rechazar la retribución y la cooperación de los que puedan darla, no excluya a ninguno por razón de pobreza.*

El Sagrado Corazón de Jesús no dejará de suplir con creces lo que se gaste o deje de percibir por darlo a conocer y a amar a los niños pobres.

12.— *Como muestra de adelanto y comprobación para el Sr. Obispo y la Junta que le auxilia y estímulo de la Escuela, cada tres meses enviarán los Párrocos con el recibo de su subvención una plana por cada alumno en la que éste escriba tres renglones, aunque sea de palotes y curvas, una cuenta de aritmética, según el grado en que se encuentre, y el Maestro añada las notas de asistencia, aplicación en cada una de las asignaturas, conducta y aprovechamiento que haya merecido en el mismo trimestre y el número de veces que haya comulgado.*

No se pagará ningún recibo que no venga acompañado de estos comprobantes.

13.— *La escuela queda sometida a la Inspección que ordena el señor obispo y a atender las indicaciones que por la misma se le hagan.*

14.— *El incumplimiento habitual o repetido de estas condiciones motivará la disminución y aun la retirada de la subvención concedida.*

15.— *Estas Escuelas, pues, serán católicas, eucarísticas, parroquiales, patrióticas, pedagógicas, avemarianas y accesibles a los pobres.*

Fecha y firma del Párroco o Maestro.

Apéndice núm. 6

VERSIÓN CASTELLANA DEL BREVE DE S. S. PÍO XI EN FAVOR DE LA OBRA DE LAS TRES MARIAS Y DE LOS DISCIPULOS DE SAN JUAN

PIO PAPA XI

Para perpetua memoria

No se Nos oculta en modo alguno que en la archidiócesis de Sevilla fue primeramente instituida canónicamente la piadosa obra llamada de las Tres Marías, para las mujeres, y de San Juan, para los varones, cuyo fin es adorar al Santísimo Sacramento de la Eucaristía en aquellos lugares y en aquellos tiempos en que está más abandonado. También Nos es patentemente conocido que esta fructífera Obra creció grandemente en muchas otras diócesis y que para excitar la devoción de los asociados hacia el Sacramento del amor, Pío Papa X, de reciente memoria, Predecesor Nuestro, en autógrafo dado el día 3 del mes de diciembre del año 1912, concedió a los Ordinarios de los lugares en que existiera dicha Obra, la facultad de otorgar el indulto de Altar portátil tanto a los Moderadores de la Obra como a otros sacerdotes para comodidad espiritual de los asociados enfermos, para que no quedasen privados por causas de enfermedad del consuelo de recibir el manjar Eucarístico.

Ahora bien, habiéndonos rogado con apremiantes preces el actual Moderador General de dicha piadosa Obra que Nos sirvamos confirmar y extender la mencionada facultad, mediante Letras dadas bajo el anillo del Pescador, Nos, convencido firmemente de que ello ha de ceder en provecho de la Obra misma, hemos estimado que debíamos acceder a tales súplicas con creces y de buen grado. Así, pues, tratado el asunto con nuestro amado hijo el Cardenal de la Santa Iglesia, Prefecto de la Congregación de Sacramentos, con Nuestra Apostólica autoridad, en virtud de las presentes y a perpetuidad damos a todos y a cada uno de los Ordinarios, presentes y futuros, de los lugares en que dicha Obra esté

canónicamente erigida, la facultad de que puedan lícitamente conceder al Moderador y Directores de la piadosa Obra de las Tres Marías y de San Juan y a los demás presbíteros por ellos legítimamente deputedos, el privilegio de Altar portátil, para el fin tan solamente de celebrar Misa en las casas de los asociados y asociadas enfermo?, para que éstos en los Domingos puedan cumplir el mandamiento de la Iglesia y recibir la Santa Comunión, observados los ritos, dentro de la Misa, con la condición de que la Misa se celebre en lugar honesto y decoroso, y por lo que toca a la administración de Sacramentos que los derechos parroquiales sean respetados y protegidos.

Concedemos, además, que este privilegio favorezca a los asociados que hubieren caído en enfermedad crónica y larga, de tal suerte que puedan usar del enunciado privilegio, aunque sea todos los días.

Estas cosas establecemos decretando que las presentes Letras estén y permanezcan firmes, válidas y eficaces siempre; y que surtan y obtengan sus efectos plenos e íntegros y que sufraguen ahora y en lo porvenir amplísimamente a aquellos a quienes les conciernen o podrán concernir; y que así rectamente ha de ser juzgado y definido; y que desde ahora se tenga por irritado y nulo si aconteciere que algo se atentase, a sabiendas o ignorantemente por quien quiera que sea y con la autoridad que fuere, en oposición a lo por Nos establecido. No obstante cualquiera cosa en contrario. Queremos, asimismo, que a las transcripciones o copias aun impresas de las presentes Letras, suscritas de manos de algún Notario público y robustecidas con el sello de alguna persona constituida en Dignidad Eclesiástica, se les dé la misma fe exactamente que se daría a las presentes, si fueran exhibidas o mostradas.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 22 del mes de agosto, año 1924, tercero de nuestro Pontificado.

P. Card. Gasparri, Secretario de Estado. Sello del Pescador con la leyenda: PIUS XI PONT. MAX.

Apéndice núm. 7

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES SOBRE CIENCIA ECLESIASTICA

(Extracto de las “Normas sobre régimen y enseñanza en el Seminario”)

A) Que la instrucción sea educativa, principalmente por el ejemplo del Profesor y por la orientación cristiana y eucarística que se da a la instrucción. Vid. Normas, tit. II.

B) Que haya ambiente de estudio: a) por la paz y sosiego del lugar, b) por la disposición de las Bibliotecas colocadas en las mismas salas de estudios en vez de estar en lugares cerrados habitualmente para los estudiantes y abiertos sólo a las polillas, c) por la laboriosidad del profesorado ya todo interno, consagrado principal y casi exclusivamente a la enseñanza, d) por el Gráfico en todo lo posible.

Los gráficos del Seminario hacen tener presente las ideas matrices sobre la economía entera del cristianismo (fuente de la vida sobrenatural), sobre el Sacerdocio y el Sacrificio (gráficos de la Capilla), sobre el fin del Seminario (fachada y escudo); sobre las virtudes del Seminarista (galerías de la obediencia y de la sinceridad, colores del Seminario); gráfico de la altura, de los árboles y de la veleta. Mención especial merecen los gráficos del lema del año y de la fiesta litúrgica a la entrada de la Capilla.

C) Que la enseñanza sea concéntrica y moderadamente cíclica: Alrededor de la Gramática latina, griega y castellana se agrupan en los primeros años la Geografía, Historias y nociones de Matemáticas, en los siguientes años, girando en torno a la Retórica y luego a la Filosofía, las Matemáticas razonadas y las ciencias naturales.

De este modo se concentra la atención principal en aquellas materias que son, por experiencia, las que mejor contribuyen en su gradación a la educación formal de la inteligencia y se fomenta un sano humanismo clásico.

D) Que la instrucción sea activa: Sobre todo en las asignaturas secundarias se procura que el alumno no sólo oyendo aprenda, sino viendo, moviéndose y haciendo. Normas, tit. art. V.

Gramática y retórica. *Partiendo del principio de que no se llega a poseer una lengua, sino hablándola y componiendo, se le da importancia capital al tema o composición (hora y cuarto diaria para composición latina, dos horas semanales para la griega y otras dos para la castellana) y a su corrección por el profesor (en privado y en público; media hora diaria para la última) y se aspira a que se hable el latín cuanto antes en las clases. Sobre el hablar el latín: Normas, tit. II, art. IX.*

Filosofía y Teología. Disputas escolásticas: *Ejercicio activo que obliga a pensar por cuenta propia, consultar autores, escribir, hablar, etc.: se tienen disputas entre semana (círculos); mensuales, (academias privadas) y especiales al final de cada trimestre (academias solemnes). Normas, art. XI.*

Iniciación en el trabajo científico o de investigación: *Este ejercicio esencialmente personal impuesto por la Sagrada Congregación de Seminarios a las Universidades Pontificias, se ha empezado ya en el Seminario en su forma más elemental: Metodología científica y algunos ejercicios más sencillos. Es totalmente activo, acostumbra a solucionar cuestiones nuevas y de gran valor formativo de la inteligencia.*

E) Que la instrucción sea práctica: *Procurar en cada materia que conozcan los aspectos por los que aquel estudio será más útil en su vida Sacerdotal: así en Matemáticas y en Ciencias Naturales, aplicaciones domésticas y agrícolas (sobre agricultura puede verse el artículo 12 del tit. II de las Normas).*

Para hacer de nuestros Sacerdotes Pastores lo más completos y útiles a sus pueblos, enseñamos en el Seminario nociones de Química agrícola y análisis elementales de tierras y semillas en el laboratorio para este fin, y se fomenta científica y prácticamente la apicultura, cunicultura, etc.

En la Filosofía y Teología se aprende a utilizar sus tesis para la Apologética y explicaciones catequísticas a los adultos. En la Sagrada Escritura, según la norma de León XIII, se deja para las Universidades el “multum” de la investigación profunda sobre puntos especiales de crítica y exégesis y se sigue en el Seminario Diocesano el —multa” del conocimiento de todos los libros sagrados, particularmente en la parte que más se refieren a la fe y a las costumbres, (Clase de Sagrada Escritura) en los cinco cursos de Teología.

Sobre la Liturgia y Música Sagrada pueden verse los artículos XIV y XVI del tit. II de las normas. Sobre “Arte Sagrado” y el gran encargo a los Profesores del Seminario. (Normas, art. XXIV)

Apéndice núm. 8.

LOS SACRILEGOS ATENTADOS EN MALAGA 11 y 12 DE MAYO 1931

Iglesias y conventos incendiados

EDIFICIOS. El Palacio Episcopal, del que sólo quedaron los muros calcinados.

PARROQUIAS. Nuestra Señora de la Merced, San Felipe Neri, San Pablo, Santos Mártires y Santo Domingo.

CONVENTOS E IGLESIAS. Sagrado Corazón de Jesús (Jesuitas), San Agustín (Colegio de Agustinos), Barcenillas (Colegio de la Asunción), Angel (Monjas Dominicas) San José de la Montaña (Colegio), Carmelitas Descalzas, Capuchinas, Hermanas de la Cruz, Hermanos Maristas (Colegio), Zamarrilla, Aurora María y Puerto de la Torre.

Hay que hacer constar, que el fuego ha consumido todo el archivo de la diócesis, que se remontaba a cuatro siglos, la curia y todas las oficinas con todos los expedientes en tramitación y tramitados.

Iglesias devastadas y conventos saqueados

PARROQUIAS. Nuestra Señora del Carmen, San Juan, Santiago, Nuestra Señora de las Angustias y San Patricio.

CONVENTOS E IGLESIAS. San Manuel (Asilo, Colegio y Casa cuna), San Lázaro, Catalinas (Dominicas), Reparadoras, San José, Concepción (Colegio), San Bernardo (Convento), Encarnación (Convento), Servicio Doméstico (Colegio), Esperanza, Sagrada Familia (Colegio), Adoratrices (Asilo), Mercedarias (Convento y Colegio), Cruz del Molinillo, San Carlos, (Asilo y Colegio), Terciarias Franciscanas, San Pedro y Santísima Trinidad (Convento).

Han sido quemados todos los archivos parroquiales a excepción de los del Sagrario y Santiago.

En los pueblos

Se recibieron noticias de saqueos en las iglesias parroquiales, profanaciones y quema de imágenes en Alozaina, Pizarra, Fuengirola, Los Boliches. Chilches, Benajárfé. Churriana, Alhaurín de la Torre, Torremolinos, Campanillas, Bobadilla (estación), Ermita de San José de Olías, Verdiales, Rincón de la Victoria, La Cala del Moral, Totalán, Comares, Benalmádena y Casa de Religiosas en Churriana, además de algunas capillas particulares, saqueos y devastaciones de varias casas parroquiales y la de propiedad privada del Párroco de Torremolinos, que fue saqueada e incendiada.

Profanaciones

Ni pueden contarse por el número, ni describirse por lo satánicas.

- 1.º Sacrilegios con la Sagrada Eucaristía en la iglesia parroquial de la Merced y otros templos.
- 2.º Quema de imágenes, después de ser arrastradas por la ciudad, golpeadas y acuchilladas... Y si el número de imágenes destruidas causa asombro por la cantidad, en cuanto a la calidad basta saber que han sido las mejores obras de Mena, su famoso Cristo, único en el mundo, la Virgen de Belén de Santo Domingo, la Doloroso de San Pablo, y Lágrimas de los Mártires, Santa Ana de la iglesia de San Felipe Neri, que figuró en la última exposición de Sevilla, y otras notabilísimas por su arte o por su historia.
- 3.º Profanación de Cálices y Copones en plena calle.
- 4.º Profanación de ornamentos sagrados en público.
- 5.º Profanación y violación de cementerios y sepulturas; cementerios como el de las Religiosas de la Asunción; sepulturas como en el convento de las Capuchinas, y en la iglesia de San Pablo; además en las iglesias parroquiales de San Juan, San Felipe, Ntra. Sra. de la Merced y en el Convento de Carmelitas y otras iglesias más.
- 6.º Destrozo de todos los retablos y sagrarios, algunos de éstos, como el de San Juan, de valor artístico incalculable.

Saqueos

- 1.º El del Palacio Episcopal y todas las Iglesias y conventos antes mencionados.
- 2.º El de las ropas, enseres y muebles de uso particular y propiedad privada de los alumnos instalados como internos en los colegios de Religiosos (San Agustín, Esclavas, Barcenillas y San Manuel).
- 3.º El de casas particulares de los capellanes que tenían su vivienda adosada a los conventos, como el de las Capuchinas, Carmelitas, Angel, San Manuel y Catalinas.
- 4.º Saqueo y robo de las casas particulares de los Párrocos de Santo Domingo, Mártires, San Juan, San Pablo, Merced, San Patricio, Nuestra Señora del Carmen, Torremolinos, Campanillas, Churriana.
- 5.º El saqueo y robo de todas las viviendas de los porteros y servidores de los Conventos e Iglesias, los cuales han quedado en la máxima indigencia.

Las circunstancias

con que se realizaron estos actos, fueron en verdad horribles.

- 1.º Todos aquellos actos fueron llevados a cabo a toque de campana, quedando éstas profanadas por haberlas usado para tañer a orgías y sacrilegios; y para que de esta suerte tuvieran su máxima solemnidad satánica.
- 2.º Toda la luz eléctrica de retablos era encendida para que ya que el sol no lucía, la luz artificial diese esplendidez a las diabólicas ceremonias.
- 3.º La duración de los actos en la capital, fue poco más o menos desde las diez de la noche del lunes 11, a las seis de la tarde del martes 12; pero siguieron los saqueos y rapiñas en algunos sitios.
- 4.º La más importante circunstancia ha sido que la turba fue la dueña absoluta de la calle, cometiendo todos sus desmanes y salvajismos con plena impunidad.

Estado actual

El culto restringido a muy pocas iglesias que quedaron indemnes, las parroquias sin archivos ni dependencias, religiosos sin casa, las vírgenes del Señor dispersas, las campanas mudas, dando la impresión pública del culto muerto o perseguido. un ambiente moral de miedo y de inacción, sin ver en el horizonte un punto de esperanza, de aliento o de mejoras, y el

buenísimo Pastor lejos de su grey, por la brutal amenaza de los desalmados, dispuestos a incendiar la casa donde se hospede.

Joyas artísticas destruidas o robadas

Vamos a poner una relación muy ligera de las joyas artísticas más salientes que el nuevo vandalismo quemó, destruyó o robó.

EN EL PALACIO EPISCOPAL

Magnífico artesonado del siglo XV en la capilla; sillería de coro estilo barroco, siglo XVII, procedente del ex-convento de Santo Domingo; imagen del Salvador, figura románica de precio inestimable, regalada a la Diócesis por el Infante D. Fernando de Antequera; bellísimas imágenes de la Inmaculada y San José del siglo XVII; un cuadro de Van Dyck de la Virgen con el Niño, de un metro y medio de alto, de inapreciable valor; bandejas y lámparas de pirola repujada muy artística; retablo de madera tallada de gran precio; cuadro de 3 por 2 metros de Santa Rosalía, autor Niño de Guevara, propiedad de Don Francisco Fresneda; importantísimos documentos del archivo diocesano desde la reconquista de Málaga, el cual fue lodo incendiado; gran parte de la biblioteca episcopal, desapareciendo con ella muchos y raros ejemplares.

EN SANTO DOMINCO

El famoso Cristo de Pedro de Mena, único en el mundo, valorado en un millón cien mil pesetas, que un Obispo de Málaga no quiso vender a unos extranjeros; Virgen de Belén, soberbio medallón, la mejor obra según los críticos del mismo Mena; la Magdalena, Angeles lampadarios y el retablo de la Virgen de Belén, obras todas del mismo autor; San Miguel, y el Cristo de la Columna, esculturas del siglo XVII; Virgen del Pozo del siglo XV; Cristo de las Cabrillas del XVI, y otras esculturas, relieves y retablos de indiscutible valor artístico; un retablo del Obispo Alonso de Santo Tomás, lienzo del Niño de Guevara; otro lienzo de la Asunción firmado por Francisco Pacheco, otro lienzo de la escuela de Alonso Cano, zócalos del siglo XVII, artesanado mudéjar.

PARROQUIA DE SANTIAGO

Cuatro bustos de Jesuitas de Pedro de Mena, San Juan de Dios del mismo, lienzo de la Virgen del Pilar de Niño de Guevara, otro de Santiago, su autor Miguel Manrique, Cristo de la Moneda y la Adoración de los Reyes del mismo autor anterior y cuatro lienzos de la Escuela Granadina del siglo XVII.

SAN ACUSTIN

Doloroso de Pedro de Mena, Cristo Difunto, escultura de Fernando Ortiz, Virgen de Valbanera, escultura castellana del siglo XVII, la Concepción y San Agustín, dos lienzos de Niño de Guevara, otro de Miguel Manrique y el retablo mayor, obra de Martin Aldehuela.

Virgen de las lágrimas y San Pedro Alcántara, de Pedro de Mena, Jesús en el Huerto, escultura de Pedro Ortiz, varias esculturas, estilo Duque Cornejo, dos lienzos de la vida de San Francisco, de Niño de Guevara, y otro de Jesús difunto del siglo XVII.

PARROQUIA DE SAN FELIPE NERI

Cuatro esculturas de Pedro de Mena, a saber. La Dolorosa de los Servitas, Santa Ana, San José y San Joaquín, cuatro lienzos de Miguel Manrique.

PARRORUIA DE SAN JUAN

Tres esculturas de Jesucristo del siglo XVII, una Purísima del mismo siglo policromada, escuela granadina, San Juan Bautista, escuela de Alonso Cano, Virgen de la Antigua del siglo XVI, un lienzo de la Virgen del Rosario atribuido a Murillo; otro de San Ildefonso, influencia italiana del siglo XVII, cinco más, escuela Valdés Leal.

PARROQUIA DEL CARMEN

Cristo de la Misericordia, de Pedro de Mena, Ecce Homo y Dolorosa de la misma escuela del mismo, la capilla del Sagrario que toda ella era joya de portentosa ornamentación, con sin número de ricas esculturas, el soberbio retablo del altar mayor, de ágata.

SAN PEDRO

Varias esculturas escuela de Mena y dos retratos, uno de ellos de Niño de Guevara.

PARROQUIA DE LA MERCED

Varias esculturas del siglo XVII, Piedad, de Francisco Palma, una Concepción, tipo de Gregorio Hernández y un lienzo de la Virgen de Miguel Manrique

SAN PABLO

Dos lienzos, uno de Miguel Manrique.

La incomparable Soledad de Pedro de Mena, quemada en el río Guadalmediana.

IGLESIA DE SAN JOSÉ

Dos lienzos, uno de Miguel Manrique.

CONVENTO DE CARMELITAS

Dolorosa de Pedro de Mena y manuscritos del siglo XVI de valor artístico y literario.

En todas partes infinidad de ornamentos, cálices, orfebrería, encajes, bordados, verdaderos museos artísticos.

(De un suplemento al “Boletín Oficial del Obispado” de Málaga impreso en 1931).

Apéndice núm. 9.

Excmo. e Ilmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en España.

Excmo. Sr.,

Una representación del Clero Catedral y Parroquial, en nombre de todo el Clero diocesano y de católicos malagueños, a los que se unen todos los de la Diócesis, que no pueden dejar pasar ya más tiempo sin exteriorizar sus muy sinceros sentimientos, acude a V. E. con todo el respeto que merece la nobilísima representación en nuestra Patria de Su Santidad Pío XI, segura de que la honda justicia del propósito llevará a hacer posible un pronto y eficaz remedio, perdonando de antemano el atrevimiento que la súplica representa.

Hace ya cerca de cuatro años, Excmo. Sr. (los hechos son de sobra conocidos pero conviene recordarlos), que nuestra querida Málaga cohibida o temerosa, ante grupos vandálicos (si no alentados, a lo menos respetados por quienes tenían legítimas obligaciones contrarias que cumplir), vio con horror que la mayoría de sus templos y conventos eran profanados e incendiados, como un designio que locamente esperara de este modo destruir cuanto representara el sentimiento católico malagueño. Y consecuente con tan execrable propósito, aquellas turbas hicieron objeto del más vil de los atentados a la persona honorable, que venía ostentando desde su llegada a Málaga con gran dignidad y con incomparable espíritu de humildad y de sacrificio cristiano, la más alta representación de la Iglesia en la Diócesis, nos referimos a nuestro queridísimo y admirado Prelado, el Excmo. e Ilmo. Sr. D. Manuel González García. El Palacio Episcopal (una joya arquitectónica del siglo XVII) fue destruido por las llamas, y cuando en la madrugada de aquel día aciago (12 de mayo de 1931) se vio precisado el Sr. Obispo a abandonarlo entregándose a aquella gente infame, fue maltratado, insultado y amenazado de muerte, de la que sólo pudo librarlo la Divina Providencia. Perseguido después hasta en las casas en donde encontrara filial acogida, tuvo necesidad de abandonar la ciudad, y más tarde la Diócesis, sin que de su actitud y de sus palabras se

dedujera otra cosa que el perdón magnánimo hacia los que tan injustamente le ofendían, probando de este modo su inagotable caridad cristiana y la admirable nobleza de su corazón.

De aquella noche van a cumplirse cuatro años que nos recuerdan también la triste ausencia del Prelado. Tenemos la certeza de que nuestro dignísimo Obispo ha estado dispuesto siempre, incluso a costa de sacrificios personales, a reintegrarse a la Diócesis, luchando hasta con la carencia de edificio apropiado a su ministerio; nos consta igualmente el acendrado cariño que siente por sus diocesanos, ante cuyo sentido recuerdo le hemos visto asomar lágrimas a sus ojos; afirmando que todos los hijos de Málaga (no lo son de esta ciudad los que oyendo a personas infinitamente más culpables que ellos, cometieron tales iniquidades) sienten el respeto y veneración debidos a su amantísimo Prelado; pero, a pesar de todo esto, aún no ha existido la posibilidad de que vuelva el Pastor a apacentar sus ovejas. Y la Diócesis de Málaga, no puede estar más tiempo sin su Obispo. Aparte de las altas conveniencias espirituales, que V. E. ha de conocer mucho mejor que los que suscriben, está la necesidad imprescindible para los católicos malagueños de que su Diócesis, de honda tradición, no sufra por más tiempo una ausencia de su Prelado, siquiera ésta haya tenido tan justificada causa como las expresadas.

Y si hasta el presente momento, después de cuatro años inacabables, no se ha realizado esta petición, no se atribuya a falta de interés en los que suscriben, sino al estado especialísimo en que Málaga ha venido encontrándose, y a la falta de general confianza visiblemente apreciable.

Málaga entera, Excmo. Sr. que es católica con sentimientos hondamente arraigados (aun a trueque de unos pocos que sólo deben inspirar piadosa compasión) desea intensamente la vuelta de su Obispo a la Diócesis, para bien de las almas y robustecimiento de su fe,- pide con el mayor fervor cristiano que vuelva a estar regidas espiritualmente por quien siempre desempeñó su paternal ministerio con el mayor celo y grandes virtudes,- solicita humildemente no estar privada más tiempo de la autoridad espiritual del Prelado.

Convencidos de ello, en la rectitud y bondad de V. E. confían los católicos que suscriben la solución de tan importantísimo problema espiritual, acatando de antemano con toda sumisión filial cuanto se pueda resolver en orden al mejor interés de la Iglesia en esta Diócesis, para nosotros tan querida y respetada.

Y para conseguir este fin, se ofrece con el mayor entusiasmo la aportación económica necesaria a la reconstrucción indispensable del Palacio Episcopal; y actuar en la medida de sus fuerzas, procurando también obtener el decidido apoyo de las autoridades para que en todo momento sea respetado en Málaga el orden debido que asegure la preciada vida del Sr. Obispo y la libertad de su noble ministerio.

Málaga, 13 de abril de 1935.

(Siguen las firmas)